RECURSOS PARA PREPARAR LA HOMILÍA DOMINICAL (ciclo A)

Tiempo Ordinario (I-XII)

Liturgia de la Misa, Padres de la Iglesia, Santos, Romano Pontífice, Directorio Homilético, Autores espirituales.

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

ÍNDICE GENERAL

- Domingo II del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo III del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo IV del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo V del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo VI del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo VII del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo VIII del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo IX del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo X del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo XI del Tiempo Ordinario (A)
- Domingo XII del Tiempo Ordinario (A)

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.**

(Nuestras redes sociales)

Domingo II del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014, 2017 y 2020**
- **BENEDICTO XVI – Jesús de Nazareth I, 1**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joaquim FORTUNY i Vizcarro (Cunit, Tarragona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

LA LUZ DE LAS NACIONES

Is 49, 3. 5-6; 1 Co 1, 1-3; Jn 1, 29-34

El Segundo cántico del Siervo es un llamado a la esperanza y a la reconciliación entre las naciones. El profeta Isaías no compartía en manera alguna una visión estrecha del amor de Dios, ni tenía pretensión alguna de apropiarse de Dios. El Dios de Israel no es propiedad del pueblo. Dios se desvive por todas sus criaturas, le duele y le preocupa la situación de todos sus hijos. Por eso mismo enviará a su Siervo a que en Babilonia, en Líbano o en Persia, testimonie con hechos y palabras la visión del Dios compasivo que

ama a todos por igual. El profeta del Jordán logró discernir la singularidad del hombre recién venido de Nazaret y advirtió que éste que era el elegido, el Cordero de Dios. No era un hombre común y corriente, antes bien, estaba ungido por el Espíritu y por eso mismo, comunicaría esa vitalidad divina a cuantos se dispusieran a acoger su oferta de gracia.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 65, 4

Que se postre ante ti, Señor, la tierra entera; que todos canten himnos en tu honor y alabanzas a tu nombre.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que gobiernas los cielos y la tierra, escucha con amor las súplicas de tu pueblo y haz que los días de nuestra vida transcurran en tu paz. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Te hago luz de las naciones, para que todos vean mi salvación.

Del libro del profeta Isaías: 49, 3. 5-6

El Señor me dijo: "Tú eres mi siervo, Israel; en ti manifestaré mi gloria".

Ahora habla el Señor, el que me formó desde el seno materno, para que fuera su servidor, para hacer que Jacob volviera a él y congregar a Israel en torno suyo -tanto así me honró el Señor y mi Dios fue mi fuerza-. Ahora, pues, dice el Señor: "Es poco que seas mi siervo sólo para restablecer a las tribus de Jacob y reunir a los sobrevivientes de Israel; te voy a convertir en luz de las naciones, para que mi salvación llegue hasta los últimos rincones de la tierra".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 39, 2 4ab. 7-8a. 8b-9.10

R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Esperé en el Señor con gran confianza; él se inclinó hacia mí y escuchó mis plegarias. Él me puso en la boca un canto nuevo, un himno a nuestro Dios. ***R/.***

Sacrificios y ofrendas no quisiste, abriste, en cambio, mis oídos a tu voz. No exigiste holocaustos por la culpa, así que dije: "Aquí estoy". ***R/.***

En tus libros se me ordena hacer tu voluntad; esto es, Señor, lo que deseo: tu ley en medio de mi corazón. ***R/.***

He anunciado tu justicia en la gran asamblea; no he cerrado mis labios, tú lo sabes, Señor. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

La gracia y la paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 1, 1-3

Yo, Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Sóstenes, mi colaborador, saludamos a la comunidad cristiana que está en Corinto. A todos ustedes, a quienes Dios santificó en Cristo Jesús y que son su pueblo santo, así como a todos aquellos que en cualquier lugar invocan el nombre de Cristo Jesús, Señor nuestro y Señor de ellos, les deseo la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Cristo Jesús, el Señor.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 1. 14. 12

R/. Aleluya, aleluya.

Aquel que es la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros. A todos los que lo recibieron les concedió poder llegar a ser hijos de Dios. ***R/.***

EVANGELIO

Éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 1, 29-34

En aquel tiempo, vio Juan el Bautista a Jesús, que venía hacia él, y exclamó: "Éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo he dicho: 'El que viene después de mí, tiene precedencia sobre mí, porque ya existía antes que yo'. Yo no lo conocía, pero he venido a bautizar con agua, para que él sea dado a conocer a Israel".

Entonces Juan dio este testimonio: "Vi al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y posarse sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: 'Aquel sobre quien veas que baja y se posa el Espíritu Santo, ése es el que ha de bautizar con el Espíritu Santo'. Pues bien, yo lo vi y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, participar dignamente en estos misterios, porque cada vez que se celebra el memorial de este sacrificio, se realiza la obra de nuestra redención. Por Jesucristo nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN I Jn 4, 16

Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad, para que, saciados con el pan del cielo, vivamos siempre unidos en tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

Luz de las naciones (Is 49,3.5-6)

1ª lectura

Estas palabras forman parte del segundo canto del Siervo del Señor (Is 49,1-6). En el primero (Is 42,1-9) se presentaba al «siervo» y se hablaba de su tarea en la liberación del pueblo exiliado. Al comienzo del segundo, el siervo toma directamente la palabra y se dirige a las «islas, los pueblos lejanos» sabiéndose destinado por Dios desde el seno materno para efectuar, también en ellos, los designios divinos de salvación (cfr vv. 1-3).

Acerca de su misión se señalan ahora dos aspectos, que se irán desarrollando en los oráculos posteriores. En primer lugar, su protagonismo en la restauración de las tribus y en el regreso de los deportados a Sión (v. 5); después, la dimensión universal de su tarea para hacer que la salvación de Dios llegue hasta los confines de la tierra (v. 6).

En este poema cabe distinguir lo que el siervo dice de sí mismo (vv. 1-4) y lo que el Señor dice del siervo (vv. 5-6).

El fundamento de la actividad del siervo está en las palabras recibidas del Señor: «Tú eres mi siervo, Israel» (v. 3). Algunos comentaristas han supuesto que el término «Israel» es una interpolación tardía para corroborar la interpretación colectivista del siervo, que se impuso muy pronto entre los judíos; pero esta interpretación no tiene argumentos sólidos porque la palabra Israel sólo falta en un manuscrito de escasa importancia. De todos modos, la mención de Israel no se opone a la interpretación individual del siervo, porque en poesía cabe dirigirse a alguien por su nombre personal o por su patronímico. De hecho, tanto en el Israel bíblico como en nuestra cultura muchos personajes han tomado como sobrenombre el de su lugar de origen.

Lo que el Señor transmite es la misión del siervo (vv. 5-6): la restauración de las tribus tiene que ser tan eficaz que, también los no israelitas, puedan quedar iluminados y alcanzar la salvación. Aunque la misión universal del siervo no está aquí claramente definida, puesto que su labor ha de limitarse a las tribus de Jacob, no obstante la consecución de este objetivo, la reunión de Israel, será como una luz para que los pueblos paganos vean y reconozcan a Dios. La expresión «luz de las naciones» (v. 6) ha aparecido ya en el primer poema (42,6); allí podía entenderse en sentido social: obtener la liberación de los deportados y cautivos; aquí el sentido religioso es claro: extender la salvación a todas las naciones.

En resumen, el siervo del Señor ha sido elegido y amado con predilección por Dios, goza de las cualidades proféticas más relevantes y ha de mover a sus compatriotas con el fin de iluminar y salvar a los de fuera.

La interpretación mesiánica del siervo, a partir de este segundo canto, era común entre los judíos alejandrinos que lo tradujeron al griego en la versión de los Setenta, entre los miembros de la comunidad de Qumrán y entre algunos autores de la literatura intertestamentaria, como el *Libro de Henoc*. Todos ellos entendían que el siervo era, en sentido colectivo, el pueblo entero de Israel.

Sin embargo, el verdadero sentido del texto se hace patente con la venida de Cristo. En efecto, fueron los cristianos quienes desde el principio aplicaron a Jesús los cantos del Siervo y los vieron cumplidos en su vida. La expresión «luz de las naciones», o «de las gentes», (v. 6) es puesta en boca del anciano Simeón aplicado a Jesús (Lc 2,32). Incluso, en los *Hechos de los Apóstoles* se aplica a quienes, en continuidad con la predicación de Jesucristo y para colaborar en su obra salvífica, van a predicar a los gen-tiles, como lo atestiguan las palabras de Pablo y Bernabé en la sinagoga de Antioquía de Pisidia: «Era necesario anunciaros en primer lugar a vosotros la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles. Pues así nos lo mandó el Señor: *Te he puesto como luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta los confines de la tierra*» (Hch 13,46-47). Por eso la Iglesia entiende su misión como un dar a conocer la verdad sobre Jesucristo, luz que ilumina a todo hombre: «La luz del rostro de Dios resplandece con toda su belleza en el rostro de Jesucristo, "imagen de Dios invisible" (Col 1,15), "resplandor de su gloria" (Hb 1,3), "lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14): Él es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6). (...) Jesucristo, "luz de los pueblos", ilumina el rostro de su Iglesia, la cual es enviada por Él para anunciar el Evangelio a toda criatura (cfr Mc 16,15). Así la Iglesia, pueblo de Dios en medio de las naciones, mientras mira atentamente a los nuevos desafíos de la historia y a los esfuerzos que los hombres realizan en la búsqueda del sentido de la vida, ofrece a todos la respuesta que brota de la verdad de Jesucristo y de su Evangelio» (Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, n. 2).

Llamados a ser santos (1 Co 1,1-3)

2ª lectura

La presentación que el Apóstol hace de sí mismo (vv. 1-2) contiene su nombre y tres rasgos que muestran su dignidad: la llamada divina, el oficio de apóstol de Jesucristo y el querer de Dios, como fundamento de su misión. San Pablo es «llamado», porque es consciente de que Cristo cambió su vida desde que se encontró con Él en el camino a Damasco (cfr Hch 9,1-9; Rm 1,1). Con el título «apóstol de Cristo Jesús» expresa su misión y prueba la autoridad con que Pablo alaba, enseña, amonesta o corrige de palabra o por escrito. El nombre de Cristo Jesús se repite hasta nueve veces en los primeros nueve versículos, indicando que Él es el centro de la vida cristiana y de la de los corintios. «Por voluntad de Dios» confirma la autoridad de su ministerio.

«Sóstenes». Por la forma de mencionarlo parece que debía de ser alguien bien conocido de los corintios, quizá porque acompañase frecuentemente a San Pablo. Pudo haber sido quien escribió materialmente la carta (cfr 16,21). No hay pruebas suficientes para indentificarlo con el jefe de la sinagoga de Corinto (cfr Hch 18,17).

«La Iglesia de Dios que está en Corinto» es la destinataria inmediata de la carta. La misma construcción gramatical pone de manifiesto que la Iglesia universal no es el conjunto o suma de las comunidades locales, sino que cada comunidad local, aquí la de Corinto, representa a toda la Iglesia, una e indivisible: «La llama el Apóstol *Iglesia de Dios* para designar que la unidad es el carácter esencial y necesario. La Iglesia de Dios es una en los miembros y no forma más que una sola Iglesia con todas las

comunidades extendidas en el universo, porque la palabra *Iglesia* no es la designación del cisma, sino de la unidad, de la armonía, de la concordia» (S. Juan Crisóstomo, *In 1 Corin-thios*, 1, *ad loc.*).

«Los santificados en Cristo Jesús» (v. 2). La fórmula «en Cristo Jesús», repetida hasta 65 veces en el epistolario paulino, significa aquí que es en Cristo en quien los bautizados están enraizados como los sarmientos en la vid (cfr Jn 15,1ss.); este vínculo nos hace santos, es decir, partícipes de la santidad divina y llamados a un comportamiento moral perfecto: «Llámanse santos los fieles que se han constituido en pueblo de Dios, o que se han consagrado a Cristo al recibir la fe y el bautismo; a pesar de ofenderle en muchas cosas y de no cumplir lo que prometieron; a la manera que también los que profesan un arte, aunque no guarden sus reglas, conservan, sin embargo, el nombre de artistas. En virtud de esto, llama San Pablo santificados y santos a los de Corinto, entre los cuales es evidente que hubo algunos a quienes reprende duramente por deshonestos, y con epítetos aún más graves» (*Catechismus Romanus* 1,10,15).

El Apóstol modifica la fórmula epistolar de saludo habitual en el mundo grecorromano (*chairein*, «saludos») por una más personal y de más fuerza cristiana: «Gracia y paz» (v. 3). «No hay verdadera paz, como no hay verdadera gracia, sino las que vienen de Dios —enseña San Juan Crisóstomo—. Poseed esta paz divina y no tendréis nada que temer, aunque fuerais amenazados por los mayores peligros, ya sea por los hombres, ya sea incluso por los mismos demonios. Al contrario, para el hombre que está en guerra con Dios por el pecado, mirad cómo todo le da miedo» (*In 1 Corinthios* 1, *ad loc.*).

Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29-34)

Evangelio

Juan testimonia no sólo que Jesús es el Mesías, sino que Él, con su muerte sangrienta redime al mundo del pecado. Este testimonio del Bautista es presentado como modelo del que hemos de dar los cristianos de lo que hemos visto y experimentado al creer en Jesucristo: «Todos los cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo del que se revistieron por el bautismo y la fuerza del Espíritu Santo que les ha fortalecido con la confirmación, de tal manera que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban con mayor plenitud el sentido auténtico de la vida humana y el vínculo universal de comunión entre los hombres» (Conc. Vaticano II, *Ad gentes*, n. 11).

Al llamar a Jesús Cordero de Dios (v. 29), Juan alude al sacrificio redentor de Cristo. Isaías había comparado los sufrimientos del Siervo doliente, el Mesías, con el sacrificio de un cordero (cfr Is 53,7). Por otra parte, también la sangre del cordero pascual, rociada sobre las puertas de las casas, había servido para librar de la muerte a los primogénitos de los israelitas en Egipto (cfr Ex 12,6-7). Tras la muerte y resurrección de Jesús, sus discípulos testimoniamos que Él es el verdadero Cordero

Pascual. Lo hacemos antes de recibir a Cristo en la Sagrada Comunión, es decir, a la hora de participar en la «cena de las bodas del Cordero» (Ap 19,9).

Juan Bautista, al decir que Jesús existía ya antes que él (v. 30), indica su divinidad. Es como si dijese: «Aunque yo he nacido antes que Él, a Él no le limitan los lazos de su nacimiento; porque aun cuando nace de su madre en el tiempo, fue engendrado por el Padre fuera del tiempo» (S. Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 7). El testimonio de Juan sobre el Bautismo de Jesús revela, además, el misterio de la Santísima Trinidad (cfr vv. 32-34). La paloma es símbolo del Espíritu Santo, del que se dice en Gn 1,2 que revoloteaba sobre las aguas.

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

El Cordero de Dios

Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y dice: 'He aquí al Cordero de Dios que carga sobre sí el pecado del mundo'. Dividieron el tiempo los evangelistas. Mateo, tras de tocar brevemente el que precedió al encarcelamiento del Bautista, se apresura a referir los sucesos subsiguientes, y en ellos se detiene largamente. El evangelista Juan no sólo no narra brevemente lo de ese tiempo, sino que en ello se alarga. Mateo, después que Jesús regresó del desierto, omitió los sucesos intermedios, por ejemplo lo que dijo el Bautista, lo que dijeron los enviados de los judíos y todo lo demás; y al punto pasa al encarcelamiento, y dice: Habiendo oído Jesús que Juan había sido aprisionado, se apartó de ahí .

No procede así el evangelista Juan, sino que omite la ida al desierto, pues ya Mateo la había referido y narró lo sucedido después que Jesús bajó del monte; y pasando en silencio muchas cosas, continuó: Pues Juan aún no había sido encarcelado . Preguntarás: ¿por qué ahora Jesús viene a Juan el Bautista no una sino dos veces? Porque Mateo por fuerza tenía que decir que vino para ser bautizado; y así lo declaró Jesús diciendo: Así conviene que cumplamos toda justicia

. Y Juan afirma que de nuevo fue Jesús al Bautista, después del bautismo. Así lo declara éste con las palabras Yo he visto al Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre El. Pregunto yo: ¿Por qué vino de nuevo al Bautista? Porque no solamente vino, sino que se le hizo presente. Pues dice el evangelista: Como viniera a él, lo vio. ¿Por qué, pues, vino? Como el Bautista había bautizado a Jesús que se hallaba mezclado con la turba, de manera de que nadie pusiera sospecha en que El por la misma causa que los otros se había acercado a Juan, o sea para confesar sus pecados y con el bautismo en el río lavarlos para penitencia, ahora de nuevo se acerca a Juan para darle oportunidad de corregir semejante opinión y sospecha.

Porque al exclamar Juan: He aquí al Cordero de Dios que carga sobre sí el pecado del mundo, deshace toda esa imaginación. Puesto que quien es tan puro que puede lavar los pecados de todos los demás, como es manifiesto, no se acerca para confesar

pecados suyos, sino para dar ocasión al eximio pregonero de que por segunda vez repita lo dicho en la primera, y así más profundamente se grabe en el ánimo de los oyentes. Y también para que añadiera otras cosas más.

Profirió la expresión: He aquí porque muchos y muchas veces y desde mucho tiempo antes, por lo que él había dicho, andaban en busca de Jesús. Por esto lo indica ahí presente y dice: He aquí, declarando ser aquel a quien de tiempo atrás andaban buscando. Este es el Cordero. Lo llama Cordero para recordar a los judíos la profecía de Isaías y también la sombra y figura del tiempo de Moisés; y así, mediante una figura mejor, llevarlos a la verdad. Aquel cordero antiguo no tomó sobre sí ningún pecado de nadie; mientras que éste otro cargó con todos los pecados de todo el orbe. Este arrancó rápidamente de la ira de Dios el mundo que ya peligraba.

A éste me refería cuando anunciaba: Viene en pos de mí un hombre que ha sido constituido superior a mí, porque existía antes que yo. ¿Observas cómo de nuevo interpreta aquí aquella palabra antes? Pues habiendo dicho: El Cordero, y que éste cargaba sobre sí el pecado del mundo, luego añadió: Ha sido constituido superior a mí, declarando de este modo que aquel antes se ha de entender en el sentido de superior, pues carga sobre sí el pecado del mundo y bautiza en el Espíritu Santo. Como si dijera: mi venida no tiene más valor que el haber predicado al común bienhechor del universo y haber administrado el bautismo de agua. En cambio la venida de Este tiene como empresa el limpiar a todos los hombres y darles a todos la operación del Espíritu Santo.

Fue constituido superior a mí, o sea, ha aparecido más resplandeciente que yo. Porque existía antes que yo. ¡Cúbranse de vergüenza todos cuantos siguen el loco error de Pablo de Samosata, el cual tan abiertamente pugna contra la verdad! Yo no lo conocía. Observa cómo con este testimonio quita toda sospecha, declarando que su discurso no ha dimanado de favoritismo ni de amistad, sino de divina revelación. Dice: Yo no lo conocía. Pero entonces ¿cómo puedes ser testigo digno de fe? ¿Cómo enseñarás a otros lo que tú ignoras? Es que no afirma: No lo conocí, sino: Yo no lo conocía, de manera que por aquí sobre todo aparece ser digno de fe. Porque ¿cómo iba a expresarse favorablemente y por favoritismo acerca de quien no conocía? Pero vine yo con mi bautismo de agua para preparar su manifestación a Israel.

De modo que no necesitaba Cristo semejante bautismo, ni hubo otro motivo para preparar ese baño, sino el que se facilitara a todos el camino para creer en Cristo. Pues no dijo: Para tornar puros a los bautizados; ni tampoco: He venido a bautizar para librar de los pecados, sino: Para preparar su manifestación a Israel. Por mi parte pregunto: entonces ¿qué? ¿Acaso sin ese bautismo no se podía predicar a Cristo y atraerle el pueblo? Sí se podía, pero no tan fácilmente. Si la predicación se hubiera hecho sin el bautismo, no habrían concurrido así todos, ni habrían comprendido, mediante la comparación, la preeminencia de Cristo. Porque aquella multitud iba a Juan no para escuchar su predicación, sino ¿para qué? Para confesar sus pecados y ser bautizados. Una vez así reunidos, se les enseñaba lo referente a Cristo y la diferencia de ambos bautismos. Porque el de Juan era superior a los lavatorios de los judíos, y por esto todos acudían a Juan; y sin embargo el bautismo de éste aún era imperfecto.

Pero ¡oh Juan! ¿Cómo conociste a Jesús? Por la bajada del Espíritu Santo, nos responde. Mas, para que nadie sospeche que Cristo necesitaba del Espíritu Santo, como lo necesitamos nosotros, oye cómo deshace semejante opinión, declarando que la bajada del Espíritu Santo fue únicamente para anunciar a Cristo. Pues habiendo dicho: Yo no lo conocía, añadió: Pero el que me envió a bautizar con agua me previno: Aquel sobre quien vieres descender el Espíritu Santo y reposar sobre El, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. ¿Observas cómo para esto vino el Espíritu Santo, para manifestar a Cristo? Tampoco el testimonio de Juan era sospechoso; pero para hacerlo aún más digno de fe, lo añadió al de Dios y al del Espíritu Santo.

Habiendo Juan predicado algo tan grande y tan admirable, y tal que podía dejar estupefactos a los oyentes, como fue que Cristo y sólo El cargaría con el pecado del mundo, y que la grandeza del don bastaría para tan excelsa y universal redención, lo confirma de ese modo. Y lo confirma por tratarse del Hijo de Dios, que no necesita del Bautismo; de modo que el Espíritu Santo únicamente desciende para darlo a conocer. Juan no podía dar el Espíritu Santo; y lo declaran así los mismos que habían recibido el bautismo de Juan diciendo: Pero ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo. De manera que Cristo no necesitaba de bautismo alguno, ni del de Juan ni de ningún otro; más bien era el bautismo el que necesitaba de la virtud de Cristo. Puesto que le faltaba precisamente al bautismo de Juan lo que era lo principal de todos los bienes y origen de ellos; o sea que al bautizado le confiriera el Espíritu Santo. Este don del Espíritu Santo lo añadió Cristo cuando vino.

Y dio testimonio Juan: He visto al Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre El. Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me previno: Aquel sobre quien vieres descender el Espíritu Santo y reposar sobre El, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios. Con frecuencia usa Juan de esa expresión: Y yo no lo conocía. Y no es sin motivo, sino porque era pariente suyo según la carne. Pues dice el evangelista Lucas: He aquí que Isabel tu parienta ha concebido también ella un hijo

. De modo que para que no pareciera que hablaba movido por el parentesco, frecuentemente dice: Y yo no lo conocía. Así era en efecto, pues por toda su vida había morado en el desierto, fuera de la casa paterna. Pero entonces ¿cómo es que, si antes de la venida del Espíritu Santo no lo conocía, sino que entonces por vez primera lo conoció, ya antes de bautizarlo se negaba y decía: Yo debo ser bautizado por ti? Esto parece demostrar que ya lo conocía bien.

Sin embargo, no lo conocía de mucho tiempo atrás, y con razón. Porque los milagros hechos durante la infancia de Jesús, cuando la visita de los Magos y otros semejantes, habían acontecido muchos años antes, cuando también Juan era un niño. Y a causa de ese largo lapso, Jesús era desconocido de todos. Si todos lo hubieran conocido, no habría dicho Juan: Para que se manifieste El a Israel, yo vine a bautizar. Y por aquí queda manifiesto que los milagros que se atribuyen a Cristo niño son falsos e inventados por alguien. Si Cristo niño hubiera hecho milagros, Juan lo habría conocido; y tampoco la demás multitud habría necesitado de Juan, como maestro que se lo mostrara. Ahora bien: el mismo Bautista afirma haber venido: Para que Cristo se

manifestara a Israel. Por la misma causa decía: Yo debo ser bautizado por ti. Después, por haberlo conocido con mayor claridad, lo anunciaba a las turbas diciendo: Este es aquel de quien os dije: Viene detrás de mí un hombre que ha sido constituido superior a mí. Porque el que me envió a bautizar en agua, y por lo mismo me envió para que Él se manifestara a Israel, ese mismo, antes de la bajada del Espíritu Santo, a él se lo reveló. Por tal motivo decía Juan antes de que Cristo llegara: Viene detrás de mí un hombre que ha sido constituido superior a mí.

De manera que Juan no conocía a Jesús antes de que Este bajara al Jordán y de que Juan bautizara a las turbas. En el momento en que Jesús iba a bautizarse lo conoció por revelación del Padre al profeta; y porque al tiempo de su bautismo el Espíritu Santo lo manifestó a los judíos, en favor de los cuales descendía. Para que no se menospreciara el testimonio de Juan que decía: Fue constituido superior a mí y que bautiza en el Espíritu y que juzgará al orbe de la tierra, el Padre da voces proclamando a Jesús por Hijo suyo; y el Espíritu Santo llega y habla sobre la cabeza de Cristo. Y pues Juan lo bautizaba y Cristo era bautizado, para que ninguno de los presentes pensara que la voz se refería a Juan, se presentó el Espíritu Santo, quitando así toda falsa opinión. Así que cuando Juan dice: Yo no lo conocía, esto debe entenderse del tiempo pasado y no del próximo al bautismo. De otro modo ¿cómo podía decir Juan: Yo debo ser bautizado por ti, apartándolo del bautismo? ¿Cómo habría podido decir de El cosas tan excelentes?

Preguntarás: entonces ¿por qué no creyeron los judíos? Pues no fue solamente Juan quien vio al Espíritu Santo en forma de paloma. Fue porque aun cuando también ellos lo habían visto, este género de cosas no necesita únicamente de los ojos corporales, sino mucho más de los ojos de la mente, para que se entienda que no se trata de simples fantasmagorías. Si viéndolo más tarde hacer milagros y tocando El con sus manos los cuerpos de los enfermos y de los muertos y dándoles por este medio la vida y la salud, andaban aquéllos tan presos de la envidia que se atrevían a afirmar lo contrario de lo que veían ¿cómo iban a dejar su incredulidad por el solo hecho de la bajada del Espíritu Santo?

Hay quienes afirman que no todos lo vieron, sino solamente Juan y los mejor dispuestos. Pues aun cuando el Espíritu Santo al descender en figura de paloma, pudiera ser visto sensiblemente por cuantos estuvieran dotados de ojos, sin embargo no había necesidad de que aquello se hiciera manifiesto a todos. Zacarías vio muchas cosas en figuras sensibles y lo mismo Daniel y Ezequiel, más sin compañero alguno en la visión. Moisés vio también muchas cosas, y tales cuales nunca nadie había visto. Tampoco en la transfiguración del Señor en el monte se concedió a todos los discípulos el contemplar aquella visión. Más aún: no todos participaron en ver la resurrección, como lo dice claramente Lucas: A los testigos de antemano escogidos por Dios.

Y yo lo vi y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios. ¿Cuándo dio semejante testimonio de que Cristo era el Hijo de Dios? Lo llamó Cordero y dijo que bautizaría en el Espíritu Santo; pero en ninguna parte afirmó ser Cristo el Hijo de Dios. Y para después del bautismo, ninguno de los evangelistas escribe que lo haya dicho; sino que omitiendo todo eso que sucedió en el intermedio, pasan a referir los milagros

obrados por Jesús tras del encarcelamiento de Juan. Lo que de aquí podemos deducir conjeturando es que tanto ese dicho de Juan como otras muchas cosas las pasaron en silencio, como lo significó nuestro evangelista al fin de su evangelio. Pues tan lejos están de inventar de El cosas grandes, que todos concordes y cuidadosamente narran lo que parecía ser oprobio; y no encontrarás que alguno de ellos haya callado nada de eso. En cambio, omitieron muchos milagros, refiriendo unos unos y otros otros; pero todos a la vez callaron muchos otros.

Y no sin motivo digo estas cosas, sino para rebatir la impudencia de los gentiles. Pues a la verdad, aun sólo esto es ya suficiente para demostrar la exactitud de los evangelistas en la materia, y que nada escribieron por simple favoritismo. Y vosotros, carísimos, armados de estos argumentos y de otros parecidos, podéis combatir contra los dichos gentiles. Pero... ¡atended! Sería un absurdo que el médico tan activamente luchara según su arte, lo mismo que el peletero y el tejedor y los demás profesionistas; y que en cambio el que es cristiano y como tal se profesa, no pudiera decir ni siquiera una palabra en defensa de su fe. Y eso que las artes de esos profesionistas, si se echan a un lado, solamente causan daño en el dinero; mientras que estas otras, si se desatienden, ponen en peligro el alma y la matan. Y sin embargo, tan míseros somos que todos los cuidados los ponemos en aquellas artes y en cambio despreciamos como cosas de ningún valor estas otras que son necesarias y operan nuestra salvación.

Esto es lo que impide que los gentiles fácilmente desprecien sus errores. Ellos, apoyados en mentiras, echan mano de todos los medios para encubrir la vergüenza de sus afirmaciones; y nosotros, los que profesamos la verdad, no nos atrevemos ni aun a abrir la boca. Resulta de aquí que ellos arguyen y condenan nuestros dogmas como cosas sin fundamento. Y tal es el motivo de que sospechen que lo nuestro se reduce a falacias y necedades. Por eso blasfeman de Cristo y lo tratan de engañador y charlatán, que se valió de la necedad de muchos para sus fraudes. Nosotros tenemos la culpa de semejante blasfemia, pues no queremos despertar para defender la religión con argumentos, sino que los hacemos a un lado como inútiles y nos ocupamos exclusivamente de los negocios terrenos.

Los encariñados con un bailarín o con un auriga o con uno que combate con las fieras, ponen todos los medios para que su preferido no salga vencido ni sea inferior en los certámenes; y lo colman de alabanzas y se preparan para defenderlo contra quienes lo vituperan, y a los contrarios los cargan de mil vituperios. Y cuando se trata de defender el cristianismo, todos agachan la cabeza, muestran flojedad, dudan; y si se les recibe con bromas y risas, se alejan. ¿De cuán grande indignación no es digno esto? Tenéis a Cristo en menos que a un bailarín, pues para defender a éste, preparáis miles de razones, aun cuando sea él hasta lo sumo desvergonzado; y cuando se trata de los milagros de Cristo que atrajeron la admiración del orbe todo, parece que ni aun pensáis en ellos ni para nada os cuidáis de ellos.

Creemos en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, en la resurrección de los cuerpos y en la vida eterna. De modo que si alguno de los gentiles pregunta: ¿Quién es ese Padre, quién es ese Hijo, quién es ese Espíritu Santo para que a nosotros nos acuséis de admitir multitud de dioses, qué le responderéis? ¿Cómo resolveréis esta

cuestión? Y ¿qué si callando nosotros proponen ellos otra pregunta y dicen: En qué consiste esa resurrección? ¿Resucitaremos en nuestro cuerpo o en otro? Si en el nuestro ¿qué necesidad hay de que muera? ¿Qué responderéis a esto? Y ¿qué si se os objeta: por qué Cristo no vino en los tiempos anteriores? ¿Es que le pareció estar bien el acudir al género humano y cuidar de él ahora, pero lo descuidó en todos los siglos anteriores? Y ¿qué si el gentil os examina en otras muchas cosas semejantes? Porque no conviene aquí ahora amontonar otras muchas dificultades y pasar en silencio las respuestas, no sea que esto haga daño a las almas más sencillas. Las que acabamos de proponer son suficientes para sacudir vuestro sueño.

En fin ¿qué sucederá si os pregunta esas cosas a vosotros que ni siquiera queréis escuchar las que nosotros os decimos? Pregunto yo: ¿Acaso nos espera un castigo pequeño siendo nosotros causa tan señalada del error para quienes yacen sentados en las tinieblas? Quisiera yo, si me lo permitiera el tiempo de que disponéis, traer aquí un execrable libro de un filósofo gentil, escrito contra nosotros; y aun el de otro más antiguo aún, para por este medio suscitar vuestra atención y sacudir esa tan gran desidia vuestra. Pues si esos filósofos anduvieran tan despiertos para atacarnos ¿qué perdón mereceremos si ignoramos el modo de redargüir y rechazar los dardos en contra nuestra lanzados?

Mas ¿por qué nos hemos alargado en eso? ¿No escuchas al apóstol que dice: Siempre dispuestos a dar razón a quienes preguntan acerca de la esperanza que profesáis? Y la misma exhortación usa Pablo: Que la palabra de Cristo resida en vosotros opulentamente. Pero ¿qué objetan a esto los hombres más desidiosos que los zánganos?: ¡Bendita sea toda alma sencilla! Y también: Quien camina con sencillez va seguro. Esta es la causa de todos los males: que muchos no saben usar oportunamente los textos de la Sagrada Escritura. Pues en ese sitio no se entiende de un necio ni de un ignorante que nada sabe, sino de aquel que no es perverso ni doloso, sino prudente. Porque si el sentido fuera aquel otro, en vano nos diría: Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.

Mas ¿para qué continuar en este tema que de nada aprovechará? Porque aparte de lo ya indicado, hay otras cosas pertinentes a las costumbres y modo de vivir en que procedemos mal. En realidad, en todos aspectos somos míseros, somos ridículos. Siempre dispuestos a corregir a los demás, somos perezosos para enmendar aquello en que somos reprochables. Os ruego, pues, que atendiendo a nosotros mismos, no nos detengamos en sólo lanzar reproches. No basta eso para aplacar a Dios. Esforcémonos en mostrar en todos nuestros procederes un cambio en forma excelentísima; de modo que viviendo para glorificar a Dios, gocemos de la gloria futura también nosotros. Ojalá a todos nos acontezca conseguirla, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, al cual sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos. — Amén.

Explicación del Evangelio de San Juan (1), Homilía XVII (XVI), Tradición México 1981, p. 137-46

FRANCISCO – Ángelus 2014, 2017 y 2020

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

2014

Jesús vino al mundo para liberarlo de la esclavitud del pecado

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Con la fiesta del Bautismo del Señor, celebrada el domingo pasado, hemos entrado en el tiempo litúrgico llamado "ordinario". En este segundo domingo, el Evangelio nos presenta la escena del encuentro entre Jesús y Juan el Bautista, a orillas del río Jordán. Quien lo relata es el testigo ocular, Juan evangelista, quien antes de ser discípulo de Jesús era discípulo del Bautista, junto a su hermano Santiago, con Simón y Andrés, todos de Galilea, todos pescadores. El Bautista, por lo tanto, ve a Jesús que avanza entre la multitud e, inspirado desde lo alto, reconoce en Él al enviado de Dios, por ello lo indica con estas palabras: "Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29).

El verbo que se traduce con "quita" significa literalmente "aliviar", "tomar sobre sí". Jesús vino al mundo con una misión precisa: liberarlo de la esclavitud del pecado, cargando sobre sí las culpas de la humanidad. ¿De qué modo? Amando. No hay otro modo de vencer el mal y el pecado si no es con el amor que impulsa al don de la propia vida por los demás. En el testimonio de Juan el Bautista, Jesús tiene los rasgos del Siervo del Señor, que "soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores" (Is 53, 4), hasta morir en la cruz. Él es el verdadero cordero pascual, que se sumerge en el río de nuestro pecado, para purificarnos.

El Bautista ve ante sí a un hombre que hace la fila con los pecadores para hacerse bautizar, incluso sin tener necesidad. Un hombre que Dios mandó al mundo como cordero inmolado. En el Nuevo Testamento el término "cordero" se le encuentra en más de una ocasión, y siempre en relación a Jesús. Esta imagen del cordero podría asombrar. En efecto, un animal que no se caracteriza ciertamente por su fuerza y robustez si carga en sus propios hombros un peso tan inaguantable. La masa enorme del mal es quitada y llevada por una creatura débil y frágil, símbolo de obediencia, docilidad y amor indefenso, que llega hasta el sacrificio de sí mismo. El cordero no es un dominador, sino que es dócil; no es agresivo, sino pacífico; no muestra las garras o los dientes ante cualquier ataque, sino que soporta y es dócil. Y así es Jesús. Así es Jesús, como un cordero.

¿Qué significa para la Iglesia, para nosotros, hoy, ser discípulos de Jesús Cordero de Dios? Significa poner en el sitio de la malicia, la inocencia; en el lugar de la fuerza, el amor; en el lugar de la soberbia, la humildad; en el lugar del prestigio, el servicio. Es un buen trabajo. Nosotros, cristianos, debemos hacer esto: poner en el lugar de la malicia, la inocencia, en el lugar de la fuerza, el amor, en el lugar de la soberbia, la humildad, en el lugar del prestigio el servicio. Ser discípulos del Cordero no significa vivir como una "ciudadela asediada", sino como una ciudad ubicada en el monte, abierta, acogedora y solidaria. Quiere decir no asumir actitudes de cerrazón, sino

proponer el Evangelio a todos, testimoniando con nuestra vida que seguir a Jesús nos hace más libres y más alegres.

***

2017

La Iglesia anuncia a Cristo; no se lleva a sí misma

Queridos hermanos y hermanas:

En el centro del Evangelio de hoy (*Juan* 1, 29-34) está la palabra de Juan Bautista: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (v. 29). Una palabra acompañada por la mirada y el gesto de la mano que le señalan a Él, Jesús. Imaginamos la escena. Estamos en la orilla del río Jordán. Juan está bautizando; hay mucha gente, hombres y mujeres de distintas edades, venidos allí, al río, para recibir el bautismo de las manos de ese hombre que a muchos les recordaba a Elías, el gran profeta que nueve siglos antes había purificado a los israelitas de la idolatría y les había reconducido a la verdadera fe en el Dios de la alianza, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

Juan predica que el Reino de los cielos está cerca, que el Mesías va a manifestarse y es necesario prepararse, convertirse y comportarse con justicia; e inicia a bautizar en el Jordán para dar al pueblo un medio concreto de penitencia (cf *Mateo* 3, 1-6). Esta gente venía para arrepentirse de sus pecados, para hacer penitencia, para comenzar de nuevo la vida. Él sabe, Juan sabe, que el Mesías, el Consagrado del Señor ya está cerca, y el signo para reconocerlo será que sobre Él se posará el Espíritu Santo; de hecho Él llevará el verdadero bautismo, el bautismo en el Espíritu Santo (cf *Juan* 1, 33).

Y el momento llega: Jesús se presenta en la orilla del río, en medio de la gente, de los pecadores —como todos nosotros—. Es su primer acto público, la primera cosa que hace cuando deja la casa de Nazaret, a los treinta años: baja a Judea, va al Jordán y se hace bautizar por Juan. Sabemos qué sucede —lo hemos celebrado el domingo pasado—: sobre Jesús baja el Espíritu Santo en forma de paloma y la voz del Padre lo proclama Hijo predilecto (cf *Mateo* 3, 16-17). Es el signo que Juan esperaba. ¡Es Él! Jesús es el Mesías. Juan está desconcertado, porque se ha manifestado de una forma impensable: en medio de los pecadores, bautizado como ellos, es más, por ellos. Pero el Espíritu ilumina a Juan y le hace entender que así se cumple la justicia de Dios, se cumple su diseño de salvación: Jesús es el Mesías, el Rey de Israel, pero no con el poder de este mundo, sino como Cordero de Dios, que toma consigo y quita el pecado del mundo.

Así Juan lo indica a la gente y a sus discípulos. Porque Juan tenía un numeroso círculo de discípulos, que lo habían elegido como guía espiritual, y precisamente algunos de ellos se convertirán en los primeros discípulos de Jesús. Conocemos bien sus nombres: Simón, llamado después Pedro, su hermano Andrés, Santiago y su hermano Juan. Todos pescadores, todos galileos como Jesús.

Queridos hermanos y hermanas: ¿Por qué nos hemos detenido mucho en esta escena? ¡Porque es decisiva! No es una anécdota, es un hecho histórico decisivo. Es

decisiva por nuestra fe; es decisiva también por la misión de la Iglesia. La Iglesia, en todos los tiempos, está llamada a hacer lo que hizo Juan el Bautista, indicar a Jesús a la gente diciendo: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Él es un el único Salvador, Él es el Señor, humilde, en medio de los pecadores. Pero es Él. Él, no es otro poderoso que viene. No, no. Él.

Y estas son las palabras que nosotros sacerdotes repetimos cada día, durante la misa, cuando presentamos al pueblo el pan y el vino convertidos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Este gesto litúrgico representa toda la misión de la Iglesia, la cual no se anuncia a sí misma. Ay, ay cuando la Iglesia se anuncia a sí misma. Pierde la brújula, no sabe dónde va. La Iglesia anuncia a Cristo; no se lleva a sí misma, lleva a Cristo. Porque es Él y solo Él quien salva a su pueblo del pecado, lo libera y lo guía a la tierra de la vida y de la libertad.

La Virgen María, Madre del Cordero de Dios, nos ayude a creer en Él y a seguirlo.

***

2020

El testimonio de Juan el Bautista

Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días!

Este segundo domingo del tiempo ordinario supone una continuación a la Epifanía y la fiesta del Bautismo de Jesús. El pasaje evangélico (cf. *Juan* 1, 29-34) nos habla aún de la manifestación de Jesús. En efecto, después de haber sido bautizado en el río Jordán, Jesús fue consagrado por el Espíritu Santo que se posó sobre Él y fue proclamado Hijo de Dios por la voz del Padre celestial (cf. *Mateo* 3, 16-17 y siguientes). El evangelista Juan, a diferencia de los otros tres, no describe el evento, sino que nos propone el testimonio de Juan el Bautista. Fue el primer testigo de Cristo. Dios lo había llamado y preparado para esto.

El Bautista no puede frenar el urgente deseo de dar testimonio de Jesús y declara: «Y yo lo he visto y doy testimonio» (v. 34). Juan vio algo impactante, es decir, al Hijo amado de Dios en solidaridad con los pecadores; y el Espíritu Santo le hizo comprender la novedad inaudita, un verdadero cambio de rumbo. De hecho, mientras que en todas las religiones es el hombre quien ofrece y sacrifica algo para Dios, en el caso de Jesús es Dios quien ofrece a su Hijo para la salvación de la humanidad. Juan manifiesta su asombro y su consentimiento ante esta novedad traída por Jesús, a través de una expresión significativa que repetimos cada día en la misa: «*¡He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!*» (v. 29).

El testimonio de Juan el Bautista nos invita a empezar una y otra vez en nuestro camino de fe: empezar de nuevo desde Jesucristo, el Cordero lleno de misericordia que el Padre ha dado por nosotros. Sorprendámonos una vez más por la elección de Dios de estar de nuestro lado, de solidarizarse con nosotros los pecadores, y de salvar al mundo del mal haciéndose cargo de él totalmente.

Aprendamos de Juan el Bautista a *no dar por sentado que ya conocemos a Jesús*, que ya lo conocemos todo de Él (cf. v. 31). No es así. Detengámonos en el Evangelio,

quizás incluso contemplando un icono de Cristo, un “Rostro Santo”. Contemplemos con los ojos y más aún con el corazón; y dejémonos instruir por el Espíritu Santo, que dentro de nosotros nos dice: ¡Es Él! Es el Hijo de Dios hecho cordero, inmolado por amor. Él, sólo Él ha cargado, sólo Él ha sufrido, sólo Él ha expiado el pecado de cada uno de nosotros, el pecado del mundo, y también mis pecados. Todos ellos. Los cargó todos sobre sí mismo y los quitó de nosotros, para que finalmente fuéramos libres, no más esclavos del mal. Sí, todavía somos pobres pecadores, pero no esclavos, no, no somos esclavos: ¡somos hijos, hijos de Dios!

Que la Virgen María nos otorgue la fuerza de dar testimonio de su Hijo Jesús; de anunciarlo con alegría con una vida liberada del mal y palabras llenas de fe maravillada y gratitud.

BENEDICTO XVI – Jesús de Nazaret I, 1

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

La universalidad de la misión de Jesús

El bautismo de Jesús se entiende así como compendio de toda la historia, en el que se retoma el pasado y se anticipa el futuro: el ingreso en los pecados de los demás es el descenso al “infierno”, no sólo como espectador, como ocurre en Dante, sino compadeciendo y, con un sufrimiento transformador, convirtiendo los infiernos, abriendo y derribando las puertas del abismo. Es el descenso a la casa del mal, la lucha con el poderoso que tiene prisionero al hombre (y ¡cómo es cierto que todos somos prisioneros de los poderes sin nombre que nos manipulan!). Este poderoso, invencible con las meras fuerzas de la historia universal, es vencido y subyugado por el más poderoso que, siendo de la misma naturaleza de Dios, puede asumir toda la culpa del mundo sufriéndola hasta el fondo, sin dejar nada al descender en la identidad de quienes han caído. Esta lucha es la “vuelta” del ser, que produce una nueva calidad del ser, prepara un nuevo cielo y una nueva tierra. El sacramento –el Bautismo– aparece así como una participación en la lucha transformadora del mundo emprendida por Jesús en el cambio de vida que se ha producido en su descenso y ascenso.

Con esta interpretación y asimilación eclesial del bautismo de Jesús, ¿nos hemos alejado demasiado de la Biblia? Conviene escuchar en este contexto el cuarto Evangelio, según el cual Juan el Bautista, al ver a Jesús, pronunció estas palabras: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Mucho se ha hablado sobre estas palabras, que en la liturgia romana se pronuncian antes de comulgar. ¿Qué significa “cordero de Dios”? ¿Cómo es que se denomina a Jesús “cordero” y cómo quita este “cordero” los pecados del mundo, los vence hasta dejarlos sin sustancia ni realidad?

Joachim Jeremias ha aportado elementos decisivos para entender correctamente esta palabra y poder considerarla –también desde el punto de vista histórico– como verdadera palabra del Bautista. En primer lugar, se puede reconocer en ella dos

alusiones veterotestamentarias. El canto del siervo de Dios en Is 53, 7 compara al siervo que sufre con un cordero al que se lleva al matadero: "Como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca". Más importante aún es que Jesús fue crucificado durante una fiesta de Pascua y debía aparecer por tanto como el verdadero cordero pascual, en el que se cumplía lo que había significado el cordero pascual en la salida de Egipto: liberación de la tiranía mortal de Egipto y vía libre para el éxodo, el camino hacia la libertad de la promesa. A partir de la Pascua, el simbolismo del cordero ha sido fundamental para entender a Cristo. Lo encontramos en Pablo (cf. 1Co 5, 7), en Juan (cf. Jn 19, 36), en la Primera Carta de Pedro (cf. 1P 1, 19) y en el Apocalipsis (cf. por ejemplo, Ap 5, 6).

Jeremías llama también la atención sobre el hecho de que la palabra hebrea taljá' significa tanto "cordero" como "mozo", "siervo". Así, las palabras del Bautista pueden haber hecho referencia ante todo al siervo de Dios que, con sus penitencias vicarias, "carga" con los pecados del mundo; pero en ellas también se le podría reconocer como el verdadero cordero pascual, que con su expiación borra los pecados del mundo. "Paciente como un cordero ofrecido en sacrificio, el Salvador se ha encaminado hacia la muerte por nosotros en la cruz; con la fuerza expiatoria de su muerte inocente ha borrado la culpa de toda la humanidad". Si en las penurias de la opresión egipcia la sangre del cordero pascual había sido decisiva para la liberación de Israel, Él, el Hijo que se ha hecho siervo –el pastor que se ha convertido en cordero– se ha hecho garantía ya no sólo para Israel, sino para la liberación del "mundo", para toda la humanidad.

Con ello se introduce el gran tema de la universalidad de la misión de Jesús. Israel no existe sólo para sí mismo: su elección es el camino por el que Dios quiere llegar a todos. Encontraremos repetidamente el tema de la universalidad como verdadero centro de la misión de Jesús. Aparece ya al comienzo del camino de Jesús, en el cuarto Evangelio, con la frase del cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

La expresión "cordero de Dios" interpreta, si podemos decirlo así, la teología de la cruz que hay en el bautismo de Jesús, de su descenso a las profundidades de la muerte. Los cuatro Evangelios indican, aunque de formas diversas, que al salir Jesús de las aguas el cielo se "rasgó" (Mc), se "abrió" (Mt y Lc), que el espíritu bajó sobre Él "como una paloma" y que se oyó una voz del cielo que, según Marcos y Lucas, se dirige a Jesús: "Tú eres…", y según Mateo, dijo de él: "Este es mi hijo, el amado, mi predilecto" (Mt 3, 17). La imagen de la paloma puede recordar al Espíritu que aleteaba sobre las aguas del que habla el relato de la creación (cf. Gn 1, 2); mediante la partícula "como" (como una paloma) ésta funciona como "imagen de lo que en sustancia no se puede describir…". Por lo que se refiere a la "voz", la volveremos a encontrar con ocasión de la transfiguración de Jesús, cuando se añade sin embargo el imperativo: "Escuchadle".

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

Dios tiene la iniciativa del amor redentor universal

604. Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10; cf. 4, 19). "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5, 8).

605. Jesús ha recordado al final de la parábola de la oveja perdida que este amor es sin excepción: "De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños" (Mt 18, 14). Afirma "dar su vida en rescate por muchos" (Mt 20, 28); este último término no es restrictivo: opone el conjunto de la humanidad a la única persona del Redentor que se entrega para salvarla (cf. Rm 5, 18-19). La Iglesia, siguiendo a los Apóstoles (cf. 2 Co 5, 15; 1 Jn 2, 2), enseña que Cristo ha muerto por todos los hombres sin excepción: "no hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo" (Cc Quiercy en el año 853: DS 624).

III. CRISTO SE OFRECIO A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS

Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre

606. El Hijo de Dios "bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado" (Jn 6, 38), "al entrar en este mundo, dice: ... He aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad... En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (Hb 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús "por los pecados del mundo entero" (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: "El Padre me ama porque doy mi vida" (Jn 10, 17). "El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado" (Jn 14, 31).

607. Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. Lc 12,50; 22, 15; Mt 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: "¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!" (Jn 12, 27). "El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?" (Jn 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que "todo esté cumplido" (Jn 19, 30), dice: "Tengo sed" (Jn 19, 28).

"El cordero que quita el pecado del mundo"

608. Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores (cf. Lc 3, 21; Mt 3, 14-15), vio y señaló a Jesús como el "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" (Jn 1, 29; cf. Jn 1, 36). Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero (Is 53, 7; cf. Jr 11, 19) y carga con el pecado de las multitudes (cf. Is 53, 12) y el cordero pascual símbolo de la Redención de Israel cuando celebró la primera Pascua (Ex 12, 3-14; cf. Jn 19, 36; 1 Co 5, 7). Toda la vida de Cristo expresa su misión: "Servir y dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 45).

Jesús acepta libremente el amor redentor del Padre

609. Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, "los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1) porque "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres (cf. Hb 2, 10. 17-18; 4, 15; 5, 7-9). En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: "Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente" (Jn 10, 18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte (cf. Jn 18, 4-6; Mt 26, 53).

I. LA MISION CONJUNTA DEL HIJO Y DEL ESPIRITU

689. Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo (cf. Ga 4, 6) es realmente Dios. Consubstancial con el Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo. Pero al adorar a la Santísima Trinidad vivificante, consubstancial e indivisible, la fe de la Iglesia profesa también la distinción de las Personas. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.

690. Jesús es Cristo, "ungido", porque el Espíritu es su Unción y todo lo que sucede a partir de la Encarnación mana de esta plenitud (cf. Jn 3, 34). Cuando por fin Cristo es glorificado (Jn 7, 39), puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en él: Él les comunica su Gloria (cf. Jn 17, 22), es decir, el Espíritu Santo que lo glorifica (cf. Jn 16, 14). La misión conjunta se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por el Padre en el Cuerpo de su Hijo: la misión del Espíritu de adopción será unirlos a Cristo y hacerles vivir en él:

La noción de la unción sugiere... que no hay ninguna distancia entre el Hijo y el Espíritu. En efecto, de la misma manera que entre la superficie del cuerpo y la unción del aceite ni la razón ni los sentidos conocen ningún intermediario, así es inmediato el contacto del Hijo con el Espíritu... de tal modo que quien va a tener contacto con el Hijo por la fe tiene que tener antes contacto necesariamente con el óleo. En efecto, no hay parte alguna que esté desnuda del Espíritu Santo. Por eso es por lo que la confesión del Señorío del Hijo se hace en el Espíritu Santo por aquellos

que la aceptan, viniendo el Espíritu desde todas partes delante de los que se acercan por la fe (San Gregorio Niceno, Spir. 3, 1).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

¡Este es el cordero de Dios!

En el Evangelio de este segundo Domingo del así llamado Tiempo Ordinario escuchamos a Juan el Bautista, quien, presentando a Jesús al mundo, exclama:

«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».

El cordero en la Biblia como en otras culturas (piénsese, por ejemplo, en la fábula clásica del lobo y del cordero, que beben en un riachuelo) es el símbolo del ser inocente, que no puede hacer mal a nadie sino sólo recibido. Permaneciendo con este simbolismo, la primera lectura de Pedro llama a Cristo el «cordero sin tacha y sin mancilla», que, «al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia» (1 Pedro 2, 23). Jesús, en otras palabras, es por excelencia el Inocente, que sufre.

Se ha escrito que el dolor de los inocentes «es la roca del ateísmo». Esto es, verdaderamente es «el hueso duro» de toda religión. En la novela Los hermanos Karamazov de Dostoevskij, el rebelde Iván exclama: «Si también el sufrimiento inocente debiera servir para construir una humanidad mejor, ¿pueden los hombres aceptar una felicidad construida sobre sangre inocente? No estoy con ello. ¡Les devuelvo el billete!»

Después de Auschwitz, el problema se ha planteado de una manera aún más penetrante. Son innumerables los libros y dramas escritos en torno a este tema. Parece como estar en un proceso y escuchar la voz del juez, que ordena levantarse al imputado. El imputado en este caso es Dios, la fe.

La fe, ¿qué tiene que responder a todo esto? Ante todo, es necesario que nos pongamos todos, creyentes y no creyentes, en una actitud de humildad, porque si la fe no está en disposición de «explicar» el dolor aún lo está menos la razón. El dolor de los inocentes es algo demasiado puro y misterioso para poderlo encerrar dentro de nuestras pobres «explicaciones». De la historia de Job yo he aprendido una cosa: no querer hacer o representar la parte de los «amigos» de Job, los que pretenden saberlo todo sobre el sufrimiento y sobre el castigo, y quieren hacerse a toda costa como los defensores de oficio de Dios. Al final, aparece Dios mismo en aquella historia ¿y qué dice? Le da la razón a Job, que le ha importunado con los «¿por qué?, ¿por qué?» (Job 7, 20ss.), hasta casi la rebeldía, y ¡les quita la razón a los que (sin haber pasado a través del sufrimiento) han hablado en su defensa!

Jesús, que de explicaciones a dar tenía muchas más que nosotros, ante el dolor de la viuda de Naím y de las hermanas de Lázaro, no supo hacer nada mejor que emocionarse y llorar (cfr. Lucas 7, 11ss.; Juan 11).

Yo quisiera, sin embargo, poner por delante una observación. ¿Quién lleva el dolor de los inocentes lejos de Dios?, ¿quién lo sufre sobre su piel?, o ¿quién sólo escribe novelas y frases en una pequeña mesa sobre él? Me parece ejemplar el caso de Anna Frank. A esta jovencita hebrea, escondida para huir de los nazis durante dos años en una buhardilla, le bastaba un pequeño trozo de cielo, contemplado desde una pequeña ventana, o el retorno de la primavera, para cantar himnos a la vida ya Dios. Entre los que han escrito sobre ella en el calor de casas reconstruidas ha habido quien ha encontrado en su caso un «obstáculo insuperable» para creer en Dios. No es la incapacidad de explicar el dolor lo que hace perder la fe sino más bien es la pérdida de la fe la que hace inexplicable el dolor.

La respuesta cristiana al problema del dolor inocente está confinada en un nombre: ¡Jesucristo! Ante la palabra de Iván, el hermano menor de Karamazov, Alioscia responde: «Tú has dicho: «¿Hay en el mundo entero un solo Ser, que pueda perdonar, y que tenga derecho a ello?» Pues bien, este Ser existe, y Él puede perdonarlo todo y a todos y por cuenta de todos, porqué Él mismo ha dado su sangre inocente por todos y para todos».

Jesús no ha venido a darnos doctas explicaciones sobre el dolor, sino que ha venido a asumirlo silenciosamente sobre sí. Tomándolo sobre sí, sin embargo, lo ha cambiado desde su interior: de signo de maldición lo ha hecho instrumento de redención.

Más aún: lo ha hecho el supremo valor, el orden de nobleza más alto en este mundo. Después del pecado, la verdadera grandeza de una criatura humana se mide por el hecho de llevar sobre sí el mínimo posible de culpa y el máximo posible de pena del mismo pecado. Esto es, no cometer el mal y aún aceptar cargar con los resultados de él. En consecuencia, no está tanto ni en una ni en la otra cosa, aceptadas separadamente (esto es, o en la inocencia o en el sufrimiento), cuanto en la presencia a la vez de las dos cosas en la misma persona. Éste es un tipo de sufrimiento que nos acerca a Dios. Sólo Dios, en efecto, sufre y sufre en sentido absoluto como inocente.

En el vértice de esta nueva escala de nobleza está Jesús de Nazaret, «cordero sin tacha y sin mancilla» (1 Pedro 1, 19), porque, sin haber cometido ninguna culpa, él ha llevado sobre sí la pena de todas las culpas. «Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados» (Isaías 53, 5ss.). Lo que a los ojos del mundo es el mayor escándalo (el dolor de los inocentes) es ante Dios la perla más preciosa del mundo. Es «la sal de la tierra» (Mateo 5, 13) lo que rescata a este nuestro mundo delirante de tantas maldades y compromisos.

Jesús, sin embargo, no ha dado sólo un sentido al dolor inocente, le ha conferido igualmente un poder nuevo, una misteriosa fecundidad. Todo el dolor inocente de cualquier modo ya «hace masa» con el de Cristo, lo «completa» (así nos empuja a

decirlo san Pablo) y recibe de él la capacidad de engendrar esperanza y vida en tomo a él. «Sufrir, ha escrito Juan Pablo 11 en su carta sobre el "Dolor que salva", significa llegar a ser particularmente sensibles en la obra de las fuerzas salvíficas de Dios ofrecidas a la humanidad en Cristo».

A propósito del dolor inocente, la fe nos invita, por lo tanto, a no pararnos tanto en sus causas, en el «porqué» se sufre, cuanto en sus efectos: qué nace de tal sufrimiento. Un día, presentándole a un muchacho ciego de nacimiento, algunos expusieron a Jesús:

«"Rabbí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?" Respondió Jesús: "Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios"» (Juan 9, 2-3).

Cuántas veces también nosotros nos preguntamos: «¿qué mal he hecho yo para que Dios me castigue así?», como si el dolor fuese un castigo o una maldición y no, por el contrario, como nos dice san Pablo: «Si hemos muerto con él, también viviremos con él; si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él» (2 Timoteo 2, 11-12); esto es, es «una participación en los sufrimientos de Cristo» (Romanos 8, 17), que permite anunciarnos a nosotros también la gloria y la alegría de la resurrección.

Decía yo que, para no perderse, no debemos mirar tanto a las causas del dolor inocente cuanto a sus efectos, a lo que surge de ello. Miremos qué surgió del sufrimiento de Cristo: la resurrección y la esperanza para todo el género humano. ¡Por él mismo, cuánta gloria! En la primera lectura de este Domingo, proféticamente Dios dice a su Cristo: «Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra». Y, después de dos mil años, sabemos que así ha sido.

Pero, miremos además a lo que sucede hoy en tomo a nosotros. ¡Cuántas energías y heroísmos suscita frecuentemente en una pareja la aceptación de un hijo minusválido, clavado al lecho durante años! ¡Cuánta solidaridad insospechada en tomo a él! ¡Cuánta capacidad de amor de otro modo desconocida!

Pero, antes de concluir, debo añadir una observación. Lo más importante, cuando se habla del dolor inocente, no es entenderlo o explicarlo; ¡es no acrecentarlo! Mucho de este dolor, en efecto, no es fruto de la fatalidad o de la naturaleza; se inicia desde nosotros, de nuestra libertad, de la voluntad de prevalecer sobre los demás o simplemente de nuestras omisiones. Jesús quería que sus discípulos fuesen en el mundo «corderos en medio de lobos» (cfr. Mateo 7,15); pero, cuántas veces sucede lo contrario y somos lobos en medio de otros lobos o, peor, lobos en medio de corderos.

¡La prepotencia! (o sentirse más poderoso que otros). Es necesario sellar sin piedad esta tendencia que envenena las relaciones humanas más que todas, frecuentemente dentro de los mismos muros domésticos. La fábula del lobo y del cordero, que he recordado, se propone precisamente poner al desnudo lo absurdo y lo odioso de la prepotencia. Ella no es signo de fuerza sino de debilidad. Quién está inseguro dentro de sí y lleno de complejos es más dado a rehacerse sobre los demás. Siente la necesidad de anular cualquier otra voluntad en tomo a sí. Es de igual forma signo frecuente de villanía. El prepotente acostumbra a ser fuerte con los débiles y

débil con los fuertes. Si puedo permitirme una palabra a los jóvenes es ésta: sabed escoger a vuestros héroes y modelos. No emuléis a los prepotentes y no tengáis sugestión alguna por ellos: son pobrecillos, frecuentemente más enfermos que culpables.

No basta ni siquiera aumentar el dolor inocente: ¡es necesario además buscar de aliviar el que haya! Ante el espectáculo de una niñita titiritando de frío, que lloraba por los mordiscos del hambre, un día, un hombre gritó a Dios en su corazón: «Oh Dios, ¿dónde estás? ¿Por qué no haces algo por aquella niña inocente?» Y Dios le respondió: «Cierto que he hecho algo por ella: ¡te he hecho a ti!»

Aprendamos bien esta respuesta y repitámosla dentro de nosotros, cuando estemos tentados de dirigirle a Dios la misma pregunta.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

Apostolado

Yo he visto y he dado testimonio. Con estas sencillas palabras, que Juan Bautista pronuncia refiriéndose a su modo de actuar, queda definida a la perfección la personalidad apostólica. Fijémonos en el ejemplo del Precursor que hoy nos brinda la Liturgia. Como nosotros, fue testigo del mensaje evangélico –ese Anuncio Nuevo–: que los hombres estamos llamados, a partir de Jesucristo, a ser hijos de Dios. No se queda Juan indiferente o pasivo ante la noticia. Comprende de inmediato la trascendencia que tiene para todos, y a todos quiere hacer partícipes de lo que supone la presencia de Cristo entre los hombres.

Es inseparable del verdadero cristiano la actitud apostólica. Si el mandamiento por excelencia es la caridad, el amor a los hermanos como manifestación más notoria de amor a Dios, parece claro que los queremos de verdad sólo en la medida en que procuramos lo mejor para ellos. Y no olvidemos que es participar de la filiación divina lo que más puede engrandecernos a los hombres. Mucho más que cualquier otro talento o riqueza que podríamos desear o imaginar. Para ser hijos suyos nos creó Dios: ser buenos hijos de Dios es el único fin que consuma nuestra vida. Ser apóstoles, pues, supone algo tan elemental como procurar que los demás, nuestros iguales, reconozcan su condición de hijos Dios y quieran ser consecuentes con su filiación divina.

Aunque se trata de una tarea fácil, que no plantea apenas problemas entre gentes sencillas, como es el caso de los niños; puede no resultar tan elemental en muchos otros casos; en particular cuando el hombre ha perdido la confianza en Dios y lo considera, más que como un Padre amoroso al que debe la vida y todo lo que es y tiene, como un obstáculo para la propia autonomía, o incluso un rival de la libertad personal. A veces, en efecto, hay quien considera a Dios como una complicación incómoda, que lamentablemente existe, y que dificulta más aún la vida de los hombres, ya de suyo difícil.

¿Cómo es Dios para los hombres? Se hace necesario asegurar nuestra fe en la Revelación que hemos recibido de Jesucristo, pues, **nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo**. Jesucristo, Hijo único del Padre, nos ha revelado que **Dios es Amor**, como dice san Juan, el apóstol amado. Pensemos, por ejemplo, en la conocida parábola del "hijo pródigo", en la que estamos representados –en aquel hombre que se marcha de la casa paterna y malgasta su herencia– los pecadores de todos los tiempos; y Dios, en aquel Padre que perdona, que espera cada día la vuelta del hijo, dispuesto a restituirle su favor apenas regrese arrepentido. No en vano se ha llamado también a ésta, la parábola del "padre misericordioso".

Sin duda, que muchos de nuestros iguales, seguros de sí mismos y, sin embargo, tristes; porque, habiendo sido creados para Dios lo desconocen y –como declaró san Agustín– no hallarán descanso sino en Él; esperan sin saberlo que les contemos la experiencia nuestra: que, más de una vez, hicimos de "hijo pródigo" y que hemos experimentado siempre el amor de Dios como la riqueza mayor que se puede pensar. En cada ocasión –cada vez que animamos a otro a "volver"– se cumplen las palabras con las que concluye Santiago su carta a una joven comunidad de fieles: **si alguno de vosotros se desvía de la verdad y otro le convierte, sepa que quien convierte a un pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá sus muchos pecados.**

Si amamos a Dios de verdad nos dolerá –también por ellos– que otros le ofendan, aunque no sepan que lo hacen. En todo caso, querremos que muchos más le amen para que crezca más y más su gloria en el mundo. Pidamos al Señor la luz de la fe, también con nuestra mortificación, para tantos que le buscan sin saberlo, porque intentan alcanzar la felicidad plena, pero donde no está: fuera de Dios. La ilusión por acercar almas a Dios es manifestación clara de rectitud en el propio camino: de que amamos a Dios como Jesucristo, que con su corazón de hombre nos quiere a todos felices junto a Dios. Con tal fuerza desea nuestro bien, que empeña su vida por nuestra eterna salvación, que es la única felicidad completa y definitiva para los hombres.

Juan Bautista habló de Jesucristo a los hombres de su tiempo para que la salvación de Dios, la vida plena de la Trinidad, se extendiera de modo más completo que con la ley de Moisés. En el tiempo nuestro, aunque ha sido ya anunciado y extendido en cierta medida el Evangelio, se hace necesaria una nueva evangelización, que recuerde a todos el ideal divino –no humano– que Cristo vino a recuperar para los hombres, el que quiso Dios otorgarnos desde el principio. En Jesucristo, como enseña San Pablo, **nos eligió antes de la constitución del mundo para que seamos santos y sin mancha en su presencia por el amor.**

La Reina de los Apóstoles, nuestra Madre del Cielo, recibió una especial luz para penetrar en el misterio de la economía salvífica en favor de los hombres, decretado por Dios desde la constitución del mundo. Nos encomendamos a Ella, para que sepamos hacer partícipes a muchos de la inmensa riqueza salvadora de Dios.

"Este es el cordero de Dios..."

Uno de aquellos discípulos de Juan Bautista que escuchó el saludo "Este es el Cordero de Dios, este es el que quita el pecado del mundo", y se unió a Jesús, era justamente quien escribió más tarde estas cosas para la Iglesia: Juan el evangelista, Él no se nombra, pero lo sabemos por muchos indicios, Incluso el breve relato escuchado en el Evangelio de hoy tiene el sabor de un recuerdo personal, celosamente mantenido vivo en el corazón, A distancia de tantos años, él recuerda todavía la hora exacta de su primer encuentro con Jesús a orillas del río Jordán: *Era alrededor de las cuatro de la tarde*. ¡El primer acercamiento es tan verdadero y natural! Los dos discípulos tímidamente comienzan a seguir a Jesús, quien, al darse cuenta, se vuelve y les dice: *¿Qué quieren?* Y ellos, sorprendidos y avergonzados, como sucede en tales ocasiones, salen del paso con una pregunta cualquiera, quizás la menos necesaria: *¿Dónde vives?*

Aquella primera presentación de Jesús: "Este es el Cordero de Dios..." se imprimió en la mente del evangelista, a tal punto que luego él siguió viéndolo y llamándolo así. "Cordero de Dios" se convirtió en uno de los nombres predilectos para llamar al Maestro, aquel con que se trata de penetrar con más profundidad en la personalidad y en la obra de Jesús.

Hay una parte, en realidad una gran parte del Evangelio, que está como coagulada alrededor de este título del Señor, y nosotros debemos disolverla para comprenderla y nutrirnos con ella. Si somos capaces de hacerla, hoy volveremos a casa con un fragmento vivo del Evangelio en el corazón.

¿Qué nos dice de Jesús el título "Cordero de Dios"? El Antiguo Testamento conocía dos figuras de cordero: uno verdadero y uno metafórico. El cordero real era aquel que, en la noche del éxodo, por orden de Dios, fue inmolado en Egipto, y cuya sangre liberó al pueblo de la esclavitud y lo hizo pasar a la libertad de la tierra prometida. Luego de ese hecho, cada año, en Pascua, el pueblo hebreo, familia por familia, inmolaba un cordero y después, durante la noche, lo consumía en forma comunitaria, en recuerdo de la liberación de la esclavitud en Egipto.

El cordero metafórico o figurativo era "el cordero mudo conducido a la muerte" del que había hablado el profeta Isaías en el contexto de la lección de hoy, al anunciar al siervo de Yavé que salvaría a Israel. Se dice algo nuevo de este cordero con respecto al precedente, algo que aumenta en forma desmesurada su misión: *Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades... y por sus heridas fuimos sanados* (Is. 53, 5). Por lo tanto, ya no un cordero que rescata un solo pueblo y lo hace libre, sino un cordero que libera a todos los pueblos de la perdición, tomando sobre sí todos sus pecados.

Cuando los que lo rodeaban oyeron exclamar a Juan Bautista: "Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", comprendieron esto: que por fin había aparecido en el mundo aquel que Dios había enseñado a esperar como al liberador, el

redentor de todos los hombres, aquel que está ante Dios en representación de todos y paga por todos. Al recoger ese grito al inicio de su Evangelio, Juan anticipa y preanuncia el destino final de Jesús; ya pone a todos bajo la Cruz. Aquel cordero, según la profecía, deberá ser aniquilado por nuestros pecados. Por eso, en el Calvario, en el momento de la muerte, Juan se preocupará por recordarnos una vez más que él es el Cordero de Dios. Lo hará aplicándole la prescripción del Éxodo 12, 46 *(No quiebres los huesos de la víctima)* que se refería justamente al cordero pascual, y evocando implícitamente el cordero místico de Isaías 53, *traspasado por nuestras rebeldías.*

Jesús no dejó de lado su título y sus características de Cordero ni siquiera con su muerte. Él había sido esperado, en el Antiguo Testamento, como el cordero inmaculado que debía venir (1 Ped. 1, 19); ahora, después de su resurrección, espera a la humanidad como *el Cordero sentado en el trono*. La espera y la acompaña desde lo alto hasta que estén reunidos alrededor de su trono todos los signados de la tierra, es decir, todos aquellos que llevan el sello de su sangre. Así, el mismo Juan nos representa al Señor en el Apocalipsis como el Cordero *inmolado y de pie* (Apoc. 5), vale decir muerto y resucitado, que espera a la esposa para las bodas eternas: *Felices los que han sido invitados al banquete de bodas del Cordero* (Apoc. 19, 9), aquellos, entonces, que irán a reencontrarse con el Señor en los cielos nuevos; felices porque allá será secada toda lágrima, no habrá más muerte, más dolor, más llanto (Apoc. 21, 4).

La palabra de Dios nos ofrece, por lo tanto, una síntesis de nuestra fe en la cual el pasado confirma el futuro. Las promesas y las profecías antiguas fielmente realizadas en Jesús, verdadero Cordero de Dios, se convierten en la garantía de que también la parte todavía no cumplida de sus promesas se cumplirá en forma infalible.

Pero también una demostración de vida, algo que requiere nuestra voluntad y nuestra mentalidad. Jesús es el Cordero de Dios que quita los pecados. Es decir, él salva a los pecadores. Para ser salvados por él, entonces, es necesario reconocerse y sentirse pecadores. Él no ha venido para los justos; con ellos no tiene nada que hacer. No es un complejo de culpa que debemos crearnos antes, con el fin de sentir luego el alivio del perdón, o para permitirle a Cristo que nos salve. Somos pecadores por naturaleza, por nacimiento: *Todos faltamos de muchas maneras,* dicen las Escrituras (Sant. 3, 2). Es necesario no dar vuelta la cara ante esta realidad y no huir de ella como Adán. Es necesario alzarse como el pródigo e ir al Señor para decirle: “Padre, he pecado”. Para quienes lo hagan, Jesús es el Cordero que saca los pecados; los otros, dice Juan en el Apocalipsis, conocerán solamente la *ira del Cordero* (Apoc. 6, 16). ¿Cómo puede salvar Jesús a quien cree ser siempre acreedor de Dios y de los hombres, como el fariseo del templo? Es por esto que la Iglesia hace de todo por educarnos en un sano sentimiento de la culpa, es decir, en sentirnos lo que realmente somos, pecadores. No por nada la invitación: “Hermanos, reconozcamos nuestros pecados”, constituye ahora el portal de ingreso a la Misa.

Esta tentación de no reconocerse pecadores está siempre al acecho, incluso desde la época de Adán, quien se excusa y huye antes que confesar: he pecado. Hoy se ha agregado una más letal. Se siente, se admite la culpa, pero se la llama complejo, ya no pecado, y para sacársela del alma ya no se recurre más, en ciertos ambientes, al

Cordero que quita los pecados, sino al que cura el alma, al psicoanalista, que quita las inhibiciones y elimina los complejos. Por cierto, hay una función muy noble que puede desarrollar el psiquiatra y el psicoanalista con respecto a nosotros, hijos de un siglo de alma perturbada y enferma, pero no realmente la de convencer al hombre de que no tiene pecados. Si lo hace, lo engaña. *Nosotros sabemos* –si no lo sabemos, quiere decir que la fe ha desaparecido de nuestro horizonte– *que para aquella enfermedad del alma que se llama pecado hay un solo médico: Jesucristo nuestro Señor* (Ignacio de Antioquía). El murió en la Cruz para adquirir el derecho de considerarse así, para podernos perdonar siempre todo.

La Eucaristía que ahora celebramos recoge en una unidad todo lo que hemos dicho hasta aquí. Hace estar presente entre nosotros al cordero liberador del Éxodo, al cordero redentor de Isaías *traspasado por nuestras rebeldías,* al Cordero que un día Juan Bautista señaló a quienes lo rodeaban, al Cordero de la Cruz y al Cordero que nos espera en el trono. Hace presente y vivo todo esto para nosotros. He aquí por qué, en el momento de recibir la Eucaristía, saludaremos también hoy a Jesús con las palabras con las cuales, a esta misma hora, hacia el mediodía de hace tantos siglos, Juan Bautista lo presentó al mundo: "Este es el Cordero de Dios, éste es el que quita los pecados del mundo".

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de San José, en la Vía del Triunfo (18-I-1981)

– El misterio de Dios hecho Hombre

"La gracia y la paz delante de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo" (1 Cor 1,3).

El tiempo de Navidad, que hemos vivido hace poco, ha renovado en nosotros la conciencia de que "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14). Esta conciencia no nos abandona jamás; sin embargo, en este período se hace particularmente viva y expresiva. Se convierte en el contenido de la liturgia, pero también en el contenido de la vida cristiana, familiar y social. Nos preparamos siempre para esta santa noche del nacimiento temporal de Dios mediante el Adviento, tal como lo proclama hoy el Salmo responsorial: "Yo esperaba con ansia al Señor: Él se inclinó y escuchó mi grito" (Sal 39/40,2).

Es admirable este inclinarse del Señor sobre los hombres. Haciéndose hombre, y ante todo como Niño indefenso, hace que más bien nos inclinemos sobre Él, igual que María y José, como los pastores, y luego los tres Magos de Oriente. Nos inclinamos con veneración, pero también con ternura. ¡En el nacimiento terreno de su Hijo, Dios se "adapta" al hombre tanto, que incluso se hace hombre!

Y precisamente este hecho se nos recuerda ahora, si seguimos el hilo del Salmo: nos "puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios" (Sal 39/40,4). ¡Qué candor se trasluce en nuestros cantos navideños! ¡Cómo expresan la cercanía de Dios, que se ha hecho hombre y débil niño! ¡Que jamás perdamos el sentido profundo de este misterio! Que lo mantengamos siempre vivo, tal como lo han transmitido los grandes santos.

Lo expresa también el Profeta Isaías cuando proclama hoy en la primera lectura: "Mi Dios fue mi fuerza" (Is 49,5). Y en la segunda lectura San Pablo se dirige a los Corintios –y al mismo tiempo indirectamente a nosotros– como a "los consagrados por Jesucristo, al pueblo santo que Él llamó" (1 Cor 1,2).

– Llamada a la santidad

El reciente Concilio nos ha recordado la vocación de todos a la santidad. ¡Esta es precisamente nuestra vocación en Jesucristo! Y es don esencial del nacimiento temporal de Dios. ¡Al nacer como hombre el Hijo de Dios confiesa la dignidad del ser humano, y a la vez le hace una nueva llamada, la llamada a la santidad!

¿Quién es Jesucristo?

El que nació la noche de Belén. El que fue revelado a los pastores y a los Magos de Oriente. Pero el Evangelio de este domingo nos lleva una vez más a las riberas del Jordán, donde después de 30 años de su nacimiento, Juan Bautista prepara a los hombres para su venida. Y cuando ve a Jesús, "que venía hacia él", dice: "Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29).

Juan afirma que bautiza en el Jordán "con agua para que –Jesús de Nazaret– sea manifestado a Israel" (Jn 1,31).

Nos habituamos a las palabras: "Cordero de Dios". Y, sin embargo, éstas son simplemente palabras maravillosas, misteriosas, palabras potentes. ¡Cómo podían comprenderlas los oyentes inmediatos de Juan, que conocían el sacrificio del cordero ligado a la noche del éxodo de Israel de la esclavitud de Egipto!

¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!

Los versos siguientes del Salmo responsorial de hoy explican más plenamente lo que se reveló en el Jordán y a través de las palabras de Juan Bautista, y que ya había comenzado la noche de Belén. El salmo se dirige a Dios con las palabras del Salmista, pero indirectamente nos trae de nuevo las palabras del Hijo eterno hecho hombre: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y en cambio me abriste el oído; no pides sacrificio expiatorio, entonces yo digo: Aquí estoy –como está escrito en mi libro– para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero" (Sal 39/40,7-9).

Así habla, con las palabras del Salmo, el Hijo de Dios hecho hombre. Juan capta la misma verdad en el Jordán, cuando señalándolo, grita: "Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29).

Hemos sido, pues, "santificados en Cristo Jesús". Y estamos "llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo Señor nuestro" (1 Cor 1,2).

Jesucristo es el Cordero de Dios, que dice de Sí mismo: "Dios mío, quiero hacer tu voluntad, y llevo tu ley en las entrañas" (cf. Sal. 39/40, 9).

– Santidad: la alegría de hacer la voluntad de Dios

¿Qué es la santidad? Es precisamente la alegría de hacer la voluntad de Dios.

El hombre experimenta esta alegría por medio de una constante acción profunda sobre sí mismo, por medio de la fidelidad a la ley divina, a los mandamientos del Evangelio. E incluso con renuncias.

El hombre participa de esta alegría siempre y exclusivamente por medio de Jesucristo, Cordero de Dios. ¡Qué elocuente es que escuchemos las palabras pronunciadas por Juan en el Jordán, cuando debemos acercarnos a recibir a Cristo en nuestros corazones y en la comunión eucarística!

Viene a nosotros el que trae la alegría de hacer la voluntad de Dios. El que trae la santidad.

Escuchamos las palabras: "Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Y continuamente sentimos la llamada a la santidad.

Jesucristo nos trae la llamada a la santidad y continuamente nos da la fuerza de la santificación. Continuamente nos da "el poder de llegar a ser hijos de Dios", como lo proclama la liturgia de hoy en el canto del Aleluya.

Esta potencia de santificación del hombre, potencia continua e inagotable, es el don del Cordero de Dios. Juan señalándolo en el Jordán, dice: "Éste es el Hijo de Dios" (Jn 1,34), "Ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo" (Jn 1,33), es decir, nos sumerge en ese Espíritu al que Juan vio, mientras bautizaba, "que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre Él" (Jn 1,32). Éste fue el signo mesiánico. En este signo, Él mismo, que está lleno de poder y de Espíritu Santo, se ha revelado como causa de nuestra santidad: el Cordero de Dios, el autor de nuestra santidad.

¡Dejemos que Él actúe en nosotros con la potencia del Espíritu Santo!

¡Dejemos que Él nos guíe por los caminos de la fe, de la esperanza, de la caridad, por el camino de la santidad!

¡Dejemos que el Espíritu Santo –Espíritu de Jesucristo– renueve la faz de la tierra a través de cada uno de nosotros!

De este modo, resuene en toda nuestra vida el canto de Navidad.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Juan ve venir al Señor lleno de sencillez y lo señala como el "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Dios es un Padre cuya paciencia con nosotros, cuyas iniciativas e ingeniosidades son infinitamente mayores que nuestras debilidades y malicias. Él perdona siempre, liberando al hombre de la suciedad interior que le agobia y apaga la alegría. El Sacramento del Perdón es un recurso del amor de Dios que alivia la mala conciencia depositando en ella una paz que no es de este mundo.

Como el Bautista debemos dar testimonio del Hijo de Dios, un Dios que cura las heridas del alma. “Vosotros sois mis testigos” (Lc 24,48), dijo Jesús a los suyos, y ellos, junto a una cadena incontable de criaturas de todos los puntos cardinales, tras recibir por el Bautismo la fuerza del Espíritu Santo, “marcharon a predicar por todas partes” (Mc 15,20).

No debemos dispensarnos de la tarea de hacer que Jesucristo sea conocido y amado. Nadie debe vivir tranquilo si se desentiende de este deber. “Tal vez –dice S. Gregorio– no podamos socorrer al necesitado; pero el que tiene lengua dispone de un bien mayor que puede distribuir, pues vale más reanimar con el alimento de la palabra al alma que ha de vivir para siempre, que saciar con el pan terreno al cuerpo que ha de morir. Por tanto, hermanos, no neguéis al prójimo la limosna de vuestra palabra”. Pero, ¿quién me manda a mí meterme en la vida de los demás? ¿No estaré invadiendo el recinto de sus conciencias impertinentemente? ¡No son los demás! ¡Son mis familiares y amigos, con quienes deseo compartir la preocupación de poner remedio a tantos asuntos que, sin Cristo, no tienen remedio!

¡Hablar de Dios también con el testimonio de una vida cristiana coherente! Nos engañaríamos si creyéramos que ser ejemplares en medio de las realidades de cada día, empeñados en un trabajo que santifica también las realidades nobles de este mundo, sólo despierta una desdeñosa curiosidad admirativa en medio de una sociedad que valora tan solo el bienestar terreno. Este testimonio penetra en muchas almas rectas que buscan a Dios a tientas, que anhelan esa paz que el mundo no puede dar. La paz que viene del que quita los pecados del mundo, aliviando ese sentido de culpabilidad, tan

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Llamados a ser testigos de Cristo Salvador»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 49,5-6: «Te hago luz de las naciones para que seas mi salvación»

Sal 39,2.4ab.7-8a.8b-9.10: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»

1Co 1,1-3: «Gracias y paz os dé Dios nuestro Padre, y Jesucristo, nuestro Señor»

Jn 1,29-34: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El Bautista manifiesta que Jesucristo preexiste, que es el Hijo de Dios, el Ungido por el Espíritu, el que bautiza con el Espíritu. Proclama, sobre todo, que es «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», clara alusión a la Pasión (4.o Poema del Siervo de Yavé: Is 52,4).

El Siervo de Yavé, al que Dios hace luz de las naciones para salvarlas, (1ª Lect.) es Jesucristo.

La Iglesia se dirige hoy «a los santificados en Cristo-Jesús, llamados a ser santos». (2ª Lect.) y nos invita a predicar, como S. Pablo, a Jesucristo y éste crucificado, que salva al hombre liberándolo del pecado.

III. SITUACIÓN HUMANA

Para anunciarle a Jesucristo al hombre de nuestros días, a quien nada dicen ni las verdades abstractas ni los sucedáneos que puedan acompañar a la vida, han de estudiarse muy a fondo las necesidades y expectativas, los ideales y carencias de esta sociedad y las exigencias de nuestro mundo.

En medio de este mundo, los cristianos hemos de presentarnos limpios de pecado, llenos de Espíritu, servidores humildes de todos, para que la salvación alcance hasta el confín de la tierra.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La Iglesia, comunión con Jesús. La Iglesia es el sacramento de Jesucristo, por la comunicación de su Espíritu a los hombres reunidos de todos los pueblos, los constituye místicamente en su Cuerpo: "A ellos les dio parte en su misión, en su alegría y en sus sufrimientos. Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre Él y los que le sigan: «Permaneced en mí como yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos». Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6,56)" (789; cf 798).

La respuesta

– Cristo, Cabeza del Cuerpo de la Iglesia: "Él nos une a su Pascua: Todos los miembros tienen que esforzarse en asemejarse a él «hasta que Cristo esté formado en ellos» «Por eso somos integrados en los misterios de su vida... nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con él para ser glorificados con él» (LG 7)" (793).

– Él provee a nuestro crecimiento: «Para hacernos crecer hacia Él, nuestra Cabeza, Cristo distribuye los bienes y servicios...»: 794.

El testimonio cristiano

– "«Ay de mí si no anuncio el Evangelio» Para esto me ha enviado el mismo Cristo. Debo predicar su nombre. Jesucristo es el Mesías, el Hijo de Dios vivo.... Él como nosotros y más que nosotros fue pequeño, pobre, humillado, sujeto al trabajo, oprimido, paciente... Él instituyó el nuevo Reino en el que los pobres son bienaventurados, en el que la paz es el principio de la convivencia, en el que los limpios de corazón y los que lloran son ensalzados y consolados, en el que los que tienen hambre y sed de justicia son saciados, en el que todos somos hermanos" (Pablo VI, *Homilía en Manila*, 29.10.70).

En comunión con la Iglesia, abrazados a la Cruz de Cristo y haciéndonos entender por el mundo de hoy, hemos de proclamar, como el Bautista, que Jesucristo es el Salvador.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

El Cordero de Dios.

– Figura y realidad de este título con el que el Bautista designa a Jesús al comienzo de su vida pública.

I. Hemos contemplado a Jesús nacido en Belén, adorado por los pastores y por los Magos, "pero el Evangelio de este domingo nos lleva, una vez más, a las riberas del Jordán, donde, a los treinta años de su nacimiento, Juan el Bautista prepara a los hombres para su venida. Y cuando ve a Jesús *que venía hacia él, dice: Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29) (...). Nos hemos habituado a las palabras *Cordero de Dios*, y, sin embargo, éstas son siempre palabras maravillosas, misteriosas, palabras poderosas". ¡Qué resonancias tendrían en los oyentes que conocían el significado del cordero pascual, cuya sangre había sido derramada la noche en que los judíos fueron liberados de la esclavitud en Egipto! Además, todos los israelitas conocían bien las palabras de Isaías, que había comparado los sufrimientos del *Siervo de Yahvé*, el Mesías, con el sacrificio de un cordero. El cordero pascual que cada año se sacrificaba en el Templo era a la vez el recuerdo de la liberación y del pacto que Dios había estrechado con su pueblo. Todo ello era promesa y figura del verdadero Cordero, Cristo, Víctima en el sacrificio del Calvario en favor de toda la humanidad. *Él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo, muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida*. Por su parte, San Pablo dirá a los primeros cristianos de Corinto que *nuestro Cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado*, y les invita a una vida nueva, a una vida santa.

Esta expresión: "Cordero de Dios", ha sido muy meditada y comentada por los teólogos y autores espirituales; se trata de un título "de rico contenido teológico. Es uno de esos recursos del lenguaje humano que intenta expresar una realidad plurivalente y divina. O mejor dicho, una de esas expresiones acuñadas por Dios, para revelar algo muy importante de Sí mismo".

Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, anuncia San Juan Bautista; y este *pecado del mundo* es todo género de pecados: el de origen, que en Adán alcanzó también a sus descendientes, y los pecados personales de los hombres de todos los tiempos. En Él está nuestra esperanza de salvación. Él mismo es una fuerte llamada a la esperanza, porque Cristo ha venido para perdonar y curar las heridas del pecado. Cada día, antes de administrar la Sagrada Comunión a los fieles, los sacerdotes pronuncian estas palabras del Bautista, mientras muestran al mismo Jesús: *Éste es el Cordero de Dios*... La profecía de Isaías ya se cumplió en el Calvario y se vuelve a

actualizar en cada Misa, como recordamos hoy en la oración sobre las ofrendas: *cada vez que celebramos este memorial del sacrificio de Cristo, se realiza la obra de nuestra redención*. La Iglesia quiere que agradezcamos al Señor su entrega hasta la muerte por nuestra salvación, y el haber querido ser alimento de nuestras almas.

Desde los primeros tiempos el arte cristiano ha representado a Jesucristo, Dios y Hombre, en la figura del Cordero Pascual. Recostado a veces sobre el *Libro de la vida*, la iconografía quiere recordar lo que nos enseña la fe: es el que quita el pecado del mundo, el que ha sido sacrificado y posee todo el poder y la sabiduría; ante Él se postran en adoración los veinticuatro ancianos –según la visión del Apocalipsis–, preside la gran Cena de las bodas nupciales, recibe a la Esposa, purifica con su sangre a los bienaventurados..., y es el único que puede abrir el libro de los siete sellos: el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega, el Redentor lleno de mansedumbre y el Juez omnipotente que ha de venir a retribuir a cada uno según sus obras.

"A perdonar ha venido Jesús. Es el Redentor, el Reconciliador. Y no perdona una vez sola; ni perdona a la abstracta humanidad, en su conjunto. Nos perdona a cada uno de nosotros, tantas cuantas veces, arrepentidos, nos acercamos a Él (...). Nos perdona y nos regenera: nos abre de nuevo las puertas de la gracia, para que podamos –esperanzadamente– proseguir nuestro caminar". Agradezcamos al Señor tantas veces como ya nos ha perdonado. Pidámosle que nunca dejemos de acercarnos a esa fuente de la misericordia divina, que es la Confesión.

– La esperanza de ser perdonados. El examen, la contrición, y el propósito de enmienda.

II. *¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!* Jesús se convirtió en el Cordero inmaculado, ofrecido con docilidad y mansedumbre absolutas para reparar las faltas de los hombres, sus crímenes, sus traiciones; de ahí que resulte tan expresivo el título con que se le nombra, "porque –comenta Fray Luis de León– *Cordero*, refiriéndolo a Cristo, dice tres cosas: mansedumbre de condición, pureza e inocencia de vida, y satisfacción de sacrificio y ofrenda".

Resulta muy notable la insistencia de Cristo en su constante llamada a los pecadores: *Pues el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido*. *Él lavó nuestros pecados en su sangre*. La mayor parte de sus contemporáneos le conocen precisamente por esa actitud misericordiosa: los escribas y los fariseos murmuraban y decían: *Éste recibe a los pecadores y come con ellos*. Y se sorprenden porque perdona a la mujer adúltera con estas sencillas palabras: *Vete y no peques más*. Y nos da la misma enseñanza en la parábola del publicano y del fariseo: *Señor, ten piedad de mí que soy un pecador*, y en la parábola del hijo pródigo... La relación de sus enseñanzas y de sus encuentros misericordiosos con los pecadores resultaría interminable, *gozosamente interminable*. ¿Podremos nosotros perder la esperanza de alcanzar el perdón, cuando es Cristo quien perdona? ¿Podremos perder la esperanza de recibir las gracias necesarias para ser santos, cuando es Cristo quien nos las puede dar? Esto nos llena de paz y de alegría.

En el sacramento del perdón obtenemos además las gracias necesarias para luchar y vencer en esos defectos que quizá se hallan arraigados en el carácter y que son muchas veces la causa del desánimo y del desaliento. Para descubrir hoy si alcanzamos todas las gracias que el Señor nos tiene preparadas en este sacramento, examinemos cómo son estos tres aspectos: nuestro *examen de conciencia*, el *dolor* de los pecados y el *propósito* firme de la enmienda. "Se podría decir que son, respectivamente, actos propios de la fe –el conocimiento sobrenatural de nuestra conducta, según nuestras obligaciones–; del amor, que agradece los dones recibidos y llora por la propia falta de correspondencia; y de la esperanza, que aborda con ánimo renovado la lucha en el tiempo que Dios nos concede a cada uno, para que se santifique. Y así como de estas tres virtudes la mayor es el amor, así el dolor –la compunción, la contrición– es lo más importante en el examen de conciencia: si no concluye en dolor, quizá esto indica que nos domina la ceguera, o que el móvil de nuestra revisión no procede del amor a Dios. En cambio, cuando nuestras faltas nos llevan a ese dolor (...), el propósito brota inmediato, determinado, eficaz".

Señor, ¡enséñame a arrepentirme, indícame el camino del amor! ¡Que mis flaquezas me lleven a amarte más y más! ¡Muéveme con tu gracia a la contrición cuando tropiece!

– La Confesión frecuente, camino para la delicadeza de alma y para alcanzar la santidad.

III. "Jesucristo nos trae la llamada a la santidad y continuamente nos da las ayudas necesarias para la santificación. Continuamente nos da el *poder de llegar a ser hijos de Dios*, como proclama la liturgia de hoy en el canto del *Aleluya*. Esta fuerza de la santificación del hombre (...) es el don del Cordero de Dios". Esta santidad se realiza en una purificación continua del fondo del alma, condición esencial para amar cada día más a Dios. Por eso, amar la *Confesión frecuente* es síntoma claro de delicadeza interior, de amor a Dios; y su desprecio o indiferencia –cuando aparecen con facilidad la excusa o el retraso– indica falta de finura de alma y, quizá, tibieza, tosquedad e insensibilidad para las mociones que el Espíritu Santo suscita en el corazón.

Es preciso que andemos ligeros y que dejemos a un lado lo que estorba, el lastre de nuestras faltas. Toda Confesión contrita nos ayuda a mirar adelante para recorrer con alegría el camino que todavía nos queda por andar, llenos de esperanza. Cada vez que recibimos este sacramento oímos, como Lázaro, aquellas palabras de Cristo: *Desatadle y dejadle andar*, porque las faltas, las flaquezas, los pecados veniales... atan y enredan al cristiano, y no le dejan seguir con presteza su camino. "Y así como el difunto salió aún atado, lo mismo el que va a confesarse todavía es reo. Para que quede libre de sus pecados dijo el Señor a los ministros: *Desatadle y dejadle andar*...". El sacramento de la Penitencia rompe todas las ataduras con que el demonio intenta tenernos sujetos para que no vayamos deprisa hacia Cristo.

La Confesión frecuente de nuestros pecados *está muy relacionada con la santidad*, con el amor a Dios, pues allí el Señor nos afina y enseña a ser humildes. La tibieza, por el contrario, crece donde aparecen la dejadez y el abandono, las negligencias y los pecados veniales sin arrepentimiento sincero. En la Confesión

contrita dejamos el alma clara y limpia. Y, como somos débiles, sólo una Confesión frecuente permitirá un estado permanente de limpieza y de amor; se convierte en el mejor remedio para alejar todo asomo de tibieza, de aburguesamiento, de desamor, en la vida interior.

"Precisamente, uno de los motivos principales para el alto precio de la Confesión frecuente es que, si se practica bien, es enteramente imposible un estado de tibieza. Esta convicción puede ser el fundamento de que la Santa Iglesia recomiende tan insistentemente (...) la Confesión frecuente o Confesión semanal". Por esta razón debemos esforzarnos en cuidar su puntualidad y en acercarnos a ella cada vez con mejores disposiciones.

Cristo, Cordero inmaculado, ha venido a limpiarnos de nuestros pecados, no sólo de los graves, sino también de las impurezas y faltas de amor de la vida corriente. Examinemos hoy con qué amor nos acercamos al sacramento de la Penitencia, veamos si acudimos con la frecuencia que el Señor nos pide.

Rev. D. Joaquim FORTUNY i Vizcarro (Cunit, Tarragona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo

Hoy hemos escuchado a Juan que, al ver a Jesús, dice: «He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). ¿Qué debieron pensar aquellas gentes? Y, ¿qué entendemos nosotros? En la celebración de la Eucaristía todos rezamos: «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros / danos la paz». Y el sacerdote invita a los fieles a la Comunión diciendo: «Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo...».

No dudemos de que, cuando Juan dijo «he ahí el Cordero de Dios», todos entendieron qué quería decir, ya que el "cordero" es una metáfora de carácter mesiánico que habían usado los profetas, principalmente Isaías, y que era bien conocida por todos los buenos israelitas.

Por otro lado, el cordero es el animalito que los israelitas sacrifican para rememorar la pascua, la liberación de la esclavitud de Egipto. La cena pascual consiste en comer un cordero.

Y aun los Apóstoles y los padres de la Iglesia dicen que el cordero es signo de pureza, simplicidad, bondad, mansedumbre, inocencia... y Cristo es la Pureza, la Simplicidad, la Bondad, la Mansedumbre, la Inocencia. San Pedro dirá: «Habéis sido rescatados (...) con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo» (1Pe 1,18.19). Y san Juan, en el Apocalipsis, emplea hasta treinta veces el término "cordero" para designar a Jesucristo.

Cristo es el cordero que quita el pecado del mundo, que ha sido inmolado para darnos la gracia. Luchemos para vivir siempre en gracia, luchemos contra el pecado, aborrezcámoslo. La belleza del alma en gracia es tan grande que ningún tesoro se le puede comparar. Nos hace agradables a Dios y dignos de ser amados. Por eso, en el "Gloria" de la Misa se habla de la paz que es propia de los hombres que ama el Señor, de los que están en gracia.

Juan Pablo II, urgiéndonos a vivir en la gracia que el Cordero nos ha ganado, nos dice: «Comprometeos a vivir en gracia. Jesús ha nacido en Belén precisamente para eso (...). Vivir en gracia es la dignidad suprema, es la alegría inefable, es garantía de paz, es un ideal maravilloso».

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

Testimonio de la verdad

«Yo doy testimonio de que este es el Hijo de Dios» (Jn 1, 34).

Eso dice Juan, el Bautista.

Y también dice que él no lo conocía, pero que el que lo envió a bautizar con agua se lo ha revelado, y que viene detrás de él a bautizar, no con agua, sino con el Espíritu Santo.

Y él ha dado testimonio de todo esto, para que, el que tenga oídos oiga, y el que tenga fe crea.

Dichosos los que creen sin haber visto.

Dichosos los que no lo conocían, pero que les ha sido revelado, y tienen ojos y ven, y tienen oídos y escuchan, y tienen voz y proclaman la palabra del Señor, que les ha sido manifestada a través del Verbo que se ha hecho carne y habita entre los hombres.

Dichosos los que tienen fe, los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen, porque ellos verán a Dios, porque serán salvados, y recibirán por heredad lo que el Hijo de Dios ha venido a ganar para ellos: su heredad.

Juan Bautista ha dicho bien, porque a pesar de tener un encuentro con el Hijo de Dios desde el seno de su madre, a pesar de ser su primo, de ser familia, de ser cercano, a pesar de tener ojos y verlo, él no lo conocía, porque el Hijo de Dios no se había revelado sino hasta que llegara su hora, y su hora había llegado.

Y es el Espíritu Santo quien lo ha manifestado, para que todos los hombres crean, para que la salvación de Dios llegue a través de su luz a todos los rincones del mundo.

Sacerdote: tú tampoco lo conocías, pero te han bautizado, y el Espíritu Santo te lo ha manifestado.

Él te ha llamado, y tú no eres digno de desatarle la correa de sus sandalias. Pero él, en su bondad te ha elegido, no para ser como Juan, que bautizaba con agua, sino para ser Cristo, y bautizar a todos los hombres del mundo con el Espíritu Santo, como él.

El Hijo de Dios se revela a través de ti, sacerdote, para que pidas perdón por todos aquellos que no saben lo que hacen, para que les lleves de beber, porque tienen sed, para que les des de comer el alimento de vida, el pan bajado del cielo, que sacia su hambre, y el que come de este alimento, y bebe de esta bebida, nunca más tenga hambre, y nunca más tenga sed, para que lleves la palabra de Dios y abras sus oídos, para que lo escuchen y lo conozcan, para que a través de ti aquel que te ha llamado les diga: *"Este es mi Hijo amado, en quien pongo mis complacencias, escúchenlo"*.

Pero si tú sacerdote, cierras tus oídos, y cierras tus ojos, si no quieres ver y no quieres oír, ¿cómo verás al Hijo de Dios manifestado en ti? Y si cierras tu boca, ¿cómo darás testimonio de lo que has visto y de lo que has oído?

Porque tú sacerdote sí sabes lo que haces, y no te envía solo. Mira: ahí tienes a tu Madre.

Agradece, sacerdote, que tus ojos han sido abiertos, que tienes oídos y que tienes voz.

Pide, sacerdote, la ayuda de tu Madre, para que des un buen testimonio del Hijo de Dios, que es a ti a quien ha llamado.

Es por ti que se ha manifestado.

Son tus manos las que hacen sus obras.

Es tu voz quien predica su palabra.

Y es por ti que los que no lo conocen lo conocerán.

Y es por ti que los que no creen en él creerán.

Y es por ti que los que no saben lo que hacen lo sabrán.

Porque tú, igual que Juan, no conocías la verdad.

Pero a ti, al igual que Juan, la verdad se te ha revelado.

Y es a ti, al igual que Juan, que Dios te pide dar testimonio de esa verdad, que es la única verdad, porque el Hijo de Dios está vivo, vive en ti y a través de ti. Esa es la verdad.

El Espíritu Santo que está con él está contigo, en una sola y Santísima Trinidad, en la cual participas, porque tú eres la Segunda Persona de la Trinidad.

Sacerdote: tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Verbo hecho carne, que habita entre los hombres, para manifestar la verdad, para revelar el amor de Dios a los hombres que tanto amó al mundo que envió a su único Hijo para salvarlos.

Y es a través de ti, sacerdote, que Cristo, que está sentado a la derecha de su Padre, se revela como la única verdad, para llevar a través de tu boca y su palabra la luz, para la salvación a todos los rincones del mundo, no con agua, sino con el Espíritu Santo.

Sacerdote: tú eres la revelación de Cristo vivo, y esa es la verdad que tú debes, con tu ejemplo y tu vida, revelar al mundo entero, para que todos los hombres se salven.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 7)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

_____

Domingo III del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 – Homilía en Santa Marta, 5.IX.13**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Josep RIBOT i Margarit (Tarragona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DEL CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

UN CAMBIO SIGNIFICATIVO

Is 8, 23-9, 3; 1 Co 1, 10-13; Mt 4, 12-23

Los israelitas que compartieron angustias y esperanzas con el profeta Isaías habían padecido durante años la brutalidad y la opresión de los invasores asirios. Pocos pueblos tan implacables y crueles como los ninivitas, habían afinado su tecnología

militar y se habían endiosado con sus victorias. Ese largo periodo de sufrimiento es para Isaías una etapa sombría. Por eso mismo, cuando él está convencido de que toda esa barbarie llegaría a su término lo anunció con enorme júbilo. Llegaría un verdadero Príncipe de la paz, que habría de invitarnos a vivir conforme a la justicia y el derecho. Para los lectores cristianos de Isaías no había lugar a equívocos: Jesús de Nazaret que renunció a la fuerza y a la violencia y que ingresó modestamente en un asno a Jerusalén, era el esperado constructor de la paz con justicia. Los días luminosos estaban despuntando, la certeza de Jesús era completa: el imperio de Dios, mucho más benévolo que el del César, estaba llegando.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sal 95. 1. 6**

Canten al Señor un cántico nuevo, hombres de toda la tierra, canten al Señor. Hay brillo y esplendor en su presencia, y en su templo, belleza y majestad.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, dirige nuestros pasos de manera que podamos agradarte en todo y así merezcamos en nombre de tu Hijo amado, abundar en toda clase de obras buenas. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Los que andaban en tinieblas vieron una gran luz.

Del libro del profeta Isaías: 8, 23-9, 3

En otro tiempo, el Señor humilló al país de Zabulón y al país de Neftalí; pero en el futuro llenará de gloria el camino del mar, más allá del Jordán, en la región de los paganos.

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombras, una luz resplandeció.

Engrandeciste a tu pueblo e hiciste grande su alegría. Se gozan en tu presencia como gozan al cosechar, como se alegran al repartirse el botín. Porque tú quebrantaste su pesado yugo, la barra que oprimía sus hombros y el cetro de su tirano, como en el día de Madián.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 26, 1. 4. 13-14

R/. El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién voy a tenerle miedo? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién podrá hacerme temblar? ***R/.***

Lo único que pido, lo único que busco, es vivir en la casa del Señor toda mi vida, para disfrutar las bondades del Señor y estar continuamente en su presencia. ***R/.***

La bondad del Señor espero ver en esta misma vida. Ármate de valor y fortaleza y en el Señor confía. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Que no haya divisiones entre ustedes.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 1, 10-13.17

Hermanos: Los exhorto, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que todos vivan en concordia y no haya divisiones entre ustedes, a que estén perfectamente unidos en un mismo sentir y en un mismo pensar.

Me he enterado, hermanos, por algunos servidores de Cloe, de que hay discordia entre ustedes. Les digo esto, porque cada uno de ustedes ha tomado partido, diciendo: "Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Pedro, yo de Cristo". ¿Acaso Cristo está dividido? ¿Es que Pablo fue crucificado por ustedes? ¿O han sido bautizados ustedes en nombre de Pablo?

Por lo demás, no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio, y eso, no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 4, 23

R/. Aleluya, aleluya.

Jesús predicaba la buena nueva del Reino y curaba a la gente de toda enfermedad. ***R/.***

EVANGELIO

Fue a Cafarnaúm y se cumplió la profecía de Isaías.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 4, 12-23

Al enterarse Jesús de que Juan había sido arrestado, se retiró a Galilea, y dejando el pueblo de Nazaret, se fue a vivir a Cafarnaúm, junto al lago, en territorio de Zabulón y Neftalí, para que así se cumpliera lo que había anunciado el profeta Isaías:

Tierra de Zabulón y Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los paganos. El pueblo que yacía en tinieblas vio una gran luz. Sobre los que vivían en tierra de sombras una luz resplandeció.

Desde entonces comenzó Jesús a predicar, diciendo: "Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos".

Una vez que Jesús caminaba por la ribera del mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado después Pedro, y Andrés, los cuales estaban echando las redes al mar, porque eran pescadores. Jesús les dijo: "Síganme y los haré pescadores de hombres". Ellos inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Pasando más adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que estaban con su padre en la barca, remendando las redes, y los llamó también. Ellos, dejando enseguida la barca y a su padre, lo siguieron.

Andaba por toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando la buena nueva del Reino de Dios y curando a la gente de toda enfermedad y dolencia.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, benignamente, nuestros dones, y santifícalos, a fin de que nos sirvan para nuestra salvación. Por Jesucristo nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN *Jn 8, 12*

Yo soy la luz del mundo, dice el Señor; el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Dios todopoderoso, que al experimentar el efecto vivificante de tu gracia, nos sintamos siempre dichosos por este don tuyo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz (Is 8,23b-9,3)

1ª lectura

Comienza a hacerse presente, aún entre sombras, la figura del rey Ezequías, que a diferencia de su padre Ajaz, fue un rey piadoso que confió totalmente en el Señor. Después de que Galilea fuera devastada por Teglatpalasar III de Asiria, con la consiguiente deportación del pueblo que vivía allí (cfr Is 8,21-22), el rey Ezequías de Judá reconquistaría esa zona, que recobraría su proverbial esplendor durante un cierto tiempo. Estos sucesos abrieron de nuevo paso a la esperanza.

Esa reconquista efímera de Galilea realizada por Ezequías ha sido vista sólo como anuncio de la definitiva salvación realizada por Jesucristo. San Mateo ve en el comienzo del ministerio de Jesús en Galilea (Mt 4,12-17) el cumplimiento de este oráculo de Isaías (cfr 8,23-9,1): las tierras que en tiempo del profeta se encontraban devastadas y a las que los asirios habían llevado gentes extranjeras para colonizarlas, han sido las primeras en recibir la luz de la salvación del Mesías.

Que no haya divisiones entre vosotros (1 Co 1,10-13.17)

2ª lectura

Con severidad recrimina San Pablo las divisiones surgidas entre los corintios, más que por motivos doctrinales, por razones partidistas. La amonestación es grave: «Por el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (v. 10), y la exhortación clara: «Tener un mismo lenguaje (...) un mismo pensar (...) un mismo sentir». Punto básico de la unidad de la Iglesia es la unidad de la fe formulada en la Tradición: «Hay que mantener perpetuamente aquel sentido de los sagrados dogmas que una vez declaró la santa

madre Iglesia y que jamás hay que apartarse de ese sentido bajo pretexto y nombre de una más alta inteligencia. "Crezca, pues, y progrese amplia y dilatadamente la inteligencia, ciencia y sabiduría de todos y de cada uno, tanto de un solo hombre como de la Iglesia entera en el decurso de las épocas y de los siglos, pero permaneciendo siempre en su género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido y en la misma significación (*eodem sensu eademque sententia*)" (S. Vicente de Lerins, *Commonitorium* 28)» (Conc. Vaticano I, *Dei Filius*, cap. 4).

San Pablo se refiere a las divisiones (v. 10) que le han explicado «los de Cloe». Se supone que ésta era una mujer conocida en Corinto, y «los de Cloe» podían ser personas de su familia, o de su iglesia doméstica, que habrían visitado al Apóstol en Éfeso.

De la sucinta explicación de San Pablo, puede deducirse que entre los corintios se habían formado algunos grupos, congregados alrededor de personajes importantes. El grupo de «los de Apolo» (v. 12) se habría formado en torno a la figura de este judío convertido de Alejandría (Egipto), de gran elocuencia y buen conocedor de las Escrituras, que predicó en Corinto (cfr Hch 18,24-19,1). El que algunos se dijeran «de Pedro» podía deberse a que el propio San Pedro pasó -alguna vez por Corinto, aunque no hay datos que lo confirmen, o también a que algunos discípulos de Pedro o convertidos por él hubieran llegado allí. El grupo denominado «de Cristo» es más difícil de determinar: podría referirse a algunos reunidos en torno a los predicadores venidos de Jerusalén de tendencias judaizantes, o a algunos cristianos disgustados por las rencillas entre los otros grupos y que, con razón, manifestarían su pertenencia exclusiva a Jesucristo; pero podría también tratarse de una expresión irónica de San Pablo, para manifestar rotundamente la falta de sentido de esos grupos. Es como si dijera: «Vosotros decís que sois de Pablo, de Apolo o de Pedro... Pues yo soy de Cristo».

De los bautizados por Pablo (vv. 13-14) conocemos más datos: Crispo era, o había sido, el jefe de la sinagoga de Corinto, convertido por la predicación de San Pablo (cfr Hch 18,8). En la casa de Gayo, también convertido por él, se había hospedado el Apóstol durante su estancia en Corinto (cfr Rm 16,23). La familia de Estéfanas era la primera familia convertida de la provincia de Acaya (cfr 16,15-17).

«Cristo no me envió a bautizar sino a evangelizar» (v. 17). Con estas palabras el Apóstol refuerza su imparcialidad ante los corintios y desecha toda posibilidad de que alguien pudiera instrumentalizarlo. Pero de ninguna manera contrapone la tarea de evangelización a la de administrar los sacramentos. Pablo VI salió al paso de esta confusión que ha llegado hasta nuestros días: «En un cierto sentido es un equívoco oponer, como se hace a veces, la evangelización a la sacramentalización. Porque es seguro que si los sacramentos se administraran sin darles un sólido apoyo de catequesis sacramental y de catequesis global, se acabaría por quitarles gran parte de su eficacia. La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe, de tal manera, que conduzca a cada cristiano a vivir —y no a recibir de modo pasivo o apático— los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe» (*Evangelii nuntiandi*, n. 47).

Os haré pescadores de hombres (Mt 4,12-23)

Evangelio

Jesús hace de Cafarnaún el centro de su actividad (Mt 4,13). Esta ciudad costera del mar de Galilea puede ser casi el prototipo de la región: rica en recursos naturales, en el centro de rutas comerciales, constaba de una población mixta, en la que tal vez sólo la tercera parte era judía. El episodio del centurión (Mt 8,5-13; cfr Lc 7,1-10; Jn 4,46-53) nos invita a pensar en una convivencia pacífica entre las diversas razas y culturas. La región, mencionada con diversas referencias (v. 15), fue invadida por los asirios en tiempos de Isaías, hacia los años 734-721 a.C., y quedó devastada y maltratada. Parte de su población hebrea fue deportada, mientras que otros grupos fueron traídos del extranjero para colonizarla. Por eso, en la Biblia se le suele llamar «Galilea de los gentiles». Esa tierra —subraya el evangelista— ha sido la primera en recibir la luz de la salvación y la predicación del Mesías. Así se cumplen las profecías (cfr Is 8,23-9,1).

Ante la cercanía del Reino de los Cielos, la predicación de Jesús es una llamada urgente a la «conversión» (Mt 4,17). Muchas versiones traducen «convertíos» por «haced penitencia», porque ahí se encuentra el sentido más hondo de la conversión: «Penitencia significa el cambio profundo de corazón bajo el influjo de la Palabra de Dios y en la perspectiva del Reino. Pero penitencia quiere también decir cambiar la vida en coherencia con el cambio de corazón, y en este sentido hacer penitencia se completa con dar frutos dignos de penitencia; toda la existencia se hace penitencia orientándose a un continuo caminar hacia lo mejor. Sin embargo, hacer penitencia es algo auténtico y eficaz sólo si se traduce en actos y gestos de penitencia. En este sentido, penitencia significa (...) el esfuerzo concreto y cotidiano del hombre, sostenido por la gracia de Dios, para perder la propia vida por Cristo como único modo de ganarla; para despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo; para superar en sí mismo lo que es carnal, a fin de que prevalezca lo que es espiritual; para elevarse continuamente de las cosas de abajo a las de arriba donde está Cristo» (Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, n. 4).

Aunque la predicación de Jesús (Mt 4,17) es idéntica a la de Juan (Mt 3,2), a diferencia del Bautista, que sólo anuncia la inminencia del Reino, nuestro Señor comienza a instaurar ese Reino en la historia humana con sus obras y palabras. Así, llama a seguirle, dejándolo todo, a los primeros discípulos: con ellos formará más tarde el grupo de los Doce, sobre el cual fundará su Iglesia. Paradójicamente, Jesús elige a unos pescadores, hombres rudos (cfr Hch 4,13), para que «no se pensara que la fe de los creyentes era debida no a la acción de Dios, sino a la elocuencia y a la ciencia» (S. Jerónimo, *Commentarii in Matthaeum* 5,19). No obstante, los instituyó como «guías y maestros de todo el mundo y administradores de los divinos misterios y les mandó que fueran como astros que iluminaran con su luz no sólo el país de los judíos, sino también todos los países que hay bajo el sol, a todos los hombres que habitan la tierra entera» (S. Cirilo de Alejandría, *Commentarium in Ioannem* 12,1).

Los evangelistas anotan la respuesta inmediata y efectiva de los Apóstoles a la llamada del Señor. San Mateo, desde el inicio, singulariza a Pedro (v. 18): «Pedro, por lo que se refiere a sus propiedades personales, era un hombre por naturaleza; por la

gracia, un cristiano; un apóstol, y el primero de ellos, por una gracia mayor» (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium* 124,5).

Tras la llamada, el evangelista recuerda en un breve resumen la primera actividad de Jesús (Mt 4,23) e inmediatamente me mencionará el eco que tuvo en Galilea y en las regiones circundantes (Mt 4,24-25). Tanto las palabras como los milagros son signos de que Jesús instaura el Reino de Dios, signos de la misericordia y la gracia divinas que, por medio de Cristo, se ofrecen a todos los hombres, representados en la muchedumbre que acude a Él. «El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras (...). Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 5).

SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

El llamamiento a los primeros discípulos

1. Acabáis de oír, hermanos carísimos, cómo, a un solo llama-miento, Pedro y Andrés, abandonando las redes, siguieron al Re-dentor. Por cierto que todavía no le habían visto obrar milagro alguno, nada le habían oído referente al premio de la eterna recom-pensa, y, sin embargo, a una sola llamada del Señor dieron al olvi-do lo que parecían poseer.

¡Cuántos milagros suyos vemos nosotros, cuántas calamidades nos afligen, con cuán terribles amenazas nos aterran, y, con todo, nos negamos a seguirle a El que nos llama! Ya está sentado en los cielos el que nos aconseja la conversión. Ya ha sometido al yugo de la Ley la cerviz de los gentiles; ya se abatió la gloria del mundo y, con la ruina progresiva de éste, anuncia que se acerca el día de su severo juicio, ¡y, no obstante, nuestro espíritu soberbio no quiere todavía dejar voluntariamente lo que cada día va perdiendo contra su voluntad! ¿Qué es, pues, hermanos carísimos, lo que habremos de decir en su juicio los que ni a pesar de los preceptos nos aparta-mos del amor del presente siglo ni nos enmendamos, pese a los castigos?

2. Más tal vez alguno diga en sus callados pensamientos: ¿Qué es y cuánto lo que al llamamiento del Señor dejaron uno y otro pes-cador, que casi nada tenían? Pero en esto, hermanos carísimos, debemos atender al afecto más bien que al efecto. Mucho dejó quien nada retuvo para sí; mucho dejó quien, aunque poco, lo dejó todo. Nosotros, en cambio, poseemos con amor lo que tenemos y con el deseo requerimos lo que no poseemos. Mucho, por consiguiente, dejaron Pedro y Andrés, puesto que ambos dejaron los deseos de poseer; mucho dejaron los que con lo que poseían renunciaron también al apetito: tanto, pues, dejaron siguiéndole, cuando pudieron apetecer no siguiéndole. Por consiguiente, tampoco nadie, porque vea que algunos han dejado muchas cosas, diga dentro de sí mismo: Yo quiero imitar a los que desprecian este mundo, pero no tengo qué dejar. Mucho dejáis, hermanos, si renunciáis a los deseos

terrenales; por insignificantes que sean nuestras cosas exteriores, bástanle al Señor, porque El atiende al corazón, no a la cosa, ni tiene en cuenta cuánto se le ofrece en sacrificio, sino con cuánto sacrificio.

Ahora bien, si atendemos a los bienes exteriores, ved que nues-tros santos mercaderes, dando las redes y la barca, mercaron la vida perpetua de los ángeles. Cierto que el reino de Dios no es propia-mente estimable en precio; mas, con todo, vale tanto cuanto tienes. En efecto, a Zaqueo (Lc 19) le costó la mitad de su hacienda, por-que reservó la otra mitad para restituir cuadruplicado lo que injus-tamente retenía; a Pedro y Andrés les costó las redes y la barca; a la viuda, los dos pequeños cornadillos; al otro, un vaso de agua fría...; así es que, como hemos dicho, el reino de Dios vale tanto cuanto tienes. Considerad, pues, hermanos, qué cosa hay más barata cuando se compra y qué cosa hay más cara cuando se posee.

Pero tal vez ni se dispone de un vaso de agua fría para ofrecerle al indigente; pues aun en este caso la palabra divina nos promete seguridad, ya que, cuando nacía el Redentor, aparecieron los án-geles del cielo clamando (Lc 2, 14): Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. A los ojos de Dios nunca está la mano vacía de don si el arca del corazón está llena de buena voluntad; que por eso dice el Salmista (Sal 55, 12): A mi cuidado quedan, ¡oh Dios!, los votos que te hice, y que cumpliré cantando tus alabanzas; como si claramente dijera: Aunque exte-riormente no tengo dones que ofrecerte, sin embargo, dentro de mí hallo el que ofrezco en aras de tu alabanza, ya que tú no te alimentas con lo que te damos, sino que te aplacas mejor con la ofrenda del corazón.

En efecto, para Dios no hay ofrenda más rica que la buena vo-luntad; y la buena voluntad consiste en tener como nuestra la adver-sidad del prójimo; en gozarnos de la prosperidad del prójimo como de ganancia nuestra; en tener por nuestros los daños ajenos; en considerar como nuestras las ventajas ajenas; en amar al prójimo, no por el mundo, sino por Dios, y asimismo en soportar al prójimo con amor; en no querer hacer a otro lo que no quieres que te ha-gan; en no negar a otro lo que deseas que justamente te dispensen a ti; en socorrer la necesidad del prójimo, no sólo según tus fuerzas, sino querer aprovecharle aún más de lo que puedes.

¿Qué holocausto hay más completo que éste, cuando, por esto que se inmola a Dios en el altar del corazón, se inmola el alma a si misma? Pero este sacrificio de la buena voluntad nunca se ofrece plenamente a Dios mientras no se abandone del todo el apetito de este mundo, porque todo lo que en él amamos, todo eso en realidad envidiamos al prójimo, por parecernos que nos falta lo que otro consigue; y como siempre está en desacuerdo la envidia con la buena voluntad, en cuanto aquélla se apodera del alma, la buena voluntad se ausenta.

Por lo cual, los predicadores santos, para poder amar con perfección a los prójimos, han procurado no amar cosa alguna en este siglo; jamás apetecen nada, ni tampoco poseer cosa alguna con el afecto. Mirando atento a los cuales, Isaías dice (Is 60, 8): "¿Quiénes son esos que vuelan como nubes y como las palomas a sus ventanas? Los vio, en efecto, despreciar las cosas de la tierra y llegarse con el espíritu a las celestiales, llover con palabras y relampaguear con mi-lagros; y como la santa

predicación y la vida sobrenatural los habían levantado sobre las contaminaciones terrenas, llámalos palomas y nu-bes que vuelan.

Pues bien: los ojos son nuestras ventanas, porque por ellos ve el alma lo que exteriormente apetece; y la paloma es un animal sen-cillo, sin hiel de malicia; por tanto, son palomas a sus ventanas los que nada de este mundo apetecen, los que miran sin malicia todas las cosas y no se dejan llevar del deseo de arrebatar lo que ven con sus ojos.

En consecuencia, hermanos carísimos, ya que celebramos el na-talicio del apóstol San Andrés, debemos imitar a quien rendimos culto. La solemnidad del alma muestre el obsequio de nuestra cons-tante devoción; despreciemos lo terreno: dejando las cosas tempo-rales, mercaremos las eternas. Mas, si todavía no podemos dejar las propias, al menos no apetezcamos las ajenas; si nuestra alma no arde aún con el fuego de la caridad, refrene su ambición con el te-mor, a fin de que, manteniéndose en el camino de su progreso y re-primiendo el apetito de las cosas ajenas, llegue algún día a despre-ciar las propias, con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, etc.

Homilías sobre el Evangelio, Homilía V, BAC Madrid 1958, p. 553-55

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 - Homilía en Santa Marta, 5.IX.13

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

CARTA APOSTÓLICA APERUIT ILLIS, donde se instituye el Domingo III del Tiempo Ordinario como el Domingo de la Palabra de Dios.

3. Así pues, establezco que el III Domingo del Tiempo Ordinario esté dedicado a la celebración, reflexión y divulgación de la Palabra de Dios. Este *Domingo de la Palabra de Dios* se colocará en un momento oportuno de ese periodo del año, en el que estamos invitados a fortalecer los lazos con los judíos y a rezar por la unidad de los cristianos. No se trata de una mera coincidencia temporal: celebrar el *Domingo de la Palabra de Dios* expresa un valor ecuménico, porque la Sagrada Escritura indica a los que se ponen en actitud de escucha el camino a seguir para llegar a una auténtica y sólida unidad.

Las comunidades encontrarán el modo de vivir este *Domingo* como un día solemne. En cualquier caso, será importante que en la celebración eucarística se entronice el texto sagrado, a fin de hacer evidente a la asamblea el valor normativo que tiene la Palabra de Dios. En este domingo, de manera especial, será útil destacar su proclamación y adaptar la homilía para poner de relieve el servicio que se hace a la Palabra del Señor. En este domingo, los obispos podrán celebrar el rito del Lectorado o confiar un ministerio similar para recordar la importancia de la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia. En efecto, es fundamental que no falte ningún esfuerzo para que algunos fieles se preparen con una formación adecuada a ser verdaderos anunciadores de la Palabra, como sucede de manera ya habitual para los acólitos o los ministros extraordinarios de la Comunión. Asimismo, los párrocos podrán encontrar

el modo de entregar la Biblia, o uno de sus libros, a toda la asamblea, para resaltar la importancia de seguir en la vida diaria la lectura, la profundización y la oración con la Sagrada Escritura, con una particular consideración a la *lectio divina*.

***

Ángelus 2014

El Señor llama también hoy

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo relata los inicios de la vida pública de Jesús en las ciudades y en los poblados de Galilea. Su misión no parte de Jerusalén, es decir, del centro religioso, centro incluso social y político, sino que parte de una zona periférica, una zona despreciada por los judíos más observantes, con motivo de la presencia en esa región de diversas poblaciones extranjeras; por ello el profeta Isaías la indica como «Galilea de los gentiles» (*Is* 8, 23).

Es una tierra de frontera, una zona de tránsito donde se encuentran personas diversas por raza, cultura y religión. La Galilea se convierte así en el lugar simbólico para la apertura del Evangelio a todos los pueblos. Desde este punto de vista, Galilea se asemeja al mundo de hoy: presencia simultánea de diversas culturas, necesidad de confrontación y necesidad de encuentro. También nosotros estamos inmersos cada día en una «Galilea de los gentiles», y en este tipo de contexto podemos asustarnos y ceder a la tentación de construir recintos para estar más seguros, más protegidos. Pero Jesús nos enseña que la Buena Noticia, que Él trae, no está reservada a una parte de la humanidad, sino que se ha de comunicar a todos. Es un feliz anuncio destinado a quienes lo esperan, pero también a quienes tal vez ya no esperan nada y no tienen ni siquiera la fuerza de buscar y pedir.

Partiendo de Galilea, Jesús nos enseña que nadie está excluido de la salvación de Dios, es más, que Dios prefiere partir de la periferia, de los últimos, para alcanzar a todos. Nos enseña un método, su método, que expresa el contenido, es decir, la misericordia del Padre. «Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 20).

Jesús comienza su misión no sólo desde un sitio descentrado, sino también con hombres que se catalogarían, así se puede decir, «de bajo perfil». Para elegir a sus primeros discípulos y futuros apóstoles, no se dirige a las escuelas de los escribas y doctores de la Ley, sino a las personas humildes y a las personas sencillas, que se preparan con diligencia para la venida del reino de Dios. Jesús va a llamarles allí donde trabajan, a orillas del lago: son pescadores. Les llama, y ellos le siguen, inmediatamente. Dejan las redes y van con Él: su vida se convertirá en una aventura extraordinaria y fascinante.

Queridos amigos y amigas, el Señor llama también hoy. El Señor pasa por los caminos de nuestra vida cotidiana. Incluso hoy, en este momento, aquí, el Señor pasa

por la plaza. Nos llama a ir con Él, a trabajar con Él por el reino de Dios, en las «Galileas» de nuestros tiempos. Cada uno de vosotros piense: el Señor pasa hoy, el Señor me mira, me está mirando. ¿Qué me dice el Señor? Y si alguno de vosotros percibe que el Señor le dice «sígueme» sea valiente, vaya con el Señor. El Señor jamás decepciona. Escuchad en vuestro corazón si el Señor os llama a seguirle. Dejémonos alcanzar por su mirada, por su voz, y sigámosle. «Para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz» (*ibid*., 288).

***

Ángelus 2017

¡Llevar la Palabra a todas las periferias!

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy (cf. *Mateo* 4, 12-23) narra el inicio de la predicación de Jesús en Galilea. Él deja Nazaret, una aldea de las montañas, y se establece en Cafarnaúm, un centro importante a orillas del lago, habitado en su mayor parte por paganos, punto de cruce entre el Mediterráneo y el interior mesopotámico. Esta elección indica que los destinatarios de su predicación no son sólo sus compatriotas, sino todos los que llegan a la cosmopolita «Galilea de los gentiles» (v 15; cf. *Isaías* 8, 23): así se llamaba. Vista desde la capital Jerusalén, aquella tierra es geográficamente periférica y religiosamente impura, porque estaba llena de paganos, por la mezcla con quienes no pertenecían a Israel. Ciertamente de Galilea no se esperaban grandes cosas para la historia de la salvación. Y sin embargo, justamente desde allí — justo desde allí— se difunde aquella "luz" sobre la cual hemos meditado los domingos pasados: la luz de Cristo. Se difunde precisamente desde la periferia. El mensaje de Jesús reproduce el del Bautista, proclamando el «Reino de los Cielos» (v. 17). Este Reino no conlleva la instauración de un nuevo poder político, sino el cumplimiento de la alianza entre Dios y su pueblo, que inaugurará un periodo de paz y de justicia. Para estrechar este pacto de alianza con Dios, cada uno está llamado a convertirse, transformando su propio modo de pensar y de vivir. Esto es importante: convertirse no solo es cambiar la manera de vivir, sino también el modo de pensar. Es una transformación del pensamiento. No se trata de cambiar la ropa, ¡sino las costumbres! Lo que diferencia a Jesús de Juan Bautista es el estilo y el método. Jesús elige ser un profeta itinerante. No se queda esperando a la gente, sino que se dirige a su encuentro. ¡Jesús está siempre en la calle! Sus primeras salidas misioneras tienen lugar alrededor del lago de Galilea, en contacto con la muchedumbre, en particular con los pescadores. Allí Jesús no sólo proclama la llegada del Reino de Dios, sino que busca compañeros que se asocien a su misión de salvación. En este mismo lugar encuentra dos parejas de hermanos: Simón y Andrés, Santiago y Juan; les llama diciendo: «Venid conmigo y los haré pescadores de hombres» (v. 19). La llamada les llega en plena actividad de cada día: el Señor se nos revela no de manera extraordinaria o asombrosa, sino en la cotidianidad de nuestra vida. Ahí debemos encontrar al Señor; y ahí Él se revela, hace sentir su amor a nuestro corazón; y ahí —con este diálogo con Él en la cotidianidad de nuestra vida— cambia nuestro corazón. La respuesta de los cuatro pescadores es rápida e inmediata: «al instante, dejando las redes, le siguieron» (v. 20). Sabemos

efectivamente que habían sido discípulos del Bautista y que, gracias a su testimonio, ya habían empezado a creer en Jesús como el Mesías (cf. *Juan* 1, 35-42).

Nosotros, cristianos de hoy en día, tenemos la alegría de proclamar y testimoniar nuestra fe, porque hubo ese primer anuncio, porque existieron esos hombres humildes y valientes que respondieron generosamente a la llamada de Jesús. A orillas del lago, en una tierra impensable, nació la primera comunidad de discípulos de Cristo. Que la conciencia de estos inicios suscite en nosotros el deseo de llevar la palabra, el amor y la ternura de Jesús a todo contexto, incluso a aquel más dificultoso y resistente. ¡Llevar la Palabra a todas las periferias! Todos los espacios del vivir humano son terreno al que arrojar las semillas del Evangelio, para que dé frutos de salvación.

Que la Virgen María nos ayude con su maternal intercesión a responder con alegría a la llamada de Jesús, a ponernos al servicio del Reino de Dios.

***

Ángelus 2021

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo está dedicado a la Palabra de Dios. Uno de los grandes dones de nuestro tiempo es el redescubrimiento de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, a todos los niveles. La Biblia nunca ha sido tan accesible a todos como hoy: en todas las lenguas y ahora también en los formatos audiovisuales y digitales. San Jerónimo, de quien he recordado hace poco el 16° centenario de la muerte, dice que quien ignora la Escritura ignora a Cristo (cfr. *In Isaiam Prol.*). Y viceversa, es Jesucristo, el Verbo hecho carne, muerto y resucitado, el que nos abre la mente a la comprensión de las Escrituras (cfr. *Lc* 24,45). Esto sucede especialmente en la Liturgia, pero también cuando rezamos solos o en grupo, especialmente con el Evangelio y con los Salmos. Doy las gracias a las parroquias y les animo en su esfuerzo constante por educar a la escucha de la Palabra de Dios. ¡Que nunca nos falte la alegría de sembrar el Evangelio! Y repito otra vez: tengamos la costumbre, tened la costumbre de llevar siempre un pequeño Evangelio en el bolsillo, en el bolso, para poderlo leer durante la jornada, al menos tres o cuatro versículos. El Evangelio siempre con nosotros.

***

Homilía en Santa Marta, 5.IX.13

Para cada cristiano Jesús tiene una promesa y una misión

Cuando viene el Señor “temo que pase y yo no me dé cuenta”. Con esta cita de San Agustín, el Papa Francisco comenzó su homilía de la Misa celebrada esta mañana en la capilla de la Casa de Santa Marta. El Papa reflexionó sobre los modos recurrentes con que Cristo se manifiesta en la vida de un cristiano, ofreciendo apoyo y encomendado a cada uno una tarea.

Una promesa que consuela, una petición de generosidad, una misión que cumplir. Así Jesús se hace presente en la vida de un cristiano. Jamás desiste de esta triple modalidad. Lo afirmó Francisco al recordar el episodio del Evangelio en el que Cristo se muestra a Pedro, Santiago y Juan con el signo de la pesca milagrosa.

Ante todo, explicó el Papa, Jesús tranquiliza a Pedro, que ha quedado sorprendido por aquel signo, prometiéndole que lo hará "pescador de hombres". Después lo invita a dejar todo para seguirlo, y, en fin, le encomienda una misión.

En el caso de los Apóstoles –observó el Papa– "el Señor pasó por su vida con un milagro". Pero "no siempre –prosiguió el Obispo de Roma– Jesús pasa ante nosotros o dentro de nosotros con un milagro", y sin embargo –dijo– "se hace sentir siempre":

"Cuando el Señor viene a nuestra vida, cuando pasa por nuestro corazón, siempre te dice una palabra y también esta promesa: 'iVe adelante... ánimo, no temas, porque tú harás esto!'. Es una invitación a la misión, una invitación a seguirlo a Él. Y cuando sentimos este segundo momento, vemos que hay algo en nuestra vida que no va, que debemos corregir y lo dejamos, con generosidad. O incluso si hay en nuestra vida algo bueno, pero el Señor nos inspira a dejarlo, para seguirlo más de cerca, como ha sucedido aquí: estos han dejado todo, dice el Evangelio. 'Y arrastradas las barcas a la tierra, dejaron todo: ¡barcas, redes, todo! Y lo siguieron'".

Sin embargo, el Papa Francisco aseguró que Jesús no pide que se deje todo por un fin que permanece oscuro a quien ha elegido seguirlo. Al contrario, el objetivo es declarado inmediatamente y es un objetivo dinámico:

"Jesús jamás dice 'iSígueme!', sin decir la misión. ¡No! 'Sígueme y yo te haré esto'. 'Sígueme, para esto'. 'Si tú quieres ser perfecto, deja y sigue para ser perfecto'. Siempre la misión. Nosotros vamos por el camino de Jesús para hacer algo. No es un espectáculo ir por el camino de Jesús. Vamos detrás de Él, para hacer algo: es la misión".

Promesa, petición, misión. Estos tres momentos –dijo hacia el final de su homilía el Papa Francisco– no tienen que ver sólo con la vida activa, sino también con la oración. Mientras tanto –afirmó– "una oración sin una palabra de Jesús y sin confianza, sin promesa, no es una buena oración". Segundo, es bueno pedir a Cristo estar listos a dejar algo y esto predispone al tercer momento, porque no hay oración en la que Jesús no inspire "algo que hacer":

"Es una verdadera oración cristiana sentir al Señor con su Palabra de consuelo, de paz y de promesa; tener el valor de despojarnos de algo que nos impide ir rápidamente en su seguimiento y tomar la misión. Esto no quiere decir que después no haya tentaciones. ¡Habrá tantas! Pero, mira, Pedro pecó gravemente, renegando a Jesús, pero después el Señor lo perdonó. Santiago y Juan... pecaron de afán de hacer carrera, queriendo ir más alto, pero el Señor los perdonó".

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

En Cristo, Dios se ha hecho cercano

Queridos hermanos y hermanas:

En la liturgia de hoy el evangelista san Mateo, que nos acompañará durante todo este año litúrgico, presenta el inicio de la misión pública de Cristo. Consiste esencialmente en el anuncio del reino de Dios y en la curación de los enfermos, para demostrar que este reino ya está cerca, más aún, ya ha venido a nosotros. Jesús comienza a predicar en Galilea, la región en la que creció, un territorio de "periferia" con respecto al centro de la nación judía, que es Judea, y en ella, Jerusalén. Pero el profeta Isaías había anunciado que esa tierra, asignada a las tribus de Zabulón y Neftalí, conocería un futuro glorioso: el pueblo que caminaba en tinieblas vería una gran luz (cf. *Is* 8, 23-9, 1), la luz de Cristo y de su Evangelio (cf. *Mt* 4, 12-16).

El término "evangelio", en tiempos de Jesús, lo usaban los emperadores romanos para sus proclamas. Independientemente de su contenido, se definían "buenas nuevas", es decir, anuncios de salvación, porque el emperador era considerado el señor del mundo, y sus edictos, buenos presagios. Por eso, aplicar esta palabra a la predicación de Jesús asumió un sentido fuertemente crítico, como para decir: Dios, no el emperador, es el Señor del mundo, y el verdadero Evangelio es el de Jesucristo.

La "buena nueva" que Jesús proclama se resume en estas palabras: "El reino de Dios —o reino de los cielos— está cerca" (*Mt* 4, 17; *Mc* 1, 15). ¿Qué significa esta expresión? Ciertamente, no indica un reino terreno, delimitado en el espacio y en el tiempo; anuncia que Dios es quien reina, que Dios es el Señor, y que su señorío está presente, es actual, se está realizando.

Por tanto, la novedad del mensaje de Cristo es que *en él* Dios se ha hecho cercano, que ya reina en medio de nosotros, como lo demuestran los milagros y las curaciones que realiza. Dios reina en el mundo mediante su Hijo hecho hombre y con la fuerza del Espíritu Santo, al que se le llama "dedo de Dios" (cf. *Lc* 11, 20). El Espíritu creador infunde vida donde llega Jesús, y los hombres quedan curados de las enfermedades del cuerpo y del espíritu. El señorío de Dios se manifiesta entonces en la curación integral del hombre. De este modo Jesús quiere revelar el rostro del verdadero Dios, el Dios cercano, lleno de misericordia hacia todo ser humano; el Dios que nos da la vida en abundancia, su misma vida. En consecuencia, el reino de Dios es la vida que triunfa sobre la muerte, la luz de la verdad que disipa las tinieblas de la ignorancia y de la mentira.

Pidamos a María santísima que obtenga siempre para la Iglesia la misma pasión por el reino de Dios que animó la misión de Jesucristo: pasión por Dios, por su señorío de amor y de vida; pasión por el hombre, encontrándolo de verdad con el deseo de darle el tesoro más valioso: el amor de Dios, su Creador y Padre.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La elección de los Doce

551. Desde el comienzo de su vida pública Jesús eligió unos hombres en número de doce para estar con Él y participar en su misión (cf. *Mc* 3, 13-19); les hizo partícipes de su autoridad "y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar" (*Lc* 9, 2). Ellos permanecen para siempre asociados al Reino de Cristo porque por medio de ellos dirige su Iglesia:

«Yo, por mi parte, dispongo el Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22, 29-30).

765. El Señor Jesús dotó a su comunidad de una estructura que permanecerá hasta la plena consumación del Reino. Ante todo, está la elección de los Doce con Pedro como su Cabeza (cf. *Mc* 3, 14-15); puesto que representan a las doce tribus de Israel (cf. *Mt* 19, 28; *Lc* 22, 30), ellos son los cimientos de la nueva Jerusalén (cf. *Ap* 21, 12-14). Los Doce (cf. *Mc* 6, 7) y los otros discípulos (cf. *Lc* 10,1-2) participan en la misión de Cristo, en su poder, y también en su suerte (cf. *Mt* 10, 25; *Jn* 15, 20). Con todos estos actos, Cristo prepara y edifica su Iglesia.

El Reino de Dios llama y reúne a judíos y gentiles

"El Reino de Dios está cerca"

541. "Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva" (*Mc* 1, 15). "Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los cielos" (LG 3). Pues bien, la voluntad del Padre es "elevar a los hombres a la participación de la vida divina" (LG 2). Lo hace reuniendo a los hombres en torno a su Hijo, Jesucristo. Esta reunión es la Iglesia, que es sobre la tierra "el germen y el comienzo de este Reino" (LG 5).

542. Cristo es el corazón mismo de esta reunión de los hombres como "familia de Dios". Los convoca en torno a él por su palabra, por sus señales que manifiestan el Reino de Dios, por el envío de sus discípulos. Sobre todo, él realizará la venida de su Reino por medio del gran Misterio de su Pascua: su muerte en la Cruz y su Resurrección. "Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Jn* 12, 32). A esta unión con Cristo están llamados todos los hombres (cf. LG 3).

El anuncio del Reino de Dios

543. *Todos los hombres* están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. *Mt* 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. *Mt* 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:

«La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega» (LG 5).

La unidad de la Iglesia

813. *La Iglesia es una debido a su origen:* "El modelo y principio supremo de este misterio es la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas" (UR 2). La Iglesia es una *debido a su Fundador:* "Pues el mismo Hijo encarnado [...] por su cruz reconcilió a todos los hombres con Dios [...] restituyendo la unidad de todos en un solo pueblo y en un solo cuerpo" (GS 78, 3). La Iglesia es una *debido a su "alma"*: "El Espíritu Santo que habita en los creyentes y llena y gobierna a toda la Iglesia, realiza esa admirable comunión de fieles y une a todos en Cristo tan íntimamente que es el Principio de la unidad de la Iglesia" (UR 2). Por tanto, pertenece a la esencia misma de la Iglesia ser una:

«¡Qué sorprendente misterio! Hay un solo Padre del universo, un solo Logos del universo y también un solo Espíritu Santo, idéntico en todas partes; hay también una sola virgen hecha madre, y me gusta llamarla Iglesia» (Clemente de Alejandría, Paedagogus 1, 6, 42).

814. Desde el principio, esta Iglesia una se presenta, no obstante, con una gran *diversidad* que procede a la vez de la variedad de los dones de Dios y de la multiplicidad de las personas que los reciben. En la unidad del Pueblo de Dios se reúnen los diferentes pueblos y culturas. Entre los miembros de la Iglesia existe una diversidad de dones, cargos, condiciones y modos de vida; "dentro de la comunión eclesial, existen legítimamente las Iglesias particulares con sus propias tradiciones" (LG 13). La gran riqueza de esta diversidad no se opone a la unidad de la Iglesia. No obstante, el pecado y el peso de sus consecuencias amenazan sin cesar el don de la unidad. También el apóstol debe exhortar a "guardar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz" (*Ef* 4, 3).

815. ¿Cuáles son estos vínculos de la unidad? "Por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección" (*Col* 3, 14). Pero la unidad de la Iglesia peregrina está asegurada por vínculos visibles de comunión:

— la profesión de una misma fe recibida de los Apóstoles;

— la celebración común del culto divino, sobre todo de los sacramentos;

— la sucesión apostólica por el sacramento del orden, que conserva la concordia fraterna de la familia de Dios (cf UR 2; LG 14; CIC, can. 205).

816. "La única Iglesia de Cristo, [...] Nuestro Salvador, después de su resurrección, la entregó a Pedro para que la pastoreara. Le encargó a él y a los demás apóstoles que la extendieran y la gobernaran [...]. Esta Iglesia, constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, subsiste en ["subsistit in"] la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él" (LG 8).

El decreto sobre Ecumenismo del Concilio Vaticano II explicita: «Solamente por medio de la Iglesia católica de Cristo, que es "auxilio general de salvación", puede alcanzarse la plenitud total de los medios de salvación. Creemos que el Señor confió todos los bienes de la Nueva Alianza a un único Colegio apostólico presidido por Pedro, para constituir un solo cuerpo de Cristo en la tierra, al cual deben incorporarse plenamente los que de algún modo pertenecen ya al Pueblo de Dios» (UR 3).

Las heridas de la unidad

817. De hecho, "en esta una y única Iglesia de Dios, aparecieron ya desde los primeros tiempos algunas escisiones que el apóstol reprueba severamente como condenables; y en siglos posteriores surgieron disensiones más amplias y comunidades no pequeñas se separaron de la comunión plena con la Iglesia católica y, a veces, no sin culpa de los hombres de ambas partes" (UR 3). Tales rupturas que lesionan la unidad del Cuerpo de Cristo (se distingue la herejía, la apostasía y el cisma [cf CIC can. 751]) no se producen sin el pecado de los hombres:

Ubi peccata sunt, ibi est multitudo, ibi schismata, ibi haereses, ibi discussiones. Ubi autem virtus, ibi singularitas, ibi unio, ex quo omnium credentium erat cor unum et anima una ("Donde hay pecados, allí hay desunión, cismas, herejías, discusiones. Pero donde hay virtud, allí hay unión, de donde resultaba que todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma": Orígenes, In Ezechielem homilia 9, 1).

818. Los que nacen hoy en las comunidades surgidas de tales rupturas "y son instruidos en la fe de Cristo, no pueden ser acusados del pecado de la separación y la Iglesia católica los abraza con respeto y amor fraternos [...] justificados por la fe en el Bautismo, se han incorporado a Cristo; por tanto, con todo derecho se honran con el nombre de cristianos y son reconocidos con razón por los hijos de la Iglesia católica como hermanos en el Señor" (UR 3).

819. Además, "muchos elementos de santificación y de verdad" (LG 8) existen fuera de los límites visibles de la Iglesia católica: "la palabra de Dios escrita, la vida de la gracia, la fe, la esperanza y la caridad y otros dones interiores del Espíritu Santo y los elementos visibles" (UR 3; cf LG 15). El Espíritu de Cristo se sirve de estas Iglesias y comunidades eclesiales como medios de salvación cuya fuerza viene de la plenitud de gracia y de verdad que Cristo ha confiado a la Iglesia católica. Todos estos bienes provienen de Cristo y conducen a Él (cf UR 3) y de por sí impelen a "la unidad católica" (LG 8).

Hacia la unidad

820. Aquella unidad "que Cristo concedió desde el principio a la Iglesia [...] creemos que subsiste indefectible en la Iglesia católica y esperamos que crezca de día en día hasta la consumación de los tiempos" (UR 4). Cristo da permanentemente a su Iglesia el don de la unidad, pero la Iglesia debe orar y trabajar siempre para mantener, reforzar y perfeccionar la unidad que Cristo quiere para ella. Por eso Cristo mismo rogó en la hora de su Pasión, y no cesa de rogar al Padre por la unidad de sus discípulos: "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (*Jn* 17, 21). El deseo de volver a encontrar la unidad de todos los cristianos es un don de Cristo y un llamamiento del Espíritu Santo (cf UR 1).

821. Para responder adecuadamente a este llamamiento se exige:

— una renovación permanente de la Iglesia en una fidelidad mayor a su vocación. Esta renovación es el alma del movimiento hacia la unidad (UR 6);

— la conversión del corazón para "llevar una vida más pura, según el Evangelio" (cf. UR 7), porque la infidelidad de los miembros al don de Cristo es la causa de las divisiones;

— la oración en común, porque "esta conversión del corazón y santidad de vida, junto con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, deben considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico, y pueden llamarse con razón ecumenismo espiritual" (UR 8);

— el fraterno conocimiento recíproco (cf. UR 9);

— la formación ecuménica de los fieles y especialmente de los sacerdotes (cf UR 10);

— el diálogo entre los teólogos y los encuentros entre los cristianos de diferentes Iglesias y comunidades (cf UR 4, 9, 11);

— la colaboración entre cristianos en los diferentes campos de servicio a los hombres (cf UR 12).

822. "La preocupación por el restablecimiento de la unión atañe a la Iglesia entera, tanto a los fieles como a los pastores" (cf UR 5). Pero hay que ser "conocedor de que este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la una y única Iglesia de Jesucristo excede las fuerzas y la capacidad humana". Por eso hay que poner toda la esperanza "en la oración de Cristo por la Iglesia, en el amor del Padre para con nosotros, y en el poder del Espíritu Santo" (UR 24).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

Curaba toda suerte de dolencias y enfermedades

El fragmento evangélico del tercer Domingo del Tiempo Ordi-nario concluye con estas palabras:

«Recorría (Jesús) toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermeda-des y dolencias del pueblo».

Casi una tercera parte del Evangelio está ocupada por las cu-raciones realizadas por Jesús durante el corto tiempo de su vida pública. Es imposible eliminar estos milagros o darles una expli-cación natural sin desordenar todo el Evangelio y hacerlo incom-prensible.

Los milagros del Evangelio tienen unas características incon-fundibles. Nunca han sido hechos para impresionar o para enalte-cer a aquel que los realiza. Jesús ordena muy frecuentemente a los curados, que no lo digan a nadie, para evitar excesivos entusiasmos y, después de haber realizado un milagro, a veces hasta se esconde y hace perder sus huellas. No tiene nada que ver con determinados prodigios, que sólo sirven para impresionar. Algunos hoy se dejan encantar oyendo a ciertos personajes, que muestran poseer poderes de levitación, de hacer aparecer o

desaparecer objetos y otras cosas del género. ¿A quiénes sirven este género de milagros suponiendo que sean tales? A nadie o sólo a sí mismos para hacer discípulos o hacer dinero.

No; Jesús realiza milagros por un motivo muy sencillo: por compasión, porque ama a la gente y se apiada tal vez hasta las lá-grimas al ver su sufrimiento. Realiza milagros además para ayudar a la gente a reconocer por lo tanto que «el Reino de Dios ya está entre vosotros» (Lucas 17,21), esto es, para ayudarles a creer. Rea-liza curaciones, en fin, para anunciar que Dios es el Dios de la vida y que al final junto con la muerte también la enfermedad será ven-cida y «ya no habrá más ni luto ni llanto» (cfr. Isaías 60,20; Apo-calipsis 21,4). No sólo Jesús cura sino que ordena a sus discípulos hacer lo mismo después de él:

«Los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar» (Lucas 9, 2). «Proclamad que el Reino de los Cielos está cerca. Curad en-fermos» (Mateo 10, 7-8).

Siempre encontramos las dos cosas emparejadas: predicar el Evangelio y curar a los enfermos. ¿Cómo ha acogido la Iglesia este mandato de Cristo? Desde el inicio, los cristianos no se contenta-ron con predicar el Evangelio sino que buscaron siempre aliviar los sufrimientos humanos fundando obras asistenciales de todo géne-ro: leproserías, sanatorios, hospitales, especialmente, en los países de misión.

Pero, me diréis vosotros, esto no es aún lo que pretendía Jesús. Jesús no había hablado sólo de curar sino de imponer las manos y recobrar la salud. También ha sucedido esto. Sólo que poco a poco el don de realizar curaciones ha terminado por serles reconocido sólo a ciertos santos, llamados taumaturgos, esto es, realizadores de prodigios, como san Antonio de Padua, san Vicente Ferrer... o a ciertos santuarios, como Lourdes, Fátima, Loreto...

Hoy, asistimos a algo nuevo en el general fenómeno del «des-pertar del Espíritu»: el reaparecer de un ministerio de curación se-mejante al ejercitado por Jesús. San Pablo, junto a la enseñanza, al gobierno, a la evangelización, menciona, asimismo, entre los caris-mas el «de curaciones» (1 Corintios 12,9). El carisma es un don particular concedido por el Espíritu Santo a una persona para el bien común. No supone por ello que quien lo ejercite sea necesa-riamente un santo o más santo que los demás. Al contrario, Jesús habla de personas, que durante la vida han hecho profecías y reali-zado milagros, y que, al final, son reprobados por él; evidentemen-te porque su vida no había sido coherente con los poderes recibidos (Mateo 7,21-23).

Así, se han tenido en estos últimos cincuenta años, bien sea en el mundo protestante que entre los católicos, toda una serie de per-sonas carismáticas, que con la oración y la imposición de manos o la unción con el óleo ejercían este ministerio para con los enfer-mos frecuentemente ante grandes masas de gente. Y centenares de enfermos declaran haber sido curados en el contexto de tales encuentros.

El hombre tiene dos medios para intentar superar sus enferme-dades: la naturaleza y la gracia. Por naturaleza se señala la inteli-gencia, la ciencia, la medicina, la técnica..., y por gracia el recur-so directo a Dios a través de la fe, la oración y los

sacramentos. Ambos medios vienen de Dios porque también el ingenio huma-no viene de él.

Tristemente con frecuencia se intenta una tercera vía: la vía de la magia, la que se apoya en pretendidos poderes ocultos de una persona, que no se basan ni en la ciencia ni en la fe. Es casi como que el hombre pudiera llegar a hacer algo autónomamente fuera del conocimiento de Dios o hasta en contra de su voluntad. En este caso, o estamos ante una pura charlatanería y ante un *bluff* o, peor aún, ante la acción del enemigo de Dios.

¡Son muchos los que caen en esta red, tantos como moscas en la telaraña de una gran «araña»! Yo mismo he tenido que hacer algu-nas cosas con muchas personas destruidas económica y psicológi-camente por experiencias de este género.

No es difícil distinguir cuándo se trata de un verdadero carisma de curación y cuándo de su falsificación por la magia. En el pri-mer caso, la persona no atribuye nunca los resultados obtenidos a los propios poderes sino a Dios. En el segundo caso, la gente no hace más que alardear de sus pretendidos propios «poderes extra-ordinarios». Por eso, cuando leéis anuncios del tipo: Mago tal de tal «consigue lo que otros fallan», «resuelve los problemas de todo tipo», «extraordinarios poderes reconocidos», «expulsa dia-blos, aleja el mal de ojo», entonces no tengáis ni siquiera un ins-tante de duda: se trata de embusteros. Jesús decía que los demo-nios se arrojan «con ayuno y oración» más que ¡recogiendo o recaudando dinero de la gente!

Otro criterio para su reconocimiento. La curación, que viene del Espíritu de Cristo, no se limita nunca sólo a la enfermedad del cuerpo, sino que se refiere a toda la persona, especialmente a su alma. ¿Para qué serviría curar físicamente, si después uno conser-vase el rencor, el odio en el corazón y estuviese en discordia consi-go mismo, con la familia, con la vida? Sería como ir al médico para curar una uña enrojecida y menospreciar todo un tumor.

Por eso, las liturgias de curaciones, hechas al estilo del Evangelio, comportan siempre momentos y gestos de arrepentimiento, de re-conciliación y de perdón. Éstos son, por el contrario, los milagros más grandes; y frecuentemente quien ya ha hecho la experiencia se olvida de haber llegado para curarse de una enfermedad, dado que lo que ha conseguido le parece inmensamente más importante.

No se ha dicho ni siquiera, ojalá, que entre los que ejercen este ministerio de curación en nombre de Cristo con tanto óleo bendito y celebración de la santa Misa sean todos auténticos, y que haya que aceptarlos a ojos cerrados. Éste es un ministerio delicado en donde es fácil que se infiltren la ilusión y la falta de discernimien-to, y que se apoyen en la credulidad y en la disponibilidad de la gente a intentarlo todo frente a la propia enfermedad o a la de una persona querida. Los pastores de la Iglesia hacen muy bien en ser muy prudentes sobre este punto; y ello no para desanimar o desa-consejar a ejercer este ministerio (lo que sería ponerse en contra del mismo Evangelio) sino para preservarlo de abusos.

Pero, hemos de plantearnos otra pregunta: no obstante todo, ¿y el que no llega a curar? ¿Qué pensar? ¿Que no tiene fe o que Dios no le ama? Si el perdurar una

enfermedad fuese signo de que una persona no tiene fe o que Dios no la ama sería necesario concluir que los santos eran los más pobres de fe y los menos amados por Dios, porque algunos pasaron la vida entera en la cama. Los mé-dicos calculan hoy que san Francisco de Asís en el momento de morir tenía encima una decena de enfermedades distintas y todas graves.

No; la respuesta es otra. El poder de Dios no se manifiesta sólo de un modo (eliminando el malo curando físicamente) sino tam-bién dando la capacidad y tal vez hasta la alegría de llevar la propia cruz con Cristo y de completar aquello que le falta a sus sufrimien-tos. Cristo igualmente ha redimido el sufrimiento y la muerte. Ésta ya no es más un signo del pecado y participación en la culpa de Adán sino un instrumento de redención.

No hay nada que esté fuera de esta posibilidad ni las enfermeda-des físicas ni los psicológicas: la angustia, la neurosis, las depresio-nes. Dios ha dejado ver que saber hacer santos, tal vez, incluso de-jándolos como presas de sus angustias humanas y neurosis. «Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Ma-teo 8,17) Y actuando así potencialmente las ha santificado. Conven-cido de esto, san Pablo exclamaba: «Con sumo gusto seguiré glo-riándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las in-jurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufri-das» (2 Corintios 12,9-10). Y añade: «En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Romanos 8, 28) tanto en la en-fermedad como en las dolencias.

Una cosa debo añadir. ¿Y aquellos que no tienen la posibilidad o la convicción necesaria para participar en las liturgias de cura-ciones realizadas por personas carismáticas? ¿Son excluidas de la posibilidad ofrecida por Jesús en el Evangelio de hoy? No; hay una vía ordinaria abierta a cada uno para encontrar hoy en la Igle-sia al Jesús que pasa «curando a todos» (Hechos 10,38): los sa-cramentos.

El Evangelio nos relata de una mujer, que fue curada sólo por haber tocado el borde del manto de Jesús (cfr. Maleo 9, 20ss.); pero, en la Eucaristía cada uno tiene la ocasión no sólo de tocar el borde del manto, sino de recibir todo su cuerpo y su sangre. En Lourdes, el mayor número de curaciones tiene lugar ante el paso del Santísimo Sacramento.

Sabemos que existe un sacramento específico para los enfer-mos. De él leemos en la Escritura:

«¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíte-ros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nom-bre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados» (Santiago 5,14-15).

Ya no se llama más la «extremaunción» (nombre que tanto mie-do daba a las personas) sino más justamente la «unción de los en-fermos». Se puede recibir en cada enfermedad de una cierta serie-dad y asimismo más veces, si es necesario.

Sé bien que una cosa es hablar de enfermedad y otra de estar metido dentro de ella. Una cosa, sin embargo, también yo como «presbítero» de la Iglesia prometo hacer

por vosotros: rogar para que el Señor os «levante» de vuestro lecho y os dé la alegría de po-derlo bendecir aún y alabar en la salud vuelta a encontrar.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

La gracia transformante de la Palabra

Jesucristo, el Hijo de Dios, vino al mundo para habitar entre los hombres y anunciar la buena nueva del Reino de los Cielos, predicando su Palabra y llamando a la conversión.

Es necesario que los hombres escuchen la Palabra de Dios, conviertan su corazón, crean en Jesucristo y acepten su salvación, dejándose iluminar por la luz verdadera, para que sean dignos de entrar en el Reino de los Cielos.

Es necesario que los hombres acepten que Jesucristo es el camino, la verdad y la vida, que su Palabra está viva, que rechacen las tinieblas y se acerquen con el corazón contrito a su admirable luz, dispuestos a dejarse transformar el corazón a través de la Palabra, que es como espada de dos filos, y penetra hasta lo más profundo, descubriendo sus intenciones, inundándolos de gracia, para que todo aquel que acepte ser hijo de Dios vuelva a su Creador a través de la gracia redentora del Crucificado.

Convierte tu corazón, arrepiéntete de tus pecados, desnuda tu alma y déjate iluminar por la gracia transformante a través de la Palabra del Hijo de Dios, que libera y salva.

Acércate al sacramento de la penitencia y déjate curar de las enfermedades y dolencias que te están matando el alma.

Recibe la salud y la vida, y lleva a otros la buena nueva, promoviendo la conversión, dando ejemplo de fe, de esperanza y de amor, contagiando la alegría que inunda tu corazón, porque estabas muerto y has vuelto a la vida.

Jesús te ha buscado, te ha encontrado, te ha iluminado con su luz, te ha sanado, y te ha transformado en digno hijo de Dios, para que otros se conviertan, arrepentidos pidan perdón y acepten de Cristo Jesús la salvación».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

XXX

Los justos están en paz.

Dichosos los que creen en Cristo y viven en la esperanza del cumplimiento de su promesa del Paraíso y la vida eterna, cumpliendo la voluntad de Dios, compartiendo la alegría de los ángeles y los santos que interceden por ellos, para que venzan todas sus batallas, y lleguen al cielo para participar del gozo de la santidad.

Dichosos los que tienen fe, y alimentan su fe.

Dichosos los que predican el Evangelio, y hablan de Jesús sin miedo, llevando su luz a todos los rincones de la tierra para que el mundo crea.

Dichosos los que aman a Dios por sobre todas las cosas, y aman al prójimo como Jesús los amó, y por ese amor se santifican, cada uno según su vocación y en su propio ambiente, ahí en donde le tocó vivir, y el llamado a la santidad sentir, escuchar, aceptar, enseñar, compartir.

Dichosos los que abren su corazón para recibir la misericordia y la gracia de Dios, a través de los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo.

Sigue tú el ejemplo de los santos. La santidad es para todos. Es posible alcanzar la santidad, porque no hay nada imposible para Dios.

Tú eres una creación de Dios, único e irrepetible, hecho a imagen y semejanza de Dios. No hay nadie igual que tú. De manera especial has sido creado para amar a Dios y participar eternamente de su gloria, si eres pobre de espíritu y crees en Jesucristo como tu Amo y Señor, Hijo de Dios vivo, que ha resucitado para darte vida eterna.

Glorifica a Dios con tu vida, y alcanzarás la dicha de la santidad y la vida eterna.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

Vocación

Contemplamos en estos versículos de san Mateo la vocación, la llamada, de Jesús a algunos de los que serán sus más próximos discípulos. Los llama a llevar a cabo la tarea que poco antes describe el propio Mateo. Iba el Señor predicando que el Reino de los Cielos estaba cerca, y era necesario disponerse por la penitencia para ser dignos de él. Así se cumplía, por fin, lo que todo el pueblo de Israel anhelaba, lo que era la razón de que existiera como un pueblo peculiar, y el motivo de justo orgullo que todo israelita tenía. El Reino de Dios, aunque no fuera lo que imaginaban muchos en Israel: una plenitud material o la liberación de las múltiples opresiones sufridas, sería, sin embargo, la mayor de las riquezas posibles, de acuerdo con el plan divino.

Coincide en cierto sentido san Mateo con san Juan. Como leemos también en el cuarto Evangelio, con Jesús llega la luz al mundo: una **luz que brilla en las tinieblas pero las tinieblas no la recibieron.** San Mateo recuerda que se cumplía la profecía de Isaías según la cual a un pueblo envuelto **en tinieblas y (…) sombras de muerte** le alumbraría una poderosa luz. Un acontecimiento insólito ha tenido lugar ante los testigos de la llegada del Señor. Se trata de algo tan importante que es necesario proclamarlo de modo que todos conozcan la noticia, pues, la llegada de esa luz, que es Cristo, reclama una adecuada disposición por parte de los hombres. Algunos no le recibieron, dirá san Juan. Y es que es preciso disponerse con la penitencia, afirmaba el Señor, según san Mateo.

Se trata del Evangelio: una Noticia transformadora de los hombres, que reclama ser acogida con dignidad, solemnemente: como el hecho más grandioso jamás sucedido, ya que es la misma Palabra de Dios que habla de Sí en favor de la humanidad. Para tan gran Noticia se necesita una adecuada difusión y, para la difusión, apóstoles; que con su vida y su palabra lleven por todo el mundo esa luz capaz de transformar –engrandeciendo– la vida de los hombres. Pues no es un desarrollo ni una plenitud cualquiera, o de cierta importancia, la que trae Cristo: **a los que le recibieron les concedió ser hijos de Dios**, dice san Juan. Quiso Dios conceder a los hombres por Jesucristo una grandeza que no teníamos capacidad para imaginar.

Pero para la santidad de Dios, con quien nos unimos en especial intimidad al ser cristianos, se requiere por nuestra parte la máxima perfección de que seamos capaces, pues, el Reino de los Cielos es el Reino de los hijos de Dios, de la Familia de Dios. Y para gozar de tal perfección e intimidad es preciso purificarnos, apartando cuanto sea posible de nosotros lo que desdice de la perfección divina: **sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto**, dirá el Señor. Y ya al comienzo de su ministerio advierte: **Haced penitencia, porque está al llegar el Reino de los Cielos.**

Asegura así Dios, por otra parte, nuestra condición de criaturas libres, hechas por Él a su imagen y semejanza, pues, únicamente con nuestra cooperación voluntaria para esa purificación, que nos perfecciona por la penitencia, llegamos a ser dignos de la Gracia que Dios nos ha prometido: la de ser sus hijos adoptivos por Jesucristo.

Nunca ahondaremos bastante en el amor de Dios con su criatura humana, a quien quiso abrir su intimidad, plena de toda la riqueza de su perfección. Pero la grandeza y el amor de Nuestro Dios parece que aún se nos muestra más al haber querido que los mismos hombres seamos otros cristos, según la expresión paulina; con capacidad –como el Señor– para invitar a nuestros iguales a gozar del Reino de los Cielos. Y a esta tarea de formar apóstoles, que prolongarían por todas las generaciones su misma misión, dedicó el Señor su vida pública. Nos encontramos nosotros en un punto entre tantos de historia humana, con la responsabilidad, por tanto, de que no se corte la transmisión del divino mensaje, de que sea cada día más eficaz la llamada de Dios a la humanidad.

Seguidme y os haré pescadores de hombres, dijo a los primeros; dándoles, así, la ocasión de dedicarse a la más sublime tarea que podemos pensar para esta vida. No es ciertamente una ocupación, la de Pedro y los demás, que escogieran según sus gustos, ni tampoco se sintieron para ello especialmente capacitados. Fueron simplemente designados –imperativamente designados, podríamos decir incluso– por el Señor; y esa llamada –la vocación– los hizo capaces; no sólo para responder inmediatamente –según refiere san Mateo–, sino para responder por siempre. La vida de aquellos hombres y de cuantos, mujeres y hombres, han seguido los mismos pasos de Cristo, por sentirse llamados después de aquellos primeros, quedó colmada de sentido. Como la de cada uno de nosotros que, como ellos, también nos llamamos y somos cristianos: discípulos de Cristo.

Así fue la vida de la Madre de Dios, nuestra Madre, a quien nos encomendamos; que –según dice Ella misma–, a pesar de su pequeñez, pudo y quiso acoger las grandezas de Dios su Creador, y es y será por eso, con razón, alabada siempre sobre todas las criaturas.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

"Así veremos la alegría de ustedes"

En estos domingos, seguimos a Jesús en los primeros pasos de su vida pública y de su predicación. Revivimos los grandes anuncios que hacía al mundo y aprendemos a reconocer en ellos el cumplimiento de las promesas de Dios a los hombres. En Jesús de Nazaret se produce el cumplimiento de las promesas mesiánicas: es éste el tema de fondo que caracteriza los primeros domingos del tiempo llamado ordinario, que caen entre la Epifanía y la Cuaresma.

El domingo pasado recogimos el consolador anuncio del perdón de los pecados: Jesús es el Cordero de Dios que quita nuestros pecados. En él, Dios lleva al cumplimiento lo que había prometido con el símbolo del cordero pascual y con la profecía del cordero "traspasado por nuestras rebeldías".

Hoy recogemos el gran anuncio de la luz y de la alegría. Al venir al mundo, Jesús, además del perdón de los pecados, trajo a los hombres "una gran luz" y una gran alegría. Se ha cumplido así otra promesa de Dios. Todo esto se nos dice con el mismo procedimiento del domingo pasado: haciéndonos leer dos pasajes de las Escrituras, uno del Antiguo Testamento que contiene la promesa y, uno del Evangelio que contiene la realización.

En la primera lectura, Isaías les habla a los galileos deportados de Tiglat-Pileser III en el año 732 AC. Este pueblo caminaba inclinado, encadenado y desconsolado hacia el exilio; caminaba en la noche. A él le anuncia el profeta una luz imprevista: el final de la esclavitud, el retorno a la patria en una fiesta llena de alegría.

En ello está incluida una promesa para todo el género humano que gime debido a la propia condición dominada por la experiencia del mal y de la esclavitud. Esta humanidad perdida, inclinada bajo el peso de las propias experiencias, esclava de patrones que pusieron cepos en sus pies y cadenas en su alma, aplastada por el terror del más allá. "allá donde alegrarse es cosa desconocida", como decía un trágico griego (Esquila), un día verá una gran luz y volverá a conocer la alegría: *El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz… Tú has multiplicado la alegría, has acrecentado el gozo. Ellos se regocijan en tu presencia, como se goza en la cosecha, como cuando reina la alegría por el reparto del botín.*

Poco después del bautismo, Jesús va a Cafarnaún, en la Galilea de las gentes, justamente en la región que un día vio a los contingentes de hebreos tomar el camino

del exilio. La presencia de Jesús en este lugar es vista por el evangelista como el "sí" que de Dios a su antigua promesa; por eso, recuerda el texto de la profecía de Isaías: *Para que se cumpliera lo que había sido dicho por medio del profeta Isaías*.

Jesús es la gran luz aparecida para la humanidad: *Yo soy la luz del mundo*. ¿Qué significa la luz? Significa el camino, la verdad Y, sobre todo, la vida. Él es el camino y la verdad, es decir, la seguridad del camino por recorrer, el compañero de viaje, la posibilidad del acceso a Dios: *Nadie va al Padre sino por mí* (Jn. 14, 6). Sin embargo, también es la vida, es decir, el final y la meta de ese camino, la recompensa y el objetivo del viaje de la existencia humana; el que rescata nuestro ser del naufragio de la muerte. Luz y vida han estado siempre asociadas en la experiencia del hombre. Se dice que un niño que nace a la vida ha sido dado a luz, y el propio Jesús asoció las dos cosas al decir de sí mismo: *El que me sigue no andará en tinieblas* (Jn. 8, 12).

Pero él también es la alegría. Cuando nació, fue anunciado como *una gran alegría para todo el pueblo* (Lc. 2, 10). Todo el sentido de la vida parece estar contenido en estas palabras pronunciadas en la vigilia de su muerte: *para que mi gozo sea el de ustedes; tendrán una alegría que será perfecta* (Jn. 15, 11; 16.24). La misma palabra "Evangelio" significa buena noticia, es decir, anuncio de alegría y contento. *Yo he venido para que las ovejas tengan Vida,* dice Jesús (Jn. 10, 10), Y la alegría no es otra cosa que la vida, la plenitud de la vida. Con Jesús, se vuelve a escuchar la palabra de la cual el hombre había perdido el sabor: felices ustedes, alégrense y regocíjense (Mt. 5, 12). San Pablo exhortaba a los discípulos, diciéndoles: *Alégrense siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrense* (Flp. 4, 4).

La alegría debe florecer forzosamente, entonces, en el pasaje del Evangelio, aun cuando sea *una inmensa alegría en medio de las tribulaciones,* como la llama san Pablo (2 Cor. 7,4). En realidad, la alegría revela la presencia del Espíritu en un cristiano: *El fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz…* (Gál. 5. 22). El mundo que todavía no cree nos desafía justamente en este terreno, en la capacidad de saber estar en medio de la alegría y de hacerla triunfar. Es un desafío tan antiguo como la fe en Dios. Isaías, el gran profeta que vivió tantos siglos antes de Cristo, ya lo recogía de boca de los no creyentes: *Dicen sus hermanos, los que tienen odio contra ustedes…: "Que el Señor manifieste su gloria, así veremos la alegría de ustedes"* (Is. 66, 5).

¿Por qué, entonces, nosotros los cristianos no estamos contentos? Tal vez el anuncio de la alegría –el Evangelio– no ha bajado todavía hasta la profundidad de nuestros corazones. Nos parecemos todavía a los contingentes entristecidos que caminaban agachados en las tinieblas, yendo hacia el exilio.

La Misa dominical es la verificación de todo esto. En ella se debería repetir, en forma resumida, aquella transformación de la que nos habló Isaías en la primera lectura. Al venir aquí, somos un poco como aquellos israelitas afligidos, cansados y cargados de llanto; pero al salir, después de haber escuchado la palabra de Dios y de haber comulgado con el cuerpo de Cristo, debemos ser como quienes regresan contentos de la cosecha, llevando sus gavillas (Sal. 125, 6), gente que vio *multiplicada en su corazón la alegría,* para llevarla al mundo en calidad de testimonio de la redención de Cristo. Recordemos aquel maravilloso texto de las Escrituras que dice:

La alegría en el Señor es la fortaleza de ustedes (Neh. 8, 10). Sí, también hoy, en medio del mundo, nuestra fuerza de persuasión será la alegría que nos llena al pensar en el Señor.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de Santa Gala (25-I-1981)

– La luz del Bautismo

"El Señor es mi luz y mi salvación" (Sal 26/27,1).

Estas palabras del Salmo responsorial son, a la vez, confesión de fe y expresión de júbilo: fe en el Señor y en lo que Él representa de luminoso para nuestra vida; júbilo por el hecho de que Él es esta luz y esta salvación, en la que podemos encontrar seguridad e impulso para nuestro camino cotidiano.

Nos podemos preguntar ¿De qué modo es el Señor nuestra luz y nuestra salvación? Cristo se convierte para nosotros en luz y salvación a partir de nuestro bautismo, en el que se nos aplican los frutos infinitos de su bendita muerte en la cruz: entonces viene a ser "para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención" (1 Cor 1,30). Precisamente para los bautizados, conscientes de su identidad de salvados, valen con plenitud las palabras de la Carta a los Efesios: "Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad" (Ef 5,8-9).

– Vida pública del Señor

Pero la vida cristiana no es sólo un hecho individual y privado. Tiene necesidad de desarrollarse a nivel comunitario e incluso público, puesto que la salvación del Señor "está preparada ante la faz de todos los pueblos; luz para iluminación de las gentes" (Lc 2,31-32).

El Evangelio de este domingo manifiesta cómo Cristo se ha convertido históricamente, al comienzo de su vida pública, en luz y en salvación del pueblo al que ha sido enviado. Citando al Profeta Isaías, el Evangelista Mateo nos dice que este pueblo "habita en tinieblas..., en tierra y sombras de muerte" (9,1) pero finalmente "vio una luz grande". Después que la gloria del Señor había envuelto de luz, ya en Belén, a los pastores en la noche (cfr. Lc. 2,9), con ocasión del nacimiento de Jesús, ésta es la primera vez que el Evangelio habla de una luz que se manifiesta a todos. Efectivamente, cuando Jesús, después de haber dejado Nazaret y haber sido bautizado en el Jordán, va a Cafarnaún para dar testimonio de su ministerio público, es como si se verificase un segundo nacimiento público, que consistía en el abandono de la vida privada y oculta, para entregarse al compromiso total de una vida gastada por todos

hasta el supremo sacrificio de sí. Y Jesús, en este momento, se encuentra en un ambiente de tinieblas, que cayeron nuevamente sobre Israel con motivo del encarcelamiento de Juan Bautista, el precursor.

Pero Mateo nos dice que Jesús iluminó enseguida eficazmente a algunos hombres, "mientras caminaba junto al lago de Galilea", es decir, en las riberas del lago de Genesaret. Se trata de la llamada a los primeros discípulos, los hermanos Simón y Andrés, y luego a los otros dos hermanos, Santiago y Juan, todos ellos trabajadores dedicados a la pesca. Ellos "inmediatamente dejaron las barcas y a su Padre y lo siguieron". Ciertamente experimentaron la fascinación de la luz secreta que emanaba de Él, y sin demora la siguieron para iluminar con su fulgor el camino de su vida. Pero esa luz de Jesús resplandece para todos. En efecto, Él se hace conocer por sus paisanos de Galilea, como anota el Evangelista, "enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del Reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo". Como se ve, la suya es una luz que ilumina y también caldea, porque no se limita a esclarecer la mente, sino que interviene también para redimir situaciones de necesidad material. "Pasó haciendo el bien y curando" (Hch 10,38).

– Conversión personal

Una de las mayores conquistas de esta luz fue la de Saulo de Tarso, el Apóstol Pablo. Teniendo presente su propio caso personal, escribió así a los Corintios: "Pues el mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo" (2 Cor 4,6). Diría que esta luz brilla particularmente sobre el rostro de Cristo crucificado, "Señor de la gloria" (1 Cor 2,8), por quien el Apóstol precisamente fue enviado a predicar el Evangelio de la cruz (cfr. ib., 1,17; 2,2). Esto nos dice lo que es una conversión: una iluminación especial, que nos hace ver de modo nuevo a Dios, a nosotros mismos y a nuestros hermanos. Así, de maneras diversas, Jesucristo se da a conocer a los distintos hombres y a las sociedades en el curso de los tiempos y en diversos lugares. Los que le siguen, lo hacen porque han encontrado en Él la luz y la salvación: "El Señor es mi luz y mi salvación".

Y también vosotros ¿seguís a Cristo? ¿Lo habéis conocido verdaderamente? ¿Sabéis y estáis convencidos a fondo de que Él es la luz y la salvación de nosotros y de todos? Este es un conocimiento que no se improvisa; es necesario que os ejercitéis en Él cada día, en las situaciones concretas en que está colocado cada uno de vosotros. Se puede, al menos, intentar y llevar esta luz al propio ambiente de vida y de trabajo y dejar que ella ilumine todas las cosas para mirarlo todo a través de esa luz. Esto vale de modo particular para los enfermos y para los que sufren, puesto que, si es verdad que el dolor hunde en la oscuridad, entonces más que nunca se confirma la verdad de la gozosa confesión del Salmista: "Señor, Tú eres mi lámpara; Dios mío, Tú alumbras mis tinieblas" (Sal 18/17,29). Pero esto vale para todos: efectivamente, Cristo es luz y salvación de las familias, de los cónyuges, de la juventud, de los niños, y luego también de todos los que se ejercitan en varias profesiones: para los médicos, los empleados, los obreros; cada una de estas categorías, aunque sea en modos diversos, ejercita un servicio para los otros y del conjunto resulta una sociedad bien ordenada y armoniosa.

Más para que todo esto se logre bien, sin roces o conflictos, es preciso que cada uno sepa decir al Señor con humildad y con deseo: "Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero" (Sal. 119/118,105). Esto es posible si juntamente, y a fondo, cada uno recibe el alimento de todos y todos concurren al crecimiento de cada uno.

– La luz del Bautismo

Volvamos al salmo responsorial de la Misa.

La luz y la salvación están en contraste con el temor y el terror.

"El Señor es la defensa de mi vida; ¿quién me hará temblar? Él me protegerá en su tienda el día del peligro".

Sin embargo, ¡cuánto temor pesa sobre los hombres de nuestro tiempo! Es una inquietud múltiple, caracterizada precisamente por el miedo al porvenir, de una posible auto destrucción de la humanidad, y luego también, más en general, por un cierto tipo de civilización materialista, que pone el primado de las cosas sobre las personas, y además por el miedo a ser víctimas de violencias y opresiones que priven al hombre de su libertad exterior e interior. Pues bien, sólo Cristo nos libera de todo esto y permite que nos consolemos espiritualmente, que encontremos la esperanza, que confiemos en nosotros mismos en la medida en que confiamos en Él: "Contempladlo y quedaréis radiantes" (Sal. 34/33,6).

Juntamente con esto, como nos sugiere la segunda estrofa, nace el deseo de poder "habitar en la casa del Señor" (Sal. 26/27,4).

"Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por todos los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor contemplando su templo".

¿Qué quiere decir esto? Significa ante todo la condición interior del alma en la gracia santificante, mediante la cual el Espíritu Santo habita en el hombre; y significa además permanecer en la comunidad de la Iglesia y participar en su vida. En efecto, precisamente aquí se ejercita en abundancia esa "misericordia", de la que habla el Salmo; cada uno puede repetir con el Salmista, seguro de ser escuchado: "Acuérdate de mí con misericordia, por bondad, Señor" (Sal 25/24,7).

Finalmente estamos orientados hacia la esperanza última, que da toda la existencia del cristiano su plena dimensión.

"Espero gozar en la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor".

El cristiano es hombre de gran esperanza, y precisamente en ella se refleja esa luz y se realiza esa salvación, que es Cristo. Efectivamente, Él "hace caminar a los humildes con rectitud, enseña su camino a los humildes" (Sal. 25/24,9).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"También en nuestros días hay mucha gente "que camina en tinieblas" (1ª lect), desorientadas por la multiplicidad de las informaciones, tan cuantiosas como

contradictorias, que recibe a diario. Son tantos, tan opuestos, tan interesados, los mensajes, las mentiras, las medias verdades que escucha, que le llevan a creer que toda certeza es revisable o parcial, cuando no un síntoma de inmadurez o de fanatismo.

Jesús nos llama también hoy, como llamó a los primeros (Evg), para que a la luz del Evangelio orientemos a tantos que sueñan con un mundo mejor, donde la mentira, la violencia, la rapiña, no sean monedas que se cotizan más que el bien, la veracidad. Hay en nuestro mundo una sorda espera, una difusa expectativa, como en tiempos de Jesús, en que el pueblo escogido aguardaba al Mesías.

Bien, pero ¿qué hacer o qué representa mi esfuerzo en el hogar, el lugar de trabajo..., al lado de la omnipresente realidad de la corrupción en la política, los negocios, las relaciones sociales? Debemos persuadirnos 1) de que si yo no cambio no podré cambiar nada, porque al ocupar un puesto, en lugar de mejorar la situación cara al bien común, contribuiré a extender la corrupción. 2) Debo empezar por el ambiente que me rodea: la familia, los amigos, el trabajo... Este influjo beneficiará a muchos originando así un efecto dominó. 3) Contar con el tiempo. La lluvia es fecunda y auténtico oro para el campo, cuando cae mansamente y durante horas o días. La torrencial destruye. 4) No olvidar que Dios tiene más interés que nosotros en que el bien triunfe sobre el mal.

Partir de la base de que el mal nunca puede apagar la luz del bien, no es una visión rosa que desconoce las dificultades en orden a sanear un sistema viciado. Es una visión que cree en la capacidad operativa de la verdad, en la repulsa que provoca en una inmensa mayoría de personas el engaño como norma de conducta. Una visión que permita vivir, al menos, sin avergonzarnos de pertenecer a la especie humana. Una visión que sabe que siempre habrá cizaña pero también trigo en abundancia, que en la otra vida engrosará los graneros eternos.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Convertíos para ser libres»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 9,1-14: «En la Galilea de los gentiles el pueblo vio una luz grande»

Sal 26,1-4,13-14: «El Señor es mi luz y mi salvación»

1Co 1,10-13,17: «Poneos de acuerdo y no andéis divididos»

Mt 4,12-23: «Vino a Cafarnaún para que se cumpliese lo que había dicho el profeta Isaías»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

En Jesucristo se cumple el anuncio de Isaías: «Es la luz que ilumina las tinieblas y libera a los que habitan en sombras de muerte» (1ª Lect. y Ev.).

En la «Galilea de los gentiles» llama a los pecadores y los incorpora a su intimidad y a su misión, que es iluminar y liberar proclamando el Evangelio del Reino.

Enseñando y curando las enfermedades, Jesucristo realiza la acción iluminadora y liberadora.

Solamente exige una condición: «Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos» (Ev.).

«Convertíos», predica también el apóstol Pablo para evitar las divisiones y las discordias para unirse en un mismo pensar y sentir; para abrazarse con la cruz y predicar la Buena Noticia de la salvación que por ella nos vino.

III. SITUACIÓN HUMANA

La cultura cristiana, fundamento de Occidente, cuenta hoy para poca gente. La sociedad moderna presenta una peligrosa división social, una enorme distancia entre grupos en desarrollo, bienestar, etc.

Trabajar por una conversión de todos al amor a fin de transformar las actuales estructuras y lograr una sociedad más justa, es construir hoy el Reino de Dios.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Jesús llama a la conversión: "Esta llamada es una parte esencial del anuncio del Reino: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva». En la predicación de la Iglesia esta llamada se dirige primeramente a los que no conocen todavía a Cristo y su Evangelio" (1427).

– La conversión es el camino para la liberación: "La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la conversión, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del Evangelio: «Convertíos, porque el Reino de los cielos está cerca». Movido por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto" (1989).

La respuesta

– Libertad y responsabilidad: «La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad. La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza» (1731).

– El hombre, responsable de sus actos: «La libertad hace al hombre responsable de sus actos en la medida en que éstos son voluntarios. El progreso en la virtud, el conocimiento del bien, y la ascesis acrecientan el dominio de la voluntad sobre los propios actos» (1734).

El testimonio cristiano

– «El que asciende no deja nunca de ir de comienzo en comienzo mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce» (San Gregorio de Nisa, hom. in Cant. 8).

Convertíos de corazón a Jesucristo. Él es la base de nuestra libertad. Hay que predicarla en un mundo desunido por falta de amor, y trabajar por transformar las estructuras sociales.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

La luz en las tinieblas.

– Jesús trae la luz al mundo sumido en la oscuridad. La fe ilumina toda la vida.

I. *Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo? El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*. Estas palabras del *Salmo responsorial* son una confesión de fe y una manifestación de nuestra seguridad: fe en el Señor, que es la Luz de nuestras vidas; seguridad, porque en Cristo encontramos las fuerzas necesarias para andar por nuestra senda cotidiana. *Luz de luz*, decimos en el *Credo* de la Misa, referido al Hijo de Dios.

La humanidad caminó en tinieblas hasta que la luz brilló en la tierra cuando Jesús nació en Belén, como hemos considerado en las pasadas semanas. Envolvió con su claridad a María y a José, y a los pastores, y a los Magos. Luego, ese *lucero brillante de la mañana* se ocultó durante años en la pequeña ciudad de Nazaret y llevó la vida normal de sus paisanos. En realidad seguía iluminando la vida de los hombres, pues en los años de Nazaret nos mostraba con ese ocultamiento que la vida corriente puede y debe santificarse. Ahora, después de haber dejado Nazaret y del Bautismo en el Jordán, va a Cafarnaún para dar comienzo a su ministerio público.

San Mateo recoge en el Evangelio de la Misa la profecía de Isaías en la que se dice que el Mesías iluminaría toda la tierra. *El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló*. Como sol apenas amanecido, trae Jesús el resplandor de la verdad del mundo, y una claridad sobrenatural a las inteligencias que no quieren permanecer más en la oscuridad de la ignorancia y del error.

San Mateo narra también que los primeros que ya en la vida pública del Señor, recibieron eficazmente el influjo de esta luz fueron aquellos discípulos a quienes llamó *mientras caminaba junto al lago de Galilea*. Primero fueron Simeón y Andrés, que eran pescadores. Jesús los llamó y ellos *inmediatamente dejaron las redes y le siguieron*; y luego a los otros dos hermanos, Santiago y Juan, quienes también lo dejaron todo enseguida y siguieron a Jesús. Estos hombres "experimentaron la fascinación de la luz secreta que emanaba de Él, y sin demora la siguieron para iluminar con su fulgor el camino de su vida. Pero esa luz de Jesús resplandece para todos". Él se acerca a nuestra oscuridad para darle sentido a nuestro vivir: al trabajo diario, al cansancio, a las penas y a las alegrías.

Para muchos personajes que nos muestra el Evangelio, para muchedumbres enteras, la vida de Jesús parece como el relato de un encuentro; estamos a veces en la oscuridad, y la luz está deseando traspasarla. Ahora se está cumpliendo también aquella profecía de Isaías, que recoge la *Primera lectura* de la Misa: *El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín*. Es la alegría de la fe, que ilumina todos nuestros quehaceres; es la maravilla de Jesús que da sentido a todo lo nuestro.

– Los cristianos somos luz del mundo. Ejemplaridad en las tareas profesionales. Competencia profesional.

II. Jesucristo, *luz del mundo*, llamó en primer lugar a unos hombres sencillos de Galilea, iluminó sus vidas, los ganó para su causa y les pidió una entrega sin condiciones. Aquellos pescadores de Galilea salieron de la penumbra de una existencia sin relieve ni horizonte y siguieron al Maestro, como lo harían más tarde otros, y después no han cesado de seguirle a lo largo de los siglos. Le siguen hasta dar la vida por Él. Le seguimos nosotros.

El Señor nos llama ahora para que vayamos en pos de Él y para que iluminemos la vida de los hombres y sus actividades nobles con la luz de la fe: bien sabemos que el remedio a tantos males que aquejan a la humanidad es la fe en Jesucristo, nuestro Maestro y Señor. Sin Él los hombres caminan a oscuras, y por eso tropiezan y caen. La fe que debemos comunicar es luz en la inteligencia, una luz incomparable: *fuera de la fe están las tinieblas, la oscuridad infranatural, que es consecuencia del pecado*.

Las palabras llegarán al corazón de nuestros amigos si antes ha llegado el ejemplo de nuestro actuar: la puntualidad a la hora de comenzar la tarea, el aprovechamiento del tiempo en ese trabajo o en el estudio; la fortaleza para no perder la serenidad en medio de las dificultades; las ayudas, muchas veces pequeñas, a los compañeros de trabajo; el ejercicio de las virtudes humanas propias del cristiano: optimismo, cordialidad, reciedumbre, lealtad a la empresa, a los amigos –sin ceder nunca a la crítica, a la murmuración–... No sería coherente con su fe el cristiano que no pone todo su empeño por ser competente en su trabajo y, mucho menos, el que lesiona algún aspecto de la justicia en sus relaciones laborales, con otras personas o con la sociedad.

Para llevar la luz de la fe al ambiente en el que nos movemos, necesitamos una buena formación, el conocimiento del Magisterio de la Iglesia acerca de las cuestiones más actuales que a cada uno atañen según su profesión, para crear un orden social justo, que fomente la dignidad y las libertades de la persona humana. Y puede ocurrir que la generosidad y la justicia en el comportamiento profesional al llevar a la práctica la doctrina de Jesucristo, que tiene consecuencias concretas en la vida de los que quieren ser buenos cristianos, choquen más o menos abiertamente con los usos corrientes entre los colegas, o simplemente con el egoísmo y el aburguesamiento del momento. El Señor espera de cada discípulo suyo que sea realmente fiel a la verdad, con fortaleza y valentía, porque así ayudará a muchos a que se replanteen su modo de actuar, su sentido de la vida. Alguna vez tendremos que recordar aquella advertencia

de San Pablo a los cristianos de Corinto: *nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles*. Siempre chocará el mensaje de Cristo con una sociedad enferma por el materialismo y con una actitud ante la vida conformista y aburguesada.

Viriliter age: pórtate con fortaleza: podemos preguntarnos hoy si en nuestro ambiente se nos conoce por esa coherencia de vida, por la ejemplaridad en el quehacer profesional –con la valentía a la que nos impulsa el Espíritu Santo–, en nuestro estudio si somos estudiantes, en el ejercicio diario de las virtudes humanas y de las sobrenaturales, en la práctica de las obras de misericordia, espirituales y corporales.

– Eficacia del buen ejemplo. Formación doctrinal y vida interior para santificar las realidades terrenas.

III. A todos nos llama el Señor para ser *luz del mundo*, y esa luz no puede quedar escondida: "somos lámparas que han sido encendidas con la luz de la verdad". Para dar a conocer la doctrina de Jesucristo, para que ilumine también toda nuestra vida, debemos poner los medios para conocerla con profundidad, con la hondura que pide nuestra formación humana, la edad, la responsabilidad de cara a los hijos, al ambiente que nos circunda, a la sociedad. Debemos conocer con precisión los deberes de justicia de nuestro trabajo y las exigencias de la caridad, que va más allá; el bien que tenemos oportunidad de realizar, y hacerlo; el mal que podría derivar de una determinada actuación, y evitarlo; admitir que, en ocasiones quizá no infrecuentes, tendremos necesidad de pedir consejo y movernos luego con la responsabilidad personal de un buen cristiano que es a la vez un buen ciudadano, un hombre fiel y responsable con su familia, en su trabajo, en sus estudios.

En la Iglesia ha depositado el Señor el tesoro de su doctrina. A su Magisterio acudiremos, como los barcos acuden al faro, para encontrar orientación y luz en muchos problemas que afectan a la salvación e incluso a la misma dignidad de la persona humana.

Si como cristianos que viven en el entramado de la sociedad hemos de santificarnos *en* y *a través* del trabajo, debemos conocer muy bien los principios de la ética profesional, y aplicarlos luego en el ejercicio de la profesión, aunque estos criterios resulten exigentes y costosos a la hora de llevarlos a la práctica. Para esto es indispensable *vida interior y formación doctrinal. ¡Exígete! –Tú –caballero cristiano, mujer cristiana– has de ser sal de la tierra y luz del mundo, porque estás obligado a dar ejemplo con una santa desvergüenza.*

Te ha de urgir la caridad de Cristo y, al sentirte y saberte otro Cristo desde el momento en que le has dicho que le sigues, no te separarás de tus iguales –tus parientes, tus amigos, tus colegas–, lo mismo que no se separa la sal del alimento que condimenta.

Tu vida interior y tu formación comprenden la piedad y el criterio que ha de tener un hijo de Dios, para sazonarlo todo, con su presencia activa.

Pide al Señor que siempre seas un buen condimento en la vida de los demás.

También acudimos a la Virgen; le pedimos fortaleza y sencillez para vivir como los primeros cristianos en medio del mundo sin ser mundanos, para ser luz de Cristo en nuestra profesión y ambiente.

Rev. D. Josep RIBOT i Margarit (Tarragona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

Recorría Jesús toda Galilea

Hoy, Jesús nos da una lección de "santa prudencia", perfectamente compatible con la audacia y la valentía. En efecto, Él —que no teme proclamar la verdad— decide retirarse, al conocer que —tal como ya habían hecho con Juan Bautista— sus enemigos quieren matarlo a Él: «Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte» (Lc 13,31). —Si a quien pasó haciendo el bien, sus detractores intentaron dañarle, no te extrañe que también tú sufras persecuciones, como nos anunció el Señor.

«Cuando oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea» (Mt 4,12). Sería imprudente desafiar los peligros sin un motivo proporcionado. Solamente en la oración discernimos cuándo el silencio o inactividad —dejar pasar el tiempo— son síntomas de sabiduría, o de cobardía y falta de fortaleza. La paciencia, ciencia de la paz, ayuda a decidir con serenidad en los momentos difíciles, si no perdemos la visión sobrenatural.

«Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mt 4,23). Ni las amenazas, ni el miedo al qué dirán o las posibles críticas pueden retraernos de hacer el bien. Quienes estamos llamados a ser sal y luz, operadores del bien y de la verdad, no podemos ceder ante el chantaje de la amenaza, que tantas veces no pasará de ser un peligro hipotético o meramente verbal.

Decididos, audaces, sin buscar excusas para postergar la acción apostólica para "después". Dicen que «el "después" es el adverbio de los vencidos». Por eso, san Josemaría recomendaba «una receta eficaz para tu espíritu apostólico: planes concretos, no de sábado a sábado, sino de hoy a mañana (...)».

Cumplir la voluntad de Dios, ser justos en cualquier ambiente, y seguir el dictamen de la conciencia bien formada exige una fortaleza que hemos de pedir para todos, porque el peligro de la cobardía es grande. Pidamos a nuestra Madre del Cielo que nos ayude a cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios, imitando su fortaleza al pie de la Cruz.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

Seguir a Cristo

«Síganme y haré de ustedes pescadores de hombres» (Mt 4, 19).

Eso dice Jesús.

Ese es el llamado.

Eso es lo que dice la voz que tú escuchaste, sacerdote.

Y te llama a ti, y llama a otros que, como tú, vivían en medio del mundo, y fueron sorprendidos por el Cristo que pasa, y que se detiene para invitarte a caminar con Él en su camino.

"Sígueme": ese es el llamado, esa es la invitación, esa es la declaración de amor de Dios al hombre que Él elige, que Él escoge, solo porque quiere, y entonces el hombre responde y corresponde al llamado, para ser nombrado sacerdote.

Esa es la promesa de Jesús: *Síganme y yo los haré pescadores de hombres*.

Esa es tu vocación: echar las redes de Dios para pescar a los hombres y reunirlos en la barca, la Santa Iglesia Católica.

Esa, sacerdote, es tu misión.

Escucha, sacerdote, el llamado, porque Él te llama todos los días.

Corresponde, sacerdote, al llamado, y sigue a tu Maestro, que Él cumple su promesa, que se manifiesta cuando tú cumples tu misión.

Tu misión es echar las redes, y Él te hace pescador.

Eres tú, sacerdote, el que deja todo para seguir a Jesús. Él es tu Maestro y tú su discípulo. Él es el Cristo y tú el apóstol, que Él, cumpliendo su promesa, convierte y configura con Él, en Cristo.

Eres tú, sacerdote, el que dirige la barca mar adentro, para pescar tantas almas como el Señor te quiera confiar.

Llévale, sacerdote, a tu Maestro, una buena pesca al atardecer de cada día, como ofrenda, porque esa es tu misión. Pero, para cumplirla, tus redes deben estar completas, deben ser fuertes.

Repara, sacerdote, tus redes. Conviértete, porque el Reino de los Cielos está cerca.

Convierte, sacerdote, a los hombres que Dios te confía, y anuncia ese Reino que construyes, para que acerques a los hombres a Dios, entregándolos entre tus redes, que son la Palabra de Dios que expresa tu boca y que está en tu corazón.

Sacerdote: Él te encontró en medio del mundo, mientras tú vivías cumpliendo para el mundo con tu labor. Y lo dejaste todo por tu fe, por tu confianza y por tu amor.

Nunca olvides lo que ese día pasó. Lo primero que hiciste, sacerdote, fue escuchar la Palabra del Señor, y luego obedeciste correspondiendo a la voz que hacía arder en fuego tu corazón.

Nunca olvides, sacerdote, que Él te encontró. No eres tú quien lo eligió a Él, es Él quien te conoció antes de nacer, y te consagró, profeta de las naciones te constituyó. Él fue quien te eligió porque Él te amó primero.

Nunca olvides, sacerdote, la promesa del Señor, que ha sido cumplida, porque Él siempre cumple sus promesas. Él te ha hecho pescador de hombres porque tú dijiste sí, y Él te ha dado una misión que tú prometiste cumplir.

Conviértete, sacerdote, en la promesa del Señor, y cumple tu misión.

Tú eres, sacerdote, pescador de hombres.

Agradece tener oídos con los que oyes.

Agradece tener voluntad con la que obedeces.

Agradece tener ojos con los que ves.

Agradece tener corazón con el que sientes.

Y si no sintieras nada, sacerdote, pide perdón, pide ayuda a tu Señor, y Él cambiará tu corazón de piedra en corazón de carne, para que sientas, para que actúes, para que cumplas tu misión, llevando el amor en tus redes, porque esa es tu carnada, pescador, para que lleves a través de tus redes, una buena pesca a tu Señor. Porque esa, sacerdote, es tu misión.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 16)

Domingo IV del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2017 y Homilías en Santa Marta (9.VI.14 y 6.VI.16)**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Pablo CASAS Aljama (Sevilla, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

LAS BEATITUDES

Sof 2,3, 3, 12-13. Sal 145; 1 Cor 1, 26-31, Mt 5,1-12

Como no escarmentaron con el castigo infligido a las demás naciones, ahora el Señor –por medio del profeta Sofonías– castigará a su pueblo como al resto. Pero de la amenaza de destrucción se pasa súbitamente a la promesa de salvación. El castigo no es de destrucción total, sino un estremecimiento purificador hacia la creación de "un

pueblo humilde y pobre (3, 12)". De ese pueblo habla Jesús en el inicio de su famoso discurso de la montaña, focalizado en las bienaventuranzas. Desde el punto de vista estructural, las beatitudes son ocho bendiciones construidas en dos partes, es decir, la condición ("dichosos son…") y el resultado ("porque…"). Mateo toma las dos virtudes aprobadas por Sofonías y muchas otras partes del Antiguo Testamento –la pobreza y la humildad– y las explica de una manera más detallada y memorable.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sal 105, 47**

Sálvanos, Señor y Dios nuestro; reúnenos de entre las naciones, para que podamos agradecer tu poder santo y sea nuestra gloria el alabarte.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Señor Dios nuestro, adorarte con toda el alma y amar a todos los hombres con afecto espiritual. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Dejaré, en medio de ti, un puñado de gente pobre y humilde.

Del libro del profeta Sofonías: 2, 3; 3, 12-13

Busquen al Señor, ustedes los humildes de la tierra, los que cumplen los mandamientos de Dios. Busquen la justicia, busquen la humildad. Quizá puedan así quedar a cubierto el día de la ira del Señor.

"Aquel día, dice el Señor, yo dejaré en medio de ti, pueblo mío, un puñado de gente pobre y humilde. Este resto de Israel confiará en el nombre del Señor. No cometerá maldades ni dirá mentiras; no se hallará en su boca una lengua embustera. Permanecerán tranquilos y descansarán sin que nadie los moleste".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 145, 7. 8-9a. 9bc-10

R/. Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

El Señor siempre es fiel a su palabra, y es quien hace justicia al oprimido; él proporciona pan a los hambrientos y libera al cautivo. **R/.**

Abre el Señor los ojos de los ciegos y alivia al agobiado. Ama el Señor al hombre justo y toma al forastero a su cuidado. **R/.**

A la viuda y al huérfano sustenta y trastorna los planes del inicuo. Reina el Señor eternamente, reina tu Dios, oh Sión, reina por siglos. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Dios ha elegido a los débiles del mundo.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 1, 26-31

Hermanos: Consideren que entre ustedes, los que han sido llamados por Dios, no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, según los criterios humanos. Pues Dios ha elegido a los ignorantes de este mundo, para humillar a los sabios; a los débiles del mundo, para avergonzar a los fuertes; a los insignificantes y despreciados del mundo, es decir, a los que no valen nada, para reducir a la nada a los que valen; de manera que nadie pueda presumir delante de Dios.

En efecto, por obra de Dios, ustedes están injertados en Cristo Jesús, a quien Dios hizo nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención. Por lo tanto, como dice la Escritura: El que se gloría, que se gloríe en el Señor.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 5, 12

R/. Aleluya, aleluya.

Alégrense y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos. ***R/.***

EVANGELIO

Dichosos los pobres de espíritu.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 5, 1-12

En aquel tiempo, cuando Jesús vio a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Entonces se le acercaron sus discípulos. Enseguida comenzó a enseñarles y les dijo:

"Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los sufridos, porque heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Dichosos serán ustedes, cuando los injurien, los persigan y digan cosas falsas de ustedes por causa mía. Alégrense y salten de contento, porque su premio será grande en los cielos".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, complacido, estos dones que ponemos sobre tu altar en señal de nuestra sumisión a ti y conviértelos en el sacramento de nuestra redención. Por Jesucristo nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 30, 17-18

Vuelve, Señor tus ojos a tu siervo y sálvame por tu misericordia. A ti, Señor me acojo, que no quede yo nunca defraudado.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor, que, alimentados con el don de nuestra redención, este auxilio de salvación eterna afiance siempre nuestra fe en la verdad. Por Jesucristo nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

Un pueblo humilde y pobre (So 2,3; 3,12-13)

1ª lectura

De entrada, se aconseja la práctica de la humildad. Es la misma cualidad que se afirma más tarde del pueblo que salvará el Señor (3,12), y la que proclamó más tarde Santa María «porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc 1,48). Se abre así una puerta a la esperanza que recuerda otros pasajes de la Biblia: «¿Quién sabe si Dios se dolerá y se retraerá, y retornará del -ardor de su ira, y no pereceremos nosotros?» (Jon 3,9). La humildad enciende la esperanza: «Se llaman humildes de la tierra a los que con humildad de corazón buscan al Señor con la sumisión de una reverencia filial, los mismos que cumplen sus mandatos confesando sus pecados y buscando no cometerlos más, que buscan la justicia y la humildad rechazando a los soberbios y acogiendo a los que hacen penitencia» (S. Buenaventura, *Sermones dominicales* 5,6).

A continuación, el oráculo adquiere acentos conmovedores. El profeta vislumbra un «resto» de Israel que se salvará y que será el centro de la restauración. Dios, mediante el profeta, se refiere a este resto como un pueblo «humilde y pobre», pero la enumeración de sus cualidades indica que pobreza y humildad no señalan aquí la condición social sino la actitud interna ante Dios. De -hecho, estos términos —«humilde y pobre»—, a través de la versión de los Setenta, que los traduce por *praüs* (manso) y *tapeinós* (humilde), pasarán al vocabulario de la predicación de Jesús: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29; cfr Mt 5,3.5; 21,5).

Dios eligió la flaqueza del mundo (1 Co 1,26-31)

2ª lectura

Como en el caso de los Apóstoles —«No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15,16)— también es el Señor quien elige, quien da la vocación a cada cristiano (vv. 26-29). Dios es quien ha escogido a esos fieles de Corinto sin fijarse en criterios de sabiduría humana, de poder, o de nobleza: «*Dios no hace acepción de personas, como nos repite insistentemente la Escritura. No se fija, para invitar a un alma a una vida de plena coherencia con la fe, en méritos de fortuna, en nobleza de familia, en altos grados de ciencia. La vocación precede a todos los méritos (...). La vocación es lo primero, Dios nos ama antes de que sepamos dirigirnos a Él, y pone en nosotros el amor con el que podemos corresponderle*» (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 33).

De los vv. 27-28 no hay que suponer, sin embargo, que no había entre los primeros cristianos personas cultas, sabias, poderosas, importantes humanamente hablando. Los *Hechos de los Apóstoles* nos hablan, por ejemplo, de un ministro etío-pe, del centurión Cornelio, de Apolo, de Dionisio Areopagita, etc. «Parecería que no es de Dios la excelencia mundana —comenta Santo Tomas—, si Dios no la utilizara para su honor. Y por eso, aunque al principio fuesen ciertamente pocos, después Dios escogió a muchos humanamente destacados para el ministerio de la predicación. De ahí que en la Glosa se diga "si no hubiera precedido fielmente el pescador, no hubiera seguido humildemente el orador". También pertenece a la gloria de Dios el que por medio de gente despreciable haya atraído a Sí a los sublimes del mundo» (*Super 1 Corinthios*, *ad loc.*).

Cristo es la «sabiduría» de Dios (v. 30) y su conocimiento es la verdadera y más importante ciencia. Es para nosotros «justicia», porque con los méritos obtenidos por su encarnación, muerte y resurrección, nos ha hecho verdaderamente justos a los ojos de Dios. Es también «santificación», la fuente de toda santidad, que consiste precisamente en la identificación con Él. Por Cristo, hecho para nosotros «redención», hemos sido redimidos de la esclavitud del pecado. «¡Qué bonito es el orden que el Apóstol pone en su lenguaje! Dios nos ha hecho sabios sacán-donos del error; después, justos y santos comunicándonos su espíritu» (S. Juan Crisóstomo, *In 1 Corinthios*, 5, *ad loc.*).

Cada cristiano, por su parte, debe intentar que quienes le rodean «deseen de verdad conocer a Jesucristo, y éste crucificado (cfr 1 Co 2,2); y que se persuadan ciertamente, y crean con afecto íntimo de corazón y piadosamente, que no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del Cielo por el cual debamos salvarnos (cfr Hch 4,12), puesto que Él mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados (cfr 1 Jn 2,2)» (*Catechismus Romanus*, Intr. 10).

La Bienaventuranzas (Mt 5,1-12a)

Evangelio

Las bienaventuranzas son el pórtico del Discurso de la Montaña. En ellas Jesús recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abrahán, pero les da una orientación nueva ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los Cielos: «Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1717).

Como fórmula de bendición, las bienaventuranzas forman parte del lenguaje bíblico tradicional; el libro de los salmos comenzaba ya así: «Dichoso…» (Sal 1,1). Con las Bienaventuranzas se proclama dichoso, feliz, a alguien. En ese sentido, están situadas en el centro de los anhelos humanos, porque «todos nosotros queremos vivir

felices, y en el género humano no hay nadie que no dé su asentimiento a esta proposición incluso antes de que sea plenamente enunciada» (S. Agustín, *De moribus ecclesiae* 1,3,4). Pero, además, Cristo les añade un horizonte escatológico, es decir, de salvación eterna: quien vive así, según el espíritu que Él enseña, tiene abierta la puerta del cielo. Dios no es alguien indiferente, es Alguien que ha tomado partido: consolará a los suyos, les saciará, les llamará sus hijos, etc. Las bienaventuranzas son camino para la felicidad humana pues expresan el doble deseo que Dios ha inscrito en el corazón: buscar la verdadera felicidad en la tierra y conseguir la bienaventuranza eterna.

San Mateo recoge nueve bienaventuranzas: las ocho primeras hablan de las actitudes del cristiano ante el mundo (vv. 3-10), la novena, en cambio, cambia de destinatario —pasa a ser «vosotros» (cfr v. 11)— y se refiere a los que sufren por causa de Cristo. Esta bienaventuranza se sigue con una exhortación a la alegría: sufrir por Cristo es señal de que se ha elegido el camino correcto. En el texto de San Lucas (cfr Lc 6,20-26, y nota), este aspecto es el más relevante.

Las Bienaventuranzas han sido comentadas y desarrolladas con profusión en la catequesis de la Iglesia. La primera (v. 3) y la octava (v. 10) aluden al Reino de los Cielos como premio. En la primera, se proclama dichosos a los «pobres de espíritu». En el Antiguo Testamento, la pobreza está ya perfilada no sólo como situación económico-social, sino desde su valor religioso (cfr So 2,3ss.): es pobre quien se presenta ante Dios con actitud humilde, sin méritos personales, considerando su realidad de pecador, necesitado de Él. De ahí que, además de vivir con sobriedad y austeridad de vida reales, efectivas, acepte y quiera tales condiciones no como algo impuesto por necesidad, sino voluntariamente, con afecto. Tal pobreza voluntaria está expresada en el texto de Mateo por la pobreza en el espíritu. Es evidente, por tanto, que esta bienaventuranza exige la austeridad y el desprendimiento de los bienes materiales y de los diversos dones recibidos de Dios. En la octava, se dice que son bienaventurados «los que padecen persecución por causa de la justicia». La justicia en la Biblia adquiere un valor más re-ligioso y amplio que su empleo predo-minante jurídico-moral. «En el lenguaje hebreo, justo quiere decir piadoso, servidor irreprochable de Dios, cumplidor de la voluntad divina (cfr Gn 7,1; 18,23-32; Ez 18,5ss.; Pr 12,10; Mt 1,19); otras veces significa bueno y caritativo con el prójimo (Tb 7,6; 9,6). En una palabra, el justo es el que ama a Dios y demuestra ese amor, cumpliendo sus mandamientos y orientando toda su vida en servicio de sus hermanos, los demás hombres» (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 40). La unión de la búsqueda de la justicia con las persecuciones hace que se pueda concluir que esta bienaventuranza «designa la perfección de todas las demás, pues el hombre es perfecto en ellas cuando no las abandona en las tribulaciones» (Sto. Tomás de Aquino, *Super Evangelium Matthaei*, *ad loc.*).

Dos bienaventuranzas, la segunda y la cuarta (vv. 4.6), tienen en común la forma pasiva del premio: es una manera de decir que será Dios quien les consuele y quien les sacie. Los que lloran son los afligidos por alguna causa, y, de modo particular, los que se apenan por las ofensas a Dios, sean propias o ajenas. Los que tienen hambre y sed

de justicia son los que se esfuerzan sinceramente en cumplir la voluntad de Dios, que se manifiesta en los mandamientos, en los deberes de estado y en la unión del alma con Dios; en definitiva, los que quieren ser santos. Significativamente el premio viene de Dios porque sólo el Señor puede consolar verdaderamente y sólo Él puede hacernos santos.

Los «mansos» (v. 5) son aquellos que, a imitación de Cristo (cfr 11,25-30, y nota; 12,15-21), mantienen el ánimo sereno, humilde y firme en las adversidades, sin dejarse llevar por la ira o el abatimiento: «Adoptados como verdaderos hijos de Dios, llevemos íntegra y con plena semejanza la imagen de nuestro Creador: no imitándolo en su soberanía, que sólo a Él corresponde, sino siendo su imagen por nuestra inocencia, simplicidad, mansedumbre, paciencia, humildad, misericordia y concordia, virtudes todas por las que el Señor se ha dignado hacerse uno de nosotros y ser semejante a nosotros» (S. Pedro Crisólogo, *Sermones* 117).

«Misericordiosos» (v. 7) son los que comprenden los defectos que pueden tener los demás, los que perdonan, disculpan y ayudan. La parábola del siervo despiadado (18,21-35) y en especial las palabras del amo (18,32-33) son el mejor comentario a esta bienaventuranza.

«Ver a Dios» (v. 8) no se refiere únicamente a la bienaventuranza final. En el lenguaje de Antiguo Testamento significa más bien tener relación estrecha con Él, participar de sus decisiones, como los consejeros de un rey participan de las disposiciones de su soberano. De ahí la capacidad que nos otorgan la virtud de la pureza y limpieza de corazón: «La pureza de corazón es el preámbulo de la visión. Ya desde ahora esta pureza nos concede ver según Dios, recibir a otro como un "prójimo"; nos permite considerar el cuerpo humano, el nuestro y el del prójimo, como un templo del Espíritu Santo, una manifestación de la belleza divina» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2519).

Los pacíficos (v. 9) son más bien «los que promueven la paz», en sí mismos y en los demás, y sobre todo, como fundamento de lo anterior, procuran reconciliarse y reconciliar a los demás con Dios: «La paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo quehacer. Dada la fragilidad de la voluntad humana, herida por el pecado, el cuidado por la paz reclama de cada uno constante dominio de sí mismo y vigilancia por parte de la autoridad legíti-ma. Esto, sin embargo, no basta. (...) La paz es también fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar» (Conc. Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 78).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

Las bienaventuranzas

1. La solemnidad de la Santa Virgen, que dio testimonio de Cristo y mereció que Cristo lo diera de ella, Virgen públicamente martirizada y ocultamente coronada, nos

invita a hablar a vuestra caridad de aquella exhortación que poco ha nos hacía el Señor en el Evangelio, exponiendo los muchos modos de llegar a la vida feliz, cosa que no hay quien no la quiera. No puede encontrarse, en efecto, quien no desee ser feliz. Pero ¡ojalá que los hombres que tan vivamente desean la recompensa no rehusaran el trabajo que conduce a ella! ¿Quién hay que no corra con alegría cuando se le dice: «Vas a ser feliz»? Pero oiga también de buen grado lo que se dice a continuación: «Si esto hicieres». No se rehúya el combate si se ama el premio. Enardézcase el ánimo a ejecutar alegremente el trabajo ante la recomendación de la recompensa. Lo que queremos, lo que deseamos, lo que pedimos vendrá después. Lo que se nos manda hacer en función de aquello que vendrá después, hemos de hacerlo ahora. Comienza, pues, a traer a la memoria los dichos divinos, tanto los preceptos como los galardones evangélicos. Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. El reino de los cielos será tuyo más tarde; ahora sé pobre de espíritu, ¿Quieres que más tarde sea tuyo el reino de los cielos? Considera de quién eres tú ahora. Sé pobre de espíritu. Quizá quieras saber de mí qué significa ser pobre de espíritu. Nadie que se infla es pobre de espíritu; luego el humilde es el pobre de espíritu. El reino de los cielos está arriba, pero quien se humilla será ensalzado.

2. Atiende a lo que sigue. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Ya estás pensando en poseer la tierra; ¡cuidado, no seas poseído por ella! La poseerás si eres manso; de lo contrario, serás poseído. Al escuchar el premio que se te propone, el poseer la tierra, no abras el saco de la avaricia, que te impulsa a poseerla ya ahora tú solo, excluido cualquier vecino tuyo. No te engañe tal pensamiento. Poseerás la tierra verdaderamente cuando te adhieras a quien hizo el cielo y la tierra. En esto consiste ser manso: en no poner resistencia a Dios, de manera que en lo bueno que haces sea él quien te agrade, no tú mismo; y en lo malo que sufras no te desagrade él, sino tú a ti mismo. No es poco agradarle a él desagradándote a ti mismo, pues le desagradarías a él agradándote a ti.

3. Presta atención a la tercera bienaventuranza: Dichosos los que lloran, porque serán consolados. El llanto significa el trabajo; la consolación, la recompensa. ¿Qué consuelos reciben, en efecto, quienes lloran en la carne? Consuelos molestos y temibles. El que llora encuentra consuelo allí donde teme volver a llorar, A un padre, por ejemplo, le causa tristeza la pérdida de un hijo, y alegría el nacimiento de otro; perdió aquél, recibió éste; el primero le produce tristeza, el segundo temor; en ninguno, por tanto, encuentra consuelo. Verdadero consuelo será aquel por el que se da lo que nunca se perderá ya. Quienes ahora lloran por ser peregrinos, luego se gozarán de ser consolados.

4. Pasemos a lo que viene en cuarto lugar, trabajo y recompensa: Dichosos quienes tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Ansias saciarte. ¿Con qué? Si es la carne la que desea saciarse, una vez hecha la digestión, aunque hayas comido lo suficiente, volverás a sentir hambre. Y quien bebiere, dijo Jesús, de esta agua, volverá a sentir sed. El medicamento que se aplica a la herida, si ésta sana, ya no causa dolor; el remedio, en cambio, con que se ataca al hambre, es decir, el alimento, se aplica como alivio pasajero. Pasada la hartura, vuelve el hambre. Día a día se aplica

el remedio de la saciedad, pero no sana la herida de la debilidad. Sintamos, pues, hambre y sed de justicia, para ser saturados de ella, de la que ahora estamos hambrientos y sedientos. Seremos saciados de lo que ahora sentimos hambre y sed. Sienta hambre y sed nuestro hombre interior, pues también él tiene su alimento y su bebida. Yo soy, dijo Jesús, el pan bajado del cielo. He aquí el pan adecuado al que tiene hambre; desea también la bebida correspondiente: En ti se halla la fuente de la vida.

5. Pon atención a lo que sigue: Dichosos los misericordiosos, porque de ellos tendrá Dios misericordia. Hazla y se te hará; hazla tú con otro para que se haga contigo. Pues abundas y escaseas. Abundas en cosas temporales, escaseas de las eternas. Oyes que un hombre mendigo te pide algo; tú mismo eres mendigo de Dios. Se te pide a ti y pides tú también. Lo que hicieres con quien te pide a ti, eso mismo hará Dios con quien le pide a él. Estás lleno y estás vacío; llena de tu plenitud el vacío del pobre para que tu vaciedad se llene de la plenitud de Dios.

6. Considera lo que viene a continuación: Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Este es el fin de nuestro amor: fin con que llegamos a la perfección, no fin con el que nos acabamos. Se acaba el alimento, se acaba el vestido; el alimento porque se consume al ser comido; el vestido porque se concluye tejiéndole. Una y otra cosa se acaban, pero este fin es de consunción, aquél de perfección. Todo lo que obramos, lo que obramos bien, nuestros esfuerzos, nuestras laudables ansias e inmaculados deseos, se acabarán cuando lleguen a la visión de Dios. Entonces no buscaremos más. ¿Qué puede buscar quien tiene a Dios? ¿O qué le puede bastar a quien no le basta Dios? Queremos ver a Dios, buscamos verle y ardemos por conseguirlo. ¿Quién no? Pero mira lo que se dijo: Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Prepara tu corazón para llegar a ver. Hablando a lo carnal, ¿cómo es que deseas la salida del sol, teniendo los ojos enfermos? Si los ojos están sanos, aquella luz producirá gozo; si no lo están, será un tormento. No se te permitirá ver con el corazón impuro lo que no se ve sino con el corazón puro. Serás rechazado, alejado; no lo verás. Pues dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. ¿Cuántas veces ha repetido la palabra dichosos? ¿Cuáles son las causas que producen esa felicidad? ¿Cuáles las obras, los deberes, los méritos, los premios? Hasta ahora en ningún lado se ha dicho porque ellos verán a Dios. Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. En ninguna parte se ha dicho porque ellos verán a Dios. Hemos llegado a los limpios de corazón; a ellos se les prometió la visión de Dios. Y no sin motivo, pues allí están los ojos con que se ve a Dios. Hablando de estos ojos, dice el apóstol Pablo: Iluminados los ojos de vuestro corazón. Al presente, debido a su debilidad, estos ojos son iluminados por la fe; luego, ya vigorosos, serán iluminados por la realidad misma. Pues mientras vivimos en el cuerpo, somos peregrinos lejos del Señor. En efecto, caminamos en fe y no en visión. ¿Qué se dice de nosotros mientras caminamos a la luz de la fe? Ahora vemos oscuramente como en un espejo, luego veremos cara a cara [...]

Sermones (2º) (t. X). Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 53, 1-6, BAC Madrid 1983, 71-76

FRANCISCO – Ángelus 2017 y Homilías en Santa Marta (9.VI.14 y 6.VI.16)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2017

Privilegiar el compartir antes que la posesión

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La liturgia de este domingo nos hace meditar sobre las Bienaventuranzas (cf. *Mateo* 5, 1-12a), que abren el gran discurso llamado "de la montaña", la "carta magna" del Nuevo Testamento. Jesús manifiesta la voluntad de Dios de conducir a los hombres a la felicidad. Este mensaje estaba ya presente en la predicación de los profetas: Dios está cerca de los pobres y de los oprimidos y les libera de los que les maltratan. Pero en esta predicación, Jesús sigue un camino particular: comienza con el término "bienaventurados", es decir felices; prosigue con la indicación de la condición para ser tales; y concluye haciendo una promesa. El motivo de las bienaventuranzas, es decir de la felicidad, no está en la condición requerida —"pobres de espíritu", "afligidos", "hambrientos de justicia", "perseguidos"...— sino en la sucesiva promesa, que hay que acoger con fe como don de Dios. Se comienza con las condiciones de dificultad para abrirse al don de Dios y acceder al mundo nuevo, el "Reino" anunciado por Jesús. No es un mecanismo automático, sino un camino de vida para seguir al Señor, para quien la realidad de miseria y aflicción es vista en una perspectiva nueva y vivida según la conversión que se lleva a cabo. No se es bienaventurado si no se convierte, para poder apreciar y vivir los dones de Dios.

Me detengo en la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos» (v. 4). El pobre de espíritu es el que ha asumido los sentimientos y la actitud de esos pobres que en su condición no se rebelan, pero saben que son humildes, dóciles, dispuestos a la gracia de Dios. La felicidad de los pobres en espíritu tiene una doble dimensión: en lo relacionado con los bienes y en lo relacionado con Dios. Respecto a los bienes materiales esta pobreza de espíritu es sobriedad: no necesariamente renuncia, sino capacidad de gustar lo esencial, de compartir; capacidad de renovar cada día el estupor por la bondad de las cosas, sin sobrecargarse en la monotonía del consumo voraz. Más tengo, más quiero; más tengo, más quiero. Este es el consumo voraz y esto mata el alma. El hombre y la mujer que hace esto, que tiene esta actitud, "más tengo, más quiero", no es feliz y no llegará a la felicidad. En lo relacionado con Dios es alabanza y reconocimiento que el mundo es bendición y que en su origen está el amor creador del Padre. Pero es también apertura a Él, docilidad a su señoría, es Él el Señor, es Él el grande. No soy yo el grande porque tengo muchas cosas. Es Él el que ha querido que el mundo perteneciera a los hombres, y lo ha querido así para que los hombres fueran felices.

El pobre en espíritu es el cristiano que no se fía de sí mismo, de las riquezas materiales, no se obstina en las propias opiniones, sino que escucha con respeto y se remite con gusto a las decisiones de los otros. Si en nuestras comunidades hubiera más pobres de espíritu, ¡habría menos divisiones, contrastes y polémicas! La humildad, como la caridad, es una virtud esencial para la convivencia en las comunidades cristianas. Los pobres, en este sentido evangélico, aparecen como aquellos que mantienen viva la meta del Reino de los cielos, haciendo ver que esto viene anticipado como semilla en la comunidad fraterna, que privilegia el compartir antes que la posesión. Esto quisiera subrayarlo: privilegiar el compartir antes que la posesión. Siempre tener las manos y el corazón así [el Papa hace un gesto con la mano abierta], no así [hace un gesto con puño cerrado]. Cuando el corazón está así [cerrado] es un corazón pequeño, ni siquiera sabe cómo amar. Cuando el corazón está así [abierto] va sobre el camino del amor.

La Virgen María, modelo y primicia de los pobres en espíritu porque es totalmente dócil a la voluntad del Señor, nos ayude a abandonarnos en Dios, rico en misericordia, para que nos colme de sus dones, especialmente de la abundancia de su perdón.

***

El carné de identidad del cristiano

9 de junio de 2014

Las bienaventuranzas son "el carné de identidad del cristiano". Por ello el Papa Francisco invitó a retomar esas páginas del Evangelio y releerlas más veces, para poder vivir hasta el final un "programa de santidad" que va "contracorriente" respecto a la mentalidad del mundo.

El Pontífice se refirió punto por punto al pasaje evangélico de Mateo (Mt 5, 1-12) propuesto por la liturgia. Y volvió a proponer las bienaventuranzas insertándolas en el contexto de nuestra vida diaria. Jesús, explicó, habla "con toda sencillez" y hace como "una paráfrasis, una glosa de los dos grandes mandamientos: amar al Señor y amar al prójimo". Así, "si alguno de nosotros plantea la pregunta: '¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?'", la respuesta es sencilla: es necesario hacer lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas.

Un sermón, reconoció el Papa, "muy a contracorriente" respecto a lo "que es costumbre, a lo que se hace en el mundo". La cuestión es que el Señor "sabe dónde está el pecado, dónde está la gracia, y Él conoce bien los caminos que te llevan a la gracia". He aquí, entonces, el sentido de sus palabras "bienaventurados los pobres en el espíritu": o sea "pobreza contra riqueza".

"El rico normalmente se siente seguro con sus riquezas. Jesús mismo nos lo dijo en la parábola del granero", al hablar de ese hombre seguro que, como necio, no piensa que podría morir ese mismo día.

"Las riquezas no te aseguran nada. Es más: cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo, que no tiene espacio para la Palabra de Dios". Es por ello

que Jesús dice: “Bienaventurados los pobres en el espíritu, que tienen el corazón pobre para que pueda entrar el Señor”. Y también: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”.

Al contrario, hizo notar el Pontífice, “el mundo nos dice: la alegría, la felicidad, la diversión, esto es lo hermoso de la vida”. E “ignora, mira hacia otra parte, cuando hay problemas de enfermedad, de dolor en la familia”. En efecto, “el mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas”. En cambio “sólo la persona que ve las cosas como son, y llora en su corazón, es feliz y será consolada”: con el consuelo de Jesús y no con el del mundo.

“Bienaventurados los mansos”, continuó el Pontífice, es una expresión fuerte, sobre todo “en este mundo que desde el inicio es un mundo de guerras; un mundo donde se riñe por doquier, donde por todos lados hay odio”. Sin embargo “Jesús dice: nada de guerras, nada de odio. Paz, mansedumbre”. Alguien podría objetar: “Si yo soy tan manso en la vida, pensarán que soy un necio”. Tal vez es así, afirmó el Papa, sin embargo, dejemos incluso que los demás “piensen esto: pero tú sé manso, porque con esta mansedumbre tendrás como herencia la tierra”.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia” es otra gran afirmación de Jesús dirigida a quienes “luchan por la justicia, para que haya justicia en el mundo”. La realidad nos muestra, destacó el obispo de Roma, cuán fácil es “entrar en las pandillas de la corrupción”, formar parte de “esa política cotidiana del “do ut des” donde “todo es negocio”. Y, añadió, “cuánta gente sufre por estas injusticias”. Precisamente ante esto “Jesús dice: son bienaventurados los que luchan contra estas injusticias”. Así, aclaró el Papa, “vemos precisamente que es una doctrina a contracorriente” respecto a “lo que el mundo nos dice”.

Y más: “bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. Se trata, explicó, de “los que perdonan, comprenden los errores de los demás”. Jesús “no dice: bienaventurados los que planean venganza”, o que dicen “ojo por ojo, diente por diente”, sino que llama bienaventurados a “aquellos que perdonan, a los misericordiosos”. Y siempre es necesario pensar, recordó, que “todos nosotros somos un ejército de perdonados. Todos nosotros hemos sido perdonados. Y por esto es bienaventurado quien va por esta senda del perdón”.

“Bienaventurados los limpios de corazón”, es una frase de Jesús que se refiere a quienes “tienen un corazón sencillo, puro, sin suciedad: un corazón que sabe amar con esa pureza tan hermosa”. Luego, “bienaventurados los que trabajan por la paz” hace referencia a las numerosas situaciones de guerra que se repiten. Para nosotros, reconoció el Papa, “es muy común ser agentes de guerras o al menos agentes de malentendidos”. Sucede “cuando escucho algo de alguien y voy a otro y se los digo; e incluso hago una segunda versión un poco más amplia y la difundo”. En definitiva, es “el mundo de las habladurías”, hecho por “gente que critica, que no construye la paz”, que es enemiga de la paz y no es ciertamente bienaventurada.

Por último, proclamando "bienaventurados a los perseguidos por causa de la justicia", Jesús recuerda "cuánta gente es perseguida" y "ha sido perseguida sencillamente por haber luchado por la justicia".

Así, puntualizó el Pontífice, "es el programa de vida que nos propone Jesús". Un programa "muy sencillo pero muy difícil" al mismo tiempo. "Y si nosotros quisiéramos algo más –afirmó– Jesús nos da también otras indicaciones", en especial "ese protocolo sobre el cual seremos juzgados que se encuentra en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo: "Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber... estuve enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme" (Mt 25, 35)".

He aquí el camino, explicó, para "vivir la vida cristiana al nivel de santidad". Por lo demás, añadió, "los santos no hicieron otra cosa más que" vivir las bienaventuranzas y ese "protocolo del juicio final". Son "pocas palabras, palabras sencillas, pero prácticas para todos, porque el cristianismo es una religión práctica: es para practicarla, para realizarla, no sólo para pensarla".

Y práctica es también la propuesta conclusiva del Papa Francisco: "Hoy, si tenéis un poco de tiempo en casa, tomad el Evangelio de Mateo, capítulo quinto, al inicio están estas bienaventuranzas". Y luego en el "capítulo 25, están las demás" palabras de Jesús. "Os hará bien –exhortó– leer una vez, dos veces, tres veces esto que es el programa de santidad".

***

El navegador y los cuatro lamentos

6 de junio de 2016

Si las bienaventuranzas son «el navegador para nuestra vida cristiana», están también las «anti-bienaventuranzas» que seguramente nos harán «errar el camino»: se trata del apego a las riquezas, la vanidad y el orgullo. Sobre ello puso en guardia Francisco indicando en la mansedumbre, que no se debe confundir con «tontería», la bienaventuranza sobre la cual se debe reflexionar un poco más. Así, en la misa celebrada el lunes 6 de junio, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta, el Pontífice sugirió releer las páginas evangélicas sobre las bienaventuranzas escritas por Mateo y Lucas.

«Podemos imaginar» afirmó Francisco, en qué contexto Jesús pronunció el discurso de las bienaventuranzas, tal como lo presenta Mateo en su Evangelio (Mt 5, 1-12). He aquí entonces a «Jesús, la multitud, el monte, los discípulos». Y «Jesús empezó a hablar y enseñaba la nueva ley, que no cancela a la antigua, porque Él mismo dijo que hasta la última jota de la antigua ley debe ser observada». En realidad, Jesús «perfecciona la antigua ley, la lleva a cumplimiento». Y «esta es la ley nueva, esta que nosotros llamamos las bienaventuranzas». Sí, explicó el Papa, «es la nueva ley del Señor para nosotros». En efecto, las bienaventuranzas «son la guía de ruta, de itinerario, son los navegadores de la vida cristiana: precisamente aquí vemos, por este camino, según las indicaciones de este navegador, cómo podemos avanzar en nuestra vida cristiana».

En las bienaventuranzas, destacó Francisco, «hay muchas cosas hermosas: podemos detenernos en cada una hasta las diez de la mañana». Pero «yo quisiera centrarme en cómo el evangelista Lucas explica esto». Respecto al pasaje de Mateo propuesto hoy por la liturgia, afirmó el Papa, Lucas en el capítulo 6 de su Evangelio «dice lo mismo, pero al final añade algo que Jesús dijo: los cuatro lamentos». Precisamente «los cuatro lamentos». Y es así que también Lucas enumeras los «bienaventurados, bienaventurados, bienaventurados, bienaventurados todos». Pero luego añade «ay, ay, ay, ay».

Son precisamente «cuatro lamentos». Es decir: «Ay de vosotros, los ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo. Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre. Ay de los que reís ahora, porque tendréis aflicción y llanto. Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas». Y «estos lamentos -continuó el Papa- iluminan el aspecto esencial de esta página, de esta guía de camino cristiano».

El primer «lamento» se refiere a los ricos. «He dicho muchas veces» recordó Francisco, que «las riquezas son buenas» y que «lo que hace mal y que es malo es el apego a las riquezas, ¡ay!». La riqueza, en efecto, «es una idolatría: cuando estoy apegado, entonces pacto con la idolatría». No es ciertamente una casualidad que «la mayor parte de los ídolos sean de oro». Y así están «los que se sienten felices, pues a ellos no les falta nada», tienen «un corazón satisfecho, un corazón cerrado, sin horizontes: ríen, están saciados, no tiene hambre de nada». Y luego están «aquellos a los que les gusta el incienso: a estos les gusta que todos hablen bien de ellos y así están tranquilos». Pero «"ay de vosotros" dice el Señor: esta es la anti-ley, es el navegador equivocado».

Es importante destacar, continuó el Papa, que «estos son los tres peldaños que llevan a la perdición, así como las bienaventuranzas son los peldaños que impulsan hacia adelante en la vida». El primero de los «tres peldaños que llevan a la perdición» es, precisamente, «el apego a las riquezas», cuando se experimenta no tener «necesidad de nada». El segundo es «la vanidad», el hecho de buscar «que todos hablen bien de mí, que todos hablen bien: me siento importante, demasiado incienso» y al final «creo que soy justo, no como ese otro», afirmó Francisco, sugiriendo pensar «en la parábola del fariseo y el publicano: "Te doy gracias porque no soy como los demás hombres"». Tanto es así que cuando nos domina la vanidad se acaba incluso por decir, y esto sucede todos los días, «gracias, Señor, por ser un buen católico, no como el vecino, la vecina».

El tercero es «el orgullo, la saciedad», que son «las formas de reír que cierran el corazón». «Con estos tres peldaños vamos a la perdición» explicó el Papa, porque «son las anti-bienaventuranzas: el apego a las riquezas, la vanidad y el orgullo».

«Las bienaventuranzas, en cambio, son el camino, son la guía para el sendero que nos conduce al reino de Dios», recordó Francisco. Entre todas, sin embargo, «hay una que, no digo que sea la clave, pero nos hace pensar mucho: "Bienaventurado los mansos"». Precisamente «la mansedumbre». Jesús «dice de sí mismo: aprended de mí que soy manso de corazón, que soy humilde y manso de corazón». Así, pues, «la

mansedumbre es un modo de ser que nos acerca mucho a Jesús». En cambio «la actitud contraria procura siempre las enemistades, las guerras y muchas cosas malas que suceden». El Papa alertó también acerca de considerar que «la mansedumbre de corazón» pueda ser confundida con «tontería: no, es otra cosa, es la profundidad en la comprensión de la grandeza de Dios, y es adoración».

Antes de continuar con la celebración de la misa, el Pontífice invitó a pensar en las «bienaventuranzas que son el billete, el folio guía de nuestra vida, para no perderse y no perdernos». Y «nos hará bien hoy leerlas: son pocas, cinco minutos, capítulo 5 de Mateo». Sí, propuso, «leerlas un poquito, en casa, cinco minutos, nos hará bien» porque las bienaventuranzas son «el camino, la guía». Y pensar, luego, concluyó, también en las «cuatro anti-bienaventuranzas» que nos presenta el evangelista Lucas, los cuatro lamentos «que hacen que me equivoque de camino y me llevan a acabar mal».

BENEDICTO XVI – Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

Las Bienaventuranzas son un nuevo programa de vida

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto domingo del tiempo ordinario, el Evangelio presenta el primer gran discurso que el Señor dirige a la gente, en lo alto de las suaves colinas que rodean el lago de Galilea. «Al ver Jesús la multitud —escribe san Mateo—, subió al monte: se sentó y se acercaron sus discípulos; y, tomando la palabra, les enseñaba» (*Mt* 5, 1-2). Jesús, nuevo Moisés, «se sienta en la "cátedra" del monte» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 92) y proclama «bienaventurados» a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los misericordiosos, a quienes tienen hambre de justicia, a los limpios de corazón, a los perseguidos (cf. *Mt* 5, 3-10). No se trata de una nueva ideología, sino de una enseñanza que viene de lo alto y toca la condición humana, precisamente la que el Señor, al encarnarse, quiso asumir, para salvarla. Por eso, «el Sermón de la montaña está dirigido a todo el mundo, en el presente y en el futuro y sólo se puede entender y vivir siguiendo a Jesús, caminando con él» (*Jesús de Nazaret*, p. 96). Las Bienaventuranzas son un nuevo programa de vida, para liberarse de los falsos valores del mundo y abrirse a los verdaderos bienes, presentes y futuros. En efecto, cuando Dios consuela, sacia el hambre de justicia y enjuga las lágrimas de los que lloran, significa que, además de recompensar a cada uno de modo sensible, abre el reino de los cielos. «Las Bienaventuranzas son la transposición de la cruz y la resurrección a la existencia del discípulo» (*ib.*, p. 101). Reflejan la vida del Hijo de Dios que se deja perseguir, despreciar hasta la condena a muerte, a fin de dar a los hombres la salvación.

Un antiguo eremita afirma: «Las Bienaventuranzas son dones de Dios, y debemos estarle muy agradecidos por ellas y por las recompensas que de ellas derivan, es decir,

el reino de los cielos en el siglo futuro, la consolación aquí, la plenitud de todo bien y misericordia de parte de Dios... una vez que seamos imagen de Cristo en la tierra» (Pedro de Damasco, en *Filocalia*, vol. 3). El *Evangelio de las Bienaventuranzas* se comenta con la historia misma de la Iglesia, la historia de la santidad cristiana, porque —como escribe san Pablo— «Dios ha escogido lo débil del mundo para humillar lo poderoso; ha escogido lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta» (*1 Co* 1, 27-28). Por esto la Iglesia no teme la pobreza, el desprecio, la persecución en una sociedad a menudo atraída por el bienestar material y por el poder mundano. San Agustín nos recuerda que «lo que ayuda no es sufrir estos males, sino soportarlos por el nombre de Jesús, no sólo con espíritu sereno, sino incluso con alegría» (*De sermone Domini in monte*, I, 5, 13).

Queridos hermanos y hermanas, invoquemos a la Virgen María, la Bienaventurada por excelencia, pidiendo la fuerza para buscar al Señor (cf. *So* 2, 3) y seguirlo siempre, con alegría, por el camino de las Bienaventuranzas.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA
Jesús, modelo de las Bienaventuranzas para todos nosotros

459. El Verbo se encarnó *para ser nuestro modelo de santidad*: "Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí ... "(*Mt* 11, 29). "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí" (*Jn* 14, 6). Y el Padre, en el monte de la Transfiguración, ordena: "Escuchadle" (*Mc* 9, 7; cf. *Dt* 6, 4-5). Él es, en efecto, el modelo de las bienaventuranzas y la norma de la Ley nueva: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (*Jn* 15, 12). Este amor tiene como consecuencia la ofrenda efectiva de sí mismo (cf. *Mc* 8, 34).

520. Durante toda su vida, Jesús se muestra como *nuestro modelo* (cf. *Rm* 15,5; *Flp* 2, 5): Él es el "hombre perfecto" (GS 38) que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle: con su anonadamiento, nos ha dado un ejemplo que imitar (cf. *Jn* 13, 15); con su oración atrae a la oración (cf. *Lc* 11, 1); con su pobreza, llama a aceptar libremente la privación y las persecuciones (cf. *Mt* 5, 11-12).

521. Todo lo que Cristo vivió hace que podamos *vivirlo en Él* y que Él lo *viva en nosotros*. "El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22, 2). Estamos llamados a no ser más que una sola cosa con Él; nos hace comulgar, en cuanto miembros de su Cuerpo, en lo que Él vivió en su carne por nosotros y como modelo nuestro:

«Debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y misterios de Jesús, y pedirle con frecuencia que los realice y lleve a plenitud en nosotros y en toda su Iglesia [...] Porque el Hijo de Dios tiene el designio de hacer participar y de extender y continuar

sus misterios en nosotros y en toda su Iglesia [...] por las gracias que Él quiere comunicarnos y por los efectos que quiere obrar en nosotros gracias a estos misterios. Y por este medio quiere cumplirlos en nosotros» (San Juan Eudes, Tractatus de regno Iesu).

La vocación a las Bienaventuranzas

ARTÍCULO 2

NUESTRA VOCACIÓN A LA BIENAVENTURANZA

I. Las bienaventuranzas

1716. Las bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús. Con ellas Jesús recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abraham; pero las perfecciona ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los cielos:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.

Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en los cielos.

(Mt 5,3-12)

1717. Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos.

II. El deseo de felicidad

1718. Las bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer:

«Ciertamente todos nosotros queremos vivir felices, y en el género humano no hay nadie que no dé su asentimiento a esta proposición incluso antes de que sea plenamente enunciada» (San Agustín, De moribus Ecclesiae catholicae*, 1, 3, 4).*

«¿Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti» (San Agustín, Confessiones, 10, 20, 29).

«Sólo Dios sacia» (Santo Tomás de Aquino, In Symbolum Apostolorum scilicet «Credo in Deum» expositio, c. 15).

1719. Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza. Esta vocación se dirige a cada uno personalmente, pero también al conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe.

III. La bienaventuranza cristiana

1720. El Nuevo Testamento utiliza varias expresiones para caracterizar la bienaventuranza a la que Dios llama al hombre: la llegada del Reino de Dios (cf *Mt* 4, 17); la visión de Dios: "Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios" (*Mt* 5,8; cf *1 Jn* 3, 2; *1 Co* 13, 12); la entrada en el gozo del Señor (cf *Mt* 25, 21. 23); la entrada en el descanso de Dios (*Hb* 4, 7-11):

«Allí descansaremos y veremos; veremos y nos amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí lo que acontecerá al fin sin fin. ¿Y qué otro fin tenemos, sino llegar al Reino que no tendrá fin? (San Agustín, De civitate Dei, 22, 30).

1721. Porque Dios nos ha puesto en el mundo para conocerle, servirle y amarle, y así ir al cielo. La bienaventuranza nos hace participar de la naturaleza divina (*2 P* 1, 4) y de la Vida eterna (cf *Jn* 17, 3). Con ella, el hombre entra en la gloria de Cristo (cf *Rm* 8, 18) y en el gozo de la vida trinitaria.

1722. Semejante bienaventuranza supera la inteligencia y las solas fuerzas humanas. Es fruto del don gratuito de Dios. Por eso la llamamos sobrenatural, así como también llamamos sobrenatural la gracia que dispone al hombre a entrar en el gozo divino.

«"Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios". Ciertamente, según su grandeza y su inexpresable gloria, "nadie verá a Dios y seguirá viviendo", porque el Padre es inasequible; pero su amor, su bondad hacia los hombres y su omnipotencia llegan hasta conceder a los que lo aman el privilegio de ver a Dios [...] "porque lo que es imposible para los hombres es posible para Dios"» (San Ireneo de Lyon, Adversus haereses, 4, 20, 5).

1723. La bienaventuranza prometida nos coloca ante opciones morales decisivas. Nos invita a purificar nuestro corazón de sus malvados instintos y a buscar el amor de Dios por encima de todo. Nos enseña que la verdadera dicha no reside ni en la riqueza o el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas y las artes, ni en ninguna criatura, sino sólo en Dios, fuente de todo bien y de todo amor:

«El dinero es el ídolo de nuestro tiempo. A él rinde homenaje instintivo la multitud, la masa de los hombres. Estos miden la dicha según la fortuna, y, según la fortuna también, miden la honorabilidad [...] Todo esto se debe a la convicción [...] de que con la riqueza se puede todo. La riqueza, por tanto, es uno de los ídolos de nuestros días,

y la notoriedad es otro [...] La notoriedad, el hecho de ser reconocido y de hacer ruido en el mundo (lo que podría llamarse una fama de prensa), ha llegado a ser considerada como un bien en sí mismo, un bien soberano, un objeto de verdadera veneración» (Juan Enrique Newman, Discourses addresed to Mixed Congregations, 5 [Saintliness the Standard of Christian Principle]).

1724. El Decálogo, el Sermón de la Montaña y la catequesis apostólica nos describen los caminos que conducen al Reino de los cielos. Por ellos avanzamos paso a paso mediante los actos de cada día, sostenidos por la gracia del Espíritu Santo. Fecundados por la Palabra de Cristo, damos lentamente frutos en la Iglesia para la gloria de Dios (cf la parábola del sembrador: *Mt* 13, 3-23).

Los pobres, los humildes y los "últimos" traen la esperanza del Mesías

64. Por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres (cf. *Is* 2,2-4), y que será grabada en los corazones (cf. *Jr* 31,31-34; *Hb* 10,16). Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades (cf. *Ez* 36), una salvación que incluirá a todas las naciones (cf. *Is* 49,5-6; 53,11). Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor (cf. *So* 2,3) quienes mantendrán esta esperanza. Las mujeres santas como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas la figura más pura es María (cf. *Lc* 1,38).

716. El Pueblo de los "pobres" (cf. *So* 2, 3; *Sal* 22, 27; 34, 3; *Is* 49, 13; 61, 1; etc.), los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor "un pueblo bien dispuesto" (cf. *Lc* 1, 17).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

Dichosos los pobres en el espíritu

El Evangelio de este Domingo es un fragmento de las Biena-venturanzas y comienza con la célebre frase: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el rei-no de los cielos».

La afirmación «dichosos los pobres en el espíritu» es hoy fre-cuentemente malentendida o hasta citada con una sonrisita de compasión, como algo a dejar creer para los ingenuos. Y, en efecto, Jesús no ha dicho nunca simplemente «¡Dichosos los pobres en el espíritu!», nunca; ni siquiera ha soñado decir una cosa semejante. Ha

dicho más bien: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos», que es una cosa bien distinta.

El pensamiento de Jesús se rebaja completamente y se vulgari-za cuando se cita su frase por la mitad. ¡Ojo con separar las biena-venturanzas de su motivación! Sería, por poner un ejemplo gramatical, como si uno pronunciase una prótasis (gramaticalmente, es la primera parte del período o exposición de algo en la que queda pendiente el sentido, que se completa o cierra en la segunda parte) sin hacerla seguir de una apódosis. Supongamos que yo os diga: «Si hoy sembráis...» ¿qué habéis entendido? ¡Nada! Pero, si aña-do: «mañana segaréis...», de golpe todo llega a estar claro. Así, si Jesús hubiese dicho sencillamente: «¡Dichosos los pobres!», la fra-se sonaría absurda; pero, cuando añade «porque de ellos es el Rei-no de los Cielos», todo llega a ser comprensible.

Pobreza es una palabra ambivalente. Puede significar dos cosas diametralmente opuestas: la pobreza como una condición social impuesta, que deshumaniza, y por ello hay que combatirla; o la po-breza elegida libremente como opción o estilo de vida, que hay que cultivar o cuidar. En esta ocasión, hablarnos de la bienaventuranza de los pobres, esto es, de la pobreza positiva o como opción dejando para otra ocasión el tema de la pobreza, que hay que combatir.

En la Biblia, antes de la venida de Cristo, no se habla nunca de la pobreza material como opción voluntaria de vida. Como máximo se habla del deber de socorrer a los pobres, pero, nunca de hacerse pobres voluntariamente. ¿Por qué? Simplemente, ¡porque todavía no había venido el reino de los cielos! No existía aún el motivo su-perior, el bien infinitamente más alto, que para obtenerlo hay que renunciar racionalmente, si es necesario, a todos los demás bienes hasta a un ojo, a una mano y a la misma vida.

Pero, ¿qué es este dichoso o bendito reino de los cielos, que ha realizado la verdadera «inversión de todos los valores»? Es la ri-queza, que no pasa, la que los ladrones no pueden robar, ni la poli-lla corroer. Es la riqueza, que no se debe abandonar o dejar para los demás con la muerte, sino que se lleva consigo. Es el «tesoro escon-dido» y la «perla preciosa» (cfr. Mateo 13, 44ss.), que, dice el Evangelio, para obtenerlos vale la pena darlo todo. El reino de Dios, en otras palabras, es Dios mismo.

Su venida ha producido una especie de «crisis de gobierno», un reajuste radical de alcance universal. Ha abierto horizontes nuevos. Algo como cuando en el Cuatrocientos se descubrió que existía otro mundo, América, y las potencias, que tenían el monopolio del comercio con oriente, como Venecia, se encontraron de golpe des-trozadas y entraron en crisis. Los viejos valores del mundo (dinero, poder, prestigio) han resultado cambiados y relativizados a causa de la venida del reino, incluso si no han sido maldecidos.

¿Quién es ahora el rico? Un hombre ha puesto aparte una ingen-te suma de dinero; durante la noche, sin embargo, se ha producido una devaluación de la moneda del cien por cien; por la mañana, se levanta siendo uno «que no tiene nada», aunque

quizás todavía no lo sepa. Los pobres, por el contrario, son favorecidos por la venida del reino de Dios, porque, no teniendo nada que perder, están más dispuestos a aceptar la novedad y no temen el cambio. Ellos pue-den invertido todo en la nueva moneda. Están más dispuestos a creer. Quien ha descubierto mejor esta nueva situación ha sido la Virgen en su cántico del *Magnificat*. Dice:

«Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lucas 1,52-53).

María, como se ve, habla de todo ello como de algo ya ocurrido. Pero, si interrogamos a la historia de la época no encontramos nin-guna revolución de este tipo. Al contrario, los poderosos, como Herodes, han permanecido en el trono y los humildes, como ella y José, han tenido que huir a Egipto para salvarse. Para los ricos les fue ofrecida una posada en Belén; mas, para ella y para José, no.

Es verdad. Pero, miremos las cosas con algo de distancia. ¿Dónde están ahora aquellos ricos? ¿Dónde está Herodes el Gran-de? Tragados en el olvido de la historia o en la acusación. Por el contrario, ¿quién no conoce, no recuerda y no ama a María, a su es-poso y a su hijo? ¿Cuál de estas dos categorías ha sido verdadera-mente «dichosa»: la de los poderosos y de los ricos o la de los hu-mildes y pobres? La revolución, por lo tanto, ha existido y ¡cómo!; pero, ha tenido lugar en la fe, en un plano más profundo, no sobre el plano visible y temporal.

Lo sé; nosotros acostumbramos a razonar de forma distinta. Creemos que los cambios que cuentan son los visibles y sociales, no los que suceden con la fe. Decimos: «¡Ah!, ¡si hubiera habido una verdadera revolución social de los pobres y de los esclavos y hubieran arrojado fuera de una vez para siempre a todos los ricos y poderosos!» Pero, propiamente ¿esto es verdad? Nosotros hemos conocido muchas revoluciones de este tipo en el siglo pasado; pero, hemos visto cuán fácilmente después de algo de tiempo ter-minan por reproducirse con otros protagonistas y con la misma si-tuación de injusticia, que decían querer eliminar.

Hay planos y aspectos de la realidad que no se distinguen a ojo limpio sino sólo con la ayuda de una luz especial. Hoy vienen per-cibidas fotografías de enteras regiones de la tierra con rayos infra-rrojos por satélites artificiales y ¡cómo aparece distinto el panorama a la luz de estos rayos! Existe igualmente la posibilidad de fotogra-fiar una zona desde el avión «a luz radiante» y descubrir con ello, en efecto, la composición del mismo terreno, que está debajo. Con este método han sido descubiertas en Val Padana (Italia) unas ciudades etruscas, que habían permanecido sepultadas hasta hace poco. Pues bien, el Evangelio y en particular nuestra bienaventuranza de los pobres es esta «luz radiante» con estos rayos infrarrojos. Ello nos da una imagen distinta de la vida y del mundo. Se nos permite conocer lo que hay debajo o más allá de la fachada. Se nos permite distinguir lo que permanece de lo que pasa.

No podemos, sin embargo, contentarnos con solicitar a la men-te sólo algunos principios y verdades generales. Debemos, asimis-mo, preguntarnos: un cristiano o una persona de buena voluntad, ¿qué puede hacer concretamente en este campo? Sin

pensar en elecciones de pobreza radical, (que también hoy son posibles y practicadas por no pocos, que se sienten llamados a ello) hay algo que todos podemos hacer: ¡la sobriedad, la moderación, no al de-rroche, no al consumismo, no al lujo desenfrenado, que es un insul-to a tanta gente pobre!

Está claro que por sí misma no es la abundancia de los bienes materiales la que puede excluir del Reino sino el mal uso que se hace. Y no podría ser rico de bienes, pero «pobre en espíritu», esto es, no apegado a ellos sino pronto a usar los recursos también para el bien de los demás. Por ejemplo, creando nuevos puestos de tra-bajo, más que abriendo nuevas cuentas en el banco o construyén-dose nuevas villas, chalets o posesiones rústicas.

Nosotros, los italianos, y también los españoles, sufrimos el complejo de quien ha tenido una infancia con dificultades y ha su-frido hambre de niño (y esto nos excusa, al menos en parte). Una persona del género, encontrándose en la abundancia, se lanza ávi-damente sobre todo casi como para rehacerse o por miedo incluso a perderlo. Éramos «gente pobre»; ahora, somos contados entre las naciones ricas del mundo. Es claro, que esto es un bien, del que de-bemos dar gracias a Dios y a las generaciones, que con tantos sacri-ficios y tenacidad, lo han realizado después de la guerra. Pero, aho-ra es necesario que encontremos un equilibrio. El bienestar nos ha sacudido un poco a la cabeza.

Pero, aún quiero decir algo positivo. La elección de la pobreza y la simplicidad de vida, bien entendida, es una elección para la ale-gría. Jesús promete «dicha» a los pobres en el espíritu, esto es, feli-cidad, alegría de corazón, y no sólo en el otro mundo sino también en éste. Es muy significativo que san Francisco de Asís, el santo de la pobreza, sea conocido además como el santo de la perfecta alegría y de la fraternidad universal. No poseyendo nada, él sabía gozar de todo. Todo era suyo, el sol, la luna, las fuentes, los animales. Francis-co y Clara eran un poco como Adán y Eva en la mañana siguiente de la creación. Gente que «no tiene nada y lo posee todo» (1 Corintios 6,10). Lo contrario de lo que le sucede al avaro insaciable. Querien-do poseerlo todo, no goza de nada; no encuentra gusto en contem-plar una obra de arte en un museo o una puesta de sol sobre los mon-tes Dolomitas. No encuentra interés alguno en aquello de lo que no puede decir: «¡Es mío! ¡Me pertenece!»

La sencillez y la sobriedad representan, en segundo lugar, una elección para la libertad y esto ya en el estricto plano humano. Las demasiadas cosas, las necesidades inútiles y artificiales crean costum-bre y hacen incapaces de cualquier renuncia y adaptación al cambio. Sofocan los valores más profundos y hacen esclavos de la necesidad. La felicidad no consiste en poder satisfacer todas las necesidades sino en tener las menos necesidades posibles que satisfacer.

Me gusta recordar para permanecer en este plano humano y, por así decir, laico las palabras de un escritor inglés, Jerome K. Jerome, autor del famoso libro Tres hombres sobre una barca (un humorista, que en este caso, sin embargo, habla con seriedad): «Cuánta gente carga la propia barca de una infinidad de baratijas, que creen nece-sarias para que el mismo viaje resulte agradable, en el dilatado via-je en el río de la vida hasta casi hacerla sucumbir; pero, en realidad, todas son inútiles y sin

importancia. Más bien, ¿por qué no hacer que la barca de nuestra vida sea ligera, cargada sólo de las cosas que verdaderamente son necesarias?: una cassette agradable, pla-ceres sencillos, uno o dos amigos dignos de este nombre, alguno al que amar y alguno que te ama, un gato, un perro, una pipa o dos, y suficiente para comer y para cubrirse. Encontraremos de este modo que es mucho más fácil empujar la barca. Tendremos tiempo para pensar, para trabajar y, también, para beber algo estando rela-jados al sol».

Ciertamente no es el ideal evangélico de la pobreza por el Rei-no; pero, al menos, nos hace ver cómo eso no sea contrario a la fe-licidad humana sino más bien un potente aliado suyo.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

Seguir el ejemplo de los santos

Los justos están en paz.

Dichosos los que creen en Cristo y viven en la esperanza del cumplimiento de su promesa del Paraíso y la vida eterna, cumpliendo la voluntad de Dios, compartiendo la alegría de los ángeles y los santos que interceden por ellos, para que venzan todas sus batallas, y lleguen al cielo para participar del gozo de la santidad.

Dichosos los que tienen fe, y alimentan su fe.

Dichosos los que predican el Evangelio, y hablan de Jesús sin miedo, llevando su luz a todos los rincones de la tierra para que el mundo crea.

Dichosos los que aman a Dios por sobre todas las cosas, y aman al prójimo como Jesús los amó, y por ese amor se santifican, cada uno según su vocación y en su propio ambiente, ahí en donde le tocó vivir, y el llamado a la santidad sentir, escuchar, aceptar, enseñar, compartir.

Dichosos los que abren su corazón para recibir la misericordia y la gracia de Dios, a través de los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo.

Sigue tú el ejemplo de los santos. La santidad es para todos. Es posible alcanzar la santidad, porque no hay nada imposible para Dios.

Tú eres una creación de Dios, único e irrepetible, hecho a imagen y semejanza de Dios. No hay nadie igual que tú. De manera especial has sido creado para amar a Dios y participar eternamente de su gloria, si eres pobre de espíritu y crees en Jesucristo como tu Amo y Señor, Hijo de Dios vivo, que ha resucitado para darte vida eterna.

Glorifica a Dios con tu vida, y alcanzarás la dicha de la santidad y la vida eterna».

Felices, pero ante Dios

Consideremos en este domingo que Dios Nuestro Padre nos aguarda como todos los padres, deseando la alegría con Él de sus hijos. Queremos fijarnos, por eso, antes que nada, en Él; porque nuestro deseo es agradarle y únicamente sentirnos a gusto con la propia conducta, si cumplimos así su voluntad. Es muy conveniente que no olvidemos el objeto de ese afán nuestro cuando deseamos la santidad: deseamos amar a Dios. Siempre será Él el punto de referencia de la calidad de nuestra vida, de modo que las propias impresiones de bondad, de progreso, de optimismo..., será necesario que las maticemos a la luz de su Palabra hecha carne, que es Jesucristo.

No nos extrañe, por esto, la enseñanza que hoy ofrece la Iglesia para nuestra meditación. Contemplamos al Señor hablando al pueblo desde el monte. Parece que quiere que escuchemos más solemnemente su voz; parece decirnos que lo que va a indicar es importante para nosotros, ante todo porque de Él procede. Y pronuncia las Bienaventuranzas. Nos enseña quiénes son en realidad buenos; no buenos en cierto sentido, en algún aspecto en particular, sino buenos para Él: completamente buenos; y, por eso, dignos de premio eterno, aunque no les vayan bien las cosas, por el momento, en este mundo caduco.

Sin duda sorprendería esta lección a los contemporáneos de Jesús de Nazaret, habituados, como muchos hoy día, a valorar la calidad de la vida con criterios materiales de éxito o fracaso. Éxito o fracaso para la pobre criatura que somos los hombres. Porque se nos olvida, a pesar de que tenemos fe, que ha querido Dios destinarnos a ser, por la Gracia, mucho más grandiosos de lo que naturalmente somos capaces: el sentido de la vida nuestra sólo se entiende desde su infinitud: desde la eternidad de Dios. ¿Qué importa que nos vaya bien o mal para quien nos observa sin fe? Nuestra realidad no se capta únicamente con la luz de este mundo, con la sola razón natural. Si así fuera, harían bien en lamentarse los pobres, y los que sufren, y los que padecen persecución injustamente, provenga de donde provenga la injusticia.

Pero tenemos en Jesucristo el punto de referencia válido y exclusivo de nosotros mismos, no ya porque debamos imitar su conducta, sino porque los hombres estamos llamados a vivir su misma vida: he aquí la categoría humana, el fundamento de la dignidad propia de los hombres. **No tendréis vida en vosotros**, dirá a los que aspiran a vivir sólo para sí, y no según la vida abundante que ha venido a traernos: **he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia**, afirmaba. Se refiere Jesús a esa vida sobrenatural, que nace en el cristiano por el bautismo y es de relación con la Trinidad.

Dios es amor, concluye san Juan. Pero la vida del hombre no siempre lo es. Nuestra vida no puede ser en Dios, por tanto, sino mediante una entrega de Él mismo a su criatura. Así nos hace sus hijos y por ello es posible llevar una existencia plena, aunque no lo sea para nuestra corta mirada, porque humanamente tal vez no logramos

una satisfacción completa. Los bienaventurados son, según las palabras del Señor, mujeres y hombres que, habiendo alcanzado la perfección ante Dios, no han logrado en muchos casos, sin embargo –no se han ocupado de ello–, una plenitud según este mundo. De ese modo, según el mundo, se sienten bienaventurados quizás los que viven para sus riquezas, los que triunfan según los criterios de moda y son aplaudidos por otros como ellos, y, en general, los que no sienten una preocupación especial por el Reino de Dios.

¡Que se alegre el corazón de los que buscan al Señor!, canta la Liturgia. Con todo derecho, en efecto, se llenan de alegría esos justos –que Dios contempla– que se afanan ante todo por establecer el Evangelio en el mundo. Casi no se preocupan de más, confiando en el Señor que dijo: **es digno el trabajador de su salario y todo se os dará por añadidura, si buscáis primero el Reino de Dios y su justicia.** Los cristianos debemos vivir de fe. No queremos pensar que nuestra vida es únicamente resultado de nuestro esfuerzo; pues, así como sin Dios pierde su sentido de la vida humana –como el sarmiento sin la vid, según las palabras de Cristo–, del mismo modo sin el auxilio divino no podemos agradarle. Tenemos razón, en cambio, al sentirnos tranquilos, a pesar de nuestros defectos, si confiamos en Nuestro Padre Dios. Nos acogemos a su amor omnipotente, esperando que nos hará santos a pesar de la debilidad que sentimos: no queremos ser flojos en su amor y nos dolemos –procurando mejorar– arrepentidos por las infidelidades cometidas.

Contemplar a la Madre de Dios, Madre nuestra, confirma nuestro optimismo. Y brota espontánea en cada uno la acción de gracias.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

"Felices los pacientes…": Los cristianos y la violencia

Al ver la multitud Jesús subió a la montaña, se sentó, y sus discípulos se acercaron a él. Entonces tomó la palabra y comenzó a enseñarles… Ese "entonces" se convierte en un "ahora", ahora y aquí nos acercamos a Jesús, nos sentamos frente a él para escucharlo.

Su palabra de hoy comienza así: *Felices los que tienen alma de pobres.* Es una bienaventuranza que tendremos ocasión de comentar a menudo. En general, cuando se habla de las bienaventuranzas, es normal detenerse sólo en esta primera; en parte resulta correcto hacerla porque, en cierto sentido, allí están contenidas todas las demás. Sin embargo, entre las siete bienaventuranzas que siguen hay algunas que se han vuelto extremadamente actuales en nuestra época y que no podemos dejar de lado. Son sobre todo dos:

Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia.

Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

Ellas nos plantean el problema de los cristianos frente a la violencia y a la lucha de clases. ¿Son compatibles estas cosas con el "felices los pacientes y felices los pacíficos"? Esas bienaventuranzas han entrado en crisis y ya muy pocos hablan de ellas, justamente porque no están de acuerdo con cierto clima de conflicto permanente, de desprecio juvenil, de propósitos revolucionarios, instaurado entre grandes estratos del pueblo cristiano.

¿Pero es de veras tan simple su sentido y su aplicación? ¿Qué quiso decir Jesús al exaltar la paciencia? Pacientes, pacíficos, dóciles son, en la Biblia, los humildes y los pobres. Es decir, aquellos que no tienen los medios o la voluntad para hacerse justicia por su cuenta. Aquellos que no confían ni en los carros ni en los caballos, sino que sienten que su fuerza está en el nombre del Señor (Sal. 19, 8). En el Antiguo Testamento, los profetas les prometen la salvación en las horas de angustia, de guerra y de deportación. Son "el resto de Israel" del que hoy escuchamos hablar en la primera lectura. También san Pablo, en la segunda lectura, piensa en esta categoría de personas. Él invita a los primeros cristianos a que miren a su alrededor para constatar que Dios reclutó justamente entre ellos a su pueblo, al nuevo resto de Israel: *No hay entre ustedes muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos ni los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que tiene por débil, para confundir a los fuertes.*

Jesús es el prototipo de estos pacientes, tanto como para poder exclamar: *Aprendan de mí porque soy paciente y humilde de corazón* (Mt. 11, 29). Paciencia y docilidad indican, además de una actitud interior del corazón, una determinada actitud ante el uso de la fuerza y de la violencia. Jesús es la más luminosa manifestación de ello. A él aplica el evangelista las palabras mesiánicas de Isaías: *No quebrará la caña doblada y* no apagará la mecha humeante (Mt. 12, 20). En su época, Palestina era recorrida por temblores de rebelión de los celotes contra las clases ricas del lugar y contra los dominadores romanos. De vez en cuando, dicha rebelión se manifestaba a través de episodios de violencia y de terrorismo. Y Jesús lo sabe, porque en cierta ocasión habla de la represión sangrienta por parte de Pilatos de una tentativa de levantamiento (cfr. Lc. 12, 1 ssq.). Uno de sus discípulos, Simón el Celote, provenía quizás de ese entorno. No se excluye que algunos grupos de estos revolucionarios hayan intentado atraer a Jesús hacia ellos. Sin embargo, él rechazó de plano cualquier propuesta en ese sentido; huyó cuando llegaron para hacerla rey, es decir, jefe de un movimiento de resistencia armada (Jn. 6, 15). A Pedro, en el Getsemaní, le dijo: *Guarda tu espada, porque el que a hierro mata a hierro muere* (Mt. 26, 32), renunciando así a oponer cualquier tipo de resistencia a su captura. A la violencia él respondió con el martirio, es decir, con el testimonio: *Para esto he nacido y he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad* (Jn. 18, 37).

Los intentos hechos por algunos estudiosos para incluir a Jesús entre los revolucionarios de su época carecen de fundamento y, en realidad, han sido abandonados. El rechazo de la violencia es total en Jesús, tanto en su vida como en su palabra. La última de las bienaventuranzas escuchadas hoy dice: *Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a*

causa de mí. No hay una bienaventuranza en contrario: felices ustedes, cuando sepan hacerse valer, cuando devuelvan ojo por ojo y diente por diente. No se termina de formular esa idea y ya nos parece absurda en el Evangelio.

Sin embargo, debemos estar atentos para no falsear la palabra de Jesús. Él -lo dijimos- rechaza la violencia en todas sus formas: no, entonces, sólo la violencia de reacción, sino también la de quien "hace violencia" primero, tal vez escondiendo el puño de hierro debajo de un guante de terciopelo. Si hay un "¡No a los violentos!" en el Evangelio -como creo que lo hay de un extremo al otro-, ataca antes que nada a ellos: a quienes humillan y esclavizan, a quienes mandan al exilio, como él fue mandado a Egipto por Herodes, a quienes suscriben sentencias injustas, como hicieron con él el sanedrín y Pilatos, a quienes hacen matar para satisfacer a una bailarina... Jesús no ignoraba que también existe esta violencia entre los hombres y, si dijo un "no" a la violencia de quien es golpeada en la mejilla, elijo un "no" mucho más terrible a quien golpea en la mejilla.

Al llegar aquí, estoy seguro de que ustedes, por conocer el Evangelio, ya piensan esto: ¿y entonces cómo se explica al Jesús que echa a los mercaderes del templo; al Jesús que con tono ardoroso grita: "¡Malditos sean, fariseos y escribas!"; al Jesús que dice: "He venido a traer la espada y el fuego sobre la tierra"? (cfr. Lc. 12). ¿Cómo se explican estas cosas?

Resulta saludable esta reacción, que ha sido la reacción de muchos lectores modernos del Evangelio, sobre todo de jóvenes y cristianos comprometidos con los conflictos de la sociedad. En efecto, ella nos llevó a descubrir algo: con la paciencia y el pacifismo Jesús no pretendió apagar todo resentimiento injusto del hombre, ni dejarlo inerme frente a la injusticia; no quiso ocultar lo incorrecto y, en un último análisis, dejar a los pobres y a los débiles a merced de los poderosos. Si la religión fue alguna vez en la historia "el opio del pueblo", verdaderamente no lo fue en el fundador del cristianismo, en consecuencia no lo es en la religión cristiana. ¡Cuántas tonterías fueron dichas en el pasado (por ejemplo, por F. Nietzsche) acerca de la presunta resignación pasiva predicada en el Evangelio! Nadie desnudó tan despiadadamente como Jesús el poder que se aprovecha de sus súbditos y que, además, simula erigirse en benefactor de los hombres (cfr. Lc. 22, 25). Jesús no ha dicho nada contra el cambio; es más, la palabra clave de su Evangelio -conversión- significa justamente cambio.

Sin embargo, él dio al cambio y a la lucha un cariz totalmente nuevo: no el odio, sino el amor; no la violencia, sino, en todo caso, el martirio. Su revolución no es "contra" alguien, como casi todas las revoluciones humanas, sino "por" alguien.

En el fondo, también nosotros los cristianos podemos suscribir la afirmación de que "el mundo no será salvado sino por rebeldes", y de que "los rebeldes son la sal de la tierra" (A. Gide). Todo reside en saber contra qué se debe rebelar uno y por qué cosa se debe convertir en rebelde: si por amor o por odio, o peor aún, por orgullo.

La elección del Evangelio -se sabe- es la primera: el amor. Pero no un amor vacío, o sólo "de palabra", como lo llama san Juan, sino más bien un amor que actúa, que

empuja a compartir: ¡quien tiene dos túnicas que le dé una a quien no la tiene; quien tiene cinco panes que los comparta con los cinco mil hermanos que no los tienen!

Sin embargo, se nos pregunta: ¿este amor de veras produce cambios? La historia parece decirnos que no, porque hay tanto que cambiar a nuestro alrededor, a tal punto que incluso algunos cristianos entran en crisis consigo mismos y empiezan a mirar con simpatía la violencia y la lucha revolucionaria, a aquello que san Pablo llamaba "las cosas fuertes del mundo". Cristo los mandó en calidad de corderos entre los lobos, pero ellos a veces están tentados de hacerse lobos contra los lobos.

No debemos vacilar en la fe. Si es poco y demasiado lento el cambio, es porque todavía hay demasiado poco amor cristiano en el mundo, no porque haya demasiado. Sólo él está capacitado para producir cambios con el fin de mejorar, cambios reales e irreversibles, a nivel no sólo de estructuras, sino también de conciencias y de personas. Jesús usó sólo el arma del amor y de la no violencia y, sin embargo, hoy todos admiten que él hizo más por los pobres y que contribuyó más a cambiar su suerte que todas las rebeliones proletarias de su época, fueran las de los celotes o las de los esclavos. Él les dio a los hombres una razón más para luchar, justamente aquella que desprecian los ateos: la esperanza de la vida eterna. Porque está más dispuesto a dar la vida por la causa de la justicia y de los pobres quien sabe que esta vida que perdió la volverá a encontrar después de la muerte, que aquel que sólo tiene esta vida para ilusionarse. La tierra que Jesús promete en calidad de herencia a los pacientes no es la tierra material, es la tierra prometida, el reino de los cielos, capaz, sin embargo, de instaurarse en su corazón desde esta vida y de hacerlos felices. ¡Felices los pacientes, porque heredarán la tierra!

En una sociedad de coléricos, de violencia continua, de intolerancia, de gente que habla a los gritos, nuestro maestro nos volvió a proponer hoy su elección, tan distinta de la del mundo. A nosotros, sus discípulos, nos pide no ser así; nos pide, al contrario, ser hombres de paz aunque fuertes, justamente porque somos hombres fuertes. Sólo los fuertes pueden permitirse ser pacientes y pacíficos.

Sin embargo, sabemos que hoy hemos tocado un punto difícil del Evangelio: uno de aquellos en los cuales el impacto con la realidad es más duro; uno que planea interrogantes y problemas angustiosos, que a menudo el cristiano se ve obligado a resolver a solas con su conciencia. Roguemos al Señor -que ahora se hace presente entre nosotros en persona con los signos eucarísticos- que nos ayude, él que fue paciente y humilde de corazón, a ser, a nuestra vez, pacientes y trabajadores por la paz en una generación que no tiene paz.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía I: con textos de homilías pronunciadas por S.S. Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de San José Cafasso (1-II-1981)

– La vida eterna, base de las bienaventuranzas

"Dichosos vosotros…" (Mt. 5,11). Con estas palabras, que acabamos de escuchar, deseo saludaros a todos.

"Dichosos vosotros…". Son las palabras del "sermón de la montaña", con las que Jesús trató de delinear la esencia de su mensaje. Algunos han calificado como la "carta magna" del Reino de Cristo. Son palabras revolucionarias, porque proponen un radical trueque de los valores, en los que se inspira la mentalidad corriente: la de los tiempos de Jesús no menos que la de nuestros tiempos. Efectivamente, la gente ha creído siempre mucho en el dinero, en el poder en sus varias formas, en los placeres sensuales, en la victoria sobre el otro a cualquier precio, en el éxito y en el reconocimiento mundano. Se trata de "valores" que se sitúan, como aparece claramente, dentro del horizonte limitado de las realidades terrenas.

Jesús rompe este círculo limitado y limitante: impulsa la visual sobre realidades que escapan a la comprobación de los sentidos, porque transcienden la materia y se colocan, más allá del tiempo en el ámbito de lo eterno. El habla de "reino de los cielos", de "tierra prometida", de "filiación divina", de "recompensa celeste", y en esta perspectiva afirma la preeminencia de la "pobreza en espíritu", de la "mansedumbre", de la "pureza de corazón", del "hambre de justicia", que se manifiesta no en la violencia, sino en soportar valientemente la "persecución".

– Vocación cristiana

"Considerad vuestra llamada, hermanos", nos ha repetido oportunamente San Pablo (1 Cor 1,26). Estas palabras nos invitan a reflexionar sobre una dimensión fundamental de nuestra existencia: nuestra vida forma parte del designio amoroso de Dios. San Pablo es explícito a este respecto. Por tres veces, en la lectura de hoy, afirma que "Dios ha elegido" a cada uno de nosotros, de manera que "somos en Cristo Jesús", el cual "se ha convertido para nosotros en sabiduría, justicia, santificación y redención" (cfr. 1 Cor 1,27-30).

Este es, en efecto, el maravilloso mensaje de la fe: en los orígenes de nuestra vida hay un acto de amor de Dios, una elección eterna, libre y gratuita, mediante la cual, Él, al llamarnos a la existencia, ha hecho de cada uno de nosotros su interlocutor: "La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios" (G et S,19).

Este diálogo, como es sabido, lo interrumpió el hombre con el pecado. Dios, en su misericordia, ha querido abrirlo de nuevo, dirigiéndose nuevamente a nosotros con la Palabra misma de su amor eterno, el Verbo consustancial, que, haciéndose hombre y muriendo por nosotros, nos ha puesto de nuevo en comunicación con el Padre. He aquí porqué San Pablo dice que estamos llamados "en Cristo Jesús": la esencia de la

vocación cristiana está precisamente en "ser en Cristo". Esto es obra de Dios mismo, es don de su amor y de su gracia. Por esto, justamente concluye San Pablo que cada uno de nosotros puede "gloriarse en el Señor" (cfr. 1 Cor 1,31).

– Respuesta personal a Dios

Sin embargo, a la llamada de Dios debe corresponder, por nuestra parte, una respuesta adecuada. ¿Qué respuesta? La que tiene su raíz fundamental en el bautismo y que se hace consciente y responsable en el acto de fe personal, suscitado por la escucha de la Palabra, alimentado por la participación en los sacramentos, testimoniado por una vida que se inspira en las bienaventuranzas de Cristo y se extiende al cumplimiento generoso de sus mandamientos, entre los cuales el más grande es el mandamiento del amor.

En el ámbito de esta vocación común, que Dios dirige a cada uno de los hombres, destacan las vocaciones específicas, mediante las cuales Dios "elige" a cada una de las personas para una tarea particular.

"Dios ha elegido la flaqueza del mundo, nos recuerda San Pablo, para confundir a los fuertes". En el designio misterioso de Dios, la acción renovadora de la gracia pasa a través de la debilidad humana: por esto, pasa, de modo particular, a través de estas situaciones de sufrimiento y abandono.

Al terminar esta meditación sobre la vocación cristiana quiero dirigiros dos deseos. El primero está tomado del profeta:

"Buscad al Señor los humildes, que cumplís sus mandamientos; buscad la justicia, buscad la moderación" (Sof.2,3)

Si os comprometéis a buscarla, como dice el Profeta o, mejor aún, como dice Cristo en el "sermón de la montaña", entonces podrá realizarse en vosotros el segundo deseo: "Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo" (Mt. 5,12).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Si hay una página del NT ante la que convendría guardar silencio para no privarse del encanto y profundidad que encierra, es ésta. Deberíamos meditar estas declaraciones de Jesús, permitiendo que sean ellas las que resuenen en nuestro corazón y despierten en él lo que Jesús quiere decirnos.

La Palabra de Dios, que resonó con fuerza en el Sinaí para dar a Moisés la Ley, es la que se hace oír ahora con una autoridad y plenitud nueva en el monte de las Bienaventuranzas. Ellas son como la carta magna del cristianismo. El espíritu que emerge de ellas traza el perfil del cristiano. Jesús hace un canto a la sobriedad, la dulzura, la solidaridad, la sencillez de corazón el dolor soportado con entereza, el hambre de justicia, la paz, asegurando también que no le faltarán las críticas y la oposición, a veces hasta crueles, a quienes hagan suyas esta enseñanza. Con todo, la recompensa será muy grande en el Cielo.

Las Bienaventuranzas sitúan los bienes del espíritu por encima de los materiales. Sanos y enfermos, ricos y pobres, poderosos y débiles..., todos son invitados, por encima de estas circunstancias, a la dicha eterna que Jesús promete. Es difícil resistirse ante el aplomo y seguridad con que Jesús va exponiendo su programa. Sus palabras no adolecen de inseguridad o duda, no expresan una opinión. Tienen la toda la autoridad de Dios y así lo percibió el pueblo.

También nosotros nos sentimos atraídos por la autoridad y la altura de miras de estas propuestas. Sin embargo, todo esto se nos antoja "poco práctico" en una sociedad en la que la riqueza, el éxito, el poder, el bienestar, es lo realmente importante. Reconozcamos, no obstante, que a pesar de nuestro aire satisfecho no somos felices ni nos sentimos seguros. Hay demasiadas diferencias, antagonismos, sufrimientos... Todavía hay hambre y discriminaciones sangrantes; hombres que dominan a otros, depredadores y no colaboradores en la tarea de organizar este mundo. No existe sólo el sol. Hay también nieblas, noches cerradas, temporales y vientos devastadores. El mismo sol que calienta a unos puede ser sofocante y duro para otros. La muerte es una realidad.

Y, sin embargo, tenemos derecho a soñar con un mundo donde la libertad, la paz..., no sean palabras que se usan en los discursos pero que, en la práctica, no significan nada. Las Bienaventuranzas van más allá de ese anhelo. No debemos dudarlo. Pidamos al Señor que nos aumente la fe y nos ayude a vivir según este programa.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Cristo llama bienaventurados a los que el mundo desprecia»

I. LA PALABRA DE DIOS

So 2,3;3,12-13: «Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde»

Sal 145,7-8.9-10: «Dichosos los pobres de espíritu...»

1Co 1,1-12: «Dios ha escogido lo débil del mundo»

Mt 5,1-12: «Dichosos los pobres de espíritu»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Como Moisés en el Sinaí, Cristo en la montaña proclama el Código de la Nueva Alianza.

El Maestro que proclama las Bienaventuranzas, las ha realizado perfectamente en su vida. Son el resumen del Evangelio y de la vida misma de Jesús. Todas se reducen a la pobreza por la que uno sale de sí mismo para entregarse plenamente a Dios y a los demás.

Esa pobreza es la característica de la Antigua Alianza en la que Dios realiza su designio a través «de un pueblo pobre y humilde» (1ª Lect.). Es también la característica de la Iglesia en la que no hay muchos sabios en lo humano, ni muchos

poderosos, ni muchos aristócratas porque Dios ha escogido lo necio y lo débil del mundo (2ª Lect.).

III. SITUACIÓN HUMANA

La tendencia del hombre es a absolutizar valores que son por sí mismos relativos. Y no es que primero los destaque y luego los use, sino que, al hacer imprescindible su uso, los absolutiza.

El pobre del Evangelio no es el inútil que, por no usar nada, desprecia todo. Es el que no pone nada por encima de Dios. Es el que espera a ver qué dice Dios acerca de algún valor para aceptarlo. Sabe que los valores que Cristo ha proclamado, son antes conducta del propio Cristo.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Las Bienaventuranzas: «Las bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús. Con ellas Jesús recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abraham; pero las perfecciona ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los cielos…» (1716).

– Los que esperan de Dios la justicia: "El Pueblo de los «pobres», los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor «un pueblo bien dispuesto»" (716).

La respuesta

– «La bienaventuranza prometida nos coloca ante opciones morales decisivas. Nos invita a purificar nuestro corazón de sus malvados instintos y a buscar el amor de Dios por encima de todo. Nos enseña que la verdadera dicha no reside ni en la riqueza o el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas, las artes, ni en ninguna criatura, sino sólo en Dios, fuente de todo bien y de todo amor» (1723).

El testimonio cristiano

– "«Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». Ciertamente, según su grandeza y su inexpresable gloria, «nadie verá a Dios y seguirá viviendo», porque el Padre es inasequible; pero su amor, su bondad hacia los hombres y su omnipotencia llegan hasta conceder a los que lo aman el privilegio de ver a Dios… porque lo que es imposible para los hombres es posible para Dios (San Ireneo, haer.4,20,5)" (1722).

Las Bienaventuranzas nos conducen a reconocer nuestra insuficiencia, a identificarnos con Jesucristo, a construir un mundo nuevo con los valores del Reino y a conseguir la bienaventuranza de Dios.

El camino de las Bienaventuranzas.

– Las bienaventuranzas, camino de santidad y de felicidad.

I. Una inmensa multitud venida de todas partes rodea al Señor. De Él esperan su doctrina salvadora, que dará sentido a sus vidas. *Viendo Jesús este gentío subió a un monte, donde, habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos, y abriendo su boca les enseñaba.*

Y es ésta la ocasión que aprovecha el Señor para dar una imagen profunda del verdadero discípulo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran...*

No resulta difícil imaginar la impresión –quizá de desconcierto y, en algunos de los oyentes, incluso de decepción– que estas palabras del Señor debieron de causar en quienes le escuchaban. Jesús acababa de formular el espíritu nuevo que había venido a traer a la tierra; un espíritu que constituía un cambio completo de las usuales valoraciones humanas, como la de los fariseos, que veían en la felicidad terrena la bendición y premio de Dios y, en la infelicidad y desgracia, el castigo. En general, "el hombre antiguo, aun en el pueblo de Israel, había buscado la riqueza, el gozo, la estimación, el poder, considerando todo esto como la fuente de toda felicidad. Jesús propone otro camino distinto. Exalta y beatifica la pobreza, la dulzura, la misericordia, la pureza y la humildad".

Al volver a meditar ahora, en nuestra oración, estas palabras del Señor, vemos que aún hoy día se insinúa en las personas el desconcierto ante ese contraste: la tribulación que lleva consigo el camino de las Bienaventuranzas y la felicidad que Jesús promete. "El pensamiento fundamental que Jesús quería inculcar en sus oyentes era éste: sólo el servir a Dios hace al hombre feliz. En medio de la pobreza, del dolor, del abandono, el verdadero siervo de Dios puede decir con San Pablo: *Sobreabundo de gozo en todas mis tribulaciones*. Y, por el contrario, un hombre puede ser infinitamente desgraciado aunque nade en la opulencia y viva en posesión de todos los goces de la tierra". No en vano aparecen en el Evangelio de San Lucas, después de las *Bienaventuranzas*, aquellas exclamaciones del Señor: *¡Ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestra consolación! ¡Ay de vosotros, los que os saciáis ahora (...). ¡Ay de vosotros, todos lo que sois aplaudidos por los hombres, porque así hicieron sus padres con los falsos profetas!*

Quienes escuchaban al Señor entendieron bien que aquellas *Bienaventuranzas* no enumeraban distintas clases de personas, no prometían la salvación a determinados grupos de la sociedad, sino que señalaban inequívocamente las disposiciones religiosas y la conducta moral que Jesús exige a todo el que quiera

seguirle. “Es decir, los pobres de espíritu, los mansos, los que lloran (…) no indican personas distintas entre sí, sino que son como diversas exigencias de santidad dirigidas a quien quiere ser discípulo de Cristo”.

El conjunto de todas las *Bienaventuranzas* señala el mismo ideal: la santidad. Hoy, al escuchar de nuevo, en toda su radicalidad, las palabras del Señor, reavivamos el afán de santidad como eje de toda nuestra vida. Porque *Jesucristo Señor Nuestro predicó la buena nueva para todos, sin distinción alguna. Un solo puchero y un solo alimento:* mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra *(*Jn *4, 34). A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén*. Cualesquiera que sean las circunstancias que atraviese nuestra vida, hemos de sabernos invitados a vivir la plenitud de la vida cristiana. No puede haber excusas, no podemos decirle al Señor: espera a que se solucione este problema, a que me reponga de esta enfermedad, a que deje de ser calumniado o de ser perseguido…, y entonces comenzaré de verdad a buscar la santidad. Sería un triste engaño no aprovechar esas circunstancias *duras* para unirnos más al Señor.

– Nuestra felicidad viene de Dios.

II. No desagrada a Dios que pongamos los medios oportunos para evitar el dolor, la enfermedad, la pobreza, la injusticia…, pero las *Bienaventuranzas* nos enseñan que el verdadero éxito de nuestra vida está en amar y cumplir la voluntad de Dios sobre nosotros. Nos muestran, a la vez, el único camino capaz de llevar al hombre a vivir con la plena dignidad humana que conviene a su condición de persona. En una época en que tantas cosas empujan hacia el envilecimiento y la degradación personal, las *Bienaventuranzas* son una invitación a la rectitud y a la dignidad de vida. Por el contrario, intentar a toda costa –como si se tratara de un mal absoluto– sacudir el peso del dolor, de la tribulación, o buscar el éxito humano como un fin en sí mismo, son caminos que el Señor no puede bendecir y que no conducen a la felicidad.

“Bienaventurado” significa “feliz”, “dichoso”, y en cada una de las *Bienaventuranzas* “comienza Jesús prometiendo y señalando los medios de conseguirla. ¿Por qué comenzará Nuestro Señor hablando de la felicidad? Porque en todos los hombres existe una tendencia irresistible a ser felices; éste es el fin que todos sus actos se proponen; pero muchas veces buscan la felicidad donde no se encuentra, donde no hallarán sino miseria”.

El Señor nos señala aquí los caminos para ser felices sin límites y sin fin en la vida eterna, y también para serlo en esta vida, viviendo con plena dignidad, como conviene a la condición de persona. Son caminos bien diferentes a los que, con frecuencia, suele escoger el hombre.

Buscad al Señor los humildes que cumplís sus mandamientos (…). Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor, se nos dice en la *Primera lectura* de la Misa.

La pobreza de espíritu, el hambre de justicia, la misericordia, la limpieza de corazón y el soportar ser rechazados por causa del Evangelio manifiestan una misma

actitud del alma: al abandono en Dios. Y ésta es la actitud que nos impulsa a confiar en Dios de un modo absoluto e incondicional. Es la postura de quien no se contenta con los bienes y consuelos de las cosas de este mundo, y tiene puesta su esperanza última más allá de estos bienes, que resultan pobres y pequeños para una capacidad tan grande como es la del corazón humano.

Bienaventurados los pobres de espíritu... Y en el *Magnificat* de la Virgen escuchamos: *Colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos los despidió sin nada*. ¡Cuántos se transforman en hombres vacíos, porque se sienten satisfechos con lo que ya tienen! El Señor nos invita a no contentarnos con la felicidad que nos pueden dar unos bienes pasajeros, y nos anima a desear aquellos que Él tiene preparados para nosotros.

– No perderemos la alegría si buscamos en todo al Señor.

III. Dice Jesús a quienes le siguen –en aquel tiempo y ahora– que no será obstáculo para ser felices el que los hombres *os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*. Así como ninguna cosa de la tierra puede dar la felicidad que todo hombre busca, tampoco nada, si estamos unidos a Dios, puede quitárnosla. Nuestra felicidad y nuestra plenitud vienen de Dios. "¡Oh vosotros que sentís más pesadamente el peso de la cruz! Vosotros que sois pobres y desamparados, los que lloráis, los que estáis perseguidos por la justicia, vosotros sobre los que se calla, vosotros los desconocidos del dolor, tened ánimo; sois los preferidos del reino de Dios, el reino de la esperanza, de la bondad y de la vida; sois los hermanos de Cristo paciente, y con Él, si queréis, salváis el mundo".

Pidamos al Señor que transforme nuestras almas, que realice un cambio radical en nuestros criterios sobre la felicidad y la desgracia. Somos necesariamente felices si estamos abiertos a los caminos de Dios en nuestras vidas, y si aceptamos la buena nueva del Evangelio.

Y esto, también en el caso de que otras gentes parezcan conseguir todos los bienes que se pueden alcanzar en esta corta vida. No se debe tener al rico por dichoso sólo por sus riquezas –dice San Basilio–; ni al poderoso por su autoridad y dignidad; ni al fuerte por la salud de su cuerpo; ni al sabio por su gran elocuencia. Todas estas cosas son instrumentos de la virtud para los que las usan rectamente; pero ellas, en sí mismas, no contienen la felicidad. Sabemos que, muchas veces, estos mismos bienes se convierten en males y en desgracia para la persona que los posee y para los demás, cuando no están ordenados según el querer de Dios. Sin el Señor, el corazón se sentirá siempre insatisfecho y desgraciado.

Cuando para encontrar esa felicidad los hombres ensayamos otros caminos que no son los de la voluntad de Dios, que no son los que nos ha trazado el Maestro, al final sólo se encuentra soledad y tristeza. La experiencia de todos lo que no quisieron entender a Dios que les hablaba de distintas maneras, ha sido siempre la misma: han comprobado que fuera de Dios no hay felicidad estable y duradera. Lejos del Señor

sólo se recogen frutos amargos y, de una forma u otra, se acaba como el hijo pródigo fuera de la casa paterna: *comiendo bellotas y apacentando puercos*.

Son dichosos quienes buscan a Cristo, quienes piden y fomentan el deseo de santidad. En Cristo están ya presentes todos los bienes que constituyen la verdadera felicidad. Laetetur cor quaerentium Dominum –*Alégrese el corazón de los que buscan al Señor*.

– *Luz, para que investigues en los motivos de tu tristeza*.

Cuando falta la alegría, ¿no estará la causa en que, en esos momentos, no buscamos de verdad al Señor en el trabajo, en quienes nos rodean, en las contradicciones? ¿No será que no estamos todavía desprendidos del todo? *¡Que se alegren los corazones que buscan al Señor!*

Rev. D. Pablo CASAS Aljama (Sevilla, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

Bienaventurados los pobres de espíritu…

Hoy leemos este Evangelio tan conocido para todos nosotros, pero siempre tan sorprendente. Con este fragmento de las bienaventuranzas, Jesús nos ofrece un modelo de vida, unos valores, que según Él son los que nos pueden hacer felices de verdad.

La felicidad, seguramente, es la meta principal que todos buscamos en la vida. Y si preguntásemos a la gente cómo buscan ser felices, o dónde buscan su propia felicidad, nos encontraríamos con respuestas muy distintas. Algunos nos dirían que en una vida de familia bien fundamentada; otros que en tener salud y trabajo; otros, que en gozar de la amistad y del ocio…, y los más influidos quizá por esta sociedad tan consumista, nos dirían que en tener dinero, en poder comprar el mayor número posible de cosas y, sobre todo, en lograr ascender a niveles sociales más altos.

Estas bienaventuranzas que nos propone Jesús no son, precisamente, las que nos ofrece nuestro mundo de hoy. El Señor nos dice que serán «bienaventurados» los pobres de espíritu, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de la justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que buscan la paz, los perseguidos por causa de la justicia… (cf. Mt 5,3-11).

Este mensaje del Señor es para los que quieren vivir unas actitudes de desprendimiento, de humildad, de deseo de justicia, de preocupación e interés por los problemas del prójimo, y todo lo demás lo deja en un segundo término.

¡Cuánto bien podemos hacer rezando, o practicando alguna corrección fraterna, cuando nos critiquen por creer en Dios y por pertenecer a la Iglesia! Nos lo dice claramente Jesús en su última bienaventuranza: «Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa» (Mt 5,11).

San Basilio nos dice que «no se debe tener al rico por dichoso sólo por sus riquezas; ni al poderoso por su autoridad y dignidad; ni al fuerte por la salud de su cuerpo... Todas estas cosas son instrumentos de la virtud para los que las usan rectamente; pero ellas, en sí mismas, no contienen la felicidad».

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

La riqueza de la pobreza

«Dichosos los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos».

Eso dice Jesús.

Eso promete Jesús.

Esa es la esperanza de los hombres.

Sacerdote: tú naciste para ser pobre.

Acepta, sacerdote, tu condición.

Eres esclavo, eres siervo, eres pobre, eres trabajador en la viña del Señor. Tu misión es servirlo, pero tú sirves al Señor, que es bondadoso y misericordioso, y Él paga un buen salario también a sus esclavos, a sus servidores, a sus trabajadores.

Tú recompensa, sacerdote, es el Reino de los Cielos. Esa es la promesa de tu Señor.

Bienaventurado seas, sacerdote, cuando te humillas a los pies de tu Señor, y pones a la disposición de su pueblo los dones que de Él has recibido para construir su Reino. Porque ese Reino, sacerdote, que tú construyes, esa es tu riqueza.

Persevera, sacerdote, en la pobreza: pobreza de espíritu, pobreza del corazón, pobreza de los bienes y de los placeres del mundo, al que tú no perteneces, porque tú, sacerdote, no eres del mundo, como Cristo tampoco es del mundo.

Tu riqueza, sacerdote, no es de este mundo. Tus tesoros están puestos en el cielo, en donde no hay ladrón que se los robe.

Conserva, sacerdote, la pureza en tu corazón. Porque esa pureza es la riqueza que recibes como don, para navegar en medio del mundo, en esta barca que es la Santa Iglesia Católica, de la que tú eres columna, eres pilar, eres cimiento, eres cemento.

Sacerdote: de ti depende la unidad. Entrega lo único que es tuyo, porque, sin merecerlo, te lo ha dado Dios: tu voluntad. Entrégasela a tu Señor y entonces serás verdaderamente libre. Y, cuando seas totalmente pobre, te habrás despojado de ti, para recibir, en tu pobreza, la verdadera riqueza a la que el espíritu aspira, que es el culmen de todo deseo, que es la felicidad en la plenitud de la vida eterna, alcanzada para ti por

la cruz de tu Señor, que por ti entregó su vida, por su propia voluntad, para darte a ti su eternidad, la vida del Reino de los Cielos.

Sacerdote: dichoso seas por parecerte a tu Señor, cuando lloras, cuando sufres, cuando tienes hambre y sed de justicia, cuando obras con misericordia y pureza de corazón, cuando trabajas por la paz, cuando eres perseguido por causa de la justicia, cuando te injurien y te persigan, cuando digan cosas falsas de ti por la causa de Cristo. Alégrate, sacerdote, porque siendo pobre, eres el más rico entre los ricos, porque tú tienes para ti y para el mundo entero, la verdadera riqueza que es el Reino de los Cielos.

Sacerdote: da testimonio de todo esto, para que crean en ti, porque te entregas con tu propia voluntad al que siendo rico se hizo pobre, para conseguir tu pobreza, y a través de esa pobreza, conseguir tu voluntad para recibir su riqueza, para que, siendo pobre, seas dueño del Reino de los Cielos, y lleves ese Reino al mundo entero, compartiendo tu riqueza con los pobres que viven en medio del mundo, miserables, indignos, pecadores, porque para eso tu Señor te ha hecho pescador de hombres.

Lleva, sacerdote, la barca de tu pobreza a navegar mar adentro, despojado totalmente de ti, vacío, sin nada, para encontrar el tesoro de la fe, que te mantiene pobre, para que recibas la riqueza del Reino de Dios.

El Reino de Dios está en ti, sacerdote, y cuando eres pobre, entonces eres rico, porque cuando eres débil, entonces eres fuerte.

Bienaventurado seas, sacerdote, cuando cumples con tu misión, viviendo tu ministerio buscando la perfección en el único y verdadero Rey, que reina y que inunda, llena y desborda tu corazón: Cristo, de quién eres esclavo, siervo y obrero, pero Él no te llama esclavo, no te llama obrero, no te llama siervo, te llama amigo, y comparte desde ahora contigo su Reino, y te hace como Él: sacerdote, profeta y Rey, para que tú seas, para el mundo, Cristo en presencia, en carne, en sangre, en humanidad, en divinidad, en el cumplimiento de su Divina voluntad.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 25)

Domingo V del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 y Homilía del 23 de mayo de 2013**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Josep FONT i Gallart (Tremp, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

LA CARNE SANA

Is 58, 7-10; 1 Cor 2, 1-5; Mt 5, 13-16

Podemos establecer una relación entre la imagen de la sal que aparece en el Evangelio de san Mateo y la imagen de la carne sana que menciona el profeta Isaías. La salud de células y tejidos vivos es invaluable, por eso resulta comprensible que el profeta compare la mejora de la convivencia social en el pueblo de Israel con un tejido que

desecha sus llagas y recupera la carne sana. Cuando desaparece la opresión, disminuye el egoísmo y aumenta la compasión, se rejuvenece el tejido social que cohesiona al pueblo de Dios. El Señor Jesús lo expresa con las imágenes de la luz y la sal. Cuando los discípulos reorganizan su vida a partir del encuentro con Jesús, aprenden a confiar en la bondad de Dios y reajustan la manera de tratar a los pobres, los débiles y necesitados. Los miran con los ojos de Dios y entonces se siente la dinámica del amor de Dios en la convivencia diaria.

ANTIFONA DE ENTRADA **Sal 94, 6-7**

Entremos y adoremos de rodillas al Señor, creador nuestro, porque él es nuestro Dios.

ORACIÓN COLECTA

Te rogamos, Señor, que guardes con incesante amor a tu familia santa, que tiene puesto su apoyo sólo en tu gracia, para que halle siempre en tu protección su fortaleza. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Entonces surgirá tu luz como la aurora.

Del libro del profeta Isaías: 58, 7-10

Esto dice el Señor: "Comparte tu pan con el hambriento, abre tu casa al pobre sin techo, viste al desnudo y no des la espalda a tu propio hermano.

Entonces surgirá tu luz como la aurora y cicatrizarán de prisa tus heridas; te abrirá camino la justicia y la gloria del Señor cerrará tu marcha. Entonces clamarás al Señor y él te responderá; lo llamarás y él te dirá: 'Aquí estoy'.

Cuando renuncies a oprimir a los demás y destierres de ti el gesto amenazador y la palabra ofensiva; cuando compartas tu pan con el hambriento y sacies la necesidad del humillado, brillará tu luz en las tinieblas y tu oscuridad será como el mediodía".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 111, 4-5.6-7. 8ª y 9.

R/. El justo brilla como una luz en las tinieblas.

Quien es justo, clemente y compasivo, como una luz en las tinieblas brilla. Quienes, compadecidos, prestan y llevan su negocio honradamente, jamás se desviarán. ***R/.***

El justo no vacilará; vivirá su recuerdo para siempre. No temerá malas noticias, porque en el Señor vive confiadamente. ***R/.***

Firme está y sin temor su corazón. Al pobre da limosna, obra siempre conforme a la justicia; su frente se alzará llena de gloria. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Les he anunciado a Cristo crucificado.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 2, 1-5

Hermanos: Cuando llegué a la ciudad de ustedes para anunciarles el Evangelio, no busqué hacerlo mediante la elocuencia del lenguaje o la sabiduría humana, sino que resolví no hablarles sino de Jesucristo, más aún, de Jesucristo crucificado.

Me presenté ante ustedes débil y temblando de miedo. Cuando les hablé y les prediqué el Evangelio, no quise convencerlos con palabras de hombre sabio; al contrario, los convencí por medio del Espíritu y del poder de Dios, a fin de que la fe de ustedes dependiera del poder de Dios y no de la sabiduría de los hombres.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 8, 12

R/. Aleluya, aleluya.

Yo soy la luz del mundo, dice el Señor; el que me sigue tendrá la luz de la vida. ***R/.***

EVANGELIO

Ustedes son la luz del mundo.

+Del santo Evangelio según san Mateo: 5, 13-16

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Ustedes son la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le devolverá el sabor? Ya no sirve para nada y se tira a la calle para que la pise la gente.

Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad construida en lo alto de un monte; y cuando se enciende una vela, no se esconde debajo de una olla, sino que se pone sobre un candelero, para que alumbre a todos los de la casa.

Que de igual manera brille la luz de ustedes ante los hombres, para que viendo las buenas obras que ustedes hacen, den gloria a su Padre, que está en los cielos".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, que has creado los frutos de la tierra sobre todo para ayuda de nuestra fragilidad, concédenos que se conviertan para nosotros en sacramento de eternidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mt 5, 5-6

Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, que quisiste hacemos participar de un mismo pan y un mismo cáliz, concédenos vivir de tal manera, que, hechos uno en Cristo, demos frutos con alegría para la salvación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Tu luz: las obras de misericordia (Is 58, 7-10)

1ª lectura

Estas palabras son parte de una denuncia profética: se condena con severidad y crudeza el delito, que en este caso se trata del formalismo en la práctica del ayuno (vv. 1-7), pero se termina con palabras de aliento y consuelo (vv. 8-14) y no con la condena que cabría esperar. El Señor no tolera la hipocresía de una religiosidad meramente externa, que no se refleja en promover y respetar la justicia en la vida ordinaria y la preocupación por los más necesitados. Quienes actúan así están muy lejos de haber conocido a Dios.

Dios no acoge el ayuno, la piedad hipócrita que se hace compatible con toda suerte de injusticias (vv. 4-7); por el contrario, el Señor atenderá generosamente los ruegos cuando vayan acompañados de obras de justicia y caridad (vv. 8-14).

Las obras de misericordia recomendadas en este oráculo resuenan en el discurso de Jesús sobre el juicio final recogido en el primer evangelio (cf. Mt 25,35-45). La espiritualidad cristiana ha insistido siempre en el amor al prójimo y en el ejercicio efectivo de las obras de misericordia como demostración cierta del amor a Dios y de la verdadera religión, pues «las obras de misericordia son la prueba de la verdadera santidad» (Rabano Mauro, recogido por Santo Tomás de Aquino en la *Catena Aurea*). San León Magno, por su parte, enseñaba: «Que cada uno de los fieles se examine, pues, a sí mismo, esforzándose en discernir sus más íntimos afectos; y, si descubre en su conciencia frutos de caridad, tenga por cierto que Dios está en él y procure hacerse más y más capaz de tan gran huésped, perseverando con más generosidad en las obras de misericordia (*Sermones* 48,3).

Anuncio a Jesucristo, y a éste, crucificado (1 Co 2, 1-5)

2ª lectura

El centro de la predicación paulina es Cristo y Cristo en la cruz, puesto que la fe, más que basarse en la sabiduría humana, tiene en la cruz y en la potencia divina su solidez inalterable. El mensaje cristiano, en consecuencia, «no admite indiferencia, ni sincretismo, ni acomodos. Representa la belleza de la Revelación. Lleva consigo una sabiduría que no es de este mundo. Es capaz de suscitar por sí mismo la fe, una fe que tiene su fundamento en la potencia de Dios (cfr 1 *Co* 2,5). Es la verdad. Merece que el apóstol le dedique todo su tiempo, todas sus energías y que, si es necesario, le consagre su propia vida» (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 5).

Sal de la tierra, luz del mundo (Mt 5, 13-16)

Evangelio

Las imágenes de la sal y de la luz reflejan la condición de quien vive las bienaventuranzas, es decir, del discípulo de Jesús, y señalan la importancia de las buenas obras (v. 16). Cada uno ha de luchar por la santificación personal, pero también por la santificación de los demás. Jesús lo enseña con estas dos expresivas imágenes.

La sal preserva de la corrupción los alimentos. En los sacrificios de la Antigua Ley simbolizaba la inviolabilidad y permanencia de la Alianza (cfr Lv 2,13). El Señor manifiesta que sus discípulos son la sal de la tierra, es decir, los que dan sabor divino a todo lo humano, y los que preservan al mundo de la corrupción, manteniendo viva la Alianza con Dios. «Lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo» (*Epistula ad Diognetum* 6,1).

La luz es necesaria para caminar, para vivir. En el Antiguo Testamento, esa luz necesaria es Dios (cfr p. ej. Sal 27,1), y la palabra de Dios (cfr p. ej. Sal 119,105). Los discípulos de Jesús deben ser también, como Él mismo, luz para los que yacen en tinieblas (cfr 4,16; Is 8,23-9,1). «Me parece que esta antorcha representa la caridad que debe iluminar y alegrar no sólo a aquellos que más quiero, sino a todos los que están en la casa» (Sta. Teresa de Lisieux, *Manuscritos autobiográficos* 9). Con la caridad, todas las buenas obras serán instrumentos de apostolado cristiano: «Son innumerables las ocasiones que tienen los laicos para ejercer el apostolado de la evangelización y la santificación. El mismo testimonio de su vida cristiana y las obras hechas con sentido sobrenatural tienen eficacia para atraer a los hombres hacia la fe y hacia Dios: *alumbre así vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*» (Conc. Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, n. 6).

Si los discípulos pierden su identidad cristiana, se quedan en nada. Es lo que ocurre con los restos de la sal. También los cristianos se convierten en un sinsentido si su seguimiento de Cristo no se traduce en obras concretas (vv. 14-15). El celemín es una medida de áridos —de unos 8,7 litros— que, probablemente, se utilizaba para apagar las lámparas de aceite por la noche evitando así que la casa se llenara de humo. El Señor no nos da la luz para que la tengamos apagada.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

La obra de misericordia incluye una doble acción misericordiosa

Cuando se muestran a los hombres las buenas obras, incluso las que se hacen por Dios, puesto que se trata de hombres piadosos y buenos, no se reclaman alabanzas humanas, sino que se proponen para que se las imite. La obra de misericordia contiene una doble acción misericordiosa: una espiritual y otra corporal. Con la misericordia corporal se socorre a los hambrientos, a los sedientos, a los desnudos y peregrinos; pero cuando estas mismas obras son manifiestas, a la vez que provocan a la imitación, alimentan también los espíritus y las mentes. Uno se alimenta con la buena obra y el otro con el buen ejemplo, pues ambos tienen hambre. Uno quiere recibir con qué alimentarse y el otro quiere ver algo que imitar. La lectura del evangelio que acaba de leerse nos habla de esta verdad. A los cristianos, que creen en Dios, que obran el bien y mantienen la esperanza de la vida eterna como recompensa a las buenas obras se les dice: *Vosotros sois la luz del mundo*. Y a la Iglesia entera, difundida por doquier, se le dice: No *puede esconderse una ciudad construida sobre un monte* (Mt 5,14). *En los últimos tiempos* –dice– *será manifiesto el monte del Señor, dispuesto en la cima de los montes (Is 2,2)*. Es el monte que creció a partir de una pequeña piedra, y, al crecer, llenó el mundo entero. Sobre él se edifica la Iglesia que no puede ocultarse.

Ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino en el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa **(Mt 5,15). Muy oportuna ha caído esta lectura en el día que se consagran los candeleros, para que quien obra sea lámpara puesta en el candelero. En efecto, el hombre que obra el bien es una lámpara, pero ¿qué es el candelero? *Lejos de mí el gloriarme, a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*. Por tanto, quien obra por Cristo y según Cristo, para no ser alabado más que en Cristo, es un candelero. Alumbre a todos, vean algo que imitar; no sean perezosos ni áridos; les es útil el ver; no sean videntes con los ojos y ciegos en el corazón.**

Mas, quizá a alguno se le ocurra pensar que el Señor manda que las obras buenas sean como escondidas allí donde dice: *Guardaos de realizar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos* **(Mt 6,1). Esta dificultad ha de ser resuelta, para saber cómo hemos de obedecer al Señor, sin creer que es imposible cuando le escuchamos que ordena cosas contradictorias. En un sitio dice: *Brillen vuestras obras delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras*** **(Mt 5,16) y en otro: *Guardaos de realizar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos*** **(Mt 6,1).**

¿Queréis saber cuánto urge solucionar la dificultad, que, si no se hace, causa problemas? Ciertos hombres hacen el bien y temen ser vistos, poniendo todo su afán en encubrir todas sus obras buenas. Buscan la ocasión en que nadie los vea; entonces dan algo, por temor a chocar con

aquel precepto que dice: *Guardaos de realizar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos.* Pero el Señor no mandó que se ocultasen las buenas obras, sino que no se pensase en la alabanza humana al realizarlas. Además, cuando dijo: *Guardaos de realizar vuestra justicia delante de los hombres,* ¿cómo acabó? *Para ser vistos por ellos,* es decir, que las hagan para ser vistos por los hombres, que sea este el fruto que busquen de sus buenas obras y ése lleven, que no esperen ninguna otra recompensa ni deseen ningún otro bien superior y celestial. Si lo hacen sólo para ser alabados, caen bajo la prohibición del Señor: *Guardaos de realizar.* ¿Cómo? *Para ser vistos por ellos.* Guardaos de realizar este fruto: el ser vistos por los hombres.

Y, sin embargo, manda que nuestras obras se vean, diciendo: *nadie enciende una candela y la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los de la casa. Y* también: *Brillen así vuestras buenas obras ante los hombres* –dice– *para que vean vuestras buenas acciones. Y* no se paró ahí, *sino que glorifiquen* –añadió– *a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5,15-16). Una cosa es buscar en la buena acción tu propia alabanza y otra buscar en el bien obrar la alabanza de Dios. Cuando buscas tu alabanza, te has quedado en la mirada de los hombres; cuando buscas la alabanza de Dios, has adquirido la gloria eterna. Obremos así, no para ser vistos por los hombres; es decir, obremos de tal manera que no busquemos la recompensa de la mirada humana. Al contrario, obremos de tal manera que busquemos la gloria de Dios en quienes nos vean y nos imiten, y caigamos en la cuenta de que, si él no nos hubiera hecho así, nada seríamos.

***(Sermón 338,* O.C. (XXV), BAC Madrid 1984, 770-73)**

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 - Homilía del 23 de mayo de 2103

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2014

¡Qué hermosa misión la de dar luz al mundo!

Hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de este domingo, que está inmediatamente después de las Bienaventuranzas, Jesús dice a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (*Mt* 5, 13.14). Esto nos maravilla un poco si pensamos en quienes tenía Jesús delante cuando decía estas palabras. ¿Quiénes eran esos discípulos? Eran pescadores, gente sencilla... Pero Jesús les mira con los ojos de Dios, y su afirmación se comprende precisamente como consecuencia de las Bienaventuranzas. Él quiere decir: si sois pobres de espíritu, si sois mansos, si sois puros de

corazón, si sois misericordiosos... seréis la sal de la tierra y la luz del mundo.

Para comprender mejor estas imágenes, tengamos presente que la Ley judía prescribía poner un poco de sal sobre cada ofrenda presentada a Dios, como signo de alianza. La luz, para Israel, era el símbolo de la revelación mesiánica que triunfa sobre las tinieblas del paganismo. Los cristianos, nuevo Israel, reciben, por lo tanto, una misión con respecto a todos los hombres: con la fe y la caridad pueden orientar, consagrar, hacer fecunda a la humanidad. Todos nosotros, los bautizados, somos discípulos misioneros y estamos llamados a ser en el mundo un Evangelio viviente: con una vida santa daremos «sabor» a los distintos ambientes y los defenderemos de la corrupción, como lo hace la sal; y llevaremos la luz de Cristo con el testimonio de una caridad genuina. Pero si nosotros, los cristianos, perdemos el sabor y apagamos nuestra presencia de sal y de luz, perdemos la eficacia. ¡Qué hermosa misión la de dar luz al mundo! Es una misión que tenemos nosotros. ¡Es hermosa! Es también muy bello conservar la luz que recibimos de Jesús, custodiarla, conservarla. El cristiano debería ser una persona luminosa, que lleva luz, que siempre da luz. Una luz que no es suya, sino que es el regalo de Dios, es el regalo de Jesús. Y nosotros llevamos esta luz. Si el cristiano apaga esta luz, su vida no tiene sentido: es un cristiano sólo de nombre, que no lleva la luz, una vida sin sentido. Pero yo os quisiera preguntar ahora: ¿cómo queréis vivir? ¿Como una lámpara encendida o como una lámpara apagada? ¿Encendida o apagada? ¿Cómo queréis vivir? [la gente responde: ¡Encendida!] ¡Lámpara encendida! Es precisamente Dios quien nos da esta luz y nosotros la damos a los demás. ¡Lámpara encendida! Ésta es la vocación cristiana.

***

Ángelus 2017

La luz de nuestra fe, donándose, se refuerza

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos domingos la liturgia nos propone el llamado Discurso de la montaña, en el Evangelio de Mateo. Después de haber presentado el domingo pasado las Bienaventuranzas, hoy destaca las palabras de Jesús que describe la misión de sus discípulos en el mundo (cf. *Mateo* 5, 13-16). Él utiliza las metáforas de la sal y de la luz y sus palabras son dirigidas a los discípulos de cada época, por lo tanto también a nosotros.

Jesús nos invita a ser un reflejo de su luz, a través del testimonio de las buenas obras. Y dice: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (*Mateo* 5, 16). Estas palabras subrayan que nosotros somos reconocibles como verdaderos discípulos de Aquel que es la Luz del

mundo, no en las palabras, sino de nuestras obras. De hecho, es sobre todo nuestro comportamiento que —en el bien y en el mal— deja un signo en los otros. Tenemos por tanto una tarea y una responsabilidad por el don recibido: la luz de la fe, que está en nosotros por medio de Cristo y de la acción del Espíritu Santo, no debemos retenerla como si fuera nuestra propiedad. Sin embargo, estamos llamados a hacerla resplandecer en el mundo, a donarla a los otros mediante las buenas obras. ¡Y cuánto necesita el mundo de la luz del Evangelio que transforma, sana y garantiza la salvación a quien lo acoge! Esta luz debemos llevarla con nuestras buenas obras.

La luz de nuestra fe, donándose, no se apaga, sino que se refuerza. Sin embargo, puede disminuir si no la alimentamos con el amor y con las obras de caridad. Así la imagen de la luz se encuentra con la de la sal. La página evangélica, de hecho, nos dice que, como discípulos de Cristo, somos también «la sal de la tierra (v. 13)». La sal es un elemento que, mientras da sabor, preserva la comida de la alteración y de la corrupción —¡en la época de Jesús no había frigoríficos!—. Por lo tanto, la misión de los cristianos en la sociedad es la de dar "sabor" a la vida con la fe y el amor que Cristo nos ha donado, y al mismo tiempo tiene lejos los gérmenes contaminantes del egoísmo, de la envidia, de la maledicencia, etc. Estos gérmenes arruinan el tejido de nuestras comunidades, que deben, sin embargo, resplandecer como lugares de acogida, de solidaridad, de reconciliación. Para unirse a esta misión, es necesario que nosotros mismos seamos los primeros liberados de la degeneración que corrompe de las influencias mundanas, contrarias a Cristo y al Evangelio; y esta purificación no termina nunca, se hace continuamente, ¡se hace cada día!

***

Homilía del 23 de mayo de 2013

Ni cristianos insípidos, ni cristianos de museo

Los cristianos propagan la sal de la fe, de la esperanza y de la caridad: esta fue la exhortación del papa Francisco en la misa celebrada esta mañana en la Casa Santa Marta.

El santo padre señaló que la originalidad cristiana "no es una uniformidad" y advirtió contra el riesgo de convertirse en insípidos, como "cristianos de museo".

¿Qué es la sal en la vida de un cristiano, cuál es la sal que nos dio Jesús? En su homilía, Francisco centró su reflexión en el sabor que los cristianos están llamados a dar a su propia vida y en la de los demás. La sal que nos da el Señor, dijo, es la sal de la fe, de la esperanza y de la caridad. Pero, advirtió, hay que tener cuidado de que esta sal, que hemos recibido de la certeza de que Jesús murió y resucitó para salvarnos, "no pierda su sabor, que no pierda su fuerza." Esta sal, continuó, "no es para

conservarla, porque si la sal se conserva en un frasco no consigue nada, no sirve"

"La sal tiene sentido cuando se da para condimentar las cosas. También creo que la sal guardada en un frasco, con la humedad, pierde fuerza y no sirve. La sal que hemos recibido es para darla, es para condimentar, está para ofrecerla. Lo contrario la vuelve insípida y no sirve. Debemos pedirle al Señor no ser cristianos con sal pero sin sabor, con sal guardada en un frasco. Pero la sal también tiene otra característica especial: cuando la sal se utiliza bien, no se siente el sabor de la sal... ¡No se siente! Se siente el sabor de cada comida: la sal ayuda a que el sabor de aquella comida sea mejor, se conserve más, sea más buena, más sabrosa. ¡Esta es la originalidad cristiana!".

Agregó que "cuando predicamos la fe, con esta sal", los que "reciben el anuncio, lo reciben a su manera, como para las comidas." Y así, "cada uno, con sus propias peculiaridades, recibe la sal y esta se vuelve mejor":

"¡La originalidad cristiana no es una uniformidad! Toma a cada uno como es, con su propia personalidad, con sus propias características, con su cultura y lo mantiene así, porque es una riqueza. Pero le da algo más: ¡le da el sabor! Esta originalidad cristiana es hermosa. Pero cuando queremos crear una uniformidad –en que todos son salados de la misma manera–, las cosas serán como cuando una mujer arroja sal en exceso y se siente solo el sabor de la sal y no el sabor de esa sabrosa comida salada. La originalidad cristiana es esto: cada uno es como es, con los dones que el Señor le ha dado".

Esto, continuó el papa, "es la sal que tenemos la que debemos dar". Una sal que "no es para conservarla, sino para darla". Y esto, dijo, "es un poco de trascendencia": "de salir con el mensaje, ir con esta riqueza que tenemos de la sal y darlo a los demás". Por otro lado, señaló, hay dos "salidas" para que la sal no se malogre. En primer lugar, poner la sal "al servicio de las comidas, al servicio a los demás, al servicio de las personas".

En segundo lugar, la "trascendencia hacia el autor de la sal, el Creador". La sal, reiteró, "no se conserva dándola solamente en la predicación", sino que "tiene también la necesidad de otra trascendencia, de la oración, de la adoración":

"Y así la sal se conserva, no pierde su sabor. Con la adoración del Señor yo trasciendo de mí mismo hacia el Señor, y con la proclamación evangélica salgo de mí mismo para dar el mensaje. Pero si no hacemos esto –estas dos cosas, estas dos trascendencias para dar la sal–, la sal permanecerá en el frasco, y nosotros nos convertiremos en cristianos de museo. Podemos hacer ver la sal: esta es mi sal. Pero ¡qué bella que es! Esta es la sal que recibí en el Bautismo, esto es lo que he recibido en la

Confirmación, esto fue lo que me dieron en la catequesis... Pero fíjate: ¡cristianos de museo! Una sal sin sabor, es una sal que no consigue nada".

BENEDICTO XVI – Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

Difundir la luz del amor de Dios

¡Queridos hermanos y hermanas!

En el Evangelio de este domingo el Señor Jesús dice a sus discípulos: "Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5,13.14). Mediante estas imágenes llenas de significado, Él quiere transmitirles el sentido de su misión y de su testimonio. La sal, en la cultura mediooriental, evoca diversos valores como la alianza, la solidaridad, la vida y la sabiduría. La luz es la primera obra de Dios Creador y es fuente de la vida; la misma Palabra de Dios es comparada con la luz, como proclama el salmista: "Tu palabra es una lámpara para mis pasos, y una luz en mi camino" (Sal 119,105). Y de nuevo en la Liturgia de hoy, el profeta Isaías "Si ofreces tu pan al hambriento y sacias al que vive en la penuria, tu luz se alzará en las tinieblas y tu oscuridad será como al mediodía" (58,10). La sabiduría resume en sí los efectos beneficiosos de la sal y de la luz: de hecho, los discípulos del Señor son llamados a dar nuevo "sabor" al mundo, y a preservarlo de la corrupción, con la sabiduría de Dios, que resplandece plenamente sobre el rostro del Hijo, porque Él es la "luz verdadera que ilumina a cada hombre" (Jn 1,9). Unidos a Él, los cristianos pueden difundir en medio de las tinieblas de la indiferencia y del egoísmo la luz del amor de Dios, verdadera sabiduría que da significado a la existencia y a la actuación de los hombres.

El próximo 11 de febrero, memoria de la Beata Virgen de Lourdes, celebraremos la Jornada Mundial del Enfermo. Esta es ocasión propicia para reflexionar, para rezar y para acrecentar la sensibilidad de las comunidades eclesiales y de la sociedad civil hacia los hermanos y las hermanas enfermos. En el Mensaje para esta Jornada, inspirado en una frase de la Primera carta de Pedro: "Gracias a sus llagas, vosotros fuisteis curados" (2,24), invito a todos a contemplar a Jesús, el Hijo de Dios, el cual sufrió, murió, pero ha resucitado. Dios se opone radicalmente a la prepotencia del mal. El Señor cuida del hombre en cada situación, comparte el sufrimiento y abre el corazón a la esperanza. Exhorto, por tanto a todos los agentes sanitarios a reconocer en el enfermo no sólo un cuerpo marcado por la fragilidad, sino ante todo de una persona, a la que dar toda la solidaridad y ofrecer respuestas adecuadas y competentes. En este contexto recuerdo, además, que hoy se celebra en Italia la "Jornada

por la Vida". Auguro que todos se comprometan en hacer crecer la cultura de la vida, para poner al centro, en cualquier circunstancia, el valor del ser humano. Según la fe y la razón, la dignidad de la persona es irreducible a sus facultades o a las capacidades que pueda manifestar, y por tanto no disminuye cuando la propia persona es débil, inválida y necesitada de ayuda.

Queridos hermanos y hermanas, invoquemos la intercesión maternal de la Virgen María, para que los padres, los abuelos, los profesores, los sacerdotes y cuantos trabajan en la educación puedan formar a las jóvenes generaciones en la sabiduría del corazón, para que lleguen a la plenitud de la vida.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El pueblo de Dios, sal de la tierra y luz del mundo

782. El Pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia:

— Es el Pueblo de Dios: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero Él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: "una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa" (1 P 2, 9).

— Se llega a ser miembro de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el "nacimiento de arriba", "del agua y del Espíritu" (Jn 3, 3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.

— Este pueblo tiene por Cabeza a Jesús el Cristo [Ungido, Mesías]: porque la misma Unción, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es "el Pueblo mesiánico".

— "La identidad de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo" (LG 9).

— "Su ley, es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo mismo nos amó (cf. Jn 13, 34)". Esta es la ley "nueva" del Espíritu Santo (Rm 8,2; Ga 5, 25).

— Su misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (cf. Mt 5, 13-16). "Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano" (LG 9.

— "Su destino es el Reino de Dios, que él mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección" (LG 9).

Vida moral y testimonio misionero

2044. La fidelidad de los bautizados es una condición primordial para el anuncio del Evangelio y para la *misión de la Iglesia en el mundo*. Para manifestar ante los hombres su fuerza de verdad y de irradiación, el mensaje de la salvación debe ser autentificado por el testimonio de vida de los cristianos. "El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural son eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios" (AA 6).

2045. Los cristianos, por ser miembros del Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo (cf *Ef* 1, 22), contribuyen *a la edificación de la Iglesia* mediante la constancia de sus convicciones y de sus costumbres. La Iglesia aumenta, crece y se desarrolla por la santidad de sus fieles (cf LG 39), "hasta que lleguemos al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud en Cristo" (*Ef* 4, 13).

2046. Llevando una vida según Cristo, los cristianos *apresuran la venida del Reino de Dios*, "Reino de justicia, de verdad y de paz" (*Solemnidad de N. Señor Jesucristo Rey del Universo, Prefacio: Misal Romano*). Esto no significa que abandonen sus tareas terrenas, sino que, fieles a su Maestro, las cumplen con rectitud, paciencia y amor.

La atención a las obras de misericordia, amor a los pobres

2443. Dios bendice a los que ayudan a los pobres y reprueba a los que se niegan a hacerlo: "A quien te pide da, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda" (*Mt* 5, 42). "Gratis lo recibisteis, dadlo gratis" (*Mt* 10, 8). Jesucristo reconocerá a sus elegidos en lo que hayan hecho por los pobres (cf *Mt* 25, 31-36). La buena nueva "anunciada a los pobres" (*Mt* 11, 5; *Lc* 4, 18)) es el signo de la presencia de Cristo.

2444. "El amor de la Iglesia por los pobres [...] pertenece a su constante tradición" (CA 57). Está inspirado en el Evangelio de las bienaventuranzas (cf *Lc* 6, 20-22), en la pobreza de Jesús (cf *Mt* 8, 20), y en su atención a los pobres (cf *Mc* 12, 41-44). El amor a los pobres es también uno de los motivos del deber de trabajar, con el fin de "hacer partícipe al que se halle en necesidad" (*Ef* 4, 28). No abarca sólo la pobreza material, sino también las numerosas formas de pobreza cultural y religiosa (cf CA 57).

2445. El amor a los pobres es incompatible con el amor desordenado de las riquezas o su uso egoísta:

«Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de

herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad: el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra regaladamente y os habéis entregado a los placeres; habéis hartado vuestros corazones en el día de la matanza. Condenasteis y matasteis al justo; él no os resiste» (St 5, 1-6).

2446. San Juan Crisóstomo lo recuerda vigorosamente: "No hacer participar a los pobres de los propios bienes es robarles y quitarles la vida; [...] lo que poseemos no son bienes nuestros, sino los suyos" (*In Lazarum*, concio 2, 6). Es preciso "satisfacer ante todo las exigencias de la justicia, de modo que no se ofrezca como ayuda de caridad lo que ya se debe a título de justicia" (AA 8):

«Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia» (San Gregorio Magno, Regula pastoralis, 3, 21, 45).

2447. Las *obras de misericordia* son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (cf. *Is* 58, 6-7; *Hb* 13, 3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (cf *Mt* 25,31-46). Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres (cf *Tb* 4, 5-11; *Si* 17, 22) es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios (cf *Mt* 6, 2-4):

«El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer que haga lo mismo» (Lc 3, 11). «Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros» (Lc 11, 41). «Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: "Id en paz, calentaos o hartaos", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?» (St 2, 15-16; cf Jn 3, 17).

2448. "Bajo sus múltiples formas —indigencia material, opresión injusta, enfermedades físicas o psíquicas y, por último, la muerte—, *la miseria humana* es el signo manifiesto de la debilidad congénita en que se encuentra el hombre tras el primer pecado de Adán y de la necesidad que tiene de salvación. Por ello, la miseria humana atrae la compasión de Cristo Salvador, que la ha querido cargar sobre sí e identificarse con los «más pequeños de sus hermanos». También por ello, los oprimidos por la

miseria son objeto de un *amor de preferencia* por parte de la Iglesia, que, desde los orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros, no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos. Lo ha hecho mediante innumerables obras de beneficencia, que siempre y en todo lugar continúan siendo indispensables" (Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Libertatis conscientia*, 68).

2449. En el Antiguo Testamento, toda una serie de medidas jurídicas (año jubilar, prohibición del préstamo a interés, retención de la prenda, obligación del diezmo, pago cotidiano del jornalero, derecho de rebusca después de la vendimia y la siega) corresponden a la exhortación del Deuteronomio: "Ciertamente nunca faltarán pobres en este país; por esto te doy yo este mandamiento: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquél de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra" (*Dt* 15, 11). Jesús hace suyas estas palabras: "Porque pobres siempre tendréis con vosotros; pero a mí no siempre me tendréis" (*Jn* 12, 8). Con esto, no hace caduca la vehemencia de los oráculos antiguos: "comprando por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias [...]" (*Am* 8, 6), sino que nos invita a reconocer su presencia en los pobres que son sus hermanos (cf *Mt* 25, 40):

El día en que su madre le reprendió por atender en la casa a pobres y enfermos, santa Rosa de Lima le contestó: "Cuando servimos a los pobres y a los enfermos, somos buen olor de Cristo".

Los bautizados (neófitos) están llamados a ser luz del mundo

1243. La *vestidura blanca* simboliza que el bautizado se ha "revestido de Cristo" (*Ga* 3,27): ha resucitado con Cristo. El *cirio* que se enciende en el Cirio Pascual, significa que Cristo ha iluminado al neófito. En Cristo, los bautizados son "la luz del mundo" (*Mt* 5,14; cf *Flp* 2,15).

El nuevo bautizado es ahora hijo de Dios en el Hijo Único. Puede ya decir la oración de los hijos de Dios: *el Padre Nuestro*.

Cristo crucificado es Sabiduría de Dios

272. La fe en Dios Padre Todopoderoso puede ser puesta a prueba por la experiencia del mal y del sufrimiento. A veces Dios puede parecer ausente e incapaz de impedir el mal. Ahora bien, Dios Padre ha revelado su omnipotencia de la manera más misteriosa en el anonadamiento voluntario y en la Resurrección de su Hijo, por los cuales ha vencido el mal. Así, Cristo crucificado es "poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres" (*1 Co* 2, 24-25). En la Resurrección y en la exaltación de Cristo es donde el Padre "desplegó el vigor de su fuerza" y manifestó "la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes" (*Ef* 1,19-22).

Parte tu pan con el hambriento

La última vez hemos hablado de la pobreza material positiva y el ideal de vida a cultivar. Hoy debemos mirar la otra cara de la pobreza: la pobreza material negativa, la condición social impuesta o sufrida. En otras palabras, la pobreza a combatir o, al menos, a aplacar. Hablemos, en suma, de la solidaridad. Pero, veamos de inmediato cómo este tema nos lleva a las lecturas de este quinto Domingo del Tiempo Ordinario.

«En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:...Vosotros sois la luz del mundo... Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras».

Pero, ¿qué significa ser luz y alumbrar? ¿Brillar por la inteligencia, la cultura, la riqueza, la popularidad? No; Jesús habla de otra luz. No tanto de la que procede de las ideas y está encerrada en los libros, cuanto de la que proviene de las acciones y habla con la vida. «Alumbre así vuestra luz», esto es, que se «vean vuestras buenas obras». En esta dirección es interpretada la palabra de Jesús en las lecturas del presente Domingo. En la primera lectura (que por costumbre prepara al fragmento evangélico) leemos:

«Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que ves desnudo... Entonces romperá tu luz como la aurora».

Aquí el pensamiento se precisa posteriormente. Todas las «acciones buenas» son luz; pero, de modo especial lo son las que se hacen para socorrer al prójimo, a los pobres. La primera forma de solidaridad es acordarse de los pobres. El mayor pecado contra los pobres es posiblemente la indiferencia; hacer como no vedes. Lo que Jesús reprocha al rico epulón, más que su lujo desenfrenado, es la indiferencia hacia el pobre, que yacía en su puerta. Su dureza de corazón e insensibilidad.

Nosotros tendemos a poner cristales dobles entre nosotros y los pobres. El efecto de los cristales dobles, tan usado hoy, es que impiden el paso del frío, del calor y de los ruidos; lo atemperan todo; todo lo hacen llegar amortiguado y acolchado. Y, en efecto, vemos a los pobres moverse, agitarse, gritar detrás de la pantalla televisiva, en las páginas de los periódicos y de las revistas misioneras; pero, su grito nos llega como desde muy lejos. No nos penetra en el corazón. Nos ponemos al abrigo de ellos.

La palabra «¡Pobres!» provoca en los países ricos, lo que en los romanos antiguos provocaba el grito: «¡los bárbaros!» Esto es, desconcierto y pánico. Ellos se afanaban en construir murallas y enviar ejércitos a las fronteras para tener lejos a los bárbaros; nosotros hacemos

la misma cosa, pero, de otros modos. Mas, la historia nos dice que todo es inútil.

Por lo tanto, la primero a hacer con relación a los pobres es romper los cristales dobles, superar la indiferencia y la insensibilidad. Arrojar las defensas y dejarnos penetrar de una sana inquietud por la miseria espantosa, que hay en el mundo.

Imagina que un día, mientras ves en la televisión las imágenes de cualquier desastre (un descarrilamiento del tren, un accidente de carretera, la caída o el incendio de un edificio) de improviso, ¡Dios no lo quiera!, tú reconoces a un pariente cercano entre las víctimas: la madre, un hijo, un hermano o el marido. ¡Qué grito te sale de la garganta! ¡Qué cambio de corazón respecto a un instante antes! ¡Qué distinto interés por el acontecimiento! ¿Qué ha sucedido? Una cosa sencillísima: lo que antes percibías sólo con los ojos y con el cerebro, ahora te toca o afecta personalmente.

Pues bien, esto es lo que debiera suceder, al menos en cualquier medida, cuando vemos discurrir delante de nuestros ojos ciertos espectáculos impresionantes de miseria. ¿Son o no son estos nuestros hermanos? ¿No pertenecemos todos a la misma familia humana y no está acaso escrito que «los unos somos para los otros, miembros del mismo cuerpo»? (Romanos 12,5).

Con el tiempo, desgraciadamente, nos acostumbramos a todo y nosotros ya nos hemos habituado a la miseria de los demás. Ya no nos impresiona tanto, casi lo damos como inevitable y por descontado. Pero, situémonos un instante en la parte de Dios, intentemos ver las cosas como él las ve. Él es como un padre de familia, que tiene siete hijos y que en cada comida asiste a la misma escena: dos de los hijos, ellos solos, se absorben o comen casi todo lo que está en la mesa dejando a los otros cinco con el estómago vacío. ¿Puede un padre permanecer insensible ante semejante cosa? Alguno ha comparado la tierra a una astronave en vuelo por el cosmos, en la que uno de los tres astronautas consume el 85% de los recursos presentes y pelea por apoderarse todavía del remanente 15%.

Jesús se ha identificado con los pobres y esto para los cristianos le otorga al problema de los pobres una nueva dimensión, no ya sólo sociológica sino teológica. Aquel que pronunció sobre el pan las palabras: «Esto es mi cuerpo», ha dicho estas mismas palabras también de los pobres. Las ha dicho cuando, hablando de lo que se ha hecho o no se ha hecho con el hambriento o sediento, el prisionero, el desnudo o el forastero, ha declarado solemnemente: «A mí me lo habéis hecho» y «No lo habéis hecho a mí» (cfr. Mateo 25, 35ss.). En efecto, esto equivale a decir: «Aquella determinada persona herida, necesitada de un poco de pan, aquel pobre que tendía la mano, ¡era yo, era yo!»

Recuerdo la primera vez que esta verdad «explotó» dentro de mí con toda su violencia. Estaba predicando en un país del tercer mundo y a cada nuevo espectáculo de miseria que veía (una vez, vi a un niño con el vestido ajirones, el vientre todo hinchado y la cara recubierta de moscas; otra vez, a pequeños grupos de personas, que corrían tras un carro de basura, con la esperanza de recoger apenas algo de lo vertido en la descarga; otra vez, a un cuerpo llagado) yo sentía como una voz rugiéndome dentro de mí: «Esto es mi cuerpo. Esto es mi cuerpo». Era, en verdad, para cortarme el aliento.

Todo esto lo había entendido bien el filósofo y creyente Blaise Pascal. Durante su última enfermedad, no pudiendo recibir el viático porque no podía retener nada, pidió que le trajesen a la habitación a un pobre, para que, decía, «no pudiendo comulgar con la cabeza, pueda, al menos, comulgar en el cuerpo».

Nos falta ver, ahora, brevemente un último punto; pero, el más importante de todos sobre los pobres: cómo traducir en la práctica nuestro interés por ellos. Los pobres, en efecto, no tienen necesidad de nuestros buenos sentimientos sino de hechos. Por sí solos, los primeros nos servirían tan sólo para tranquilizar nuestra mala conciencia. Lo que todos, creyentes y no creyentes, en concreto debemos hacer para con los pobres es amarles y socorrerles. Para el cristiano a ello se le añade otra obligación: evangelizar a los pobres, esto es, llevarles la «buena noticia» de que Dios está con ellos.

Amar a los pobres significa ante todo respetarles y reconocer su dignidad. En ellos, precisamente por la falta de otros títulos y distinciones accesorias, brilla más la radical dignidad de un ser humano con una luz radiante. Amor a Cristo y amor a los pobres se corresponden y se exigen mutuamente. Hay personas que desde el amor a Cristo han sido conducidas al amor para con los pobres, como Francisco de Asís y Charles de Foucauld y hay personas, como Simone Weil, que desde el amor a los hombres y a los proletarios han sido conducidas al amor a Cristo.

Al deber de amar y respetar a los pobres se sigue, decía yo, el de socorrer/es. Aquí nos viene en ayuda el mismo Santiago. ¿Para qué sirve, dice él, apiadarse delante de un hermano o una hermana privados de vestido y de comida, diciéndoles: «"Id en paz, calentaos y hartaos", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué os sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta» (Santiago 2, 15-17). Jesús en el juicio no dirá: «Estaba desnudo y habéis tenido compasión de mí»; sino: «Estaba desnudo y me vestisteis» (Mateo 25, 36).

Hoy, sin embargo, ya no basta la simple limosna. El problema de la pobreza, a causa de las posibilidades nuevas de comunicación, ha llegado a ser planetario. Lo que sería necesario hoy es una nueva cruzada, una movilización de toda la cristiandad a coro y, es más, hasta de todo el

mundo civil para liberar a los sepulcros vivientes de Cristo, que son los millones y millones de personas, que mueren de hambre, de enfermedades y de agotamiento. Ésta sería una cruzada digna de este nombre, esto es, digna de la «cruz» de Cristo.

Debemos alegramos y dar gracias a Dios porque, al menos en una pequeña parte, esta cruzada está ya en marcha por parte de tantos individuos, instituciones, comunidades parroquiales, religiosas y asociaciones humanitarias. Para quien lo sepa ver hoy hay asimismo un «Pedro el Ermitaño», que recorre el mundo estimulando a todos a esta cruzada. Es el papa. Eliminar o reducir el injusto y escandaloso abismo, que existe entre ricos y pobres en el mundo, es el deber más urgente y el mayor que el milenio, apenas iniciado, ha heredado del precedente.

En fin, más que amar y socorrer a los pobres, se les debe evangelizar. Ésta fue la misión que Jesús reconoció como la suya por excelencia y que confió a la Iglesia: «Llevar la buena noticia a los pobres» (cfr. Lucas 4, 18 s.). No debemos permitir que nuestra mala conciencia nos empuje a cometer la enorme injusticia de privar de la buena noticia a quienes son los primeros y más naturales destinatarios. Ojalá así sea, en excusa nuestra, recordando el proverbio que dice: «estómago con hambre no tiene oídos». Jesús multiplicaba los panes y, a la vez, también la Palabra; es más, primero administraba la Palabra, a veces, durante tres días seguidos y, después, se preocupaba del mismo modo de los panes.

No sólo de pan vive el pobre sino también de esperanza y de toda palabra, que sale de la boca de Dios. Los pobres tienen el sacrosanto derecho de oír íntegro el Evangelio no de forma reducida, sociológico y de lucha de clases. Tienen derecho hoya oír además la buena noticia: «Dichosos los pobres». Sí, dichosos, no obstante todo, porque a vosotros se os abre delante una «posibilidad» inmensa, cerrada o bastante difícil para los ricos: alcanzar el reino de Dios, esto es, para usar una vieja palabra hoy tan censurada, el paraíso.

Jesús ha prometido que al paraíso, además de los pobres, irán también los que se han hecho amigos de los pobres, partiendo el pan con quien tiene hambre, vistiendo al desnudo, acogiendo a los sin techo. Y esta posibilidad, por suerte, está abierta a todos.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

Evangelización y apostolado

Jesucristo es la luz del mundo. Los corazones de los bautizados han sido encendidos en el fuego del amor del Espíritu Santo y han sido

transformados en luz del mundo, que brilla, por el testimonio de la experiencia personal de cada uno, en la intimidad con Cristo, a través de la palabra y de las obras, para iluminar los corazones de todos los hombres.

Dios le ha dado tanto valor a los hombres, que les ha enviado a su único Hijo para pagar su rescate con su sangre, para que sean luz del mundo y sal de la tierra.

Procura tú conservar tu esencia, alimentándote de la Palabra y de la Eucaristía, acudiendo a los sacramentos, y dando testimonio de fe, de esperanza y de caridad, llevando la luz de Cristo a los demás, en medio de tu vida ordinaria, con tu buen comportamiento y tu buen ejemplo.

Conserva tu corazón bien dispuesto, para que el Espíritu Santo, que habita en ti, encienda otros corazones a través de la evangelización y el apostolado, contagiándose de tu entusiasmo, de tu alegría y de tu amor por Cristo y por la Santa Iglesia.

Entrega tu voluntad a Dios, para que haga en ti su voluntad y brille su luz a través de tus obras, para que, al verlas, el mundo lo glorifique.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

Responsabilidad apostólica

Nos imaginamos, debemos imaginarnos, al Señor pronunciando estas palabras que nos transmite san Mateo, dirigidas también a cada uno. Palabras que nos animan a sentirnos responsables ante Dios, ya que hemos recibido el tesoro del Evangelio; para nuestra riqueza, para nuestro progreso personal y para dar con la propia vida frutos de buenas obras en los demás, de modo que también en ellos produzca fruto.

No hace mucho que meditábamos la escena de Jesús junto al mar de Galilea: después de confirmar a Juan como heraldo suyo, Jesús, el Mesías prometido por Dios a través de los profetas, escoge a varios hombres. Posiblemente los llama de entre los que le habían escuchado poco antes: no se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín. Los escoge para que le acompañen primero, y luego prosigan la tarea evangelizadora. Manifiesta el Señor así, en efecto, que la luz que vino a traer al mundo debe alumbrar a todos los hombres. Conviene no acostumbrarse a esa luz, que dio un peculiar resplandor a nuestra existencia, un brillo que no es, en modo alguno, algo sólo superficial que pudiera considerarse postizo. Se trata de un resplandor, consecuencia del contenido derramado por Dios en nuestra vida.

***Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo*. Así leemos en Camino, porque debe notarse nuestro trato con Dios. Ha de ser una realidad el deseo de Nuestro Señor de que se note su luz a través de cada cristiano. Parte de la responsabilidad que hemos contraído, al escuchar el Evangelio de nuestra salvación, consiste en que otros escuchen de nosotros el mismo Evangelio. Con toda verdad hemos de reconocer que Cristo mismo, por la acción del Espíritu Santo, nos constituye en "candeleros" de su luz, para que por nosotros reconozcan los demás las maravillas de Dios. ¿Tenemos personalmente esa experiencia?**

Esta es la admiración que debemos despertar en nuestros conocidos, ¡en todos ellos! No esa otra que a veces buscamos –vanagloria, gloria vana–, intentando que nos admiren, como si fuéramos los autores de los talentos que hemos recibido. ¡Toda la Gloria para Dios! Nuestra grandeza consistirá en reflejar honrada y fielmente lo que de Dios procede o –si queremos expresarlo de otro modo– en ser vehículos leales de sus dones, para que sea reconocida la Gloria de Dios sobre toda criatura.

Podemos considerar que nuestra respuesta a Dios –que ha querido colmarnos de su riqueza–, debe manifestarse en obras perfectas a la medida de los talentos recibidos de nuestro Creador y, por ello, en el empeño por que otros muchos vivan según la divina Voluntad. Debemos procurar que lo intenten con lo mejor de sí mismos, pues, cuenta el Señor con cada cristiano para que sea apóstol de sus conocidos y parientes, de paso que va enriqueciéndose con otras acciones que manifiestan su Gloria. Uno y otro aspecto de la santidad constituyen una única vida santa y apostólica.

Debemos preguntarnos si frente a Dios, Señor nuestro que nos contempla, nos consideramos personas con una misión recibida. Si recordamos que cuenta con nosotros para extender su reino en este mundo, que, de suyo, es tan material, aunque estemos en él nosotros, creados a su imagen y semejanza. No es la llamada que hemos recibido a la santidad independiente de nuestro deber apostólico. Si la caridad ha de ser la virtud primera para el cristiano, procuraremos, entonces, además de expresar con obras y afectos nuestro amor de Dios, manifestar también ese amor a nuestros semejantes, pues, según enseña san Juan, quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve.

Recordemos las palabras del mismo Cristo: En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis. De un modo misterioso pero real, Nuestro Señor está en cada uno de nuestros semejantes, aunque puedan parecernos en ocasiones muy diferentes, y alejados incluso de nosotros, no sólo físicamente, sino por su carácter, criterios, cultura, raza, edad, etc. Son el prójimo y siempre están ahí, al alcance de nuestras posibilidades de acción, aunque

de diverso modo en cada caso. A muchos podremos ayudarles materialmente en sus necesidades, posiblemente dedicándoles algo de nuestro tiempo, de nuestro ingenio o, tal vez, de nuestros medios materiales y económicos; a todos con la oración, con la comprensión y el afecto. En ningún caso nos quedaremos indiferentes los cristianos o pasivos, sabiendo que otros sufren o padecen diversas necesidades en el cuerpo o en el espíritu, pues, cada hombre al que podemos de algún modo ayudar es "otro cristo", "hijo de Dios Padre" que merece una peculiar atención.

La invocación a Santa María, Reina del mundo y Madre de todos los hombres, nos hace sentirnos familia que peregrina a la Casa del Padre y solidarios de los demás hombres, nuestros hermanos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

Ustedes son la luz del mundo

Ustedes son la sal de la tierra; ustedes son la luz del mundo. Así les habló Jesús a sus discípulos y así nos habla a nosotros, sus discípulos de hoy. ¿En qué sentido los discípulos de Jesús son sal y luz? Por cierto, no por ellos mismos, sino en cuanto participan de la luz que es Cristo. Nosotros, a solas, no somos otra cosa que tinieblas. Sólo él es sal y luz.

Jesús es la sal de la tierra. Sin él, el mundo es insípido, no tiene sabor de eternidad; sin él, el mundo se corrompe moralmente, como se descomponen con más facilidad los alimentos sin sal. La sal es su divinidad, su Espíritu que ha como inyectado en el mundo con su encarnación y con su resurrección. Cualquier cosa que escucho o leo –decía san Bernardo–, todo me resulta insípido si no encuentro allí el nombre de Jesús.

Entonces, ¿en qué sentido Jesús atribuye a los discípulos esta prerrogativa de ser luz y sal? En cuanto, iluminados por su palabra, ellos pueden y deben reflejar esa luz en los otros, un poco como la luna refleja la luz del sol después que ha desaparecido en el horizonte. Y más todavía: en cuanto, hechos partícipes de su divinidad y de su Espíritu, deben esparcir el buen olor de Cristo entre los hermanos.

Esta investidura se ha producido en el bautismo y la Iglesia lo ha destacado con un rito sugestivo: "Recibe la sal, para ser siempre fervoroso de espíritu". Y antes del saludo de despedida –también en el bautismo– nos ha dicho: "Recibe esta lámpara ardiente..." En el bautismo recibimos el Espíritu de Cristo, por eso nos convertimos, como él, en sal de la tierra. Encendemos nuestra pequeña lámpara bajo su gran luz. Ahora Pablo

puede decir: *Antes ustedes eran tinieblas; sin embargo, ahora son luz en el Señor*. "En el Señor", no en nosotros mismos. En realidad, no se trata de una entrega, o de un encargo que se nos da –una tarea para la cual, por otra parte, no estamos capacitados– es más bien el mismo Jesús que viene a nosotros y allí hace su templo. Por lo tanto, nuestra tarea es otra: hacer ver esta presencia luminosa de Cristo desde el interior de su templo. Disminuir el espesor opaco de nuestra naturaleza corrompida y egoísta, a fin de que él pueda, por nuestro medio, manifestarse a los otros y hacerles pasar su luz y su amor. Lo esencial, entonces, es permitirle a Jesús ser incluso luz y sal de la tierra a través de nosotros. En otras palabras: servirle de testigos ante los hombres, como nos lo pidió él mismo (cfr. Hech. 1, 8).

Esto nos ayuda a comprender también "cómo", concretamente, debemos ser para los otros luz y sal. Viviendo en forma intensa nuestra experiencia cristiana, comunicando a los otros la luz, la alegría, la capacidad de amar, que nos da la presencia de Jesús; haciendo que los hermanos que todavía no han descubierto a Jesús, se den cuenta de que sólo él puede dar sentido realmente a la existencia humana, coraje de vivir, fuerza para seguir adelante en todo momento.

Existen algunas actitudes que son particularmente elocuentes para este fin: la amabilidad, la misericordia, la generosidad. Hay un testimonio de la bondad que es todavía más necesario y más elocuente que el testimonio de la verdad.

Sin embargo, Jesús habla también de algo más concreto: las obras buenas, es decir, las obras de luz, viendo las cuales los hombres son inducidos a dar gloria al Padre celestial. La liturgia, en la primera lectura, ha insistido justamente en este tema, haciéndonos escuchar aquellas palabras de Isaías que parecen escritas para *nosotros: …compartir tu pan con el hambriento y albergar a los pobres sin techo; cubrir al que veas desnudo… Si eliminas de ti todos los yugos, el gesto amenazador y la palabra maligna… tu luz se alzará en las tinieblas…* ¡He aquí, entonces, lo que significa ser luz del mundo y hacer obras de luz! Sólo con mala fe se puede apartar alguien de esta lógica. No es posible hablar del cristiano luz y sal del mundo, ignorando estos aspectos de la vida. Hoy hay más hambrientos que nunca; se calcula que más de un tercio de la población de la tierra sufre de hambre crónico. También hay muchos sin techo, incluso cerca de nosotros. Simular que no nos damos cuenta significa ser como aquel levita que en camino de Jerusalén a Jericó pasó delante del herido antes del buen samaritano, y no se detuvo. No todos entre nosotros tienen un techo y una casa para poder compartir con los demás, pero en nuestra sociedad opulenta son pocos quienes no podrían comprometerse activamente en alguna obra a favor del prójimo y realizar algún recorte en

sus gastos superfluos para estar en posición de ayudar a quien está más necesitado que ellos.

Isaías habla también de sacar de entre nosotros el gesto amenazador y la palabra maligna. Son cosas que más que cualquier otra contaminan y enrarecen en esta época nuestra convivencia y la hacen tan perturbada. Sería necesario que justamente nosotros los cristianos comenzáramos a ponerlo en práctica, confirmando que somos verdaderamente hijos y discípulos de la luz. Dejar de ser arrogantes, de hacer a los otros el gesto amenazador.

Por fin, ¿"para quién" debemos ser luz? "Del mundo" o "de la tierra" dice el Evangelio. Sí, pero no nos hagamos ilusiones: antes que nada el mundo es para nosotros lo que nos rodea, nuestro pequeño mundo cotidiano: la familia, el ambiente del trabajo. Olvidarlo es vivir en una continua coartada ilusoria. Jesús dice de la luz real que se pone en el candelero "para que alumbre a quienes están en casa". Se hablaba por ejemplo de yugos, de un hablar violento; no debería olvidarse que hay una arrogancia, una prepotencia que tiene que ser eliminada sobre todo en las relaciones familiares, entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre jóvenes y ancianos, antes que en las relaciones sociales y laborales. Deberíamos, entonces, tomar muy a la letra esta indicación de Jesús de ser luz "para los que están en casa". Ser testigos de Cristo, de su ley, entre los seres queridos. No avergonzarse de instaurar en la familia algún gesto de testimonio y de reconocimiento recíproco en la fe. El respeto humano es aquel candil que, la mayoría de las veces, tiene prisionera a la luz y le impide manifestarse.

Es cierto, nuestra tarea de ser portadores de luz no es fácil. Significa hacerle espacio a Jesús en nosotros, vaciándonos de nosotros mismos. Para esto, Jesús previó también la consecuencia negativa: la luz que se apaga, la sal que se hace insípida. No es una hipótesis abstracta, sino una realidad cotidiana. El cristiano insípido es aquel cuya vida ya no está de acuerdo con el Evangelio. Entonces se vuelve "el más miserable de todos los hombres", reprimido justamente y despreciado por los demás debido a su incoherencia. ¡Cuántos hay! Jesús tenía razón: el mundo no sabe qué hacer con estas luces apagadas y estos terrones de sal insípidos.

Mantener viva la pequeña llama encendida para nosotros en el bautismo es entonces una conquista diaria; es un volver a encender nuestra pequeña luz, cada vez que se apaga, bajo la gran llama que es Cristo, y la Eucaristía es justamente esta ocasión. Ella renueva y vuelve a encender en forma semanal en nosotros el prodigio del bautismo; nos vuelve a consagrar cada vez para ser luz del mundo y sal de la tierra Y, lo más reconfortante de todo, nos da también la fuerza necesaria.

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de San Carlos y San Blas

– Necesidad de vivir las virtudes cristianas

"Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5,13-14). Con estas palabras Cristo definió a sus discípulos y, al mismo tiempo, les asignó una tarea: explicó cómo deben ser, puesto que se trata de sus discípulos.

¿Por qué el Señor Jesús ha llamado a sus discípulos "la sal de la tierra"? Él mismo nos da la respuesta si consideramos, por una parte, las circunstancias en que pronuncia estas palabras y, por otra, el significado inmediato de la imagen de la sal. Como sabéis la afirmación de Jesús se inserta en el sermón de la montaña, cuya lectura comenzó el domingo pasado con el texto de las ocho bienaventuranzas: Jesús rodeado de una gran muchedumbre, está enseñando a sus discípulos (cfr. Mt 5,1), y precisamente a ellos, como de improviso, les dice no que "deben ser", sino que "son" la sal de la tierra. En una palabra, se diría que Él, sin excluir obviamente el concepto de deber, designa una condición normal y estable del discipulado: no se es verdadero discípulo suyo, si no se es sal de la tierra.

Por otra parte, resulta fácil la interpretación de la imagen: la sal es la sustancia que se usa para dar sabor a las comidas y para preservarlas, además, de la corrupción. El discípulo de Cristo, pues, es sal en la medida en que ofrece realmente a los otros hombres, más aún, a toda la sociedad humana, algo que sirva como un saludable fermento moral, algo que dé sabor y que tonifique. Este fermento solo puede ser el conjunto de las virtudes indicadas en la serie de las bienaventuranzas.

Se comprende, pues, cómo estas palabras de Jesús valen para todos los discípulos. Por tanto, es necesario, que cada uno de nosotros las entienda como referidas a sí mismo. Ahora, después de la explicación que de estas palabras he hecho, debéis sentiros comprendidos en ellas todos. ¡Porque todos sois discípulos de Cristo!

– El apostolado

Y ahora la segunda pregunta: ¿Por qué el Señor llamó a sus discípulos la "luz del mundo"? Él mismo nos da la respuesta, basándonos siempre en las circunstancias a que hemos aludido y en el valor peculiar de la imagen. Efectivamente la imagen de la luz se presenta como complementaria e integrante respecto a la imagen de la sal: si la sal sugiere la idea de la penetración en profundidad, la de la luz sugiere la idea de la difusión en

sentido de extensión y de amplitud, porque –diré con las palabras del gran poeta italiano y cristiano– "La luz rápida cae como lluvia de cosa en cosa, y suscita varios colores dondequiera que se posa" (A. Manzoni).

El cristiano, pues, para ser fiel discípulo de Cristo, debe iluminar con su ejemplo, con sus virtudes, con esas "bellas obras" (Kala Erga), de las que habla el texto evangélico de hoy (Mt 5,16), y las cuales puedan ser vistas por los hombres. Debe iluminar precisamente porque es seguidor de Aquél que es "la luz verdadera que viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre" (Jn 1,9), y que se autodefine "luz del mundo" (Jn 8,12). El lunes pasado hemos celebrado la fiesta de "La Candelaria", cuyo nombre exacto es el de "Presentación del Señor". Al llevar al Niño al templo, fue saludado proféticamente por el anciano Simeón como "luz para alumbrar a las naciones" (Lc 2,32). Ahora bien, ¿no nos dice nada esta "persistencia de imagen" en la óptica de los evangelistas? Si Cristo es luz, el esfuerzo de la imitación y la coherencia de nuestra profesión cristiana jamás podrá prescindir de un ideal y, al mismo tiempo, de la semejanza real con Él.

También esta segunda imagen configura una situación normal y universal, válida para la vida cristiana: se presenta y se impone como una obligación de estado y debe tener, por tanto, una realización práctica y detallada, de modo que en ella se encuentren todos. Igual que todos están invitados a hacerse discípulos de Cristo, así también todos pueden y deben hacerse, en sus obras concretas, sal y luz para los demás hombres.

– Vivir el misterio de Cristo

Y ahora escuchemos la confesión del auténtico discípulo de Cristo.

He aquí que habla San Pablo con las palabras de su carta a los Corintios. Lo vemos mientras se presenta a sus destinatarios, y oímos que lo ha hecho "débil y temeroso" (1 Cor 2,3). ¿Por qué?

Esta actitud de debilidad y temor nace del hecho de que él sabe que choca con la mentalidad corriente, la sabiduría puramente humana y terrena, que sólo se satisface con las cosas materiales y mundanas. Él, en cambio, anuncia a Cristo y a Cristo crucificado, esto es, predica una sabiduría que viene de lo alto. Para hacer esto, para ser auténtico discípulo de Cristo, vive interiormente todo el misterio de Cristo, toda la realidad de su cruz y de su resurrección. Además, es preciso notar que así también la intensa vida interior se convierte, casi de modo natural en lo que el Apóstol llama "el testimonio de Dios" (1Cor 2,1). Así, pues, en la vida práctica, un auténtico discípulo de Cristo debe siempre ser tal en el sentido de la aceptación interior del misterio de Cristo, que es algo totalmente "original", no mezclado con la ciencia "humana" y con la "sabiduría de este mundo.

Viviendo de este modo tendremos ciertamente el "conocimiento" de él y también la capacidad de actuar según él. Pero es necesario que en

relación con los compromisos de naturaleza laical, nuestra fe no se funde en sabiduría humana, sino en el poder de Dios (1 Cor 2,5).

¿Qué consecuencias prácticas nos conviene sacar de las lecturas litúrgicas de hoy? Me parece que deben ser éstas: ante todo, la profundización en la fe y en la vida interior; en segundo lugar, un empeño serio en la actividad apostólica: "para que los hombres vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el Cielo" (Mt 5,16); y finalmente la disponibilidad de ayudar a los otros, como bien dice la primera lectura con las palabras de Isaías: "Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que va desnudo, y no te cierres a tu propia carne. Entonces romperá tu luz con la aurora, enseguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor y te responderá. Gritarás y te dirá: Aquí estoy" (Is. 58,7-9).

Ante todo, deseo que renovéis en vosotros la conciencia personal y comunitaria: soy discípulo, quiero ser discípulo de Cristo. Esto es una cosa maravillosa: ¡Ser discípulo de Cristo! ¡Seguir su llamada y su Evangelio! Os deseo que podáis sentir esto más profundamente, y que la vida de cada uno de vosotros y de todos adquiera, gracias a esta conciencia, su pleno significado.

En las palabras de Isaías se contiene una promesa particular: el Señor escucha a los que le obedecen. El responde "Aquí estoy" a los que se hallan ante Él con la misma disponibilidad y dicen con su conducta el mismo "aquí estoy". Os deseo que vuestra relación con Jesucristo nuestro Señor, Redentor y Maestro, se regule de este modo. Deseo que Cristo esté con vosotros, y que, mediante vosotros esté con los demás: y que se realice así la vocación de sus verdaderos discípulos, los cuales deben ser "la sal de la tierra".

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Con su sola presencia la sal y la luz cumplen su función. Una, dando sabor y preservando de corrupción; y, la otra, iluminando y proporcionando la energía necesaria. Jesús pide a los suyos que extiendan por todas partes, con su comportamiento, el Evangelio y así se dé "gloria al Padre, que está en los cielos".

Quienes nos rodean –incrédulos o no– ven nuestro modo de vivir. Y esos ojos que nos miran, no siempre son de amor: "Mirad que Yo os envío como corderos en medio de lobos" (Mt 10,16). Los demás se comportan como indiscretas cámaras en donde se van filmando aquellos gestos y actitudes de los que no somos del todo conscientes. Nuestra responsabilidad es grande porque se juzga a la Iglesia por nuestra

actuación. Esto podrá lamentarse como injusto ya que no somos la Iglesia, pero sería infantil ignorarlo. El hecho está ahí, y es tan humano como inevitable.

A entorpecer este deber del ejemplo –siendo sal y luz– se asocia ese mundo pluralista en que vivimos, donde gentes con otras creencias trabajan a nuestro lado. En determinadas cuestiones o niveles la invitación al consenso limando las aristas de la Verdad se hace apelando a un buen entendimiento, a la necesidad de llegar a una solución que acepten todos. El miedo a parecer chocante o impertinente, incluso a ser excluido, con nuestro ejemplo –riesgo que siempre se puede evitar si se procede con tacto– no debe llevarnos a transigir o a atenuar las exigencias de la verdad, porque así no lograríamos nada, excepto la compasión o la burla. Por dolorosa que pudiera presentarse la alternativa, tendríamos que asumirla. De lo contrario, no sería decorosa nuestra conducta ni para nosotros ni para ellos. Pocas cosas despiertan tanta admiración y respeto como el que dice o hace con libertad lo que piensa, sin ceder a presiones.

Ser sal y luz es enfocar con criterio cristiano la vida familiar, profesional, social... sin prepotencias, con respeto, siendo veraces, alegres, sencillos, abiertos, serviciales, atentos. Todos conocemos la poderosa influencia del ambiente, que es la suma de los ejemplos de las personas que lo componen. Un ambiente puede hacer que convicciones arraigadas, casi inamovibles, se desvanezcan como la sal en el agua, al encontrar un clima hostil o indiferente. Y al revés. Para bien o para mal, el ejemplo ejerce un poder de arrastre muy considerable.

¡Dar ejemplo! ¡Sin alardes, con la naturalidad del que cree sinceramente en Jesucristo! Porque una cosa es el buen ejemplo y otra la ostentación. El bien que hacemos es el que ignoramos. ¿No hemos meditado nunca que sobre cada uno recae el peso de que el buen nombre de la Iglesia no se discuta por nuestra conducta y la obligación de atraer a la luz y al calor de Cristo a muchos que viven en la oscuridad de la ignorancia y sin el calor de la esperanza?

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«A todos ha de llegar la luz de Cristo para que todos den gloria al Padre»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 58,7-10: «Entonces nacerá tu luz como la aurora»

Sal 111,4-5.6-7.8-9: «El justo brilla en la tiniebla como una luz»

1Co 2,1-5: «Os he anunciado a Cristo crucificado»

Mt 5,3-16: «Vosotros sois la luz del mundo»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El camino de los hombres para encontrarse con Dios y glorificarlo es el de las obras buenas de los discípulos de Jesús. Las obras buenas descubren a Dios como «amor». Los discípulos de Jesús son para sus hermanos los hombres y para la tierra y el mundo luz y sal cuando, mediante las buenas obras, visibilizan y comunican el amor de Jesucristo (Ev.).

Esas buenas obras son: «parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que va desnudo»... Con ellas «romperá tu luz como la aurora, y detrás irá la gloria del Señor».

San Pablo sufrió mucho y pasó «una gran aflicción» por la Iglesia de Corinto. Se presentó ante ella «débil y temeroso» «sin querer saber cosa alguna sino a Jesucristo y este crucificado» (2ª Lect.).

La cruz es la gran obra del amor.

III. SITUACIÓN HUMANA

Ni el poder, ni la inteligencia, ni las riquezas son por sí mismas transformadoras de nada. Quien tenga algo de esto, sí, siempre que lo tome como un servicio al bien común y no en provecho propio.

Ser luz y sal es saber que nadie hay inútil, si sabe poner lo que tiene a disposición de todos.

Todos estamos saturados de palabras, de organizaciones, de reuniones. El alma de todo son las armas de la luz, que son: «la bondad, la justicia, la verdad».

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El Pueblo de Dios, sal de la tierra y luz del mundo: "Su misión (la del Pueblo de Dios) es ser la sal de la tierra y la luz del mundo. «Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano»" (782).

– La luz del mundo significada en el Bautismo: "La vestidura blanca simboliza que el bautizado se ha «revestido de Cristo»; ha resucitado con Cristo. El cirio que se enciende en el cirio pascual significa que Cristo ha iluminado al neófito. En Cristo, los bautizados son «la luz del mundo»" (1243).

La respuesta

– La fidelidad de los bautizados, fundamento de la evangelización: "La fidelidad de los bautizados es una condición primordial para el anuncio del Evangelio y para la misión de la Iglesia en el mundo. Para manifestar ante los hombres su fuerza de verdad y de irradiación, el mensaje de la salvación debe ser autentificado por el testimonio de vida

de los cristianos. «El mismo testimonio de vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural son eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios» (AA 6)" (2044).

– «Todos los fieles cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo y la fuerza del Espíritu Santo que les ha fortalecido con la confirmación (AG 11)» (2472).

El testimonio cristiano

– «Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los Cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15, 36)» (736).

Si te dejas iluminar por Cristo serás cristiano. Si por ti llega a otros su luz, serás testigo.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

Ser luz con el ejemplo

– Los cristianos debemos ser sal y luz en medio del mundo. El ejemplo ha de ir por delante.

I. En el Evangelio de la Misa de este domingo nos habla el Señor de nuestra responsabilidad ante el mundo: *Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo*. Y nos lo dice a cada uno, a quienes queremos ser sus discípulos.

La *sal* da sabor a los alimentos, los hace agradables, preserva de la corrupción y era un símbolo de la sabiduría divina. En el Antiguo Testamento se prescribía que todo lo que se ofreciera a Dios llevase la sal, significando la voluntad del oferente de que fuera agradable. La *luz* es la primera obra de Dios en la creación, y es símbolo del mismo Señor, del Cielo y de la Vida. Las tinieblas, por el contrario, significan la muerte, el infierno, el desorden y el mal.

Los discípulos de Cristo son la *sal de la tierra*: dan un sentido más alto a todos los valores humanos, evitan la corrupción, traen con sus palabras la sabiduría a los hombres. Son también *luz del mundo*, que orienta y señala el camino en medio de la oscuridad. Cuando viven según su fe, con su comportamiento *irreprochable y sencillo, brillan como luceros en el mundo*, en medio del trabajo y de sus quehaceres, en su vida corriente. En cambio, ¡cómo se nota cuando el cristiano no actúa en la

familia, en la sociedad, en la vida pública de los pueblos! Cuando el cristiano no lleva la doctrina de Cristo allí donde se desarrolla su vida, los mismos valores humanos se vuelven insípidos, sin trascendencia alguna, y muchas veces se corrompen.

Cuando miramos a nuestro alrededor nos parece como si, en muchas ocasiones, los hombres hubieran perdido la *sal y la luz* de Cristo. "La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de las ideologías secularizadas, que van, desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolífica y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un "nihilismo" que desarma la voluntad para afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo". Hay muchos males que se derivan de "la defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza el equilibrio a personas y comunidades". Se ha llegado a esta situación –en la que es preciso evangelizar de nuevo a Europa y al mundo– por el cúmulo de omisiones de tantos cristianos que no han sido *sal* y *luz*, como el Señor les pedía.

Cristo nos dejó su doctrina y su vida para que los hombres encuentren sentido a su existencia y hallen la felicidad y la salvación. *No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo del celemín, sino sobre un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa*, nos sigue diciendo el Señor en el Evangelio de la Misa. *Alumbre así vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*. Y para eso es necesario, en primer lugar, el ejemplo de una vida recta, la limpieza de conducta, el ejercicio de las virtudes humanas y cristianas en la vida sencilla de todos los días. La luz, el buen ejemplo, ha de ir por delante.

– Ejemplaridad en la vida familiar, profesional, etc.

II. Frente a esa marea de materialismo y de sensualidad que ahoga a los hombres, el Señor *quiere que de nuestras almas salga otra oleada –blanca y poderosa, como la diestra del Señor–, que anegue, con su pureza, la podredumbre de todo materialismo y neutralice la corrupción, que ha inundado el Orbe: a eso vienen –y a más– los hijos de Dios*, a llevar a Cristo a tantos que conviven con nosotros, a que Dios no sea un extraño en la sociedad.

Transformaremos de verdad el mundo –comenzando por ese mundo quizá pequeño en el que se lleva a cabo nuestra actividad y en el que se

despiertan nuestras ilusiones– si la enseñanza comienza con el testimonio de la vida personal: si somos ejemplares, competentes y honrados en el trabajo profesional; en la familia, dedicando a los hijos, a los padres, el tiempo que necesitan; si nos ven alegres, también en medio de la contradicción y del dolor; si somos cordiales…, "creerán a nuestras obras más que a cualquier otro discurso" y se sentirán atraídos a la vida que muestran nuestras acciones. El ejemplo prepara la tierra en la que fructificará la palabra. Sin nada que no sea propio de cristianos corrientes, podemos mostrar lo que significa seguir de verdad al Señor en el quehacer cotidiano, como hicieron los primeros cristianos. San Pablo lo urgía así a los fieles de *os conjuro a que os portéis de una manera digna de la vocación a la que habéis sido llamados*.

Nos han de conocer como hombres y mujeres leales, sencillos, veraces, alegres, trabajadores, optimistas; nos hemos de comportar como personas que cumplen con rectitud sus deberes y que saben actuar en todo momento como hijos de Dios, que no se dejan arrastrar por cualquier corriente. La vida del cristiano constituirá entonces una señal por la que conocerán el espíritu de Cristo. Por eso, debemos preguntarnos con frecuencia en nuestra oración personal si nuestros compañeros de trabajo, nuestros familiares y amigos, al presenciar nuestras acciones, se ven movidos a glorificar a Dios, porque ven en ellas la luz de Cristo: será un buen signo de que hay luz en nosotros y no oscuridad, amor a Dios y no tibieza. "Él –nos decía el Papa Juan Pablo II– tiene necesidad de vosotros… De algún modo le prestáis vuestro rostro, vuestro corazón, toda vuestra persona, convencidos, entregados al bien de los demás, servidores fieles del Evangelio. Entonces será Jesús mismo el que quede bien; pero si fueseis flojos y viles, oscureceríais su auténtica identidad y no le haríais honor". No perdamos nunca de vista esta realidad: los demás han de ver a Cristo en nuestro sencillo y sereno comportamiento diario: en el trabajo, en el descanso, al recibir buenas o malas noticias, cuando hablamos o permanecemos en silencio… Y para esto es necesario seguir muy de cerca al Maestro.

– Ejemplares en la caridad y en la templanza. Para nada sirve la sal insípida.

III. En la *Primera lectura*, el Profeta Isaías enumera una serie de obras de misericordia, que darán al cristiano la posibilidad de manifestar la caridad de su corazón, y que consisten en amar a los demás como nos ama el Señor: compartir el pan y el techo, vestir al desnudo, desterrar los gestos amenazadores y las maledicencias. *Entonces* –canta el *Salmo responsorial*– *romperá tu luz como la aurora (…), brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía*. La caridad ejercida a nuestro alrededor, en las circunstancias más diferentes, será un testimonio que atraerá a muchos a la fe de Cristo, pues Él mismo dijo: *En esto conocerán*

***que sois mis discípulos*. Las mismas normas corrientes de la convivencia, que para muchas personas se quedan en algo exterior y sólo las practican porque hacen más fácil el trato social, para los cristianos deben ser fruto también de la caridad –de su unión con Dios, que llena de contenido sobrenatural esos gestos–, manifestación externa de aprecio y de interés. "Ahora adivino –escribe Santa Teresa de Lisieux– que la verdadera caridad consiste en soportar todos los defectos del prójimo, en no extrañar sus debilidades, en edificarse con sus menores virtudes; pero he aprendido especialmente que la caridad no debe quedar encerrada en el fondo del corazón, pues *no se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa*. Me parece que esta antorcha representa la caridad que debe iluminar y alegrar no sólo a aquellos que más quiero, sino a todos los que están en la casa", a toda la familia, a cada uno de los que comparten nuestro trabajo... Caridad que se manifestará en muchos casos a través de las formas usuales de la educación y de la cortesía.**

Otro aspecto importante, en el que los cristianos hemos de ser esa *sal* y *luz* de la que nos habla el Señor, es la *templanza* y la *sobriedad*. Nuestra época "se caracteriza por la búsqueda del bienestar material a cualquier coste, y por el correspondiente olvido –mejor sería decir miedo, auténtico pavor– de todo lo que pueda causar sufrimiento. Con esta perspectiva, palabras como Dios, pecado, cruz, mortificación, vida eterna..., resultan incomprensibles para gran cantidad de personas, que desconocen su significado y su contenido". Por ello, es particularmente urgente dar testimonio generoso de *templanza* y de *sobriedad*, que manifiestan el señorío de los hijos de Dios, utilizando los bienes "según las necesidades y deberes, con la moderación del que los usa, y no del que los valora demasiado y se ve arrastrado por ellos".

Le pedimos hoy a la Virgen que sepamos ser *sal*, que impide la corrupción de las personas y de la sociedad, y *luz*, que no sólo alumbra sino que calienta, con la vida y con la palabra; que estemos siempre encendidos en el amor, no apagados; que nuestra conducta refleje con claridad el rostro amable de Jesucristo. Con la confianza que Ella nos inspira, pidamos en la intimidad de nuestro corazón: Señor Dios nuestro, tú que hiciste de tantos santos una lámpara que a la vez ilumina y da calor en medio de los hombres, concédenos caminar con ese encendimiento de espíritu, como *hijos de la luz*.

Rev. D. Josep FONT i Gallart (Tremp, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

Vosotros sois la luz del mundo

Hoy, el Evangelio nos hace una gran llamada a ser testimonios de Cristo. Y nos invita a serlo de dos maneras, aparentemente, contradictorias: como la sal y como la luz.

La sal no se ve, pero se nota; se hace gustar, paladear. Hay muchas personas que "no se dejan ver", porque son como "hormiguitas" que no paran de trabajar y de hacer el bien. A su lado se puede paladear la paz, la serenidad, la alegría. Tienen —como está de moda decir hoy— "buenas radiaciones".

La luz no se puede esconder. Hay personas que "se las ve de lejos": Teresa de Calcuta, el Papa, el Párroco de un pueblo. Ocupan puestos importantes por su liderazgo natural o por su ministerio concreto. Están "encima del candelero". Como dice el Evangelio de hoy, «en la cima de un monte» o en «el candelero» (cf. Mt 5,14.15).

Todos estamos llamados a ser sal y luz. Jesús mismo fue "sal" durante treinta años de vida oculta en Nazaret. Dicen que san Luis Gonzaga, mientras jugaba, al preguntarle qué haría si supiera que al cabo de pocos momentos habría de morir, contestó: «Continuaría jugando». Continuaría haciendo la vida normal de cada día, haciendo la vida agradable a los compañeros de juego.

A veces estamos llamados a ser luz. Lo somos de una manera clara cuando profesamos nuestra fe en momentos difíciles. Los mártires son grandes lumbreras. Y hoy, según qué ambiente, el solo hecho de ir a misa ya es motivo de burlas. Ir a misa ya es ser "luz". Y la luz siempre se ve; aunque sea muy pequeña. Una lucecita puede cambiar una noche.

Pidamos los unos por los otros al Señor para que sepamos ser siempre sal. Y sepamos ser luz cuando sea necesario serlo. Que nuestro obrar de cada día sea de tal manera que viendo nuestras buenas obras la gente glorifique al Padre del cielo (cf. Mt 5,12).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

Tu esencia, sacerdote, es el amor

«Un discípulo no está por encima de su maestro. Ni un siervo por encima de su Señor» (Mt 10, 24).

Eso dice Jesús.

Y también dice que tú, sacerdote, eres su discípulo y eres su siervo. Él es tu Maestro. Aprende de Él a ser como Él. Síguelo para que brille tu luz para el mundo.

Sacerdote, tú eres la sal de la tierra y la luz del mundo. Es eso lo que te enseña tu Señor. Y te enseña a cuidar tu esencia, porque si la pierdes, sacerdote, te vuelves sal insípida que no sirve para nada.

Tu esencia, sacerdote, es el amor.

El amor une, y te hace ser alianza entre los hombres y Dios, unión que diviniza al hombre. Porque a través de ti, el hombre se vuelve hijo de Dios.

Son tus manos, sacerdote, las que logran esa unión.

Es tu palabra, sacerdote, la que sella al hombre en el corazón de Dios, porque todo lo que ata en esta tierra permanece unido en el cielo en la eternidad de Dios.

Pero, sacerdote, si tú pierdes tu esencia, si tú pierdes el amor y escondes tus manos, y callas tu voz, ¿quién hará esa unión?

Sacerdote, perder tu esencia es como si la sal perdiera su sabor y se volviera insípida. No serviría para nada, porque fue creada para cumplir una misión, un objetivo claro, conciso, claro, de acuerdo a su esencia, de una vez y para siempre.

Sacerdote, conserva en tu corazón encendido el fuego del amor que te une a Dios, para reunir a su rebaño con su Pastor.

Sacerdote, tú has sido creado, has sido llamado, has sido escogido y has sido ordenado para ser en todo como tu Maestro.

Sacerdote, aprende de Él y pídele que mantenga encendida la luz que Él un día hizo brillar en ti y que no es para esconderla, sino para mostrarla al mundo a través de su Palabra.

Sacerdote, escucha la Palabra de tu Maestro y hazla tuya, vívela, para que ilumines al mundo con tu ejemplo, con tus obras, que es así como tu luz brilla para darle gloria a Dios.

Sacerdote, humíllate ante tu Maestro para que puedas aprender. Permanece en la disposición de recibir y entregar el amor a través de tus obras y de tu voz.

Persevera, sacerdote, obrando con misericordia porque eso es lo que te enseña tu Maestro.

Reconócete discípulo y cumple sus mandamientos, escuchando su Palabra y poniéndola en práctica. Es así, sacerdote, como recibes y entregas el amor. Es así, sacerdote, como conservas tu esencia. Es así, sacerdote, como eres sal de la tierra y luz para el mundo.

La misericordia es la manifestación de la esencia del ser, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Dios es amor. Encuentra, sacerdote, tu esencia en Dios.

Búscala remando mar adentro, en el silencio de tu interior, y descubre quién eres, sacerdote, para qué has sido creado, para qué fuiste llamado, para qué fuiste elegido y fuiste ordenado, porque tú dijiste sí, y tu Señor confía en ti.

Tú estás preparado para cumplir tu misión. Reconoce, sacerdote, que ésta es tu vocación. Y permite a la luz de Cristo brillar en el altar, en la sede, en el ambón, en el confesionario, en el bautisterio, pero también, sacerdote, a cada lugar que tú vayas, porque tú eres misionero, eres responsable de ser la sal de la tierra y de llevar la luz de Cristo a todos los rincones del mundo.

No pierdas tu esencia, sacerdote. No pierdas tu sabor. No escondas tu luz.

¡Sala la tierra y brilla!

Porque tú eres para el mundo un regalo del Señor, que ilumina las tinieblas de los hombres para que ellos también descubran su esencia a través de ti, en la sabiduría y en el poder de Dios.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 34)

Domingo VI del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Homilía en Santa Marta (12.VI.13) – Ángelus 2014 y 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Givanildo dos SANTOS Ferreira (Brasília, Brasil) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

MÁS ALLÁ DEL LEGALISMO

Sir 15, 16-21; 1 Cor 2, 6-10; Mt 5, 17-37

Nada por encima de la ley dada por Dios a Israel. Ese es el punto de vista fundamental que nos comparte el Señor Jesús al comienzo del Evangelio. La ley de Dios como referente absoluto para guiar a los creyentes. En la segunda parte de este discurso, escuchamos las solemnes antítesis donde

el Maestro actualiza el espíritu de los mandatos divinos. La letra ordena no matar, no cometer adulterio, no jurar en falso. Prohibiciones que sin duda defienden valores fundamentales como la vida, la confianza y la lealtad. Sin embargo, las nuevas demandas planteadas por Jesús llegan al núcleo, en tanto que continúa exigiendo abstenerse del homicidio y además propone eliminar la violencia verbal y abrir la puerta a la reconciliación. En lo relativo a la honestidad, exige hablar con transparencia, afirmando sin ambigüedad nuestras convicciones y nuestros desacuerdos.

ANTIFONA DE ENTRADA Sal 30, 3-4

Sírveme de defensa, Dios mío, de roca y fortaleza salvadoras; y pues eres mi baluarte y mi refugio, acompáñame y guíame.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que prometiste poner tu morada en los corazones rectos y sinceros, concédenos, por tu gracia, vivir de tal manera que te dignes habitar en nosotros. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Dios no ha dado a nadie permiso de pecar.

Del libro del Sirácide (Eclesiástico): 15, 16-21

Si tú lo quieres, puedes guardar los mandamientos; permanecer fiel a ellos es cosa tuya. El Señor ha puesto delante de ti fuego y agua; extiende la mano a lo que quieras. Delante del hombre están la muerte y la vida; le será dado lo que él escoja.

Es infinita la sabiduría del Señor; es inmenso su poder y él lo ve todo. Los ojos del Señor ven con agrado a quienes lo temen; el Señor conoce todas las obras del hombre. A nadie le ha mandado ser impío y a nadie le ha dado permiso de pecar.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 118, 1-2.4-5.17-18.33-34.

R/. Dichoso el que cumple la voluntad del Señor.

Dichoso el hombre de conducta intachable, que cumple la ley del Señor. Dichoso el que es fiel a sus enseñanzas y lo busca de todo corazón. *R/.*

Tú, Señor, has dado tus preceptos para que se observen exactamente. Ojalá que mis pasos se encaminen al cumplimiento de tus mandamientos. *R/.*

Favorece a tu siervo para que viva y observe tus palabras. Ábreme los ojos para ver las maravillas de tu voluntad. *R/.*

Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes y yo lo seguiré con cuidado. Enséñame a cumplir tu voluntad y a guardarla de todo corazón. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Predicamos una sabiduría misteriosa prevista por Dios antes de los siglos, para conducimos a la gloria.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 2, 6-10

Hermanos: Es cierto que a los adultos en la fe les predicamos la sabiduría, pero no la sabiduría de este mundo ni la de aquellos que dominan al mundo, los cuales van a quedar aniquilados. Por el contrario, predicamos una sabiduría divina, misteriosa, que ha permanecido oculta y que fue prevista por Dios desde antes de los siglos, para conducimos a la gloria. Ninguno de los que dominan este mundo la conoció, porque, de haberla conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria.

Pero lo que nosotros predicamos es, como dice la Escritura, que lo que Dios ha preparado para los que lo aman, ni el ojo lo ha visto, ni el oído lo ha escuchado, ni la mente del hombre pudo siquiera haberlo imaginado. A nosotros, en cambio, Dios nos lo ha revelado por el Espíritu que conoce perfectamente todo, hasta lo más profundo de Dios.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr: Mt 11, 25

R/. Aleluya, aleluya.

Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has revelado los misterios del Reino a la gente sencilla. ***R/.***

EVANGELIO

Han oído lo que se dijo a los antiguos; pero yo les digo...

+Del santo Evangelio según san Mateo: 5, 17-37

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "No crean que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles plenitud. Yo les aseguro que antes se acabarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse hasta la más pequeña letra o coma de la ley. Por lo tanto, el que quebrante uno de estos preceptos menores y enseñe eso a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos; pero el que los cumpla y los enseñe, será grande en el Reino de los cielos. Les aseguro que si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, ciertamente no entrarán ustedes en el Reino de los cielos.

Han oído que se dijo a los antiguos: ***No matarás y el que mate será llevado ante el tribunal.*** **Pero yo les digo: Todo el que se enoje con su hermano, será llevado también ante el tribunal; el que insulte a su hermano, será llevado ante el tribunal supremo, y el que lo desprecie, será llevado al fuego del lugar de castigo.**

Por lo tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda junto al altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve luego a presentar tu ofrenda. Arréglate pronto con tu adversario, mientras vas con él por el camino; no sea que te entregue al juez, el juez al policía y te metan a la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último centavo.

También han oído que se dijo a los antiguos: *No cometerás adulterio*. Pero yo les digo que quien mire con malos deseos a una mujer, ya cometió adulterio con ella en su corazón. Por eso, si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecado, arráncatelo y tíralo lejos. porque más te vale perder una parte de tu cuerpo y no que todo él sea arrojado al lugar de castigo. Y si tu mano derecha es para ti ocasión de pecado, córtatela y arrójala lejos de ti, porque más te vale perder una parte de tu cuerpo y no que todo él sea arrojado al lugar de castigo.

También se dijo antes: *El que se divorcie, que le dé a su mujer un certificado de divorcio;* pero yo les digo que el que se divorcia, salvo el caso de que vivan en unión ilegítima, expone a su mujer al adulterio, y el que se casa con una divorciada comete adulterio.

Han oído que se dijo a los antiguos: *No jurarás en falso y le cumplirás al Señor lo que le hayas prometido con juramento*. Pero yo les digo: No juren de ninguna manera, ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es donde él pone los pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del gran Rey.

Tampoco jures por tu cabeza, porque no puedes hacer blanco o negro uno solo de tus cabellos. Digan simplemente sí, cuando es sí; y no, cuando es no. Lo que se diga de más, viene del maligno".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que esta ofrenda, Señor, nos purifique y nos renueve, y se convierta en causa de recompensa eterna para quienes cumplimos tu voluntad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 3, 16

Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados, Señor, por este manjar celestial, te rogamos que nos hagas anhelar siempre este mismo sustento por el cual verdaderamente vivimos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si guardas los mandamientos, ellos te guardarán (Si 15, 16-21)

1ª lectura

El maestro de Israel se detiene ahora en unas sentencias en torno a la libertad y la responsabilidad de los hombres. Dios dio al hombre la libertad (Si 14,14) y también los mandamientos para facilitarle el acertar en sus decisiones (v. 15). La Ley de Dios no coarta la libertad humana, pues no limita su capacidad de elección, sino que enseña a utilizar con provecho el libre albedrío. Los mandamientos del Señor protegen la verdadera libertad (v. 16). Por eso, Juan Pablo II puntualiza: «La verdadera autonomía moral del hombre no significa en absoluto el rechazo, sino la aceptación de la ley moral, del mandato de Dios (...). La libertad del hombre y la ley de Dios se encuentran y están llamadas a compenetrarse entre sí, en el sentido de la libre obediencia del hombre a Dios y de la gratuita benevolencia de Dios al hombre» (*Veritatis splendor*, n. 41).

Aunque en ocasiones la seducción del pecado pueda dificultar la toma de decisiones, siempre queda en manos del hombre la decisión de optar por el bien o por el mal. «Las tentaciones se pueden vencer y los pecados se pueden evitar porque junto con los mandamientos el Señor nos da la posibilidad de observarlos: "Sus ojos están sobre los que le temen, él conoce todas las obras del hombre. A nadie ha mandado ser impío, a nadie ha dado licencia de pecar" (Si 15,19-20). La observancia de la ley de Dios, en determinadas situaciones, puede ser difícil, muy difícil: sin embargo, jamás es imposible. Ésta es una enseñanza constante de la tradición de la Iglesia, expresada así por el Concilio de Trento: "Nadie puede considerarse desligado de la observancia de los mandamientos, por muy justificado que esté; nadie puede apoyarse en aquel dicho temerario y condenado por los Padres: que los mandamientos de Dios son imposibles de cumplir por el hombre justificado. 'Porque Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas' y te ayuda para que puedas. 'Sus mandamientos no son pesados' (1 Jn 5,3), 'su yugo es suave y su carga ligera' (Mt 11,30)"» (*Veritatis splendor*, n. 102).

La sabiduría de Dios (1 Co 2,6-10)

2ª lectura

La sabiduría divina, de la que los hombres estamos llamados a participar, coincide con el designio divino de salvación revelado por el mismo Dios, transmitido por el Espíritu Santo. La sabiduría que Pablo proclama no es contraria a la razón humana, pero la supera. Es «misteriosa, escondida» (v. 7), por cuanto el hombre no puede abarcarla

exhaustivamente como no puede abarcar a Dios; pero puede llegar a conocerla por la revelación (cfr Lc 8,10; Col 1,26), si bien su plenitud se alcanza en el cielo. Hay, por tanto, una triple perspectiva de esta sabiduría-misterio-salvación: está en los planes de Dios desde la eternidad; se manifiesta en la revelación y especialmente en Jesucristo, muerto y resucitado; por la fe se alcanza parcialmente en esta vida y en plenitud en el Cielo: «¡Qué dichosos y admirables son los dones de Dios! Vida inmortal, esplendor de la justicia, verdad en la libertad, fe confiada, templanza con santidad; y todas estas cosas podemos conocerlas. ¿Qué más tendrá Dios preparado para los que esperan en Él? Únicamente el Artífice supremo y el Padre de los siglos lo conoce. Nosotros esforcémonos intensamente en ser contados entre los que esperan para poder participar de los dones prometidos» (S. Clemente Romano, *Ad Corinthios* 30). Las palabras de Is 64,2-3 (v. 9) resumen el contenido de la sabiduría divina: el conjunto de dones que sobrepasan toda capacidad humana (cfr Ef 3,19) y que Dios ha preparado desde la eternidad para los que le aman. Estos dones no son sino el amor que Dios tiene a los hombres. La tradición cristiana, basándose en que tales dádivas se alcanzan plenamente en la otra vida, ha considerado estas palabras como descripción del Cielo.

Jesús, plenitud de la Ley (Mt 5,17-37)

Evangelio

En la atmósfera de expectación mesiánica de los tiempos de Jesús comúnmente se atribuía al Mesías la función de intérprete definitivo de la Ley. San Mateo, al mismo tiempo que evoca el paralelismo con Moisés, muestra que Jesús desborda esa función de intérprete al situarse en el mismo nivel que Dios, por encima de la Ley. Jesús enseña el verdadero valor de la Ley que Dios había dado al pueblo hebreo a través de Moisés y la perfecciona aportando, con autoridad divina, su interpretación definitiva. Jesús añade a lo que «fue dicho» (por Dios), lo que Él ahora establece. No anula los preceptos de la Antigua Ley (cfr v. 18), sino que los interioriza, los lleva a la perfección de su contenido (cfr v. 17), proponiendo lo que ya estaba implícito en ellos, aunque los hombres no lo hubieran entendido en profundidad. Las palabras de Cristo en este discurso del monte son así, en una expresión ya célebre, «el modo perfecto de la vida cristiana» (S. Agustín, *De Sermone Domini in monte* 1,1,1).

Después de haber enseñado el valor de la Ley en términos generales (vv. 17-19), y de haber puntualizado que su verdadero cumplimiento va más allá de una observancia meramente formal (v. 20), el Señor lo ejemplifica con las «antítesis» (vv. 21-47). No es fácil descubrir un orden en ellas, aunque parecen remitir a cinco de los últimos mandamientos del decálogo: el quinto (vv. 21-26), el sexto (vv. 27-32), el octavo (vv. 33-37), el séptimo (vv. 38-42) y el décimo (vv. 42-47). Muchas son las maneras por las que el Señor lleva a la interiorización de los mandamientos: invitando

a la magnanimidad (vv. 39-42), a la grandeza de alma (vv. 44-47), evitando todo tipo de subterfugios y de palabrerías (vv. 34-37), etc. Pero, sobre todo, Jesús personaliza la enseñanza: es cada uno quien se presentará ante Dios, y tendrá que rendir cuentas.

En el v. 22, Jesús indica tres faltas que podemos cometer contra la caridad en las que puede apreciarse una gradación. Comienza con la «ira», o irritación interna, y sigue con el insulto. Esta expresión —«insulte a su hermano»— literalmente habría que traducirla «llame raca al hermano». Raca es una palabra aramea difícil de traducir: equivale a lo que hoy podríamos entender por necio, estúpido o imbécil; entre los judíos significaba desprecio. Finalmente, «maldecir» a alguien, literalmente «llamarle renegado», supone la mayor ofensa; es como decirle que ha perdido todo el sentido moral y religioso. San Agustín, al comentar este pasaje (*De Sermone Domini in monte* 1,9,24), recuerda que de la misma manera que hay una gradación en el pecado la hay en el castigo. Pero el texto nos enseña también la importancia de los pecados internos contra la caridad —el rencor, el odio, etc.— que fácilmente desembocan en otros externos: la murmuración, la injuria, la calumnia, etc.

Nuestro Señor también lleva a plenitud el precepto de la Antigua Ley sobre el adulterio y el deseo de la mujer del prójimo (vv. 27-30). Condena la mirada pecaminosa. Por «ojo derecho» y «mano derecha» (vv. 29-30) se entiende lo que nos es más estimado. Este modo de hablar no significa que nos debamos mutilar físicamente sino luchar sin concesiones, estando dispuestos a sacrificar todo aquello que pueda ser ocasión clara de ofensa a Dios. Por eso, las palabras del Señor, tan gráficas, previenen principalmente acerca de una de las más frecuentes ocasiones: el cuidado que debemos tener con las miradas.

Mención especial merece la cuestión del divorcio (vv. 31-32). La Ley de Moisés (Dt 24,1-4) lo había tolerado por la dureza de corazón de los antepasados. Jesús restablece la originaria indisolubilidad del matrimonio tal como Dios lo había instituido (cfr 19,4-6; Gn 1,27; 2,24; Ef 5,31; 1 Co 7,10). La frase «excepto en el caso de fornicación» no es una excepción del principio de la indisolubilidad del matrimonio que Jesús acaba de restablecer. La mencionada cláusula se refiere, probablemente, a uniones admitidas como matrimonio entre algunos pueblos paganos, pero prohibidas, por incestuosas, en la Ley mosaica (cfr Lv 18) y en la tradición rabínica. Se trata, pues, de uniones inválidas desde su raíz por algún impedimento.

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

No penséis que he venido a destruir la ley y los profetas **(Mt 5,17ss).**

MIRAMIENTOS QUE TIENE EL SEÑOR A LOS JUDIOS

1. ¿Y quién había tenido esa sospecha? ¿Quién se lo había echado en cara para que se adelantara a refutarlo? De lo anteriormente dicho, no podía nacer sospecha semejante. Mandar, en efecto, ser mansos, modestos, misericordiosos y limpios de corazón; mandar luchar por la justicia, no delataba en modo alguno esa intención, sino todo lo contrario. ¿Por qué, pues, finalmente, dijo el Señor esas palabras? —No fue, ciertamente, al azar y sin motivo. Había Él venido a sentar preceptos muy superiores a los antiguos; por ejemplo, cuando dijo: Oísteis que se dijo a los antiguos: No matarás, Pero yo os digo: No os irritéis siquiera. Iba, en verdad, a abrir el camino de una vida divina y celestial. Pues porque la novedad no turbara el alma de sus oyentes y les hiciera dudar de sus palabras tomó el Señor con ellos esta cautela previa. Porque si es cierto que los judíos no cumplían la ley, pero sentían gran veneración por ella, y aun cuando diariamente la infringían de hecho, querían que la letra permaneciera inalterable y nada se le añadiera. O, por decir mejor, consentían que sus sumos sacerdotes añadieran muchas cosas a la ley, y, cierto, no para mejorarla, sino para empeorarla. Con sus añadiduras, en efecto, habían poco menos que destruido el honor debido a los padres; y por el estilo habían eliminado muchos otros de sus preceptos por tales redundancias. Ahora bien, como Cristo no pertenecía a la tribu sacerdotal y lo que Él iba a introducir era una añadidura, no ciertamente que rebajase la ley, sino que la realzaría en su virtud, sabiendo Él que uno y otro motivo los había de turbar, antes de dictar Él aquellas sus leyes maravillosas, trata de disipar el reparo que había de surgir en su espíritu. ¿Y qué reparo surgiría y se le opondría? Pensar que todo aquello lo hacía para destruir los antiguos preceptos u ordenaciones legales. Esta sospecha es la que trata el Señor de curar en sus oyentes. Y así procede no sólo aquí, sino en muchas otras ocasiones.

En efecto, como en otra ocasión le tuvieran por enemigo de Dios por no guardar el sábado, también entonces, para curar en ellos tal sospecha, les alega razones en su defensa, unas que decían con su dignidad de Hijo, por ejemplo, cuando les decía: Mi Padre, hasta ahora está trabajando y yo también trabajo. Otras son pura muestra de su condescendencia; por ejemplo, cuando les habla de la bestia que se pierde en sábado y les hace ver cómo por salvarla se infringe la ley. Y por la misma razón les recuerda la circuncisión, por la que también se quebranta el sábado. De ahí es justamente que muchas veces pronuncia el Señor palabras demasiado humildes, pues quiere a todo trance destruir la sospecha de ser Él enemigo de Dios. Así, el que con sola su palabra había resucitado a infinitos muertos, cuando llamó a Lázaro del sepulcro, añadió una oración. Luego,

porque eso no se tomara por prueba de su inferioridad respecto al Padre, corrigiendo toda sospecha, añadió: Esto he dicho por razón de la muchedumbre que me rodea, a fin de que crean que tú me has enviado. Y, en general, ni todo lo hace el Señor como por propia autoridad—con lo que corrige la flaqueza de los judíos—, ni tampoco acude siempre a la oración—con lo que no quiere dejar a los por venir la mala sospecha de obrar así por debilidad e impotencia—, sino que mezcla poder con oración, y oración con poder. Y ni aun eso lo hace al azar, sino con la prudencia que con Él dice. Las cosas mayores, en efecto, las hace con autoridad, y en las menores levanta sus ojos al cielo. Así, para perdonar los pecados, para descubrir los íntimos secretos, para abrir el paraíso, para expulsar los demonios, para curar los leprosos, para poner freno a la muerte, para resucitar muertos sin número, le basta con un mandato de su querer. En cambio, cuando se trataba de cosa más sencilla, como multiplicar unos pocos panes, entonces es cuando miró al cielo. Con lo que muy bien hacía ver que no obraba así por debilidad. El que por propia autoridad podía hacer lo más, ¿qué necesidad tenía de oración en lo menos? Y es que, como antes he dicho, el Señor obra así para cerrar la boca a la impudencia de los judíos. Lo mismo hay que pensar de sus palabras, cuando le oímos hablar bajamente de sí mismo. Realmente, muchas causas había para hablar y obrar de esa manera. He aquí algunas: que no se le tuviera por ajeno a Dios, su deseo de curar y enseñar a todos, la enseñanza particularmente de la humildad, estar Él revestido de carne, la imposibilidad de que los judíos lo oyeran todo de vez, el enseñarnos, en fin, a no hablar nada grande de nosotros mismos. Por todas estas razones habló muchas veces el Señor humildemente de sí mismo y dejó que fueran otros los que pregonaran sus grandezas.

DE CÓMO SUS DISCÍPULOS DICEN DEL SEÑOR MÁS DE LO QUE ÉL MISMO DIJO DE SÍ MISMO

2. Jesús mismo, disputando con los judíos, les dijo: Antes de que Abrahán fuera, soy yo. No así su discípulo, sino: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba cerca de Dios, y el Verbo era Dios. Además, que Él hubiera hecho el cielo y la tierra y el mar, y todo lo visible y lo invisible, jamás lo dijo claramente por sí mismo; el discípulo, empero, con absoluta libertad y sin disimulo alguno, lo afirma una, y dos, y muchas veces: Todo fue hecho por El, y sin Él nada fue hecho de cuanto fue hecho. Y: En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él. ¿Y qué tiene de extraño que otros digan de Él mayores cosas que las que Él mismo dice, cuando sus mismas obras demuestran cosas que Él no dijo nunca claramente con sus palabras? Que fue Él mismo el que hizo al hombre, lo dio claramente a entender en la curación del ciego de nacimiento. En cambio, cuando habló de la formación del primer hombre al principio, no dijo: "Yo los hice", sino: El que los hizo, macho y hembra los hizo. Además, que Él es el que

creó el mundo y cuanto hay en él, bien lo demostró por los milagros de la multiplicación de los panes y de los peces, por la transformación del agua en vino, por la tempestad calmada en el mar, por el resplandor que irradió en el Tabor, y por tantos otros más; pero con palabras, jamás lo afirmó claramente. Son sus discípulos; Juan, Pablo y Pedro, quienes lo repiten a cada paso. Ahora bien, si los apóstoles, que le estaban oyendo hablar día y noche, que le veían hacer los milagros, a quienes Él en particular resolvía muchas dificultades, a quienes concedió tan grande poder, que resucitaban a los muertos; a quienes hizo tan perfectos que todo lo abandonaron por su amor; si ellos, pues, después de tan gran virtud y filosofía, no podían llevar la carga de toda la enseñanza del Señor antes de dárseles el Espíritu Santo, ¿cómo el pueblo judío—un pueblo sin inteligencia, desprovisto de virtud, que por casualidad oía las palabras o veía las obras de Jesús—, cómo, digo, un pueblo así no había de creer que Cristo era contrario a Dios, de no haber Él usado con ellos de toda esa condescendencia y miramiento? Por eso, cuando estaba aboliendo el sábado, no introdujo autoritativamente otra ley equivalente, sino primero presentó muchos y muy varios motivos en su defensa. Si, pues, cuando se trataba de derogar un solo precepto, usa el Señor de tal miramiento en sus palabras a fin de no herir a sus oyentes, ahora que se propone sustituir una ley íntegramente a otra ley, necesita de mucha mayor preparación y cuidado para no turbar tampoco a los que entonces le escuchaban. Por esta misma razón indudablemente, no en muchas partes se ve que hable claramente el Señor de su propia divinidad. Porque, si una añadidura a la ley los alborotaba, ¿qué hubiera sido afirmar de sí mismo que era Dios? De ahí que muchas veces habla el Señor muy por bajo de su propia dignidad. Así también aquí, cuando se dispone a añadir sus preceptos a la antigua ley, usa de mucha cautela previa. Porque no dijo una sola vez que no venía a destruir la ley, sino que lo volvió a repetir y hasta añadió otra cosa mayor. Así, habiendo dicho: No penséis que he venido a destruir la ley, seguidamente añade: No he venido a destruirla, sino a cumplirla. Con esto no sólo cierra el paso a la impudencia de los judíos, sino que cose también la boca de los herejes que afirman venir del diablo la ley antigua. Porque, si Cristo vino a destruir la tiranía del diablo, ¿cómo es que no sólo no destruye la ley, sino que la cumple? Porque no sólo dijo que no la destruía—y con eso bastaba—, sino que la cumplía. Lo cual no dice con quien es contrario a la ley, sino con quien la aplaude.

DE QUÉ MANERA CUMPLIÓ EL SEÑOR LA LEY Y LOS PROFETAS

Pero me dirás: — ¿Y cómo no destruyó Cristo la ley y cómo la cumplió a par de los profetas? —Los profetas, ante todo, porque con sus obras confirmó cuanto aquéllos habían dicho de Él. De ahí que diga a cada paso el evangelista: Porque se cumpliera lo que fue dicho por el profeta. Así cuando nació virginalmente, así cuando los niños entonaron aquel

maravilloso cántico en su honor, así cuando montó en la borrica, y en tantos casos más. En todos se cumplió alguna profecía. Todo lo cual hubiera quedado incumplido si Él no hubiera venido. En cuanto a la ley, no la cumplió de una sola manera, sino de dos y hasta de tres maneras. Primero, por no haber traspasado ninguno de sus preceptos. Así, que los cumplió todos, oye cómo lo dice a Juan: De este modo nos conviene cumplir toda justicia. Y a los judíos les decía: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Y otra vez a sus discípulos: Viene el príncipe de este mundo y nada tiene que ver conmigo. Y de antiguo había ya dicho el profeta: Que no cometió pecado. He ahí el primer modo como cumplió el Señor la ley. El segundo fue haberla cumplido por nosotros. Porque ahí está la maravilla, que no sólo la cumplió El, sino que nos concedió también a nosotros gracia para cumplirla. Es lo que Pablo declaró cuando dijo: El fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente. Y dijo también que Cristo había condenado al pecado en su carne, a fin de que la justificación de la ley se cumpliera en nosotros, que no caminamos según la carne. Y otra vez: ¿Derogamos, pues, la ley por medio de la fe? ¡Dios nos libre! Lo que hacemos es establecer ley, Y es que, como la ley intentaba hacer justo al hombre, pero era impotente para ello, vino el Señor y, trayéndonos el modo de justificación por la fe, confirmó el intento de la ley, y lo que ésta no logró por la letra, Él lo consiguió por la fe. De ahí que pueda decir: No he venido a destruir, la ley.

LOS PRECEPTOS DE CRISTO SON COMPLEMENTO DE LA ANTIGUA LEY

3. Más, si lo examinamos con diligencia; aun hallaremos un tercer modo como Cristo cumplió la ley. — ¿Qué modo es ése? —La misma ley suya que estaba ahora para proclamar. Porque lo que Él dice no es derogación de lo antiguo, sino su perfección y complemento. Así, el precepto de no airarse no, es derogación, sino perfección y mayor reparo del mandamiento de no matar. Y así de todos los demás. En realidad, la semilla de lo que ahora va a legislar, ya la había El echado anteriormente sin suscitar sospecha alguna; más ahora que con toda claridad va a poner en parangón la antigua y nueva ley, y podía surgir la sospecha de oposición, usa de esa precaución. Para quien supiera verlo, efectivamente, sus palabras anteriores llevan en germen lo que iba a seguir. Así, decir: Bienaventurados los pobres de espíritu, equivale al precepto posterior de no irritarse; y decir: Bienaventurados los limpios de corazón, al no mirar a una mujer para desearla; y lo de: Bienaventurados los misericordiosos, armoniza con lo de: No atesoréis tesoros sobre la tierra; y el llorar y ser perseguidos y sufrir injurias, tanto vale como entrar por la puerta estrecha; y tener hambre y sed de la justicia, no otra cosa es que la regla de oro que luego ha de darnos: Cuanto queráis que los hombres os hagan a vosotros, hacédselo también vosotros a ellos; y haber proclamado

bienaventurados a los pacíficos, viene a ser lo mismo que lo que luego nos manda de dejar la ofrenda sobre el altar y correr a reconciliarnos con el hermano ofendido; y lo otro de entendernos con nuestro contrincante. La diferencia está en que en las bienaventuranzas pone los premios de los que las cumplen; pero luego más bien señala los castigos de quienes no siguen sus consejos. Así, en un caso dice que los mansos heredarán la tierra; aquí, que quien llame fatuo a su hermano será reo del fuego del infierno. En un caso afirma que los limpios de corazón verán a Dios; y en otro, que quien mira intemperantemente a una mujer es ya adúltero consumado. A los pacíficos los llama allí hijos de Dios; pero aquí trata de inspirar temor por otro motivo, diciendo: No sea que tu adversario te entregue al juez. Por semejante manera, a los que lloran y son perseguidos los declara anteriormente bienaventurados; más en lo que sigue, viniendo a decir lo mismo, amenaza con la perdición a los que no entran por el camino angosto. Porque los que andan por el ancho –dice–, en él perecerán. En fin, su sentencia de: No podéis servir a Dios y Mammón, parece ser la misma bienaventuranza de los misericordiosos y la de los que tienen hambre y sed de la justicia. Pero, como antes he dicho, ahora va a decir todo eso con más claridad, y no sólo lo dirá con más claridad, sino que sus palabras añadirán nuevas exigencias. Así, no sólo quiere que seamos misericordiosos, sino que nos manda que nos desprendamos hasta de nuestra túnica. No basta que seamos mansos, sino que hemos de volver la otra mejilla a quien nos quiera abofetear. De ahí que previamente trata de eliminar la aparente contradicción entre sus preceptos y los antiguos. De ahí que no se contente con decirlo una vez, sino que reitere su afirmación de cumplimiento de la ley. Porque después de decir: No penséis que he venido a destruir la ley, añade: No he venido a destruirla, sino a cumplirla.

LA TILDE SOBRE LA YOTA

Y prosigue diciendo: En verdad os digo: Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una tilde sobre la i pasará de la ley hasta que todo se realice. Que es como decir: Imposible quede nada sin cumplimiento; hasta la más leve parte ha de cumplirse. Exactamente lo que Él hizo, cumpliéndola con toda perfección. Más aquí nos quiere, además, dar a entender el Señor que el mundo entero había de transformarse. Y no fue al acaso hacer aquí esa alusión, pues con ello pretendía levantar a sus oyentes y hacerles ver que con razón venía Él a introducir nueva manera de vida, puesto caso que la creación entera se iba a renovar y el género humano era llamado a otra patria y a vida más elevada.

POR QUÉ LLAMA EL SEÑOR MÍNIMOS SUS PRECEPTOS

Aquel, pues, que infringiere uno solo de estos mandamientos mínimos y enseñare lo mismo a los hombres, será tenido por mínimo en el reino de los cielos. Ahora que se siente el Señor libre de toda mala sospecha y ha hecho enmudecer a los que quisieran contradecirle, infunde

va y dirige las más graves amenazas en defensa de la ley que va Él a proclamar. Pues que esto no lo dijo en favor de las antiguas leyes, sino de las que iba Él mismo ahora a establecer, oídlo por lo que sigue: Porque yo os aseguro—dice—que, si vuestra justicia no sobrepuja la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Más si su amenaza se refería a la antigua ley, ¿cómo pudo decir: Si vuestra justicia no sobrepuja? No era, efectivamente, posible sobrepujar, en razón de justicia, a quienes hacían lo mismo que ellos. ¿En qué estaba, pues, el sobre-pujarlos? En no airarse, en no mirar a mujer lascivamente.

4. ¿Por qué, pues, llama el Señor mínimos a sus mandamientos, cuando realmente son tan grandes y sublimes? La razón es porque era Él mismo quien introducía la nueva ley. Al modo como se humilló personalmente y tantas veces habla de sí modestamente, así lo hace también acerca de su ley: con lo que, una vez más, nos repite la lección de la moderación. Por otra parte, como parecía persistir aún la sospecha de novedad, emplea por entonces el Señor discretamente este lenguaje. Como quiera, cuando le oímos llamar a ése mínimo en el reino de los cielos, no otra cosa hay que entender sino el infierno y la condenación. Por reino, efectivamente, entiende el Señor no sólo la beatitud eterna, sino también el tiempo de la resurrección y su terrible advenimiento al fin de los tiempos. A la verdad, ¿qué razón habría para que quien llamó necio a su hermano y traspasó uno solo de los mandamientos, caiga al infierno, y fuera, en cambio, admitido al reino de los cielos el que los infringió todos y hasta indujo a los otros a infringirlos? No dice, pues, eso el Señor, sino que en el momento del juicio será mínimo, es decir, que será rechazado, que será el último. Y el último caerá entonces, infaliblemente, en el infierno. Y es que, como Cristo es Dios, previó la desidia de los más, y que otros habían de tener sus palabras por pura exageración y que discurrirían así y dirían sobre sus leyes: ¿Conque por una simple mirada se convierte uno en adúltero? ¿Conque por llamar a otro necio, se nos ha de castigar? De ahí que, para eliminar de antemano este menosprecio de su ley, puso el Señor la más grave amenaza, tanto a los que la quebranten como a los que induzcan a otros a quebrantarla. Con esa amenaza, pues, ante los ojos, ni la quebrantemos nosotros, ni hagamos de rémora para quienes la quieran guardar.

"EL QUE HICIERE Y ENSEÑARE..."

Más todo el que la cumpliere y enseñare, será tenido por grande... No debemos aprovecharnos sólo a nosotros mismos, sino también a los otros; porque no tendrá el mismo galardón el que sólo para sí mismo practica la virtud y el que sabe juntamente atraer hacia ella a los demás. Porque así como el enseñar sin obrar condena al que enseña—tú que a los otros enseñas, dice el Apóstol, ¿no te enseñas a ti mismo? —, así el hacer sin guiar también a los otros disminuye la recompensa. Es menester, por

ende, que en una y otra cosa seamos acabados: pero empecemos ante todo por practicar nosotros la virtud y pasar luego al cuidado de los demás. Por eso justamente puso el Señor primero el hacer y luego el enseñar, con lo que nos daba bien a entender que así es como mejor se enseña, y en manera alguna de otro modo. Porque se nos diría: Médico, cúrate a ti mismo. Y es así que quien es incapaz de enseñarse a sí mismo, si se mete a corregir a los otros, será la rechifla de todo el mundo; o, por mejor decir, ese tal es también incapaz de enseñar, pues sus obras levantarán el grito contra su doctrina. Más el que en una y otra cosa sea perfecto, ése será tenido por grande en el reino de los cielos.

JUSTICIA MAYOR QUE LA DE ESCRIBAS Y FARISEOS

Porque yo os aseguro: Si vuestra justicia no sobrepuja la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos., Aquí llama justicia el Señor al conjunto de la virtud, como, hablando de Job, decía: Hubo un hombre irreprochable y justo. Y en el mismo sentido, Pablo llamó justo a aquel para quien decía no se pone la ley. Porque para el justo—dice—no se pone la ley. Y lo mismo puede verse en muchas otras partes cómo este nombre de justicia se toma por la virtud en general. Pero considerad, os ruego, la sobreabundancia de la gracia cuando quiere el Señor que sus discípulos, apenas llegados a su escuela, sean ya superiores a los que eran maestros de la antigua ley. Porque no habló aquí simplemente de los escribas y fariseos transgresores de la ley, sino de los que practicaban la virtud; porque, de no haber sido así, no hubiera dicho que tenían justicia ni hubiera comparado una justicia, real con la que no existía. Y mirad cómo también aquí recomienda el antiguo Testamento al poner en parangón una ley con otra. Lo que demuestra que ambos tienen un mismo origen y son allegados, puesto que lo más y lo menos se dice de lo que es de la misma especie. No trata, pues, el Señor de desacreditar el antiguo Testamento, sino que quiere darle nuevo realce. Si hubiera, en cambio, procedido del perverso, Cristo no hubiera buscado su perfeccionamiento. No lo hubiera corregido, sino desechado. ¿Y cómo—me dirás—, si tal es la ley antigua, no conduce ahora al reino de los cielos? No conduce, ciertamente, a los que vivimos después del advenimiento de Cristo, dado caso que nosotros gozamos de mayor gracia y tenemos que librar mayores combates; más a los que ella crio a sus pechos, a todos sin excepción los condujo al reino de los cielos. Porque muchos—dijo el Señor—vendrán de Oriente y Occidente y se recostarán en el seno de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Y así se nos presenta a Lázaro, que tan alta recompensa alcanzó, descansando en el seno de Abrahán. Y cuantos en el antiguo Testamento brillaron por su extraordinaria virtud, merced a la antigua ley brillaron. Y Cristo mismo, si la antigua ley hubiera sido mala y ajena a la suya, no hubiera venido a cumplirla íntegramente. Porque, si decimos que obró así sólo para atraerse a los judíos y no para demostrar

que la antigua ley era allegada a la nueva y estaba de acuerdo con ella, ¿por qué no cumplió igualmente las leyes y costumbres de los gentiles para atraerse también a los gentiles?

LA NUEVA LEY, SUPERIOR, NO CONTRARIA A LA ANTIGUA

5. Por todas partes, pues, resulta que, si Cristo no mantiene la antigua ley, no es porque sea mala, sino porque había llegado el momento de preceptos superiores. El hecho de que sea más imperfecta que la nueva, no prueba tampoco que sea de suyo mala; pues, en ese caso, lo mismo habría que decir de la nueva. El conocimiento que ésta nos procura, comparado con el de la otra vida, es también parcial e imperfecto y, venido el otro, desaparecerá. Porque cuando viniere lo perfecto—dice el Apóstol—, entonces lo parcial será anulado. Lo mismo que sucedió con la antigua ley al venir la nueva. Mas no por eso despreciaremos la nueva ley, siquiera también haya de ceder el paso y retirarse cuando alcancemos el reino de los cielos. Porque entonces—dice—lo parcial será anulado. Y, sin embargo, decimos que es grande. Ahora bien, como son mayores los premios que se nos prometen y mayor la gracia del Espíritu Santo, también se nos exigen combates mayores. Ya no se nos promete una tierra que mana leche y miel, ni pingüe vejez, ni muchedumbre de hijos, ni trigo y vino, ni rebaños mayores y menores, sino el cielo y los bienes del cielo: la filiación divina y la hermandad con el Unigénito y tener parte en su herencia y ser juntamente con Él glorificados y reinar a par suyo, y los infinitos galardones que allí nos esperan. Ahora que también gocemos de mayor ayuda, oye cómo lo dice Pablo: Luego no hay ahora condenación alguna para los que son en Cristo Jesús, para los que no caminan según la carne, sino según el espíritu. Porque la ley del espíritu de la vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte.

"OÍSTEIS QUE SE DIJO A LOS ANTIGUOS: NO MATARÁS"

Habiendo, pues, amenazado a los que infringieren la ley y propuesto grandes premios a los que la cumplieren; habiendo además demostrado que con razón nos exige más de lo que pedían las antiguas medidas, pasa ya a establecer su propia ley, no al acaso, sino en parangón con la antigua. Con lo que quiere hacernos ver estas dos cosas: primero, que no establece sus preceptos en pugna con los pasados, sino muy en consecuencia con ellos, y segundo, que muy razonable y muy oportunamente añade los nuevos. Más porque todo esto nos resulte más claro, oigamos las palabras mismas del legislador. ¿Qué dice, pues, el legislador? Oísteis que se dijo a los antiguos: No matarás... A la verdad, quien dio también aquel mandamiento fue Él mismo; sin embargo, por de pronto, habla impersonalmente. Porque si hubiera dicho: "Oísteis que yo dije a los antiguos", su palabra hubiera resultado muy difícil de aceptar y hubiera chocado a todos sus oyentes. Y si hubiera dicho: "Oísteis que mi Padre les dijo a los antiguos", y luego hubiera añadido: Pero yo os digo, la

arrogancia hubiera parecido aún mayor. De ahí que habló sencillamente, y sólo pretende con sus palabras una cosa: hacerles ver que venía en momento oportuno a decirles lo que les iba a decir. Porque al decirles: Oísteis que se dijo a los antiguos, les puso delante el mucho tiempo pasado desde que habían recibido aquel mandamiento. Y esto lo hizo para confundir a sus oyentes, remisos para pasar a preceptos más elevados. Como si un maestro le dijera a un chiquillo perezoso: "¿No ves cuánto tiempo has gastado en aprender a leer?" Es lo que el Señor les quiso dar a entender con el nombre de antiguos, para invitarlos a pasar ya a más elevadas enseñanzas. Como si les dijera: "Bastante tiempo habéis pasado estudiando esa lección; hora es ya de pasar a cosas más elevadas."

Bien estuvo también no confundir el orden de los mandamientos, sino empezar por el primero, por el que empieza también la ley. Otra prueba que daba de la armonía entre una y otra.

Pero yo os digo: El que se irrita sin motivo contra su hermano, reo será de juicio. ¡He ahí una autoridad perfecta! ¡He ahí la forma de un legislador! ¿Quién de entre los profetas, quién de entre los justos, quién de entre los patriarcas habló jamás así? Nadie en absoluto. Los profetas decían: Esto dice el Señor. No así el Hijo. Es que aquéllos anunciaban las órdenes de su Señor; pero el Hijo nos traía las de su Padre. Y cuando digo las de su Padre, digo también las suyas propias: Porque todo lo mío—dice El mismo a su Padre—es tuyo, y todo lo tuyo mío. Los profetas hablaban a siervos de Dios como ellos; más Cristo ponía leyes a sus propios siervos. Preguntemos, pues, a los que rechazan la antigua ley: ¿Acaso el no irritarse es contrario al no matar, o es más bien su perfección y cumplimiento? Su perfección evidentemente. Y por ello el precepto del Señor es superior al antiguo. Y, efectivamente, quien no se deje arrebatar de ira, mucho más se abstendrá de un homicidio; el que sepa reprimir su cólera, mucho mejor reprimirá sus manos. Raíz del homicidio es la cólera. Luego el que corta la raíz, mucho mejor cortará las ramas; o, por mejor decir no las dejará ni que broten.

(*Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (I), Homilía 16, 1-5*, BAC Madrid 1955, 306-22)

FRANCISCO – Homilía en Santa Marta (12.VI.13) – Ángelus 2014 y 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía en Santa Marta (12.VI.13)

"Ni volver atrás, ni un progresismo adolescente"

El papa Francisco ha invitado este miércoles en Santa Marta a abrirse a la libertad del Espíritu Santo

No debemos tener miedo a la libertad que nos da el Espíritu Santo: es lo que ha subrayado hoy miércoles el papa Francisco durante la misa celebrada en la Casa Santa Marta. Señaló que en este momento la Iglesia tiene que tener cuidado con dos tentaciones: aquella de volver hacia atrás y la del "progresismo adolescente".

Maduros ante la ley

"No piensen que he venido para abrogar la ley". Francisco ha desarrollado su homilía a partir de estas palabras de Jesús a sus discípulos, y ha indicado que este pasaje sigue al de las Bienaventuranzas, "expresión de la nueva ley", más exigente que la de Moisés. Esta ley, añadió el papa, es "el fruto de la Alianza", y no se puede entender sin ella. "Esta Alianza –dijo– esta Ley es sagrada porque llevaba la gente a Dios". Comparó la "madurez de esta Ley" al "brote que sale y se vuelve flor". Jesús –dijo– "es la expresión de la madurez de la Ley" y ha añadido que Pablo habla de dos tiempos "sin cortar la continuidad" entre la ley de la historia y la ley del Espíritu:

"El tiempo del cumplimiento de la Ley, el momento en que la Ley alcanza su madurez: es la Ley del Espíritu. Este avanzar por este camino es un poco arriesgado, pero es la única forma de madurez, para salir de las veces en las que no fuimos maduros. En este camino hacia la madurez de la Ley, que se da precisamente con la predicación de Jesús, siempre existe el miedo, miedo a la libertad que nos da el Espíritu. ¡La ley del Espíritu que nos hace libres! Esta libertad nos da un poco de miedo, porque tenemos miedo de confundir la libertad del Espíritu con otra libertad humana".

No volver atrás

La ley del Espíritu, insistió, "nos lleva en un camino de continuo discernimiento para hacer la voluntad de Dios y esto nos da miedo. Un miedo, advirtió, que "tiene dos tentaciones". La primera, es la de "volver hacia atrás", de decir que "se puede hasta aquí, no se puede por allá", y luego con el tiempo "nos quedamos aquí". Esta, advirtió, "es un poco la tentación del miedo a la libertad, el miedo del Espíritu Santo". Un temor ante lo que "es mejor ir a lo seguro". El papa contó de un superior general que, en los años treinta, había "prescrito todo tipo de reglas anticarisma" para sus religiosos, "un trabajo de años". Así fue que llegó a Roma para encontrar un abad benedictino que, al oír este hecho, le dijo que al final habría "matado el carisma de la congregación", "habría matado la libertad", ya que "este carisma da frutos en la libertad y él había frenado el carisma".

"Existe esta tentación de volver atrás, porque estamos más 'seguros' atrás: pero la seguridad plena está en el Espíritu Santo que te lleva hacia adelante, y lo que da esa confianza –como dice Pablo– es el Espíritu, que es más exigente porque Jesús nos dice: "En verdad les digo: hasta que no hayan pasado los cielos y la tierra, no pasará ni un ápice de la ley". ¡Es más exigente! Pero no nos da aquella seguridad humana. No podemos controlar al Espíritu Santo: ¡Ese es el problema! Esto es una tentación".

La tentación del relativismo

Luego dijo que hay otra tentación, aquella del "progresismo adolescente", que nos hace "salir del camino". Ver la cultura y "no estar tan distanciados" de la misma: "Tomamos de un lado o de otro, los valores de esta cultura... ¿Quieren hacer esta ley? Adelante con esta ley. ¿Quieren seguir adelante con lo otro? Ampliemos un poco el camino. Al final, como he dicho, no es un verdadero progresismo. Es un progresismo adolescente: como los adolescentes que quieren tener todo con entusiasmo, ¿y al final?, se desliza... Es como cuando el camino está congelado por la escarcha y el coche resbala y se sale del camino... ¡Es otra tentación de ese momento! Nosotros, en este momento de la historia de la Iglesia, ¡no podemos volver atrás ni salirnos fuera de la carretera!"

El camino, dijo, "es el de la libertad en el Espíritu Santo, que nos hace libres; del continuo discernimiento acerca de la voluntad de Dios para seguir adelante en este camino, sin tener que volver atrás y sin salirnos fuera del camino". Pidamos al Señor, concluyó, "la gracia que nos da el Espíritu Santo para seguir adelante."

***

Ángelus 2014

Jesús propone a quien le sigue la perfección del amor

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo forma parte aún del así llamado «sermón de la montaña», la primera gran predicación de Jesús. Hoy el tema es la actitud de Jesús respecto a la Ley judía. Él afirma: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas; no he venido a abolir, sino a dar plenitud» (*Mt* 5, 17). Jesús, sin embargo, no quiere cancelar los mandamientos que dio el Señor por medio de Moisés, sino que quiere darles plenitud. E inmediatamente después añade que esta «plenitud» de la Ley requiere una justicia mayor, una observancia más auténtica. Dice, en efecto, a sus discípulos: «Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (*Mt* 5, 20).

¿Pero qué significa esta «plenitud» de la Ley? Y esta justicia mayor, ¿en qué consiste? Jesús mismo nos responde con algunos ejemplos. Jesús era práctico, hablaba siempre con ejemplos para hacerse entender. Inicia

desde el quinto mandamiento: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás"; … Pero yo os digo: todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado» (vv. 21-22). Con esto, Jesús nos recuerda que incluso las palabras pueden matar. Cuando se dice de una persona que tiene la lengua de serpiente, ¿qué se quiere decir? Que sus palabras matan. Por lo tanto, no sólo no hay que atentar contra la vida del prójimo, sino que tampoco hay que derramar sobre él el veneno de la ira y golpearlo con la calumnia. Ni tampoco hablar mal de él. Llegamos a las habladurías: las habladurías, también, pueden matar, porque matan la fama de las personas. ¡Es tan feo criticar! Al inicio puede parecer algo placentero, incluso divertido, como chupar un caramelo. Pero al final, nos llena el corazón de amargura, y nos envenena también a nosotros. Os digo la verdad, estoy convencido de que si cada uno de nosotros hiciese el propósito de evitar las críticas, al final llegaría a ser santo. ¡Es un buen camino! ¿Queremos ser santos? ¿Sí o no? [Plaza: ¡Sí!] ¿Queremos vivir apegados a las habladurías como una costumbre? ¿Sí o no? [Plaza: ¡No!] Entonces estamos de acuerdo: ¡nada de críticas! Jesús propone a quien le sigue la perfección del amor: un amor cuya única medida es no tener medida, de ir más allá de todo cálculo. El amor al prójimo es una actitud tan fundamental que Jesús llega a afirmar que nuestra relación con Dios no puede ser sincera si no queremos hacer las paces con el prójimo. Y dice así: «Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano» (vv. 23-24). Por ello estamos llamados a reconciliarnos con nuestros hermanos antes de manifestar nuestra devoción al Señor en la oración.

De todo esto se comprende que Jesús no da importancia sencillamente a la observancia disciplinar y a la conducta exterior. Él va a la raíz de la Ley, apuntando sobre todo a la intención y, por lo tanto, al corazón del hombre, donde tienen origen nuestras acciones buenas y malas. Para tener comportamientos buenos y honestos no bastan las normas jurídicas, sino que son necesarias motivaciones profundas, expresiones de una sabiduría oculta, la Sabiduría de Dios, que se puede acoger gracias al Espíritu Santo. Y nosotros, a través de la fe en Cristo, podemos abrirnos a la acción del Espíritu, que nos hace capaces de vivir el amor divino.

A la luz de esta enseñanza, cada precepto revela su pleno significado como exigencia de amor, y todos se unen en el más grande mandamiento: ama a Dios con todo el corazón y ama al prójimo como a ti mismo.

***

Ángelus 2017

Jesús enseña cómo hacer plenamente la voluntad de Dios

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

La liturgia de hoy nos presenta otra página del Discurso de la montaña, que encontramos en el Evangelio de Mateo (cf. 5, 17-37). En este pasaje, Jesús quiere ayudar a quienes le escuchan para realizar una relectura de la ley mosaica. Lo que fue dicho en la antigua alianza era verdadero, pero no era todo: Jesús vino para dar cumplimiento y para promulgar de manera definitiva la ley de Dios, hasta la última iota (cf. 18). Él manifiesta las finalidades originarias y cumple los aspectos auténticos, y hace todo esto mediante su predicación y más aún al ofrecerse a sí mismo en la cruz. Así Jesús enseña cómo hacer plenamente la voluntad de Dios y usa esta palabra: con una "justicia superior" respecto a la de los escribas y fariseos (cf. 20). Una justicia animada por el amor, por la caridad, por la misericordia, y por lo tanto capaz de realizar la sustancia de los mandamientos, evitando el riesgo del formalismo. El formalismo: esto puedo, esto no puedo; hasta aquí puedo, hasta aquí no puedo... No: más, más. En particular, en el Evangelio de hoy Jesús examina tres aspectos, tres mandamientos: el homicidio, el adulterio y el juramento. Respecto al mandamiento "no matarás", Él afirma que es violado no solo por el homicidio efectivo, sino también por esos comportamientos que ofenden la dignidad de la persona humana, comprendidas las palabras injuriosas (cf v. 22). Claro, estas palabras injuriosas no tienen la misma gravedad y culpabilidad del asesinato, pero se ponen en la misma línea, porque se dan las premisas y revelan la misma malevolencia. Jesús nos invita a no establecer una clasificación de las ofensas, sino a considerarlas todas dañinas, en cuanto son movidas por el intento de hacer el mal al próximo. Y Jesús pone el ejemplo. Insultar: nosotros estamos acostumbrados a insultar, es como decir "buenos días". Y eso está en la misma línea del asesinato. Quien insulta al hermano, mata en su propio corazón a su hermano. Por favor, ¡no insultéis! No ganamos nada...

Otro cumplimiento es aportado a la ley matrimonial. El adulterio era considerado una violación del derecho de propiedad del hombre sobre la mujer. Jesús en cambio va a la raíz del mal. Así como se llega al homicidio a través de las injurias, las ofensas y los insultos, se llega al adulterio a través de las intenciones de posesión respecto a una mujer diversa de la propia mujer. El adulterio, como el hurto, la corrupción y todos los otros pecados, primero son concebidos en nuestra intimidad y, una vez cumplida en el corazón la elección equivocada, se ponen en práctica a través de un comportamiento concreto. Y Jesús dice: quien mira a una mujer que no es la propia con ánimo de posesión es un adúltero en su corazón, ha iniciado el camino hacia el adulterio. Pensemos un poco sobre esto: sobre los malos pensamientos que vienen en esta línea.

Jesús dice además a sus discípulos que no juren, en cuanto el juramento es señal de la inseguridad y de la doblez con la cual se

desarrollan las relaciones humanas. Se instrumentaliza la autoridad de Dios para dar garantía a nuestras actividades humanas. Más bien estamos llamados a instaurar entre nosotros, en nuestras familias y en nuestras comunidades un clima de limpieza y de confianza recíproca, de manera que podemos ser considerados sinceros sin recurrir a intervenciones superiores para ser creídos. ¡La desconfianza y las sospechas recíprocas amenazan siempre la serenidad!

Que la Virgen María, que dona la escucha dócil y la obediencia alegre, nos ayude a acercarnos siempre más al Evangelio, para ser cristianos no "de fachada", ¡sino de sustancia! Y esto es posible con la gracia del Espíritu Santo, que nos permite hacer todo con amor, y así cumplir plenamente la voluntad de Dios.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Todo precepto se hace verdadero como exigencia de amor

Queridos hermanos y hermanas:

En la liturgia de este domingo continúa la lectura del "Sermón de la Montaña" de Jesús, que abarca los capítulos 5, 6 y 7 del evangelio de Mateo. Después de la Bienaventuranzas, que son su programa, Jesús proclama la nueva Ley, su Torá, como la llaman nuestros hermanos judíos. De hecho, el Mesías, en su venida, debía traer también la revelación definitiva de la Ley, y esto es precisamente lo que declara Jesús: "No penséis que vine para abolir la Ley o los profetas: yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento". Y, dirigiéndose a sus discípulos, añade: "Os aseguro que si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos" (*Mateo* 5, 17.20). Pero, ¿en qué consiste esta "plenitud" de la Ley de Cristo, y esta justicia "superior" que Él exige?

Jesús lo explica a través de una serie de antítesis entre mandamientos antiguos y su nueva manera de presentarlos. Cada vez comienza diciendo: "habéis oído que se dijo a los antepasados…", y luego afirma: "Pero yo os digo". Por ejemplo: "Habéis oído que se dijo a los antepasados: 'No matarás', y el que mata, debe ser llevado ante el tribunal. Pero yo os digo que todo aquel que se irrita contra su hermano, merece ser condenado por un tribunal" (*Mateo* 5, 21-22). Y así lo hace en seis ocasiones. Esta manera de hablar suscitaba una fuerte impresión entre la gente, que quedaba asustada, pues ese "yo os digo" equivalía a reivindicar para sí la misma autoridad de Dios, manantial de la Ley. La novedad de Jesús consiste, esencialmente, en el hecho de que Él mismo "llena" los mandamientos con

el amor de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo que habita en Él. Y nosotros, a través de la fe en Cristo, podemos abrirnos a la acción del Espíritu Santo, que nos hace capaces de vivir el amor divino. Por este motivo, todo precepto se hace verdadero como exigencia de amor, y todos se reúnen en un mandamiento único: ama a Dios con todo el corazón y ama al prójimo como a ti mismo. "El amor es la plenitud de la Ley", escribe san Pablo (*Romanos* 13, 10). Ante esta exigencia, por ejemplo, el triste caso de los cuatro niños gitanos, fallecidos la pasada semana en las afueras de esta ciudad, en su barraca quemada, exige preguntarnos si una sociedad más solidaria y fraterna, más coherente en el amor, es decir, más cristiana, no habría podido evitar esta tragedia. Y esta pregunta es válida para otros muchos acontecimientos dolorosos, más o menos conocidos, que acontecen cotidianamente en nuestras ciudades y en nuestros países.

Queridos amigos: quizá no es casualidad el que la primera gran predicación de Jesús sea llamada "Sermón de la Montaña". Moisés subió al monte Sinaí para recibir la Ley de Dios y llevarla al pueblo elegido. Jesús es el Hijo mismo de Dios que bajo del Cielo para llevarnos al Cielo, a la altura de Dios, por el camino del amor. Es más, Él mismo es este camino: lo único que tenemos que hacer es seguirle para vivir la voluntad de Dios y entrar en su Reino, en la vida eterna. Una sola criatura ya ha llegado a la cima de la montaña: la Virgen María. Gracias a la unión con Jesús, su justicia fue perfecta: por este motivo la invocamos como *Speculum iustitiae* [Espejo de justicia, ndt.]. Encomendémonos a ella para que guíe nuestros pasos en la fidelidad a la Ley de Cristo.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesús y la Ley

577. Al comienzo del Sermón de la Montaña, Jesús hace una advertencia solemne presentando la Ley dada por Dios en el Sinaí con ocasión de la Primera Alianza, a la luz de la gracia de la Nueva Alianza:

«No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una "i" o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos; en cambio el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los cielos» (Mt 5, 17-19).

578. Jesús, el Mesías de Israel, por lo tanto el más grande en el Reino de los cielos, se debía sujetar a la Ley cumpliéndola en su totalidad hasta en sus menores preceptos, según sus propias palabras. Incluso es el único en poderlo hacer perfectamente (cf. *Jn* 8, 46). Los judíos, según su propia confesión, jamás han podido cumplir la Ley en su totalidad, sin violar el menor de sus preceptos (cf. *Jn* 7, 19; *Hch* 13, 38-41; 15, 10). Por eso, en cada fiesta anual de la Expiación, los hijos de Israel piden perdón a Dios por sus transgresiones de la Ley. En efecto, la Ley constituye un todo y, como recuerda Santiago, "quien observa toda la Ley, pero falta en un solo precepto, se hace reo de todos" (*St* 2, 10; cf. *Ga* 3, 10; 5, 3).

579. Este principio de integridad en la observancia de la Ley, no sólo en su letra sino también en su espíritu, era apreciado por los fariseos. Al subrayarlo para Israel, muchos judíos del tiempo de Jesús fueron conducidos a un celo religioso extremo (cf. *Rm* 10, 2), el cual, si no quería convertirse en una casuística "hipócrita" (cf. *Mt* 15, 3-7; *Lc* 11, 39-54) no podía más que preparar al pueblo a esta intervención inaudita de Dios que será la ejecución perfecta de la Ley por el único Justo en lugar de todos los pecadores (cf. *Is* 53, 11; *Hb* 9, 15).

580. El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo (cf *Ga* 4, 4). En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino "en el fondo del corazón" (*Jr* 31, 33) del Siervo, quien, por "aportar fielmente el derecho" (*Is* 42, 3), se ha convertido en "la Alianza del pueblo" (*Is* 42, 6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo "la maldición de la Ley" (*Ga* 3, 13) en la que habían incurrido los que no "practican todos los preceptos de la Ley" (*Ga* 3, 10) porque "ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza" (*Hb* 9, 15).

581. Jesús fue considerado por los judíos y sus jefes espirituales como un "rabbi" (cf. *Jn* 11, 28; 3, 2; *Mt* 22, 23-24, 34-36). Con frecuencia argumentó en el marco de la interpretación rabínica de la Ley (cf. *Mt* 12, 5; 9, 12; *Mc* 2, 23-27; *Lc* 6, 6-9; *Jn* 7, 22-23). Pero al mismo tiempo, Jesús no podía menos que chocar con los doctores de la Ley porque no se contentaba con proponer su interpretación entre los suyos, sino que "enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas" (*Mt* 7, 28-29). La misma Palabra de Dios, que resonó en el Sinaí para dar a Moisés la Ley escrita, es la que en Él se hace oír de nuevo en el Monte de las Bienaventuranzas (cf. *Mt* 5, 1). Esa palabra no revoca la Ley sino que la perfecciona aportando de modo divino su interpretación definitiva: "Habéis oído también que se dijo a los antepasados [...] pero yo os digo" (*Mt* 5, 33-34). Con esta misma autoridad divina, desaprueba ciertas "tradiciones humanas" (*Mc* 7, 8) de los fariseos que "anulan la Palabra de Dios" (*Mc* 7, 13).

582. Yendo más lejos, Jesús da plenitud a la Ley sobre la pureza de los alimentos, tan importante en la vida cotidiana judía, manifestando su

sentido "pedagógico" (cf. *Ga* 3, 24) por medio de una interpretación divina: "Todo lo que de fuera entra en el hombre no puede hacerle impuro [...] —así declaraba puros todos los alimentos— . Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas" (*Mc* 7, 18-21). Jesús, al dar con autoridad divina la interpretación definitiva de la Ley, se vio enfrentado a algunos doctores de la Ley que no aceptaban su interpretación a pesar de estar garantizada por los signos divinos con que la acompañaba (cf. *Jn* 5, 36; 10, 25. 37-38; 12, 37). Esto ocurre, en particular, respecto al problema del sábado: Jesús recuerda, frecuentemente con argumentos rabínicos (cf. *Mt* 2,25-27; *Jn* 7, 22-24), que el descanso del sábado no se quebranta por el servicio de Dios (cf. *Mt* 12, 5; *Nm* 28, 9) o al prójimo (cf. *Lc* 13, 15-16; 14, 3-4) que realizan sus curaciones.

La Ley antigua

1961. Dios, nuestro Creador y Redentor, eligió a Israel como su pueblo y le reveló su Ley, preparando así la venida de Cristo. La Ley de Moisés contiene muchas verdades naturalmente accesibles a la razón. Estas están declaradas y autentificadas en el marco de la Alianza de la salvación.

1962. La Ley antigua es el primer estado de la Ley revelada. Sus prescripciones morales están resumidas en los Diez mandamientos. Los preceptos del Decálogo establecen los fundamentos de la vocación del hombre, formado a imagen de Dios. Prohíben lo que es contrario al amor de Dios y del prójimo, y prescriben lo que le es esencial. El Decálogo es una luz ofrecida a la conciencia de todo hombre para manifestarle la llamada y los caminos de Dios, y para protegerle contra el mal:

«Dios escribió en las tablas de la Ley lo que los hombres no leían en sus corazones» (San Agustín, Enarratio in Psalmum 57, 1)

1963. Según la tradición cristiana, la Ley santa (cf. *Rm* 7, 12) espiritual (cf. *Rm* 7, 14) y buena (cf. *Rm* 7, 16) es todavía imperfecta. Como un pedagogo (cf. *Ga* 3, 24) muestra lo que es preciso hacer, pero no da de suyo la fuerza, la gracia del Espíritu para cumplirlo. A causa del pecado, que ella no puede quitar, no deja de ser una ley de servidumbre. Según san Pablo tiene por función principal denunciar y *manifestar el pecado*, que forma una "ley de concupiscencia" (cf. *Rm* 7) en el corazón del hombre. No obstante, la Ley constituye la primera etapa en el camino del Reino. Prepara y dispone al pueblo elegido y a cada cristiano a la conversión y a la fe en el Dios Salvador. Proporciona una enseñanza que subsiste para siempre, como la Palabra de Dios.

1964. La Ley antigua es una *preparación para el Evangelio*. "La ley es profecía y pedagogía de las realidades venideras" (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, 4, 15, 1). Profetiza y presagia la obra de liberación del pecado que se realizará con Cristo; suministra al Nuevo Testamento las

imágenes, los "tipos", los símbolos para expresar la vida según el Espíritu. La Ley se completa mediante la enseñanza de los libros sapienciales y de los profetas, que la orientan hacia la Nueva Alianza y el Reino de los cielos.

«Hubo [...], bajo el régimen de la antigua Alianza, gentes que poseían la caridad y la gracia del Espíritu Santo y aspiraban ante todo a las promesas espirituales y eternas, en lo cual se adherían a la ley nueva. Y al contrario, existen, en la nueva Alianza, hombres carnales, alejados todavía de la perfección de la ley nueva: para incitarlos a las obras virtuosas, el temor del castigo y ciertas promesas temporales han sido necesarias, incluso bajo la nueva Alianza. En todo caso, aunque la ley antigua prescribía la caridad, no daba el Espíritu Santo, por el cual "la caridad es difundida en nuestros corazones" (Rm 5,5.)» (Santo Tomás de Aquino, Summa theologiae, 1-2, q. 107, a. 1, ad 2).

El Decálogo en la Tradición de la Iglesia

2064. Fiel a la Escritura y siguiendo el ejemplo de Jesús, la Tradición de la Iglesia ha reconocido en el Decálogo una importancia y una significación primordiales.

2065. Desde san Agustín, los "diez mandamientos" ocupan un lugar preponderante en la catequesis de los futuros bautizados y de los fieles. En el siglo XV se tomó la costumbre de expresar los preceptos del Decálogo en fórmulas rimadas, fáciles de memorizar, y positivas. Estas fórmulas están todavía en uso hoy. Los catecismos de la Iglesia han expuesto con frecuencia la moral cristiana siguiendo el orden de los "diez mandamientos".

2066. La división y numeración de los mandamientos ha variado en el curso de la historia. El presente catecismo sigue la división de los mandamientos establecida por san Agustín y que ha llegado a ser tradicional en la Iglesia católica. Es también la de las confesiones luteranas. Los Padres griegos hicieron una división algo distinta que se usa en las Iglesias ortodoxas y las comunidades reformadas.

2067. Los diez mandamientos enuncian las exigencias del amor de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo.

«Como la caridad comprende dos preceptos de los que, según dice el Señor, penden la ley y los profetas [...], así los diez preceptos se dividen en dos tablas: tres están escritos en una tabla y siete en la otra» (San Agustín, Sermo 33, 2, 2).

2068. El Concilio de Trento enseña que los diez mandamientos obligan a los cristianos y que el hombre justificado está también obligado a observarlos (cf DS 1569-1670). Y el Concilio Vaticano II afirma que: "Los obispos, como sucesores de los Apóstoles, reciben del Señor [...] la misión de enseñar a todos los pueblos y de predicar el Evangelio a todo el mundo

para que todos los hombres, por la fe, el bautismo y el cumplimiento de los mandamientos, consigan la salvación" (LG 24).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

El divorcio del corazón

En el Evangelio de este Domingo leemos:

«Está mandado: "El que se divorcie de su mujer, que le dé acta de repudio". Pues, yo os digo: "El que se divorcie de su mujer, excepto en caso de impureza, la induce al adulterio, y el que se case con la divorciada comete adulterio"».

Esta palabra de hoy nos vuelve a proponer el espinoso problema del divorcio. Pero, yo quisiera en esta ocasión aclarar un aspecto del problema, ignorado por costumbre. Nosotros tendemos a reducir el problema del divorcio a su aspecto jurídico y legal sobre todo desde cuando se ha apropiado de él la política. Divorciarse quiere decir en este caso obtener la separación legal del cónyuge, vivir un cierto número de años separados, para después si se quiere ser libres de volverse a casar civilmente.

Pero, en el presente fragmento evangélico Jesús intenta llevar este y otros mandamientos a su raíz, que es el corazón. Hablando del adulterio dice: «Habéis oído el mandamiento "no cometerás adulterio". Pues yo os digo: "El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior"».

Ahora bien, al igual como existe un adulterio del corazón, así también existe para el Evangelio un divorcio del corazón. Éste se puede consumar sin hacer ninguno de los actos jurídicos antes recordados; simplemente desenamorándose de la propia mujer o del propio marido, separándose del cónyuge en lo íntimo para vivir sin amar a nadie o vinculando el propio corazón a otra persona. Se crea así un muro de separación, no realizado posiblemente con papel timbrado y con la intervención de abogados, pero, igualmente terrible. Esto para el Evangelio es ya una forma de divorcio, que se distingue de la otra forma, la jurídica y legal, sólo porque no es aún definitiva e irrevocable.

Seamos sinceros: incluso entre los creyentes, ¿cuántos, viven desde hace años en esta forma de divorcio práctico? Cuando entre marido y mujer no hay ni siquiera el deseo de perdonarse y de reconciliarse, cuando está establecida la indiferencia o hasta la hostilidad, hay un divorcio de hecho del corazón. Es un repudio, aunque sin el famoso «libelo», ¡esto es,

sin un papel timbrado! El mandamiento de Dios ya está violado, ya no se es más una sola carne. Se forma parte de los «divorciados» tanto vale para decido claramente.

Se habla mucho de los males terribles del divorcio jurídico: mujeres condenadas a la soledad, hijos comprometidos psicológicamente para siempre por la cruel necesidad de tener que escoger entre la propia madre y el propio padre, disputas entre ellos y agitaciones de uno y de otro de los padres. Pero, ¿los daños de este otro divorcio son quizás mucho menores para quien los vive desde dentro, esto es, para la sociedad y para los hijos?

¡Hay tantos adolescentes descarriados, drogados, violentos, no adaptados, que no son hijos de divorciados vueltos a casar!; son más bien hijos de padres que viven bajo el mismo techo pero con el divorcio del corazón, que litigan permanentemente, se ofenden o se callan obstinadamente, reduciendo a veces así a la familia, dejádmelo decir, a un infierno. ¿Qué educación se puede dar a unos hijos con estas condiciones y cómo se puede vivir una vida normal cristiana? Sin contar, naturalmente, con el sufrimiento indecible, que esta situación provoca a los mismos cónyuges o al menos a uno de ellos.

La conclusión a conseguir no es decir: entonces, tanto vale divorciarse incluso legalmente. Sería como matar a un enfermo para curarlo de una enfermedad suya grave. El remedio es interrumpir el divorcio del corazón, no institucionalizarlo. Jesús decía: «Lo que Dios unió no lo separe el hombre» (Mateo 19,6). Esto significa, sí, que «la ley humana no separe lo que Dios ha unido»; pero, significa asimismo y antes aún: que el marido no separe de sí a su mujer y que la mujer no separe de sí a su marido. Que no se le permita al maligno dividir lo que Dios ha unido.

Conozco casos en que una situación del género se ha interrumpido, el amor ha vuelto a florecer, el matrimonio ha renacido más dotado de hermosura que antes, porque por cualquier circunstancia Dios ha vuelto a estar entre el marido y la mujer; y con él el perdón y la voluntad de volver a comenzar desde el principio. Una palabra de Dios, que te llega al corazón; un encuentro, que ha despertado de nuevo la fe y la necesidad de oración; un sufrimiento común, que ha hecho surgir la solidaridad. Pero, son excepciones. Es necesario decir que es difícil volver a levantar situaciones, que han llegado a ser viejas, cuando el corazón ya se ha endurecido. Lo que hay que hacer es buscar que lleguen los remedios a los comienzos, esto es, cuando ambos se dan cuenta de la pendiente sobre la que se está yendo y se manifiestan las primeras refriegas del peligro. Es más fácil impedir que el divorcio del corazón se realice que cambiarlo cuando ya se ha verificado. ¿Cómo? Es necesario liquidar los contrastes, las incomprensiones y las frialdades cuando nacen. La causa número uno del divorcio del corazón es el orgullo, la honrilla, el no querer ceder, el no

pedir disculpas, cuando uno se ha equivocado. Es más, no admitir nunca el haberse equivocado.

El matrimonio nace de la humildad y no puede vivir si no es en la humildad, como los peces no pueden vivir si no permanecen en el agua en la que han nacido. Cuando un hombre se enamora y de rodillas (así, al menos, se solía hacer antes) pide la mano de la muchacha' ¿ qué hace? Hace el más radical acto de humildad de su vida. Se hace mendigo. Es como si dijese: «¡Dame tu ser, porque el mío no me basta. Yo no me basto a mí mismo. Tengo necesidad de ti!»

Quizás uno de los motivos, por los que Dios ha creado a la humanidad macho y hembra, es precisamente el educarles de tal modo a la humildad. «El hombre, ha escrito el poeta Claudel, es un ser orgulloso; no había otro modo de hacerle comprender la dependencia, el compromiso y la necesidad, si no es mediante una ley sobre él de ser diferente debida al simple hecho de que él existe». El momento mismo de la intimidad conyugal puede y debe ser vivido como un momento de auténtica humildad y no de violencia, de posesión o de instrumentalización del otro. Es como un decir: «Tengo aún necesidad de ti; eres todavía importante para mí».

Una vez casados, desgraciadamente sucede que el orgullo frecuentemente aflora y se toma su revancha haciendo pagar al propio *partner* o compañero la necesidad inicial que se tuvo de él. Con la humillación se ve la capacidad de perdonarse y con ella la alegría. Se comienza a preguntarse: «¿Por qué debo ser siempre yo el que ceda?» Sin darse cuenta que es uno solo el que sale verdaderamente victorioso de todo ello: aquel cuyo nombre, *diabolos*, significa el que separa, el que aleja, el que rompe. «Los matrimonios se preparan en el cielo» dice un proverbio ruso, recordado en Guerra y paz de Tolstoj; yo añadiría: «Los divorcios se preparan por el contrario en el infierno».

Una vez, me encontraba para hablar en un contexto social difícil, en donde frecuentemente los roces de las relaciones entre marido y mujer son la causa de muchos sufrimientos y la cultura misma parece conceder al hombre en el matrimonio el privilegio de poderse irritar y levantar la voz en cada ocasión, como si sólo así él demostrase ser un verdadero hombre. En un cierto punto, se me ocurrió exclamar una frase de la Biblia: «Maridos, ¿qué habéis hecho de la mujer de vuestra juventud?» (cfr. Proverbios 5, 18). Hoy la repetiría; pero, añadiría también, dirigido a las mujeres: «Mujeres, ¿qué habéis hecho del hombre de vuestra juventud?» Porque el error, ahora, siempre es menos de una parte sola.

«No se vive en amor sin dolor», dice una célebre máxima de la Imitación de Cristo de Tomás de Kempis. Y esto vale asimismo para el matrimonio. No se mantiene vivo el amor sin sacrificios y renuncias, si sólo se piensa en tener y nunca en dar. En verdad algo cambia en una

pareja con dificultades el día en que cada uno de los dos cónyuges deja de preguntarse: «¿Qué más podría hacer mi marido o mi mujer que todavía no me hace?» y comienza por el contrario a preguntarse: «¿Qué más podría yo hacer por mi marido o mi mujer que todavía no hago?».

Es necesario, sin embargo, convencerse que no bastan los medios humanos, también los mejores; es necesaria la ayuda de lo alto. Y esto se consigue cultivando la oración, acercándose juntos a los sacramentos, manteniendo vivo el contacto con la fuente de todo amor, que es el Espíritu Santo. Aquello que Jesús dice, en nuestro fragmento evangélico, de todo «hermano» se aplica ante todo al propio cónyuge:

«Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda».

¡Vete primero a reconciliarte con tu marido o con tu mujer y después vuelve! En el momento del signo de la paz, a veces, he observado desde el altar a cónyuges, presentes juntos en la Misa, mirarse a los ojos e intercambiarse un hermosísimo gesto de estrecharse la mano entre sí, antes que con otro vecino, y me he alegrado. ¡Cuántas cosas se pueden decir con un simple apretón de manos! Sobre todo, en la iglesia delante de aquel mismo altar y aquel Dios en presencia del cual un día os unisteis en matrimonio.

Antes de concluir, una historia simpática, que he leído recientemente en una revista francesa. «Una noche, es un hombre casado quien lo cuenta, he soñado que caminaba con mi mujer por un largo camino, por un paseo desierto y falto de todo. En un momento me di cuenta que alguien se nos acercaba por detrás y ponía amistosamente una mano sobre la espalda de cada uno de nosotros dos. Nos sobrepasaba con su estatura y, sin embargo, su presencia nos hacía sentimos más altos. Estaba él al centro, en medio de nosotros, y, sin embargo, nunca nos habíamos sentido tan unidos. Mientras hablaba, nuestras esperanzas y los miedos más ocultos venían a flote, parecía como leemos el corazón. No dijo su nombre; pero, juzgábamos bien quién era porque mientras hablaba, también en nosotros, como en los discípulos de Emaús ardía nuestro corazón en el pecho. Al separamos tomó nuestras dos manos con la suya, diciendo: "Id, os confío de nuevo el uno al otro"».

Deseo a tantas parejas, que escuchan, especialmente a las que en este momento estuvieren en dificultad, que hagan ellas del mismo modo un sueño como éste.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Alcanzar la plenitud del amor

La Palabra de Dios está viva y es eficaz. Jesucristo es el Verbo encarnado, la Palabra de Dios que a la humanidad se ha revelado y se ha anunciado por boca de su propio Hijo hecho hombre, por quien se han creado y renovado todas las cosas.

Todo el que crea en Él debe creer también en las Escrituras, vivir el Evangelio, y cumplir sus mandamientos, porque Él no ha venido a abolir la ley, sino a darle plenitud en el amor, y a enseñarnos sus preceptos, para que nosotros los enseñemos a nuestros hijos, de generación en generación, porque cielos y tierra pasarán, pero su palabra no pasará.

Todo aquel que cumple la ley de Dios obra con justicia y con caridad. Eso es lo que Jesús nos vino a enseñar dando plenitud a la ley en un nuevo mandamiento: "Amarás al Señor, tu Dios, por sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo". En esto se resume toda la ley y los profetas. Una sola es la ley de Dios para todos, para justos y pecadores, para sanos y enfermos, para niños, jóvenes y adultos, para ricos y pobres, para laicos, religiosos y sacerdotes: la ley del amor.

Cumple tú los mandamientos de la ley de Dios que has aprendido en el catecismo, los mismos que Moisés recibió en el monte Sinaí. Pero vívelos como Cristo te enseñó, para que alcances la plenitud del amor, ayudado por la gracia de los sacramentos, y enséñalos con la palabra y con el ejemplo, con la seguridad de que serás grande en el Reino de los cielos, porque así está escrito, es Palabra de Dios, y también está escrito que la Palabra de Dios es la ley, y se cumplirá hasta la última letra.

Confía en que Jesús siempre cumple sus promesas. Él ha venido a mostrarte el camino, para que seas santo y glorifiques al Señor. Aprende de María. Ella es camino de perfección, Maestra de virtud y del perfecto cumplimiento de la ley de Dios, que en Cristo ha alcanzado la plenitud del amor.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Responsabilidad apostólica

Nos imaginamos, debemos imaginarnos, al Señor pronunciando estas palabras que nos transmite san Mateo, dirigidas también a cada uno.

Palabras que nos animan a sentirnos responsables ante Dios, ya que hemos recibido el tesoro del Evangelio; para nuestra riqueza, para nuestro progreso personal y para dar con la propia vida frutos de buenas obras en los demás, de modo que también en ellos produzca fruto.

No hace mucho que meditábamos la escena de Jesús junto al mar de Galilea: después de confirmar a Juan como heraldo suyo, Jesús, el Mesías prometido por Dios a través de los profetas, escoge a varios hombres. Posiblemente los llama de entre los que le habían escuchado poco antes: no se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín. Los escoge para que le acompañen primero, y luego prosigan la tarea evangelizadora. Manifiesta el Señor así, en efecto, que la luz que vino a traer al mundo debe alumbrar a todos los hombres. Conviene no acostumbrarse a esa luz, que dio un peculiar resplandor a nuestra existencia, un brillo que no es, en modo alguno, algo sólo superficial que pudiera considerarse postizo. Se trata de un resplandor, consecuencia del contenido derramado por Dios en nuestra vida.

Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo. **Así leemos en Camino, porque debe notarse nuestro trato con Dios. Ha de ser una realidad el deseo de Nuestro Señor de que se note su luz a través de cada cristiano. Parte de la responsabilidad que hemos contraído, al escuchar el Evangelio de nuestra salvación, consiste en que otros escuchen de nosotros el mismo Evangelio. Con toda verdad hemos de reconocer que Cristo mismo, por la acción del Espíritu Santo, nos constituye en "candeleros" de su luz, para que por nosotros reconozcan los demás las maravillas de Dios. ¿Tenemos personalmente esa experiencia?**

Esta es la admiración que debemos despertar en nuestros conocidos, ¡en todos ellos! No esa otra que a veces buscamos –vanagloria, gloria vana–, intentando que nos admiren, como si fuéramos los autores de los talentos que hemos recibido. ¡Toda la Gloria para Dios! Nuestra grandeza consistirá en reflejar honrada y fielmente lo que de Dios procede o –si queremos expresarlo de otro modo– en ser vehículos leales de sus dones, para que sea reconocida la Gloria de Dios sobre toda criatura.

Podemos considerar que nuestra respuesta a Dios –que ha querido colmarnos de su riqueza–, debe manifestarse en obras perfectas a la medida de los talentos recibidos de nuestro Creador y, por ello, en el empeño por que otros muchos vivan según la divina Voluntad. Debemos procurar que lo intenten con lo mejor de sí mismos, pues, cuenta el Señor con cada cristiano para que sea apóstol de sus conocidos y parientes, de paso que va enriqueciéndose con otras acciones que manifiestan su Gloria. Uno y otro aspecto de la santidad constituyen una única vida santa y apostólica.

Debemos preguntarnos si frente a Dios, Señor nuestro que nos contempla, nos consideramos personas con una misión recibida. Si recordamos que cuenta con nosotros para extender su reino en este mundo, que, de suyo, es tan material, aunque estemos en él nosotros, creados a su imagen y semejanza. No es la llamada que hemos recibido a la santidad independiente de nuestro deber apostólico. Si la caridad ha de ser la virtud primera para el cristiano, procuraremos, entonces, además de expresar con obras y afectos nuestro amor de Dios, manifestar también ese amor a nuestros semejantes, pues, según enseña san Juan, quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve.

Recordemos las palabras del mismo Cristo: En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis. De un modo misterioso pero real, Nuestro Señor está en cada uno de nuestros semejantes, aunque puedan parecernos en ocasiones muy diferentes, y alejados incluso de nosotros, no sólo físicamente, sino por su carácter, criterios, cultura, raza, edad, etc. Son el prójimo y siempre están ahí, al alcance de nuestras posibilidades de acción, aunque de diverso modo en cada caso. A muchos podremos ayudarles materialmente en sus necesidades, posiblemente dedicándoles algo de nuestro tiempo, de nuestro ingenio o, tal vez, de nuestros medios materiales y económicos; a todos con la oración, con la comprensión y el afecto. En ningún caso nos quedaremos indiferentes los cristianos o pasivos, sabiendo que otros sufren o padecen diversas necesidades en el cuerpo o en el espíritu, pues, cada hombre al que podemos de algún modo ayudar es "otro cristo", "hijo de Dios Padre" que merece una peculiar atención.

La invocación a Santa María, Reina del mundo y Madre de todos los hombres, nos hace sentirnos familia que peregrina a la Casa del Padre y solidarios de los demás hombres, nuestros hermanos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Los novísimos: El juicio

El pasaje evangélico de hoy contiene muchas afirmaciones y recomendaciones de Jesús. Al tener que elegir, concentramos nuestra atención en una sola de estas recomendaciones: los Novísimos. Jesús dice: *Trata de llegar en seguida a un acuerdo con tu adversario, mientras vas caminando con él, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al guardia, y te pongan preso. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último centavo.* Esta palabra de Jesús alude al juicio

escatológico que está por realizarse en la historia con la venida del Reino y, más allá de esto, al juicio todavía más decisivo que se tendrá al final de la historia. Se trata de una de las "parábolas del Reino". Este significado original de la parábola se conservó con mayor claridad en la redacción de Lucas, donde nuestro dicho es llevado a continuación a aquel sobre los signos de los tiempos (*Cuando ven que una nube* se *levanta en occidente*…) y es aplicado al juicio de Dios que es inminente, y por el cual urge ponerse en regla (cfr. Lc. 12. 58 sq.).

Es una ocasión –decía– para traer a la mente la verdad de los Novísimos. "Novísimos" se llamaba en el lenguaje cristiano a las cosas últimas, definitivas e irreversibles; aquellas que suceden una sola vez, pero que duran en sus efectos por toda la eternidad: muerte, juicio, infierno y paraíso. *El destino de los hombres es morir una sola vez, de lo cual viene el juicio* (Heb. 9. 27). Y Santiago urge: *Miren que el juez ya está a la puerta* (Sant. 5, 9). En una época, el Juicio final era una realidad bien presente en la mente de los creyentes. En todo rito fúnebre se escuchaban las notas austeras y bellas del "Dies irae", en el cual se medita sobre tal realidad. Escenas del Juicio cubrían las paredes de la Capilla Sixtina en el Vaticano, debidas a Miguel Ángel. Era un llamado silencioso pero continuo, que creaba una mentalidad escatológica, es decir, orientada a las cosas últimas, a lo eterno.

Ahora, el del Juicio es otro pensamiento "removido", como el de la muerte, el del infierno, el del paraíso. Así se vive sin pensar, ignorantes de lo que nos espera, en calidad de estultos. En efecto, es de estultos creer haber eliminado la muerte simplemente porque se eliminó el pensamiento de la muerte, o de haber eliminado el Juicio simplemente porque no se piensa en el Juicio.

Reflexionemos un poco, entonces, acerca del pensamiento del Juicio final que nos espera, y acerca de la necesidad de estar preparados para ello. Si tuvieras la perspectiva, la semana próxima, de un proceso y un juicio en los tribunales, del cual depende, pongamos por caso, la posesión de la casa en que vives, ¡qué emoción, qué excitación y qué preparación durante la espera! ¡Y bien, la semana próxima (porque en comparación con la eternidad de la que se habla lo que falta es menos de una semana) tú tienes por delante un juicio del cual depende la posesión de tu vida eterna! Si no nos sobresaltamos ante este pensamiento es porque no conseguimos medir la importancia de la palabra "eternidad": "siempre –jamás: durará *siempre,* no terminará *jamás;* ¡millones de años, y todavía estás al comienzo, otros millones de años y millones de años y siempre estás al comienzo!" Hemos perdido el sentido de la eternidad; el pensamiento secular quiere que hablar de eternidad sea "alienante" porque distraería del compromiso con este mundo y esta vida, y nosotros

a menudo nos hemos dejado impresionar e intimidar por el pensamiento secular, nos hemos "secularizado".

¿Pero cómo se puede vivir tranquilos sin preocuparnos por lo que nos espera, tal vez esta misma noche? ¿Qué decir de un avión supersónico, lanzado a través del cielo a toda velocidad, sin tener en cuenta ni la ruta ni los mandos, en el cual pilotos y pasajeros beben juntos alegremente en la cabina? No pasará mucho tiempo antes de oírse una explosión, y alguien verá elevarse una columna de humo siniestro de la tierra. Algo similar sucedió, en los primeros años del siglo, con un célebre transatlántico en viaje a América, a bordo del cual se festejaba durante la noche. Se comenta que llevaba escrito en alguna parte, o que se había dicho que ni siquiera Dios lo habría hundido. Se llamaba, en todo caso, "Titanic", en recuerdo de los antiguos titanes que desafiaban a Dios. Pero sabemos que ahora yace en alguna parte del fondo del océano Atlántico.

¿Qué debemos hacer para evitar la misma suerte en el viaje mucho más importante hacia la eternidad? La palabra de Dios, en efecto, no golpea nunca si no es para curar, no aterroriza si no es para consolar, no amenaza si no es para tener misericordia. Traigamos ahora a la mente lo que Jesús decía a sus contemporáneos, a propósito del juicio inminente: *Trata de llegar en seguida a un acuerdo con tu adversario, mientras vas caminando con él…* Jesús nos pone frente a una escena; es una parábola simple y comprensible. Dos hombres se dirigen al tribunal para resolver una disputa: uno de ellos no tiene razón y lo sabe, y el otro la tiene y lo sabe. Uno de aquellos dos hombres somos cada uno de nosotros y, por lo tanto, escuchemos bien lo que se dice. En efecto, nosotros estamos yendo al encuentro del Juicio y lo hacemos en compañía del propio Juez. Él –Jesucristo– está en camino con nosotros; durante el "camino", es decir, en esta vida, no es juez sino amigo; mejor todavía, es abogado, "nuestro abogado ante el Padre" (cfr. Jn. 2. 1). En la parábola se lo llama "adversario" sólo en el sentido de que está delante de nosotros *(ex adverso),* con su palabra y con nuestra conciencia, y nos convence del pecado.

Y bien, lo que debe hacerse es "ponerse de acuerdo mientras se está en camino". ¿Y cómo ponerse de acuerdo? Anticipando el juicio nosotros mismos, "conciliando", como se dice en los casos humanos. Nosotros conocemos bien el criterio de su juicio: él juzga el pecado, el pecado es la única causa de acusación. Entremos en el juicio ahora para no entrar al final. Si te disgusta lo que disgusta a Dios, si condenas ahora lo que condena Dios, entras en su juicio, lo haces tuyo, te pones de parte del Juez y abandonas el banco de los imputados. Concretamente, se trata de reconocer el pecado, de decir como David: *"Yo* reconozco mi pecado…", de arrepentirse y de confesarlo a Dios a través de la Iglesia, porque así nos dijo Jesús, en el Evangelio, que se debe hacer para obtener el perdón de

los pecados. La confesión sacramental es el medio común para "ponerse de acuerdo" con Dios, para "conciliar". O reconciliarnos. Hay personas que se confiesan incluso demasiado a menudo (demasiado a menudo al menos con respecto a las disposiciones internas que tienen, o mejor dicho, que no tienen), casi por costumbre; pero hay personas que no se confiesan desde hace meses y quizás desde hace años y realizan con desenvoltura la santa Comunión en toda Misa. Esto no es ponerse de acuerdo con él durante el camino, sino bromear durante el camino. No se hagan ilusiones –escribía san Pablo a los gálatas–, no se puede jugar con Dios; cada uno recogerá lo que haya sembrado (cfr. Gál. 6, 7).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de San Hipólito (12-II-1984)

Homilía en la parroquia de San Hipólito (12-II-1984)

– Cumplir la voluntad divina

"Maestro, ¿qué obra buena he de realizar para alcanzar la vida eterna?" "Guarda los mandamientos" (Mt 19,16-17).

Esta pregunta y su respuesta se presentan a la memoria cuando escuchamos con atención las lecturas de la liturgia de hoy.

Efectivamente el tema principal de dichas lecturas son los mandamientos de Dios, la ley del Señor.

Sobre ésta canta la Iglesia en el Salmo responsorial:

"Dichoso el que con vida intachable/ camina en la voluntad del Señor./ Tú promulgas tus decretos/ para que se observen exactamente;/ ojalá esté firme mi camino/ para cumplir tus consignas.../ Ábreme los ojos y te contemplaré/ las maravillas de tu voluntad...".

Y también añade:

"Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes/ y lo seguiré puntualmente;/ enséñame a cumplir tu voluntad/ y guárdala de todo corazón" (Sal 118(119),1-34).

La idea contenida en los versículos de este Salmo es tan transparente que no necesita comentario alguno.

En cambio, conviene añadir un comentario breve sobre las palabras del libro del Sirácida de la primera lectura:

– La importancia de los mandamientos

“Si quieres, guardarás sus mandamientos, porque es prudencia cumplir su voluntad; ante ti están puestos fuego y agua, echa mano a lo que quieras; delante del hombre están muerte y vida; le darán lo que él escoja” (Sir 15,16-17).

El Sirácida pone en evidencia la vinculación íntima existente entre mandamiento y voluntad libre del hombre: “Si quieres…” Y al mismo tiempo manifiesta que de la elección y decisión del hombre depende el bien o el mal, la vida o la muerte, entendidos con significado espiritual.

La observancia de los mandamientos es, el camino del bien, el camino de la vida.

Su trasgresión es el camino del mal, el camino de la muerte.

Pasemos ahora al sermón de la montaña del Evangelio de hoy según San Mateo.

Cristo dice ante todo: “No creáis que he venido a abolir la ley (o los Profetas); no he venido a abolir sino a dar plenitud (Mt 5,17).

“Quien cumpla y enseñe, será grande en el reino de los cielos” (Mt 5,19).

“El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el reino de los cielos” (Mt ib.).

Y añade Cristo:

“Si no sois mejores que los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 5,20).

De modo que la ley, mandamientos y normas son importantes no solo en sí mismos, sino también en el modo de comprenderlos, enseñarlos y cumplirlos. Esto lo deben tener presente los que explican la ley de Dios e interpretan los principios de la moral cristiana en cada época e igualmente en la época contemporánea.

Y Cristo ofrece tres ejemplos del mandamiento y de su interpretación según el espíritu de la Nueva Alianza.

“No matarás” (Mt 5,21).

“No cometerás adulterio” (Mt 5,27).

“No jurarás en falso” (Mt 5,33).

“No matarás”: quiere decir “no sólo no quitar la vida a otros, sino también no vivir con odio e ira hacia los demás; “No cometerás adulterio”, no solo quiere decir no tomar la mujer de otros, sino también no desearla, no cometer adulterio en el corazón.

“No jurarás en falso…”, “pues yo os digo que no juréis en absoluto” (Mt 5,34). “A vosotros os basta decir sí o no (Mt 5,37).

– El Evangelio, código de la vida moral cristiana

¿Qué es el Evangelio? ¿Qué es el sermón de la montaña? ¿Acaso es sólo un “código moral”?

Sí, ciertamente. Es un código de la moral cristiana. Indica las exigencias éticas principales. Pero es más: indica también el camino de la perfección. Este camino corresponde a la naturaleza de la libertad humana, a la voluntad libre. En efecto, el hombre, gracias a su voluntad libre, puede elegir no sólo entre el bien y el mal, sino también entre el bien y lo mejor. Y claro está que es preciso querer lo “mejor” y lo “más” en el ámbito de la moral, incluso para no descender hacia lo menos bueno e incluso hacia el mal.

En efecto, como continúa diciendo el libro del Sirácida:

“Es inmensa la sabiduría del Señor, es grande su poder y lo ve todo; los ojos de Dios ven las acciones, él conoce todas las obras del hombre; no mandó al hombre, ni deja impunes a los mentirosos” (Sir 15,18-20).

Y San Pablo va más allá cuando escribe en la primera Carta a los Corintios:

“Hablamos, entre los perfectos, una sabiduría…; enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido” (1 Cor 2,6). “Lo que Dios ha preparado para los que le aman, Dios nos lo ha revelado por el Espíritu, y el Espíritu todo lo penetra, hasta la profundidad de Dios” (1 Cor 2,10).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Jesús no viene a destruir la ley mosaica sino a que se cumpla de corazón y no se quede en la letra, en pura formalidad. “Dichosos los que caminan en la voluntad del Señor… enséñame a guardarla de todo corazón” (S. Resp.). El Maestro nos ofrece varios ejemplos que aluden a vivir con cristiana rectitud.

“Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo que tu hermano tiene quejas contra ti…” La intención de estas palabras no suscriben el manido reproche: ¡menos comulgar y más preocupación por los demás! De hecho, si no pudiéramos asistir a la Sta. Misa mientras alguien tiene algo contra nosotros, no iríamos nunca. Siempre habrá personas a quienes o hemos hecho ningún daño pero no nos pueden ver, bien por nuestras creencias religiosas, nuestras ideas políticas, artísticas…, o cualquier otro motivo. Y siempre habrá también

personas a quienes hemos inferido algún daño, les hemos pedido perdón y reparado el daño, pero ellas no quieren perdonar; esto es, tienen todavía algo contra nosotros.

Es un llamamiento apremiante a vivir con plenitud la fe cristiana el que atraviesa todas estas enseñanzas del Sermón de la Montaña. Importante es la Sta. Misa, viene a decir Jesús, pero si cuando vas a Ella recuerdas…, la mejor ofrenda que me puedes hacer es llevarte bien con los demás. ¡La mejor ofrenda: el amor hecho de cientos de detalles de servicio, de pasar por alto a quienes te tratan a diario impertinencias y desdenes. Amor que brilla con una luz cegadora, justamente, en la Sta. Misa, donde Cristo ha entregado su vida –Cuerpo y Sangre– por todos nosotros.

De ahí que la S. Escritura nos advierta: "Si alguien dice: 'Amo a Dios', y aborrece a su hermano, es un embustero; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (1Jn 4,20).

Preguntémonos al hilo de estas enseñanzas: ¿quiero con obras y de verdad a quienes me rodean en el hogar, en el lugar de trabajo, de relación social, de diversión o descanso? ¿Sé pasar por alto su modo de ser, tan opuesto al mío, evitando que esas diferencias –inevitables y queridas por Dios– hagan conflictiva la convivencia? ¿Les ayudo con mi tiempo, mi dinero, mis consejos, en la medida de mis posibilidades? ¿Me esfuerzo por disculparles, atemperando mis juicios con comprensión y tolerancia cristianas, como hago tantas veces conmigo mismo?

Quien se esfuerza por vivir así, contribuye a que el cristianismo deje de ser para muchos "una teoría", que siempre se puede discutir, una máscara que cae cuando termina la farsa, para convertirse en un espejo en el que se contempla la atractiva y vinculante persona de Jesucristo.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Los mandamientos, expresión de amor y senda de libertad»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ecclo 15,16-21: «No mandó pecar al hombre»

Sal 118,1-2.4-5.17-18.33-34: «Dichosos los que caminan en la voluntad del Señor»

1Co 2,6-10: «Dios predestinó la sabiduría de los siglos para nuestra gloria»

Mt 5,17-37: «Se dijo a los antiguos, pero yo os digo»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Los mandamientos son la manifestación del amor de Dios que señala a sus hijos lo bueno y lo malo, para que nadie elija la muerte sino la vida. Jesucristo los ha cumplido y llevado a plenitud y les ha dado una nueva perfección (Ev.).

El discípulo de Cristo encuentra el equilibrio justo entre ley y libertad en la «sabiduría que no es de este mundo», sino que «es divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria», que Dios nos ha revelado por el Espíritu (2ª Lect.).

El hombre es libre; los ojos de Dios ven las acciones y conoce todas las obras del hombre (1ª Lect.), respeta la libertad del hombre, pero «es prudencia cumplir su voluntad».

III. SITUACIÓN HUMANA

Nuestra cultura, agnóstica y laicista, prescinde de los mandamientos y ha borrado la frontera entre el bien y el mal, haciéndola depender de los que el hombre arbitrariamente decide.

Algunos cristianos ven el Decálogo como retrógrado y represivo. Es que no han entendido la ley cristiana. Porque cuando se la entiende, se la descubre como lo que verdaderamente es: fuente de libertad.

La nueva historia se ha construir sobre la verdad, la que hace al hombre libre con la libertad con la que Cristo nos ha liberado.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Los Mandamientos, signos de la Alianza con el pueblo: "El don de los mandamientos de la ley forma parte de la Alianza sellada por Dios con los suyos. Según el libro del Éxodo, la revelación de las «diez palabras» es concedida entre la proposición de la Alianza y su ratificación, después que el pueblo se comprometió a «hacer» todo lo que el Señor había dicho y a «obedecerlo». El Decálogo no es transmitido sino tras el recuerdo de la Alianza («el Señor, nuestro Dios, estableció con nosotros una alianza en Horeb»)" (2060).

– El Decálogo, revelación de Dios mismo: "Las «diez palabras» son pronunciadas por Dios dentro de una teofanía («el Señor os habló cara a cara en la montaña, en medio del fuego»). Pertenecen a la revelación que Dios hace de sí mismo y de su gloria. El don de los mandamientos es don de Dios y de su santa voluntad. Dando a conocer su voluntad, Dios se revela a su pueblo" (2059; cf 2052-2070).

La respuesta

– Adecuación entre conciencia personal y ley moral: «La conciencia de cada cual en su juicio moral sobre sus actos personales, debe evitar encerrarse en una consideración individual. Con mayor empeño debe

abrirse a la consideración del bien de todos según se expresa en la ley moral, natural y revelada, y consiguientemente en la ley de la Iglesia y en la enseñanza autorizada del Magisterio sobre las cuestiones morales. No se ha de oponer la conciencia personal y la razón a la ley moral o al Magisterio de la Iglesia» (2039).

El testimonio cristiano

– «El Señor prescribió el amor a Dios y enseñó la justicia para con el prójimo a fin de que el hombre no fuese ni injusto ni indigno de Dios. Así, por el Decálogo, Dios preparaba al hombre para ser su amigo y tener un solo corazón con su prójimo... Las palabras del Decálogo persisten también entre nosotros (cristianos) (S. Ireneo, haer. 4, 16,3-4)» (2063).

El Decálogo es un don divino que manifiesta el amor de Dios y traza el camino de la libertad, del bien y de la felicidad.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Firmes en la Fe.

***El depósito de la fe*. Un tesoro que recibe cada generación de manos de la iglesia, quien lo guarda fielmente con la asistencia del Espíritu Santo y lo expone con autoridad.**

I. Nos dice el Señor en el Evangelio de la Misa que Él no viene a destruir la Antigua Ley, sino a *darle su plenitud*; restaura, perfecciona y eleva a un orden más alto los preceptos del Antiguo Testamento. La doctrina de Jesús tiene un valor perenne para los hombres de todos los tiempos y es "fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta". Es un tesoro que cada generación recibe de manos de la Iglesia, quien lo guarda fielmente con la asistencia del Espíritu Santo y lo expone con autoridad. "Al adherirnos a la fe que la Iglesia nos propone, nos ponemos en comunicación directa con los Apóstoles (...); y mediante ellos, con Jesucristo, nuestro primer y único Maestro; acudimos a su escuela, anulamos la distancia de los siglos que nos separan de ellos". Gracias a este Magisterio vivo, podemos decir –en cierto modo– que el mundo entero ha recibido su doctrina y se ha convertido en Galilea: toda la tierra es Jericó y Cafarnaún, la humanidad está a la orilla del lago de Genesaret.

La guarda fiel de las verdades de la fe es requisito para la salvación de los hombres. ¿Qué otra verdad puede salvar si no es la verdad de Cristo? ¿Qué "nueva verdad" puede tener interés –aunque fuera la del más sabio de los hombres– si se aleja de la enseñanza del Maestro? ¿Quién se atreverá a interpretar a su gusto, cambiar o acomodar la Palabra divina?

Por eso, el Señor nos advierte hoy: *el que quebrante uno solo de estos mandamientos, incluso de los más pequeños, y enseñe a los hombres a hacer lo mismo, será el más pequeño en el reino de los Cielos*.

San Pablo exhortaba de esta manera a Timoteo: *Guarda el depósito a ti confiado, evitando las vanidades impías y las contradicciones de la falsa ciencia que algunos profesan, extraviándose de la fe*. Con esta expresión –*depósito*– la Iglesia sigue designando al conjunto de verdades que recibió del mismo Cristo y que ha de conservar hasta el final de los tiempos.

La verdad de la fe "no cambia con el tiempo, no se desgasta a través de la historia; podrá admitir, y aun exigir, una vitalidad pedagógica y pastoral propia del lenguaje, y describir así una línea de desarrollo, con tal que, según la conocidísima sentencia tradicional de San Vicente de Lérins (…): *quod ubique, quod semper, quod ab omnibus*: "lo que en todas partes, lo que siempre, lo que por todos" se ha creído, eso debe mantenerse como formando parte del depósito de la fe (…). Esta fijeza dogmática defiende el patrimonio auténtico de la religión católica. El *Credo* no cambia, no envejece, no se deshace". Es la columna firme en la que no podemos ceder, ni siquiera en lo pequeño, aunque por temperamento estemos inclinados a transigir: *Te molesta herir, crear divisiones, demostrar intolerancias…, y vas transigiendo en posturas y puntos –¡no son graves, me aseguras!–, que traen consecuencias nefastas para tantos*.

***Perdona mi sinceridad: con ese modo de actuar, caes en la intolerancia –que tanto te molesta– más necia y perjudicial: la de impedir que la verdad sea proclamada*. Y anunciar la verdad es frecuentemente el mayor bien que podemos hacer a quienes nos rodean.**

– Evitar todo lo que atenta a la virtud de la fe.

II. El cristiano, liberado de toda tiranía del pecado, se siente impulsado por la Nueva Ley de Cristo a comportarse ante su Padre Dios como un hijo suyo. Las normas morales no son entonces meras señales indicadoras de los límites de lo permitido o prohibido, sino manifestaciones del camino que conduce a Dios; manifestaciones de amor.

Debemos conocer bien este conjunto de verdades y de preceptos que constituyen el *depósito de la fe*, pues es el tesoro que el Señor, a través de la Iglesia, nos entrega para que podamos alcanzar la salvación. Esta riqueza de verdades se protege especialmente con la piedad (oración y sacramentos), con una seria formación doctrinal, adecuada a las personas, y también ejercitando *la prudencia en las lecturas*.

Todo el mundo considera razonable, por ejemplo, en una cátedra de física o de biología, que se recomienden determinados textos, se

desaconseje el estudio de otros y se declare inútil y aun perjudicial la lectura de una publicación concreta para quien de verdad está interesado en adquirir una seria información científica. En cambio, no faltan quienes se asombran de que la Iglesia reafirme su doctrina sobre la necesidad de evitar aquellas lecturas que sean dañinas para la fe o la moral, y ejerza su derecho y su deber de examinar, juzgar y, en casos extremos, reprobar los libros contrarios a la verdad religiosa. La raíz de ese asombro infundado podría encontrarse en una cierta deformación del *sentido de la verdad*, que admitiría un magisterio sólo en el campo científico, mientras que considera que en el ámbito de las verdades religiosas sólo cabe dar opiniones más o menos fundadas.

Al avivar en nuestra oración la fidelidad al depósito de la revelación, recordamos al mismo tiempo que incluso la ley natural, que el Señor ha escrito en nuestros corazones, nos impulsa desde dentro a valorar los dones del Cielo y, en consecuencia, "obliga a evitar en lo posible todo lo que atenta contra la virtud de la fe", como nos pide, por ejemplo, que conservemos la vida física; por ello, "poner voluntariamente en peligro la fe con lecturas perniciosas sin un motivo que lo justifique, sería un pecado aunque en la actualidad no se incurra en pena eclesiástica alguna".

Tras una larga experiencia en convivir y estudiar autores paganos o desconocedores de la fe, recomendaba San Basilio: "Debéis, pues, seguir al detalle el ejemplo de las abejas. Porque éstas no se paran en cualquier flor ni se esfuerzan por llevarse todo de las flores en las que posan su vuelo, sino que una vez que han tomado lo conveniente para su intento, lo demás lo dejan en paz.

"También nosotros, si somos prudentes, extrayendo de estos autores lo que nos convenga y más se parezca a la verdad, dejaremos lo restante. Y de la misma manera que al coger la flor del rosal esquivamos las espinas, así al pretender sacar el mayor fruto posible de tales escritos, tendremos cuidado con lo que pueda perjudicar los intereses del alma".

La prudencia en las lecturas es manifestación de fidelidad a las enseñanzas de Jesucristo; la fe es nuestro mayor tesoro, y por nada del mundo nos podemos exponer a perderlo o a deteriorarlo. Nada vale la pena en comparación de la fe. Debemos velar por nosotros mismos y por todos, pero de modo particular por aquellos que de alguna manera el Señor nos ha encomendado: hijos, alumnos, hermanos, amigos...

– Prudencia en las lecturas.

III. *Dichoso el que con vida intachable camina en la voluntad del Señor; dichoso el que guardando sus preceptos lo busca de todo corazón*, dice el *Salmo responsorial*, avivando nuestra disposición de seguir fielmente a Jesucristo.

Entre las ocasiones particularmente delicadas que pueden poner en peligro la integridad de la fe, la Iglesia ha señalado siempre la lectura de libros que atentan directa o indirectamente contra las verdades religiosas y contra las buenas costumbres, pues la historia atestigua con evidencia que, aun con todas las condiciones de piedad y de doctrina, no es raro que el cristiano se deje seducir por la parte o apariencia de verdad que hay siempre en todos los errores.

***Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes* (...). *Enséñame a cumplir tu voluntad*, le decimos nosotros a Jesús con palabras del *Salmo responsorial*. Y Él, a través de una conciencia formada, nos moverá a ser humildes, a realizar una prudente selección y a buscar un asesoramiento con garantías si hemos de estudiar cuestiones científicas, humanísticas, literarias, etc., en las que pueda infeccionarse nuestro pensamiento. Permaneciendo junto a Cristo, valorando mucho la fe, andaremos sin falsos complejos, con naturalidad, sin el afán superficial de "estar al día", como se han comportado siempre muchos intelectuales cristianos: catedráticos, profesores, investigadores, etc. Si somos humildes y prudentes, si tenemos "sentido común", no seremos "como los que toman el veneno mezclado con miel".**

Fieles a la enseñanza del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia, necesitamos una formación que nos permita apreciar cuanto de válido puede encontrarse en las diversas manifestaciones de la cultura –pues el cristiano debe estar siempre abierto a todo lo que es verdaderamente positivo–, a la vez que detectamos lo que sea contrario a una visión cristiana de la vida. Pidamos a la Santísima Virgen, *Asiento de la Sabiduría*, ese discernimiento en el estudio, en las lecturas y en todo el ámbito de las ideas y de la cultura. Pidámosle también que nos enseñe a valorar y a amar siempre más el tesoro de nuestra fe.

P. Givanildo dos SANTOS Ferreira (Brasília, Brasil) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas

Hoy, Jesús nos dice «No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento» (Mt 5,17). ¿Qué es la Ley? ¿Qué son los Profetas? Por Ley y Profetas, se entienden dos conjuntos diferentes de libros del Antiguo Testamento. La Ley se refiere a los escritos atribuidos a Moisés; los Profetas, como el propio nombre lo indica, son los escritos de los profetas y los libros sapienciales.

En el Evangelio de hoy, Jesús hace referencia a aquello que consideramos el resumen del código moral del Antiguo Testamento: los mandamientos de la Ley de Dios. Según el pensamiento de Jesús, la Ley no consiste en principios meramente externos. No. La Ley no es una imposición venida de fuera. Todo lo contrario. En verdad, la Ley de Dios corresponde al ideal de perfección que está radicado en el corazón de cada hombre. Esta es la razón por la cual el cumplidor de los mandamientos no solamente se siente realizado en sus aspiraciones humanas, sino también alcanza la perfección del cristianismo, o, en las palabras de Jesús, alcanza la perfección del reino de Dios: «El que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos» (Mt 5,19).

«Pues yo os digo» (Mt 5,22). El cumplimiento de la ley no se resume en la letra, visto que "la letra mata, pero el espíritu vivifica" (2Cor 3,6). Es en este sentido que Jesús empeña su autoridad para interpretar la Ley según su espíritu más auténtico. En la interpretación de Jesús, la Ley es ampliada hasta las últimas consecuencias: el respeto por la vida está unido a la erradicación del odio, de la venganza y de la ofensa; la castidad del cuerpo pasa por la fidelidad y por la indisolubilidad, la verdad de la palabra dada pasa por el respeto a los pactos. Al cumplir la Ley, Jesús «manifiesta con plenitud el hombre al propio hombre, y a la vez le muestra con claridad su altísima vocación» (Concilio Vaticano II).

El ejemplo de Jesús nos invita a aquella perfección de la vida cristiana que realiza en acciones lo que se predica con palabras.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

Escuchar la Palabra

«Escucha Israel, el Señor, Dios nuestro, es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos».

Eso dice Jesús.

Sacerdote, toma y lee.

Es leyendo la Palabra de Dios como escuchas, y es así como se abre tu corazón para que hables con palabras de tu boca, y el pueblo de Dios te escuche, porque es así como el pueblo de Dios escucha su voz. Pero ten cuidado, sacerdote, porque la boca habla de lo que hay en el corazón.

Amor, sacerdote, eso es lo que debe haber en tu corazón, para que manifiestes el cumplimiento de la ley de tu Dios.

Amar, sacerdote, esa es la ley de tu Dios. Pero amarlo a Él primero por sobre todas las cosas y amar a su pueblo como Jesús lo amó. Esa, sacerdote, es la ley de Dios, y no hay ley más grande que esta.

Escucha, sacerdote, la Palabra de tu Señor, porque todo ha sido escrito ya, y se cumplirá hasta la última letra.

Escucha la Palabra del Señor y ponla en práctica.

Eso es hacer lo que Él te dice. Pero, para obrar el bien, primero debes saber qué es el bien.

El bien es tu Señor, sacerdote, y tu Señor es Cristo, a quien tú mismo representas, con quien tú te configuras, y quien tú eres en el altar y en cada momento de tu vida. Porque Cristo no se va, Él está contigo todos los días de tu vida, cada momento del día, cada momento de la noche.

Que sea tu voluntad la voluntad de Él, para que ya no seas tú sino Él quien viva en ti.

Sacerdote: Cristo no vino al mundo a abolir la ley, sino a darle profundo sentido, para que sea cumplida de acuerdo a la voluntad de su Padre, porque el espíritu es fuerte pero la carne es débil, y los hombres acomodan las leyes a su conveniencia y distorsionan la verdad.

Cristo es la única verdad.

Reconoce, sacerdote, en su Palabra la verdad, y conoce a quien tú mismo representas.

Renuncia a ti mismo, y toma tu cruz y síguelo, porque es así como lo conoces, Hombre verdadero y Dios verdadero.

Reconoce en ti, sacerdote, a ese verdadero Dios y verdadero Hombre, y cumple su ley, aunque no te acomode, aunque no te convenga, aunque no la entiendas, y aunque a veces no quieras.

Obedece, sacerdote, porque a través de ti es como el Señor se manifiesta ante los hombres del mundo, para enseñarles el camino a través de su Palabra y de tu ejemplo.

Cielos y tierra pasarán, pero la Palabra de tu Señor no pasará.

Esa, sacerdote, es tu seguridad, es tu misión y es lo que tú debes procurar y dar cumplimiento.

Despierta, sacerdote, de tu mediocridad, de tu tibieza, de tu entumecimiento, de tu frialdad, de tus vicios, de tu mezquindad, de tu ingratitud, de tu somnolencia, de tu indiferencia.

Despierta a la realidad y date cuenta de que no hay más verdad que la cruz de tu Señor, a través de la que Él mismo te ha venido a salvar, y te

pide conducir a su pueblo hasta ti, para que su salvación llegue a todos los rincones del mundo.

Sacerdote, rígete en la ley de tu Señor y rige a su pueblo, pero reacciona sacerdote. El pueblo se rige con la ley a través del ejemplo.

Escucha, sacerdote, a tu Señor, ámalo y demuéstrale tu amor, enseñando su ley y dándole cumplimiento.

La plenitud del cumplimiento de la ley está en el amor.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 43)

Domingo VII del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2017 - Homilías varias**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. P. José PLAZA MONÁRDEZ (Calama, Chile) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

EL TRIBALISMO GREMIAL

Lev 19, 1-2.17-18; 1 Cor 3, 16-23; Mt 5, 38-48

Las dos últimas antítesis con que cierra el capítulo quinto del Evangelio de san Mateo no tienen desperdicio. Son una confirmación de dos valores fundamentales de la fe cristiana, a saber, la gratuidad y la misericordia. El principio ético que Jesús nos propone es la renuncia al uso de la violencia ante los violentos. Los casos particulares de la mejilla, la túnica y el

préstamo no son normas específicas, sino ejemplos ilustrativo s de un mandato excepcional: tratar de buena manera a los malvados. Quien condiciona el buen trato al círculo de los que nos tratan bien, permanece dentro de la dinámica del trueque y del negocio. Tratar bien a las personas amables, puede comprenderse como una inversión rentable o una convención social. Mostrar amabilidad a los groseros y violentos es una muestra de fidelidad a la bondad del Padre celestial.

ANTIFONA DE ENTRADA Sal 12, 6

Confío, Señor, en tu misericordia. Se alegra mi corazón con tu auxilio; cantaré al Señor por el bien que me ha hecho.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Dios todopoderoso, que la constante meditación de tus misterios nos impulse a decir y hacer siempre lo que sea de tu agrado. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Del libro del Levítico: 19, 1-2.17-18

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés: "Habla a la asamblea de los hijos de Israel y diles: 'Sean santos, porque yo, el Señor, soy santo.

No odies a tu hermano ni en lo secreto de tu corazón. Trata de corregirlo, para que no cargues tú con su pecado. No te vengues ni guardes rencor a los hijos de tu pueblo. Ama a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor' ".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 102, 1-2.3-4.8 Y 10.12-13.

R/. El Señor es compasivo y misericordioso.

Bendice al Señor, alma mía, que todo mi ser bendiga su santo nombre. Bendice al Señor, alma mía, y no te olvides de sus beneficios. *R/.*

El Señor perdona tus pecados y cura tus enfermedades; él rescata tu vida del sepulcro y te colma de amor y de ternura. *R/.*

El Señor es compasivo y misericordioso, lento para enojarse y generoso para perdonar. No nos trata como merecen nuestras culpas, ni nos paga según nuestros pecados. *R/.*

Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos; como un padre es compasivo con sus hijos, así es compasivo el Señor con quien lo ama. *R/.*

SEGUNDA LECTURA

Todo es de ustedes, ustedes son de Cristo y Cristo es de Dios.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 3, 16-23

Hermanos: ¿No saben ustedes que son el templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Quien destruye el templo de Dios, será destruido por Dios, porque el templo de Dios es santo y ustedes son ese templo.

Que nadie se engañe: si alguno de ustedes se tiene a sí mismo por sabio según los criterios de este mundo, que se haga ignorante para llegar a ser verdaderamente sabio. Porque la sabiduría de este mundo es ignorancia ante Dios, como dice la Escritura: Dios hace que los sabios caigan en la trampa de su propia astucia. También dice: El Señor conoce los pensamientos de los sabios y los tiene por vanos.

Así pues, que nadie se gloríe de pertenecer a ningún hombre, ya que todo les pertenece a ustedes: Pablo, Apolo y Pedro, el mundo, la vida y la muerte, lo presente y lo futuro: todo es de ustedes; ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO 1 Jn 2, 5

R/. Aleluya, aleluya.

En aquel que cumple la palabra de Cristo, el amor de Dios ha llegado a su plenitud. *R/.*

EVANGELIO

Amen a sus enemigos.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 5, 38-48

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Han oído que se dijo: Ojo por ojo, diente por diente. Pero yo les digo que no hagan resistencia al hombre malo. Si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda; al que te quiera demandar enjuicio para quitar te la túnica, cédele también el manto. Si alguno te obliga a caminar mil pasos en su servicio, camina con él dos mil. Al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda.

Han oído que se dijo: Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo. Yo, en cambio, les digo: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen y calumnian, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y manda su lluvia sobre los justos y los injustos.

Porque, si ustedes aman a los que los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y si saludan tan sólo a sus

hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen eso mismo los paganos? Ustedes, pues, sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al celebrar con la debida reverencia tus misterios, te rogamos, Señor, que los dones ofrecidos en honor de tu gloria nos sirvan para la salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 11, 27

Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo, el que tenía que venir al mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Dios todopoderoso, que alcancemos aquel fruto celestial, cuyo adelanto acabamos de recibir mediante estos sacramentos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lv 19,1-2.17-18)

1ª lectura

La santidad que se pide a los israelitas va más allá de lo meramente ritual. Como en Lv 20,26, se exhorta a dicha santidad por la razón suprema de que el Señor es Santo.

Los vv. 2 («sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo»; cfr también 20,26) y 18 («Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, el Señor»; cfr también 19,33-34) condensan toda la ética del libro del Levítico y aun de toda la Ley de Dios.

Así lo explicará después Jesucristo, según lo reporta Mt 22,34-40 (textos paralelos en Mc 12,28-31 y Lc 10, 25-28): «Los fariseos, al oír que había hecho ca-llar a los saduceos, se pusieron de acuerdo, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?" Él le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas"».

La corrección fraterna (cfr Lv 19,17) es práctica que Jesucristo elevará a un plano superior (cfr Mt l8,15s.). También el amor al prójimo es elevado por Nuestro Señor a un nivel más alto. En primer lugar, porque el prójimo no se reducía a los miembros del pueblo hebreo, o a los forasteros que habitaban en tierra judía. Para Cristo el prójimo es todo aquél que pasa junto a nosotros, o está a nuestro lado, sea he-breo o no lo sea. Por otra parte, no se trata tan sólo de amar a los demás como a nosotros mismos, sino de amarles como Cristo nos amó (cfr Jn 15,12).

Sois templo de Dios (1 Co 3,16-23)

2ª lectura

La imagen del templo de Dios (vv. 16-17), utilizada con frecuencia por San Pablo (cfr 6,19-20; 2 Co 6,16), manifiesta la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma en gracia. En efecto, «por medio de la gracia de Dios inhabita en el alma justa como en un templo, de un modo íntimo y singular» (León XIII, *Divinum illud munus*, n. 10). Es consolador y estimulante saber que «las Personas divinas inhabitan en cuanto que, estando presentes de una manera inescrutable en las almas creadas dotadas de entendimiento, entran en relación con ellas por el conocimiento y el amor (cfr *Summa theologiae* 1,43,3), aunque de un modo completamente íntimo y singular, absolutamente sobrenatural» (Pío XII, *Mystici Corporis*).

La presencia de la Trinidad en el alma en gracia invita a procurar un trato más personal y directo con Dios, al que en todo momento podemos buscar en el fondo de nuestras almas: *Frecuenta el trato del Espíritu Santo —el Gran Desconocido— que es quien te ha de santificar. No olvides que eres templo de Dios. —El Paráclito está en el centro de tu alma: óyele y atiende dócilmente sus inspiraciones* (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 57).

A continuación, con dos citas bíblicas (Jb 5,13; Sal 94,11) queda rubricada la verdad de que los planteamientos exclusivamente humanos desembocan en el fracaso más rotundo. El cristiano, en cambio, que sólo pertenece a Cristo (v. 23) es dueño de todo: «Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores. Los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. ¿Pues qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre» (S. Juan de la Cruz, *Oración del alma enamorada*).

Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5,38-48)

Evangelio

Continúan las palabras de Jesús, que ya meditamos el domingo pasado, acerca del valor de la Ley, aunque puntualizando que su

verdadero cumplimiento va más allá de una observancia meramente formal. Muchas son las maneras por las que el Señor lleva a la interiorización de los mandamientos. Ahora lo hace invitando a la magnanimidad (vv. 39-42), a la grandeza de alma (vv. 44-47), evitando todo tipo de subterfugios y de palabrerías (vv. 34-37).

El v. 48 resume la enseñanza de todo el capítulo. Recuerda, sin duda, el precepto del Levítico: «Sed santos, porque yo soy santo» (11,44). El Señor, pues, lleva la Ley a su plenitud proponiendo la imitación de la perfección de nuestro Padre celestial. Y la manera de hacerlo es imitar a Jesucristo: «Si queréis imitar a Dios, puesto que habéis sido creados a su imagen, imitad su ejemplo. Vosotros, que sois cristianos, que con vuestro mismo nombre estáis proclamando la bondad, imitad la caridad de Cristo» (S. Asterio de Amasea, *Homiliae* 13). El fin del cumplimiento de la Ley es llegar a la santidad de Dios. En sentido estricto es imposible que la criatura tenga la perfección de Dios. Por lo tanto, el Señor quiere decir aquí que la perfección divina debe ser el modelo al que ha de tender el cristiano, sabiendo que hay una distancia infinita con su Creador. Como se ve, la llamada universal a la santidad no es una sugerencia, sino una exigencia de Jesucristo: *Tienes obligación de santificarte. —Tú también. —¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor:* Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 291).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

***Oísteis que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al malvado; y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra; y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, dale también el manto*. (Mt 5, 38-40).**

¿VES cómo, cuando te ordenaba extraer tu ojo si te escandalizaba, no hablaba del ojo material, sino de quien unido a nosotros con la amistad, nos hace daño espiritualmente y nos arroja al abismo de la ruina? En verdad, el Señor que tamaña hipérbole usa en este pasaje, y no nos permite ni arrancar el ojo de quien nos ha arrancado el nuestro ¿cómo podía sancionar que personalmente nos arrancáramos los ojos?

Y si alguno acusa a la Ley Antigua porque ordenaba en tal forma vengarse, me parece que ignora la sabiduría que a un Legislador absoluto conviene, lo mismo que las circunstancias de los tiempos y la utilidad que de la suavidad se sigue. Si pensaras qué clase de gente era la que tenía que oír eso y en qué estado de ánimo se encontraba y en qué ocasión recibió

semejantes ordenanzas, alabarías grandemente la sabiduría del Legislador y verías cómo es uno y el mismo el autor de aquellas antiguas leyes y de estas nuevas, y cómo las prescribió con grande provecho y a su tiempo oportuno. Si allá a los comienzos hubiera dado leyes tan altas y sublimes, los oyentes no habrían aceptado ni las unas ni las otras. En cambio, por haber establecido ambas en su oportunidad, mediante ambas enseñó al orbe todo.

Por otra parte, no estableció que mutuamente nos saquemos los ojos, sino al revés: que nos abstengamos de hacerlo. La amenaza de la venganza que se debía tomar, reprimió el ímpetu del ánimo dispuesto a injuriar. De este modo, poco a poco, va inculcando grandes virtudes, al ordenar al ofendido que tome venganza igual a la ofensa. A la verdad, mayor castigo merecía el que se adelantara en acometer semejantes crímenes, como lo exige la ley de la justicia. Pero quería el legislador templar la justicia mediante la benignidad, y así condena al que tiene un crimen mayor a un castigo menor; y de paso nos enseña a tener gran moderación cuando algo padecemos.

Una vez que hubo presentado y leído entera la Antigua Ley, enseguida demostró que quien tal cosa hubiere hecho no es un hermano, sino un perverso; y por esto añadió: Pero yo os digo que no resistáis al perverso. No ordenó que no resistiéramos al hermano, sino al perverso, indicando de este modo que semejante crimen lo había cometido a instigación del Perverso. Al mismo tiempo quitaba y arrancaba gran parte de la ira que hubiéramos concebido contra quien semejante injuria nos hubiera hecho, con echar la culpa de ella al otro Malo.

Preguntarás: ¿entonces debemos resistir al Perverso? ¡Sí, debemos! Pero no de aquel modo, sino del que Cristo nos ordena. Es decir, estando preparados a soportar las injurias, pues por este camino lo vencerás. No se apaga el fuego con fuego, sino con agua. Y para que veas que aun en el Antiguo Testamento, quien sufría era quien llevaba la victoria y era coronado, examina los casos y encontrarás que fue siempre el preferido. Porque se ve que quien fue el primero en arrancar el ojo al otro, en realidad arrancó dos ojos: el del prójimo y el propio. Con razón, pues, todos aborrecen a ese tal y se le persigue y abundantemente se le acusa.

En cambio, el ofendido, aparte de que es vengado con una pena igual impuesta al ofensor, se encuentra con que no ha hecho mal al otro. Por lo cual razonablemente encuentra muchos que lo compadezcan, como a hombre sin culpa, aun cuando de hecho se hubiere seguido la venganza. De modo que en último resultado, en ambos es igual la desgracia, pero no lo es la gloria ni ante Dios ni ante los hombres. Y por tal motivo tampoco la calamidad para adelante es la misma. Por eso dijo Cristo al principio: Quien sin motivo se irrita contra su hermano y lo llama fatuo, será reo del fuego de la gehenna. Pero en este pasaje exige mayor virtud aún. Porque

no sólo manda que quien tal injuria recibe permanezca quieto, sino que incluso se adelante a quien'; lo hiere en los buenos servicios, presentándole la otra mejilla, Claro está que lo dice no únicamente por este caso, sino dando una ley universal y enseñándonos el comportamiento semejante para las demás ocasiones.

Así como cuando dice: el que llama a su hermano fatuo será reo del fuego de la gehenna, no se refiere exclusivamente a la palabra misma, sino a todo género de injurias, así aquí legisla no únicamente para que si se nos abofetea llevemos con mansedumbre la injuria, sino para que no nos turbemos cuando suframos otra injuria cualquiera. Por esto escogió de la Antigua Ley lo que parece ser extremo en las injurias, y en la Nueva Ley lo que todos consideraban como lo más injurioso, que son; las bofetadas. Y legisló así teniendo en cuenta a la vez al que golpea y al herido. Armado con esta virtud y doctrina, el herido no pensará haber sufrido nada grave, pues eso no tendrá sentido alguno de injuria; y así se habrá como quien está en un certamen y no como simplemente herido. Y el injuriante, avergonzado, no repetirá el golpe aun cuando sea más feroz que una bestia salvaje; y aun se acusar, a sí mismo por el golpe primero.

Nada hay que tanto reprima a los que golpean, como la mansedumbre de los golpeados. De manera que el golpeado no solamente contiene el ímpetu del que golpea para que no pase adelante, sino que de hecho lo hace arrepentirse, y que, admirado de la moderación del otro, se aparte. Y aun hace a veces de los enemigos, amigos y aun familiares y servidores. Por el contrario, la venganza tornada, produce los efectos al revés: cubre de oprobio a ambos contendientes y los vuelve peores y más les excita la llama de la ira y con frecuencia, yendo adelante el daño, se llega hasta el asesinato.

Por tal motivo, ordena Cristo que no se irrite el golpeado, sino que aun llene las ansias del que lo hiere, para que no parezca que ha recibido contra su voluntad el golpe primero. De este modo hiere al impudente con una herida más ejecutiva que si con la espada lo hiriera y lo hace más moderado.

Y al que quiera litigar contigo y quitarle la túnica, déjale también el manto. Quiere Cristo que no sólo en referencia a los golpes, si o también a los dineros, se demuestre semejante mansedumbre. Por lo mismo, usa de nuevo de una hipérbole semejante a la anterior. Ahí ordena vencer padeciendo; aquí cediendo aún más allá de lo que el ladrón esperaba. Ni lo dijo así simplemente, sino puso un aditamento. No dijo da el manto a quien te lo pida; sino: Al que quisiere litigar contigo. Es decir, al que te arrastre a los tribunales y te cause molestias. Así como antes, habiendo dicho: no llames fatuo a tu hermano, no te irrites neciamente, luego exigió algo más ordenando presentar la otra mejilla, así aquí, tras de haber dicho: Ponte de acuerdo con tu adversario, añadió, enseguida, algo más

grave. Porque no ordena solamente que al ladrón se le dé lo que nos quiere quitar, sino que se le muestre una liberalidad mayor.

Preguntarás: pero entonces ¿tengo que andar desnudo? Jamás andaríamos desnudos si tal precepto cumpliéramos. Al revés, andaríamos con mayor cantidad de vestidos que muchos otros. En primer lugar porque nadie, en semejante disposición de ánimo, nos acometería. En segundo lugar, si alguien hubiera tan feroz e inhumano que así nos acometiera, y que a tales términos llegara, se encontrarían muchos otros que a un hombre de tan altísima virtud lo cubrieran no digo ya con vestidos, sino, si fuera posible, desnudándose de su propia carne.

Pero aun en el caso de que por ejercitar semejante virtud tuviéramos que andar desnudos, no sería eso nada vergonzoso. Desnudo anduvo Adán en el paraíso, y no se avergonzaba. Isaías, aun desnudo y descalzo, era entre los judíos el más esclarecido. José, cuando se le arrebató el manto, entonces resplandeció sobre todos. Porque andar por tal motivo desnudo, no es malo; sino el andar vestido como ahora es lo usado, con telas de grandísimo precio: Esto sí que es vergonzoso y ridículo. Por esto a los que he mencionado, Dios los alabó, mientras que a los otros por boca de los profetas y apóstoles con frecuencia los reprendió.

No pensemos, pues, que los preceptos son imposibles. Son, por el contrario, útiles y grandemente fáciles, con tal de que estemos alertas; y acarrean grandes ventajas, tales que no sólo a nosotros mismos aprovechan, sino aun a quienes nos hieren, en gran manera. Y lo más excelente que tienen es que, al ordenarnos que soportemos los males, por el mismo caso enseñan la virtud a quienes nos dañan. Juzga el ladrón que es grande bien el apoderarse de lo ajeno. Tú en cambio le demuestras que estás dispuesto a darle aun lo que no pide: a su pequeñez y a su rapacidad contrapones tu presteza y tu virtud. Considera cuán grande enseñanza tomará de aquí, adoctrinado no con palabras, sino con obras a despreciar la maldad y alcanzar la virtud. Dio quiere que no seamos útiles únicamente para nosotros sino también para los prójimos.

Si pues cedes y no entras en contienda ni en juicio, has logrado una utilidad particular para ti; pero si añades un don al que te roba, lo haces mejor en la virtud. Semejante es la sal, pues quiere el Señor que a ella sean semejantes sus discípulos: se conserva a sí misma y conserva de la corrupción las otras substancias con las que se mezcla. Semejante es el ojo: ve para sí y para los demás. Y pues Cristo te ha puesto como ojo y como, sal, ilumina tú al que yace en tinieblas y demuéstrale que ni primero al robarte te hizo violencia ni en absoluto después se te siguió daño alguno. De este modo te tomas esclarecido y más respetado, al demostrar que diste y no que perdiste porque te robaron. Haz, en consecuencia, por tu mansedumbre que el pecado del que te roba se convierta en honra tuya.

Quizá pienses ser eso ya cosa grande. Pero espera un poco y verás con claridad que aun así no has llegado a la cumbre de la perfección. Quien puso las leyes del pecador, no se detuvo, aquí, sino que avanzó más y dijo: Si alguno te requisare para una milla, vete con él dos. ¿Has observado la excelencia de la doctrina? Si tras de haberte despojado tu adversario de la túnica y del manto que le cediste, todavía quisiera él usar de tus fuerzas corporales, así desnudo, para soportar el trabajo y la, miseria, ni aun en este caso, dice Cristo, conviene impedirlo. Porque es deseo de Jesús que todo lo poseamos en común, así las fuerzas corporales como el dinero; y que todo lo comuniquemos con los pobres y con los que sufren injurias. A esto segundo ayudan las fuerzas; a lo primero la longanimidad.

Por esto dice: Si alguno te requisare para una milla, vete con él dos, con lo que te eleva a más alta virtud y te ordena demostrar la misma liberalidad. Si lo que al principio disponía, siendo cosas de menor virtud, tan grandes bienaventuranzas contienen, considera cuánto mayores bienes esperan a quienes pongan en práctica estos actos de mayores virtudes, y cuán brillantes llegarán a ser, aun antes del premio; puesto que muestran en un cuerpo pasible y humano, una completa impasibilidad. No conmoviéndose ni afligiéndose con las calumnias, los golpes, el robo de bienes, ni con otra cosa alguna, y cediendo y haciéndose más fuertes con los mismos padecimientos, piensa cuán perfecta llegará a ser la virtud de su alma. Tal es el motivo de que en este caso ordene el mismo comportamiento que en el de los golpes y los dineros.

Como si dijera: ¿Para qué hablo de injurias y dineros? Si tu adversario quiere fatigarte en el trabajo en tu mismo cuerpo y esto haciéndote injusticia, véncelo también ahora y sobreponte a su perversa codicia. Porque eso significa requisar. Es llevarse algo sin permiso y violentar sin razón alguna. Pues prepárate también para esto: para sufrir más aún de lo que él exigirte quiera.

Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado. Este precepto ordena algo menor que los otros. Pero no te admires. Pues así suele Cristo hacer, mezclando lo pequeño con lo grande. Pero si estas cosas son pequeñas, oigan los que roban lo ajeno y los que derrochan en las meretrices y se preparan un doble castigo en el fuego, tanto por esas ideas pecaminosas, como por esos gastos dañosos. Y no habla aquí de la usura, sino que llama a ese préstamo, uso simple; que es lo mismo que en otra parte procura, cuando afirma que debemos dar a aquellos de quienes no esperamos recompensa.

Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos. **Observa cómo puso el remate de todos los bienes. Por esto enseñó a llevar**

con paciencia a quienes nos abofetean e incluso a presentarles la otra mejilla; y no sólo añadir el manto a la túnica, sino a ir por dos millas más con quien nos ha requisado para una, a fin de que luego con mayor facilidad aceptaras lo que era superior a tales preceptos. O sea que quien esto cumpla juntamente no tenga enemigos. Pues bien: hay algo más perfecto aún. Porque no dice No aborrezcas, sino ama. No dijo: No dañes, sino haz beneficios.

Si alguno cuidadosamente examina, encontrará un aditamento mayor con mucho que esto. Porque ahora no manda únicamente amarlos, sino rogar por ellos. ¿Observas a qué gradas ha subido y cómo nos ha llevado hasta la cumbre misma de la virtud? Quiero que lo medites, enumerándoles desde el principio. El primer grado es no injuriar. El segundo, cuando se nos injuria, no vengarnos a nuestra vez. El tercero, no aplicar al que nos hiere el mismo castigo con que nos hiere, sino tener mansedumbre. El cuarto, ofrecerse de buena voluntad a sufrir injurias. El quinto, ofrecer al que nos injuria mucho más de lo que él nos exige. El sexto, no odiar a quien nos hace semejante injusticia. El séptimo, incluso amarlo. El octavo, además hacerle beneficios. Finalmente, el noveno, rogar a Dios por él.

¿Ves la cumbre de la virtud? Por esto su reino es espléndido. El precepto era difícil y necesitaba un ánimo generoso y muy diligente, por lo cual le señaló un premio tal como no lo había hecho con los anteriores preceptos. No trae aquí a la memoria la tierra, como al tratar de los mansos; ni la consolación y misericordia, como al tratar de los que lloran y se compadecen; ni el reino de los cielos; sino que, lo que es en sumo grado admirable, dice que serán semejantes a Dios, en cuanto los hombres pueden ser semejantes a Dios. Porque dice: Para que seáis semejantes a vuestro Padre que está en los cielos. Debes advertir cómo ni aquí ni en lo anterior llama suyo al Padre. Cuando' trató de los juramentos habló de Dios y del gran reino; pero aquí habla del Padre de los oyentes. Pues bien: lo hace atendiendo a la oportunidad de los tiempos y guardando para ella tales modos de hablar. Luego avanza y declara y explica la semejanza que dejó apenas indicada, diciendo: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores De manera que, dice, no aborrece, sino incluso hace beneficios a quienes lo injurian. Aunque, a decir verdad, no hay en esto igualdad alguna, no sólo respecto de la magnitud de los beneficios sino también en la dignidad altísima. Tú eres despreciado por un consiervo; El por un siervo a quien ha colmado de infinitos beneficios. Tú, cuando oras por el consiervo ofreces, palabras; pero El da cosas mucho más grandes y admirables: desde luego, la luz del sol y las lluvias anuas. Pero aun así, parece decir, te concedo que seas igual a Dios, en cuanto el hombre puede serlo.

No odies, pues, al hombre que te hace mal, pues con esto te alcanza bienes innumerables y a tan alto honor te eleva. No maldigas a quien te hace mal, pues de lo contrario sufrirás y al mismo tiempo quedarás privado del fruto: soportarás el daño y perderás el premio, cosa que será el colmo de la locura: es a saber, que habiendo soportado lo que es más, no suframos lo que es menos. Dirás que ¿cómo es eso? Viendo a Dios hecho hombre y que en tal manera se ha abajado y tan terribles padecimientos ha soportado por ti ¿todavía preguntas y dudas de cómo puedes perdonar las injurias de tu consiervo? ¿No lo escuchas cuando en la cruz dice*: Perdónalos porque no saben lo que hacen*? (Lc 23, 34) ¿No oyes a Pablo que dice: *El que resucitó, el que está a la derecha ruega por nosotros*? (Rm 8, 34). ¿No ves que después de la cruz y de la Ascensión envió sus apóstoles a los judíos que lo habían crucificado, para que les llevaran infinitos bienes, y esto a sabiendas de que los apóstoles iban a sufrir de su parte males sin cuento?

¿Alegarás ser ya mucho lo que has sufrido? ¿Es acaso que tú ya soportaste todo cuanto padeció tu Señor, que fue atado, abofeteado, azotado, escupido por sus siervos, muerto, y muerto con la muerte más ignominiosa de todas las muertes y todo tras de haberles hecho tan inmensos beneficios? Entonces si tus enemigos muy mucho te han ofendido, cólmalos de beneficios para tejerte una brillante corona y librar a tus hermanos de su gravísima enfermedad. Los médicos cuando son acometidos por algún enfermo furioso a puntapiés e injurias, entonces sobre todo se duelen y se disponen a devolverles la salud, sabiendo que las injurias son fruto de la violencia misma de la enfermedad.

Piensa tú lo mismo acerca de los que te asedian, y procede con esos enfermos de la misma manera; porque enfermos son precisamente esos a quienes oprime y sufren la dicha enfermedad. Libra a tu enfermo de su mal gravísimo y procura que se alivie de su ira: arrebátalo de ese demonio cruel. Cuando contemplamos a un poseso, lloramos y procuramos no quedar también nosotros poseídos del demonio. Esto es lo que debemos hacer con los airados, puesto que los tales son como los posesos y aún más miserables, ya que están locos teniendo sus sentidos cabales. Y esta es una de las razones por las que su locura no merece perdón.

No hundas más al caído, sino al revés: compadécelo. Si vemos a alguno con la bilis conmovida y con vértigos y que se apresura a vomitar aquel mal humor, le ayudamos, lo sostenemos, aun cuando nos manche el manto no cuidamos de esto; lo único que nos preocupa es librarlo de semejante angustia. Pues bien, procedamos lo mismo con los irritados: sostengámoslos mientras vomitan y se agitan y no los abandonemos hasta que hayan arrojado toda la bilis. Cuando estén ya en paz, te quedarán sumamente agradecidos y verán con claridad de qué tremenda perturbación los habéis liberado.

Mas ¿qué digo? ¿Que te darán las gracias? Dios al punto te coronará y te pagará con bienes infinitos, porque has librado a tu hermano de grave enfermedad; y el mismo a quien has liberado te dará las gracias y te honrará como a señor y reverenciará tu moderación. ¿No has visto cómo las mujeres en punto de parto muerden a las más cercanas y sin embargo éstas no lo toman a injuria? Cierto que se duelen, pero con fortaleza lo soportan y se mueven a misericordia con la paciente destrozada por el dolor. Imítalas y no seas más cobarde que las mujeres. Cuando esas mujeres de que hablamos (pues al fin y al cabo los airados están más dispuestos a la riña que las dichas mujeres), layan por fin dado a luz, verán que tú eres todo un hombre.

Si tales preceptos te parecen pesados, piensa que para esto vino Cristo: para metérnoslos en el alma y hacernos útiles a amigos y enemigos. Por lo cual nos ordena cuidar de unos y de otros: de los hermanos cuando dice: si ofreces tu don; de los enemigos, cuando puso ley de que los ames y ores por ellos. Ni nos exhorta a ello únicamente con el ejemplo de Dios, sino también por los resultados de proceder al contrario, pues dice el Señor: Si amáis a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y lo mismo Pablo: *Aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado* (Hb 12, 4). De manera que si así procedes como decíamos, estarás con Dios; si no, con los publicanos. ¿Ves cómo la grandeza del precepto es tanta cuanta es la diferencia de las personas?

No pensemos, pues, que el precepto es difícil, sino pongamos el pensamiento en el premio, y consideremos a quién nos asemejamos si procedemos correctamente, y a quiénes nos parecemos si lo traspasamos. Ordenó Cristo reconciliarse con el hermano y no alejarse hasta haber extinguido las enemistades. Hablando así en general de todos, no nos sujetó a una necesidad que esté sobre nuestras fuerzas, sino únicamente exige lo que está de nuestra parte; y así nos facilita la ley. Y pues dijo: persiguieron a los profetas que existieron antes que vosotros, con el objeto de que no se irritaran contra ellos por haber perseguido, les ordena que aun obrando los perseguidores como obraron, no solamente se les tolere, sino que los amen.

¿Observas cómo arranca de raíz la ira y la concupiscencia, ya de los cuerpos, ya de las riquezas, ya de la gloria y de cualquiera otra cosa de la vida presente? Lo hizo así desde el principio del discurso, pero mucho lo hace ahora. Porque quien es pobre, quien es manso, quien llora, en absoluto está muy lejos de la ira. El que es justo y misericordioso, excluye de sí toda codicia de riquezas; quien es limpio de corazón está libre de la concupiscencia dé la carne; quien padece persecución y sufre las injurias, aun cuando se hable mal de él, sabe despreciar todas esas cosas presentes y queda libre del fausto y de la vanagloria.

Una vez libre el oyente de semejantes lazos y dispuesto para la batalla, de nuevo y con mayor esfuerzo arranca de raíz semejantes vicios. Comenzando por la ira, y rotos ya los nervios y fuerzas de esta pasión, tan luego como dijo: Quien se aíra contra su hermano y lo llama fatuo y quien le dice rata sea castigado; y tras de haber añadido que quien ofrece su ofrenda no se acerque al altar antes de que borre las enemistades, y que quien tenga un adversario, antes de que éste lo lleve ante los tribunales enemigos se lo haga amigo, vuelve de nuevo a tratar de la concupiscencia de la carne.

Y ¿qué es lo que dice? Que quien ve con ojos impúdicos, sea castigado como adúltero; y que quien reciba daño de una mujer impúdica o ella de un varón o de cualquier otro que le esté unido con lazos de amistad o parentesco, a todos esos échelos de sí en absoluto; y que quien está unido a su mujer por el matrimonio jamás la dimita; y que no se fije en otra. Por todos esos medios arranca de raíz las malas concupiscencias. Enseguida reprime la codicia de dineros ordenando que no se jure ni se mienta ni se retenga la túnica con que se viste; y aun ofrece al ladrón el manto y el servicio personal de las fuerzas corporales. Quita así toda codicia de riquezas.

Finalmente, y tras de todo esto, como corona rica y remate de los preceptos, añade: Orad por los que os calumnian, llevando así al oyente hasta la cumbre suprema de la virtud. Así como, el tolerar las bofetadas es más que el simple ser manso; y es más excelente dar el manto tras de la túnica, que el sólo ser misericordioso; y el padecer injurias, más que el ser justo; y el soportar las bofetadas más que ser pacífico, así el bendecir a los, que nos persiguen es más perfecto que el solo padecer persecución. ¿Ves cómo poco a poco nos va conduciendo al ábside mismo de los cielos?

Pues ¿de qué castigo no seremos dignos los que mandados poner todo empeño en imitar a Dios, quizá ni siquiera somos iguales a los publicanos? Porque si el amar a los que nos aman es cosa propia de publicanos y pecadores y gentiles, cuando ni eso hacemos (porque en realidad no lo hacemos mientras envidiamos a nuestros hermanos cuando los colman de alabanzas) ¿qué castigo no sufriremos pues mandados superar a los escribas, aun a los gentiles somos inferiores? Pregunto: ¿cómo veremos el reino celestial? ¿Cómo podremos llegar hasta el vestíbulo, no siendo mejores que los publicanos? Porque esto dejó entender Cristo con aquellas palabras: ¿Acaso no hacen esto mismo los publicanos?

Y esto sobre todo es admirable en su doctrina: que siendo así que en todas partes pone con sobreabundancia premios para los certámenes, como es el ver a Dios, recibir la herencia del reino de los cielos, hacerse hijos de Dios, ser semejantes a él, alcanzar mayor misericordia, recibir consolación, tener en el cielo preparada una gran recompensa, en cambio, cuando se ha de hacer mención de cosas tristes, entonces lo hace muy

brevemente; de manera que en todos sus discursos solamente una vez nombra la gehenna. En los demás, enmienda al oyente en forma más suave y como exhortando más bien que amenazando, como aquí cuando dice: ¿No hacen esto también los publicanos? Y también: Si la sal se desvirtúa. Y además: Será el menor en el reino de los cielos. Se da también el caso de que al indicar la pena merecida por los pecados, se deje al oyente sobreentender lo grave del suplicio, como cuando dice: Ya ha adulterado en su corazón; y quien dimite a su esposa la pone en peligro de adulterio; y ahí en donde dice: Lo que pasa de esto, proviene del Malo. Es que para quienes tienen entendimiento la sola grandeza del pecado basta para la enmienda, en lugar de mencionarles el castigo.

Tal es la razón de que en este pasaje traiga a colación a los gentiles y publicanos, avergonzando al oyente mediante la condición de las personas a que alude. Lo mismo hace Pablo diciendo: *No os aflijáis como los demás que no tienen fe*; y también: *como los gentiles que no conocen a Dios* (1 Ts 4, 12 y 5). Y declarando luego que no pide nada que sea excelentísimo, sino únicamente un poco más de lo acostumbrado, dice: ¿Acaso no hacen esto mismo los gentiles? Pero no terminó con esto, sino que acabó volviéndose a los premios y a la buena esperanza: Sed pues perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial. Y con frecuencia interpone el nombre de los cielos, para levantar, con el nombre mismo, los pensamientos y afectos de los oyentes; ya que por entonces eran aún un tanto débiles y faltos de inteligencia.

Meditando con frecuencia todo lo dicho, demostremos una gran caridad con los enemigos y acabemos de una vez con esa ridícula costumbre que tienen quienes son menos razonables; puesto que aguardan a que los saluden aquellos con quienes se topan; y en cambio descuidan hacer lo que mayor bienaventuranza produce, mientras van exigiendo una ridiculez. ¿Por qué no te, adelantas a saludar? Dirás que porque al otro le toca adelantarse. Pues precisamente por esto convendría que tú te adelantaras, para que así te llevaras la corona. Insistirás diciendo que no lo haces porque eso era exactamente lo que el otro quería. Pero ¿hay cosa peor que semejante locura? Instarás aún: es que aquél lo hace paró humillarme y darme ocasión de premio, pero yo no quiero aceptar semejantes ocasiones. Pues bien: si él se adelanta a saludarte, no tendrás ya premio al devolverle el saludo. Pero si te adelantas, le doblegas su soberbia y recoges gran fruto de su misma arrogancia.

Entonces ¿cómo no ha de ser el extremo de la locura el que pudiendo con las simples palabras obtener tan grande fruto, lo perdamos y al mismo tiempo que reprendemos al otro caemos en el mismo defecto? Si culpas al otro de que anda esperando que otros lo saluden primero ¿por qué tú imitas lo mismo que en él reprochas? ¿Por qué emulas como bueno lo que reprochas en el otro como malo? ¿Ves cómo nada hay más necio que un

hombre que vive en la maldad? Por lo mismo, os ruego huir de tamaña maldad y tan ridícula costumbre. Semejante vicio ha destruido muchas amistades y da origen a muchas enemistades. Adelantémonos a saludar a los otros.

Pues se nos manda tolerar a quienes nos abofetean, emprender un camino cuando somos requisados, dejar que los enemigos nos arrebaten los vestidos ¿de qué perdón seríamos dignos si 'e cosas tan simples como el saludo fuéramos querellosos? Alegarás: ¡Es que si en esto cedemos, nos despreciará y nos escupirá! Y para que un hombre no te desprecie ¿tú ofendes a Dios? Para que no te desprecie un consiervo loco ¿ofendes a Dios que te ha colmado de beneficios? Si es cosa absurda que te desprecie uno que es tu igual ¿no es mucho más que tú desprecies a Dios que te creó? Quisiera yo que meditaras cómo tu hermano cuando te desprecia, precisamente te logra una mayor recompensa, puesto gire tú lo sufres por Dios y por obedecer a su ley. Y esto ¿de qué honores no es digno, de qué diademas?

¡Acontézcame ser injuriado y despreciado por Dios, antes que ser honrado por todos los reyes, pues nada, nada hay que se iguale a honor semejante! Busquemos este honor, como Cristo nos lo manda, y despreciemos los humanos honores. Ordenemos nuestra vida conforme a toda virtud. Logremos ya desde esta vida la corona y sus frutos viviendo como ángeles entre los hombres y recorriendo la tierra a la manera de las angélicas Potestades, libres de toda codicia, libres de toda perturbación. Lograremos así los bienes inefables juntamente con ellas. Ojalá todos nos acontezca alcanzarlos por gracia y benignidad de Señor nuestro Jesucristo, al cual sea la gloria, el imperio y la adoración, juntamente con el Padre eterno y sin principio y con el Santo y buen Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

(Homilía XVIII sobre el Evangelio de San Mateo)

PAPA FRANCISCO – Ángelus 2017 - Homilías varias

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2017

Artesanos de fraternidad en nuestra vida diaria

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de este domingo (*Mateo* 5, 38-48) —una de esas páginas que mejor expresan la "revolución" cristiana— Jesús muestra el camino de la verdadera justicia mediante la ley del amor que supera la de la venganza, es decir «ojo por ojo y diente por diente». Esta antigua regla

imponía infligir a los trasgresores penas equivalentes a los daños causados: la muerte a quien había matado, la amputación a quien había herido a alguien, y así. Jesús no pide a sus discípulos sufrir el mal, es más, pide reaccionar, pero no con otro mal, sino con el bien. Solo así se rompe la cadena del mal: un mal lleva a otro mal, otro lleva a otro mal... Se rompe esta cadena de mal, y cambian realmente las cosas. De hecho el mal es un "vacío", un vacío de bien, y un vacío no se puede llenar con otro vacío, sino solo con un "lleno", es decir con el bien. La represalia no lleva nunca a la resolución de conflictos. "Tú me lo has hecho, yo te lo haré": esto nunca resuelve un conflicto, y tampoco es cristiano.

Para Jesús el rechazo de la violencia puede conllevar también la renuncia a un derecho legítimo; y da algunos ejemplos: poner la otra mejilla, ceder el propio vestido y el propio dinero, aceptar otros sacrificios (cf vv. 39-42). Pero esta renuncia no quiere decir que las exigencias de la justicia sean ignoradas o contradichas; no, al contrario, el amor cristiano, que se manifiesta de forma especial en la misericordia, representa una realización superior de la justicia. Eso que Jesús nos quiere enseñar es la distinción que tenemos que hacer entre la justicia y la venganza. Distinguir entre justicia y venganza. La venganza nunca es justa. Se nos consiente pedir justicia; es nuestro deber practicar la justicia. Sin embargo se nos prohíbe vengarnos o fomentar de alguna manera la venganza, en cuanto expresión del odio y de la violencia. Jesús no quiere proponer una nueva ley civil, sino más bien el mandamiento del amor del prójimo, que implica también el amor por los enemigos: «Amad a vuestro enemigos y rogad por los que os persiguen» (v. 44). Y esto no es fácil. Esta palabra no debe ser entendida como aprobación del mal realizado por el enemigo, sino como invitación a una perspectiva superior, a una perspectiva magnánima, parecida a la del Padre celeste, el cual —dice Jesús— «que hace surgir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (v. 45). También el enemigo, de hecho, es una persona humana, creada como tal a imagen de Dios, si bien en el presente esta imagen se ve ofuscada por una conducta indigna.

Cuando hablamos de "enemigos" no tenemos que pensar en quién sabe qué personas diferentes y alejadas de nosotros; hablamos también de nosotros mismos, que podemos entrar en conflicto con nuestro prójimo, a veces con nuestros familiares. ¡Cuántas enemistadas en las familias, cuántas! Pensemos esto. Enemigos son también aquellos que hablan mal de nosotros, que nos calumnian y nos tratan injustamente. Y no es fácil digerir esto. A todos ellos estamos llamados a responder con el bien, que también tiene sus estrategias, inspiradas en el amor.

La Virgen María nos ayude a seguir a Jesús en este camino exigente, que realmente exalta la dignidad humana y nos hace vivir como hijos de nuestro Padre que está en los cielos. Nos ayude a practicar la paciencia, el

diálogo, el perdón, y a ser así artesanos de comunión, artesanos de fraternidad en nuestra vida diaria, sobre todo en nuestra familia.

***

SANTA MISA CON LOS NUEVOS CARDENALES

Domingo 23 de febrero de 2014

Imitar la santidad y la perfección de Dios

«*Que tu ayuda, Padre misericordioso, nos haga siempre atentos a la voz del Espíritu*» (*Colecta*).

Esta oración del principio de la Misa indica una actitud fundamental: la escucha del Espíritu Santo, que vivifica la Iglesia y el alma. Con su fuerza creadora y renovadora, el Espíritu sostiene siempre la esperanza del Pueblo de Dios en camino a lo largo de la historia, y sostiene siempre, como Paráclito, el testimonio de los cristianos. En este momento, todos nosotros, junto con los nuevos cardenales, queremos escuchar la voz del Espíritu, que habla a través de las Escrituras que han sido proclamadas.

En la Primera Lectura ha resonado el llamamiento del Señor a su pueblo: «Sed santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo» (*Lv* 19,2). Y Jesús, en el Evangelio, replica: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt* 5,48). Estas palabras nos interpelan a todos nosotros, discípulos del Señor; y hoy se dirigen especialmente a mí y a vosotros, queridos hermanos cardenales, sobre todo a los que ayer habéis entrado a formar parte del Colegio Cardenalicio. Imitar la santidad y la perfección de Dios puede parecer una meta inalcanzable. Sin embargo, la Primera Lectura y el Evangelio sugieren ejemplos concretos de cómo el comportamiento de Dios puede convertirse en la regla de nuestras acciones. Pero recordemos todos, recordemos que, sin el Espíritu Santo, nuestro esfuerzo sería vano. La santidad cristiana no es en primer término un logro nuestro, sino fruto de la docilidad —querida y cultivada— al Espíritu del Dios tres veces Santo.

El Levítico dice: «No odiarás de corazón a tu hermano... No te vengarás, ni guardarás rencor... sino que amarás a tu prójimo...» (19,17-18). Estas actitudes nacen de la santidad de Dios. Nosotros, sin embargo, normalmente somos tan diferentes, tan egoístas y orgullosos...; pero la bondad y la belleza de Dios nos atraen, y el Espíritu Santo nos puede purificar, nos puede transformar, nos puede modelar día a día. Hacer este trabajo de conversión, conversión en el corazón, conversión que todos nosotros –especialmente vosotros cardenales y yo- debemos hacer. ¡Conversión!

También Jesús nos habla en el Evangelio de la santidad, y nos explica la nueva ley, la suya. Lo hace mediante algunas antítesis entre la justicia imperfecta de los escribas y los fariseos y la más alta justicia del Reino de

Dios. La *primera antítesis* del pasaje de hoy se refiere a la venganza. «Habéis oído que se os dijo: "Ojo por ojo, diente por diente". Pues yo os digo: ...si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra» (*Mt* 5,38-39). No sólo no se ha devolver al otro el mal que nos ha hecho, sino que debemos de esforzarnos por hacer el bien con largueza.

La *segunda antítesis* se refiere a los enemigos: «Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo". Yo, en cambio, os digo: "Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen" (vv. 43-44). A quien quiere seguirlo, Jesús le pide amar a los que no lo merecen, sin esperar recompensa, para colmar los vacíos de amor que hay en los corazones, en las relaciones humanas, en las familias, en las comunidades y en el mundo. Queridos hermanos, Jesús no ha venido para enseñarnos los buenos modales, las formas de cortesía. Para esto no era necesario que bajara del cielo y muriera en la cruz. Cristo vino para salvarnos, para mostrarnos el camino, el *único* camino para salir de las arenas movedizas del pecado, y este camino de santidad es la misericordia, que Él ha tenido y tiene cada día con nosotros. Ser santos no es un lujo, es necesario para la salvación del mundo. Esto es lo que el Señor nos pide.

El Espíritu Santo nos habla hoy por las palabras de san Pablo: «Sois templo de Dios...; santo es el templo de Dios, que sois vosotros» (cf. *1 Co* 3,16-17). En este templo, que somos nosotros, se celebra una liturgia existencial: la de la bondad, del perdón, del servicio; en una palabra, la liturgia del amor. Este templo nuestro resulta como profanado si descuidamos los deberes para con el prójimo. Cuando en nuestro corazón hay cabida para el más pequeño de nuestros hermanos, es el mismo Dios quien encuentra puesto. Cuando a ese hermano se le deja fuera, el que no es bien recibido es Dios mismo. Un corazón vacío de amor es como una iglesia desconsagrada, sustraída al servicio divino y destinada a otra cosa.

***

14 de junio de 2014

Que el Señor nos dé la gracia de «rezar por los enemigos»

En el camino del cristiano «no hay lugar para el odio»: si como «hijos», los creyentes quieren «parecerse al Padre», no deben limitarse a la simple «letra de la ley», sino vivir cada día el «mandamiento del amor». Hasta llegar «a rezar por los enemigos»: es decir, hasta «el último peldaño» que es necesario subir para sanar el «corazón herido por el pecado». Así, Papa Francisco, en la misa celebrada en Santa Marta, subrayó cómo Jesús, cambiando la idea de «prójimo», haya venido para llevar la ley a la «plenitud». Jesús, efectivamente -dijo- «vino, no para abolir la ley», por culpa de la cual le habían acusado sus enemigos, sino para llevarla a la «plenitud». Toda, «hasta la última iota».

En aquella época, efectivamente, los doctores de la ley daban «una explicación demasiado teórica, casuística». De hecho, explicó el Pontífice, era una visión «en la cual no existía el corazón propio de la ley, que es el amor» dado por Dios «a nosotros». En el centro ya no estaba aquello que en el Antiguo Testamento era el «mandamiento más grande» -es decir, «amar a Dios, con todo el corazón, con todas tus fuerzas, con todo el alma, y al prójimo como a tí mismo»- sino una casuística que sólo buscaba entender: «¿Pero se puede hacer esto?; ¿hasta qué punto se puede hacer esto?; ¿y si no se puede?».

Jesús, entonces, «partiendo de los mandamientos», intenta recuperar «el sentido verdadero de la ley para llevarlo a su plenitud». Así, por ejemplo, respecto al quinto mandamiento recuerda: «Se ha dicho, no matarás. ¡Es verdad!, pero si tú insultas a tu hermano, estás matando». Es decir, explica que «hay tantas formas, tantas maneras de matar». Así «va afinando la ley». Y además: «Si tu hermano te pide el vestido, ¡dale también la túnica!». Y si te pide que le acompañes un kilómetro, ¡camina dos con él!». Jesús, comentó el Papa, pide siempre algo «más generoso», porque «el amor es más generoso que la letra, que la letra de la ley». Este «trabajo» de perfeccionamiento no sirve sólo «para cumplir la ley, sino que es un trabajo de sanación del corazón». En los pasajes evangélicos en los cuales Jesús lleva adelante esta explicación de los mandamientos, dijo Francisco, «hay un camino de sanación de un corazón herido por el pecado original». Y es un camino propuesto a todos, porque «todos nosotros tenemos el corazón herido por el pecado, todos». Y ya que Jesús recomienda ser «perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial», para «asemejar al Padre», para ser verdaderos «hijos», tenemos que seguir justo «este camino de sanación».

Retomando el pasaje evangélico propuesto por la liturgia, tomado del Evangelio de Mateo (Mt 5, 43-48) -en el cual Jesús recuerda: «habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo», y añade: «Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos» -el Papa subrayó que en este camino «no hay lugar para el odio». El listón se sube cada vez más: Jesús primero «nos lleva a dar más a nuestros hermanos, a nuestros amigos», y ahora también a «nuestros enemigos». En efecto, «el último peldaño de esta escalera» hacia la sanación lleva consigo la recomendación: «Rezad por aquellos que os persiguen».

Un mandamiento -«rezar por los enemigos»- que nos puede desorientar, porque a nosotros, «por la herida que todos tenemos en el corazón», nos sale natural desear «algo un poco feo» a un enemigo que, por ejemplo, habla mal de nosotros. En cambio «Jesús dice: "¡No, no!", Reza por él y haz penitencia por él"».

En ese sentido el Pontífice narró cómo cuando era un muchacho oía hablar «de uno de los grandes dictadores que había en el mundo de la

posguerra», del cual se decía: «¡Que Dios se lo lleve al infierno lo antes posible!». Si del corazón salía de manera inmediata este sentimiento, el mandamiento nuevo sin embargo pedía: «rezad por él». Claro, añadió Francisco, «es más fácil rezar por alguien que está lejos, por un dictador lejano, que rezar por el que me ha hecho algo feo, feo, feo». Sin embargo, esto es precisamente lo que «nos pide Jesús».

Podríamos preguntar: «¿Pero por qué, Señor, tanta generosidad?». La respuesta la da Jesús precisamente en el pasaje evangélico: para ser «hijos del Padre vuestro que está en los cielos». Si así «hace el Padre», así estamos llamados a hacer para ser «hijos». Esta «sanación del corazón», nos hace más hijos. Y ¿qué hace el Padre?, «hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos», porque «es el Padre de todos».

Otra objeción: ¿Pero Dios es padre también «de ese delincuente, de ese dictador?». La respuesta está clara: «¡Sí, es padre!, ¡como es padre mío!, Él no reniega nunca su paternidad». Y si queremos «semejarnos» a Él, debemos ir «por esta senda». Efectivamente Jesús concluye el discurso diciendo: «Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial». Es decir, el Pontífice explicó, que se nos propone «un camino que no tiene fin», porque «todos los días debemos hacer algo similar».

Al respecto Francisco propuso a todos «una cosa práctica», es decir, preguntarse: «¿Yo rezo por mis enemigos o les deseo algo malo?». Bastan «cinco minutos, no más» para preguntarse: «¿Quiénes son mis enemigos o los que me han hecho el mal o que yo no amo o con los cuales existe una brecha?; ¿quiénes son?; ¿rezo por ellos?». Que cada uno, añadió el Papa, «dé una respuesta». Y concluyó: «Que el Señor nos dé la gracia» de «rezar por los enemigos; rezar por aquellos que nos quieren mal, que no nos quieren; rezar por los que nos hacen el mal, que nos persiguen», con «nombre y apellidos». Y veremos que esta oración dará dos frutos: a nuestro enemigo «le hará mejorar, porque la oración es potente».

***

24 de mayo de 2013

Quien no perdona al enemigo es un cristiano derrotado

"Soportar con paciencia y vencer con amor las opresiones externas e internas": fue esta la oración elevada por el papa Francisco durante la misa en memoria de María Auxiliadora, celebrada en la Casa Santa Marta.

El santo padre pidió dos gracias: "Soportar con paciencia y vencer con amor". Se trata de "gracias propias de un cristiano".

"Soportar con paciencia ¡no es fácil!".

"No es fácil, cuando las dificultades vienen desde el exterior, o cuando vienen los problemas en el corazón, en el alma, los problemas internos". Pero, soportar, no es "cargar encima una dificultad":

“Soportar es tomar el problema y llevarlo adelante, con fuerza, para que la necesidad no nos abaje. Ir hacia adelante con fuerza: esa es una virtud cristiana. San Pablo habla varias veces. Soportar. Esto significa no dejarnos vencer por las dificultades. Esto significa que el cristiano tiene la fuerza para no darse por vencido. Cargarlas, pero hacia arriba: esto es soportar. No es fácil, porque el desaliento aparece, y uno tiene la tentación de bajar los brazos y decir: “Bueno, vamos, hacemos lo que podemos, pero no es más”. Pero no, soportar es una gracia. Tenemos que pedirla, en medio de las dificultades”.

La otra gracia que el papa pide es “vencer con amor”:

“Se puede ganar por muchos caminos, pero la gracia que pedimos hoy es la gracia de la victoria con amor, a través del amor. Y esto no es fácil. Cuando tenemos enemigos fuera que nos hacen sufrir tanto: no es fácil vencer con amor. Existe el deseo de vengarnos, de enfrentarse a él... El amor: aquella humildad que Jesús nos enseñó. ¡Esa es la victoria! El apóstol Juan nos lo dice en su primera Carta: “Esta es nuestra victoria, nuestra fe”. Nuestra fe es aquel creer en Jesús, que nos enseñó el amor y nos enseñó a amar a todos. Y la prueba de que estamos en el amor es cuando oramos por nuestros enemigos”.

Orar por los enemigos, por los que nos hacen sufrir, “no es fácil”. Sin embargo, somos “cristianos derrotados” si no perdonamos a los enemigos, y si no oramos por ellos. Y “¿cuántos cristianos tristes, desanimados, encontramos?”, porque “no tuvieron la gracia de soportar con paciencia y vencer con amor”:

“Por lo tanto, pedimos a la Virgen que nos dé la gracia de soportar con paciencia y vencer con amor. ¡Cuántas personas –muchos ancianos y ancianas–, han seguido este camino! Y es hermoso verlos: tienen una mirada preciosa, una felicidad serena. No hablan mucho, pero tienen un corazón paciente y lleno de amor. Saben lo que es el perdón de los enemigos, saben lo que es orar por nuestros enemigos. Muchos cristianos son así”.

***

17 de junio de 2013

La justicia de Jesús es completamente diferente

Para los cristianos, Jesús es el “todo” y de aquí deriva su magnanimidad. Es lo que ha subrayado el papa Francisco en la misa de esta mañana en la Casa Santa Marta. El papa reiteró que la justicia que trae Jesús es superior a la de los escribas, al ojo por ojo, diente por diente.

En la misa, concelebrada por el cardenal Attilio Nicora, estuvieron presentes, entre otros, los empleados de la Autoridad de Información Financiera y un grupo de empleados de los museos del Vaticano,

acompañado por el director administrativo, padre Paolo Nicolini. Según informa Radio Vaticana, también estuvo presente el cardenal arzobispo de Manila, Luis Antonio Tagle.

Dar la otra mejilla

"Al que te hiera en la mejilla derecha, preséntale también la otra". El papa Francisco centró su homilía sobre las palabras inquietantes de Jesús dirigidas a sus discípulos. Aquello de la bofetada, observó el santo padre, "se ha convertido en un clásico de los cristianos para reírse". En la vida, dijo, la "lógica normal" nos enseña que "hay que luchar, tenemos que defender nuestro espacio", y si nos dan una bofetada "nosotros daremos dos, así nos defendemos". Por otra parte, prosiguió, cuando aconsejo a los padres a reprender a sus propios hijos siempre digo: "No en la mejilla", porque "la mejilla es la dignidad". Jesús, sin embargo, después de la bofetada en la mejilla va más allá y habla también de dar el manto, despojarnos de todo.

"La justicia que Él trae, es otra justicia totalmente diferente del ojo por ojo, diente por diente. Es otra justicia", advirtió Francisco. Y esto, lo podemos entender cuando san Pablo habla de los cristianos como "gente que no tiene nada" y "sin embargo lo tiene todo". Aquí, pues, está la seguridad cristiana, y es en este "todo" que está Jesús. "El 'todo' es Jesucristo. Las otras cosas son 'nada' para el cristiano". En cambio, advirtió el papa, "para el espíritu del mundo, el 'todo' son las cosas: las riquezas, la vanidad", "tener puestos arriba" y "la 'nada' es Jesús". Por lo tanto, si un cristiano puede caminar cien kilómetros cuando le piden avanzar solo diez, "es porque para él esto es 'nada'", y, con paz, "puede dar la capa cuando se le pide la túnica". Esto es, entonces, el "secreto de la magnanimidad cristiana, que siempre va con la mansedumbre", es el "todo", es Jesucristo:

"Un cristiano es una persona que extiende su corazón, con esta magnanimidad, porque tiene el "todo", que es Jesucristo. Las otras cosas son la 'nada'. Son buenos, sirven, pero en el momento de la confrontación siempre elige el 'todo', con esa dulzura, esa mansedumbre cristiana, que es el signo de los discípulos de Jesús: mansedumbre y magnanimidad. Y vivir así no es tan fácil, porque realmente te dan de bofetadas, ¿no?, ¡Te les dan! Y en ambas mejillas. Sin embargo, el cristiano es humilde, el cristiano es magnánimo: ensancha su corazón. Pero cuando nos encontramos con estos cristianos con el corazón encogido, que no siguen... esto no es el cristianismo: es el egoísmo disfrazado de cristianismo".

Optar por Jesús

"El verdadero cristiano", repitió, "sabe cómo resolver esta oposición bipolar, esta tensión entre el 'todo' y la 'nada', como Jesús nos lo había

recomendado: 'Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y lo otro viene, después":

"El Reino de Dios es el 'todo', lo otro es secundario, no es lo principal. Y todos los errores de los cristianos, todos los errores de la Iglesia, todos nuestros errores han nacido aquí, cuando decimos a la 'nada' que es el 'todo' y al 'todo' como que pareciera que no cuenta... Seguir a Jesús no es fácil, no es fácil. Pero tampoco es difícil, porque en el camino del amor el Señor hace las cosas de una manera que podamos avanzar; el mismo Señor nos ensancha el corazón ".

Y esta es la oración que nosotros debemos hacer, añadió, "ante estas propuestas de la bofetada, del manto, de los cien kilómetros". Debemos orar al Señor, para que amplíe "nuestro corazón", para que "seamos magnánimos, humildes", y no luchemos "por las cosas pequeñas, por la 'nada' de todos los días".

"Cuando uno hace una opción por la 'nada', de aquella opción nacen los enfrentamientos en una familia, en la amistad, con los amigos, en la sociedad, también; ¡los enfrentamientos que acaban con la guerra por la 'nada'! La 'nada' es la semilla de la guerra, siempre. Porque es la semilla del egoísmo. El 'todo' es lo grande, es Jesús. Pidamos al Señor que ensanche nuestro corazón, que nos haga humildes, mansos y magnánimos, para que tengamos el 'todo' en Él; y que nos libre de hacer problemas cotidianos en torno a la 'nada'".

***

18 de junio de 2013

Perdonar a los enemigos y rezar por ellos

Para los criterios del mundo es un mal negocio, pero este es el camino de Jesús

Amar a los enemigos es algo difícil. Lo sabemos todos, pero el papa Francisco hoy ha subrayado que "es lo que nos pide Jesús" y que para perdonarlos es fundamentar rezar por ellos, para que el Señor les cambie el corazón.

El santo padre, indica la Radio Vaticano, se interrogó: ¿Cómo podemos amar a nuestros enemigos? ¿A quienes "toman la decisión de bombardear y matar a tanta gente?". ¿O a "aquellos que por amor al dinero no dejan que las medicinas estén al alcance de los ancianos y los dejan morir?"

Parece una cosa difícil la de amar a nuestros enemigos, pero "Jesús nos lo pide. La liturgia en estos días nos propone esta "actualización de la ley que Jesús ha hecho". De la ley del monte Sinaí a la ley de las bienaventuranzas. Y recordó que todos nosotros tenemos enemigos, pero en el fondo nosotros mismos podemos volvernos enemigos de los otros.

“También nosotros muchas veces nos volvemos enemigos de los demás: no les queremos. ¡Es Jesús quien nos dice que debemos amar a nuestros enemigos! ¡Y Esto no es fácil! ¡No es fácil!... A veces pensamos que Jesús nos pide demasiado”. Y pensamos: “Dejemos esto para las monjas de clausura que son santas; dejemos esto para alguna alma santa, pero para la vida común esto no funciona. ¡Y esto tiene que funcionar! Jesús dice: “¡No, tenemos que hacer esto!, porque contrariamente somos como los publicanos, como los paganos. No somos cristianos”.

¿Cómo podemos entonces amar a nuestros enemigos?, se interrogó el papa. “Él nos dice dos cosas: miren al padre “que hace resplandecer el sol para los buenos y los malos” y que “hace llover para los justos e injustos”. Porque Dios “ama a todos”.

El santo padre recordó que Jesús nos invita “a ser prefectos como el Padre es perfecto”. Y Jesús “perdona a sus enemigos”.

En cambio, añadió el papa, “vengarse no es cristiano”. Y volvió a interrogarse. “¿Cómo podemos entonces lograr a amar a nuestros enemigos? Rezando porque cuando uno reza por quien te hace sufrir, es como si el Señor viene con el aceite y prepara nuestros corazones a la paz”.

¡Rezar! Es lo que Jesús nos aconseja: “Recen por sus enemigos, por aquellos que les persiguen. ¡Recen! Y díganle a Dios: “Cámbiale el corazón, tiene un corazón de piedra, pero cámbialo, dale un corazón de carne, que sienta el bien y que ame”.

Y dejo aquí una pregunta para que cada uno de nosotros la responda en su corazón: “¿Rezo yo por mis enemigos? ¿Rezo por aquellos que no me quieren? Si nosotros decimos ‘sí’, yo les digo: sigan adelante, recen más, ese es un buen camino. Si la respuesta es ‘no’, el Señor dice: Pobrecito, también tú eres enemigo de los otros”.

Podemos decir: pero este combinó una cosa tremenda. O estos hicieron cosas malas. Y esto daña a la humanidad. Y con este argumento queremos realizar una venganza o aquel ‘ojo por ojo, diente por diente’. Es verdad, dijo el papa Francisco, el amor por los enemigos “nos empobrece”. Pero “nos hace pobres como Jesús que cuando vino al mundo se rebajó y se hizo pobre” por nosotros.

Alguien podrá decir que esto no es un buen negocio. Seguramente, exclamo: “¡Para los criterios del mundo no es un buen negocio! Pero este es “el camino que recorrió Jesús”, que de rico se hizo pobre por nosotros. En una pobreza “en la que está la gracia que nos justifica a todos y nos hace ricos” porque “es el misterio de la salvación”.

“Nosotros que estamos hoy en esta Misa, pensemos en nuestros enemigos y en aquellos que no nos quieren: sería hermoso que ofreciésemos la Misa por ellos: Jesús, el sacrificio de Jesús, por ellos, por aquellos que no nos aman. Y también por nosotros -concluyó el papa- para

que el Señor nos enseñe esta sabiduría tan difícil, pero tan hermosa porque nos vuelve semejantes al Padre, a nuestro Padre, que hace surgir el sol para todos, buenos y malos.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

La perfección es hacer la voluntad de Dios

Queridos hermanos y hermanas

En este séptimo domingo del Tiempo Ordinario, las lecturas bíblicas nos hablan de la voluntad de Dios de hacer partícipes a los hombres de su vida: "Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo" – se lee en el Libro del Levítico (19,1). Con estas palabras, y los preceptos que se siguen de ellas, el Señor invitaba al pueblo que se había elegido a ser fiel a la alianza con Él caminando por sus caminos, y fundaba la legislación social sobre el mandamiento "amarás a tu prójimo como a ti mismo" (*Lv* 19,18). Si escuchamos, además, a Jesús, en el que Dios asumió un cuerpo mortal para hacerse cercano a cada hombre y revelar su amor infinito por nosotros, encontramos esa misma llamada, ese mismo audaz objetivo. Dice, de hecho, el Señor: "Sed perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo" (*Mt* 5,48). ¿Pero quién podría llegar a ser perfecto? Nuestra perfección es vivir con humildad como hijos de Dios cumpliendo concretamente su voluntad. San Cipriano escribía que "a la paternidad de Dios debe corresponder un comportamiento de hijos de Dios, para que Dios sea glorificado y alabado por la buena conducta del hombre" (*De zelo et livore*, 15: *CCL* 3a, 83).

¿Cómo podemos imitar a Jesús? Jesús mismo dice: "Amad a vuestros enemigos, rogad por vuestros perseguidores; así seréis hijos del Padre que está en el cielo" (*Mt* 5,44-45). Quien acoge al Señor en su propia vida y lo ama con todo el corazón es capaz de un nuevo inicio. Consigue cumplir la voluntad de Dios: realizar una nueva forma de existencia animada por el amor y destinada a la eternidad. El apóstol Pablo añade: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (*1 Cor* 3,16). Si somos verdaderamente conscientes de esta realidad, y nuestra vida es profundamente plasmada por ella, entonces nuestro testimonio se convierte en claro, elocuente y eficaz. Un autor medieval escribió: "Cuando todo el ser del hombre se ha, por así decirlo, mezclado con el amor de Dios, entonces el esplendor de su alma se refleja también en el aspecto exterior" (Juan Clímaco, *Scala Paradisi*, XXX: *PG*88, 1157 B), en la totalidad de su vida. "Gran cosa es el amor – leemos en el libro de la *Imitación de Cristo* –, un bien que hace ligera cada cosa pesada y soporta

tranquilamente toda cosa difícil. El amor aspira a subir a lo alto, sin ser entretenido por nada terreno. Nace en Dios y sólo en Dios puede encontrar reposo" (III, V, 3).

Queridos amigos, pasado mañana, 22 de febrero, celebraremos la fiesta de la Cátedra de San Pedro. A él, el primero de los Apóstoles, Cristo confió la tarea de Maestro y de Pastor para la guía espiritual del Pueblo de Dios, para que éste pueda elevarse hasta el Cielo. Exhorto, por tanto, a todos los Pastores a "asimilar ese 'nuevo estilo de vida' que fue inaugurado por el Señor Jesús y que fue hecho propio por los Apóstoles" (*Carta de convocatoria del Año Sacerdotal*). Invoquemos a la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, para que nos enseñe a amarnos unos a otros y a acogernos como hermanos, hijos del mismo Padre celestial.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesús y la Ley

577. Al comienzo del Sermón de la Montaña, Jesús hace una advertencia solemne presentando la Ley dada por Dios en el Sinaí con ocasión de la Primera Alianza, a la luz de la gracia de la Nueva Alianza:

«No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una "i" o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos; en cambio el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los cielos» (Mt 5, 17-19).

578. Jesús, el Mesías de Israel, por lo tanto el más grande en el Reino de los cielos, se debía sujetar a la Ley cumpliéndola en su totalidad hasta en sus menores preceptos, según sus propias palabras. Incluso es el único en poderlo hacer perfectamente (cf. *Jn* 8, 46). Los judíos, según su propia confesión, jamás han podido cumplir la Ley en su totalidad, sin violar el menor de sus preceptos (cf. *Jn* 7, 19; *Hch* 13, 38-41; 15, 10). Por eso, en cada fiesta anual de la Expiación, los hijos de Israel piden perdón a Dios por sus transgresiones de la Ley. En efecto, la Ley constituye un todo y, como recuerda Santiago, "quien observa toda la Ley, pero falta en un solo precepto, se hace reo de todos" (*St* 2, 10; cf. *Ga* 3, 10; 5, 3).

579. Este principio de integridad en la observancia de la Ley, no sólo en su letra sino también en su espíritu, era apreciado por los fariseos. Al subrayarlo para Israel, muchos judíos del tiempo de Jesús fueron conducidos a un celo religioso extremo (cf. *Rm* 10, 2), el cual, si no quería convertirse en una casuística "hipócrita" (cf. *Mt* 15, 3-7; *Lc* 11, 39-54) no podía más que preparar al pueblo a esta intervención inaudita de Dios que será la ejecución perfecta de la Ley por el único Justo en lugar de todos los pecadores (cf. *Is* 53, 11; *Hb* 9, 15).

580. El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo (cf *Ga* 4, 4). En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino "en el fondo del corazón" (*Jr* 31, 33) del Siervo, quien, por "aportar fielmente el derecho" (*Is* 42, 3), se ha convertido en "la Alianza del pueblo" (*Is* 42, 6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo "la maldición de la Ley" (*Ga* 3, 13) en la que habían incurrido los que no "practican todos los preceptos de la Ley" (*Ga* 3, 10) porque "ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza" (*Hb* 9, 15).

581. Jesús fue considerado por los judíos y sus jefes espirituales como un "rabbi" (cf. *Jn* 11, 28; 3, 2; *Mt* 22, 23-24, 34-36). Con frecuencia argumentó en el marco de la interpretación rabínica de la Ley (cf. *Mt* 12, 5; 9, 12; *Mc* 2, 23-27; *Lc* 6, 6-9; *Jn* 7, 22-23). Pero al mismo tiempo, Jesús no podía menos que chocar con los doctores de la Ley porque no se contentaba con proponer su interpretación entre los suyos, sino que "enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas" (*Mt* 7, 28-29). La misma Palabra de Dios, que resonó en el Sinaí para dar a Moisés la Ley escrita, es la que en Él se hace oír de nuevo en el Monte de las Bienaventuranzas (cf. *Mt* 5, 1). Esa palabra no revoca la Ley sino que la perfecciona aportando de modo divino su interpretación definitiva: "Habéis oído también que se dijo a los antepasados [...] pero yo os digo" (*Mt* 5, 33-34). Con esta misma autoridad divina, desaprueba ciertas "tradiciones humanas" (*Mc* 7, 8) de los fariseos que "anulan la Palabra de Dios" (*Mc* 7, 13).

582. Yendo más lejos, Jesús da plenitud a la Ley sobre la pureza de los alimentos, tan importante en la vida cotidiana judía, manifestando su sentido "pedagógico" (cf. *Ga* 3, 24) por medio de una interpretación divina: "Todo lo que de fuera entra en el hombre no puede hacerle impuro [...] —así declaraba puros todos los alimentos— . Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas" (*Mc* 7, 18-21). Jesús, al dar con autoridad divina la interpretación definitiva de la Ley, se vio enfrentado a algunos doctores de la Ley que no aceptaban su interpretación a pesar de estar garantizada por los signos divinos con que la acompañaba (cf. *Jn* 5, 36; 10, 25. 37-38; 12, 37). Esto ocurre, en particular, respecto al problema del sábado: Jesús recuerda, frecuentemente con argumentos rabínicos

(cf. *Mt* 2,25-27; *Jn* 7, 22-24), que el descanso del sábado no se quebranta por el servicio de Dios (cf. *Mt* 12, 5; *Nm* 28, 9) o al prójimo (cf. *Lc* 13, 15-16; 14, 3-4) que realizan sus curaciones.

La Ley antigua

1961. Dios, nuestro Creador y Redentor, eligió a Israel como su pueblo y le reveló su Ley, preparando así la venida de Cristo. La Ley de Moisés contiene muchas verdades naturalmente accesibles a la razón. Estas están declaradas y autentificadas en el marco de la Alianza de la salvación.

1962. La Ley antigua es el primer estado de la Ley revelada. Sus prescripciones morales están resumidas en los Diez mandamientos. Los preceptos del Decálogo establecen los fundamentos de la vocación del hombre, formado a imagen de Dios. Prohíben lo que es contrario al amor de Dios y del prójimo, y prescriben lo que le es esencial. El Decálogo es una luz ofrecida a la conciencia de todo hombre para manifestarle la llamada y los caminos de Dios, y para protegerle contra el mal:

«Dios escribió en las tablas de la Ley lo que los hombres no leían en sus corazones» (San Agustín, Enarratio in Psalmum 57, 1)

1963. Según la tradición cristiana, la Ley santa (cf. *Rm* 7, 12) espiritual (cf. *Rm* 7, 14) y buena (cf. *Rm* 7, 16) es todavía imperfecta. Como un pedagogo (cf. *Ga* 3, 24) muestra lo que es preciso hacer, pero no da de suyo la fuerza, la gracia del Espíritu para cumplirlo. A causa del pecado, que ella no puede quitar, no deja de ser una ley de servidumbre. Según san Pablo tiene por función principal denunciar y *manifestar el pecado*, que forma una "ley de concupiscencia" (cf. *Rm* 7) en el corazón del hombre. No obstante, la Ley constituye la primera etapa en el camino del Reino. Prepara y dispone al pueblo elegido y a cada cristiano a la conversión y a la fe en el Dios Salvador. Proporciona una enseñanza que subsiste para siempre, como la Palabra de Dios.

1964. La Ley antigua es una *preparación para el Evangelio*. "La ley es profecía y pedagogía de las realidades venideras" (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, 4, 15, 1). Profetiza y presagia la obra de liberación del pecado que se realizará con Cristo; suministra al Nuevo Testamento las imágenes, los "tipos", los símbolos para expresar la vida según el Espíritu. La Ley se completa mediante la enseñanza de los libros sapienciales y de los profetas, que la orientan hacia la Nueva Alianza y el Reino de los cielos.

«Hubo [...], bajo el régimen de la antigua Alianza, gentes que poseían la caridad y la gracia del Espíritu Santo y aspiraban ante todo a las promesas espirituales y eternas, en lo cual se adherían a la ley nueva. Y al contrario, existen, en la nueva Alianza, hombres carnales, alejados todavía de la perfección de la ley nueva: para incitarlos a las obras virtuosas, el temor del castigo y ciertas promesas temporales han sido necesarias, incluso bajo la nueva Alianza. En todo caso, aunque la ley

antigua prescribía la caridad, no daba el Espíritu Santo, por el cual "la caridad es difundida en nuestros corazones" (Rm 5,5.)» (Santo Tomás de Aquino, Summa theologiae, 1-2, q. 107, a. 1, ad 2).

El Decálogo en la Tradición de la Iglesia

2064. Fiel a la Escritura y siguiendo el ejemplo de Jesús, la Tradición de la Iglesia ha reconocido en el Decálogo una importancia y una significación primordiales.

2065. Desde san Agustín, los "diez mandamientos" ocupan un lugar preponderante en la catequesis de los futuros bautizados y de los fieles. En el siglo XV se tomó la costumbre de expresar los preceptos del Decálogo en fórmulas rimadas, fáciles de memorizar, y positivas. Estas fórmulas están todavía en uso hoy. Los catecismos de la Iglesia han expuesto con frecuencia la moral cristiana siguiendo el orden de los "diez mandamientos".

2066. La división y numeración de los mandamientos ha variado en el curso de la historia. El presente catecismo sigue la división de los mandamientos establecida por san Agustín y que ha llegado a ser tradicional en la Iglesia católica. Es también la de las confesiones luteranas. Los Padres griegos hicieron una división algo distinta que se usa en las Iglesias ortodoxas y las comunidades reformadas.

2067. Los diez mandamientos enuncian las exigencias del amor de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo.

«Como la caridad comprende dos preceptos de los que, según dice el Señor, penden la ley y los profetas [...], así los diez preceptos se dividen en dos tablas: tres están escritos en una tabla y siete en la otra» (San Agustín, Sermo 33, 2, 2).

2068. El Concilio de Trento enseña que los diez mandamientos obligan a los cristianos y que el hombre justificado está también obligado a observarlos (cf DS 1569-1670). Y el Concilio Vaticano II afirma que: "Los obispos, como sucesores de los Apóstoles, reciben del Señor [...] la misión de enseñar a todos los pueblos y de predicar el Evangelio a todo el mundo para que todos los hombres, por la fe, el bautismo y el cumplimiento de los mandamientos, consigan la salvación" (LG 24).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Amad a vuestros enemigos

«Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo, diente por diente", Yo, en cambio, os digo: "No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntate la otra"».

Con estas palabras, Jesús cancela la antigua ley del talión. Ahora, la norma ya no es más: «Lo que el otro te hace a ti, hazlo tú a él», sino que más bien es: «Lo que Dios te ha hecho a ti, hazlo tú a los demás». Como Dios te ha perdonado a ti, perdona tú a los demás. El discurso evangélico prosigue:

«Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo» y aborrecerás a tu enemigo", Yo, en cambio, os digo: "Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen"».

¿Es posible poner en práctica una exigencia como ésta? Debemos responder sin términos medios: No; ¡no es humanamente posible! Entonces, ¿Jesús nos pide lo imposible? Ni siquiera eso. La respuesta es que Jesús no nos da sólo el mandamiento de amar a los enemigos sino que nos da igualmente la gracia, esto es, la capacidad de hacerla. Si él se hubiese limitado a darnos sólo el «precepto» de amar a los enemigos y no hubiese hecho otra cosa, todo esto habría permanecido letra muerta, es más, como dice san Pablo, «letra que mata». Sí, mata en el sentido de que seríamos arrojados hacia una exigencia, que no conseguimos satisfacer. Como si uno pusiese ante un niño un peso de un quintal de kilos y le ordenase levantarlo.

Jesús, él por todos, ha satisfecho este mandamiento. Mientras le estaban clavando en la cruz en una situación de estremecimiento inimaginable ha gritado: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23, 34). Y por ello debemos creer que quienes crucificaron materialmente a Cristo se han salvado y nos los encontraremos, si todo va bien, en el paraíso. En efecto, es impensable que el Padre celestial, que en su vida había escuchado todas las plegarias del Hijo, haya dejado caer en el vacío precisamente esta su plegaria suprema. Estos carniceros perdonados están allí para demostrar eternamente hasta dónde ha llegado la misericordia de Cristo.

Jesús, por lo tanto, ha muerto perdonando a los enemigos. Pero también esto no habría sido suficiente. Si se hubiese parado aquí, Jesús nos habría dejado un ejemplo sublime de amor para con los enemigos; pero, aún no la fuerza y la capacidad de amar nosotros de igual forma a nuestros enemigos. Las cosas cambian cuando él nos entrega su Espíritu en Pentecostés y después en el bautismo. ¿Qué significa el hecho de que nos dé su Espíritu? Significa que nos comunica sus mismas disposiciones, infunde con la caridad su misma capacidad de amar en nosotros a todos, también a los enemigos. De este modo, Jesús no nos ordena sólo hacer sino que actúa él mismo con nosotros y en nosotros. Esto quiere decir ya no estar más sujeto a la ley sino a la gracia.

Lo que ahora se le pide al hombre es atender a esta gracia, creer y colaborar con ella. No se puede, decíamos, pedirle a un niño que levante un quintal; pero, se le puede pedir que apriete un botón y que accione un mecanismo capaz de levantarlo. (Apretar el botón es hacer surgir la fe y la gracia). Ante otra exigencia, no menos difícil que la de amar a los enemigos (la de vivir casto), san Agustín había aprendido a orar así: «Oh Dios, ¡dame lo que me pides y después mándame lo que quieras!»

Ante una ofensa, una discrepancia a tu respecto, tú no puedes pedir a tu naturaleza que no experimente la rebelión y en la próxima ocasión saludar al que te ofende como si nada hubiere pasado. Puedes, sin embargo, pedir al Espíritu de Cristo con la oración que lo haga en ti y contigo. También, tú puedes orar diciendo: «Señor, tú me mandas amar a los enemigos; pues bien, ¡dame lo que me mandas y después mándame lo que tú quieras!» Lo importante no es lo que sientes sino lo que quieres, esto es, la voluntad profunda, no el instinto. Si quieres perdonar y lo quieres en serio ya has perdonado.

Que sea posible amar y perdonar a los enemigos de este modo, nos lo demuestra el hecho de que innumerables discípulos de Cristo han tenido la fuerza de hacerla, partiendo del primer mártir, san Esteban, que murió lapidado, orando a Dios y diciendo: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (Hechos 7,60). En años no lejanos, cuando imperaba el terrorismo político, hemos conocido a personas que, unidas a la persona de algún ser querido por la violencia homicida, han obtenido de Dios la gracia de perdonar públicamente.

Alguno se pregunta: ¿qué sería de la convivencia humana si todos pusieran en práctica la sugerencia de Jesús de ofrecer la otra cara? ¿No sería al final el triunfo de la injusticia? Ante todo, si todos pusieran verdaderamente en práctica la enseñanza de Jesús, no habría ninguna necesidad de poner la otra cara, ¡por el simple motivo de que nadie le pegaría al hermano en su rostro!

Sabemos, por otra parte, con certeza que todavía hay una sociedad en la que se continúa practicando la ley del talión: «Ojo por ojo, diente por diente» (cfr. Deuteronomio 19,21; Éxodo 21, 24; Mateo 5, 38). Esto está cada día ante los ojos de todos. Para poner ejemplos recientes, ¿qué ha producido esta ley en Oriente Medio entre hebreos y palestinos? ¿Qué ha producido en la ex- Yugoslavia? Al final, nos damos cuenta que dicha ley no lleva a ninguna parte y se está obligado a abandonarla, sin embargo, después de que ella ya ha provocado infinitos lutos.

Hemos tenido ocasión, y aún la tenemos, de hablar sobre el perdón en un ambiente privado, por ejemplo, entre marido y mujer. Permitidme en esta ocasión aplicar la enseñanza de Jesús en el ambiente público y social. Pero, no lejos (en Oriente Medio, en Bosnia o en Irlanda del Norte) sino cerca, en nuestra casa. ¿Qué produce en la vida pública y social del propio

país una lucha permanente y casi crónica como la costumbre entre partidos opuestos de responder a la ofensa con otra ofensa? Durante medio siglo nos hemos resignado a que un país cristiano como Italia estuviese dividido en dos tendencias, comunistas y democristianos, que, a todos los efectos, se consideraban recíprocamente como enemigos a humillar y hasta es posible que a destruir.

La adhesión a un partido termina frecuentemente por ser prevalente respecto a la adhesión al Evangelio. Y esto no sólo entre los demás, los así llamados laicos, sino también, quizás sin darnos cuenta, entre nosotros los católicos. He visto siempre esta situación con profunda pena y malestar. Me decía: ¿si volviese san Francisco aceptaría esta situación, él que quería poner paz hasta entre los hombres y los animales y entre los cristianos y los sarracenos?

Hoy la situación ha cambiado; los planteamientos ya no son los mismos; pero, permanece el mismo espíritu de acritud, de hostilidad, de falta de respeto hacia el adversario. Este clima no sólo contamina la vida pública a nivel nacional sino que frecuentemente envenena igualmente las relaciones entre los familiares, parientes, amigos, y crea disposiciones rígidas en cada población, tal vez partiéndola en dos. Por todo ello se hace la convivencia civil no serena y también la pastoral y la vida religiosa. Compromete la adhesión a la Iglesia, que termina siempre por ser identificada con una de las partes en lucha.

Yo no sigo mucho la política; pero, en todos estos años he notado una cosa. Los verdaderos grandes hombres políticos no tienen necesidad de humillar a los adversarios; a ellos les basta llevar adelante con decisión sus ideas. Es signo de debilidad no llegar a exponer la propia opinión si no es atacando la de los demás. No se trata de dar la razón sin más al adversario sino de respetarle como persona y para un cristiano también de amarle.

He nombrado a san Francisco. Él en su tiempo fue un gran trabajador de la paz entre las facciones opuestas. Un día, san Francisco se estaba acercando a Arezzo cuando, de lejos, vio a una cuadrilla de demonios danzar felices sobre los muros de la ciudad. La ciudad estaba fragmentada por las luchas intestinas y rivalidades entre las partes y los demonios se regocijaban de ello. (Entonces, no había como hoy progresistas y conservadores, estaban los güelfos y los gibelinos, que no bromeaban, sin embargo, ni siquiera ellos en cuanto alodio de parte). San Francisco se puso en oración; ordenó a los demonios irse y la paz volvió de nuevo a la ciudad. Giotto ha representado esta escena en Asís. (Probad a imaginar qué vería hoy san Francisco si, además de a los muros de Arezzo, se acercase en ciertos momentos a los muros de Montecitorio, el parlamento italiano, o cualquier otro parlamento).

Dante Alghieri ha llamado a Italia «la plazoleta que a muchos hace feroces». Yo deseo que cambie algo y un día se pueda llamar a esta nuestra bella patria «la plazoleta que nos hace a todos tan felices». En el diálogo ecuménico entre los cristianos de distintas confesiones se acostumbra a decir hoy que lo que nos pone en común es más fuerte que lo que nos divide y que por ello debemos hacer prevalecer más bien lo que nos une. La misma cosa debiéramos decirla en el campo civil de nosotros los italianos o de los españoles: lo que nos une es infinitamente más importante que lo que nos divide, esto es, el ser del norte o del sur, de derechas o de izquierdas... Nos une la misma lengua, historia, cultura y, también en gran parte, la misma religión.

Yo creo que nuestros santos patronos en el cielo tomarán en serio su deber. Quisiera, por ello, invitaros a orar conmigo a san Francisco de Asís y a santa Catalina de Siena, patronos de Italia, o a Santiago Apóstol, patrono de España, para que nos obtengan de Dios el don de unas relaciones más serenas y más respetuosas hacia los demás y también hacia quien piensa de distinta manera. En particular, pidámosle a santa Catalina, que desarrolló un papel tan relevante en la política italiana de su tiempo y supo reconducir a la razón a tantos espíritus belicosos, que nos obtenga la gracia de unos hombres políticos sabios con miradas lejanas y sinceramente preocupados del bien del país. Hace falta un milagro, lo sé. Pero, los santos pueden hacer también milagros.

Concluyamos, escuchando las últimas ocurrencias del Evangelio de hoy, que entre otras cosas nos sugiere igualmente aquel gesto práctico para llevar a la realidad la enseñanza de Jesús:

«Si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Amar con perfecto amor

«Amar a los enemigos no es sólo perdonar sus ofensas, sino desearles el bien y hacerles el bien. Jesús es el perfecto amor. En la cruz nos da ejemplo de la caridad perfecta. "Traten a los demás como quieran que los traten a ustedes" quiere decir: ama a tu prójimo como a ti mismo. En esta enseñanza se contiene todo el Evangelio, y se resume toda predicación.

Amar a los enemigos, es amar de manera extraordinaria, siguiendo el ejemplo de Jesús, modelo de toda virtud. Él amó a los que lo crucificaron. Más grande fue su dolor por ser lastimado por quien tanto amó, que, por todas las heridas de su cuerpo, y, aun así, dio la vida por ellos.

Somos creados para amar y ser amados. Jesús glorifica a su Padre a través del amor a la humanidad, porque es por quien todo ha sido creado. Por tanto, hemos sido creados para Él y tenemos vida en Él, por Él, con Él; y es por eso que Él nos ama y al mismo tiempo se ama a sí mismo.

Él ama a todos, y nos da la oportunidad de vivir con Él en la eternidad, nos da la salvación a todos, también a sus enemigos. Él es el modelo y ejemplo de toda virtud. Él es el Maestro. Él es la Verdad. Él es la Vida. Y Él ha venido a enseñarnos a practicar la ley de la perfecta caridad, para unirnos a Él, y así ser perfectos como su Padre celestial.

Ama tú como ama Jesús, teniendo sus mismos sentimientos, amando a todos, no solo a los que te aman, sino a los que te ofenden.

Aprende a amar como María, que amó con perfección, sufriendo el martirio de la pasión de Cristo en su corazón, porque amaba a Jesús, y amaba a Juan, pero también a Judas, a Poncio Pilatos, a Herodes, y a cada discípulo que lo abandonó.

Aprende de Ella a amar con amor de Dios, con amor de Madre, con perfecto amor».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

El precepto de la caridad

Las palabras de Jesús recogidas en estos versículos de San Mateo, que nos ofrece la Iglesia en este domingo, reclamaban un cambio de actitud no poco importante en el modo de relacionarse con los demás. Se trataba de pasar del ojo por ojo... y el odio al enemigo, a buscar en toda circunstancia lo mejor para los demás, aunque en estricta justicia no lo merezcan. En esto está la perfección –insiste el Señor– a la medida de nuestro Padre Celestial.

Ese buscar en todo caso el bien de la gente debe ser una realidad permanente en nuestra vida: *Cuando te cueste prestar un favor, un servicio a una persona, piensa que es hija de Dios, recuerda que el Señor nos mandó amarnos los unos a los otros.*

—Más aún: ahonda cotidianamente en este precepto evangélico; no te quedes en la superficie. Saca las consecuencias —bien fácil resulta—, y

acomoda tu conducta de cada instante a esos requerimientos. **Así se expresaba san Josemaría Escrivá.**

El amor a los demás va por delante: antecede a cualquier conducta del otro, a cualquier circunstancia de su persona. Será siempre el punto de partida de nuestra relación con él. De entrada, se le quiere, se le valora, se está dispuesto a ayudarle, a fomentar su bien; en su caso, si fuera preciso, se le corrige oportunamente, ante todo para que tenga toda la categoría humana y sobrenatural que pueda lograr, buscando siempre, en suma, su mayor bien.

Por lo demás, que esté siempre presente ante todo nuestro deseo de amar a Dios, cuando intentamos tratar bien a los demás. Cuanto hicisteis por uno de estos más pequeños conmigo lo hicisteis, nos tiene dicho el Señor. Así, el prójimo –nuestros hermanos los hombres con quienes convivimos– será siempre una ocasión para amar a Dios.

Además, como afirma san Josemaría: ***Más que en "dar", la caridad está en "comprender". —Por eso busca una excusa para tu prójimo —las hay siempre—, si tienes el deber de juzgar.*** **Y antes que nada, rezar: rezar por quienes nos parece que no actúan como debieran. Porque lo de menos será, muchas veces, el perjuicio que nosotros tal vez podamos sufrir de esa mala conducta. Lo peor será con frecuencia la mala conducta en sí que hace malo a su autor.**

Seamos amigos de verdad. Que la amistad es para algo más que para pasar buenos ratos de diversión. ***No puedes ser un elemento pasivo tan sólo,*** **decía san Josemaría.** ***Tienes que convertirte en verdadero amigo de tus amigos: "ayudarles". Primero, con el ejemplo de tu conducta. Y luego, con tu consejo y con el ascendiente que da la intimidad.***

¿Qué me preocupa de mis amigos, qué me interesa de ellos? ¿Me interesa lo que consigo de ellos o lo que ellos consiguen de mí? Ojalá que tenga mucho interés en favorecerles en todo momento, así estaré seguro de que los quiero de verdad, de que son mis amigos. Por el contrario, si me resisto a poner de lo mío para su bien, posiblemente todavía los quiero poco, todavía los valoro poco. ***Cuando te cueste prestar un favor,*** **decía san Josemaría,** ***un servicio a una persona, piensa que es hija de Dios, recuerda que el Señor nos mandó amarnos los unos a los otros.***

—Más aún: ahonda cotidianamente en este precepto evangélico; no te quedes en la superficie. Saca las consecuencias —bien fácil resulta—, y acomoda tu conducta de cada instante a esos requerimientos.

Siempre vivimos entre otros a quienes Dios quiere muchísimo, por quienes ha dado su vida, para que logren su plena felicidad. Y esto, sin merecimiento alguno por parte del hombre. Por el contrario, se entregó por nosotros mientras el hombre se le oponía con todas sus fuerzas, mientras el hombre le mataba. Queramos compensar ahora esa oposición

amando con obras a quienes nos rodean porque "cuanto hicisteis con uno de estos más pequeños, conmigo lo hicisteis", nos aseguró el Señor. Seamos, en fin, solidarios con nuestro Dios, deseando asimismo la plena felicidad para quienes están a nuestro lado en la vida.

¿Qué puedo hacer por éste? Dependerá de cómo sea, de lo que pida, de lo que necesite aunque no lo pida. Leemos en el Evangelio que Jesús "paso haciendo el bien", y nosotros podemos imitar esa conducta: que los demás sean un permanente estímulo de mi amor. Pidamos a Dios unos ojos sensibles ante las necesidades de los demás y un corazón generoso, lleno de deseos de cubrir esas necesidades.

Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, cantamos a Santa María. Le pedimos a esta Madre de buena parecernos a ella en su mirada.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

"Amen a sus enemigos"

Hace tres domingos, con la proclamación de las bienaventuranzas, tuvimos ocasión de reflexionar sobre el tema del cristiano frente al uso de la fuerza y de la violencia. En la primera parte, el Evangelio de hoy retorna ese tema, simplificándolo: Jesús borra la antigua máxima dada por Moisés al pueblo" Ojo por ojo, diente por diente" (Ex. 21, 24). A ella opone una ética revolucionaria y. hasta entonces, inaudita en la tierra: no te opongas al malvado: si alguien te golpea la mejilla derecha, ofrécele también la izquierda.

Resulta muy fácil falsear estas palabras, y quien quiere ridiculizar, el Evangelio en general empieza justamente por aquí. ¿Qué sería un mundo en el cual cada uno, en lugar de oponerse y hacerse justicia, ofreciera a quien lo ofende la otra mejilla? Pero esto todavía es poco: Jesús no se contenta realmente con esta no resistencia pasiva, practicada, en todo caso, también por los sabios estoicos de su tiempo (Epicteto). En la segunda parte del pasaje evangélico, va más allá y dice a sus discípulos que se debe amar incluso al enemigo: *Ustedes han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores.* Hasta ese momento nadie había llegado tan lejos como él. Esta es la verdadera revolución evangélica: "Cuando se reconoce el supremo honor a una existencia deshonrada –escribió un gran filósofo (Hegel)– se agreden y se disuelven, hasta lo más profundo, todos los vínculos de la convivencia humana".

Muchos oyentes del Evangelio, en este punto, están tentados de decir como los hebreos: este discurso es demasiado duro; ¿quién puede entenderlo? y están tentados de irse. No podemos retenerlos diciéndoles, para reconfortarlos, que Jesús aquí usa un lenguaje voluntariamente paradojal y exagerado para llamar la atención, pero que no debe ser tomado al pie de la letra. Es un expediente al que se recurre a veces, pero resulta ilusorio. A este paso, habría que borrar casi todo el Evangelio; de hecho, él es de principio a fin una contradicción radical de los lugares comunes y del sentido común de los hombres. Este dice: Ama a quien te ama y saluda a quien te saluda, Jesús, al contrario, dice: ¿Si aman a quienes los aman, qué mérito tienen? ¿No lo hacen también los paganos? Por eso, es necesario mantener intacto el sentido de las palabras de Cristo y tratar de entender su por qué más profundo.

¿Por qué el hombre debe oponerse a sus instintos más inmediatos, que lo impulsan a reaccionar ante la ofensa, a contestar y a vengarse? La respuesta existe: porque sólo así se es hijos del Padre celestial, que hace surgir su sol sobre los malvados y sobre los buenos, hace llover sobre los justos y sobre los injustos. El salmo responsorial de hoy nos ha llamado la atención justamente sobre esta prerrogativa de Dios:

El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; no acusa de manera inapelable ni guarda rencor eternamente; no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas.

Era absurdo pedirles a los hombres que perdonasen antes de Cristo, cuando también la divinidad reconocida por ellos se mostraba vengativa y llena de rencores. Pero las cosas cambiaron con él: les reveló a los hombres que eran hijos de un Padre que otorga su sol y su lluvia incluso a quien lo ofende.

Y he aquí entonces el tema de fondo: *Serán perfectos como es perfecto su Padre celestial, serán santos, porque yo, el Señor su Dios, soy santo. No odiarás a tu hermano en tu corazón… No serás vengativo con tus compatriotas ni les guardarás rencor* (primera lectura). Sean perfectos y sean santos: son expresiones que, en el contexto, significan claramente: sean perfectos en la misericordia, sean heroicos y totalitarios en el perdón, como lo es su Padre.

¿Pero podremos ser perfectos, llegar al fondo como hace Dios, o como hizo Cristo, que desde la cruz gritó: "Padre, perdónalos"? Es muy difícil: pero eso no quita que el ideal y la meta sea y siga siendo aquello. ¿Quién dijo que Jesús vino a predicar una moral a medida del hombre? Él vino a llevar al hombre a la medida de Dios y no a Dios a la medida del hombre. Con este fin, nos dio los medios objetivos para superarnos y para superar nuestras pequeñas fuerzas: su palabra, su ejemplo, su gracia, su Eucaristía. De la eficacia de estos medios dan testimonio los mártires que

llegaron a perdonar a sus propios asesinos: *Señor, no les tengas en cuenta este pecado, gritó el primer mártir, San Esteban* (Hech. 7, 60). Sin embargo, también dan testimonio tantos de nuestros oscuros hermanos que han sabido vencer el mal con el bien, las ofensas con el perdón, la violencia con la docilidad.

¿Tal vez serían estos pocos héroes, que saben perdonar hasta la muerte, los únicos que pueden llamarse cristianos? ¿Y todos los demás? Los demás, nosotros, estamos en camino hacia la meta, tendemos a eso, incluso sabiendo que estará siempre más allá de donde sabremos llegar. Sin embargo, nosotros somos cristianos también, porque cristiano no es sólo quien ha alcanzado la santidad y la perfección del perdón, sino también quien está en camino hacia ella, quien cae y se vuelve a levantar, quien debe volver a perdonar muchas veces a su hermano, porque no ha sido capaz de perdonarlo del todo la primera vez.

Queda una pregunta a la cual todavía no le dimos respuesta: ¿qué sería del mundo y de la convivencia humana si todos pusieran en práctica lo dicho por Jesús: poner la otra mejilla, dar también el manto?

No sabemos lo que sería. La sociedad humana nunca fue tan cristiana como para permitirnos emitir un juicio. Sabemos que quienes personalmente han seguido y siguen el consejo de Jesús de perdonar, encuentran en ello lo que ninguno encontró jamás al vengarse y devolver ojo por ojo: encuentran la paz. Su humanidad, que en el momento de la ofensa parecía humillada y ultrajada y deseaba gritar su cólera, no fue mortificada por el perdón, sino que se enriqueció enormemente con él. Los "humillados y ofendidos" pueden ser para Jesús hombres mucho más verdaderos que quienes humillan y ofenden. Al perdonar se crece en humanidad; la lucecita humeante que no apagaste te alumbra también a ti. A menudo nos damos cuenta de haber ganado al hermano. Amistades memorables han nacido de un perdón concedido; matrimonios en crisis se han salvado y vuelven a resplandecer después de un perdón difícil

Sabemos otra cosa: qué es la convivencia humana donde no se practica lo dicho por Jesús. Dado que esto es lo que tenemos ante la vista todos los días. Hay naciones en estado de conflicto latente, por ejemplo el Medio Oriente, donde el terrorismo es la respuesta a una situación considerada de ofensa y de represión y la represalia es la respuesta al terrorismo. Se aplica todavía al pie de la letra el "ojo por ojo, diente por diente". Ésta es la sabiduría política de los hombres. No nos damos cuenta de que ella, como dice Pablo en la segunda lectura, es locura. No resuelve nada, no rompe la cadena del mal, sino que la perpetúa y la agrava. La venganza produce venganza; así será, desafortunadamente, hasta el fin del mundo. La realidad es ésta, pero hoy hemos entendido que no es el Evangelio con su invitación al perdón el que está equivocado, sino "la realidad". Por eso, no nos dejaremos impresionar por la diferencia entre

el ideal y la realidad, sino que nos dispondremos con empeño a realizar nuestro Evangelio, comenzando a nuestro alrededor. ¿Quién, al volver a casa, no tiene algún perdón en suspenso para dar valientemente? El Maestro nos espera en esta prueba. No podemos tener más enemigos: Jesús nos los sacó todos y nos los devolvió en calidad de hermanos para amar.

Dentro de poco, en el "Padre nuestro", diremos a Dios: "Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden". A fin de que no se convierta en una condena para nosotros, debemos prepararnos bien para lo que diremos y luego decirlo con impulso y generosidad.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de San José Moscati (21-II-1993)

– Dedicación de la iglesia

– Piedras vivas

– Un médico santo

– La santidad es posible

1. «Acercándoos a él, piedra viva... también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual» (*1P*2, 4-5).

La afirmación de la primera carta de Pedro indica el sentido profundo de la liturgia que estamos celebrando en esta iglesia, que ya desde hace tiempo os acoge, pero que hoy, mediante el rito solemne de su dedicación, asumirá plenamente su función.

Vivimos una hora de alegría que, estoy seguro de ello, quedará grabada profundamente en vuestra memoria. Este templo forma ya un solo cuerpo con vuestra comunidad parroquial y con vuestro territorio. Entre vuestras casas será testigo del nacimiento y de la muerte, del crecimiento de vuestros hijos y del esfuerzo de la vida diaria. Entre los muchos lugares de culto de Roma, sentiréis este templo como vuestro.

Sin embargo, más allá de ese significado afectivo y funcional tendrá para vosotros un sentido más elevado aún, como símbolo de la Iglesia, misterio de comunión e imagen de la vida trinitaria en el tiempo. No es una casualidad que, ya desde la antigüedad, el término iglesia se haya usado para indicar tanto la comunidad como el lugar en el que ella se

reúne. Las dos realidades se evocan recíprocamente: el lugar remite al misterio. Precisamente en este misterio quiere introducirnos la palabra de Dios que acabamos de proclamar.

2. «No estéis tristes: la alegría del Señor es vuestra fortaleza» (*Ne* 8, 10). La primera lectura, tomada del libro de Nehemías, nos ha recordado un momento significativo de la historia del pueblo de la antigua Alianza en los años posteriores al exilio, cuando se pudo reconstruir por fin el templo y, alrededor de él, aunque en medio de muchas dificultades, volvió a florecer la adhesión a la ley del Señor. Floreció el pueblo de la antigua Alianza.

Es importante subrayar este nexo entre el templo y la ley. Frente a la tentación fácil de una religiosidad reducida a mero ritualismo, la reforma de Esdras y Nehemías exigía, ante todo, un compromiso espiritual testimoniado en la propia existencia. La alianza de Dios con su pueblo tenía que celebrarse no sólo mediante los ritos del templo, sino sobre todo en el culto de la vida.

Conocemos la importancia que tenía el templo en el antiguo Israel, pero también sabemos que era frecuente la tendencia a reducirlo a lugar de prácticas religiosas, no enraizadas en el corazón y la vida. En tiempos de Jesús había sido reconstruido por tercera vez y su belleza monumental llenaba de orgullo a los israelitas. Jesús deberá defenderlo severamente de los abusos de un religiosidad superficial y mercantil: «No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado» (*Jn* 2, 16).

De este modo, el Señor, con el peso de su autoridad divina, reafirmaba los esfuerzos que los profetas habían realizado tantas veces para volver a conducir al pueblo de Dios por el camino de la fidelidad auténtica a la Alianza. Todo el libro de Nehemías se mueve siguiendo esta orientación: nos presenta a un pueblo decidido finalmente a volver a la ley del Señor, de la que el nuevo templo será custodio y símbolo. Un retorno lleno de júbilo: «La alegría del Señor es vuestra fortaleza».

3. Cristo es la «piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios» (*1 P* 2, 4). Como hemos escuchado en la segunda lectura, Cristo será de ahora en adelante el templo de Dios entre los hombres, templo de la nueva y eterna Alianza, que trasciende las medidas terrenas que tienen su cumplimiento en el cielo, en la vida divina. En efecto, con Jesús también la teología del templo estaba destinada a cambiar. Precisamente en el templo de Jerusalén Jesús anuncia una nueva economía de gracia, señalando su misma persona como el nuevo templo, que los hombres tratarán de destruir, pero que el poder de Dios reconstruirá en tres días (cf. *Jn* 2 19-22). Resulta clara la alusión a la resurrección, que hará resplandecer su divinidad en el templo vivo de su cuerpo.

«Pues Dios -dice Pablo en la carta a los Colosenses- tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud» (*Col* 1, 19). Pedro confiesa precisamente esta plenitud, mesiánica y divina, en el pasaje del evangelio que acabamos de proclamar: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16).

4. ¿Por qué, pues, estamos aquí para dedicar este edificio al Señor, si ahora hay un solo templo, una sola piedra viva, un solo lugar de salvación, en la persona de Jesús?

En realidad este templo tiene sentido precisamente porque expresa esa realidad sobrenatural centrada enteramente en el Redentor.

Desde el origen de su historia, la comunidad cristiana ha tenido siempre necesidad de lugares donde reunirse. Al principio las mismas casas de los cristianos se usaban como iglesias. Luego se construyeron edificios destinados específicamente al culto. No hay que olvidar, sin embargo, el nuevo significado del templo cristiano: bajo la arquitectura hay una vida, y esta vida, en resumidas cuentas, es el misterio de Cristo simbolizado especialmente en el altar, desde el que todos los días, en la celebración eucarística se irradia la luz del misterio pascual hacia los creyentes.

5. Esto nos interpela a nosotros, piedras vivas, destinadas a ser, en unión con Cristo, según las palabras de la primera carta de Pedro, piedra angular para formar un edificio espiritual y un sacerdocio santo.

También el pasaje evangélico que acabamos de proclamar nos trae a la memoria esta dimensión eclesial del templo, pero desde otra perspectiva: el papel fundamental de Pedro en el edificio vivo que es la Iglesia: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (*Mt* 16, 18). Así tenemos una visión neotestamentaria: templo vivo, plenitud de la morada de Dios con todo el género humano es Cristo que con Pedro funda su Iglesia llamándola Piedra viva. Y en esta institución se edifican las piedras vivas que somos nosotros cuando nos reunimos en torno a Cristo por medio del ministerio de Pedro y de los que lo comparten.

De esta forma, cada templo cristiano, como éste que dedicamos hoy, quiere indicar el *Christus totus*, el Cristo jefe y sus miembros. La iglesia-edificio está al servicio de la Iglesia-comunión: es instrumento de su unidad, de su crecimiento y de su santidad.

A la luz de este significado espiritual del templo, se comprende también el sentido de la antigua costumbre por la que cada iglesia debe tener un título tomado de algún aspecto del misterio divino, o hacer referencia a la madre celestial de Dios o a un santo. No se trata solo de dar el nombre a un edificio, sino de manifestar su carácter sagrado, recordando al pueblo cristiano la vocación de todos los bautizados a la santidad.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La "ley del talión", a la que tan proclive es el amor propio cuando es herido, es condenada aquí por Jesús. El perdón en vez de la venganza; el amor incluso al enemigo en vez del odio es, tal vez, una de las enseñanzas de Cristo que nos resultan más difíciles de cumplir, pero que sí, con su ayuda, nos empeñamos nos situaremos cerca de la Bondad de Dios que "hace salir su sol sobre malos y buenos".

¡Vivimos en una atmósfera tan distinta a esta cálida benevolencia divina, que esta propuesta nos parece una bella pero imposible utopía! ¡Es realmente sublime, pensamos, pero "poco práctico" porque la vida significa luchar, competir, devolver golpe por golpe! ¡En cuántas ocasiones nuestros gestos de comprensión y de condescendencia con las afrentas ajenas han sido interpretados como síntoma de debilidad y son ocasión de ulteriores abusos! ¡Así no se consigue nada!, decimos. Como no se logra nada es devolviendo mal por mal, embistiendo como un toro furioso, ya que esto crea una espiral de posturas enconadas cada vez más grande e infrenable.

El odio es nefasto, incluso para quien lo practica porque, como un cáncer oculto, destruye su personalidad nublándole la inteligencia, lo que le incapacita para distinguir lo bueno de lo malo, la verdad de la mentira. Y al incidir sobre los demás se hace contagioso, lo cual aboca a desanudar los esfuerzos de años o siglos de trabajo armónico, destruyendo en muchos corazones la esperanza en un mundo mejor.

Toda apelación al amor puede parecer lírica frente a la sólida realidad de los conflictos familiares, académicos, laborales…Pero esa impresión está lastrada por una situación personal en la que la esperanza cristiana está dormida. Jesús no propone un apocamiento cobarde ante la violencia, la sinrazón, la injusticia. Eso nos convertiría en cómplices. Resistir a la injusticia no significa aprobarla. Significa combatirla con la justicia aliñada con la caridad, que odia al pecado pero no al pecador. Ese amor al enemigo no le quita la "lluvia y el sol".

No adoremos el altar de la venganza y el desquite, el resentimiento y mal pensar. En ese altar no está Dios. Él está en la Cruz con los brazos abiertos para acoger a todos y desea que nosotros nos apropiemos esta lógica. Este amor que pasa por encima de actitudes inciviles, inhumanas, es el que al verlo y sentirlo quienes nos tratan crean en Jesucristo.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios»

I. LA PALABRA DE DIOS

- Lv 19,1-2.17-18: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»

- Sal 102,1-2.3-4,8 y 10.12-13: «El Señor es compasivo y misericordioso»

- 1Co 3,16-23: «Todo es vuestro, vosotros de Cristo, Cristo de Dios»

- Mt 5,38-48: «Amad a vuestros enemigos»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Ya en la antigua ley, la santidad de Dios se refleja mediante las actitudes con el prójimo, que han de ser no de odio ni rencor, ni de venganza, sino de amor. Eran actitudes sobre las que se apoyaba la normativa de la vida civil de Israel más quizá que en decisiones relacionadas directamente con Dios. El autor les da valor teológico (1ª Lect.).

En el Sermón de la Montaña, Jesucristo ofrece una dimensión más completa y perfecta del amor. Ha de extenderse a todos, incluso a «nuestros enemigos, a los que os aborrecen, a los que os persiguen y calumnian». Rechaza la concepción utilitaria del amor; contrapone a ella la condición de hijos de Dios, porque estos no sólo no han de responder al mal con el mal, sino que deben hacer positivamente el bien a quien les haya hecho el mal. El amor del discípulo de Jesús a los hombres no tiene fronteras. Debe parecerse al amor de Dios (Ev.).

III. SITUACIÓN HUMANA

Nuestra sociedad se siente herida por el odio, la violencia y el rechazo de unos por otros. Aceptamos al otro porque nos conviene, o no, sin otro criterio.

Cuando el amor de Dios busca asentarse en el hombre no encuentra el terreno precisamente abonado. Para que quepa el amor de Dios, hay que desmontar del corazón del hombre todo lo que se le opone.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El amor de Cristo, escuela del amor cristiano: «Cristo murió por nosotros cuando éramos todavía enemigos. El Señor nos pide que amemos como El hasta a nuestros enemigos; que nos hagamos prójimos del más lejano, que amemos a los niños y a los pobres como a Él mismo» (1825; cf. 1822-1829).

La respuesta

– Respetar al prójimo como a uno mismo: "El respeto a la persona humana pasa por el respeto del principio: «Que cada uno, sin ninguna excepción, debe considerar al prójimo como `otro yo', cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente». Ninguna legislación podría por sí misma hacer desaparecer los temores,

los prejuicios, las actitudes de soberbia, de egoísmo que obstaculizan el establecimiento de sociedades verdaderamente fraternas. Estos comportamientos sólo cesan con la caridad que ve en cada hombre un «prójimo», un hermano" (1931; cf 2844).

– Distinguir el mal de quien lo hace: «Este mismo deber se extiende a los que piensan y actúan diversamente de nosotros. La enseñanza de Cristo exige incluso el perdón de las ofensas. Extiende el mandamiento del amor que es el de la nueva ley a todos los enemigos. La liberación en el espíritu del Evangelio es incompatible con el odio al enemigo en cuanto persona, pero no con el odio al mal que hace en cuanto enemigo» (1933).

El testimonio cristiano

– «O nos apartamos del mal por temor del castigo y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa y nos parecemos a mercenarios, o finalmente obedecemos por el bien mismo del amor del que manda... y entonces estamos en la disposición de hijos (S. Basilio, reg. fus. prol. 3)» (1828).

El amor a nuestros enemigos nos asemeja a Dios-Amor y a Jesucristo que murió perdonando a los que le crucificaron; y nos hace instrumentos de su paz.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Tratar bien a todos.

– Debemos vivir la caridad en toda ocasión y circunstancia. Comprensión para quienes están en el error, pero firmeza ante la verdad y el bien.

I. *Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo... al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerce a andar una milla, ve con él dos*... Son palabras de Jesús en el Evangelio de la Misa, que nos invitan a vivir la caridad más allá de los criterios de los hombres. Ciertamente, en el trato con los demás no podemos ser ingenuos y hemos de vivir la justicia –también para exigir los propios derechos– y la prudencia, pero no debe parecernos excesiva cualquier renuncia o sacrificio en bien de otros. Así nos asemejamos a Cristo que, con su muerte en la Cruz, nos dio un ejemplo de amor por encima de toda medida humana.

Nada tiene el hombre tan divino –tan de Cristo– como la mansedumbre y la paciencia para hacer el bien. "Busquemos aquellas virtudes –nos aconseja San Juan Crisóstomo– que, junto con nuestra

salvación, aprovechan principalmente al prójimo... En lo terreno, nadie vive para sí mismo; el artesano, el soldado, el labrador, el comerciante, todos sin excepción contribuyen al bien común y al provecho del prójimo. Con mayor razón en lo espiritual, porque éste es el vivir verdadero. El que sólo vive para sí y desprecia a los demás es un ser inútil, no es hombre, no pertenece a nuestro linaje".

Las múltiples llamadas del Señor –y especialmente su mandamiento nuevo– para vivir en todo momento la caridad han de estimularnos a seguirle de cerca con hechos concretos, buscando la ocasión de ser útiles, de proporcionar alegrías a quienes están a nuestro lado, sabiendo que nunca adelantaremos lo suficiente en esta virtud. En la mayoría de los casos se concretará sólo en pequeños detalles, en algo tan simple como una sonrisa, una palabra de aliento, un gesto amable... Todo esto es grande a los ojos de Dios, y nos acerca mucho a Él. Al mismo tiempo, consideramos hoy en nuestra oración todos esos aspectos en los que, si no estamos vigilantes, sería fácil faltar a la caridad: juicios precipitados, crítica negativa, falta de consideración con las personas por ir demasiado ocupados en algún asunto propio, olvidos... No es norma del cristiano el *ojo por ojo y diente por diente*, sino la de hacer continuamente el bien, aunque, en ocasiones, no obtengamos aquí en la tierra ningún provecho humano. Siempre se habrá enriquecido nuestro corazón.

La caridad nos lleva a comprender, a disculpar, a convivir con todos, de modo que "quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa deben ser también objeto de nuestro respeto y de nuestro aprecio (...).

"Esta caridad y esta benignidad en modo alguno deben convertirse en indiferencia ante la verdad y el bien. Más aún, la propia caridad exige el anuncio a todos los hombres de la verdad que salva. Pero es necesario distinguir entre el error, que siempre debe ser rechazado, y el hombre que yerra, el cual conserva la dignidad de la persona incluso cuando está desviado por ideas falsas o insuficientes en materia religiosa". "Un discípulo de Cristo jamás tratará mal a persona alguna; al error le llama error, pero al que está equivocado le debe corregir con afecto; si no, no le podrá ayudar, no le podrá santificar", y ésa es la mayor muestra de amor y de caridad.

– Caridad con quienes no nos aprecian, con quienes calumnian y difaman, con quienes se sienten enemigos..., con todos. Oración por ellos.

II. El precepto de la caridad no se extiende sólo a quienes nos quieren y nos tratan bien, sino a todos, sin excepción. *Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian*. También, si alguna vez nos sucede, debemos vivir la caridad con quienes nos hacen mal, con los que nos

difaman y quitan la honra, con quienes buscan positivamente perjudicarnos. El Señor nos dio ejemplo en la Cruz, y el mismo camino del Maestro siguieron sus discípulos. Él nos enseñó a no tener enemigos personales –como han atestiguado con heroísmo los santos de todas las épocas– y a considerar el pecado como el único mal verdadero. La caridad adquirirá diversas manifestaciones que no están reñidas con la prudencia y la defensa justa, con la proclamación de la verdad ante la difamación, y con la firmeza en defensa del bien y de los legítimos intereses propios o del prójimo, y de los derechos de la Iglesia. Pero el cristiano ha de tener siempre un corazón grande para respetar a todos, incluso a los que se manifiestan como enemigos, "no porque son hermanos –señala San Agustín–, sino para que lo sean; para andar siempre con amor fraterno hacia el que ya es hermano y hacia el que se manifiesta como enemigo, para que venga a ser hermano".

Esta manera de actuar, que supone una honda vida de oración, nos distingue claramente de los paganos y de quienes de hecho no quieren vivir como discípulos de Cristo. *Porque si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen también lo mismo los paganos?* La fe cristiana pide no sólo un comportamiento humano recto, sino virtudes heroicas, que se ponen de manifiesto en el vivir ordinario.

También, con la ayuda de la gracia, viviremos la caridad con quienes no se comportan como hijos de Dios, con los que le ofenden, porque "ningún pecador, en cuanto tal, es digno de amor; pero todo hombre, en cuanto tal, es amable por Dios". Todos siguen siendo hijos de Dios y capaces de convertirse y alcanzar la gloria eterna. La caridad nos impulsará a la oración, a la ejemplaridad, al apostolado, a la corrección fraterna, confiando en que todo hombre es capaz de rectificar sus errores. Si alguna vez son particularmente dolorosas las ofensas, las injurias, las calumnias, pediremos ayuda a Nuestra Señora, a la que, en muchas ocasiones, hemos contemplado al pie de la Cruz, sintiendo muy de cerca aquellas infamias contra su Hijo: y gran parte de aquellas injurias, no lo olvidemos, eran nuestras. Nos dolerán más por la ofensa a Dios que significan, y por el daño que pueden causar a otras personas, y nos moverán a desagraviar al Señor y a repararen lo que esté en nuestras manos.

– La caridad nos lleva a vivir la amistad con un hondo sentido cristiano.

III. El corazón del cristiano ha de ser grande. Evidentemente, su caridad debe ser ordenada y, en consecuencia, ha de comenzar a vivirla con los más próximos, con aquellas personas que, por voluntad de Dios, están a su alrededor; sin embargo, nuestro aprecio y afecto nunca puede

ser excluyente o limitarse a ámbitos reducidos. No quiere el Señor un apostolado de tan cortos horizontes.

La unión con Dios que procuramos hacer fructificar con su gracia en nuestra conducta nos debe llevar a tener presente la dimensión entrañablemente humana del apostolado. La actitud del cristiano, su convivencia con todos, debe parecerse a un *generoso caudal de cariño sobrenatural y cordialidad humana*, procurando superar la tendencia al egoísmo, a quedarse en sus cosas.

En nuestra oración personal pedimos al Señor que nos ensanche el corazón; que nos ayude a ofrecer sinceramente a más personas nuestra amistad; que nos impulse a hacer apostolado con cada uno, aunque no seamos correspondidos, aunque sea necesario a menudo enterrar nuestro propio yo, ceder en el propio punto de vista o en un gusto personal. La amistad leal incluye un esfuerzo positivo –que mantendremos en el trato asiduo con Jesucristo– "por comprender las convicciones de nuestros amigos, aunque no lleguemos a compartirlas, ni a aceptarlas" porque no puedan conciliarse con nuestras convicciones de cristianos.

El Señor no deja de perdonar nuestras ofensas siempre que volvemos a Él movidos por su gracia; tiene paciencia infinita con nuestras mezquindades y errores; por eso, nos pide –así nos lo ha enseñado en el *Padrenuestro* de modo expreso– que tengamos paciencia ante situaciones y circunstancias que dificultan acercarse a Dios a personas, conocidos o amigos, que encontramos a nuestro paso. La falta de formación y la ignorancia de la doctrina, los defectos patentes, incluso una aparente indiferencia, no han de apartarnos de esas personas, sino que han de ser para nosotros *llamadas* positivas, apremiantes, luces que señalan una mayor necesidad de ayuda espiritual en quienes los padecen: han de ser estímulo para intensificar nuestro interés por ellos, por cada uno. Nunca motivo para alejarnos.

Formulemos un propósito concreto que nos acerque a los parientes, amigos y conocidos que más lo necesitan, y pidamos gracias a la Santísima Virgen para llevarlo a cabo.

Rev. P. José PLAZA MONÁRDEZ (Calama, Chile) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial

Hoy, la Palabra de Dios, nos enseña que la fuente original y la medida de la santidad están en Dios: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,48). Él nos inspira, y hacia Él caminamos. El

sendero se recorre bajo la nueva ley, la del Amor. El amor es el seguro conductor de nuestros ideales, expresados tan certeramente en este quinto capítulo del Evangelio de san Mateo.

La antigua ley del Talión del libro del Éxodo (cf. Ex 21,23-35) —que quiso ser una ley que evitara las venganzas despiadadas y restringir al "ojo por ojo", el desagravio bélico— es definitivamente superada por la Ley del amor. En estos versículos se entrega toda una Carta Magna de la moral creyente: el amor a Dios y al prójimo.

El Papa Benedicto XVI nos dice: «Solo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama». Jesús nos presenta la ley de una justicia sobreabundante, pues el mal no se vence haciendo más daño, sino expulsándolo de la vida, cortando así su eficacia contra nosotros.

Para vencer —nos dice Jesús— se ha de tener un gran dominio interior y la suficiente claridad de saber por cuál ley nos regimos: la del amor incondicional, gratuito y magnánimo. El amor lo llevó a la Cruz, pues el odio se vence con amor. Éste es el camino de la victoria, sin violencia, con humildad y amor gozoso, pues Dios es el Amor hecho acción. Y si nuestros actos proceden de este mismo amor que no defrauda, el Padre nos reconocerá como sus hijos. Éste es el camino perfecto, el del amor sobreabundante que nos pone en la corriente del Reino, cuya más fiel expresión es la sublime manifestación del desbordante amor que Dios ha derramado en nuestros corazones por el don del Espíritu Santo (cf. Rom 5,5).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

Perdonar por amor

«Sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto»

Eso dice Jesús.

Sacerdote: la perfección se alcanza en Cristo.

Tú, sacerdote, has sido creado para ser perfecto, como el Padre del cielo es perfecto.

Pero, llevas en tu cuerpo y en tu alma la herida del pecado, que te hace imperfecto, y es tu Señor el que asume tus heridas en su cruz.

Él, que es perfecto. Él, que es puro. Él, que es todopoderoso, misericordioso y bueno. Él, que es la virtud, es la perfección humana y

divina, es el amor manifestado a través del perdón, en el sacrificio del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Sacerdote: tú has sido creado a imagen y semejanza de Dios. Y es Cristo quien ha vencido al mundo, para alcanzar para ti la salvación, la perfección, la plenitud y la vida eterna.

Asume, sacerdote, la responsabilidad de recibir por heredad el Reino de los cielos, para construirlo en la tierra, para guiar al pueblo de Dios al camino que los lleva al encuentro con Cristo, a través del perdón.

Perdona, sacerdote, al que te ofende, al que te hace daño, al que te golpea, al que te difama, al que te juzga, al que te escupe, al que te hace burla, al que te persigue, al que te calumnia, al que no ama a Dios por sobre todas las cosas, al que usa el nombre de Dios en vano, al que no santifica las fiestas, al que deshonra a su padre y a su madre, al asesino, al adúltero, al que comete actos impuros, al que roba, al que levanta falso testimonio y dice mentiras, al que desea a la mujer de su prójimo, y al que codicia los bienes ajenos. Perdónalos, sacerdote, porque no saben lo que hacen.

Y repara, sacerdote, el daño causado por su pecado, con tu sacrificio, con tus obras, con tus oraciones, participando de la cruz redentora de tu Señor.

Absuelve, sacerdote, los pecados de los corazones contritos y humillados, y enséñalos a cumplir la ley de Dios, para que consigas para Él un pueblo Santo.

Ama, sacerdote, y perdona por amor. Es así, como perfeccionas tu alma.

Es amando a tus enemigos, y haciendo el bien a los que te odian, como te configuras en la cruz de tu Señor.

Es rogando por los que te persiguen y te calumnian como alcanzas la perfección, porque si amas solamente a los que te aman, ¿qué mérito tienes, y qué recompensa mereces?

No tengas miedo, sacerdote, de llevar al mundo entero la verdad, de predicar el Evangelio a los buenos y a los malos, a los que te escuchan y a los sordos, a los que te aceptan y a los que te rechazan, a los que son de tu rebaño y a los que no son de tu redil. Porque tu Señor está contigo todos los días de tu vida, y Él no ha venido a salvar a justos, sino a pecadores, y el Padre que está en el cielo hace salir al sol sobre buenos y malos, y hace caer la lluvia sobre justos e injustos.

Y ¿quién eres tú, sacerdote, para juzgarlo?

Y ¿quién eres tú, sacerdote, para no imitarlo?

Tú eres, sacerdote, portador de esperanza, símbolo de unión entre Dios y los hombres. Tú eres alianza, medio de reconciliación y camino de salvación.

Cumple, sacerdote, con tu misión, porque es así como alcanzas la perfección, que te justifica y te santifica en la cruz de Jesús, que es el Hijo único de Dios, y quien lo glorifica.

Contempla la cruz de tu Señor, sacerdote. Ama la cruz de tu Señor amando tu propia cruz, para que, configurado con Él, puedas siempre poner la otra mejilla.

Sacerdote: el pueblo de Dios es tuyo, tú eres de Cristo, y Cristo es de Dios.

Perfecciona a tu pueblo en Cristo, para que sea el pueblo santo de Dios.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 52)

Domingo VIII del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y Homilías en Santa Marta**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. P. Floyd L. McCOY Jordán (Hormigueros, Puerto Rico) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

LA MATERNIDAD DE DIOS

Is 49, 14-15; 1 Cor 4, 1-5; Mt 6, 24-34

El profeta Isaías, durante la época del destierro, en que su pueblo atravesaba una profunda crisis de fe y de confianza en Dios, no encontró otra manera de responder a la desesperanza de sus hermanos, que retratando la benevolencia incondicional de Dios, con el amor materno. Así, como una madre verdadera, jamás se desentiende de la suerte de sus criaturas, sino que las cuida y las protege aun a riesgo de su vida, así también Dios se ocupa de nosotros. Aunque en ocasiones nos parezca que nos ha desamparado porque no conseguimos saldar nuestras deudas,

superar nuestras enfermedades o atender las legítimas necesidades de nuestra familia. Quienes han conocido de manera real a Dios, también han experimentado su cariño solidario y, por lo tanto, no tiene sentido dejarse angustiar por el día de mañana.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 17, 19-20

El Señor es mi refugio, lo invoqué y me libró. Me salvó porque me ama.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Señor, que tu poder pacificador dirija el curso de los acontecimientos del mundo y que tu Iglesia se regocije al poder servirte con tranquilidad. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Yo nunca me olvidaré de ti.

Del libro del profeta Isaías: 49, 14-15

"Sión había dicho: 'El Señor me ha abandonado, el Señor me tiene en el olvido'. ¿Puede acaso una madre olvidarse de su creatura hasta dejar de enternecerse por el hijo de sus entrañas? Aunque hubiera una madre que se olvidara, yo nunca me olvidaré de ti", dice el Señor todopoderoso.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 61, 2-3. 6-7. 8-9ab

R/. Sólo en Dios he puesto mi confianza.

Sólo en Dios he puesto mi confianza, porque de él vendrá el bien que espero. Él es mi refugio y mi defensa, ya nada me inquietará. R/.

Sólo Dios es mi esperanza, mi confianza es el Señor: es mi baluarte y firmeza, es mi Dios y salvador. R/.

De Dios viene mi salvación y mi gloria; él es mi roca firme y mi refugio. Confía siempre en él, pueblo mío, y desahoga tu corazón en su presencia. R/.

SEGUNDA LECTURA

El Señor pondrá al descubierto las intenciones del corazón.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 4,1-5

Hermanos: Procuren que todos nos consideren como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios.

Ahora bien, lo que se busca en un administrador es que sea fiel. Por eso, lo que menos me preocupa es que me juzguen ustedes o un tribunal humano; pues ni siquiera yo me juzgo a mí mismo. Es cierto que mi

conciencia no me reprocha nada, pero no por eso he sido declarado inocente. El Señor es quien habrá de juzgarme. Por lo tanto, no juzguen antes de tiempo; esperen a que venga el Señor. Entonces él sacará a la luz lo que está oculto en las tinieblas, pondrá al descubierto las intenciones del corazón y dará a cada uno la alabanza que merezca.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Heb 4, 12

R/. Aleluya, aleluya.

La palabra de Dios es viva y eficaz y descubre los pensamientos e intenciones del corazón. R/.

EVANGELIO

No se preocupen por el día de mañana.

Del santo Evangelio según san Mateo: 6, 24-34

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y amará al otro, o bien obedecerá al primero y no le hará caso al segundo. En resumen, no pueden ustedes servir a Dios y al dinero.

Por eso les digo que no se preocupen por su vida, pensando qué comerán o con qué se vestirán. ¿Acaso no vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Miren las aves del cielo, que ni siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros y, sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿Acaso no valen ustedes más que ellas? ¿Quién de ustedes, a fuerza de preocuparse, puede prolongar su vida siquiera un momento?

¿Y por qué se preocupan del vestido? Miren cómo crecen los lirios del campo, que no trabajan ni hilan. Pues bien, yo les aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vestía como uno de ellos. Y si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy florece y mañana es echada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?

No se inquieten, pues, pensando: ¿Qué comeremos o qué beberemos o con qué nos vestiremos? Los que no conocen a Dios se desviven por todas estas cosas; pero el Padre celestial ya sabe que ustedes tienen necesidad de ellas. Por consiguiente, busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se les darán por añadidura. No se preocupen por el día de mañana, porque el día de mañana traerá ya sus propias preocupaciones. A cada día le bastan sus propios problemas".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, que haces tuyas nuestras ofrendas, que tú mismo nos das para dedicarlas a tu nombre, concédenos que también nos alcancen la recompensa eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN **Cfr. Sal 12, 6**

Cantaré al Señor por el bien que me ha hecho, y entonaré un himno de alabanza al Dios Altísimo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por estos dones de salvación, suplicamos, Señor tu misericordia, para que este sacramento que nos nutre en nuestra vida temporal nos haga partícipes de la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

¿Puede una mujer olvidarse de su niño? (Is 49,14-15)

1ª lectura

Esta bella exclamación forma parte de unos oráculos sobre Sión, la ciudad predilecta del Señor, adonde vendrán de toda la diáspora a habitar en ella. Será un auténtico milagro. Ante las quejas de los que piensan que esto será imposible porque parece que el Señor se ha olvidado de su pueblo, se replica de un modo incontestable.

La imagen de la madre incapaz de olvidar a sus hijos (v. 15) es una de las más bellas y audaces de toda la Biblia para expresar el amor de Dios a su pueblo. Ha sido utilizada con frecuencia en textos ascéticos de todos los tiempos. Y así lo hace también el Beato Juan Pablo II al referirse al amor misericordioso que muestra Dios con los suyos, expresado en hebreo con el término *rahamim*, que denota el amor de la madre (*rehem* significa regazo materno). Dios, como una madre, ha llevado en su seno a la humanidad y especialmente a su pueblo, lo ha dado a luz con dolor, lo ha alimentado y consolado (cfr 42,14; 46,3-4): «Desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la unidad que liga a la madre con el niño, brota una relación particular con él, un amor particular. Se puede decir que este amor es totalmente gratuito, no fruto de mérito, y que desde este aspecto constituye una necesidad interior: es una exigencia del corazón. Es una variante casi femenina de la fidelidad masculina a sí mismo, expresada en el *hesed*. Sobre ese trasfondo psicológico *rahamim* engendra una escala de sentimientos, entre los que están la bondad y la ternura, la paciencia y la comprensión, es decir, la disposición a perdonar. (...) Este amor, fiel e invencible gracias a la misteriosa fuerza de la maternidad, se expresa en los textos veterotestamentarios de diversos modos: ya sea como salvación de los peligros, especialmente de los enemigos, ya sea también como perdón de los pecados respecto de cada

individuo, así como también de todo Israel, y, finalmente, en la prontitud para cumplir la promesa y la esperanza (escatológicas), no obstante la infidelidad humana» (*Dives in misericordia*, nota 52; cfr *Mulieris dignitatem*, n. 8).

Administradores de los misterios de Dios (1 Co 4,1-5)

2ª lectura

Las características de todo apóstol —«ministros de Cristo», «administradores de los misterios de Dios» (v. 1)—, hacen que ese ministerio quede al margen y por encima de rencillas y discusiones banales que tantos problemas estaban provocando en la comunidad de Corinto.

La Iglesia ha aplicado con frecuencia las palabras del v. 1 al sacerdocio cristiano: «El sacerdote es ministro de Cristo: es, pues, el instrumento del que se sirve el Divino Redentor para continuar su obra redentora en toda su mundial universalidad y divina eficacia, para construir aquella obra admirable que transformó el mundo. Más aún: el sacerdote, como justamente suele decirse, es *alter Christus*, otro Cristo, puesto que lo representa en persona (...). El sacerdote ha sido constituido dispensador de los misterios de Dios (cfr 1 Co 4,1), en favor de estos miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, al ser ministro ordinario de casi todos los sacramentos, que son como canales a través de los cuales fluye la gracia del Redentor en beneficio de todos los hombres» (Pío XI, *Ad catholici sacerdotii*, n. 17).

Buscad primero el Reino de Dios y su justicia (Mt 6,24-34)

Evangelio

Jesús acaba de enseñar a dirigirse a Dios como Padre en la oración con el Padrenuestro (cfr Mt 6,9-13). Ahora, estos versículos son una ampliación de la enseñanza sobre la actitud con la que hemos de rezarlo, poniendo la confianza en Dios como Padre mientras vivimos en medio de las realidades corrientes y diarias. Nos recuerdan que Dios no es alguien extraño al mundo en que vivimos: ahora mismo, alimenta a las aves del cielo (v. 26), viste a los lirios del campo con preciosos atuendos (v. 29), etc. *Si viviéramos más confiados en la Providencia divina, seguros —¡con fe recia!— de esta protección diaria que nunca nos falta, cuántas preocupaciones o inquietudes nos ahorraríamos. Desaparecerían tantos desasosiegos que, con frase de Jesús, son propios de los paganos, de los hombres mundanos, de las personas que carecen de sentido sobrenatural. (...) Por la misericordia de Dios, somos hijos de ese Padre Nuestro, todo poderoso, que está en los cielos y a la vez en la intimidad del corazón; (...) tenemos todos los motivos para caminar con optimismo por esta tierra, con el alma bien desasida de esas cosas que parecen*

***imprescindibles, ya que* ¡bien sabe ese Padre vuestro qué necesitáis!, *y Él proveerá* (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 116).**

Después (vv. 33-34), el Señor exhorta a vivir con serenidad cada jornada, eliminando preocupaciones inútiles, y buscando sobre todo el Reino de Dios y su justicia, es decir, poniendo las preocupaciones espirituales por delante de las materiales. «No dijo el Señor que no haya que sembrar, sino que no hay que andar preocupados; no que no haya que trabajar, sino que no hay que ser pusilánimes, ni dejarse abatir por las inquietudes. Sí, nos mandó que nos alimentáramos, pero no que anduviéramos angustiados por el alimento» (S. Juan Crisóstomo, *In Matthaeum* 21,3).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

El amor de las riquezas nos aparta del servicio de Cristo

***Nadie puede servir a dos señores; pues, o bien, aborreciendo a uno, amará al otro; o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro* (Mt 6, 24).**

1. Mirad cómo paso a paso va Cristo apartándonos de las riquezas y todavía prosigue más ampliamente su discurso sobre la pobreza y quiere derribar hasta el suelo la tiranía de la avaricia. Porque no se contentó con lo que antes había dicho, con ser ello tanto y tan grande, sino que añade ahora otras razones más espantosas. ¿Qué cosa, en efecto, de más espanto que lo que ahora se nos dice, a saber, que por las riquezas nos exponemos a dejar el servicio del mismo Cristo? ¿Y qué cosa más apetecible que alcanzar, si las despreciamos, una perfecta amistad y caridad para con Él? Y, en efecto, lo que siempre os estoy diciendo, eso mismo os repetiré ahora, y es que por dos medios incita el Señor a sus oyentes. Por el provecho y por el daño, imitando en ello al hábil médico, que le hace ver al enfermo cómo la inobediencia a sus mandatos le acarrea enfermedad, y la obediencia salud. Mirad, si no, cómo nuevamente nos pone ante los ojos este provecho y cómo nos insinúa la conveniencia de desprendernos de lo que pudiera serle contrario. Porque no os daña sólo la riqueza—parece decirnos—, porque arma a los ladrones contra vosotros; no sólo porque entenebrece de todo en todo vuestra inteligencia, sino también porque os aparta del servicio de Dios y os hace esclavos de las cosas insensibles. De doble manera os perjudica: haciéndoos esclavos de lo que debierais ser señores y apartándoos del servicio de Dios, a quien por encima de todo es menester que sirváis. Lo mismo que anteriormente nos había el Señor indicado un doble daño: primero, poner nuestros tesoros

donde la polilla los destruye, y luego no ponerlos donde la custodia sería inviolable; así nos señala también aquí el doble perjuicio que de la riqueza nos viene: apartarnos de Dios y someternos a Mammón.

"NADIE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES"

Sin embargo, no lo plantea así de pronto, sino que va preparando el camino por medio de razonamientos generales, diciendo: Nadie puede servir a dos señores... Dos se entiende que manden lo contrario uno del otro, pues en otro caso ni siquiera pudieran llamarse dos. *Y es así que la muchedumbre de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma* (*Hch* 4, 32). Las personas eran diversas; pero la concordia había hecho de muchos uno. Luego, explanando su pensamiento, prosigue: No sólo no le servirá, sino que le aborrecerá y se apartará de él: Porque o aborrecerá al uno—dice—y amará al otro, o al uno se adherirá y al otro despreciará. Parece como si aquí hubiera dicho el Señor dos veces la misma cosa. Sin embargo, no sin motivo unió así una y otra parte de su sentencia, sino para mostrarnos lo fácil que es la conversión en mejor. Porque no puedas decir: "Me hice esclavo una vez para siempre, me dominó la tiranía del dinero", Cristo te muestra que la conversión es posible, y como se pasa del amor al odio, así puede pasarse del odio al amor. Una vez, pues, que hubo hablado de modo general, a fin de persuadir a sus oyentes a que fueran jueces imparciales y dieran sus sentencias según la naturaleza de las cosas; cuando ya los creyó de acuerdo consigo, reveló el Señor todo su pensamiento, añadiendo: No podéis servir a Dios y a Mammón. Horroricémonos de lo que hemos hecho decir a Cristo, de haberle obligado a poner a Dios a par del oro. Y, si decirlo es horroroso, mucho más horroroso es que así suceda en la realidad y que prefiramos la tiranía del oro al temor de Dios.

OBJECIÓN: SANTOS DE LA ANTIGUA LEY QUE SIRVIERON A DIOS Y A LA

RIQUEZA

—¿Pues qué? —me dirás—. ¿No fue esto posible entre los antiguos? —De ninguna manera. —Entonces—me replicarás—, ¿cómo alcanzaron tanto honor Abrahán y Job? —¡No me menciones a ricos, sino a esclavos de la riqueza! Cierto que Job fue rico, pero no fue esclavo de Mammón; tenía riquezas, pero las dominaba; era su señor, no su siervo. Tenía cuanto poseía como simple administrador de bienes ajenos, y así no sólo no arrebataba lo ajeno, sino que de lo suyo propio repartía entre los necesitados. Y lo que es más: ni siquiera se alegraba de poseerlas, como él mismo nos lo declara cuando dice: *Si es que me alegré de poseer mucha riqueza* (*Jb* 31, 25). Por eso tampoco sintió dolor al perderlas.

No son así los ricos de ahora, sino que con ánimo más envilecido que un esclavo pagan sus tributos a un duro tirano. El amor del dinero se ha

apoderado de sus almas como de una ciudadela, y desde allí, día a día les dicta sus órdenes, que rebosan de iniquidad y no hay uno que las desobedezca. No caviles, pues, inútilmente. De una vez para siempre afirmó Dios y dijo que no hay manera de componer uno y otro servicio. No digas tú, por ende, que pueden componerse. Porque, siendo así que el uno te manda robar y el otro desprenderte de lo que tienes; el uno ser casto, el otro impúdico; el uno emborracharte y comer opíparamente, el otro reprimir tu vientre; el uno despreciar las cosas, el otro apegarte a lo presente; el uno admirar mármoles y paredes y artesonados y el otro despreciar todo eso y amar la filosofía, ¿qué modo de componenda cabe entre uno y otro señor?

MAMMÓN NO ES VERDADERO SEÑOR

2. Notemos, empero, que, si llamó aquí Cristo "señor" a Mammón, no es porque naturalmente le convenga ese título, sino por la miseria de los que se someten a su yugo. Por manera semejante llama también Pablo "dios" al vientre, no por la dignidad de tal señor, sino por la desgracia de los que le sirven. Lo cual es ya peor que todo castigo y por sí solo, antes de llegar el propio castigo, basta para atormentar al infeliz esclavo suyo. ¿No son, en efecto, más desgraciados que cualesquiera condenados los que, teniendo a Dios por amo, se pasan, como tránsfugas, de su suave imperio a la más dura tiranía, y eso que aun en esta vida ha de seguírseles de ahí tan grave daño? Daño efectivamente inexplicable se sigue de la servidumbre de la riqueza, pleitos, difamaciones, luchas, trabajos, ceguera del alma y, lo que es más grave de todo, pérdida de los bienes del cielo.

CONTRA LA PREOCUPACIÓN DEL COMER Y VESTIR

Una vez, pues, que por todos estos caminos nos ha mostrado el Señor, la conveniencia de despreciar la riqueza —para la guarda de la riqueza misma, para la dicha del alma, para la adquisición de la filosofía y para seguridad de la piedad—, pasa ahora a demostrarnos que es posible aquello mismo a que nos exhorta. Porque éste es señaladamente oficio del buen legislador: no sólo ordenar lo conveniente, sino hacerlo también posible. Por eso prosigue el Señor diciendo: No os preocupéis por vuestra alma, sobre qué comeréis. No quiso que nadie pudiera objetarle: "¡Muy bien! Si todo lo tiramos, ¿cómo podremos vivir?" Contra semejante reparo va ahora el Señor muy oportunamente. Realmente, si desde un principio hubiera dicho: "No os preocupéis", su lenguaje podía haber parecido duro; pero, una vez que ha mostrado el daño que se nos sigue de la avaricia, su exhortación de ahora resulta fácilmente aceptable. De ahí que tampoco dijo simplemente: "No os preocupéis", sino que al mandato añade la causa. En efecto, después de haber dicho: No podéis servir a Dios y a Mammón, añadió: Por eso, yo os digo: No os preocupéis. ¡Por eso! ¿Y qué es eso? El daño inexplicable que de ahí se os seguirá. Porque no

sufriréis daño sólo en las riquezas mismas. El golpe alcanzará al punto más delicado: perderéis la salvación de vuestra alma, pues os aleja del Dios que os ha creado, que os ama y se cuida de vosotros. Por eso os digo: No os preocupéis. Es decir, que, una vez mostrado el daño incalculable, extiende aún más su mandamiento. Porque no sólo nos manda que tiremos lo que tenemos, sino que no nos preocupemos siquiera del necesario sustento: No os preocupéis por vuestra alma, sobre qué comeréis. No porque el alma necesite de alimento, pues es incorpórea, sino que el Señor habla aquí acomodándose al uso común. Pues, si es cierto que ella no necesita de alimento, no lo es menos que no puede permanecer en el cuerpo si éste no es alimentado. Y esto dicho, no se contenta con afirmarlo simplemente, sino que también aquí nos da las razones: unas tomadas de lo que ya nosotros tenemos; otras, de otros ejemplos. Tomando pie de lo que ya tenemos, nos dice: ¿Acaso no es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido? Pues el que os ha dado lo más, ¿no os dará lo menos? El que ha formado vuestra carne, que necesita alimentarse, ¿no os procurará también el alimento? Por eso no dijo simplemente: "No os preocupéis sobre qué comeréis y vestiréis", sino: No os preocupéis por vuestra alma y por vuestro cuerpo, porque de éstos—del alma y del cuerpo—iba Él a tomar sus demostraciones, procediendo por comparación en su razonamiento. Ahora bien, el alma nos la dio una vez para siempre y permanece tal como nos la dio; el cuerpo, empero, admite crecimiento todos los días, A fin, pues, de mostrarnos una y otra cosa: la inmortalidad del alma y la caducidad del cuerpo, prosiguió diciendo: ¿Quién de vosotros puede añadir a su estatura un solo codo? Y aquí calla sobre el alma, como quiera que no admite crecimiento, y sólo nos habla del cuerpo, declarando por lo uno también lo otro, a saber: que no es el alimento el que le hace crecer, sino la providencia de Dios. Lo mismo que declara también Pablo por otro ejemplo: *Ni el que planta ni el que riega es nada, sino Dios, que da el crecimiento* (1 Co 3, 7).

EL EJEMPLO DE LAS AVES DEL CIELO

De este modo, pues, nos exhortó el Señor por las cosas que ya tenemos; por ejemplos ajenos a nosotros, nos dice: Mirad las aves del cielo. Porque nadie le objetara que es útil andar preocupados, nos disuade de ello por un ejemplo mayor y por otro menor. El mayor lo toma de nuestro cuerpo y de nuestra alma; el menor, de las aves del cielo. Porque, si tanta cuenta tiene Dios—nos dice—de tan pobres animalillos, ¿cómo no la tendrá con nosotros? Así habló entonces a los judíos, que eran una gran muchedumbre popular, pero no así al diablo cuando le tentó. ¿Pues cómo? *No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4, 4). Más aquí mienta a las aves del cielo con muy viva comparación; lo que es muy eficaz manera de exhortación. Sin embargo, ha habido impíos que han llegado a tanta necedad como la de poner tacha

a esta comparación. Porque quien quería—dicen ellos preparar a templar para la lucha a una voluntad libre, no debía aducir para ello ejemplos de ventajas de la naturaleza. Porque vivir las aves sin necesidad ni trabajo, de la naturaleza les viene.

PODEMOS LOGRAR POR NUESTRO ESFUERZO LO QUE TIENEN LAS AVES POR NATURALEZA

3. ¿Qué podemos responderles a eso? Pues que ese vivir sin cuidados, que a las aves les viene de la naturaleza, nosotros podemos conseguirlo por nuestra libre voluntad. Porque no dijo el Señor: "Mirad cómo vuelan las aves del cielo", pues eso es imposible para el hombre, sino: "Mirad cómo se alimentan sin preocupaciones". Lo cual, si queremos, también nosotros podemos conseguirlo fácilmente, como le han demostrado aquellos que de hecho lo lograron. Y aquí hay señaladamente que admirar la sabiduría del legislador, que, teniendo a mano ejemplo de hombres, y pudiendo citar a un Elías, a un Moisés, a un Juan y tantos otros que vivieron sin preocupaciones de comida y vestido, menciona a los animales a fin de causarles mayor impresión. De haber nombrado a aquellos grandes santos, pudieran haberle replicado: "Todavía no hemos llegado a tanto como ellos". En cambio, pasando en silencio a éstos y poniéndoles delante el ejemplo de las avecillas del cielo, les cortó toda posible excusa. Por lo demás, también aquí sigue Cristo el estilo de la antigua Ley, pues también el Antiguo Testamento nos remite a la abeja, a la hormiga, a la tórtola y a la golondrina. Y no es para nosotros pequeño honor que logremos por esfuerzo de nuestra voluntad lo que estos animales tienen de la naturaleza. En conclusión, si de lo que fue criado por amor nuestro tiene Dios tanta providencia, mucho mayor la tendrá de nosotros mismos; si así cuida de los criados, mucho más cuidará del señor. De ahí la palabra de Cristo: Mirad a las aves del cielo. Y no dijo: "Mirad que no dan a interés ni trafican con dinero". No, eso pertenece a lo vedado; sino: Que no siembran ni siegan.

NO SE NOS PROHIBE EL TRABAJO, SINO LA PREOCUPACIÓN

—Entonces—me replicas—, ¿es que no hay que sembrar? —No dijo el Señor que no hay que sembrar, sino que no hay que andar preocupados; no que no haya que trabajar, sino que no hay que ser pusilánimes ni dejarse abatir por las inquietudes. Sí, nos mandó que nos alimentáramos, pero no que anduviéramos angustiados por el alimento. David mismo se anticipó de antiguo a esta doctrina, cuando misteriosamente nos dijo: *Abres tú tu mano y llenas de tu bendición a todo viviente* (Sal 145, 16). Y otra vez: *El que da a las bestias su alimento, y a los polluelos de los grajos que le invocan* (Sal 147, 9).

—¿Y quiénes fueron—me dirás—los que vivieron sin preocupación de comer y vestir? —¿No has oído los muchos santos que antes te he citado? ¿No ves, entre ellos, a Jacob cómo sale de la casa paterna desnudo de todo?

¿No le oyes cómo ora diciendo: *Si el Señor me diere pan para comer y vestido para vestirme*? (Gn 28, 20). Lo que no quiere decir que estuviera preocupado, sino que lo esperaba todo de Dios. Lo mismo hicieron los apóstoles, que, después que lo abandonaron todo, vivieron sin preocupación ninguna; lo mismo aquellos cinco mil y los otros tres mil primeros convertidos.

Mas, si ni aun oyendo tan grandes ejemplos te decides a romper esas pesadas cadenas de tus inquietudes, rómpelas por lo menos considerando la necedad que con ello cometes, Porque ¿quién de vosotros—dice el Señor—puede a fuerza de preocupación añadir a su estatura un solo codo? Mirad cómo explica el Señor lo oscuro por lo claro. A la manera—nos viene a decir—como no podéis añadir a vuestro cuerpo, a fuerza de preocupación, la más mínima porción, así tampoco podéis reunir alimento, aunque vosotros lo penséis así. De donde resulta evidente que no es nuestro afán, sino la providencia de Dios, la que lo hace todo aun en aquellas cosas que aparentemente realizamos nosotros. Así, si Él nos abandona, ni nuestra inquietud, ni nuestra preocupación, ni nuestro trabajo, ni cosa semejante servirán para nada, sino que todo se perderá irremediablemente.

LOS MANDAMIENTOS O CONSEJOS EVANGÉLICOS NO SON IMPOSIBLES

4. No pensemos, por ende, que es imposible lo que se nos manda, pues hay muchos que aun hoy día lo están llevando a la práctica. Que tú no los conozcas, nada tiene de extraño, También Elías creía hallarse solo, y hubo de oír de boca de Dios: *Me he reservado para mí no menos de siete mil varones* (1 Re 19, 18). De donde resulta evidente que también ahora hay muchos que llevan vida apostólica, como antaño aquellos cinco mil y tres mil primitivos creyentes, Y, si no lo creemos, no es que no haya quienes la practican, sino que nosotros distamos mucho de ella. Un borracho no es fácil que crea haya un solo hombre que no prueba ni el agua. Y, sin embargo, esa hazaña la han llevado a cabo muchos monjes en nuestros mismos días. El que vive torpemente entre mil mujeres, jamás creerá que es fácil guardar virginidad; ni el que arrebata lo ajeno, que hay quien a manos llenas da de lo suyo propio. Por semejante manera, los que están diariamente abrumados de infinitas preocupaciones, no es fácil se persuadan haya quien viva sin ellas. Ahora bien, que hay muchos que lo han llevado a cabo, posible me fuera de-mostrarlo por los mismos que, en nuestro propio tiempo, profesan esa filosofía. Por ahora, sin embargo, basta con que aprendáis a no ser avaros, y que es buena la limosna, y que tenéis obligación de dar de lo que tenéis. Si esto hacéis, carísimos míos, pronto llegaréis también a lo otro.

EMPECEMOS POR LO MENOS PARA LLEGAR A LO MÁS

De momento, pues, desechemos el lujo superfluo, suframos la moderación y aprendamos a adquirir nuestros bienes por el justo trabajo. También el bienaventurado Juan, cuando hablaba con los alcabaleros y soldados, les aconsejaba que se contentaran con sus sueldos. Quería él ciertamente llevarlos a más alta filosofía; pero, como todavía no estaban preparados para ello, se contentaba con hablarles de lo menos. De haberles hablado de lo más alto, a esto no hubieran prestado atención, y lo otro lo hubieran también perdido. Por la misma razón, nosotros tratamos de ejercitaros también en lo más sencillo. Por ahora, sabemos muy bien que la carga de la voluntaria pobreza es demasiado pesada para vuestros hombros, y que cuanto dista el cielo de la tierra, así dista de vosotros esa filosofía. Cumplamos, pues, siquiera los mandamientos menores, y no será ello pequeño consuelo para nosotros. A la verdad, aun entre paganos, no faltaron quienes abrazaron la pobreza—aunque no lo hicieron con la debida intención—y se desprendieron de cuanto poseían. Sin embargo, con vosotros, nosotros nos contentamos con que deis limosna generosamente. Dado este primer paso hacia adelante, pronto llegaremos a aquella otra perfección. Pero, si ni esto hacemos, ¿qué excusa tendremos nosotros, que, teniendo mandato de sobrepujar a los santos del Antiguo Testamento, nos quedamos a la zaga de los mismos filósofos paganos? ¿Qué podemos alegar cuando, debiendo ser ángeles e hijos de Dios, no conservamos ni el ser de hombres? La rapiña y la avaricia, en efecto, no dicen con la mansedumbre de los hombres, sino con la ferocidad de las fieras; o, por mejor decir, peores que fieras son los que codician lo ajeno, pues a las fieras, al cabo, la rapacidad les viene de la naturaleza; mas nosotros, honrados por la razón, ¿qué excusa tendremos, si nos abatimos a la vileza de una bestia?

EXHORTACIÓN FINAL: LLEGUEMOS SIQUIERA AL MEDIO

Consideremos, pues, la meta de la filosofía que se nos propone y lleguemos siquiera al medio. Así nos libraremos del castigo venidero y, avanzando en el camino, alcanzaremos la cumbre de los bienes; bienes que a todos os deseo, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

***Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (I), Homilía 21-22*, BAC Madrid 1955.**

FRANCISCO – Ángelus 2014 y Homilías en Santa Marta

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2014

En un corazón poseído por las riquezas, no hay mucho sitio para la fe

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el centro de la liturgia de este domingo encontramos una de las verdades más consoladoras: la divina Providencia. El profeta Isaías la presenta con la imagen del amor materno lleno de ternura, y dice así: «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (49, 15). ¡Qué hermoso es esto! Dios no se olvida de nosotros, de cada uno de nosotros. De cada uno de nosotros con nombre y apellido. Nos ama y no se olvida. Qué buen pensamiento... Esta invitación a la confianza en Dios encuentra un paralelo en la página del Evangelio de Mateo: «Mirad los pájaros del cielo —dice Jesús—: no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta... Fijaos cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos» (*Mt* 6, 26.28-29).

Pero pensando en tantas personas que viven en condiciones precarias, o totalmente en la miseria que ofende su dignidad, estas palabras de Jesús podrían parecer abstractas, si no ilusorias. Pero en realidad son más que nunca actuales. Nos recuerdan que no se puede servir a dos señores: Dios y la riqueza. Si cada uno busca acumular para sí, no habrá jamás justicia. Debemos escuchar bien esto. Si cada uno busca acumular para sí, no habrá jamás justicia. Si, en cambio, confiando en la providencia de Dios, buscamos juntos su Reino, entonces a nadie faltará lo necesario para vivir dignamente.

Un corazón ocupado por el afán de poseer es un corazón lleno de este anhelo de poseer, pero vacío de Dios. Por ello Jesús advirtió en más de una ocasión a los ricos, porque es grande su riesgo de poner su propia seguridad en los bienes de este mundo, y la seguridad, la seguridad definitiva, está en Dios. En un corazón poseído por las riquezas, no hay mucho sitio para la fe: todo está ocupado por las riquezas, no hay sitio para la fe. Si, en cambio, se deja a Dios el sitio que le corresponde, es decir, el primero, entonces su amor conduce a compartir también las riquezas, a ponerlas al servicio de proyectos de solidaridad y de desarrollo, como demuestran tantos ejemplos, incluso recientes, en la historia de la Iglesia. Y así la Providencia de Dios pasa a través de nuestro servicio a los demás, nuestro compartir con los demás. Si cada uno de nosotros no acumula riquezas sólo para sí, sino que las pone al servicio de los demás, en este caso la Providencia de Dios se hace visible en este gesto de solidaridad. Si, en cambio, alguien acumula sólo para sí, ¿qué sucederá cuando sea llamado por Dios? No podrá llevar las riquezas consigo, porque —lo sabéis— el sudario no tiene bolsillos. Es mejor compartir, porque al cielo llevamos sólo lo que hemos compartido con los demás.

La senda que indica Jesús puede parecer poco realista respecto a la mentalidad común y a los problemas de la crisis económica; pero, si se

piensa bien, nos conduce a la justa escala de valores. Él dice: «¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido?» (*Mt* 6, 25). Para hacer que a nadie le falte el pan, el agua, el vestido, la casa, el trabajo, la salud, es necesario que todos nos reconozcamos hijos del Padre que está en el cielo y, por lo tanto, hermanos entre nosotros, y nos comportemos en consecuencia. Esto lo recordaba en el Mensaje para la paz del 1 de enero: el camino para la paz es la fraternidad: este ir juntos, compartir las cosas juntos.

A la luz de la Palabra de Dios de este domingo, invoquemos a la Virgen María como Madre de la divina Providencia. A ella confiamos nuestra existencia, el camino de la Iglesia y de la humanidad. En especial, invoquemos su intercesión para que todos nos esforcemos por vivir con un estilo sencillo y sobrio, con la mirada atenta a las necesidades de los hermanos más carecientes.

***

El poder del dinero

20 de septiembre de 2013

Hay que cuidarse de ceder a la tentación de idolatrar el dinero. Significaría debilitar nuestra fe y correr así el riesgo de habituarse al engaño de deseos insensatos y perjudiciales, tales que lleven al hombre al punto de ahogarse en la ruina y en la perdición. De este peligro puso en guardia el Papa Francisco durante la homilía de la misa que celebró en la mañana del viernes, 20 de septiembre, en la capilla de Santa Marta.

"Jesús –dijo el Santo Padre– nos había dicho claramente, y también definitivamente, que no se puede servir a dos señores: no se puede servir a Dios y al dinero. Hay algo entre ambos que no funciona. Hay algo en la actitud de amor hacia el dinero que nos aleja de Dios". Y citando la primera carta de san Pablo a Timoteo (1Tm 6, 2-12), el Papa dijo: "Los que quieren enriquecerse sucumben a la tentación del engaño de muchos deseos absurdos y nocivos que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición".

De hecho la avidez "es la raíz de todos los males. Y algunos, arrastrados por este deseo, se han apartado de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos. Es tanto el poder del dinero que hace que te desvíes de la fe pura. Te quita la fe, la debilita y la pierdes". Y, siguiendo la carta paulina, observó que el apóstol afirma que "si alguno enseña otra doctrina y no se aviene a las palabras sanas de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad, es un orgulloso y un ignorante, que padece la enfermedad de plantear cuestiones y discusiones sobre palabras".

Pero san Pablo va más allá y, como notó el Pontífice, escribe que es precisamente de ahí de donde "salen envidias, polémicas, malévolas

suspicacias, altercados de hombres corrompidos en la mente y privados de la verdad, que piensan que la piedad es un medio de lucro".

El Obispo de Roma se refirió después a cuantos dicen ser católicos porque van a misa, a quienes entienden su ser católicos como un estatus y que "por debajo hacen sus negocios". Al respecto el Papa recuerda que Pablo usa un término particular, que "hallamos tan, tan frecuentemente en los periódicos: ¡hombres corrompidos en la mente! El dinero corrompe. No hay vía de escape. Si eliges este camino del dinero al final serás un corrupto. El dinero tiene esta seducción de llevarte, de hacerte deslizar lentamente en tu perdición. Y por esto Jesús es tan decidido: no puedes servir a Dios y al dinero, no se puede: o el uno o el otro. Y esto no es comunismo, esto es Evangelio puro. Estas cosas son palabra de Jesús".

"¿Pero entonces qué pasa con el dinero? El dinero te ofrece un cierto bienestar: te va bien, te sientes un poco importante y después sobreviene la vanidad. Lo hemos leído en el Salmo (Sal 49 Vg 48): te viene esta vanidad. Esta vanidad que no sirve, pero te sientes una persona importante". Vanidad, orgullo, riqueza: es de lo que presumen los hombres descritos en el salmo: los que "confían en su opulencia y se jactan de sus inmensas riquezas". ¿Entonces cuál es la verdad? La verdad es que "nadie puede rescatarse a sí mismo, ni pagar a Dios su propio precio. Demasiado caro sería el rescate de una vida. Nadie puede salvarse con el dinero", aunque es fuerte la tentación de perseguir "la riqueza para sentirse suficientes, la vanidad para sentirse importante y, al final, el orgullo y la soberbia".

El Papa introdujo después el pecado ligado a la codicia del dinero, con todo lo que se deriva, en el primero de los diez mandamientos: se peca de "idolatría", dijo: "El dinero se convierte en ídolo y tú le das culto. Y por esto Jesús nos dice: no puedes servir al ídolo dinero y al Dios viviente. O el uno o el otro". Los primeros Padres de la Iglesia "decían una palabra fuerte: el dinero es el estiércol del diablo. Es así, porque nos hace idólatras y enferma nuestra mente con el orgullo y nos hace maniáticos de cuestiones ociosas y te aleja de la fe. Corrompe". El apóstol Pablo nos dice en cambio que tendamos a la justicia, a la piedad, a la fe, a la caridad, a la paciencia. Contra la vanidad, contra el orgullo "se necesita mansedumbre". Es más, "éste es el camino de Dios, no el del poder idolátrico que puede darte el dinero. Es el camino de la humildad de Cristo Jesús que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos precisamente con su pobreza. Este es el camino para servir a Dios. Y que el Señor nos ayude a todos nosotros a no caer en la trampa de la idolatría del dinero".

***

El dinero sirve, la codicia mata

22 de octubre de 2013

El dinero sirve para realizar muchas obras buenas, para hacer progresar a la humanidad, pero cuando se transforma en la única razón de vida, destruye al hombre y sus vínculos con el mundo exterior. Es ésta la enseñanza que el Papa Francisco sacó del pasaje litúrgico del Evangelio de Lucas (12, 13-21) durante la misa celebrada el lunes 21 de octubre por la mañana en Santa Marta.

Al inicio de su homilía el Santo Padre recordó la figura del hombre que pide a Jesús que intime a su propio hermano para que comparta con él la herencia. Para el Pontífice, de hecho, el Señor nos habla a través de este personaje "de nuestra relación con las riquezas y con el dinero". Un tema que no es sólo de hace dos mil años, sino que se representa todavía hoy, todos los días. "Cuántas familias destruidas hemos visto por problemas de dinero: ¡hermano contra hermano; padre contra hijos!". Porque la primera consecuencia del apego al dinero es la destrucción del individuo y de quien le está cerca. "Cuando una persona está apegada al dinero se destruye a sí misma, destruye a la familia".

Cierto, el dinero no hay que demonizarlo en sentido absoluto. "El dinero sirve para llevar adelante muchas cosas buenas, muchos trabajos, para desarrollar la humanidad". Lo que hay que condenar, en cambio, es su uso distorsionado. Al respecto el Pontífice repitió las mismas palabras pronunciadas por Jesús en la parábola del "hombre rico" contenida en el Evangelio: "El que atesora para sí, no es rico ante Dios". De aquí la advertencia: "Guardaos de toda clase de codicia". Es ésta en efecto "la que hace daño en relación con el dinero"; es la tensión constante a tener cada vez más que "lleva a la idolatría" del dinero y acaba con destruir "la relación con los demás". Porque la codicia hace enfermar al hombre, conduciéndole al interior de un círculo vicioso en el que cada pensamiento está "en función del dinero".

Por lo demás, la característica más peligrosa de la codicia es precisamente la de ser "un instrumento de idolatría; porque va por el camino contrario" del trazado por Dios para los hombres. Y al respecto el Santo Padre citó a san Pablo, quien recuerda "que Jesús, que era rico, se hizo pobre para enriquecernos a nosotros". Así que hay un "camino de Dios", el "de la humildad, abajarse para servir", y un recorrido que va en la dirección opuesta, adonde conduce la codicia y la idolatría: "Tú que eres un pobre hombre, te haces dios por la vanidad".

Por este motivo "Jesús dice cosas tan duras y fuertes contra el apego al dinero": por ejemplo, cuando recuerda "que no se puede servir a dos señores: o a Dios o al dinero"; o cuando exhorta "a no preocuparnos, porque el Señor sabe de qué tenemos necesidad"; o también cuando "nos lleva al abandono confiado hacia el Padre, que hace florecer los lirios del campo y da de comer a los pájaros del cielo".

La actitud en clara antítesis a esta confianza en la misericordia divina es precisamente la del protagonista de la parábola evangélica, quien no conseguía pensar en otra cosa más que en la abundancia del trigo recogido en los campos y en los bienes acumulados. Interrogándose sobre qué hacer con ello, "podía decir: daré esto a otro para ayudarle". En cambio "la codicia le llevó a decir: construiré otros graneros y los llenaré. Cada vez más". Un comportamiento que, según el Papa, cela la ambición de alcanzar una especie de divinidad, "casi una divinidad idolátrica", como testimonian los pensamientos mismos del hombre: "Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente".

Pero es precisamente entonces cuando Dios le reconduce a su realidad de criatura, poniéndole en guardia con la frase: "Necio, esta noche te van a reclamar el alma". Porque "este camino contrario al camino de Dios es una necedad, lleva lejos de la vida. Destruye toda fraternidad humana". Mientras que el Señor nos muestra el verdadero camino. Que "no es el camino de la pobreza por la pobreza"; al contrario, "es el camino de la pobreza como instrumento, para que Dios sea Dios, para que Él sea el único Señor, no el ídolo de oro". En efecto, "todos los bienes que tenemos, el Señor nos los da para hacer marchar adelante el mundo, para que vaya adelante la humanidad, para ayudar a los demás".

De ahí el deseo de que "permanezca hoy en nuestro corazón la palabra del Señor", con su invitación a mantenerse lejos de la codicia, porque, "aunque uno esté en la abundancia, su vida no depende de lo que posee".

BENEDICTO XVI – Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Con los pies en la tierra y el corazón en el cielo

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de hoy se hace eco de una de las palabras más impactantes de la Sagrada Escritura. El Espíritu Santo nos la ha dado a través de la pluma del llamado "segundo Isaías", el cual, para consolar a Jerusalén, afligida por desventuras, dice así: "¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré!" (*Isaías* 49,15). Esta invitación a la confianza en el indefectible amor de Dios es presentada junto al pasaje, igualmente sugerente, del evangelio de Mateo, en el que Jesús exhorta a sus discípulos a confiar en la providencia del Padre celestial, quien da de comer a los pájaros del cielo y viste a los lirios del campo, y conoce todas nuestras necesidades (Cf. 6,24-34). Así dice el Maestro: "No os inquietéis entonces,

diciendo: '¿Qué comeremos, qué beberemos, o con qué nos vestiremos?'. Son los paganos los que van detrás de estas cosas. El Padre que está en el cielo sabe bien que las necesitáis".

Ante la situación de tantas personas, cercanas o alejadas, que viven en la miseria, estas palabras de Jesús podrían parecer poco realistas, o más bien evasivas. En realidad, el Señor quiere dar a entender con claridad que no es posible servir a dos señores: Dios y la riqueza. Quien cree en Dios, Padre lleno de amor por sus hijos, pone en primer lugar la búsqueda de su Reino, de su voluntad. Es todo lo contrario del fatalismo o el ingenuo irenismo. La fe en la Providencia, de hecho, no exime de la cansada lucha por una vida digna, sino que libera de la preocupación por las cosas y del miedo del mañana. Está claro que esta enseñanza de Jesús, si bien sigue manteniendo su verdad y validez para todos, es practicada de maneras diferentes según las diferentes vocaciones: un fraile franciscano podrá seguirla de manera más radical, mientras que un padre de familia deberá tener en cuenta sus deberes hacia su esposa e hijos. En todo caso, el cristiano se distingue por su absoluta confianza en el Padre celestial, como Jesús. Precisamente la relación con Dios Padre da sentido a toda la vida de Cristo, a sus palabras, a sus gestos de salvación, hasta su pasión muerte y resurrección. Jesús nos ha demostrado qué significa vivir con los pies bien plantados en la tierra, atentos a las situaciones concretas del prójimo, y, al mismo tiempo, teniendo el corazón en el Cielo, sumergido en la misericordia de Dios.

Queridos amigos, a la luz de la Palabra de Dios de este domingo, os invito a invocar a la Virgen María con el título de Madre de la divina Providencia. A ella le encomendamos nuestra vida, el camino de la Iglesia, las vicisitudes de la historia. En particular, invocamos su intercesión para que todos aprendan a vivir siguiendo un estilo más sencillo y sobrio en la vida cotidiana y en el respeto de la creación, que Dios ha encomendado a nuestra custodia.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Divina Providencia y su papel en la historia

302 La creación tiene su bondad y su perfección propias, pero no salió plenamente acabada de las manos del Creador. Fue creada "en estado de vía" (*in statu viae*) hacia una perfección última todavía por alcanzar, a la

que Dios la destinó. Llamamos divina providencia a las disposiciones por las que Dios conduce la obra de su creación hacia esta perfección:

«Dios guarda y gobierna por su providencia todo lo que creó, "alcanzando con fuerza de un extremo al otro del mundo y disponiéndolo todo suavemente" (Sb 8, 1). Porque "todo está desnudo y patente a sus ojos" (Hb 4, 13), incluso cuando haya de suceder por libre decisión de las criaturas» (Concilio Vaticano I: DS, 3003).

303 El testimonio de la Escritura es unánime: la solicitud de la divina providencia es concreta e inmediata; tiene cuidado de todo, de las cosas más pequeñas hasta los grandes acontecimientos del mundo y de la historia. Las sagradas Escrituras afirman con fuerza la soberanía absoluta de Dios en el curso de los acontecimientos: "Nuestro Dios en los cielos y en la tierra, todo cuanto le place lo realiza" (*Sal* 115, 3); y de Cristo se dice: "Si Él abre, nadie puede cerrar; si Él cierra, nadie puede abrir" (*Ap* 3, 7); "hay muchos proyectos en el corazón del hombre, pero sólo el plan de Dios se realiza" (*Pr* 19, 21).

304 Así vemos al Espíritu Santo, autor principal de la sagrada Escritura, atribuir con frecuencia a Dios acciones sin mencionar causas segundas. Esto no es "una manera de hablar" primitiva, sino un modo profundo de recordar la primacía de Dios y su señorío absoluto sobre la historia y el mundo (cf *Is* 10,5-15; 45,5-7; *Dt* 32,39; *Si* 11,14) y de educar así para la confianza en Él. La oración de los salmos es la gran escuela de esta confianza (cf *Sal* 22; 32; 35; 103; 138).

305 Jesús pide un abandono filial en la providencia del Padre celestial que cuida de las más pequeñas necesidades de sus hijos: "No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer? ¿qué vamos a beber? [...] Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura" (*Mt* 6, 31-33; cf *Mt* 10, 29-31).

La providencia y las causas segundas

306 Dios es el Señor soberano de su designio. Pero para su realización se sirve también del concurso de las criaturas. Esto no es un signo de debilidad, sino de la grandeza y bondad de Dios todopoderoso. Porque Dios no da solamente a sus criaturas la existencia, les da también la dignidad de actuar por sí mismas, de ser causas y principios unas de otras y de cooperar así a la realización de su designio.

307 Dios concede a los hombres incluso poder participar libremente en su providencia confiándoles la responsabilidad de "someter" la tierra y dominarla (cf *Gn* 1, 26-28). Dios da así a los hombres el ser causas inteligentes y libres para completar la obra de la Creación, para perfeccionar su armonía para su bien y el de sus prójimos. Los hombres, cooperadores a menudo inconscientes de la voluntad divina, pueden

entrar libremente en el plan divino no sólo por sus acciones y sus oraciones, sino también por sus sufrimientos (cf *Col* 1, 24). Entonces llegan a ser plenamente "colaboradores [...] de Dios" (*1 Co* 3, 9; *1 Ts* 3, 2) y de su Reino (cf *Col* 4, 11).

308 Es una verdad inseparable de la fe en Dios Creador: Dios actúa en las obras de sus criaturas. Es la causa primera que opera en y por las causas segundas: "Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece" (*Flp* 2, 13; cf *1 Co* 12, 6). Esta verdad, lejos de disminuir la dignidad de la criatura, la realza. Sacada de la nada por el poder, la sabiduría y la bondad de Dios, no puede nada si está separada de su origen, porque "sin el Creador la criatura se diluye" (GS 36, 3); menos aún puede ella alcanzar su fin último sin la ayuda de la gracia (cf *Mt* 19, 26; *Jn* 15, 5; *Flp* 4, 13).

La providencia y el escándalo del mal

309 Si Dios Padre todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal? A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. *No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal.*

310 Pero ¿por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal? En su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor (cf santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, 1, q. 25, a. 6). Sin embargo, en su sabiduría y bondad infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo "en estado de vía" hacia su perfección última. Este devenir trae consigo en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también *el mal físico*, mientras la creación no haya alcanzado su perfección (cf Santo Tomás de Aquino, *Summa contra gentiles*, 3, 71).

311 Los ángeles y los hombres, criaturas inteligentes y libres, deben caminar hacia su destino último por elección libre y amor de preferencia. Por ello pueden desviarse. De hecho pecaron. Y fue así como *el mal moral* entró en el mundo, incomparablemente más grave que el mal físico. Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal

moral, (cf San Agustín, *De libero arbitrio*, 1, 1, 1: PL 32, 1221-1223; Santo Tomás de Aquino, *S. Th.* 1-2, Q. 79, a. 1). Sin embargo, lo permite, respetando la libertad de su criatura, y, misteriosamente, sabe sacar de él el bien:

«Porque el Dios todopoderoso [...] por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si Él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal» (San Agustín, Enchiridion de fide, spe et caritate, 11, 3).

312 Así, con el tiempo, se puede descubrir que Dios, en su providencia todopoderosa, puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, incluso moral, causado por sus criaturas: "No fuisteis vosotros, dice José a sus hermanos, los que me enviasteis acá, sino Dios [...] aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir [...] un pueblo numeroso" (*Gn* 45, 8;50, 20; cf *Tb* 2, 12-18 vulg.). Del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los hombres, Dios, por la superabundancia de su gracia (cf *Rm* 5, 20), sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra Redención. Sin embargo, no por esto el mal se convierte en un bien.

313 "En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (*Rm* 8, 28). El testimonio de los santos no cesa de confirmar esta verdad:

Así santa Catalina de Siena dice a "los que se escandalizan y se rebelan por lo que les sucede": "Todo procede del amor, todo está ordenado a la salvación del hombre, Dios no hace nada que no sea con este fin" (Dialoghi, 4, 138).

Y santo Tomás Moro, poco antes de su martirio, consuela a su hija: "Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor" (Carta de prisión; cf. Liturgia de las Horas, III, Oficio de lectura 22 junio).

Y Juliana de Norwich: "Yo comprendí, pues, por la gracia de Dios, que era preciso mantenerme firmemente en la fe [...] y creer con no menos firmeza que todas las cosas serán para bien [...] Tú misma verás que todas las cosas serán para bien" ("Thou shalt see thyself that all manner of thing shall be well" (Revelation 13, 32).

314 Creemos firmemente que Dios es el Señor del mundo y de la historia. Pero los caminos de su providencia nos son con frecuencia desconocidos. Sólo al final, cuando tenga fin nuestro conocimiento parcial, cuando veamos a Dios "cara a cara" (*1 Co* 13, 12), nos serán plenamente conocidos los caminos por los cuales, incluso a través de los dramas del mal y del pecado, Dios habrá conducido su creación hasta el reposo de ese *Sabbat* (cf *Gn* 2, 2) definitivo, en vista del cual creó el cielo y la tierra.

La idolatría altera los valores; creer en la Providencia en vez de en la adivinación

2113 La idolatría no se refiere sólo a los cultos falsos del paganismo. Es una tentación constante de la fe. Consiste en divinizar lo que no es Dios. Hay idolatría desde el momento en que el hombre honra y reverencia a una criatura en lugar de Dios. Trátese de dioses o de demonios (por ejemplo, el satanismo), de poder, de placer, de la raza, de los antepasados, del Estado, del dinero, etc. "No podéis servir a Dios y al dinero", dice Jesús (*Mt* 6, 24). Numerosos mártires han muerto por no adorar a "la Bestia" (cf *Ap* 13-14), negándose incluso a simular su culto. La idolatría rechaza el único Señorío de Dios; es, por tanto, incompatible con la comunión divina (cf *Gál* 5, 20; *Ef* 5, 5).

2114 La vida humana se unifica en la adoración del Dios Único. El mandamiento de adorar al único Señor da unidad al hombre y lo salva de una dispersión infinita. La idolatría es una perversión del sentido religioso innato en el hombre. El idólatra es el que "aplica a cualquier cosa, en lugar de a Dios, la indestructible noción de Dios" (Orígenes, *Contra Celsum,* 2, 40).

Adivinación y magia

2115 Dios puede revelar el porvenir a sus profetas o a otros santos. Sin embargo, la actitud cristiana justa consiste en entregarse con confianza en las manos de la providencia en lo que se refiere al futuro y en abandonar toda curiosidad malsana al respecto. Sin embargo, la imprevisión puede constituir una falta de responsabilidad.

Oración de los fieles, peticiones para la llegada del Reino

2632 La petición cristiana está centrada en el deseo y en la *búsqueda del Reino* que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús (cf *Mt* 6, 10. 33; *Lc* 11, 2. 13). Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino, a continuación, lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida. Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo, que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad apostólica (cf *Hch* 6, 6; 13, 3). Es la oración de Pablo, el apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana (cf *Rm* 10, 1; *Ef* 1, 16-23; *Flp* 1, 9-11; *Col* 1, 3-6; 4, 3-4. 12). Al orar, todo bautizado trabaja en la Venida del Reino.

Creer en la Providencia no significa estar ocioso

2830 "*Nuestro pan*". El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales. En el Sermón de la Montaña, Jesús insiste en esta confianza filial que coopera con la Providencia de nuestro Padre (cf *Mt* 6, 25-34). No nos impone ninguna pasividad (cf *2 Ts* 3, 6-13) sino que quiere librarnos

de toda inquietud agobiante y de toda preocupación. Así es el abandono filial de los hijos de Dios:

«A los que buscan el Reino y la justicia de Dios, Él les promete darles todo por añadidura. Todo en efecto pertenece a Dios: al que posee a Dios, nada le falta, si él mismo no falta a Dios» (San Cipriano de Cartago, De dominica Oratione, 21).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Mirad a los pájaros del cielo

Volvamos a escuchar, ante todo, algunas ocurrencias del fragmento evangélico de este Domingo, que es todo un poema en sí mismo:

«Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos como crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues, si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados, pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los gentiles se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso».

Digamos la verdad: ¿quién tiene aún la valentía de proponer este fragmento evangélico o incluso sólo citarlo? Desde hace algún tiempo, tácitamente se ha ocultado, como si la página, que lo contiene hubiese sido pegada a la precedente y ya nadie pudiese leerla más. El motivo es éste. ¿Cómo se hace para poder repetir que no hemos de preocuparnos de la comida y del vestido cuando en torno a nosotros hay millones y millones de personas, a las que les falta totalmente la comida y el vestido? Esta página del Evangelio, ¿no está cruelmente desmentida por los hechos y por ello hay que silenciarla?

La crítica marxista ha partido desde ella para demostrar su tesis de irrelevancia y de peligrosidad del cristianismo en el plano social. Hasta no hace mucho tiempo, la palabra «cristianismo» en las enciclopedias y en otros grandes medios de difusión de la cultura marxista de la Unión soviética era tratada a la luz de la tesis de Karl Kautscky, quien por vez primera, en 1910, había estudiado como histórica la relación entre el cristianismo de los orígenes y el problema social. Para él el cristianismo

persiguió en su origen a un comunismo de los medios de consumo, esto es, a un comunismo de distribución de bienes, sin ofrecernos ni siquiera mínimamente una idea sobre qué es lo que debiera producir la riqueza a distribuir y a consumir. Citando nuestro texto evangélico, habla de parasitismo religioso: «¡No os preocupéis de la comida y del vestido, puesto que habrá siempre otros que trabajen por vosotros!».

Kautschy ha contribuido a cambiar radicalmente el planteamiento del marxismo naciente frente al cristianismo. La tesis predominante antes que él, que llegaba hasta el compañero de Marx, Friederick Engels, era más bien la de una sustancial afinidad entre el nacimiento del cristianismo y el nacimiento del movimiento proletario moderno. Ambos movimientos desde su base, desde los oprimidos, eran ambos perseguidos y ambos votados para la victoria [mal. La victoria del cristianismo le parecía más bien a Engels como garantía de victoria segura para la naciente revolución proletaria. Para él, el movimiento nacido por la predicación de Jesús, no era más que una forma del comunismo *ante litteram* ingenuo y no científico.

¿Qué haremos frente a esta doble objeción, teórica y práctica, que sufre nuestra página del Evangelio? ¿Continuaremos dejándola aparte, preocupándonos bien de enseñarla a la gente y teniendo como modelos a los pájaros del cielo y a los lirios del campo? Debo confesar que en parte yo mismo he cedido ante esta tentación; porque me doy cuenta que nunca, antes de ahora, me he atrevido a hacer una predicación sobre este texto evangélico. Pero, ¿podemos dejar aparte una página como ésta, que ha inspirado elecciones radicales a muchos creyentes y que nos revela entre otras cosas una de las tareas más vinculadas al Padre celestial, esto es, el cuidado que él tiene de nosotros? ¿No ha dicho Jesús: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»? (Mateo 24, 35).

Es necesario notar, ante todo, una cosa. El fragmento citado del Evangelio nos exhorta a no preocuparnos de nuestro vestido y de nuestra comida; pero, no de la comida y del vestido del hermano. Por el contrario, respecto a esto el Evangelio nos quiere llenos de solicitud. Quien ha pronunciado las palabras sobre los pájaros, que no siembran, y los lirios, que no tejen, ha pronunciado igualmente las palabras: «Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis» (Mateo 25,35-36). ¡Es necesario, pues, preocuparse, y cómo, de la comida y del vestido!

El error nace siempre del separar una palabra del Evangelio de las demás, una parábola de las demás más bien que colocarlas todas juntas. En este caso, por ejemplo, bastaría recordar la parábola de los talentos para darnos cuenta de cuán lejano sea del pensamiento de Jesús la idea de que el hombre deba permanecer con una mano sobre la otra esperando a que la providencia le llueva encima sin tenerla ni siquiera que pedir. Los

mismos ascetas del desierto, hasta tan radicales en el seguir el Evangelio, han visto siempre en el trabajo de las propias manos el medio ordinario para proveer a la comida y al vestido y contribuir al mantenimiento del monasterio, si vivían en el cenobio.

Si tomamos las palabras de Jesús aisladamente y a la letra sería necesario concluir que ni siquiera él ha imitado a los pájaros del cielo ya los lirios del campo; porque ha trabajado durante muchos años y durante su ministerio ha permitido a los suyos tener una caja común para proveer a las propias necesidades y para ayudar a los pobres. En todo caso, ¿ciertamente no le ha imitado Pablo, el cual afirma haber trabajado con sus propias manos para proveerse a sí mismo y ayudar a los pobres? Dice santo Tomás de Aquino: «Sería una locura y un tentar a Dios esperar sin hacer nada que Dios nos socorra en las cosas en las que podemos ayudarnos con nuestra acción».

Una frase del mismo discurso de Jesús nos ofrece la clave interpretativa de todo: «Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura».

No se trata de ignorar las necesidades vitales de la existencia, el pan y el vestido sino de decidir si el pan y el vestido y, en general, todas las necesidades del cuerpo son la preocupación principal y única de la vida o si habrá lugar para otra búsqueda más importante.

El marxismo, como toda concepción materialista de la vida, no puede entender el discurso de Jesús sobre los pájaros del cielo y los lirios del campo, porque no admite que puede haber algo independiente del factor económico y de las necesidades materiales. Para él la dimensión religiosa no es más que una superestructura, un equivalente de las necesidades económicas y, una vez reducida a esto, se tiene buen juego a demostrar que no sirve para esta finalidad y, por lo tanto, que viene combatida como algo distinto inútil y dañoso.

Una vez limpio el campo de los equívocos mayores, posiblemente podemos volver a escuchar con oídos nuevos y sin complejos las palabras de Jesús sobre el Padre celestial, que alimenta a los pájaros del cielo y viste a los lirios del campo. Sobre estas palabras Kierkegaard ha escrito un magnífico «discurso edificante», titulado Lo que se puede aprender de los lirios del campo y de los pájaros del aire. Él ha comprendido el sentido profundo de este discurso de Jesús. No se trata de saber si el hombre tiene o no derecho a ocuparse de su comida; se trata de saber si, también en el suministrar su comida, él reconocerá no ser Dios, no ser él en último análisis a proveerse para sí mismo sino el mismo Padre, que alimenta a los pájaros del cielo y viste a los lirios del campo. Se trata de saber, en suma, si el hombre se contentará con ser hombre o querrá ser Dios y suficiente para sí mismo. «Contentarse de la propia condición de hombre, contentarse de ser una débil criatura incapaz de proveerse las propias

necesidades, como es incapaz de crearse a sí mismo: esto es lo esencial. Si, por el contrario, el hombre se olvida de Dios y pretende alimentarse por sí solo, he aquí cómo llegar a ser presa de las preocupaciones materiales».

Nadie está al seguro de esta preocupación. Ésta puede asaltar tanto al rico como al pobre. Libre de la angustia del mañana, prosigue el filósofo, está sólo «aquel que, siendo rico o pobre, comprende hasta en la pobreza que para alimentarle está el Padre celestial».

Sin embargo, para enseñarnos el verdadero y perfecto abandono confiado en la Providencia no pueden ser quienes lo hagan los pájaros del cielo y los lirios del campo. Ellos no se preocupan del mañana; porque, como los niños, no tienen sentido del mañana, mientras que el hombre sí lo tiene. La perfección está en conocer la preocupación del mañana y aun así superarla con las alas de la fe. El verdadero abandono en la Providencia es el que vivía Jesús quien podía decir: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Lucas 9,58).

El Evangelio de hoy se concluye con una de las máximas de Jesús que justamente han llegado a ser proverbiales. Deberemos acogerla como dirigida en este momento personalmente a cada uno de nosotros: «No os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos».

En nuestras ansias y miedos por la comida, el vestido, la casa, el trabajo, la salud, fijémonos en la certeza trasmitida hoy por Cristo: «Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Confianza en Dios

Con los versículos de San Mateo que nos ofrece la Iglesia en este domingo, nos anima Jesús a fomentar la virtud de la esperanza cristiana. Dios Nuestro Señor nos quiere persuadir de que nadie profesa un amor mayor por nosotros que Él mismo: Dios, Creador de cuanto existe y Padre nuestro, ha querido amarnos a cada uno con un amor singular. En consecuencia, podemos andar tranquilos en la vida, por grandes que nos puedan parecer nuestros problemas. ¡Cómo debe ser de serena y apacible nuestra existencia! Posiblemente ante la admiración de muchos que, extrañados de nuestro tono habitualmente contento y optimista, no lleguen a entender que podamos vivir felices, con nuestras deficiencias y

dificultades, patentes en ocasiones, como si fuéramos los más afortunados de la tierra.

"¿Como si fuéramos los más afortunados…?", piensan tal vez algunos con cierto desdén, y nos tienen por ingenuos. Pero es la verdad. Y todo hombre, de modo particular todo cristiano, se puede sentir "el más afortunado del mundo". Basta, para ello, que reconsidere la realidad tan básica en la que se sostiene su condición de cristiano: ¡que somos hijos de Dios!

Hijos de Dios. —Portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras.

—El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine… De nosotros depende que muchos no permanezcan en tinieblas, sino que anden por senderos que llevan hasta la vida eterna.

Así se expresa san Josemaría, con ese optimismo envidiable que repartió por todo el mundo. "Hijos de Dios": convencidos de poseer, en nuestra filiación divina, la mayor riqueza imaginable. Pero no como quien tiene algo valioso, que será casi siempre, queramos o no, externo a quien lo posee. El hijo de Dios es grandioso, inmensamente afortunado, aunque no tenga nada. Tiene justos motivos para sentirse feliz, incluso en las peores condiciones humanas, porque él mismo, en su condición personal más íntima, ha sido constituido en hijo del Señor de cielos y tierra, destinado en la eternidad a una vida de indescriptible amor. Una vida que ya saborea, que ya pregusta en los días de este mundo, con sólo vivir ahora como hijo de Dios. Y esta experiencia es lo que le confirma cada día que es verdaderamente afortunado.

Leemos en *Camino*: *Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.*

Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo… y perdonando.

¡Cuántas veces hemos hecho desarrugar el ceño de nuestros padres diciéndoles, después de una travesura: ya no lo haré más! —Quizá aquel mismo día volvimos a caer de nuevo… Y nuestro padre, con fingida dureza en la voz, la cara seria, nos reprende…, a la par que se enternece su corazón, conocedor de nuestra flaqueza, pensando: pobre chico, ¡qué esfuerzos hace para portarse bien!

Preciso es que nos empapemos, que saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos.

¿Hacemos cada uno esfuerzos para portarnos bien en la presencia de nuestro Padre Dios? Contamos, para ello, con su asistencia de Padre nuestro, que nos quiere más que una madre buena: "ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando". Porque podríamos verlo sí, poderoso e infinito, pero muy lejano, demasiado alejado para notar su eficacia. Y, sin embargo, Jesús nos insiste con ejemplos de la naturaleza que nos entran por los ojos: Dios se ocupa de nosotros y, si le dejamos, sentiremos el gozo de los hijos de Dios. Es el gozo de los santos, que se sienten felices, también en medio de la adversidad, porque Dios mismo los colma de alegría.

San Josemaría lo veía con nítida claridad: *Un consejo, que os he repetido machaconamente: estad alegres, siempre alegres. —Que estén tristes los que no se consideren hijos de Dios.* Porque las penas y dificultades, por grandes que parezcan, han de quedar siempre en un segundo plano. Lo verdaderamente consistente y primordial en la vida es nuestra filiación divina: que Dios nos valora y nos quiere más que a nada en este mundo. Lo nuestro será seguir el consejo de Jesús: Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.

Y buscar primero el Reino de Dios cuesta, bien lo sabemos, pero no es un obstáculo para la alegría ni para el buen humor. Dice San Josemaría: *Me has preguntado si tengo cruz. Y te he respondido que sí, que nosotros siempre tenemos Cruz. —Pero una Cruz gloriosa, sello divino, garantía de la autenticidad de ser hijos de Dios. Por eso, siempre caminamos felices con la Cruz.* E insiste: *Muchos se sienten desgraciados, precisamente por tener demasiado de todo. —Los cristianos, si verdaderamente se conducen como hijos de Dios, pasarán incomodidad, calor, fatiga, frío... Pero no les faltará jamás la alegría, porque eso —¡todo!— lo dispone o lo permite Él, que es la fuente de la verdadera felicidad.*

Nuestra Madre del Cielo, Santa María, escucha de Isabel: bienaventurada porque has creído. Y nos queremos parecer a ella en la fe, para que nuestra condición de hijos de Dios sea la raíz inamovible de una felicidad sin límites.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Dos señores: El dinero y el sexo

Nadie puede servir a dos señores... No se puede servir a Dios y al dinero.

Pocas frases del Evangelio ponen al hombre frente a una elección tan precisa y radical: o Dios o el dinero. ¿Pero qué dinero? No por cierto el dinero que es justa retribución del propio trabajo y que tiene como fin procurarse lo necesario para una vida decente y humana. Este dinero es el equivalente del pan cotidiano que el mismo Cristo nos enseñó a pedirle al Padre celestial. No se trata, entonces, del dinero que sirve para la vida, sino del dinero que hace servidora a la vida, que de medio se convierte en fin y de siervo en señor. El dinero que se acumula tragando el de los demás, que se aumenta a precio de sangre y miseria de los otros, el dinero que chantajea. Aquel del cual Amós decía que sirve para comprar a los indigentes y al pobre por un par de sandalias (*Am* 8, 6).

Por lo tanto, el dinero de los ricos, dirá alguien en seguida. La mayoría de las veces, sí, pero no necesariamente, o, al menos, no sólo ése. Es "riqueza de iniquidad", es decir, dinero enemigo de Dios, incluso el dinero de quien tiene en cantidad suficiente, pero no lo usa para sí mismo y su familia, lo niega o lo reduce para las necesidades de la casa, y todo eso por el placer de guardarlo, de hacerla un usufructo, de intentar operaciones riesgosas o, peor aún, de perderlo en el juego y en los bares, o para traicionar a la propia familia.

Este dinero, erigido en meta de vida, señor en lugar de Dios, es el gran ídolo, el dios "de metal fundido" se diría en la Biblia (*Lev* 19, 4), que tiene numerosos adoradores entre los cristianos de hoy. La Biblia (*Lev* 18, 21) nos habla de un ídolo monstruoso llamado *Moloc* que era adorado en Palestina antes de la llegada de los hebreos, y al cual se le rendía culto inmolando niños que eran quemados frente a él. El *Moloc* de hoy es el dinero. A él se inmolan, también hoy, víctimas inocentes. Muchos hombres y niños que sufren en el mundo debido al hambre, las enfermedades, las guerras, el aprovechamiento, son víctimas de este dios cruel que actúa a escondidas, como un vampiro que se llena con la sangre chupada en la oscuridad En nuestra crisis actual, cuánta responsabilidad recae en los administradores públicos y privados que actuaron como ese campesino infiel del que habla el Evangelio, y sobre quienes han tenido ganancias exageradas e injustas, fruto a menudo del lucro ilícito a expensas de ciudadanos confiados, ignorantes de todo. Frutos de un culto idolátrico del dinero también son las rapiñas y los secuestros cotidianos.

Pero tratemos de no señalar con el dedo sólo a los demás. Nosotros no somos solamente víctimas del ídolo de la riqueza; quizás, quien más, quien menos, incluso somos sus adoradores. El Evangelio de hoy también es para nosotros y nos obliga a mirar atentamente dentro de nuestro corazón. *Porque la boca habla de la abundancia del corazón,* dice Jesús (Mt. 12, 34) y nuestra lengua gira a menudo alrededor del dinero. En ciertos ambientes, incluso parece que no se sepa hablar de otra cosa que

no sea dinero: de cómo ganarlo, de cómo ahorrarlo, de qué hacer con él, de cuánto gana nuestro vecino.

Este ídolo del dinero tiene una divinidad gemela: el sexo. Es la diosa Astarté junto al dios *Moloc*: cada uno consigue adoradores para el otro. No el erotismo y el sexo –que quede bien clara, también aquí, la distinción–, que es realidad sagrada en el ámbito de la vida natural como lo son el nacimiento y la muerte, y a la cual la Biblia ha dedicado uno de sus libros canónicos: el Cántico de los cánticos. No el sexo que hace salir a una persona de su soledad. No el sexo que Dios creó y bendijo cuando dijo: "Crezcan y multiplíquense", y que la Iglesia sigue bendiciendo ante sus altares en el sacramento del matrimonio. Es más bien el sexo sobre el cual pasó devastador el pecado y el demonio como un gusano que deja su baba sobre una hermosa flor. Es el sexo del que habla san Pablo en la epístola de hoy, cuando dice: *Se sabe muy bien cuáles son las obras de la carne: fornicación, impureza y libertinaje, idolatría y superstición…* (¡Resulta significativo esta vecindad entre el libertinaje y la idolatría!) *Les vuelvo a repetir que los que hacen estas cosas no poseerán el Reino de Dios* (Gal. 5, 21).

El sexo –dijo un pensador contemporáneo– se nos subió a la cabeza a todos; está obsesionando al mundo y fue elevado a un programa para vencer el tedio en estos pocos años de paz entre una guerra y otra. Es una especie de religión que tiene sus misioneros pagos, sus templos y sus ritos. Su ostentación está asumiendo formas paroxísticas en la pornografía y en el cine. Desde muchos lados se grita contra este tráfico ilícito, pero esa especie de sacra alianza entre el ídolo de la riqueza y el sexo rinde y rinde bien, por lo que sigue adelante impune. Miren en los puestos de diarios de esta ciudad, incluso sin alejarse mucho de nuestra iglesia. La prensa que hace ganar más es también la que tiene más anuncios publicitarios y la más exhibida. Se habla de libertad de prensa y de liberación de los tabúes, cuando se trata, al contrario, mucho más prosaica mente (y sería necesario tener el coraje de confesarlo) de drogas excitantes, de sustitutos de papel para hombres no cumplidos, para gente frustrada o que ha quedado inmadura.

El resultado es que estamos contaminando hasta la saturación nuestra misma vida. Nos preocupamos tanto por la contaminación del aire y del agua, y es ciertamente un espectáculo triste ver tantos pececitos dados vuelta en estanques de agua pútrida, pero no se repara en que se está contaminando a tal punto la convivencia humana que nuestros niños ya no pueden vivir así. No es que mueran físicamente, de acuerdo, pero se muere su inocencia o –para quien no aprecia esta palabra– se muere la fragancia de su simplicidad, la limpidez de su mirada, sus sentimientos más bellos, el crecimiento de su voluntad, en una palabra, se muere su juventud, ya que –como alguien escribió– "la impureza y la juventud se

excluyen recíprocamente" (F. Kafka). ¡Es de veras un pecado! Porque era la única cosa hermosa, limpia y casta hasta las raíces que todavía existía en el mundo: el recuerdo menos borroso de la imagen de Dios que haya sobrevivido al paraíso terrestre, el solo ser que encontró nuestro Señor cuando quiso indicarnos realmente algo concreto a lo cual parecemos: "Si no se hacen como niños…". En cada esquina de nuestras calles ciudadanas y ya en cualquier rincón de la casa, "lo que sale de la boca' del hombre" constituye un residuo venenoso, un miasma que mata, peor que los residuos amoniacales y ácidos de ciertas industrias que forman, con sus chimeneas, una tétrica corona alrededor de nuestra ciudad.

Tengamos cuidado de no dar a esta denuncia el tono resentido de los profetas apocalípticos que señalan con el índice a los demás: no nos hagamos los escandalizados. Todos, en mayor o menor medida, estamos involucrados –quien por eficiencia, quien por connivencia, quien por asentimiento– en esta idolatría nueva. Preguntémonos más bien qué debemos hacer en calidad de cristianos. La tarea de la Iglesia hoy, es decir, de nosotros los cristianos, consiste en exorcizar al mundo de los ídolos del dinero y del sexo, de las dos potencias más notorias del mal. Exorcizarlo volviendo a proclamar la bienaventuranza de Cristo: "Felices los pobres de espíritu… felices los puros de corazón". Cuando Cristo mandó los apóstoles al mundo –cuenta el Evangelio– *les dio el poder de expulsar a los espíritus impuros* (Mt. 10, 1). Jamás fue tan urgente como ahora esta prerrogativa de los discípulos de Jesús. Pero no se trata, evidentemente, de hacer cruzadas o de volver a dar auge a las hogueras de las vanidades en que se quemaban, en la época de san Bernardino de Siena, la mala prensa y las cartas de juego.

Nuestra misión consiste en trabajar para devolvernos a nosotros mismos primero y luego a los otros la verdadera libertad. Antes de ser una ofensa contra Dios, en efecto, esta idolatría del dinero y del sexo es una esclavitud, una degradación del propio hombre. Es más bien una ofensa a Dios porque ensucia a una criatura suya, objeto de su amor; hace de ella una cosa en lugar de una persona. Redescubrir la libertad de hijos de Dios, aquella libertad que, comprometida por el pecado, nos ha sido reconquistada por Cristo. Devolver al hombre –¡Y a la mujer!– aquella corona de rey y reina de lo creado, que les impida arrodillarse para adorar a los distintos becerros de oro. "Recuerda, cristiano, tu dignidad", decía san León Magno. Ella te prohíbe volver a vivir según la antigua esclavitud. *Todo es de ustedes* –decía san Pablo a los primeros cristianos–, *pero ustedes son de Cristo* (1 Cor 3, 22 ssq.): no hay lugar, por lo tanto, para otra servidumbre y para otra esclavitud.

Quizás la nueva generación haya entrevisto todo esto porque, al menos en sus elementos más sanos, los jóvenes demuestran querer abatir, entre otros mitos, también los del dinero y el sexo. Ellos se rebelan,

justamente, ante esta sacrílega entronización del ídolo de la riqueza en lugar de Dios, y del sexo en lugar del amor. Además de todo, como el resto de los ídolos, son falsos y mentirosos porque nunca dan la felicidad que prometen o, si la dan, es demasiado precaria y demasiado breve como para que se la pueda llamar de veras felicidad.

En calidad de cristianos, no podemos dudar ni un instante: éste es precisamente nuestro deber de hoy.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Misa celebrada en Bari (26-II-1984)

– Apoyarse en Dios para seguir a los hombres

– Dios, Padre providente

– Confianza y abandono en Dios

El Salmo de la liturgia de hoy dice: Salmo 61-62,2-3 Descansa sólo en Dios, alma mía, porque Él es mi esperanza; sólo Él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré.

Se trata de dos versículos, cada uno de los cuales expresa con estas palabras un pensamiento único:

Dios es la fuente de todo bien; y por esto, en Él esta puesta la esperanza más profunda del hombre. Efectivamente, Dios no es sólo el Bien infinito en sí mismo, sino que es el Bien para el hombre: quiere para el hombre el bien, quiere ser Él mismo el bien definitivo para el hombre.

Quiere ser la "salvación" del hombre: "Descansa solo en Dios, alma mía".

Dios es el fundamento estable e indefectible, sobre el que el hombre puede construir el edificio de la propia vida y del propio destino. Por esto el salmista compara al Dios de la esperanza humana con un alcázar y una roca:

"Él es mi roca, Dios es mi refugio" (Sal 61-62, 8). Entre las experiencias de todo lo precario, en medio de los destinos cambiantes de la vida terrena, Dios es para el hombre un apoyo definitivo, del que saca la indispensable fuerza del espíritu.

Las palabras del Evangelio de la Misa de hoy:

(Mt 6,26.30.32) "Mirad a los pájaros, ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos…Pues si la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más con vosotros, gente de poca fe?… Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso".

Dios es la fuente de todo bien en la obra de la creación, es también la Providencia incesante del mundo y del hombre. Quiere continuamente que, de los bienes, llamados por Él a la existencia, participen las criaturas y en particular el hombre: efectivamente, el hombre ha sido distinguido por Dios entre todas las criaturas del mundo visible.

Desde el principio Dios ha rodeado al hombre de un amor especial. Y este amor tiene características paternas y, a la vez maternas, como lo testimonió el profeta Isaías en la primera lectura:

(Isa 49,15) "¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no me olvidaré.

Dice el Evangelio: "Por tanto, no os agobiéis por la mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos" (Mt 6,34).

Dice Cristo: "Nadie puede estar al servicio de dos amos…No podéis servir a Dios y al dinero" (Mt 6,24) … "Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33).

A veces escuchamos con cierta desconfianza las palabras del Evangelio de hoy. ¿Puede el hombre dejar de preocuparse por la propia vida? Sin embargo, el Divino Maestro no dice: "No os preocupéis", sino "no os preocupéis demasiado, no os agobiéis". No aconseja un descuido negligente, sino que señala una justa jerarquía de valores… "Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura".

La justicia del reino de Dios es un bien incomparablemente superior con relación a todo aquello por lo que el hombre puede afanarse, sirviendo al dinero.

San Nicolás ha sido, durante siglos, un testigo muy elocuente de la divina Providencia, porque aceptó con corazón indiviso, el servicio de Dios y, juntamente con él, aceptó la jerarquía de valores que anuncia Cristo.

¿Acaso no nos habla el misterio de la redención muy especialmente de la divina Providencia? ¿No nos habla de que Dios "amó tanto al mundo que le dio su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él…tenga vida eterna" (Jn 3,16)? ¿Acaso este amor no es la medida definitiva de la Providencia? ¿La medida principal y sobreabundante?

¿Acaso no confirma el misterio de la redención la verdad de que hay que buscar primero el reino de Dios y su justicia?

Precisamente esta verdad del Evangelio, ¿acaso no está particularmente amenazada en la vida del hombre de nuestro tiempo? ¿No somos testigos de una radical transposición de la jerarquía evangélica de los valores? El servicio al dinero (en diversas formas), ¿no se enseñorea cada vez más del pensamiento, del corazón y de la voluntad del hombre, ofuscando el reino de Dios y su justicia? ¿No pierde el hombre la justa dimensión de su ser humano y de su destino, en este servicio exclusivo a lo que es terreno?

(Sal 61-62,7) "Descansa sólo en Dios, alma mía, porque Él es mi esperanza; sólo Él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré".

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado". ¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. Estas palabras que acabamos de escuchar en la Primera Lectura nos recuerdan el cuidado que Dios tiene de sus criaturas.

La seguridad de que somos hijos de Dios lleva al cristiano a sentirse protegido en medio de los acontecimientos de su vivir diario. *No lo olvidéis* –dice San Josemaría–, *el que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima, y carece en su actuación del dominio y señorío propio de los que aman al Señor por encima de todas las cosas*.

"Descansa sólo en Dios, alma mía", reza el Salmo Responsorial. Quiere el Señor que vivamos con la confianza que Él tenía en el Padre, que sólo se podría comparar con la de un niño pequeño con sus padres. Jesús llamaba a Dios Abba, una palabra que, según la costumbre hebrea utilizaría en su más tierna edad para referirse a San José, pero que siguió empleándola siempre, contra toda costumbre, para dirigirse a su Padre celestial.

Ante Dios Creador del Universo debemos vernos como un niño de pocos meses. Es un logro difícil pero no imposible si contamos con la ayuda de lo Alto. Si muriera ese niño que todos llevamos dentro, nos volveríamos escépticos, críticos, calculadores, perderíamos el sentido del humor, el juego, la confianza... Una reserva importante, casi indispensable, para afrontar los desafíos que, como cristianos, se nos presentan en la vida adulta.

A nuestro alrededor hay familiares, amigos, conocidos, soportando un bombardeo continuo de mensajes que pueden desconcertarles y

debilitar la confianza en Dios y en los demás. ¡Cuánta opinión encontrada! ¡Cuánta información interesada o veraz e inmediatamente desmentida! Sabemos lo que un comentarista político, económico, cultural, deportivo…va decir según sea el periódico o revista en que escriba. Hay clanes que se ignoran unos a otros y, si no perteneces a ellos, eres un apestado.

Es preciso que no se debilite en nosotros la esperanza, que sople sobre ese osario del desaliento, sabiendo que, como reza la antífona de la Misa de hoy, Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo –dice el Señor. Dios nos ayudará a componer lo que se ha roto en mi vida, en mi familia, en mi entorno, cuando Él quiera y como Él quiera.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Los que buscan el Reino de Dios no olvidan las añadiduras, pero no viven de ellas»

I. LA PALABRA DE DIOS

*** Is 49,14-15: «Yo no te olvidaré»**

*** Sal 61,2-3.6-7.8-9: «Descansa sólo en Dios, alma mía»**

*** 1Cor 4,1-5: «El Señor manifestará los designios del corazón»**

*** Mt 6,24-34: «No os angustiéis por el mañana»**

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

*** El texto de Isaías nos invita a descubrir, a través de las imágenes de las «aves del cielo y los lirios del campo», la ternura del amor de Dios, que tiene el signo más acabado en el amor de la madre a su hijo.**

*** Preocuparse en exceso por lo material hasta inquietarse y perder el sosiego puede apartarnos de Dios. Jesucristo no rechaza el trabajo y el esfuerzo personal para realizarse y mejorar la vida social; no invita al desinterés y a la despreocupación, sino que orienta sobre el equilibrio de lo material y lo trascendente, pero dejando bien sentado que el Reino de Dios tiene valor absoluto (Ev.).**

III. SITUACIÓN HUMANA

*** Nuestra cultura ha eliminado cualquier valor trascendente y exagera todo lo material y terreno. Se antepone el «tener» al «ser». Hoy se ofrecen al hombre de nuestro tiempo nuevos ídolos, que hacen que Dios quede arrinconado.**

*** El reto que se nos presenta es el de comprobar si nuestra vida está debidamente equilibrada, reconciliada con todos los valores que el progreso pone a nuestro alcance, pero siempre que estén subordinados a los «bienes de arriba» y al amor de Dios.**

IV. LA FE DE LA IGLESIA

*** La fe**

– El Padre cuida providencialmente de sus hijos: "Jesús pide un abandono filial en la providencia del Padre celestial que cuida de las más pequeñas necesidades de sus hijos: «No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer?; ¿qué vamos a beber? ... Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura»" (305).

– Dios realiza sus designios: "La creación tiene su bondad y su perfección propias, pero no salió plenamente acabada de las manos del Creador. Fue creada «en estado de vía» («in statu viae») hacia una perfección última todavía por alcanzar, a la que Dios la destinó. Llamamos divina providencia a las disposiciones por las que Dios conduce la obra de su creación hacia esa perfección: Dios guarda y gobierna por su Providencia todo lo que creó, «alcanzando con fuerza de un extremo a otro del mundo y disponiéndolo todo con dulzura». Porque «todo está desnudo y patente a sus ojos», incluso lo que la acción libre de las criaturas producirá (C. Vaticano I)" (302).

*** La respuesta**

– La Providencia hace que pongamos la confianza en Dios: «El Señor se lamenta de los ricos porque encuentran su consuelo en la abundancia de bienes. El orgulloso busca el poder terreno, mientras el pobre en espíritu busca el Reino de los Cielos» (S. Agustín, serm. Dom 1,3).

*** El testimonio cristiano**

– Confiar en Dios en cualquier circunstancia: "Es confiar en todas las circunstancias, incluso en la adversidad. Una oración de Santa Teresa de Jesús lo expresa admirablemente: «Nada te turbe/ Nada te espante todo se pasa/ Dios no se muda la paciencia todo lo alcanza/ quien a Dios tiene nada le falta/ Sólo Dios basta (Poes. 30)»" (227).

La fe exige anteponer a todo el Reino de Dios y sus valores, y subordinar al Reino cualquier otro valor.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

El afán de cada día.

– Vivir el *hoy* con plenitud y sin agobios. Filiación divina. Confianza y abandono en Dios.

I. En el Evangelio de la Misa nos da el Señor este consejo: *No andéis agobiados por el día de mañana, porque el mañana traerá su propia preocupación. Le basta ya a cada día su propia preocupación*.

El ayer ya pasó; el mañana no sabemos si llegará para cada uno de nosotros, pues a nadie se le ha entregado su porvenir. De la jornada de ayer sólo han quedado motivos –muchos– de acción de gracias por los innumerables beneficios y ayudas de Dios, y también de quienes conviven con nosotros. Algo, aunque sea poco, habremos aumentado nuestro tesoro del Cielo. También del día de ayer han quedado motivos de contrición y de penitencia por los pecados, errores y omisiones. Del día de ayer podemos decir, con palabras de la *Antífona de entrada* de la Misa: *El Señor fue mi apoyo: me sacó a un lugar espacioso, me libró porque me amaba*.

***Mañana*, "todavía no es", y, si llega, será el día más bello que nunca pudimos soñar, porque lo ha preparado nuestro Padre Dios para que nos santifiquemos: *Deus meus es tu, in manibus tuis sortes meae*: Tú eres mi Dios y en tus manos están mis días. No hay razón objetiva para andar angustiados y preocupados por el día de mañana: dispondremos de las gracias necesarias para enfrentarnos a lo que traiga consigo, y salir victoriosos.**

Lo que importa es el *hoy*. Es el que tenemos para amar y santificarnos, a través de esos mil pequeños acontecimientos que constituyen el entramado de un día. Unos serán humanamente agradables y otros lo serán menos, pero cada uno de ellos puede ser una pequeña joya para Dios y para la eternidad, si lo hemos vivido con plenitud humana y con sentido sobrenatural.

No podemos entretenernos en ojalás; en situaciones pasadas que nuestra imaginación nos presenta quizá embellecidas; o en otras futuras que engañosamente la fantasía idealiza, librándolas del contrapunto del esfuerzo; o, por el contrario, presentándolas a nuestra consideración como extremadamente penosas y arduas. *El que anda observando el viento no siembra nunca, y el que se fija en las nubes jamás se pondrá a segar*. Es una invitación a cumplir el deber del momento, sin retrasarlo por pensar que se presentarán oportunidades mejores. Es fácil engañarse, también en el apostolado, con proyectos y aplazamientos, buscando circunstancias aparentemente más favorables. ¿Qué habría sucedido de la predicación de los Apóstoles, si hubieran aguardado unas circunstancias favorables? ¿Qué habría ocurrido con cualquier obra de apostolado si hubiese esperado unas condiciones óptimas? *Hic et nunc*: aquí y ahora es donde tengo que amar a Dios con todo mi corazón... y con obras.

Quizá una buena parte de la santidad y de la eficacia, en lo humano y en lo sobrenatural, consista en *vivir cada día como si fuese el único de nuestra vida*. Días para llenarlos de amor de Dios y terminarlos con las

manos llenas de obras buenas, sin desaprovechar una sola ocasión de realizar el bien. *El día de hoy no se repetirá jamás*, y el Señor espera que lo llenemos de Amor y de pequeños servicios a nuestros hermanos. El Ángel Custodio deberá de "sentirse contento" al presentarlo ante nuestro Padre Dios.

– Preocupaciones estériles. Siempre tendremos las suficientes ayudas para ser fieles.

II. *No andéis angustiados*... La preocupación estéril no suprime la desgracia temida, sino que la anticipa. Nos echamos encima una carga sin tener todavía la gracia de Dios para sobrellevarla. La preocupación aumenta las dificultades, y disminuye la capacidad de realizar el deber del momento presente. Sobre todo, faltamos contra la confianza en la Providencia que el Señor ejerce sobre todas las situaciones de la vida. Y en la *Primera lectura* de la Misa nos repite el Señor, por boca del Profeta Isaías: *¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré*. Hoy, en todas las circunstancias, nos tendrá amorosamente presentes nuestro Padre Dios.

Y Jesús nos ha dicho, ¡ya tantas veces!: *Tened confianza, soy Yo, no temáis*. No podemos llevar a la vez las cargas de hoy y las de mañana. Siempre tenemos la suficiente ayuda para ser fieles en el día de hoy y para vivirlo con serenidad y alegría. El mañana nos traerá nuevas gracias, y su carga no será más pesada que la de hoy. Cada día tiene su afán, su cruz y su gozo. Todas las jornadas de nuestra vida están presididas por Dios, que tanto nos quiere. Y no tenemos capacidad sino para vivir el momento presente. Casi siempre los agobios provienen de no vivir con intensidad el momento actual y de falta de fe en la Providencia. Por eso, desaparecerían si repitiéramos con sinceridad: *Volo quidquid vis, volo quia vis, volo quomodo vis, volo quamdiu vis*: quiero lo que quieres, quiero porque quieres, quiero como lo quieres, quiero hasta que quieras. Entonces viene el *gaudium cum pace*: el gozo y la paz.

A veces podemos sufrir la tentación de querer dominar también el futuro, y olvidamos que la vida está en las manos de Dios. No imitemos al niño impaciente que en su lectura salta las páginas para saber cómo acaba la historia. Dios nos da los días uno a uno, para llenarlos de santidad. Leemos en el Antiguo Testamento cómo los hebreos en el desierto recogían el maná que Dios destinaba para su alimento del día. Y algunos, queriendo hacer acopio para el futuro, por si les faltaba, tomaban más de lo necesario y lo guardaban. Al día siguiente se encontraban con un amasijo incomestible y corrompido. Les faltó confianza en Yahvé, su Dios, que velaba por ellos con amor paternal. Pongamos con prudencia los medios necesarios para velar por el futuro, pero no lo hagamos como aquellos que sólo confían en sus fuerzas.

Debemos seguir con alegre esperanza el quehacer del día, poniendo ahí nuestra cabeza, nuestro corazón, todas nuestras energías. Este abandono en Dios –el santo abandono– no disminuye nuestra responsabilidad de hacer y de prever lo que cada caso requiera, ni nos dispensa de vivir la virtud de la prudencia, pero se opone a la desconfianza en Dios y a la inquietud sobre cosas que todavía no han tenido lugar: *No os inquietéis, pues, por el mañana*, nos repite hoy el Señor... Aprovechemos bien la jornada que estamos viviendo.

– Trabajar cara a Dios. Mortificar la imaginación para vivir el momento presente: *hic et nunc*.

III. Dios sabe la necesidad que padecemos; busquemos el reino de Dios y su justicia en primer lugar, y todo lo demás se nos dará por añadidura. "Tengamos el propósito firme y general de servir a Dios de corazón, toda la vida, y con eso no queramos saber sino que hay un mañana, en el que no hemos de pensar. Preocupémonos por obrar bien hoy: el *mañana* vendrá también a llamarse *hoy*, y entonces pensaremos en él. Hay que hacer provisiones de maná para cada día y nada más; no tengamos la menor duda de que Dios hará caer otro maná al día siguiente, y al otro, mientras duren las jornadas de nuestra peregrinación". *El Señor no nos fallará*.

Vivir el momento presente supone prestar atención a las cosas y a las personas y, por tanto, mortificar la imaginación y el recuerdo inoportuno. La imaginación nos hacer estar "en otro mundo", muy lejos del único que tenemos para santificar: es, con frecuencia, la causa de muchas pérdidas de tiempo, y de no aprovechar grandes ocasiones para hacer el bien. La falta de mortificación interior, de la imaginación y de la curiosidad, es uno de los grandes enemigos de nuestra santificación.

***Vivir el momento presente* requiere de nosotros rechazar los falsos temores a peligros futuros, que nuestra fantasía agranda y deforma. También perdemos el sentido de la realidad con las falsas cruces que, en ocasiones, nuestra imaginación inventa y padecemos inútilmente, por no aceptar quizá la pequeña cruz que el Señor nos pone delante, la cual nos llenaría de paz y de alegría.**

Vivir con plenitud de Amor el momento presente nos situará constantemente ante cosas en apariencia de poco relieve, en las que debemos ser fieles. *Hic et nunc: aquí y ahora* debemos cumplir con puntualidad el plan de vida que hemos fijado. *Aquí y ahora* hemos de ser generosos con Dios, huyendo de la tibieza. *Aquí y ahora* espera el Señor que nos venzamos en aquello que nos cuesta y procuremos avanzar en esos puntos de lucha que constituyen el *examen particular*.

Pidamos a la Santísima Trinidad que nos conceda la gracia de vivir el momento presente en cada jornada con plenitud de Amor, como si fuera la última de nuestra vida en la tierra.

Rev. P. Floyd L. McCOY Jordán (Hormigueros, Puerto Rico) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

No andéis preocupados por vuestra vida

Hoy, Jesús, recurriendo a metáforas tomadas de la naturaleza propias de su entorno en las más fértiles tierras de Galilea donde pasó su niñez y su adolescencia —los lirios del campo y los pájaros del cielo— nos recuerda que Dios Padre es providente y que, si vela por las creaturas suyas más débiles, tanto más lo hará por los seres humanos, sus creaturas predilectas (cf. Mt 6,26.30).

El texto de Mateo es de un carácter alegre y optimista, donde encontramos un Hijo muy orgulloso de su Padre porque éste es providente y vela constantemente por el bienestar de su creación. Ese optimismo de Jesús no solamente debe ser el nuestro para que nos mantengamos firmes en la esperanza —«No andéis preocupados» (Mt 6,31)— cuando surgen las situaciones duras en nuestras vidas. También debe ser un incentivo para que nosotros seamos providentes en un mundo que necesita vivir lo que es la verdadera caridad, o sea, la puesta del amor en acción.

Por lo general, se nos dice que tenemos que ser los pies, las manos, los ojos, los oídos, la boca de Jesús en medio del mundo, pero, en el sentido de la caridad, la situación es todavía más profunda: tenemos que ser eso mismo, pero del Padre providente de los cielos. Los seres humanos estamos llamados a hacer realidad esa Providencia de Dios, siendo sensibles y acudiendo en auxilio de los más necesitados.

En palabras de Benedicto XVI, «los hombres destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad». Pero también nos recordó el Santo Padre que la caridad tiene que ir acompañada de la Verdad que es Cristo, para que no se convierta en un mero acto de filantropía, desnudo de todo el sentido espiritual cristiano, propio de los que viven según nos enseñó el Maestro.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

No se puede servir al mismo tiempo a dos señores

Continúa el discurso de la montaña, que ya la liturgia nos ha presentado los anteriores domingos.

El marco de esta parte del discurso está constituido por una notable atención a la creación, como signo de la presencia del Misterio Creador. Jesús invita con renovada insistencia a una total confianza en Dios, y no en las cosas o en las dinámicas del mundo, como punto de apoyo real del abandono confiado y de la vida nueva introducida por Él, en el mundo.

El discípulo que se deja absorber completamente, casi de modo obsesivo, de la materialidad de la existencia (de la obsesión por "la comida" y por "el vestido"), revela una fe incierta y vacilante, que no ha hecho experiencia todavía y por tanto no da razón apropiadamente del amor paternal de Dios; el cual cuida de los propios hijos, con el amor y la ternura de una madre, mucho más allá de cualquier expectativa humana, como nadie más lo podría hacer.

En realidad, haciendo eco al texto de Isaías de la primera lectura, podríamos afirmar que la atención que Dios tiene para con el hombre supera al de una madre. Efectivamente leemos en el texto: "*aunque hubiera una mujer que se olvidase, yo no te olvidaré jamás*".

El cristiano está pues continuamente llamado a vigilar sobre la tentación de "atar el corazón" a lo que a la vida no puede bastar; a la necesidad de hacer una elección: entre basar la propia ilusoria existencia en la mentira de las "cosas del mundo" o confiarse totalmente a Aquel que mucho más que cualquier otro lo ama y que proveerá, paternalmente, también a sus necesidades, en la óptica del uso de los bienes terrenales al servicio del Reino. Ésta es la única pobreza que la Iglesia, desde hace dos mil años vive y propone a todos los hombres.

La página del Evangelio se abre con una advertencia que constituye la llave hermenéutica de fondo: no se puede servir al mismo tiempo a dos señores, porque se acabará inevitablemente por querer a uno y odiar el otro.

El hombre aferrado a las cosas del mundo, corre el riesgo de acabar como esclavo del mundo, porque el mundo siempre cobra un precio a cambio de cuánto, falsamente, otorga; mientras que quien elige servir a Dios, experimentará la verdadera libertad, ya que el único "Señor" que libera es sólo el Dios de la vida.

Quien elige la primera vía podría incluso poseer riquezas, pero estará afligido en el corazón y en la conciencia; quien sigue en cambio la segunda, puede descubrir un sabor particular de la vida, una gozosa y segura satisfacción y una inesperada libertad, hecha de alegría y de paz interior.

Porque, al final de cuentas, ¿qué persona con sentido común podría pensar que realmente un objeto material cualquiera, por el solo hecho de poseerlo, pueda cambiar algo lo que ella es?

_____

Domingo IX del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **BENEDICTO XVI – Angelus 6.III.11**
- **RANIERO CANTALAMESSA (Echad las redes)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilía I: con textos de homilías pronunciadas por S.S. Juan Pablo II**
  - **Homilía II: a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía III: basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (Francisco Fernández Carvajal)**
- **Comentario: Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Sant Cugat del Vallès, Barcelona)**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**

******

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

EL HOMBRE PRUDENTE CONSTRUYE SOBRE ROCA

El autor del libro del Deuteronomio está completamente seguro de que el corazón humano suele ser olvidadizo y malagradecido. Dios realiza numerosas señales a favor de su pueblo, pero éste tiende a envanecerse y olvidarlo. La única manera de mantenerse fiel al designio de Dios es a través de la escucha, la meditación y el recuerdo constante de las palabras del Señor. En la Carta a los Romanos resuena la firme esperanza: Dios generosamente nos rehabilita de nuestra mezquindad y nos otorga un perdón incondicionado a través de su hijo Jesús. Por eso, quien escuche las palabras del Maestro y decida ordenar su vida conforme a tales exigencias, resistirá en pie cuando sobrevengan las aguas encrespadas, las dificultades y los contratiempos.

ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 24, 16. 18)

Tengo los ojos puestos en el Señor, porque Él me libra de todo peligro. Mírame, Dios mío, y ten piedad de mí, que estoy solo y afligido.

ORACIÓN COLECTA

Nos acogemos, Señor, a tu providencia, que nunca se equivoca, y te pedimos humildemente que apartes de nosotros todo mal y nos concedas aquello que pueda contribuir a nuestro bien. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Hoy pongo ante ustedes la bendición y la maldición.

Lectura del libro del Deuteronomio: 11, 18. 26-28. 32

En aquellos días, Moisés habló al pueblo y le dijo: "Pongan en su corazón y en sus almas estas palabras mías; átenlas a su mano como una señal, llévenlas como un signo sobre la frente.

Miren: He aquí que yo pongo hoy delante de ustedes la bendición y la maldición. La bendición, si obedecen los mandamientos del Señor, su Dios, que yo les promulgo hoy; la maldición, si no obedecen los mandamientos del Señor, su Dios, y se apartan del camino que les señalo hoy, para ir en pos de otros dioses que ustedes no conocen.

Así pues, esfuércense en cumplir todos los mandamientos y decretos que hoy promulgo ante ustedes".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 30

R/. Sé tú, Señor, mi fortaleza y mi refugio.

A ti, Señor, me acojo, que no quede yo nunca defraudado. Tú que eres justo, ponme a salvo; escúchame y ven pronto a librarme. **R/.**

Sé tú, Señor, mi fortaleza y mi refugio, la muralla que me salve. Tú, que eres mi fortaleza y mi defensa, por tu nombre, dirígeme y guíame. **R/.**

Vuelve, Señor, tus ojos a tu siervo y sálvame, por tu misericordia. Sean fuertes y valientes de corazón, ustedes, los que en el Señor esperan. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

El hombre es justificado por la fe y no por cumplir la ley de Moisés.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 3, 21-25. 28

Hermanos: La actividad salvadora de Dios, atestiguada por la ley y los profetas, se ha manifestado ahora independientemente de la ley. Por medio de la fe en Jesucristo, la actividad salvadora de Dios llega, sin distinción alguna, a todos los que creen en Él.

En efecto, como todos pecaron, todos están privados de la presencia salvadora de Dios; pero todos son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención llevada a cabo por medio de Cristo Jesús, al cual Dios expuso públicamente como la víctima que nos consigue el perdón por la ofrenda de su sangre, por medio de la fe.

Sostenemos, pues, que el hombre es justificado por la fe y no por hacer lo que prescribe la ley de Moisés.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN (Jn 15, 5)

R/. Aleluya, aleluya.

Yo soy la vid y ustedes los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante. **R/.**

EVANGELIO

La casa edificada sobre roca y la casa edificada sobre arena.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 7, 21-27

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "No todo el que me diga: `¡Señor, Señor!', entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. Aquel día muchos me dirán: `¡Señor, Señor!, ¿no hemos hablado y arrojado demonios en tu nombre y no hemos hecho, en tu nombre, muchos milagros?'. Entonces yo les diré en su cara: `Nunca los he conocido. Aléjense de mí, ustedes, los que han hecho el mal'.

El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, se parece a un hombre prudente, que edificó su casa sobre roca. Vino la lluvia, bajaron las crecientes, se desataron los vientos y dieron contra aquella casa; pero no se cayó, porque estaba construida sobre roca.

El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica, se parece a un hombre imprudente, que edificó su casa sobre arena. Vino la lluvia, bajaron las crecientes, se desataron los vientos, dieron contra aquella casa y la arrasaron completamente".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Confiados en tu misericordia, Señor, venimos a tu altar con nuestros dones a fin de que te dignes purificarnos por este memorial que estamos celebrando. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN (Mc 11, 23-24)

Yo les aseguro, dice el Señor, que todo cuanto pidan en la oración, si tienen fe en obtenerlo, les será concedido.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre santo, tú que nos has alimentado con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, guíanos por medio de tu Espíritu a fin de que, no sólo con palabras, sino con toda nuestra vida podamos demostrarte nuestro amor y así merezcamos entrar al Reino de los cielos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Pongo hoy ante vosotros bendición y maldición (Dt 11,18.26-28.32)

1ª lectura

El autor sagrado se dirige a los supervivientes del éxodo, testigos de la especialísima protección del Señor. Sus hijos no vieron tales prodigios, pero también han de reconocerlos por el testimonio recibido.

La ceremonia de bendición y maldición, que ahora se anuncia con brevedad, será ampliamente explicada en los capítulos 27-28 del Deuteronomio, y Josué la llevará a cabo (cfr Jos 8,30-35). No consistirá tanto en bendecir o maldecir, cuanto en proclamar un resumen de los mandamientos y preceptos divinos en términos como «maldito quien no los cumpla», «bendito quien los cumpla». Supone la aceptación solemne por parte del pueblo de Israel de la Alianza del Señor. Esas «Bendiciones» y «Maldiciones» (cfr. Dt 27-28) siguen un modelo que se encuentra en otros escritos del antiguo Oriente, para dar fuerza y solemnidad a los pactos o alianzas; pero en el Deuteronomio adquieren valores morales especiales, coherentes con exhortaciones de los profetas de Israel.

El texto inspirado enseña que la Alianza viene sancionada mediante bendiciones y maldiciones, de acuerdo con la fidelidad o infidelidad de Israel a sus preceptos. Hay pasajes similares en otros lugares del Pentateuco: en el libro del Éxodo, distintas promesas de bendiciones ratifican el Código de la Alianza (23,20-23); en el Levítico, bendiciones y maldiciones concluyen la Ley de Santidad (cap. 26).

El contenido de los premios y los castigos hace referencia únicamente a bienes temporales. Es una manifestación más de la pedagogía divina, y de su condescendencia con la mentalidad y la cultura de aquellos hombres; la prosperidad y el poder por un lado, y la miseria y la esclavitud por otro, eran para ellos índices significativos de su fidelidad o infidelidad a la Alianza con el Señor. Con el de-sarrollo progresivo de la Revelación, Dios irá haciendo ver al pueblo elegido la existencia de una retribución en la otra vida. Con Jesucristo llegará a su plenitud esta doctrina, y las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12) supondrán un cambio total de perspectiva: la prosperidad o la miseria terrenas dejarán de ser índices de la bendición o del castigo de Dios.

Justificados gratuitamente por su gracia (Rm 3,21-25a.28)

2ª lectura

Estos versículos son de especial importancia en la doctrina de la carta. Primero (vv. 21-26), el Apóstol nos revela fundamentalmente cómo se realiza la justificación del hombre: la justicia de Dios que hace justo al

hombre y que estaba anunciada en los libros del Antiguo Testamento (cfr Sal 103,6; Is 46,13; Jr 9,24) se ha revelado ahora en Cristo y en el Evangelio. Dios Padre, fuente de todo bien, con su decreto redentor nos ha entregado a su Hijo para salvarnos; en Jesucristo, que derrama su sangre en la cruz, somos hechos justos; la fe es el don divino mediante el cual Dios dispone y capacita al hombre para que acoja el don de su redención en Cristo.

San Pablo enseña que la justicia de Dios está en conexión con la misericordia: todos los hombres son justificados por una acción gratuita de Dios (v. 24). Tan importante es la afirmación de que la gracia es un don que Dios concede sin mérito nuestro, que el Concilio de Trento, al utilizar este texto de San Pablo, quiso definir su sentido, explicando que nada de aquello que precede y dispone al hombre para la justificación, sea la fe, sean las obras, merece la gracia por la que el hombre es justificado (cfr 11,16; *De iustificatione*, cap. 8).

Añade el Apóstol que la justificación por la gracia se alcanza «mediante la redención que está en Cristo Jesús» (v. 24). Es decir, en la justificación del pecador se da «el paso del estado en que el hombre nace hijo del primer Adán, al estado de gracia y de adopción de hijos de Dios por el segundo Adán, Jesucristo, Sal-vador nuestro» (Conc. de Trento, *De iustificatione*, cap. 4). Esto ha sido posible gracias a que Nuestro Señor nos salvó dándose a Sí mismo como precio por nuestro rescate. La palabra griega que corresponde a «redención» indica precisamente un rescate que se paga para liberar a alguien de la esclavitud. Cristo nos ha liberado de la esclavitud del pecado, pagando, por así decir, ese precio de nuestra libertad (cfr 6,23), entendiendo bien que ese precio no es tanto su sufrimiento sino el amor al Padre que lo impregna. San Pablo afirma que Dios ha hecho a Jesús el verdadero propiciatorio (v. 25). El «propiciatorio» era la cubierta o tapa del Arca de la Alianza, con figuras de dos querubines. Estaba considerado como el trono de Dios en la tierra (cfr Sal 80,2; 99,1), desde donde hablaba a Moisés (cfr Ex 37,6; Nm 7,89), y como el lugar donde implorar a Dios el perdón de los pecados mediante el rito del sacrificio expiatorio que se celebraba el «Día de la Expiación», Yôm Kippûr (cfr Lv 16,1-34; 23,26-32; Nm 29,7-11); en ese día, el sumo sacerdote rociaba el propiciatorio con la sangre de los animales sacrificados como víctimas para el perdón de los pecados del sacerdote y del pueblo. Al decir que Jesús es el propiciatorio Pablo enseña que Jesús es el único que puede obtener la remisión de los pecados con su sangre.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, sintetizando esta doctrina, enseña: «La justificación es al mismo tiempo la acogida de la justicia de Dios por la fe en Jesucristo. La justicia designa aquí la rectitud del amor divino. Con la justificación son difundidas en nuestros corazones la fe, la esperanza y la caridad, y nos es concedida la obediencia a la voluntad

divina. La justificación nos fue merecida por la pasión de Cristo, que se ofreció en la cruz como hostia viva, santa y agradable a Dios y cuya sangre vino a ser instrumento de propiciación por los pecados de todos los hombres. La justificación es concedida por el bautismo, sacramento de la fe. Nosconforma a la justicia de Dios que nos hace interiormente justos por el poder de su misericordia. Tiene por fin la gloria de Dios y de Cristo, y el don de la vida eterna (cfr Conc. de Trento: DS 1529)» (nn. 1991 y 1992).

Los vv. 27-31 muestran cómo, en consecuencia, nadie puede considerarse superior; ni siquiera los judíos, aun cuando Dios hubiera manifestado especial predilección por ellos. Solemnemente San Pablo declara: ningún hombre puede gloriarse ante Dios, como si fuera justo o santo, por cumplir los mandatos de la Ley (v. 28); es Dios quien hace justo al hombre por pura gracia, y el hombre llega a ser justo aceptando, mediante la fe, la gracia que Dios le ofrece a través de Jesucristo. Tanta es la insistencia del Apóstol, que la afirmación de que el hombre es justificado por la fe, no por las obras de la Ley, viene a ser como un estribillo de la carta (vv. 22.26.28.30; 4,5; 11,6; cfr Ga 2,16; 3,11).

Hoy día, los exegetas cristianos, católicos y no católicos, tienen por indiscutible esta enseñanza fundamental de San Pablo: la salvación ha sido ofrecida en Jesucristo y Dios justifica al hombre por la fe en Cristo. Es, pues, la fe la que justifica. Pero no la fe «sola», sino la fe que obra por medio de la caridad (cfr Ga 5,6). Será, por tanto, «en virtud de la fe», y no por la circuncisión, como los judíos serán justificados, y «por medio de la fe» como los incircuncisos conseguirán también la salvación. ¿Ha quedado anulada la Ley por la fe? No, sino que la fe confirma la Ley, dándole su verdadero sentido y llevándola a la perfección.

Edificó su casa sobre roca (Mt 7,21-27)

Evangelio

El Señor insiste en que el discípulo será juzgado por sus obras (vv. 15-20), que son las que pondrán de manifiesto si cumplió la voluntad del Padre en la tierra (vv. 21-23).

Los falsos profetas de los que había hablado poco antes (v. 15) eran, en el Antiguo Testamento (cfr Jr 23,9-40), aquellos que, sin ser enviados por Dios, embaucaban al pueblo. Jesús previene frente a ellos, advirtiendo a los discípulos que no miren a las apariencias sino a las obras, y dando un criterio de discernimiento: si son de Dios, tendrán buenos frutos.

Por eso, la entrada en el Reino, la pertenencia a la Iglesia, se demuestra con obras, no sólo con palabras: es necesario dar frutos buenos (v. 19), cumplir la voluntad del Padre (v. 21), y traducir en la práctica diaria las palabras de Jesús (v. 24). Muy gráficamente recomienda Fray Luis de Granada: «Mira que no es ser buen cristiano solamente rezar y

ayunar y oír Misa, sino que te halle Dios fiel, como a otro Job y otro Abrahán, en el tiempo de la tribulación» (*Guía de pecadores* 1,2,21).

La parábola de quien edifica sobre roca (vv. 24-27) resume la conducta del que desea entrar en el Reino de Dios que se va haciendo presente en la Iglesia. Quien se esfuerza por llevar a la práctica las enseñanzas de Jesús, aunque vengan tribulaciones personales, o se vea rodeado del error, permanecerá fuerte en la fe, como el hombre sabio que edifica su casa sobre roca.

BENEDICTO XVI – Angelus 6 de marzo de 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

CRISTO ES LA ROCA DE NUESTRA VIDA

¡Queridos hermanos y hermanas!

El Evangelio de este domingo presenta la conclusión del "Discurso de la montaña", donde el Señor Jesús, a través de la parábola de las dos casas construidas una sobre la roca y otra sobre la arena, invita a sus discípulos a escuchar sus palabras y a ponerlas en práctica (cfr Mt 7,24). De este modo Él coloca al discípulo y a su camino de fe en el horizonte de la Alianza, constituida por la relación que Dios estableció con el hombre, a través del don de su Palabra, entrando en comunicación con nosotros. El Concilio Vaticano II afirma: "Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía". (Const. dogm. sobre la divina Revelación *Dei Verbum*, 2). "En esta visión, cada hombre se presenta como el destinatario de la Palabra, interpelado y llamado a entrar en este diálogo de amor mediante su respuesta libre" (Exhort. Ap. postsin.*Verbum Domini*, 22). Jesús es la Palabra viviente de Dios. Cuando enseñaba, la gente reconocía en sus palabras la misma autoridad divina, sentía la cercanía del Señor, su amor misericordioso, y alababa a Dios. En toda época y en todo lugar, quien tiene la gracia de conocer a Jesús, especialmente a través de la lectura del santo Evangelio, se queda fascinado con él, reconociendo que en su predicación, en sus gestos, en su Persona Él nos revela el verdadero rostro de Dios, y al mismo tiempo nos revela a nosotros mismos, nos hace sentir la alegría de ser hijos del Padre que está en los cielos, indicándonos la base sólida sobre la que edificar nuestra vida.

Pero a menudo el hombre no construye su actuación, su existencia, sobre esta identidad, y prefiere las arenas de las ideologías, del poder, del éxito y del dinero, pensando encontrar en ellos estabilidad y la respuesta a la imborrable demanda de felicidad y de plenitud que lleva en la propia

alma. Y nosotros, ¿sobre qué queremos construir nuestra vida? ¿Quién puede responder verdaderamente a la inquietud de nuestro corazón? ¡Cristo es la roca de nuestra vida! Él es la Palabra eterna y definitiva que no hace temer ningún tipo de adversidad, de dificultad, de molestia (cfr *Verbum Domini*, 10). Que la Palabra de Dios pueda permear toda nuestra vida, pensamiento y acción, así como proclama la primera lectura de la Liturgia de hoy tomada del Libro del Deuteronomio: "Grabad estas palabras en lo más íntimo de vuestro corazón. Atadlas a vuestras manos como un signo, y que sean como una marca sobre vuestra frente" (11,18). Queridos hermanos, os exhorto a hacer lugar, cada día, a la Palabra de Dios, a nutriros de ella, a meditarla continuamente. Es una ayuda preciosa también para protegerse de un activismo superficial, que puede satisfacer por un momento el orgullo, pero que al final, nos deja vacíos e insatisfechos.

Invocamos la ayuda de la Virgen María, cuya existencia estuvo marcada por la fidelidad a la Palabra de Dios. La contemplamos en la Anunciación, a los pies de la Cruz, y ahora, partícipe de la gloria de Cristo Resucitado. Como ella, queremos renovar nuestro "sí" y entregar con confianza a Dios nuestro camino.

RANIERO CANTALAMESSA (Echad las redes)

La casa sobre roca

El tema de este Domingo es la palabra de Dios entendida, sin embargo, no como palabra sobre este o aquel tema particular sino en sí misma, como el hablar mismo de Dios. En cada lengua existe el diccionario, que explica el significado de las palabras, y existe la gramática, que enseña a cómo usarlas. Lo que nos viene explicado hoy es precisamente la «gramática», que es necesario aprender para entrar en diálogo con Dios. Ya en la primera lectura escuchamos:

«Meteos estas palabras mías en el corazón y en el alma, atadlas a la muñeca como un signo, ponedlas de señal en vuestra frente».

Muchos al encontrarse con algún hermano hebreo, que volvía de la oración, se habrá maravillado de vede un estuche sobre su frente o en los filamentos, pendientes de sus brazos. Son un modo literal de poner en práctica estas recomendaciones de Moisés, como signo de amor y devoción a la palabra de Dios.

Como siempre, la primera lectura nos prepara al Evangelio. Dos cosas caracterizan el paisaje de Palestina: las rocas y la arena. En tiempo de Jesús, todos sabían que es de necios construir la propia casa sobre arena en el fondo de los valles, más bien que en lo alto de la roca. En efecto,

después de cada lluvia abundante se forma, casi de inmediato, un torrente, que se lleva por delante las pequeñas casas, que encuentra por el camino. Jesús se basa en esta observación, que quizás había hecho en persona, para construimos la parábola de hoy sobre las dos casas, que es como una parábola con dos fachadas. Por ello, dice:

«el que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca».

Con una simetría perfecta, variando sólo poquísimas palabras, Jesús presenta la misma escena en forma negativa:

«El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente».

Tenemos la suerte de poseer un comentario a esta parábola de Cristo en el mismo Nuevo Testamento; es un conocido fragmento de Santiago, también él dividido en dos cuadros, uno negativo y otro positivo:

«Poned por obra la palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contemplaba sus rasgos fisiológicos en un espejo: efectivamente, se contempló, se dio media vuelta y al punto se olvidó de cómo era. En cambio el que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ése, practicándola, será feliz» (Santiago 1,22-25).

A las distintas suertes de las dos casas, embestidas por el agua, corresponde aquí la distinta actitud del hombre ante el espejo; pero, el meollo de la enseñanza es la misma.

De éstos y de otros textos análogos de la Escritura, podemos deducir las tres reglas «gramaticales», que en conjunto permiten recibir el lenguaje de Dios y sacar provecho de su hablarnos a nosotros; son: escuchar, reflexionar y practicar. Practicar sin antes haber escuchado y reflexionado es imposible; escuchar y reflexionar sin ponerlo en práctica es inútil. Juntas estas tres operaciones nos trazan por delante un itinerario completo de vida cristiana, que queremos ilustrar.

Por lo tanto, como primer acto, escuchar. Este momento comprende todas las formas y los modos con que nos ponemos en contacto con la palabra de Dios: escucha de la Palabra durante la liturgia, facilitado después del concilio con el uso de la lengua vulgar; cursos bíblicos; contribuciones o artículos escritos; e, insustituible, la lectura personal de la Biblia.

En esta primera fase es necesario evitar dos escollos. El primero es la árida filología, que transforma la lectura personal de la Biblia en una lectura impersonal. Esto sucede cuando la Biblia se reduce a un libro a estudiar con los métodos más avanzados de la crítica histórica y filológica, más bien que un libro, ante todo, al que acercarse con fe; a un texto a «dominar» más bien que a ser dominados e interpelados por él.

Esto ya no sería más un «contemplarse en el espejo», como recomendaba Santiago, sino un limitarse a «mirar o contemplar el espejo». Como si uno se pasase todo el tiempo examinando de qué materia está construido el marco del espejo o si hay pequeños puntos oscuros sobre su superficie, sin nunca «mirarse o contemplarse en el espejo». Debemos máxima gratitud a quienes gastan su vida estudiando la Biblia y penetrando más a fondo sobre su sentido. Cada vez que abrimos una Biblia recogemos el fruto de su trabajo a manos llenas. Sólo que no debemos pensar que con esto se ha agotado todo deber en relación con la palabra de Dios; al contrario, eso está apenas iniciado.

El otro peligro, no menos grave, es el fundamentalismo. Hay dos fundamentalismos, uno bueno y otro malo. El fundamentalismo es bueno si lo entendemos en el sentido de una constante vuelta a las cosas «fundamentales» de la fe; es dañoso o malo cuando significa tomar, materialmente, la Escritura a la letra sin darse el mínimo pensamiento sobre el contexto, sobre los géneros literarios, en suma, sobre una sana hermenéutica. Esto es, ignorar al Espíritu para recaer en la letra. Y, asimismo, en este caso, «la letra mata» (2 Corintios 3, 6). Mata la potencia del mensaje. El hombre de una cierta cultura y exigencia crítica no podrá más que rechazar un mensaje, que, bajo el pretexto de salvar la fe, contradice manifiestamente la razón y, a veces, hasta el buen sentido. Así, fácilmente la fe llega a ser irrelevante si no para cada uno al menos para la sociedad. Es verdad que Dios confunde a los sabios con la necedad; pero, ¡no con «esta» necedad!

Vengamos, ahora, a la segunda operación o «regla gramatical», reflexionar. En el texto de Santiago está indicada como un «fijar la mirada» en la Palabra, un pararse largamente ante el espejo. En la parábola del sembrador, Jesús habla de la tierra buena, que acoge profundamente la semilla de la Palabra y le consiente poner raíces, en contraste con el camino o el asfalto en donde la simiente permanece en la superficie y los pájaros la picotean. Con esto, viene inculcada la misma exigencia de comprender y asimilar la palabra escuchada. La semilla, caída en tierra buena, es «el que escucha la palabra y la comprende» (Mateo 13,23). Los Padres antiguos a todo esto lo llamaban rumiar la Palabra, por analogía con lo que hacen ciertos animales, que, después de haber engullido la comida, vuelven de nuevo a masticarla durante horas, para extraerle todos los elementos nutritivos y digerirla mejor.

Grandes ventajas se derivan de estar durante mucho tiempo ante el espejo de la palabra de Dios. La primera es que la persona aprende a conocerse a sí misma. Ve cuál es el plano de Dios y lo compara con la propia realidad; ve el ideal y mide su diferencia. Pongamos ejemplos concretos. Abrid el Evangelio de Mateo en el capítulo quinto con las Bienaventuranzas. He aquí que el espejo está abierto delante de ti. Comienza a leer: «Dichosos los pobres de espíritu». Inmediatamente, te surge la pregunta: ¿y yo soy pobre de espíritu?, ¿estoy distanciado de los bienes o soy esclavo de *Mamonna* (el dios dinero) como todos los demás? «Dichosos los limpios de corazón»: ¿y yo soy puro de corazón?, ¿puro de labios, de ojos, de fantasía, de cuerpo? Abre la Escritura en el capítulo 13 de la primera carta a los Corintios. Otro espejo: «La caridad es paciente» (v. 4): ¿y yo? «La caridad no es envidiosa» (v. 4): ¿y yo? «Todo lo soporta» (v. 7): ¿y yo? Esto como se ve no es un espejo normal, que se detiene en la superficie. Como dice san Pablo: «Viva es la palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón» (Hebreos 4,12). Es el mejor modo para hacer nuestros exámenes de conciencia, cuando queremos ir un poco más allá de los esquemas aprendidos de memoria siendo niños.

Pero, en el espejo de la palabra de Dios no nos vemos, por suerte, sólo a nosotros mismos; vemos (y es lo más importante) el mismo rostro de Dios o mejor el corazón de Dios. La Escritura es «una carta de Dios omnipotente a su criatura; en ella por las palabras de Dios se aprende a conocer el corazón de Dios» (san Gregorio Magno, Epístolas IV, 31). De igual forma para Dios vale el dicho de Jesús: «Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca» (Mateo 12, 34). Dios nos ha hablado en la Escritura de lo que está lleno su corazón y lo que llena su corazón es el amor hacia nosotros. «Todas las Escrituras han sido escritas para esto: para que el hombre entienda cuánto le ama Dios y, entendiéndolo, se inflame de amor hacia él» (Agustín, *De catechizandis rudibus* 1,8).

Y vengamos, ahora, a la operación más importante de todas: poner en práctica la palabra. Bien sea en la parábola de Jesús como en el comentario de Santiago, el mayor contraste no está entre quien escucha y quien no escucha la palabra sino entre quien escucha y la pone en práctica y quien escucha y no la pone en práctica. Este principio está cargado de enormes consecuencias. Dice que también hoy el obstáculo mayor no está entre quien conoce el Evangelio y quien no lo conoce, entre los cristianos y los no cristianos, sino entre quienes conociéndolo no lo ponen en práctica y quienes conociéndolo o no conociéndolo lo ponen en práctica. Éste es el sentido de la advertencia con que se abre el Evangelio de hoy:

«No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo».

Esto no quiere decir que la cosa más importante para los cristianos sean las obras y no la fe o la gracia de Dios. Quiere decir que la fe misma no es auténtica sino que permanece acampada en el aire, si no se traduce en el esfuerzo por vivir lo que se cree. El verdadero contraste no está entre la fe y las obras (como somos inducidos a creer como consecuencia de las conocidas polémicas con el protestantismo) sino que está entre la fe viva y la fe muerta. En esto conserva su perenne validez el conocido reclamo del mismo apóstol Santiago (cfr. Santiago 2,14-18).

La palabra de Dios, como se ve, puede constituir una vía completa en sí de santificación: nos guía a la contemplación de la verdad y al ejercicio de la caridad. Es una vía teórica y práctica. Los Padres justamente han hablado de las «dos mesas» en las que nos podemos nutrir en esta vida: la mesa del pan y la mesa de la Palabra. El mismo empeño que ponemos al recibir la Eucaristía deberíamos por ello ponerlo para recibir la Palabra. Si sentimos la necesidad de purificarnos antes de ir a recibir la comunión, deberíamos sentir la misma necesidad antes de una cita o reunión importante con la palabra de Dios. Sobre esto, casi con las mismas palabras, insisten bien sea la carta de Santiago como la de Pedro:

«Por eso, desechad toda inmundicia y abundancia de mal y recibid con docilidad la palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras vidas» (Santiago 1,21. cfr. 1 Pedro 2,1-2).

El mismo cuidado, que tenemos en la comunión de no dejar caer en tierra ningún fragmento del cuerpo de Cristo, deberíamos tenerlo para no dejar caer en el vacío ninguna palabra de Dios, que escuchamos. Cierro con un magnífico texto de Orígenes a este respecto: «Vosotros que estáis acostumbrados a tomar parte en los divinos misterios, cuando recibís el cuerpo del Señor lo conserváis con toda cautela y toda veneración, para que ni una pequeña partícula caiga a tierra y no se pierda nada del don consagrado. Es vuestra la convicción (y con razón) que sea una culpa dejar caer alguna parte por descuido. Si para conservar su cuerpo sois (y justamente) tan cautos, ¿entendéis que sea una culpa menor descuidar su palabra? (Homilías sobre el Éxodo XIII, 3).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía I: con textos de homilías pronunciadas por S.S. Juan Pablo II

Homilía de Juan Pablo II en Pelplin, Polonia, domingo 6 de junio 1999

1. «Bienaventurados (...) los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (*Lc* 11, 28). Esta bienaventuranza de Cristo acompaña hoy

nuestra peregrinación a Polonia. La pronuncio con alegría en Pelplin, al saludar a todos los fieles de esta Iglesia, con su obispo Jan Bernard Szlaga, al que doy las gracias por sus palabras de bienvenida. Saludo asimismo al obispo auxiliar, mons. Piotr Krupa; a todos los cardenales, arzobispos y obispos polacos aquí reunidos, encabezados por el cardenal primado; a los sacerdotes, los religiosos, las religiosas; y a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas. «Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». Que hagamos nuestra esta bienaventuranza.

2. Durante más de mil años han pasado por estas tierras muchos hombres que escucharon la palabra de Dios. La acogieron de labios de los que la anunciaban. Los primeros la recibieron de labios del gran misionero de estas tierras, san Adalberto. Fueron testigos de su martirio. Las generaciones sucesivas crecieron de esas semillas, gracias al ministerio de otros misioneros, obispos, sacerdotes y religiosos: los apóstoles de la palabra de Dios. Unos confirmaron con el martirio el mensaje del Evangelio; otros, mediante un continuo compromiso apostólico según el espíritu del «*ora et labora*», ora y trabaja, benedictino. *La palabra anunciada cobraba una fuerza particular como palabra confirmada con el testimonio de la vida.*

Está muy arraigada en esta tierra la tradición de escuchar la palabra de Dios y dar testimonio del Verbo, que en Cristo se hizo carne. Esa tradición, vivida durante muchos siglos, también se cumple en el nuestro. Un signo elocuente, y a la vez trágico, de esta continuidad fue el así llamado «otoño de Pelplin», que tuvo lugar hace sesenta años. Entonces, veinticuatro sacerdotes valientes, profesores del seminario mayor y funcionarios de la curia episcopal, testimoniaron su fidelidad al servicio del Evangelio con el sacrificio del sufrimiento y de la muerte. Durante el tiempo de la ocupación perdieron la vida en esta tierra 303 pastores, que difundieron con heroísmo el mensaje de esperanza a lo largo de ese dramático período de guerra y ocupación. Si hoy recordamos a esos sacerdotes mártires es porque *de sus labios nuestra generación escuchó la palabra de Dios y gracias a su testimonio experimentó su fuerza.*

Conviene que recordemos esa histórica siembra de la palabra y del testimonio, especialmente ahora, mientras nos acercamos al final del segundo milenio. Esa tradición plurisecular no puede interrumpirse en el tercer milenio. Sí; considerando los nuevos desafíos que se plantean al hombre de hoy y a toda la sociedad, debemos renovar continuamente en nosotros mismos la conciencia de lo que es la palabra de Dios, de su importancia en la vida del cristiano, de la Iglesia y de toda la humanidad, y de su fuerza.

3. ¿Qué dice Cristo al respecto en el pasaje evangélico de hoy? Al terminar el sermón de la Montaña, dice: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que construyó

su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero no cayó, porque estaba cimentada sobre roca» (*Mt* 7, 24-25). El caso contrario del que edificó sobre roca es el hombre que edificó sobre arena. Su construcción resultó poco resistente. Ante las pruebas y las dificultades, se derrumbó. Esto es lo que Cristo nos enseña.

El edificio de nuestra vida debe ser una casa construida sobre roca. ¿Cómo construirlo para que no se desplome bajo el peso de los acontecimientos de este mundo? ¿Cómo construirlo para que, de «morada terrestre», se convierta en «edificio de Dios, una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos»? (cf. *2 Co* 5, 1). Hoy escuchamos la respuesta a esa pregunta esencial de la fe: los cimientos del edificio cristiano son *la escucha y el cumplimiento de la palabra de Cristo*. Al decir «la palabra de Cristo» no sólo nos referimos a su enseñanza, a sus parábolas y sus promesas, sino también a sus obras, sus signos y sus milagros. Y sobre todo a su muerte, a su resurrección y a la venida del Espíritu Santo. Más aún: nos referimos al *Hijo mismo de Dios, al Verbo eterno del Padre, en el misterio de la Encarnación. «Y el Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn* 1, 14).

Con este Verbo, Cristo vivo, resucitado, san Adalberto vino a Polonia. Durante siglos vinieron con Cristo también otros heraldos, y dieron testimonio de él. Por él dieron la vida los testigos de nuestros tiempos, tanto sacerdotes como seglares. Su servicio y su sacrificio se han convertido para las generaciones sucesivas en signo de que nada puede destruir una construcción cuyo cimiento es Cristo. A lo largo de los siglos han venido repitiendo, como san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? (...) Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó» *(Rm* 8, 35-37).

4. «Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». Si, en el umbral del tercer milenio, nos preguntamos cómo serán los tiempos que van a venir, no podemos evitar a la vez *la pregunta sobre el fundamento que ponemos bajo esa construcción*, que continuarán las futuras generaciones. Es preciso que nuestra generación construya con prudencia el futuro; y constructor prudente es el que escucha la palabra de Cristo y la cumple.

Desde el día de Pentecostés, la Iglesia conserva la palabra de Cristo como su más valioso tesoro. Recogida en las páginas del Evangelio, ha llegado hasta nuestro tiempo. Hoy somos nosotros quienes tenemos *la responsabilidad de transmitirla a las futuras generaciones*, no como letra muerta, sino como fuente viva de conocimiento de la verdad sobre

Dios y sobre el hombre, fuente de auténtica sabiduría. En este marco cobra actualidad particular la exhortación conciliar, dirigida a todos los fieles «para que adquieran 'la ciencia suprema de Jesucristo' (*Flp* 3, 8), 'pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo' (san Jerónimo)» (*Dei Verbum*, 25).

Por eso, mientras durante la liturgia tomo en las manos el libro del Evangelio y como signo de bendición lo elevo sobre la asamblea y sobre toda la Iglesia, lo hago con la esperanza de que siga siendo el libro de la vida de todo creyente, de toda familia y de la sociedad entera. Con esa misma esperanza, os pido hoy: *entrad en el nuevo milenio con el libro del Evangelio*. Que no falte en ninguna casa polaca. Leedlo y meditadlo. Dejad que Cristo os hable. «Escuchad hoy su voz: 'No endurezcáis vuestro corazón'...» (*Sal* 95, 8).

5. A lo largo de veinte siglos la Iglesia se ha inclinado sobre las páginas del Evangelio para leer del modo más preciso posible lo que Dios ha querido revelar en él. Ha descubierto el contenido más profundo de sus palabras y de sus acontecimientos; ha formulado sus verdades, declarándolas seguras y salvíficas. Los santos las han puesto en práctica y han compartido su experiencia del encuentro con la palabra de Cristo. De ese modo se ha desarrollado la *tradición de la Iglesia*, fundada en el testimonio mismo de los Apóstoles. Si hoy interpelamos el Evangelio, no podemos separarlo de ese patrimonio de siglos, de esa tradición.

Hablo de esto porque existe la tentación de interpretar la sagrada Escritura separándola de la tradición plurisecular de la fe de la Iglesia, aplicando claves de interpretación propias de la literatura contemporánea o de los medios de comunicación. De esa forma se corre el peligro de caer en simplificaciones, de falsificar la verdad revelada e incluso de adaptarla a las necesidades de una filosofía individual de la vida o de ideologías aceptadas *a priori*. Ya san Pedro apóstol se opuso a intentos de ese tipo. Escribe: «Ante todo, tened presente que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia» (*2 P* 1, 20). «El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios (...) ha sido encomendado sólo al magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo» (*Dei Verbum*, 10).

Me alegra que la Iglesia en Polonia ayude con eficacia a los fieles a conocer el contenido de la Revelación. Conozco la gran importancia que los pastores atribuyen a *la liturgia de la Palabra* durante la santa misa y a la *catequesis*. Doy gracias a Dios porque en las parroquias y en el ámbito de las comunidades y de los movimientos eclesiales surgen y se desarrollan continuamente *círculos bíblicos y grupos de debate*. Con todo, es necesario que los que asumen la responsabilidad de una exposición autorizada de la verdad revelada no confíen en su intuición, a

menudo poco fiable, sino en un conocimiento sólido y en una fe inquebrantable.

Deseo expresar aquí *mi gratitud a todos los pastores que, con entrega y humildad, cumplen el servicio de la proclamación de la palabra de Dios*. No puedo por menos de mencionar a todos los obispos, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y catequistas que, con fervor, a menudo en medio de grandes dificultades, realizan esa misión profética de la Iglesia. Asimismo, quiero dar las gracias a los exegetas y a los teólogos que, con un empeño digno de elogio, investigan las fuentes de la Revelación, prestando a los pastores una ayuda competente. Queridos hermanos y hermanas, que Dios recompense con su bendición vuestro compromiso apostólico. «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación!» (*Is* 52, 7).

6. Bienaventurados también todos los que con corazón abierto se benefician de ese servicio. Son realmente «bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen», pues *experimentan esta gracia particular,* en virtud de la cual la semilla de la palabra de Dios no cae entre espinas, sino en terreno fértil, y da abundante fruto. Precisamente esta *acción del Espíritu Santo, el Consolador, se adelanta y nos ayuda,* mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede «a todos gusto en aceptar y creer la verdad» (*Dei Verbum*, 5). Son bienaventurados porque, descubriendo y cumpliendo la voluntad del Padre, encuentran constantemente el sólido cimiento del edificio de su vida.

A los que van a cruzar el umbral del tercer milenio les queremos decir: *construid la casa sobre roca*. Construid sobre roca la casa de vuestra vida personal y social. *Y la roca es Cristo*, que vive en su Iglesia; Cristo, que perdura en esta tierra desde hace mil años. Vino a vosotros por el ministerio de san Adalberto. Creció sobre el fundamento de su martirio, y persevera. La Iglesia es Cristo, que vive en todos nosotros. Cristo es la vid y nosotros los sarmientos. Él es el cimiento y nosotros las piedras vivas.

7. «Señor, quédate con nosotros» (cf. *Lc* 24, 29), dijeron los discípulos que se encontraron con Cristo resucitado a lo largo del camino de Emaús y «su corazón les ardía cuando les hablaba y les explicaba las Escrituras» (cf. *Lc* 24, 32). Hoy queremos repetir sus palabras: «Señor, quédate con nosotros». Te hemos encontrado a lo largo del camino de nuestra vida. Te encontraron nuestros antepasados, de generación en generación. Tú los confirmaste con tu palabra mediante la vida y el ministerio de la Iglesia.

Señor, quédate con los que vengan después de nosotros. Deseamos que estés con ellos, como has estado con nosotros. Esto es lo que deseamos y lo que te pedimos

Quédate con nosotros, cuando atardece. Quédate con nosotros mientras el tiempo de nuestra historia se está acercando al final del segundo milenio.

Quédate con nosotros y ayúdanos a caminar siempre por la senda que lleva a la casa del Padre.

Quédate con nosotros en tu palabra, en esa palabra que se convierte en sacramento: la Eucaristía de tu presencia.

Queremos escuchar tu palabra y cumplirla.

Deseamos vivir en la bendición.

Anhelamos contarnos entre los bienaventurados «que escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

Homilía II: a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Quien cumple las enseñanzas de Jesús edifica su vida sobre el sólido fundamento de una roca. Esta imagen recorre toda la Sagrada Escritura. Yahvé-Dios es la Piedra o Roca de Israel. De ella brotó el agua cuando los israelitas atravesaban el desierto y ella misma es Cristo, piedra angular, agua viva y fuente de vida eterna. Pero la piedra angular puede convertirse piedra de escándalo y ser desechada por los que intentan construir un mundo sin Dios.

La piedra, que es Cristo (cf 1 Cor 10), es la seguridad en las tormentas y vendavales de las pasiones humanas. Nosotros acertaremos en esta vida cuando edifiquemos con el Señor la casa común y la propia vida en la Iglesia. Para ello es preciso abandonar ese modo egoísta –necio, lo llama el Señor- de enfocar las cosas que se deslumbra con el inmenso y, a veces, maravilloso poder técnico, porque eso es construir sobre arena. ¿No vemos a nuestro alrededor personas destrozadas interiormente, destruidas, como esa casa edificada sobre arena de la que nos habla Jesús al final del Sermón del Monte?

"Nosotros somos piedras, sillares, que se mueven, que sienten, que tienen una libérrima voluntad. Dios mismo es el cantero que nos quita las esquinas, arreglándonos, modificándonos, según El desea, a golpe de martillo y de cincel. No queramos apartarnos, no queramos esquivar su Voluntad, porque de cualquier modo, no podremos evitar los golpes. Sufriremos más e inútilmente, y, en lugar de la piedra pulida y dispuesta para edificar, seremos un montón informe de grava que pisarán las gentes con desprecio" (San Josemaría Escrivá).

Jesucristo es la piedra angular de la Iglesia y de cada uno de nosotros, sin ella todo se viene abajo. Trabajos, intereses, amores, negocios, proyectos, diversiones…; en una palabra: la vida entera, adquiere un

sentido cuando vivimos como discípulos de Cristo. Supondría una equivocación grave aparcar nuestra condición de cristianos si, a la hora de ejercer un trabajo, de emprender un negocio, de elegir un espectáculo, un lugar para las vacaciones, etc., tan sólo pensáramos en las ventajas económicas o de otro signo y no tuviéramos en cuenta si eso es bueno o malo, lícito o no. Si en nuestras actuaciones no están presentes las enseñanzas de Jesucristo, el vendaval y los estragos del tiempo se encargarán de arruinar todos esos proyectos.

En la Primera Lectura de la Misa de hoy hemos leído: "Meteos mis palabras en el corazón y en el alma". El cristiano que se apoya en la piedra angular, que es Cristo, tiene su modo de ver el mundo y una escala de valores que le permite ser libre frente a *los cantos de sirena* de vientos y ríos salidos de madre, porque "donde está el espíritu del Señor allí está la libertad" (2 Cor 3, 17).

El Concilio Vaticano II, afirma que: "La Iglesia... cree que la clave, el centro y la finalidad de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro" (G. S. 10). Con el Salmo Responsorial, podemos acudir a Dios diciéndole: "Sé la roca de mi refugio, Señor".

Homilía III: basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Creyente puede ser quien sólo cree; cristiano, quien cree y vive lo creído»

I. LA PALABRA DE DIOS

Dt 11,18.26-28: «Mirad, os pongo delante bendición y maldición»

Sal 30,2-3.3-4.17 y 25: «Sé la roca de mi refugio, Señor»

Rm 3,21-25.28: «El hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley»

Mt 7, 21-27: «La casa edificada sobre roca y la casa edificada sobre arena».

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

"Meteos mis palabras en el corazón» (1ª Lect.). Se desprende del contexto que lo que se quiere decir es: «Escuchad la Palabra y hacedla amor y vida».

Hombre sabio es el que escucha las palabras y las pone en práctica: edifica sobre roca. El que escucha las palabras y no las pone en práctica, es un necio que edifica sobre arena. Este se limita a decir: «Señor, Señor...» Aquél, además, «hace la voluntad del Padre». Este último se salva; aquél no.

Las expresiones de San Pablo "por la fe en Jesucristo viene la justicia de Dios a todos los que creen»; «el hombre es justificado por la fe» (2ª Lect.) enseñan que la fe, es decir, la adhesión y conformidad con Jesús en su entrega a la voluntad del Padre es la que únicamente justifica. La santidad es la respuesta a la fe.

III. SITUACIÓN HUMANA

No son los teólogos, ni los predicadores, ni los grandes organizadores, ni los cristianos rutinarios «de toda la vida», los que cambiarán el mundo; serán los santos.

La vida misma del hombre avala la eficacia del obrar por encima del decir. Al hombre que actúa y lo hace de acuerdo con su pensar, se le admira, incluso sin compartir sus ideas. Al que cifra su vida en grandes palabras, solemnes discursos y nulas acciones, al principio se le escucha; poco después, ni eso.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El nombre de Dios, signo de fidelidad al hombre: "En el transcurso de los siglos, la fe de Israel pudo desarrollar y profundizar las riquezas contenidas en la revelación del Nombre divino. Dios es único: fuera de Él no hay dioses. Dios trasciende el mundo y la historia. Él es quien ha hecho el cielo y la tierra: «Ellos perecen, mas tú quedas, todos ellos como la ropa se desgastan... pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años». En él «no hay cambios ni sombras de rotaciones». Él es «Él que es», desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas" (212; cf 213-224).

La respuesta

– La Ley nueva o ley evangélica: "La ley evangélica entraña la elección decisiva entre «los dos caminos» y la práctica de las palabras del Señor; está resumida en la regla de oro: «Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros; porque esta es la Ley y los profetas»(Mt 7,12). Toda ley evangélica está contenida en el mandamiento de Jesús: amarnos los unos a los otros como él nos ha amado" (1970).

– La ley evangélica lleva a plenitud los mandamientos: 1970; cf 1965. 1966. 1967.

El testimonio cristiano

– «Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se olvide esto, que importa mucho), ha de ser trabajar y determinarse y disponerse, con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios; estad muy ciertas que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual» (Santa Teresa de Jesús, *Mor*. II.).

– «El que quiera meditar con piedad y perspicacia el Sermón que nuestro Señor pronunció en la montaña, según lo leemos en el Evangelio de San Mateo, encontrará en él sin duda alguna la carta perfecta de la vida cristiana…Este Sermón contiene todos los preceptos propios para guiar la vida cristiana (S. Agustín, *serm. Dom.* 1,I)» (1966).

El verdadero discípulo de Jesús une su sí a Dios, al sí de Jesús a su Padre.

HABLAR CON DIOS (Francisco Fernández Carvajal)

IR A ÍNDICE DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

Edificar sobre roca.

– La santidad consiste en llevar a cabo la voluntad de Dios, en lo grande y en lo que parece de escaso interés.

I. El Señor manifiesta una particular predilección por aquellos que en su vida se empeñan en cumplir en todo la voluntad de Dios, por quienes procuran que sus obras expresen las palabras y los deseos de su diálogo con Dios, que se convierte entonces en oración verdadera. Pues no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los Cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre…, declara Jesús en el Evangelio de la Misa (1). En aquella ocasión hablaba ante muchos que habían convertido la plegaria en un mero recitar palabras y fórmulas, que en nada influían luego en su conducta hipócrita y llena de malicia. No debe ser así nuestro diálogo con Cristo: "Ha de ser tu oración la del hijo de Dios; no la de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús aquellas palabras: "no todo el que dice ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el Reino de los Cielos".

"Tu oración, tu clamar, "¡Señor!, ¡Señor!" ha de ir unido, de mil formas diversas en la jornada, al deseo y al esfuerzo eficaz de cumplir la voluntad de Dios" (2).

Ni siquiera bastaría realizar prodigios y obras portentosas, como profetizar en su nombre o arrojar demonios -si esto fuera posible sin contar con Él-, si no procuramos llevar a cabo su amable voluntad; vanos serían los sacrificios más grandes, inútil sería nuestra carrera. Por el contrario, la Sagrada Escritura nos muestra cómo Dios ama y bendice a quien busca identificarse en todo con el querer divino: he hallado a David, hijo de Jesé, varón según mi corazón, que cumplirá en todo mi voluntad (3). Y San Juan escribe: El mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (4). Jesús mismo declara que su alimento es hacer la voluntad del Padre y dar cumplimiento a su obra (5). Esto es lo que importa, en eso consiste la santidad en medio de nuestros deberes, "en hacer Su voluntad, en ser lo

que Él quiere que seamos" (6), en desprendernos más y más de nuestros intereses y egoísmos y en hacernos uno con aquello que Dios ha dispuesto para nosotros.

El camino que conduce al Cielo y a la felicidad aquí en la tierra "es la obediencia a la voluntad divina, no el repetir su nombre" (7). La oración ha de ir acompañada de las obras, del deseo firmísimo de llevar a cabo el querer de Dios que se nos manifiesta de formas tan diversas. "Recia cosa sería -manifiesta Santa Teresa- que Dios nos estuviese diciendo claramente que fuésemos a alguna cosa que le importa, y no quisiésemos, porque estamos más a nuestro placer" (8), a nuestros deseos. ¡Qué pena si el Señor deseara llevarnos por un camino y nosotros no empeñáramos en ir por otro! Cumplir la voluntad de Dios: he aquí un programa para llenar toda una vida.

"Habrás pensado alguna vez, con santa envidia, en el Apóstol adolescente Juan, "quem diligebat Iesu" -al que amaba Jesús.

"-¿No te gustaría que te llamaran "el que ama la Voluntad de Dios?". Pon los medios" (9). Estos medios consistirán normalmente en cumplir los pequeños deberes de la jornada, en preguntarnos a lo largo del día: ¿hago en este momento lo que debo hacer? (10), aceptar las contrariedades que se presentan en la vida normal, luchar decididamente en aquellos consejos que hemos recibido en la dirección espiritual, rectificar la intención cuantas veces sea necesario, pues la tendencia de todo hombre es hacer su propia voluntad, lo que le apetece, lo que le resulta más cómodo y agradable.

¡Señor, yo sólo quiero hacer lo que quieras Tú, y del modo que lo desees! No quiero hacer mi voluntad, mis pobres caprichos, sino la tuya. Querría, Señor, que mi vida fuera sólo eso: cumplir tu voluntad en todo, poder decir como Tú, en lo grande y en lo pequeño: mi alimento, lo que da sentido a mi vida, es hacer la voluntad de mi Padre Dios.

– Querer lo que Dios quiera. Abandono en Dios.

II. El empeño por buscar en todo la gloria de Dios, nos da una particular fortaleza contra las dificultades y tribulaciones que hayamos de padecer: enfermedad, calumnias, apuros económicos...

En el mismo Evangelio de la Misa nos habla Cristo de dos casas, construidas al mismo tiempo y de apariencia semejante. Se puso de manifiesto la gran diferencia que existía entre ambas cuando llegó la prueba: las lluvias, las riadas y los fuertes vientos. Una de ellas se mantuvo firme, porque tenía buenos cimientos; la otra se vino abajo porque fue construida sobre arena: su ruina fue completa. Al que levantó la primera edificación, la que permaneció en pie, le llama el Señor hombre sabio, prudente; al constructor de la segunda, hombre necio.

La primera de las casas resistió bien los embates del invierno, no por la belleza de los adornos, ni siquiera por tener buena techumbre, sino gracias a sus cimientos de roca. Aquella casa perduró en el tiempo, sirvió de refugio a su dueño y fue modelo de buena construcción. Así es quien edifica su vida sobre el deseo llevado a la práctica de cumplir la voluntad de Dios en lo pequeño de cada día, en los asuntos importantes y, si llegan, en las contrariedades grandes. Por eso hemos visto a enfermos, debilitados en el cuerpo por la enfermedad, pero con una voluntad fuerte y un amor grande, llevando con alegría sus dolores, porque veían, por encima de su enfermedad, la mano de un Dios providente, que siempre bendice a quienes le aman, pero de formas bien diferentes. Y quien siente la difamación y la calumnia…; o el que padece la ruina económica y ve cómo sufren los suyos…; o la muerte de un ser querido cuando estaba aún en la plenitud de la vida…; o aquel que sufre la discriminación en su trabajo a causa de sus creencias religiosas… La casa -la vida del cristiano que sigue con hechos a Cristo- no se viene abajo porque está edificada sobre el más completo abandono en la voluntad de su Padre Dios. Abandono que no le impedirá la defensa justa cuando sea necesaria, exigir los derechos laborales que le correspondan o poner los medios para sanar de esa enfermedad. Pero lo llevará a cabo con serenidad, sin agobios y sin amargura ni rencores.

En nuestra oración de hoy le decimos al Señor que queremos abandonarnos en sus manos; allí nos encontramos seguros "No desees nada para ti, ni bueno ni malo: quiere solamente, para ti, lo que Dios quiera. Junto al Señor se vuelve dulce lo amargo y suave lo áspero.

"Jesús, en tus brazos confiadamente me pongo, escondida mi cabeza en tu pecho amoroso, pegado mi corazón a tu Corazón: quiero, en todo, lo que Tú quieras" (11). ¡Sólo lo que Tú quieras, Señor! ¡No deseo más!

– Cumplir y amar el querer divino en lo pequeño de los días normales y en los asuntos importantes.

III. Para permanecer firmes en los momentos difíciles, tenemos necesidad de aceptar con buena cara en los tiempos de bonanza las pequeñas contrariedades que surgen en el trabajo, en la familia…, en todo el entramado de la vida corriente, y cumplir con fidelidad y abnegación los propios deberes de estado: el estudio, el cuidado de la familia… Así se ahonda en los cimientos y se fortalece toda la construcción. La fidelidad en lo pequeño, que apenas se advierte, nos permite la fidelidad en lo grande (12), ser fuertes en los momentos decisivos.

Si somos fieles en el cumplimiento del querer divino en lo pequeño (en esos deberes diarios, en los consejos recibidos en la dirección espiritual, en la aceptación de las contradicciones que surgen en un día normal), tendremos el hábito de ver la mano de Dios providente en todas las cosas: en la salud y en la enfermedad, en la sequedad de la oración y en

la consolación, en la calma y en la tentación, en el trabajo y en el descanso; y esto nos llenará de paz; y sabremos dejar a un lado con más facilidad los respetos humanos, porque lo que nos importa de verdad es hacer aquello que el Señor quiere que hagamos, y esto nos da una gran libertad para actuar siempre de cara a Dios (13), para ser audaces en el apostolado, para hablar abiertamente de Dios.

Esa fidelidad en las cosas más pequeñas, por amor a Dios, "viendo en ellas, no su pequeñez en sí misma, lo cual es propio de espíritus mezquinos, sino eso tan grande como es la voluntad de Dios, que debemos respetar con grandeza, aun en las cosas más pequeñas" (14).

Un fundamento recio y fuerte puede servir también de cimentación a otras edificaciones más débiles: no se queda nunca solo. Nuestra vida interior, cuajada de oración y de realidades, puede servir a otros muchos, que encontrarán la fortaleza necesaria cuando flaqueen sus fuerzas, porque las dificultades y tribulaciones sean duras y difíciles de llevar.

No nos separemos en ningún momento de Jesús. "Cuando te veas atribulado, y también a la hora del triunfo, repite: Señor, no me sueltes, no me dejes, ayúdame como a una criatura inexperta, ¡llévame siempre de tu mano!" (15). Y con Él, cumpliendo lo que para nuestro bien nos va señalando, llegaremos hasta el final de nuestro camino, donde le contemplaremos cara a cara. Y junto a Jesús encontraremos a su Madre María, que es también Madre nuestra, a la que acudimos al terminar este rato de oración para que nuestro diálogo con Jesús no sea nunca un clamor vacío, y para que nos conceda tener un único empeño en la vida: cumplir la voluntad santísima de su Hijo en todas las cosas. "Señor, no me sueltes, no me dejes, ayúdame como a una criatura inexperta, ¡llévame siempre de tu mano!".

NOTAS:

(1) Mt 7, 21-27.- (2) J. ESCRIVA DE BALAGUER, Forja, n. 358.- (3) Cfr. Hech 13, 22.- (4) 1 Jn 2, 17.- (5) Cfr. Jn 4, 34.- (6) SANTA TERESA DE LISIEUX, Manuscritos autobiográficos, en Obras completas, Monte Carmelo, 5ª ed. , Burgos, 1980.- (7) SAN HILARIO DE POITIERS, en Catena Aurea, vol. I, p. 449.- (8) SANTA TERESA DE JESUS, Fundaciones, 5, 5.- (9) J. ESCRIVA DE BALAGUER, o. c. , n. 42.- (10) Cfr. IDEM, Camino, n. 772.- (11) IDEM, Forja, n. 529.- (12) Cfr. Lc 16, 20.- (13) Cfr. V. LEHODEY, El santo abandono, Casals, 4ª ed. , Barcelona 1951, p. 657.- (14) J. TISSOT, La vida interior, Herder, 16ª ed. , Barcelona 1964, p. 261.- (15) J. ESCRIVA DE BALAGUER, Forja, n. 654.

Comentario: Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Sant Cugat del Vallès, Barcelona, España)

IR A ÍNDICE DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

La voluntad de mi Padre celestial

Hoy notamos que Jesús exige no solamente escuchar su palabra, sino —y sobre todo— adherirnos coherentemente a ella. Así, dice Él, «entrarán en el reino de los cielos (…) solo los que hacen la voluntad de mi Padre» (Mt 7,21). Jesucristo puede exigir personalmente tal cosa porque Él mismo es Dios, el Hijo de Dios.

Que nuestra fe se ha de vivir «con obras y de verdad» (1Jn 3,18) es algo que se ha predicado desde los inicios en el cristianismo. Pero el Papa Benedicto, en su encíclica "Spe salvi" lo recordaba —podríamos decir— con un lenguaje moderno: el mensaje cristiano no solamente es una cuestión "informativa, sino que es y debe ser una realidad "performativa". «Esto significa que el Evangelio no es sólo una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida».

«Nunca os conocí» (Mt 7,23): ¡Dios nos libre de tener que escuchar algún día estas palabras tan severas! Nos conviene prestar atención a un hecho que, de entrada, puede causarnos sorpresa: Jesucristo se siente directamente afectado por nuestra respuesta (o "no respuesta") de fe; Él hace de ella una cosa personal. Y no es para menos: el cristianismo no es una ideología, ni un simple programa ético, sino y sobre todo un encuentro personal con Alguien. En esta misma línea, Juan Pablo II afirmaba que el fundamento de la moral cristiana consiste precisamente en el seguimiento de Cristo.

Es muy oportuna la imagen del hombre que «construyó su casa sobre la arena»: hombres sin razón, hombres derrumbados! (cf. Mt 7,26-27). Una sociedad sin Dios (o que, en la práctica, se aleja de la ley de Dios) es una sociedad encallada porque le falta el "motor" de la esperanza. Cuando el hombre se aleja de Dios, el hombre se aleja también del hombre. En cambio, es «feliz el hombre (…) que pone su amor en la ley del Señor (…). Es como un árbol plantado a la orilla de un río, que da su fruto a su tiempo y jamás se marchitan sus hojas» (Sal 1,1-3).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

Un amor con obras

Como dice un refrán castellano, "obras son amores y no buenas razones". Y nos parece lógico, pues de poco ayudaría un largo discurso de consideraciones afectuosas si, finalmente, nos quedáramos sólo en eso, que de suyo poco aporta a quien tiene necesidad, pudiendo actuar más decidida y eficazmente en favor del necesitado. Jesús lo asegura con claridad, para que lo entiendan bien los que pretenden ser sus discípulos, los que quieren seguir sus pasos, los que de algún modo han recibido la llamada exigente –todos los cristianos– de ser también pregoneros del Evangelio.

La clave, diríamos, está en las obras y no tanto en un conocimiento profundo y detallado de las enseñanzas de Jesús, ni tampoco en ser un maestro en la exposición de la buena doctrina. Claro está que ese conocimiento y exposición son necesarios, lo serán siempre, y habrá que amoldarlos además a los oídos, modo de ser y circunstancias de las personas. Pero el discípulo de Cristo jamás se puede quedar en ser un mero conocedor del Evangelio que, en todo caso, va repitiendo a su alrededor lo que habría que hacer o lo que habría que evitar. El Evangelio, antes que para difundirlo es para vivirlo. Mejor sería decir que vivirlo es propagarlo; que la extensión por el mundo de la enseñanza y la vida de Cristo no es sino la manifestación de la vida de los cristianos.

De hecho, se da una perfecta unidad entre el ser y la actividad en el cristiano. *El apostolado es como la respiración del cristiano: no puede vivir un hijo de Dios, sin ese latir espiritual,* asegura san Josemaría. ¿Qué sentido tendría la vida de Cristo si tan sólo hubiera sido admirable, si no hubiera procurado nuestra salvación? De hecho, la actividad apostólica en sus innumerables variantes, no es algo más, añadido a la vida cristiana. Es el ser mismo del apóstol de Jesucristo que, sin más, se manifiesta. Son las palabras del Señor, no tanto escuchadas y aprendidas como hechas vida, que para eso las pronunció el Señor. Y el cristiano, bien consciente de esto, no se quiere conformar con ser un teórico, buen conocedor de la Biblia. Sería entonces el vivo retrato de aquella casa edificada sobre arena, que se viene abajo, desencantando a propios y extraños, en la primera contrariedad.

Es un buen momento hoy, como cada día, para preguntarnos por la consistencia de nuestra "casa". No nos vaya a suceder que esa vida de cara a Dios acabe teniendo apenas una apariencia de solidez. Que, a la hora de la verdad, se acabe descubriendo que nuestro edificio espiritual era tan sólo un decorado, tal vez aparente en su fortaleza y belleza para unos ojos ingenuos, pero sin consistencia interior, sin un fundamento sólido que garantice su estabilidad ante los embates y su permanencia en el tiempo. Es muy fácil el autoengaño, alentado por la mayor facilidad de una vida poco exigente y con el beneplácito del entorno que, no pocas veces,

piensan y se comportan de modo semejante: unas prácticas de piedad rutinarias –las expresamente mandadas– y poco más.

Así, cuando se presentan circunstancias de una mayor exigencia –es muy conveniente, por ejemplo, realizar un mayor esfuerzo económico para garantizar una formación cristiana de los hijos– o la presión del ambiente social paganizado impulsa a contravenir la coherencia con la fe –un plan de diversión con amigos, pongamos por caso, que no permitiría cumplir con el precepto dominical–, entonces se puede poner de manifiesto la falta de fundamento y solidez de nuestro edificio espiritual: nuestra "casa" se sustentaba sobre arena. Algo, por otra parte, que ya sabíamos, aunque no lo hubiéramos querido pensar con el detenimiento y profundidad necesarios para decidirnos a un cambio de actitud.

La presión social contra nuestra vida cristiana y momentos de una mayor exigencia son inevitables en toda vida normal en medio de un mundo normal. No sería razonable pretender vivir como esas plantas de invernadero: siempre en las condiciones más óptimas para su más esplendoroso desarrollo. Las plantas naturales, como los hombres y las mujeres corrientes, viven, por lo general, en la calle y en medio de un mundo cambiante y, no pocas veces, agresivo, en intensa convivencia con los iguales, aunque diferentes tantas veces en sus ideologías, caracteres, mentalidades, culturas etc. Y es ahí, en contacto con la adversidad, donde nos espera Dios. Ahí se debe probar la autenticidad de cada uno. Y en medio de ese mundo es donde se sienten seguros y donde no tienen miedo los que se creen hijos de Dios y procuran comportarse como tales.

María, madre de Jesús y Madre nuestra, en todo momento está firmemente anclada en la divinidad. Su seguridad y su alegría son consecuencia de saber que "se ha fijado Dios en la humildad de su esclava". Esa realidad configura de continuo su tono vital optimista, radiante y generoso, incluso padeciendo el máximo dolor. "¡Madre nuestra, no dejes que nos apartemos de tu lado para estar siempre con Jesús!".

Domingo X del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN BEDA EL VENERABLE – Liturgia de las Horas**
- **FRANCISCO – Homilía en Santa Marta (21.IX.18) – El Lema del Santo Padre**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Jorge LORING S.J. (Cádiz, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sal 26, 1-2**

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? Cuando me asaltan mis enemigos, tropiezan y caen.

ORACIÓN COLECTA

Señor, Dios, de quien todo bien procede, escucha nuestras súplicas y concédenos que comprendiendo, por inspiración tuya, lo que es recto, eso mismo, bajo tu guía lo hagamos realidad. Por nuestro Señor Jesucristo …

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Yo quiero amor y no sacrificios.

Del libro del profeta Oseas 6, 3-6

Esforcémonos por conocer al Señor; y su juicio surge como la luz; bajará sobre nosotros como lluvia temprana, como lluvia de primavera que empapa la tierra.

"¿Qué voy a hacer contigo, Efraín? ¿Qué voy a hacer contigo, Judá? El amor de ustedes es como nube mañanera, como rocío matinal que se evapora. Por eso los he azotado por medio de los profetas y les he dado muerte con mis palabras. Porque yo quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios, más que holocaustos".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 49, 1 y 8, 12-13.14-15.

R/. Dios salva al que cumple su voluntad.

Habla el Dios de los dioses, el Señor, y convoca a cuantos moran en la tierra del oriente al poniente: "No voy a reclamarte sacrificios, pues ante mí están siempre tus ofrendas. *R/.*

Si yo estuviera hambriento, nunca iría a decírtelo a ti, pues todo es mío. ¿O acaso yo como carne de toros y bebo sangre de cabritos? *R/.*

Mejor ofrece a Dios tu gratitud y cumple tus promesas al Altísimo, pues yo te libraré cuando me invoques y tú me darás gloria, agradecido". *R/.*

SEGUNDA LECTURA

Su fe se robusteció y dio con ello gloria a Dios.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos 4, 18-25

Hermanos: Abraham, esperando contra toda esperanza, creyó que habría de ser padre de muchos pueblos, conforme a lo que Dios le había prometido: Así de numerosa será tu descendencia.

Y su fe no se debilitó a pesar de que a la edad de casi cien años, su cuerpo ya no tenía vigor, y además, Sara, su esposa, no podía tener hijos. Ante la firme promesa de Dios no dudó ni tuvo desconfianza, antes bien su fe se fortaleció y dio con ello gloria a Dios, convencido de que él es poderoso para cumplir lo que promete. Por eso, Dios le acreditó esta fe como justicia.

Ahora bien, no sólo por él está escrito que "se le acreditó", sino también por nosotros, a quienes se nos acreditará, si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos, en nuestro Señor Jesucristo, que fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 4, 18

***R/.* Aleluya, aleluya.**

El Señor me ha enviado para llevar a los pobres la buena nueva y anunciar la liberación a los cautivos. *R/.*

EVANGELIO

No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

+ Del santo Evangelio según san Mateo 9, 9-13

En aquel tiempo, Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado a su mesa de recaudador de impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él se levantó y lo siguió.

Después, cuando estaba a la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores se sentaron también a comer con Jesús y sus discípulos. Viendo esto, los fariseos preguntaron a los discípulos: "¿Por qué su Maestro come con publicanos y pecadores?". Jesús los oyó y les dijo: "No son los sanos los que necesitan de médico, sino los enfermos. Vayan, pues, y aprendan lo que significa: *Yo quiero misericordia y no sacrificios*. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira, Señor, con bondad nuestro servicio para que esta ofrenda se convierta para ti en don aceptable y para nosotros, en aumento de nuestra caridad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 17, 3

Señor, tú eres mi fortaleza, mi refugio, mi liberación y mi ayuda. Tú eres mi Dios.

***O bien:* 1 Jn 4, 16**

Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que la virtud medicinal de este sacramento nos cure por tu bondad de nuestras maldades y nos haga avanzar por el camino recto. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9, 9-13)

Evangelio

Este Mateo, al que Jesús llama, es el apóstol del mismo nombre y autor humano del primer Evangelio. Es el mismo que en Mc 2,14 y en Lc 5,27 es llamado Leví el de Alfeo o simplemente Leví.

Dios es el que llama. Para seguir a Jesús de modo permanente no basta con la propia determinación del hombre, sino que se requiere, absolutamente, la llamada individual por parte del Señor; esto es, la gracia de la vocación (cfr Mt 4,19-21; Mc 1,17-20; Jn 1,39; etc.). Esa llamada implica la previa elección divina. En otras palabras, no es el hombre quien toma la iniciativa; por el contrario, es Jesús quien llama primero y el hombre corresponde a ese llamamiento con su libre decisión personal: *«No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros»* (Jn 15,16).

Es de resaltar la prontitud con que Mateo «sigue» la llamada de Jesús. Ante la voz de Dios puede entrar en el alma la tentación de responder: «Mañana, todavía no estoy preparado». En el fondo esta y otras razones no son más que egoísmo y miedo, aparte de que el miedo puede ser un síntoma más de la llamada. Mañana tiene el riesgo de ser demasiado tarde.

Como la de otros apóstoles, la llamada de San Mateo se produce en medio de las circunstancias normales de su vida.

–¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?

Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes: a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores...

Y, ¡asómbrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos **(San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 799).**

La mentalidad de esos fariseos, tan inclinada a juzgar a los demás y clasificar fácilmente en justos y pecadores, no concuerda con la actitud y enseñanzas de Jesús. Ya había dicho: *«No juzguéis y no seréis juzgados»* (Mt 7,1), y todavía añadió: *«El que de vosotros esté sin pecado que tire la piedra el primero»* (Jn 8,7).

La realidad es que todos los hombres somos pecadores y a todos ha venido a redimir el Señor. No hay razón, pues, para que se dé entre los cristianos el escandalizarse por los pecados de otros, puesto que cualquiera de nosotros es capaz de cometer las mayores vilezas si no nos asistiera la gracia de Dios.

A nadie debe desanimar el verse lleno de miserias: reconocerse pecador es la única actitud justa ante Dios. Él ha venido a buscar a todos, pero el que se considera justo, por ese mismo hecho, está cerrando las puertas a Dios, porque en realidad todos somos pecadores.

La frase de Jesús, tomada de Os 6,6, conserva la expresión hiperbólico del estilo semítico. Una traducción más fiel al sentido sería:

***«más quiero misericordia que sacrificio»*. No es que el Señor no quiera los sacrificios que se le ofrecen, sino que insiste en que éstos han de ir siempre acompañados de la bondad del corazón, puesto que la caridad ha de informar toda la actividad del cristiano y con mayor razón el culto a Dios (vid. 1 Cor 13,1-13; Mt 5,23-24).**

SAN BEDA EL VENERABLE

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Jesús lo vio y, porque lo amó, lo eligió

Jesús vio a un hombre llamado Mateó, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme." Lo vio más con la mirada interna de su amor que con los ojos corporales. Jesús vio al publicano y, por que lo amó, lo eligió, y le dijo: Sígueme. Sígueme, que quiere decir: "Imítame". Le dijo: Sígueme, más que con sus pasos, con su modo de obrar. Porque, quien dice que permanece en Cristo debe vivir como vivió él.

***Él* —continúa el texto sagrado— *se levantó y lo siguió*. No hay que extrañarse del hecho de que aquel recaudador de impuestos, a la primera indicación imperativa del Señor, abandonase su preocupación por las ganancias terrenas y, dejando de lado todas sus riquezas, se adhiriese al grupo que acompañaba a aquel que él veía carecer en absoluto de bienes. Es que el Señor, que lo llamaba por fuera con su voz, lo iluminaba de un modo interior e invisible para que lo siguiera, infundiendo en su mente la luz de la gracia espiritual, para que comprendiese que aquel que aquí en la tierra lo invitaba a dejar sus negocios temporales era capaz de darle en el cielo un tesoro incorruptible.**

Y, *estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos*. La conversión de un solo publicano fue una muestra de penitencia y de perdón para muchos otros publicanos y pecadores. Ello fue un hermoso y verdadero presagio, ya que Mateo, que estaba destinado a ser apóstol y maestro de los gentiles, en su primer trato con el Señor arrastró en pos de sí por el camino de la salvación a un considerable grupo de pecadores. De este modo, ya en los inicios de su fe, comienza su ministerio de evangelizador que luego, llegado a la madurez en la virtud, había de desempeñar. Pero, si deseamos penetrar más profundamente el significado de estos hechos debemos observar que Mateo no sólo ofreció al Señor un banquete corporal en su casa terrena, sino que le preparó; por su fe y por su amor, otro banquete mucho más grato en la casa de su interior, según aquellas palabras del Apocalipsis: *Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos*.

Nosotros escuchamos su voz, le abrimos la puerta y lo recibimos en nuestra casa, cuando de buen grado prestamos nuestro asentimiento a sus advertencias, ya vengan desde fuera, ya desde dentro, y ponemos por obra lo que conocemos que es voluntad suya. Él entra para comer con nosotros, y nosotros con él, porque, por el don de su amor, habita en el corazón de los elegidos, para saciarlos con la luz de su continua presencia, haciendo que sus deseos tiendan cada vez más hacia las cosas celestiales y deleitándose él mismo en estos deseos como en un manjar sabrosísimo.

(De las homilías de san Beda el Venerable, presbítero)

FRANCISCO – Homilía en Santa Marta (21.IX.18) – El Lema del Santo Padre

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Elegidos desde abajo

Con su misericordia, Jesús elige a los apóstoles también «de entre lo peor», entre los pecadores y los corruptos. Pero depende de ellos preservar «el recuerdo de esta misericordia», recordar «dónde hemos sido elegidos», sin levantar la cabeza o pensar en hacer una carrera como funcionarios, organizadores de planes pastorales y empresarios. Es el testimonio concreto de la conversión de Mateo que el Papa Francisco volvió a proponer para celebrar una misa en Santa Marta el viernes 21 de septiembre, el día de la fiesta del apóstol y evangelista.

«En la oración colecta, hemos rezado al Señor y hemos dicho que en su plan de misericordia eligió a Mateo, el publicano, para convertirlo en un apóstol», recordó el Pontífice, quien señaló como clave «tres palabras: un plan de misericordia, elegido—elegir, constituir».

«Mientras se iba —explicó Francisco refiriéndose precisamente al pasaje del Evangelio de Mateo (9, 9-13)—, Jesús vio a un hombre llamado Mateo sentado en la oficina de impuestos y le dijo: "Sígueme". Y se levantó y lo siguió. Era un publicano, es decir, un hombre corrupto, porque traicionó a su país por dinero. Un traidor a su gente: lo peor».

De hecho, señaló el Papa, alguien podría objetar que «Jesús no tiene buen sentido para elegir a la gente»: «¿por qué eligió entre muchas otras» a esta persona «de lo peor, de la nada, del lugar más despreciado?» Además, explicó el pontífice, del mismo modo que el Señor «eligió a la mujer samaritana para ir a anunciar que él era el mesías: una mujer rechazada por la gente porque no era realmente una santa; y escogió a muchos otros pecadores y los hizo apóstoles». Y luego, agregó, «en la vida

de la Iglesia, tantos cristianos, tantos santos que han sido elegidos desde lo más bajo».

Francisco recordó que «esta conciencia que debemos tener los cristianos, —de donde he sido elegido, de dónde he sido elegida para ser cristiano— debe permanecer por toda la vida, permanecer allí y tener la memoria de nuestros pecados, la memoria de que el Señor tuvo misericordia de mis pecados y me eligió para ser cristiano, para ser apóstol». Por lo tanto, «el Señor elige». La oración es clara: «Señor, has elegido al publicano Mateo y le has hecho apóstol»; es decir, insistió, «desde lo peor hasta el lugar más alto». En respuesta a este llamado, el Papa señaló: «¿Qué hizo Mateo? ¿Se vistió de lujo? ¿Comenzó a decir: "Yo soy el príncipe de los apóstoles, con vosotros", con los apóstoles? ¿Aquí mando yo? ¡No! Trabajó toda su vida por el Evangelio, con mucha paciencia escribió el Evangelio en arameo». Mateo, explicó el Pontífice, «siempre tuvo en mente de dónde lo habían elegido: desde lo más bajo».

El hecho es, señaló el Papa, que «cuando el apóstol olvida sus orígenes y comienza a hacer carrera, se aleja del Señor y se convierte en un funcionario; que hace mucho bien, tal vez, pero no es un apóstol». Y así «será incapaz de transmitir a Jesús; será un ordenador de planes pastorales, de muchas cosas; pero finalmente, un especulador, un especulador del reino de Dios, porque ha olvidado de dónde fue elegido».

Por esta razón, afirmó Francisco, es importante tener «la memoria, siempre, de nuestros orígenes, del lugar en el que el Señor me miró; ese encanto de la mirada del Señor que me ha llamado a ser cristiano, a ser apóstol. Esta memoria debe acompañar la vida del apóstol y de todo cristiano».

«Nosotros, de hecho, siempre estamos acostumbrados a mirar los pecados de otros: mire esto, mire eso, mire ese otro», continuó el Papa. En cambio «Jesús nos dijo: "por favor, no miréis la paja en los ojos ajenos; mirad lo que tenéis en vuestro corazón"». Pero, el Pontífice insistió, «es más divertido hablar de los demás: parece ser algo hermoso». Tanto es así que «cotillear sobre los demás» se parece un poco a los «caramelos de miel, que son muy buenos: tomas uno, es bueno; tomas dos, es bueno; Tres... tomas medio kilo y te duele el estómago y estás enfermo».

En cambio, sugirió Francisco, «habla mal de ti mismo, acúsate a ti mismo, recordando tus pecados, recordando de dónde te eligió el Señor. Has sido elegido, has sido elegida. Te tomó de la mano y te trajo aquí. Cuando el Señor te eligió no hizo las cosas a medias: te eligió por algo grande, siempre».

«Ser cristiano —afirmó— es una gran cosa, hermosa. Nosotros somos quienes nos alejamos de nosotros y queremos permanecer a medio camino, porque eso es muy difícil; y negociar con el Señor» diciendo:

«Señor, no, solo hasta aquí». Pero «el Señor es paciente, el Señor sabe cómo tolerar las cosas: es paciente, nos espera. Pero nos falta generosidad: no a él. Él siempre te lleva de lo más bajo a lo más alto. Así lo hizo con Mateo y lo hizo con todos nosotros y lo seguirá haciendo».

Refiriéndose al apóstol, el Papa explicó cómo «sintió algo fuerte, tan fuerte, hasta el punto de dejar el amor de su vida en la mesa: el dinero». Mateo «dejó la corrupción de su corazón, para seguir a Jesús. La mirada de Jesús, fuerte: "¡Sígueme!". Y se fue», a pesar de estar «tan apegado» al dinero. «Y seguramente, no había teléfono en ese momento, habría enviado a alguien a contarles a sus amigos, a los de la camarilla, al grupo de publicanos: "venid a almorzar conmigo, porque celebraré al maestro"».

Por lo tanto, como lo relata el pasaje del Evangelio, «todos estaban en la mesa, estos: lo peor de lo peor de la sociedad de esa época. Y Jesús con ellos. Jesús no fue a almorzar con los justos, con los que se sentían justos, con los doctores de la ley en ese momento. Una vez, dos veces fue con este último, pero en ese momento fue con ellos, con esa unión de publicanos».

Y aquí, continuó Francisco, «los doctores de la ley se escandalizaron. Llamaron a los discípulos y dijeron: "¿por qué tu maestro hace esto con estas personas? ¡Hazte impuro!": Comer con un impuro te infecta, ya no eres puro». Al escuchar esto, es el mismo Jesús el que «dice esta tercera palabra: "Ve y aprende lo que significa: "misericordia quiero y no sacrificios"». Porque «la misericordia de Dios busca a todos, perdona a todos. Solamente te pide que digas, "Sí, ayúdame". Sólo eso».

«Cuando los apóstoles iban entre los pecadores, pensemos en Pablo en la comunidad de Corinto, algunos se ofendieron», dijo el Papa. Dijeron: «pero, ¿por qué va donde aquellas personas que son paganas, son personas pecaminosas?, ¿por qué va?». La respuesta de Jesús es clara: «porque no son los sanos quienes necesitan al médico, sino los enfermos: "Misericordia quiero y no sacrificios"».

«¡Mateo elegido! Él siempre elige a Jesús», lanzó el papa. El Señor elige «a través de las personas, a través de situaciones o directamente». Mateo es «apóstol constituido: el que constituye en la Iglesia y da la misión es Jesús. El apóstol Mateo y muchos otros recordaron sus orígenes: los pecadores, los corruptos. ¿Y este por qué? Por misericordia. Por el designio de la misericordia».

Francisco reconoció que «comprender la misericordia del Señor es un misterio; pero el misterio más grande y más bello es el corazón de Dios. Si quieres ir directo al corazón de Dios, toma el camino de la misericordia y déjate tratar con misericordia» Es exactamente la historia de «Mateo, elegido por el servicio de cambio de divisas donde se pagaban los impuestos. Elegido desde abajo. Puesto en el lugar más alto. ¿Por qué? Por

misericordia». En esta perspectiva, concluyó el Papa, «aprendamos lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios"».

***

EL LEMA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

El lema del Santo Padre Francisco procede de las Homilías de san Beda el Venerable, sacerdote (*Hom. 21*; CCL 122, 149-151), quien, comentando el episodio evangélico de la vocación de san Mateo, escribe: «*Vidit ergo Iesus publicanum et quia miserando atque eligendo vidit, ait illi Sequere me* (Vio Jesús a un publicano, y como le miró con sentimiento de amor y le eligió, le dijo: Sígueme)».

Esta homilía es un homenaje a la misericordia divina y se reproduce en la Liturgia de las Horas de la fiesta de san Mateo. Reviste un significado particular en la vida y en el itinerario espiritual del Papa. En efecto, en la fiesta de san Mateo del año 1953, el joven Jorge Bergoglio experimentó, a la edad de 17 años, de un modo del todo particular, la presencia amorosa de Dios en su vida. Después de una confesión, sintió su corazón tocado y advirtió la llegada de la misericordia de Dios, que, con mirada de tierno amor, le llamaba a la vida religiosa a ejemplo de san Ignacio de Loyola.

Una vez elegido obispo, monseñor Bergoglio, en recuerdo de tal acontecimiento, que marcó los inicios de su total consagración a Dios en Su Iglesia, decidió elegir, como lema y programa de vida, la expresión de san Beda *miserando atque eligendo*, que también ha querido reproducir en su escudo pontificio.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 – Catequesis sobre San Mateo (30.VIII.06)

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2008

Esperar la misericordia

Queridos hermanos y hermanas:

En el centro de la liturgia de la Palabra de este domingo está una expresión del profeta Oseas, que Jesús retoma en el Evangelio: «Quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos» (*Os* 6, 6). Se trata de una palabra clave, una de las palabras que nos introducen en el corazón de la Sagrada Escritura. El contexto, en el que Jesús la hace suya, es la vocación de Mateo, de profesión "publicano", es decir, recaudador de impuestos por cuenta de la autoridad imperial romana; por eso mismo, los judíos lo consideraban un pecador público. Después de

llamarlo precisamente mientras estaba sentado en el banco de los impuestos —ilustra bien esta escena un celebérrimo cuadro de Caravaggio—, Jesús fue a su casa con los discípulos y se sentó a la mesa junto con otros publicanos. A los fariseos escandalizados, les respondió: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. (...) No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (*Mt* 9, 12-13). El evangelista san Mateo, siempre atento al nexo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, en este momento pone en los labios de Jesús la profecía de Oseas: «Id y aprended lo que significa: "Misericordia quiero y no sacrificios"».

Es tal la importancia de esta expresión del profeta, que el Señor la cita nuevamente en otro contexto, a propósito de la observancia del sábado (cf. *Mt* 12, 1-8). También en este caso, Jesús asume la responsabilidad de la interpretación del precepto, revelándose como "Señor" de las mismas instituciones legales. Dirigiéndose a los fariseos, añade: «Si comprendierais lo que significa: "Misericordia quiero y no sacrificios", no condenaríais a personas sin culpa» (*Mt* 12, 7). Por tanto, Jesús, el Verbo hecho hombre, "se reconoció", por decirlo así, plenamente en este oráculo de Oseas; lo hizo suyo con todo el corazón y lo realizó con su comportamiento, incluso a costa de herir la susceptibilidad de los jefes de su pueblo. Esta palabra de Dios nos ha llegado, a través de los Evangelios, como una de las síntesis de todo el mensaje cristiano: la verdadera religión consiste en el amor a Dios y al prójimo. Esto es lo que da valor al culto y a la práctica de los preceptos.

Dirigiéndonos ahora a la Virgen María, pidamos por su intercesión vivir siempre en la alegría de la experiencia cristiana. Que la Virgen, Madre de la Misericordia, suscite en nosotros sentimientos de abandono filial a Dios, que es misericordia infinita; que ella nos ayude a hacer nuestra la oración que san Agustín formula en un famoso pasaje de sus *Confesiones*: «¡Señor, ten misericordia de mí! Mira que no oculto mis llagas. Tú eres el médico; yo soy el enfermo. Tú eres misericordioso; yo, lleno de miseria. (...) Toda mi esperanza está puesta únicamente en tu gran misericordia» (X, 28. 39; 29. 40).

* * *

Catequesis sobre San Mateo (30.VIII.06)

Prontitud para responder a la llamada

Queridos hermanos y hermanas:

Continuando con la serie de retratos de los doce apóstoles, que comenzamos hace algunas semanas, hoy nos detenemos en Mateo. A decir verdad, es casi imposible delinear completamente su figura, pues sus noticias son pocas e incompletas. Lo que podemos hacer es bosquejar no tanto la biografía, sino más bien el perfil que nos ofrece el Evangelio.

Está siempre presente en las listas de los doce elegidos por Jesús (Cf. Mateo 10, 3; Marcos 3, 18; Lucas 6, 15; Hechos 1, 13). En hebreo, su nombre significa «don de Dios». El primer Evangelio canónico, que lleva su nombre, nos lo presenta en la lista de los doce con una calificación muy precisa: «el publicano» (Mateo 10, 3). Por este motivo, es identificado con el hombre sentado en el despacho de los impuestos, a quien Jesús llama a su seguimiento: «Cuando se iba de allí, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: "Sígueme". Él se levantó y le siguió» (Mateo 9, 9). También Marcos (Cf. 2,13-17) y Lucas (Cf. 5, 27-30) narran la llamada del hombre sentado en el despacho de los impuestos, pero le llaman «Leví». Para imaginar la escena descrita en Mateo 9,9 basta recordar el magnífico lienzo de Caravaggio, conservada aquí, en Roma, en la Iglesia de San Luis de los Franceses.

De los Evangelios emerge un nuevo detalle biográfico: en el pasaje que precede a la narración de la llamada se refiere un milagro realizado por Jesús en Cafarnaúm (Cf. Mateo 9,1-8; Marcos 2, 1-12), mencionando la cercanía del Mar de Galilea, es decir, el Lago de Tiberíades (Cf. Marcos 2,13-14). Se puede deducir que Mateo ejercía la función de recaudador en Cafarnaúm, situada precisamente «junto al mar» (Mateo 4, 13), donde Jesús era huésped fijo en la casa de Pedro.

Basándonos en estas sencillas constataciones que surgen del Evangelio, podemos hacer un par de reflexiones. La primera es que Jesús acoge en el grupo de sus íntimos a un hombre que, según la concepción de aquel tiempo en Israel, era considerado como un pecador público. Mateo, de hecho, no sólo manejaba dinero considerado impuro por provenir de gente ajena al pueblo de Dios, sino que además colaboraba con una autoridad extranjera, odiosamente ávida, cuyos tributos podían ser determinados arbitrariamente. Por estos motivos, en más de una ocasión, los Evangelios mencionan conjuntamente a los «publicanos y pecadores» (Mateo 9, 10; Lucas 15, 1), a los «publicanos y prostitutas» (Mateo 21, 31). Además, ven en los publicanos un ejemplo de avaricia (Cf. Mateo 5, 46: sólo aman a los que les aman) y mencionan a uno de ellos, Zaqueo, como «jefe de publicanos, y rico» (Lucas 19, 2), mientras la opinión popular les asociaba a «hombres rapaces, injustos, adúlteros» (Lucas 18, 11). Ante estas referencias, hay un dato que salta a la vista: Jesús no excluye a nadie de su amistad. Es más, precisamente mientras se encuentra sentado en la mesa de la casa de Mateo-Leví, respondiendo a quien estaba escandalizado por el hecho de frecuentar compañías poco recomendables, pronuncia la importante declaración: «No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Marcos 2, 17).

El buen anuncio del Evangelio consiste precisamente en esto: ¡en el ofrecimiento de la gracia de Dios al pecador! En otro pasaje, con la famosa

parábola del fariseo y del publicano que subieron al templo para rezar, Jesús llega a indicar a un publicano anónimo como ejemplo de humilde confianza en la misericordia divina: mientras el fariseo hacía alarde de perfección moral, «el publicano [...] no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!"». Y Jesús comenta: «Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado» (Lucas 18, 13-14). Con la figura de Mateo, por tanto, los Evangelios nos presentan una auténtica paradoja: quien se encuentra aparentemente más lejos de la santidad, puede convertirse incluso en un modelo de acogida de la misericordia de Dios y dejar vislumbrar sus maravillosos efectos en su existencia.

En este sentido, san Juan Crisóstomo hace un comentario significativo: observa que sólo en la narración de algunas llamadas se menciona el trabajo que estaban realizando los interesados. Pedro, Andrés, Santiago y Juan son llamados mientras estaban pescando; Mateo mientras recauda impuestos. Se trata de oficios de poca importancia, comenta el Crisóstomo, «pues no hay nada que sea más detestable que el recaudador y nada más común que la pesca» («In Matth. Hom.»: PL 57, 363). La llamada de Jesús llega, por tanto, también a personas de bajo nivel social, mientras desempeñan su trabajo ordinario.

Hay otra reflexión que surge de la narración evangélica: Mateo responde inmediatamente a la llamada de Jesús: «Él se levantó y le siguió». La concisión de la frase subraya claramente la prontitud de Mateo en la respuesta a la llamada. Esto significaba para él abandonarlo todo, sobre todo una fuente de ingresos segura, aunque con frecuencia injusta y deshonrosa. Evidentemente Mateo comprendió que la familiaridad con Jesús no le permitía continuar con actividades desaprobadas por Dios. Se puede intuir fácilmente que se puede aplicar también al presente: hoy tampoco se puede admitir el apego a lo que es incompatible con el seguimiento de Jesús, como son las riquezas deshonestas. Una vez dijo sin tapujos: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme» (Mateo 19, 21). Esto es precisamente lo que hizo Mateo: ¡se levantó y le siguió! En este «levantarse» se puede ver el desapego a una situación de pecado y, al mismo tiempo, la adhesión consciente a una nueva existencia, recta, en la comunión con Jesús.

Recordamos, por último, que la tradición de la Iglesia antigua concuerda en atribuir la paternidad del primer Evangelio a Mateo. Esto sucedió ya a partir de Papías, obispo de Gerápolis, en Frigia, alrededor del año 130. Él escribe: «Mateo recogió las palabras [del Señor] en hebreo, y cada quien las interpretó como podía» (en Eusebio de Cesarea, «Hist. eccl». III,39,16). El historiador Eusebio añade este dato: «Mateo, que

antes había predicado a los judíos, cuando decidió ir también a otros pueblos, escribió en su idioma materno el Evangelio que él anunciaba; de este modo trató de sustituir con el escrito lo que perdían con su partida aquéllos de los que se separaba» (ibídem, III, 24,6). Ya no tenemos el Evangelio escrito por Mateo en hebreo o arameo, pero en el Evangelio griego que nos ha llegado seguimos escuchando todavía, en cierto sentido, la voz persuasiva del publicano Mateo que, al convertirse en apóstol, sigue anunciándonos la misericordia salvadora de Dios. Escuchemos este mensaje de san Mateo, meditémoslo siempre de nuevo para que nosotros también aprendamos a levantarnos y a seguir a Jesús con decisión.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesús llama y perdona a los pecadores

545. Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: "No he venido a llamar a justos sino a pecadores" (Mc 2, 17; cf. 1 Tim 1, 15). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (cf. Lc 15, 11-32) y la inmensa "alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta" (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida "para remisión de los pecados" (Mt 26, 28).

589. Jesús escandalizó sobre todo porque identificó su conducta misericordiosa hacia los pecadores con la actitud de Dios mismo con respecto a ellos (cf. Mt 9, 13; Os 6, 6). Llegó incluso a dejar entender que compartiendo la mesa con los pecadores (cf. Lc 15, 1-2), los admitía al banquete mesiánico (cf. Lc 15, 22-32). Pero es especialmente, al perdonar los pecados, cuando Jesús puso a las autoridades de Israel ante un dilema. Porque como ellas dicen, justamente asombradas, "¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?" (Mc 2, 7). Al perdonar los pecados, o bien Jesús blasfema porque es un hombre que pretende hacerse igual a Dios (cf. Jn 5, 18; 10, 33) o bien dice verdad y su persona hace presente y revela el Nombre de Dios (cf. Jn 17, 6-26).

El sacrificio agrada a Dios

2099. Es justo ofrecer a Dios sacrificios en señal de adoración y de gratitud, de súplica y de comunión: "Toda acción realizada para unirse a Dios en la santa comunión y poder ser bienaventurado es un verdadero sacrificio" (S. Agustín, civ. 10,6).

2100. El sacrificio exterior, para ser auténtico, debe ser expresión del sacrificio espiritual. "Mi sacrificio es un espíritu contrito..." (Sal 51,19). Los profetas de la Antigua Alianza denunciaron con frecuencia los sacrificios hechos sin participación interior (cf Am 5,21-25) o sin amor al prójimo (cf Is 1,10-20). Jesús recuerda las palabras del profeta Oseas: "Misericordia quiero, que no sacrificio" (Mt 9,13; 12,7; cf Os 6,6). El único sacrificio perfecto es el que ofreció Cristo en la cruz en ofrenda total al amor del Padre y por nuestra salvación (cf Hb 9,13-14). Uniéndonos a su sacrificio, podemos hacer de nuestra vida un sacrificio para Dios.

Abrahán un modelo de fe

144. Obedecer ("ob-audire") en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma.

Abraham, "el padre de todos los creyentes"

145. La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: "Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba" (Hb 11,8; cf. Gn 12,1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23,4). Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11,17).

146. Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: "La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven" (Hb 11,1). "Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia" (Rom 4,3; cf. Gn 15,6). Gracias a esta "fe poderosa" (Rom 4,20), Abraham vino a ser "el padre de todos los creyentes" (Rom 4,11.18; cf. Gn 15,15).

2572. Como última purificación de su fe, se le pide al "que había recibido las promesas" (Hb 11, 17) que sacrifique al hijo que Dios le ha dado. Su fe no vacila: "Dios proveerá el cordero para el holocausto" (Gn 22, 8), "pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos" (Hb 11, 19). Así, el padre de los creyentes se hace semejante al Padre que no perdonará a su propio Hijo sino que lo entregará por todos nosotros (cf Rm 8, 32). La oración restablece al hombre en la semejanza con Dios y le hace participar en la potencia del amor de Dios que salva a la multitud (cf Rm 4, 16-21).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

No he venido a llamar a los justos

En el Evangelio de hoy hay algo conmovedor. Mateo no nos narra lo que Jesús le dijo o hizo un día a alguien, sino lo que le dijo e hizo personalmente por él. Es una página autobiográfica, la historia del encuentro con Cristo, que le cambió su vida.

«Vio Jesús al pasar a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él se levantó y lo siguió».

Caravaggio (¡también los artistas nos ayudan a entender algo sobre el Evangelio!) nos ha dejado una tela famosa sobre esta escena. El futuro apóstol está sentado en una mesa. Sobre ella, además de las monedas, hay una pluma y un tintero (¡le servirán un día para otro fin!). Una luz parte del rostro de Cristo, sigue el movimiento de su mano y cae, iluminándolos, sobre los rostros de Mateo y de los demás, que están sentados con él en la mesa de los impuestos. Es un modo sugestivo para decir que la llamada exterior está acompañada por una luz interior. Sin ésta, por lo demás, no se explicaría la prontitud con que Mateo «se levanta», lo deja todo y sigue a Cristo, sin necesidad de explicación alguna. El diálogo invisible entre Cristo y el futuro apóstol está todo confiado al gesto de las respectivas manos. La de Cristo, de pie, va en dirección a Mateo, sin embargo, en señal más de elección que de mandato (¡no hay ningún dedo índice dirigido hacia Mateo sino sólo una mano extendida!).

A este gesto corresponde el de Mateo, que se lleva la mano al pecho, como quien se maravillase de la elección, y dice: «¿Yo? ¿Estás seguro de lo que quieres precisamente de mí?»

El episodio, sin embargo, no aparece en los Evangelios por la importancia personal que revestía para Mateo; es tan cierto que también Marcos y Lucas lo refieren, llamando a Mateo con su segundo nombre de Leví (cfr. Marcos 2,14; Lucas 5,27). El interés es debido a lo que sigue tras el momento de la llamada. Mateo «le ofreció en su casa un gran banquete» (Lucas 5,29) para despedirse de sus ex colegas de trabajo, «publicanos y pecadores». Se produce una inconfundible reacción de los fariseos y la respuesta de Jesús:

«No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios": que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores».

Que esto sea, también para la liturgia, el centro o la culminación del fragmento lo demuestra el hecho de que eso está ya anticipado en la primera lectura, en donde encontramos el texto de aseas, que Jesús cita en su respuesta:

«Misericordia quiero, y no sacrificios; conocimiento de Dios, más que holocaustos».

Nosotros estamos de tal manera acostumbrados a las palabras del Evangelio que las tomamos como por descontadas y naturales, igualmente cuando ellas objetivamente son «escandalosas» y debieran, al menos, suscitamos interrogantes. ¿Dios preferiría más a los pecadores que a los justos? Entonces, ¿para qué la Ley y los mandamientos? Son precisamente las preguntas inquietantes, que nos conducen a descubrir a veces las respuestas salvadoras o liberadoras del Evangelio.

La explicación de la frase de Cristo es sencilla. Jesús no ha venido a llamar a los justos (como si hubiera justos antes de él y sin él) sino que ha venido a hacer justos. Es una coincidencia providencial que en estos domingos estemos leyendo los capítulos de la carta a los Romanos en donde esta enseñanza de Cristo ha encontrado su plena formulación. La segunda lectura del Domingo pasado decía:

«La justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los profetas, se ha manifestado independientemente de la Ley. Por la fe en Jesucristo viene la justicia de Dios a todos los que creen, sin distinción alguna. Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien Dios constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre» (Romanos 3, 22-25).

En la segunda lectura de hoy él afirma que Cristo «fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación», esto es, para que todos pasáramos de ser pecadores a justos.

Jesús no niega que existía antes de él una cierta justicia, «en cuanto derivada de la justicia de la Ley» (Filipenses 3,6); reconoce gustoso en los fariseos tal justicia, que por ello la continúa a llamar, sin ironía, de «los justos». Sólo busca explicarles que ésta no basta para salvarse porque no puede dar la vida. Debía servir sólo para hacer «desear la gracia» y reconocerla en el momento de su venida. Habiendo fallado esta finalidad, se transforma en pseudo-justicia, en justicia que condena más bien que salva. Fue el drama de los que se oponían a Cristo; de los dice el Apóstol tristemente que «desconociendo la justicia de Dios se empeñan en establecer la suya propia» (Romanos 10,3).

Si la justificación del pecador» es tan importante y vital, debemos buscar entender en qué consiste y cómo sucede. Acontece «por medio de la fe». Una persona escucha proclamar que Cristo ha muerto y resucitado por sus pecados y precisamente por los suyos; cree y le confía a él su vida y reconoce en él a su Salvador. Entre tanto, el Espíritu Santo «le convence de pecado en su interior»; aquella persona se arrepiente, comienza a ver

su vida con otra luz y se siente como renacer, resucitar. Esto significa «morir con Cristo y resucitar con él» (cfr. Romanos 6, 8ss.).

Una persona ha descrito cómo sobreviene este cambio en su vida. Se había acercado contra su voluntad a escuchar una lección, que por la tarde se tenía en Londres sobre la carta a los Romanos, cuando en un cierto punto (con la distancia del tiempo hasta recordaba la hora exacta) sucedió una cosa extraña dentro de él: «Hacia las nueve menos cuarto, mientras se leía la descripción del cambio, que Dios realiza en el corazón a través de la fe en Cristo, sentí extrañamente que mi corazón se inflamaba; sentí que volvía a poner en Cristo y sólo en él la confianza de mi salvación; y se me dio la seguridad que él había quitado o borrado mis pecados, precisamente los míos, y me había salvado de la ley del pecado y de la muerte». Vuelto a casa, en verdad, una cosa le hizo entender que su corazón había cambiado: le salía o le resultaba espontáneo poder perdonar a todos los que le habían hecho sufrir y, es más, rogaba por ellos y sentía amarles. Se trata de John Wesley, el fundador de la Iglesia Metodista.

Pero, ¿esto no es lo que, según la doctrina católica, nos ha ocurrido en el bautismo a nosotros? Y, entonces, ¿qué nos queda por hacer? Respondo: nada y todo. Nos falta renovar en la vida de adultos, libre y conscientemente, lo que ya estaba implícito en el bautismo. Nos falta, por así decir, rubricar nuestra firma; pero, en persona, no sólo con la boca de los padres o de los padrinos. Para que un contrato sea válido debe llevar la firma de ambos, los dos contrayentes; mientras que si falta una, el contrato no es operativo o eficaz. Nuestra alegría es saber que el otro contrayente, Cristo, jamás ha retirado su firma y si en cualquier momento de la vida nosotros decidimos añadirle la nuestra el contrato llegará a ser «operativo o eficaz». Con ello, la vida cristiana adquiere un nuevo vigor, una nueva luz, llegamos a ser criaturas nuevas.

Todo esto lo vemos ya en la vida de Mateo. El encuentro con Cristo le hace de «publicano y pecador» en justo» y haciéndole justo ha hecho de él una persona nueva, un apóstol de Cristo. Si hubiese permanecido siendo un cobrador de las tasas, Caravaggio (para señalar la más pequeña de sus glorias) no se habría interesado por él, el mundo no sabría ni siquiera que ha existido un tal Mateo, llamado también Leví.

Nos falta aclarar un punto. A la luz de lo que hemos dicho, ¿qué significa la frase de Oseas, vuelta a tomar por Cristo, «quiero misericordia, y no sacrificios»? ¿Quizás que hoy es inútil todo sacrificio y mortificación y que basta con amar para que todo esté en su puesto? No falta quien lo interpreta precisamente así y lo enseña a los demás. Con este paso se puede llegar a rechazar todo aspecto ascético del cristianismo, como residuo de una mentalidad aflictiva o maniquea, hoy ya superada.

De nuevo, una pregunta inquietante llega a ser ocasión para un descubrimiento iluminador. Ante todo, hay que notar un profundo cambio de perspectiva en el paso desde aseas a Cristo. En aseas, la frase se refiere al hombre, a aquello que Dios quiere de él. Dios quiere del hombre amor y conocimiento, no sacrificios exteriores y holocaustos de animales (Es el pensamiento desarrollado en el Salmo responsorial de hoy). En la boca de Jesús, la frase se refiere por el contrario a Dios. El amor, del que se habla, no es el que Dios exige al hombre sino el que él le da al hombre. «Misericordia quiero que no sacrificios» quiere decir: yo quiero usar de misericordia, no condenar. Su equivalente bíblico es la palabra, que se lee en Ezequiel: «¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado... y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? (18, 23). Dios no quiere «sacrificar» a su criatura sino salvarla.

Con esta precisión, se entiende mejor asimismo la frase de aseas. Dios no quiere el sacrificio «a toda costa» como si se deleitase al vemos sufrir; no quiere ni siquiera el sacrificio hecho para conseguir derechos y méritos ante él o por un malentendido sentido del deber. Quiere, sin embargo, el sacrificio que es pedido por su amor y por la observancia de los mandamientos. «No se vive en amor sin dolor», recordábamos que lo dice la Imitación de Cristo y la misma experiencia cotidiana lo confirma. No hay amor sin sacrificio. En este sentido, Pablo nos exhorta a hacer de nuestra vida entera «un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Romanos 12, 1).

Sacrificio y misericordia son todas las dos cosas buenas; pero, pueden llegar a ser uno y otra cosas malas si están mal repartidas. Son cosas buenas, si (como ha hecho Cristo) se escoge el sacrificio para sí y la misericordia para los demás; llegan a ser ambas malas si se hace al contrario y se escoge la misericordia para sí y el sacrificio para los demás. Si se es indulgente consigo mismo y riguroso con los demás, esto es, siempre prontos a excusarnos a nosotros mismos y despiadados o crueles al juzgar a los demás. A este respecto, ¿no tenemos precisamente nada que volver a ver en nuestra conducta?

No podemos concluir el comentario de la llamada de Mateo sin dedicarle un pensamiento afectuoso y reconocedor a este evangelista que nos acompaña con su Evangelio en el curso de todo este primer litúrgico. Lo hacemos con algunos versos dedicados a él por Paul Claudel:

«Es Mateo, el publicano,
quien tuvo primeramente la idea,
conociendo la fuerza de un escrito,
de fijar en negro sobre el papel a Jesús,
lo que exactamente había dicho
y sus ojos habían contemplado.
Por esto, volviendo a tomar el instrumento,

que le servía en un tiempo para sus cálculos,
consciente, sereno, imperturbable como un toro,
comienza a arar su gran campo de papel blanco.
Traza un surco, vuelve al comienzo,
inicia otro, de tal manera, que nada sea omitido
de lo que la memoria le ofrece
y el santo Espíritu le dicta.
No solamente para su tiempo
sino para toda la Iglesia que aún vendrá…»

Caravaggio, que ha pintado la llamada o vocación de Mateo, ha dejado, asimismo, un cuadro de Mateo escribiendo su Evangelio (desgraciadamente destruido en la última guerra en Berlín). Está arrodillado sobre un taburete, la pluma en la mano y atento a escuchar al ángel (su símbolo), que le trasmite la inspiración divina.

Gracias, san Mateo. Sin ti ¡cuánto más pobre sería nuestro conocimiento de Cristo!

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Reconocerse pecadores

«El Señor no ha venido a llamar a justos sino a pecadores, porque el Señor es justo y misericordioso, lento a la ira y generoso para dar y perdonar.

Jesús vino al mundo a traer misericordia, a entregarse a sí mismo como víctima de expiación por los pecados de todos los hombres, en un único y eterno sacrificio salvífico, agradable al Padre.

Promovía entre sus discípulos el apostolado conviviendo con publicanos y pecadores, y nos da ejemplo para que nosotros hagamos lo mismo.

Él llama a cada uno por su nombre para que se levante y lo siga, para que se convierta y lleve su misericordia a los demás.

Reconócete pecador y agradece que el Señor se ha dignado venir a buscarte, que te ha llamado para que lo sigas, y ha derramado sobre tus miserias su misericordia.

Arrepiéntete, pídele perdón y ábrele la puerta de tu corazón, para que Él entre y se siente en tu mesa y cene contigo, y tú con Él.

Conviértete, decídete a cambiar tu vida, no ofrezcas sacrificios que ante Dios carecen de valor.

Escucha la voz de tu Señor que te dice: "Misericordia quiero y no sacrificios", levántate y síguelo.

Aprende a hacer las catorce obras de misericordia con los más necesitados, y cumplirás con tu misión, haciendo lo que Jesús quiere. Harás la voluntad de Dios».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Dios quiere nuestra salvación

No puede sino asombrarnos la escena evangélica que nos presenta la Iglesia en la fiesta en este domingo. Se trata precisamente de las circunstancias que rodearon a la llamada a seguirle, que Jesús dirigió al que sería el apóstol y evangelista del primer evangelio, cuando pasaba junto a donde recaudaba impuestos. Mateo se ocupaba, como publicano, de cobrar el tributo que la autoridad romana exigía al pueblo de Israel. Entre otras, era ésta una de las obligaciones que pesaba sobre el pueblo elegido, como consecuencia de haber sido dominados política y militarmente por los romanos.

Podríamos detenernos en bastantes detalles del relato, que no deben pasarnos inadvertidos: la majestad de Jesús que, sin más, llama mientras va pasando a seguirle de por vida; lo que descubriría Mateo: hombre práctico como pocos, sin duda, difícil de engañar, para que una sola palabra de Jesús le bastara para comprender nítidamente que valía la pena cambiar su vida actual por el seguimiento de Cristo; el entusiasmo suyo tras la decisión, que le lleva a organizar una fiesta invitando a sus amigos; la actitud, en cambio, de los fariseos, que parecen incapaces de ver con buenos ojos algo de lo que el Señor realiza; el afán salvador, en fin, de Jesucristo: no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores, concluye.

Podemos, esta vez, detenernos precisamente en esto último, que parece inundar el alma del Señor, y así lo manifiesta en bastantes momentos de su paso por la tierra: Al ver a las multitudes se llenó de compasión por ellas, porque estaban maltratadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor…; tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él…; no temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino. En muchos más momentos manifiesta Jesús el cariño divino a los hombres. En la conversión con Zaqueo, otro colega de Mateo, que era jefe de publicanos y lo hospeda en

su casa, Jesús manifiesta: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

Parece necesario, con una necesidad gozosamente imprescindible, que nos sintamos muy queridos por Dios. Conviene que meditemos hasta el fondo, en la medida de nuestras fuerzas humanas –que siempre serán pequeñas, de pobre criatura– que un gran Amor nos quiere, y ha pensado para los hombres la mayor de las felicidades posibles. Aunque no sea fácil de entender, porque habitualmente pensamos en términos de derechos y de obligaciones –según una lógica humana–, el plan creador de Dios, que hace posible nuestra existencia, nos conduce –si libremente somos dóciles a él– al inimaginable deleite de su intimidad. No cabe pensar en mayor bien que aquél que de suyo satisface cada potencia de nuestra carne y nuestro espíritu.

No se trata, desde luego, de una cuestión de derechos adquiridos, que logremos en virtud de unos ciertos méritos. Diríamos, para entendernos, en una cuestión en la que las palabras resultarán siempre pobres, que así ha sido el plan de Dios Gratuitamente nos ha amado, sin iniciativa alguna de nuestra parte, y no tenemos al respecto nada que decir, nada que objetar que sea razonable. Lo cual sería tan absurdo como plantear objeciones a que las personas en este mundo sean hombres y mujeres, o que caminen habitualmente sobre sus pies. Se trata, en efecto, de un convencimiento primario, básico de la fe cristiana: la vida del hombre únicamente se consuma en Dios; y en Él y sólo en Él, compartiendo su Vida Eterna, logra el hombre su plenitud.

La llamada al apostolado de Mateo, discípulo del Señor y, como veíamos, autor del primer evangelio; por las circunstancias que la rodearon, es una manifestación práctica y eficaz del deseo salvador divino, concretado por Jesucristo al llegar a la plenitud de los tiempos, en palabras de San Pablo. Cabría pensar que los justos, por su justicia, ya caminan con sus pasos orientados hacia Dios. Pero los pecadores, los que viven de modo habitual en la injusticia, en franca oposición a los preceptos divinos, esos precisan más; esos sí que necesitan una asistencia más específica que los anime a retirarse de sus desvíos, cuando ejercitan la libertad. Les es tanto más necesaria esa ayuda, cuanto menos la echan en falta, porque siendo imprescindible para la salvación, para la felicidad completa, no la quieren. Son, evidentemente –aunque no sepan– los más necesitados de auxilio divino.

No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores. Parece la declaración más sencilla y sincera que se podría hacer acerca del amor de Dios, y así se expresaba Jesucristo, Dios mismo encarnado. Dios, que quiere que todos los hombres se salven, como manifiesta el Apóstol a su discípulo Timoteo, no se comporta, en Jesús como tantas veces los

humanos, que excluimos de nuestro trato –casi sistemáticamente– a quienes nos ofenden. Nuestro Señor vino al mundo porque los hombres –simplificando– somos malos, pecadores. He ahí la razón de su venida, tomando carne humana de Santa María Virgen. Su vida de infancia y de trabajo en este mundo nuestro, su predicación y su Pasión, muerte y Resurrección, han sido sólo por amor al género humano: para que podamos alcanzar aquella Gloria a la que el hombre fue destinado desde el principio. Pero siempre en razón del pecado y de los pecadores: los pecados y nuestra maldad, atraen el amor de Dios.

Que el entusiasmo agradecido de Mateo, en su nueva vida con Cristo, nos contagie también a cada uno, y nos ayude a contemplar a Nuestro Señor, como el amigo incondicional que nunca se desdice de su amistad, aunque no seamos merecedores de ella. Sin duda, con esa actitud nos sentiremos más dispuestos a evitar lo que ofende a Dios; más aún, desearemos agradarle con amor en nuestro comportamiento de cada día.

La Madre de Dios, Madre nuestra, aliente esos deseos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Misericordia y sacrificio

En el Evangelio de hoy hemos escuchado al evangelista san Mateo narrar su primer encuentro con Jesús. Es el evangelista que en el año litúrgico que estamos viviendo nos hace de guía en el conocimiento de los dichos y hechos de Cristo. El relato está recorrido por un sentido de sinceridad y de humildad. El autor se nos presenta mientras se encuentra en la mesa de recaudación de impuestos. Se trata entonces de un publicano, uno de aquellos recaudadores de impuestos por cuenta de los romanos que los celotes detestan y los fariseos desprecian. Antes de despedirse de su oficio, Mateo ofrece una comida a Jesús. Para la ocasión invita a los amigos. Quiere hacer que conozcan al Maestro que lo ha cambiado. Su casa se llena así de recaudadores, gente –lo reconoce él también– no pura, "pecadores".

La reacción de los puritanos no se hace esperar. La misma que se dio en el caso de la Magdalena. Es el escándalo "farisaico". Jesús, con pocas palabras, mesuradas, explica su conducta sin irritarse. Lo hace recordándoles aquellas palabras de las Escrituras de las cuales se vanaglorian conocedores y observadores: *Yo quiero misericordia y no sacrificios*. A la religión formalista, exterior, que tiende a reducir todo a las prácticas y a los sacrificios, Dios opone el culto verdadero: el del corazón, el amor a Dios, la piedad y la misericordia con respecto a los

hermanos. Es un llamado siempre actual a la esencia, contra la tentación de poner toda la confianza en las obras. También san Pablo hoy insiste en ello al proponemos el ejemplo de Abraham, que es justificado por su fe en la palabra de Dios, aún antes que por sus obras.

Entre los sentimientos del corazón que hoy Jesús exalta, existe sobre todo la misericordia, la comprensión, la capacidad de no escandalizarse sino de recibir al hermano y ayudarlo amándolo. Antes de las palabras pronunciadas por Jesús, está el hecho que constituye la enseñanza más fuerte: Jesús se sienta a la mesa con los pecadores, se comunica con ellos, los escucha y no se avergüenza de su compañía. Es una de las imágenes más conmovedoras y más constantes del Evangelio. En el bautismo, Jesús se presenta confundido entre los pecadores; en la cruz muere entre dos malhechores.

Ahora que tenemos ante los ojos el ejemplo y el comportamiento concreto de Jesús que hace de marco, podemos profundizar también en su palabra, aquella palabra que ya hemos recordado: *Yo quiero misericordia y no sacrificios.* Que esta palabra sea el corazón del pasaje evangélico –aquella sobre la cual nos quiere hacer reflexionar la liturgia en modo particular– se entiende a partir del hecho de que ella inspiró la elección de la primera lectura (Oseas: *Yo quiero amor y no sacrificios)* y del salmo responsorial: *No te acuso por tus sacrificios: ¡tus holocaustos están siempre en mi presencia!... Ofrece al Señor un sacrificio de alabanza.*

No es una palabra tan simple de explicar como parece. Si Dios ha dicho y si Jesús ha repetido no querer el sacrificio, ¿cómo es que la Iglesia, desde siempre, nos inculca la necesidad del sacrificio para salvamos? ¿Cómo es que el sacrificio ocupa todavía un lugar tan importante en la ascética y en la predicación cristiana? Es muy importante, por lo tanto, conocer cuál es la misericordia que Dios desea y, sobre todo, cuál es el sacrificio que Dios no desea. No desea el sacrificio impuesto a los otros y la misericordia otorgada a uno mismo: desea, por el contrario, la misericordia o, como dice aseas, el amor por los otros y el sacrificio –es decir, la exigencia, la intransigencia– hacia uno mismo.

Sobre la misericordia y el amor al prójimo tenemos ocasión de reflexionar a menudo; no sucede lo mismo con el sacrificio. ¿Está de acuerdo o no con el espíritu de Cristo la idea de sacrificarse?

El Antiguo Testamento conocía sólo un tipo de sacrificio: el de los animales o el de los frutos de la tierra: el holocausto y la oblación. Se habla, es verdad, como en el salmo de hoy, de un sacrificio de alabanza, pero, más que nada, en sentido trasladado. Eran sacrificios que no tocaban a la persona sino, en todo caso, a los bienes de un hombre. La idea de que un hombre deba sacrificarse, atormentarse voluntariamente, mortificarse e imponerse privaciones, era más bien extraña al espíritu del

Antiguo Testamento, que consideraba la propiedad, la salud, el bienestar como las bendiciones más evidentes de Dios.

Claro, contra aquella idea del sacrificio se habían alzado voces proféticas: *Yo no necesito los novillos de tu casa ni los cabritos de tus corrales* (salmo responsorial). Vino al fin Jesús y cambió por completo la situación. Dijo no al sacrificio de toros y corderos y, en su lugar, dijo sí al sacrificio de uno mismo: *Así de. clara abolido el primer régimen para establecer el segundo* (Heb. 10, 9). La idea evangélica del sacrificio es de veras nueva, toda espiritual e interior. En la epístola a los hebreos se lee de Cristo que, al entrar en el mundo, dijo: *Tú no has querido sacrificio ni oblación; en cambio, me has dado un cuerpo. No has mirado con agrado los holocaustos ni los sacrificios expiatorios. Entonces dije: Aquí estoy, yo vengo –como está escrito de mí en el libro de la Ley. para hacer, Dios, tu voluntad* (Heb. 10, 5-7).

Jesús ha inaugurado un sacrificio nuevo, aquel con el cual se consume sobre el altar de la voluntad de Dios el propio cuerpo, es decir, uno mismo. Él nos dio el ejemplo: al cordero pascual tomado por el rebaño lo sustituyó él mismo como verdadero Cordero de Dios. En este sentido, toda su vida fue cruz y martirio *(Imitación de Cristo).* La salvación de la humanidad surgió de este nuevo sacrificio: *Yen virtud de esta voluntad quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo* (Heb. 10, 10).

Jesús ofreció su sacrificio *para siempre* (Heb. 10, 12); nosotros lo recordamos en la Misa. Pero queda por cumplir nuestro sacrificio, es decir, el sacrificio del cuerpo que es la Iglesia: queda por cumplir lo *que falta a los padecimientos de Cristo* (Col. 1, 24). Este sacrificio no sólo no queda abolido por Jesús sino que sin él no se entra en el reino: *Quien no reniega de sí mismo...;* y san Pablo: *Los exhorto... a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios* (Rom. 12, 1). Nuestro cuerpo: hoy no se quiere escuchar hablar de castigar el propio cuerpo y reducirlo a la esclavitud, quizás porque en ese sentido hubo exageraciones y distorsiones en el pasado. Y sin embargo, sin decir no a ciertas insaciables exigencias de nuestro cuerpo, no nos convertimos en espirituales; permanecemos carnales.

Pero no sólo el cuerpo, Si el sacrificio por excelencia es "hacer la voluntad de Dios", es sobre el interior que debe insistirse, sobre el sacrificio del "yo" egoísta y orgulloso que se opone a Dios. Es dentro de nosotros, sobre todo, que debemos buscar la víctima para sacrificar. El sacrificio perfecto es el que comienza con la conversión del corazón: *Mi sacrificio es un espíritu contrito, tú no desprecias el corazón contrito y humillado* (Sal. 50, 19).

Este sacrificio, así concebido, ya no aparece como el opuesto del amor y de la misericordia; por el contrario, les allana el camino. Sólo quien llegó a saber resistirse a sí mismo, a reconocer alguna vez que no tiene razón, a

decirse algún "no", por lo general está dispuesto a dar la razón, a decir sí al hermano, a comprenderlo, a perdonarlo, a emplear, en síntesis, la misericordia con respecto a él. El cristiano no se sacrifica nunca en abstracto, sólo por sacrificarse; se sacrifica siempre por alguien, a beneficio de alguien, exactamente como Cristo, quien se dio en sacrificio "por nosotros". Los santos más austeros consigo mismos eran los más dulces y generosos con los demás. San Francisco, para reprimir un movimiento contrario a la virtud en su cuerpo, era capaz de dar vueltas desnudo sobre la nieve invernal, pero también era capaz de levantarse por la noche para comer, para hacerle compañía a un fraile que tenía hambre y se avergonzaba de comer a solas. Así, antes de todos los santos, actuó el mismo Jesús: pasó cuarenta días de ayuno en el desierto y, quizás, incluso después se conformó con comer lo que había y la cantidad que había. Pero fue a comer a lo de Mateo para complacer a él y a los amigos, y ofrecerles el don de su misericordia.

Hemos hablado del sacrificio de Cristo y de aquel del creyente. Las dos cosas no quedan desvinculadas y sin nexo. Si fuera así, nuestro sacrificio quedaría solamente como un sacrificio ascético, aun cuando saludable. El momento del encuentro entre los dos sacrificios –el de Cristo y el de la Iglesia– es, justamente, la Misa que estamos celebrando. Aquí, las gotitas de agua de nuestros sacrificios se funden con "la sangre derramada en la cruz" en un único sacrificio, el sacrificio de nuestra reconciliación. Cristo hace también de nosotros una Eucaristía para el Padre y para el mundo. Al pasar a la celebración eucarística, hoy no olvidamos la escena contemplada en el Evangelio: Jesús que se sienta a la mesa con los pecadores, que habla y come con ellos. Ella se repite ahora en nuestra asamblea: él se sienta a la mesa con nosotros que somos pecadores, como hizo en la casa de Mateo. Nos ha dado su palabra de vida y ahora desmigaja su pan: el pan que nos otorga, no lo olvidemos, es su cuerpo "ofrecido en sacrificio por nosotros".

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

La virtud de la esperanza

I. La virtud del caminante. Su fundamento.

La ascética cristiana considera la vida del hombre en la tierra como un camino que acaba en Dios. Todos somos un *homo viator*, un viajero que se dirige deprisa hacia su meta definitiva, Dios; por eso, todos "debemos hacer *provisión de esperanza* si queremos marchar con paso firme y seguro por el duro camino que nos espera". Si el viajero perdiera

la esperanza de llegar a su destino detendría su marcha, pues lo que le mueve a continuar el camino es la confianza en poder alcanzar la meta. Nosotros queremos ir muy por derecho y deprisa a la santidad, a Dios.

En la vida humana, cuando uno se propone un objetivo, su esperanza de alcanzarlo se fundamenta en la resistencia física, en el entrenamiento, en la experiencia; en último término, en su firme voluntad, que puede sacar fuerzas, si fuera necesario, de su misma flaqueza. Para lograr el fin sobrenatural de nuestra existencia, no nos basamos en las propias fuerzas, sino en Dios, que es todopoderoso y amigo fiel que no falla; su bondad y misericordia no se parecen a las del hombre, que es frecuentemente *como nube de la mañana y como rocío de la madrugada, que pasa*.

Mediante la esperanza sobrenatural, el cristiano confía alcanzar un objetivo definitivo que se encuentra incoado ya en esta vida desde el Bautismo y se logra para siempre en la otra. No es este objetivo una meta provisional, como en los viajes corrientes, punto de partida hacia otras metas. A través de esta virtud, esperamos y deseamos la vida eterna que Dios ha prometido a quienes le aman, y los medios necesarios para alcanzarla, apoyados en su auxilio omnipotente.

El Señor nos promete su ayuda para combatir las tentaciones y desarrollar el germen de la vida divina en el alma. *Cuanto mayores sean las dificultades* y más grande la debilidad, más firme ha de ser la esperanza en el Señor, pues *mayores serán sus ayudas*, más clara se manifiesta su presencia cerca de nuestro vivir diario. En la *Segunda lectura* de la Misa, nos recuerda San Pablo cómo Abrahán, *apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchas naciones, según se le había prometido*. Y comenta Juan Pablo II: "diréis todavía: "¿cómo puede suceder esto?". Sucede porque se aferra a tres verdades: Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas. Y es Él, el Dios de las misericordias, quien enciende en mí la confianza; por lo cual yo no me siento ni solo, ni inútil, ni abandonado, sino implicado en un destino de salvación que desembocará un día en el Paraíso".

No vaciló Abrahán a pesar de ser ya anciano y estéril su mujer, sino que se afianzó firmemente en el poder y en la misericordia divinas *al estar persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete*. Y nosotros, ¿no vamos a confiar en Jesucristo, *que fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación?* ¿Cómo nos va a dejar solos el Señor ante los obstáculos que encontremos para vivir según la llamada que de Él hemos recibido? Él nos da su mano de muchas maneras; de ordinario, en la oración diaria, en el cumplimiento fiel del plan de vida que nos hayamos propuesto, en los sacramentos y, de una manera particular, en los consejos recibidos en la dirección espiritual. Nunca nos

dejará solos el Señor en nuestro caminar por este mundo, en el que con frecuencia experimentamos la flaqueza y la debilidad. La esperanza de ser santos, de cumplir fielmente lo que Dios espera de cada uno, depende de que aceptemos la mano que Él nos tiende a diario. No se fundamenta esta virtud en nuestro valer, en las condiciones personales o en la ausencia de dificultades, sino en el querer de Dios, en su voluntad de que alcancemos la meta; una voluntad acompañada siempre por las gracias y ayudas que sean precisas en cada circunstancia.

""Nam, et si ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala" –aunque anduviere en medio de las sombras de la muerte, no tendré temor alguno. Ni mis miserias, ni las tentaciones del enemigo han de preocuparme, "quoniam tu mecum es" –porque el Señor está conmigo".

II. Esperanza en medio de las contrariedades, de los obstáculos, del dolor...

El Evangelio de la Misa nos muestra, una vez más, cómo el Señor está más cerca de quien más lo necesita. Ha venido a curar, a perdonar, a salvar, y no sólo a conservar a los que están sanos. Él es el Médico divino, el que cura ante todo las enfermedades del alma, y *no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*, dice a quienes le critican que come con publicanos y pecadores. Cuando los asuntos del alma no marchan, cuando se ha perdido la salud –y nunca estamos del todo sanos–, Jesús está dispuesto a derrochar más cuidados, más ayudas. No se separa del enfermo, no se aleja de nosotros, no da a nadie por perdido, ni siquiera en un defecto, en algo que puede y debe ir mejor, pues Él nos llama a la santidad y tiene preparadas las gracias necesarias. Sólo el enfermo puede hacer ineficaces, rechazándolas, las medicinas y la acción de este Médico que todo lo puede curar. La voluntad salvadora de Cristo para cada uno de sus discípulos, para nosotros, es la garantía de alcanzar lo que Él mismo nos pide.

La virtud de la esperanza nos descubre que las dificultades de esta vida tienen un sentido profundo, no ocurren por casualidad o por un destino ciego, sino porque Dios las quiere, o al menos las permite para sacar bienes mayores de esas situaciones: afianzar nuestra confianza en Él, crecer en el sentido de nuestra filiación divina, fomentar un mayor desprendimiento de la salud, de los bienes terrenos, purificar el corazón de intenciones quizá no del todo rectas, hacer penitencia por nuestros pecados y por los de todos los hombres...

El Señor nos dice a cada uno que prefiere *la misericordia al sacrificio*, y si en algún momento permite que nos lleguen el dolor y el sufrimiento, es que conviene, por una razón más alta que a veces no comprendemos, en beneficio de nosotros mismos, de la familia, de los amigos, de toda la Iglesia; quiere el Señor un bien superior, como la madre permite una operación dolorosa para que su hijo recupere plenamente la

salud. Son momentos para creer con fe recia, para avivar la esperanza, pues sólo esta virtud nos enseñará a ver como un *tesoro* lo que humanamente se presenta como un quebranto, quizá como una gran desgracia. Son momentos para acercarnos al Sagrario y decirle despacio al Señor que queremos todo lo que Él quiera. "Éste es nuestro gran engaño –escribe Santa Teresa–, no dejarnos del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene". "Jesús, lo que tú "quieras"... yo lo amo". Lo que Tú permitas, yo, con tu ayuda, lo recibiré como un gran bien, sin poner límite ni condiciones. Por todo te daré siempre gracias, si estás junto a mí.

III. Actualizar con frecuencia la esperanza de ser santos.

***Todo es para bien*, diremos en la intimidad de nuestro corazón, aunque atravesemos un gran dolor físico o moral. Hay que superar la tentación del egoísmo, de la tristeza o de los objetivos mezquinos. Caminamos derechamente hacia el Cielo, y todo se convertirá en instrumento para estar más cerca y llegar antes. Todo, hasta las flaquezas.**

Debemos especialmente ejercitarnos muchas veces en la esperanza ante la situación de la propia vida interior, sobre todo cuando parece que no se avanza, que los defectos tardan en desaparecer, que se repiten los mismos errores, de modo que la santidad se llega a ver muy lejana, casi una quimera. Hemos de tener muy presente entonces lo que enseña San Juan de la Cruz: que el alma en "esperanza de cielo tanto alcanza cuanto espera". Hay gentes que no alcanzan los bienes divinos justamente porque no esperan alcanzarlos, porque su horizonte es demasiado humano, mezquino, y no vislumbran la magnitud de la bondad de Dios, que nos ayuda aunque no lo merezcamos en absoluto. Y continúa este santo autor: "esperé sólo este lance, y en esperar no fui falto, pues fui tan alto tan alto, que le di a la caza alcance". La esperanza debe estar sólo en Dios, debe ser ancha, filial, a lo divino: si en ella no quedamos escasos, todo lo obtendremos de Él. Cuando la santidad –la meta de nuestra vida– parezca más distante, procuraremos no cejar en la lucha por acercarnos más al Señor, por esperar ardientemente, por sacar adelante nuestros deberes, llevando a la práctica con renovado esfuerzo los propósitos de nuestros exámenes de conciencia o del último retiro que hicimos, y los consejos de la dirección espiritual, luchando con firmeza contra el desaliento. En algún momento sólo podremos ofrecer al Señor el dolor de nuestras derrotas –en frentes de mucha o de menos importancia– y el renovado deseo de volver a empezar. Será entonces una ofrenda humilde y muy grata al Señor.

La esperanza nos mueve a recomenzar con alegría, con paciencia, sin cansarnos, seguros de que, con la ayuda del Señor y de su Madre, *Spes nostra*, Esperanza nuestra, alcanzaremos la victoria, pues Él pone a nuestro alcance los medios para vencer.

P. Jorge LORING S.J. (Cádiz, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

«No he venido a llamar a justos, sino a pecadores»

Hoy, Jesús nos habla de la alegría que produce la conversión de alguien que se había alejado de Dios. Hay textos en el Evangelio que se pueden entender mal, como, por ejemplo: «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9,13), o esta otra frase, que Jesús dijo también: «Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (Lc 15,7). Parece como si Dios prefiriera que fuésemos pecadores, y no es así. El aumento de alegría es porque se trata de una alegría distinta, nueva.

Si un joven emigrante vuelve a casa, su madre recibe una gran alegría que no le dan sus hijos que han permanecido con ella. La madre hubiera preferido que su hijo no hubiera tenido que emigrar para encontrar trabajo, pero al volver le da una alegría nueva que no le dan los otros hijos. Si un hijo gravemente enfermo recupera la salud, da a su padre una alegría nueva que no le dan los hijos sanos. Pero el padre hubiera preferido que su hijo no enfermara. Es el caso de la alegría que recibe el padre del hijo pródigo cuando éste vuelve a casa.

Es evidente que el Señor quiere que le seamos fieles y no nos separemos de Él. Pero cuando nos separamos, Él sale a buscarnos, como el Buen Pastor que deja las otras ovejas en el redil y se va a buscar la perdida hasta que la encuentra. «No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal» (Mt 9,12); Jesucristo, médico divino, no espera a que los enfermos acudan a Él, sino que Él mismo sale a su encuentro. Como dice san Agustín, Jesús «convoca a los pecadores a la paz, y a los enfermos a la curación».

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Configurados con la misericordia

«Yo quiero misericordia, y no sacrificios».

Eso dice Jesús.

Te lo dice a ti, sacerdote, porque tú te has levantado y lo has seguido.

Todo lo que sabes hacer, de Él lo has aprendido, porque Él es tu Maestro, tu Amo, tu Señor, y tú eres su discípulo, su siervo, y su amigo.

Tu Señor te ha enviado a llevar su misericordia al mundo entero, a través de tus obras.

Tus sacrificios y holocaustos, Dios no los acepta, sacerdote, porque uno solo es el sacrificio agradable a sus ojos: el único y eterno sacrificio de tu Señor, su pasión y su muerte en la crucifixión, con lo que llevó a cabo la obra de la redención, para darle al mundo la vida en su resurrección.

No hay otro sacrificio que tenga valor, sino tus obras de misericordia, unidas en ofrenda en el altar a ese mismo y único sacrificio en memorial, que se convierten, con el vino y con el pan, en el cuerpo y en la sangre de Cristo, en un solo, excelso y eterno sacrificio, con el que el Padre es glorificado en el Hijo.

Y tú, sacerdote, ¿has aprendido bien lo que quiere decir: *yo quiero misericordia y no sacrificios*?

¿Comprendes bien el significado de esas palabras sagradas?

¿Te esfuerzas por cumplir lo que tu Señor te manda?

¿Llevas su misericordia derramada en la cruz a todos los rincones de la tierra?

¿Entiendes bien que tu ministerio significa *misericordia quiero y no sacrificios?*

Tu Señor te ha llamado, y una sola palabra suya te ha bastado para levantarte, dejarlo todo y seguirlo, cuando Él te dijo *"sígueme"*. ¿Acaso significó para ti un sacrificio? ¿O acaso no ardía tu corazón al escuchar su voz, sabiendo que Él vino a buscarte, no por ser justo, sino por ser un pecador?

Tu Señor no se equivoca, sacerdote. Él te conoce desde antes de nacer. Él te eligió, sabiendo que eres indigno y miserable, débil, frágil y pecador. Pero Él por ti se declaró culpable, y dio su vida para salvarte, para recuperarte, y para enviarte a llevar al mundo su misericordia.

Tu Señor se ha mostrado misericordioso primero contigo, sacerdote, porque nadie puede dar lo que no tiene, y después te ha enviado llenándote de dones y de poder, para que puedas hacer todo lo que Él te manda hacer.

Pero no te envía solo. Tu Señor te ayuda, te protege, y te fortalece con su presencia y su Palabra, porque sabe que ha puesto un tesoro en vasija de barro, y está contigo para salvarte.

Esfuérzate, sacerdote, en aprender bien de tu Maestro, predicando su Palabra, impartiendo sus sacramentos, haciendo sus obras de misericordia corporales y espirituales, viviendo las virtudes con

perfección, siendo ejemplo vivo de lo que hace la misericordia de tu Señor con el alma de un pobre pecador, que ha recibido un inmenso don inmerecido, tan solo porque lo ha escuchado, se ha levantado y lo ha seguido, no para hacer sacrificios, sino para ser configurado con la Misericordia misma.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 79)

Domingo XI del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO – Homilía sobre el Evangelio de San Mateo XXXIII**
- **FRANCISCO – Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 2014**
- **BENEDICTO XVI – Homilía 2008**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Enric PRAT i Jordana, (Sort, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

EL DIOS AMIGO DE SU PUEBLO

Ex 19, 2-6, Rom 5, 6-11; Mt 9, 36-10,8

El libro del Éxodo nos comparte la oferta de alianza que Dios propone a Israel. Los israelitas dicen estar dispuestos a cumplir los mandatos que el Señor les imponga. El Señor por su parte se compromete a cuidar de su pueblo con esmero. La protección que Dios ofrece no exenta al creyente de las respectivas responsabilidades éticas. Dios se desvive por atender a sus hijos porque los ama. Se solidariza con la desgracia de un pueblo sometido a esclavitud por los egipcios. Dios no es indiferente al sufrimiento de sus hijos. El Evangelio nos recuerda que la compasión de

Dios se tiene que concretar a través de personas sensibles, que hagan suya la causa de los débiles. Jesús ordena a sus discípulos atender a las necesidades de las mujeres y los hombres lastimados por la enfermedad y la pobreza. El Reino de Dios que está llegando tendrá que mejorar la condición de los desfavorecidos.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 26, 7. 9

Oye, Señor, mi voz y mis clamores. Ven en mi ayuda, no me rechaces, ni me abandones, Dios, salvador mío.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, fortaleza de los que en ti esperan, acude bondadoso, a nuestro llamado y puesto que sin ti nada puede nuestra humana debilidad, danos siempre la ayuda de tu gracia, para que, en cumplimiento de tu voluntad, te agrademos siempre con nuestros deseos y acciones. Por nuestro Señor Jesucristo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Serán para mí un reino de sacerdotes y una nación consagrada.

Del libro del Éxodo: 19, 2-6

En aquellos días, el pueblo de Israel salió de Refidim, llegó al desierto del Sinaí y acampó frente al monte. Moisés subió al monte para hablar con Dios. El Señor lo llamó desde el monte y le dijo: "Esto dirás a la casa de Jacob, esto anunciarás a los hijos de Israel: 'Ustedes han visto cómo castigué a los egipcios y de qué manera los he levantado a ustedes sobre alas de águila y los he traído a mí. Ahora bien, si escuchan mi voz y guardan mi alianza, serán mi especial tesoro entre todos los pueblos, aunque toda la tierra es mía. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación consagrada'".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 99, 2. 3. 5.

R/. El Señor es nuestro Dios y nosotros su pueblo.

Alabemos a Dios todos los hombres, sirvamos al Señor con alegría y con júbilo entremos en su templo. *R/.*

Reconozcamos que el Señor es Dios, que él fue quien nos hizo y somos suyos, que somos su pueblo y su rebaño. *R/.*

Porque el Señor es bueno, bendigámoslo, porque es eterna su misericordia y su fidelidad nunca se acaba. *R/.*

SEGUNDA LECTURA

Si la muerte de Cristo nos reconcilió con Dios, mucho más nos reconciliará su vida.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 5, 6-11

Hermanos: Cuando todavía no teníamos fuerzas para salir del pecado, Cristo murió por los pecadores en el tiempo señalado. Difícilmente habrá alguien que quiera morir por un justo, aunque puede haber alguno que esté dispuesto a morir por una persona sumamente buena. Y la prueba de que Dios nos ama está en que Cristo murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores.

Con mayor razón, ahora que ya hemos sido justificados por su sangre, seremos salvados por él del castigo final. Porque, si cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo, con mucha más razón, estando ya reconciliados, recibiremos la salvación participando de la vida de su Hijo. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mc 1. 15

R/. Aleluya, aleluya.

El Reino de Dios está cerca, dice el Señor; arrepiéntanse y crean en el Evangelio. *R/.*

EVANGELIO

Jesús envió a sus doce apóstoles con instrucciones.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 9, 36-10, 8

En aquel tiempo, al ver Jesús a las multitudes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y desamparadas, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: "La cosecha es mucha y los trabajadores, pocos. Rueguen, por lo tanto, al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos".

Después, llamando a sus doce discípulos, les dio poder para expulsar a los espíritus impuros y curar toda clase de enfermedades y dolencias.

Éstos son los nombres de los doce apóstoles: el primero de todos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el publicano; Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón, el cananeo, y Judas Iscariote, que fue el traidor. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: "No vayan a tierra de paganos ni entren en ciudades de samaritanos. Vayan más bien en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Vayan y proclamen por el camino que ya se acerca el Reino de los cielos. Curen a los leprosos y

demás enfermos; resuciten a los muertos y echen fuera a los demonios. Gratuitamente han recibido este poder; ejérzanlo, pues, gratuitamente".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Tú que con este pan y este vino que te presentamos das al género humano el alimento que lo sostiene y el sacramento que lo renueva, concédenos, Señor, que nunca nos falte esta ayuda para el cuerpo y el alma. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 17, 11

Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que, como nosotros, sean uno, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que esta santa comunión, que acabamos de recibir, así como significa la unión de los fieles en ti, así también lleve a efecto la unidad en tu Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

Promesa divina

1ª. Lectura (Ex 19, 2-6)

En estos versículos se reúne el sentido de la Alianza que va a llevarse a cabo. En efecto, el texto contiene la idea de elección, aunque no se use el término técnico, y la de exigencia. Más aún, refleja la nueva condición del pueblo, como propiedad particular de Dios; y, a la vez, fundamenta la esperanza, porque tal dignidad sólo la alcanza el pueblo en la medida en que es fiel a la voluntad divina.

He aquí las enseñanzas básicas: a) El fundamento de la Alianza es la liberación de Israel realizada en Egipto (v. 4): el pueblo ha sido elegido con predilección, es decir, ha sido creado como tal al sacarlo de la esclavitud. b) El pueblo está destinado a adquirir un nuevo modo de ser muy peculiar, si cumple las exigencias del pacto. Esta oferta especialísima se va a llevar a cabo en el momento en que acepten los compromisos; pero se irá haciendo realidad en la medida en que escuchen – obedezcan la voluntad de Dios. Es decir, el pueblo adquiere la plenitud de su ser con la condición de vivir con fidelidad. c) La oferta divina se concreta en tres expresiones complementarias entre sí: «propiedad exclusiva», «nación santa», «reino de sacerdotes».

El primero de estos términos significa posesión privada, personalmente adquirida y cuidadosamente conservada. Israel es entre todas las naciones de la tierra «propiedad de Dios», porque Él lo ha escogido y lo protege con especial esmero. Esta nueva condición del pueblo será recordada con frecuencia (cfr Dt 7,6; 26,17 - 19; Sal 135,4; Ml 3,17).

Siendo posesión de Dios, Israel participa de su santidad, es «una nación santa», es decir, separada de las demás para mantener con Él una íntima relación; en otros textos se aclara que es una relación de «hijo de Dios» (cfr 4,22; Dt 14,1). De este nuevo modo de ser se deriva para los miembros del pueblo la exigencia moral de reflejar en su vida lo que son por elección: «Sed santos, porque yo, el Señor vuestro, soy santo» (Lv 19,2).

Finalmente, la expresión «reino de sacerdotes» no significa que han de ser gobernados por sacerdotes, ni que todo el pueblo ejercerá la función sacerdotal, reservada a la tribu de Leví; más bien refleja la dignidad que Dios concede a Israel de ser, en medio de las naciones, el único pueblo a su servicio. Sólo Israel ha sido elegido como «reino para el Señor», es decir, para ser el ámbito en que Él reina y es reconocido como único Soberano. Este reconocimiento se manifiesta mediante el servicio que Israel entero tributa al Señor.

***

La reconciliación por el sacrificio de Cristo

2ª. Lectura (Rm 5, 6-11)

Estos versículos enseñan que la medida del amor que Dios nos tiene se demuestra en la «reconciliación» que se operó mediante el sacrificio de la cruz, cuando Cristo, dando muerte en sí mismo a la enemistad, estableció la paz y nos reconcilió con Dios (cfr Ef 2,15 - 16). Si, cuando éramos pecadores, nos manifestó ese amor, cuánto más ahora, una vez reconciliados, podemos confiar en que nos salvará. La reconciliación en Cristo aparece, pues, con perfiles muy nítidos: no es que Dios estuviera enemistado con los hombres; éramos nosotros quienes estábamos enemistados con Dios por nuestros pecados; no era Dios el que debía cambiar de actitud, sino el hombre; sin embargo, ha sido Dios quien ha tomado la iniciativa por medio de la muerte de Cristo para que el hombre vuelva a la amistad con Él.

***

La misión apostólica

Evangelio (Mt 9, 36 – 10,8)

El Concilio Vaticano II acude a este lugar para señalar el mensaje de caridad cristiana que ha de dar la Iglesia en todas partes: «La caridad

cristiana se extiende a todos los hombres sin discriminación de raza, condición social o religión: no espera nin-guna ganancia ni agradecimiento. Pues como Dios nos amó con amor gratuito, del mismo modo los fieles por su caridad han de ser solícitos en amar al hombre con el mismo sentido de amor con que Dios buscó al hombre. Y como Cristo recorría todas las ciudades y aldeas curando toda enfermedad y dolencia en señal de la llegada del Reino de Dios, así también la Iglesia por medio de sus hijos se une con los hombres de cualquier condición, sobre todo con los pobres y afligidos, y con gozo se gastará en atender-los» (Ad Gentes, n. 12).

Tan esencial es la oración en la vida de la Iglesia, que Jesús llama a sus Doce Apóstoles después de haberles reco-mendado que rezaran para que el Señor enviara obreros a su mies (cfr Mt 9,38). Toda actividad apostólica de los cristianos debe ir, pues, precedida y acompañada de una intensa vida de oración, puesto que no se trata de una empresa meramente hu-mana sino divina. El Señor inicia su Iglesia llamando a Doce hombres que van a ser como los doce patriarcas del Nuevo Pue-blo de Dios que es su Iglesia. Este Nuevo Pueblo no se constitui-rá por una descendencia según la carne, sino por una descenden-cia espiritual. Sus nombres quedan aquí consignados. Su elección es gratuita: no se han distinguido por ser sabios, poderosos, im-portantes...; son hombres normales y corrientes que han respon-dido con fe a la gracia de la llamada de Jesús. Todos serán fieles al Señor, excepto Judas Iscariote. Incluso antes de que Jesús muera y resucite gloriosamente, les confiere esos poderes de arro-jar los espíritus inmundos y curar enfermedades, como anticipo y preparación de la misión salvífica que les dará después.

Es entrañable saber los nombres de aquellos primeros. La Iglesia los venera con especial afecto y se siente orgullosa de ser continuadora —apostólica— de la misión sobrenatural que ellos iniciaron, y de ser fiel al testimonio que supieron dar de la doctri-na de Cristo. No hay verdadera Iglesia sin la ininterrumpida sucesión apostólica y la continuada identificación con el espíritu que los Apóstoles supieron encarnar.

«Apóstol»: Significa enviado, porque Jesucristo los enviaba a predicar su Reino y su doctrina.

El Concilio Vaticano II, en la misma línea del Vaticano I, confiesa y declara que la Iglesia está constituida jerárquicamen-te: «El Señor Jesús después de orar al Padre, llamando hacia sí a los que quiso, constituyó ajos Doce para que estuvieran junto a Él y para enviarlos a predicar el Reino de Dios: y los instituyó Apóstoles, en forma de colegio o grupo estable, y al frente puso a Pedro a quien había es-cogido para esta misión. Los envió primero a los hijos de Israel y luego a todos los pueblos, Para que, como partícipes de su misma potestad, hicieran discí-pulos suyos a todos los pueblos, los santificaran y gobernaran, y así propagaran la Iglesia, y,

siendo sus ministros, la apacentaran bajo la guía del Señor, todos los días hasta el fin de los siglos (*Lumen gentium*, n. 19).

San Mateo expone cómo Jesús, para llevar adelante en el futuro el Reino de Dios que inaugura, tiene el Propósito de fundar la Iglesia, y para ello elige, da poderes e ins-truye a los Doce Apóstoles que son el germen de su Iglesia.

De manera semejante a como en la elección de los Apóstoles Jesús muestra su voluntad de fundar la Iglesia, también manifiesta su propósito de formar a esos Apóstoles primeros, ya antes de su Muerte y Resu-rrección. De este modo Jesucristo empezó a poner los fundamen-tos de su Iglesia desde los comienzos de su ministerio público.

Todos necesitamos una formación doctrinal y apostólica para desempeñar nuestra vocación cristiana. La Iglesia tiene el deber de enseñar, y los fieles tenemos la obligación de hacer nues-tra esa enseñanza. En consecuencia, cada cristiano debe aprove-char los medios de formación que la Iglesia le ofrece, en las cir-cunstancias concretas en que Dios le ha puesto en la vida.

Según el plan de salvación establecido por Dios, al pue-blo hebreo fueron hechas las promesas (a Abrahán y a los Pa-triarcas), conferida la Alianza, dada la Ley (Moisés) y enviados los Profetas. De este pueblo, según la carne, nacería el Mesías. Se comprende que a la casa de Israel deberían ser anunciados prime-ro el Mesías y el Reino de Dios, antes que a los no judíos. Por ello, en este primer aprendizaje de misión apostólica, Jesús res-tringe el campo de su actividad a sólo los judíos, sin que tal cir-cunstancia pueda significar un obstáculo al carácter universal de la misión de la Iglesia. En efecto, Jesús les mandaría más tarde: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes»; «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura». También los Apóstoles, en la primera expansión del Cris-tianismo, al evangelizar una ciudad en la que había alguna comu-nidad de judíos solían dirigirse a éstos en primer lugar.

Hasta entonces los Profetas habían anunciado al pue-blo escogido los bienes mesiánicos, a veces en imágenes acomodadas a su mentalidad todavía poco madura espiritualmente. Ahora, Jesús envía a sus Apóstoles a anunciar que ese Reino de Dios prometido es inminente, poniendo de manifiesto sus aspec-tos espirituales. Los poderes mencionados son precisa-mente la señal anunciada por los Profetas acerca del Reino de Dios o reino mesiánico. Primariamente estos pode-res mesiánicos los ejerce Jesucristo; ahora se los da a sus discípu-los para mostrar que esa misión es divina.

SAN JUAN CRISÓSTOMO – Homilía sobre el Evangelio de San Mateo XXXIII

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

Cristo, para enseñarnos que procedía por pura benignidad, no sólo no esperaba a que los enfermos fueran a él, sino que iba en busca de ellos y les hacía un doble beneficio: el del reino de los cielos y el de la curación de todo género de enfermedades. No desdeñaba ninguna ciudad, no pasaba de largo por ninguna aldea, iba por todos los sitios. Y no se contentaba con esto, sino que tomó otra providencia además. Pues dice el evangelista: Viendo a la muchedumbre, se enterneció de compasión por ella, porque estaban fatigados y decaídos, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a los discípulos: La mies es mucha, pero pocos los obreros. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

Considera de nuevo cuán ajeno está a la vanagloria. Para no atraerlos todos personalmente hacia sí, manda a sus discípulos. Pero no únicamente por eso, sino además para adiestrarlos, a fin de que, ejercitándose en Palestina, como en una palestra, se preparen de este modo para las luchas en todo el orbe. Y les propone ejercicios de más fuertes combates, todo en cuanto lo puede sobrellevar la virtud de ellos, para que con mayor facilidad puedan soportar las batallas que luego vendrán: los ejercita en el vuelo como a tiernas avecillas. Por de pronto los gradúa como médicos de las enfermedades corporales y les reserva para más tarde la curación de las almas, que es la principal.

Advierte en qué forma les hace ver ser esto cosa fácil y necesaria. ¿Qué les dice? La mies es mucha y los obreros pocos. Como si les dijera: mirad que no os envío a la siembra, sino a la cosecha. Como lo dijo en el evangelio de Juan: Otros lo trabajaron y vosotros os aprovechasteis de su trabajo. Les decía esto para reprimirles sus altos sentires e instruyéndolos al mismo tiempo para que tuvieran gran confianza y demostrándoles que ya había precedido el mayor trabajo. Advierte cómo empieza por la misericordia y con la esperanza de la recompensa. Pues dice: Se enterneció de compasión, porque estaban fatigados y decaídos, como ovejas sin pastor. Lo cual es una acusación contra los jefes de los judíos que siendo pastores se mostraban lobos. Pues no sólo no corregían a la plebe, sino que aun le estorbaban que adelantara en la virtud.

Admirándose, pues las turbas y exclamando: Jamás se vio tal en Israel, ellos, al contrario, exclamaban: Es por virtud del príncipe de los demonios como arroja los demonios. Pero ¿a quiénes llama aquí obreros? A los doce discípulos. ¿Acaso al decir los operarios son pocos, añadió algunos más? De ninguna manera, sino que envió a los doce. Entonces ¿por qué añade: Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies y no añade a ellos ninguno otro? Porque, siendo ellos doce en

número, los multiplicó no aumentando el número, sino dándoles virtud y poder. Y luego, para demostrarles cuán grandes los hacía, añade: Rogad, pues, al dueño de la mies, con lo que deja entender que Él tiene potestad para enviar. Porque al decir: Rogad al dueño de la mies, al punto los ordena predicadores, ya haya acontecido que ellos nada le suplicaran o que inmediatamente se lo pidieran; y les recuerda las palabras del Bautista, o sea la era, el bieldo, la paja y el grano. Por donde se ve que es Él el agrícola, el Señor de la mies y aun de los profetas. Si los envía a la siega, claro está que no los envía a lo ajeno, sino a lo que El mismo sembró por mano de los profetas. Y no por sólo este capítulo les infundió confianza, al llamar a su ministerio una siega, sino con darles potestad para que ejerzan el dicho ministerio.

Y Jesús, habiendo llamado a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus impuros para arrojarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia. Pero si aún no se les había dado el Espíritu Santo: Pues aún no se había dado el Espíritu Santo, dice Juan, porque Jesús aún no había sido glorificado, entonces ¿cómo arrojaban los espíritus? Bajo el precepto y potestad de Jesús. Considera la oportunidad de este apostolado. Porque no los envió allá a los principios, sino cuando ya lo habían seguido por un tiempo suficiente; y habían visto a un muerto resucitado, al mar aplacado, a los demonios arrojados, al paralítico sanado, los pecados perdonados, al leproso limpiado y suficientes argumentos de la potestad de Jesús así en obras como en palabras, y la habían constatado. Entonces finalmente los envió y no a empresas peligrosas, pues aún no había peligro en Palestina. Solamente había que luchar contra las calumnias.

Sin embargo, les predice peligros y contratiempos y con tiempo los prepara con el objeto de que sepan soportarlos, y con frecuentes predicciones los va disponiendo a la batalla. Luego al evangelista, pues nos había nombrado a dos apóstoles, Pedro y Juan, y luego nos había explicado la vocación de Mateo, pero nada nos había dicho acerca del nombre y vocación de los otros apóstoles, le pareció necesario poner aquí el catálogo de ellos con su número y nombres. Y dijo: Los nombres de los doce apóstoles son éstos: el primero Simón, llamado Pedro. Porque había otro Simón llamado el Cananeo; y también dos Judas, el Iscariote y el de Santiago; y dos Santiagos, el de Alfeo y el del Zebedeo.

Marcos los puso siguiendo su dignidad; porque en seguida de los dos corifeos, pone a Andrés. Mateo, por su parte, procede con otro orden. Más aún: a Tomás, que le era muy inferior, aquí lo antepone a sí mismo. Pero vamos recorriendo el catálogo desde el principio. El primero Simón llamado Pedro y Andrés su hermano. No es esta pequeña alabanza. Al uno lo alaba por su virtud; al otro, por sus bellas costumbres. Luego Santiago el del Zebedeo y su hermano Juan. ¿Ves cómo no los pone por orden de dignidad? Porque a mí me parece que Juan es superior no sólo a los otros,

sino a su mismo hermano. Enseguida, tras de enumerar a Felipe y a Bartolomé, continuó: Tomás y Mateo el publicano. Lucas no sigue ese orden, sino el inverso, y pone a Mateo antes de Tomás. Y fuego sigue Santiago el de Alfeo, pues como ya dije había otro, hijo del Zebedeo. Y después de nombrar a Lebeo, llamado también Tadeo, y a Simón el Zelador, al que llama Cananeo, llega al traidor. Y lo llama así, no como enemigo o adversario, sino simplemente como historiador. No lo llama execrable, malvadísimo, sino que le pone de apellido el nombre de su patria: Judas Iscariote. Porque había el otro Judas, Lebeo, que se decía Tadeo, del que Lucas dice que era hijo de Santiago. Para distinguirlo de éste, Mateo dice: Judas Iscariote el que lo traicionó.

Y no se avergüenza de decir el que lo traicionó. Hasta este punto los evangelistas no omitieron lo que parecía vituperable. Advierte que el primero, corifeo y jefe, es un hombre ignorante y sin letras. Veamos, pues, a dónde y a quienes los envía Jesús. Porque dice: A éstos doce los envió Jesús. ¿A quiénes envía y de qué condición son? Pescadores, publicanos. Porque, cuatro eran pescadores y dos publicanos, es a saber Mateo y' Santiago; y uno de los doce era traidor. Y ¿qué les dice? Al punto les da sus mandatos con estas palabras: No vayáis a los gentiles ni entréis en' ciudad de samaritanos. Id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Como si les dijera: no penséis que, porque me llaman endemoniado calumniosamente y me querellan, yo los odio y aborrezco. He procurado corregirlos, a ellos los primeros; y ahora a vosotros, apartándoos a un lado de todos los demás, os envío a ellos como médicos y maestros. Y no sólo os prohíbo que a otros prediquéis antes que a ellos, pero incluso que toméis un camino que os desvíe a otra parte; de modo que ni debéis entrar en ciudades de los samaritanos.

Porque los samaritanos eran enemigos de los judíos; y sin embargo era allá más fácil la predicación, pues se presentaban mucho mejor dispuestos para recibirla; mientras que los judíos se mostraban más duros. Sin embargo, los envía a lo más difícil, manifestando así la providencia que tiene de ellos y cerrando la boca de los judíos y preparando el camino para la predicación apostólica; a fin de que no los acusaran de nuevo de haber entrado a los incircuncisos y tuvieran así un motivo justo para rehuirlos y aborrecerlos. Y llama a los judíos ovejas perdidas de la casa de Israel, y no ovejas que han emprendido la fuga; siempre pensando en escogerles un modo de que alcancen perdón. Y trata de atraerlos y dice: Y en vuestro camino predicad diciendo: El reino de Dios se acerca.

¿Ves la alteza del ministerio? ¿ves la dignidad de los apóstoles? No se les ordena predicar acerca de las cosas sensibles para nada, ni al modo de Moisés y los profetas anteriores, sino cosas nuevas e inesperadas. Porque aquéllos no predicaban esto sino bienes de la tierra y de acá abajo,

mientras que éstos predican el reino de los cielos y todo lo que en él hay. Pero no únicamente por esto les son superiores, sino además por la obediencia. Porque no rehúsan el ministerio ni dudan, como los antiguos; sino que, aun cuando se les anuncian peligros y guerras y males intolerables, emprenden lo mandado con alta obediencia, como pregoneros del reino.

Dirás: ¿por qué son admirables en que al punto obedecieran, no habiendo de predicar nada duro ni áspero? ¿qué dices? ¿qué no se les mandó predicar nada duró? Pero ¿no oyes al Maestro que les decía cómo poco después les sobrevendrían cárceles, destierros, combate de sus congéneres, aborrecimiento de todos? Porque los envía como pregoneros para llevar a los demás infinitos bienes; pero a ellos les anuncia y predice que sufrirán males intolerables. Y luego para mediante la fe confirmarlos más aún, les dice: Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad los demonios: gratis lo recibisteis, dadlo gratis. Observa el cuidado que tiene de las costumbres lo mismo que de los milagros, demostrando que los milagros sin las buenas costumbres, nada son. Y para que no los invada la soberbia les dice: Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis. Provee además que huyan del amor al dinero. Por otra parte, para que no creyeran que tan grandes obras nacían de su virtud, y no se ensoberbecieran por el poder de hacer milagros, les advierte: Gratis lo recibisteis, gratis dadlo. Nada vuestro dais a quienes os reciben, pues no lo habéis recibido como recompensa de vuestros trabajos, sino que es don mío. Dadlo, pues, vosotros de la misma manera, ya que es imposible a tales dones hallarles precio que digno sea.

Y al punto, atacando la raíz misma de los males, añade No llevéis oro ni plata ni bronce en vuestros cintos, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias ni bastón. No les dijo: No llevéis con vosotros, sino que, aun cuando por otros lados podáis recibir, huid de semejante enfermedad malvada. Con este mandato muchos bienes conseguía. Desde luego que no sospechen de los discípulos. En segundo lugar, a éstos les quita toda solicitud, de manera que puedan darse a la predicación totalmente. En tercer lugar, les enseña cuánto sea el poder de Él. Por esto último les dijo después: ¿Os faltó acaso algo cuando os envié desnudos y sin calzado? Y no les da este mandato al principio, sino después de haberles dicho: Limpiad a los leprosos, arrojad los demonios. Hasta entonces les pone el mandato: No llevéis con vosotros; y luego añadió: Gratis lo recibisteis, dadlo gratis. Les da, pues, les que conviene para la empresa y lo que es para ellos decoroso y lo que sí es posible.

FRANCISCO – Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 2014

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

Vocaciones, testimonio de la verdad

Queridos hermanos y hermanas:

1. El Evangelio relata que «Jesús recorría todas las ciudades y aldeas... Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas "como ovejas que no tienen pastor". Entonces dice a sus discípulos: "La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies"» (*Mt* 9,35-38). Estas palabras nos sorprenden, porque todos sabemos que primero es necesario arar, sembrar y cultivar para poder luego, a su debido tiempo, cosechar una mies abundante. Jesús, en cambio, afirma que «la mies es abundante». ¿Pero quién ha trabajado para que el resultado fuese así? La respuesta es una sola: Dios. Evidentemente el campo del cual habla Jesús es la humanidad, somos nosotros. Y la acción eficaz que es causa del «mucho fruto» es la gracia de Dios, la comunión con él (cf. *Jn* 15,5). Por tanto, la oración que Jesús pide a la Iglesia se refiere a la petición de incrementar el número de quienes están al servicio de su Reino. San Pablo, que fue uno de estos «colaboradores de Dios», se prodigó incansablemente por la causa del Evangelio y de la Iglesia. Con la conciencia de quien ha experimentado personalmente hasta qué punto es inescrutable la voluntad salvífica de Dios, y que la iniciativa de la gracia es el origen de toda vocación, el Apóstol recuerda a los cristianos de Corinto: «Vosotros sois campo de Dios» (*1 Co* 3,9). Así, primero nace dentro de nuestro corazón el asombro por una mies abundante que sólo Dios puede dar; luego, la gratitud por un amor que siempre nos precede; por último, la adoración por la obra que él ha hecho y que requiere nuestro libre compromiso de actuar con él y por él.

2. Muchas veces hemos rezado con las palabras del salmista: «Él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño» (*Sal* 100,3); o también: «El Señor se escogió a Jacob, a Israel en posesión suya» (*Sal* 135,4). Pues bien, nosotros somos «propiedad» de Dios no en el sentido de la posesión que hace esclavos, sino de un vínculo fuerte que nos une a Dios y entre nosotros, según un pacto de alianza que permanece eternamente «porque su amor es para siempre» (cf. *Sal* 136). En el relato de la vocación del profeta Jeremías, por ejemplo, Dios recuerda que él vela continuamente sobre cada uno para que se cumpla su Palabra en nosotros. La imagen elegida es la rama de almendro, el primero en florecer, anunciando el renacer de la vida en primavera (cf. *Jr* 1,11-12). Todo procede de él y es don suyo: el mundo, la vida, la muerte, el presente,

el futuro, pero —asegura el Apóstol— «vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios» (*1 Co* 3,23). He aquí explicado el modo de pertenecer a Dios: a través de la relación única y personal con Jesús, que nos confirió el Bautismo desde el inicio de nuestro nacimiento a la vida nueva. Es Cristo, por lo tanto, quien continuamente nos interpela con su Palabra para que confiemos en él, amándole «con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser» (*Mc* 12,33). Por eso, toda vocación, no obstante la pluralidad de los caminos, requiere siempre un éxodo de sí mismos para centrar la propia existencia en Cristo y en su Evangelio. Tanto en la vida conyugal, como en las formas de consagración religiosa y en la vida sacerdotal, es necesario superar los modos de pensar y de actuar no concordes con la voluntad de Dios. Es un «éxodo que nos conduce a un camino de adoración al Señor y de servicio a él en los hermanos y hermanas» (*Discurso a la Unión internacional de superioras generales*, 8 de mayo de 2013). Por eso, todos estamos llamados a adorar a Cristo en nuestro corazón (cf. *1 P* 3,15) para dejarnos alcanzar por el impulso de la gracia que anida en la semilla de la Palabra, que debe crecer en nosotros y transformarse en servicio concreto al prójimo. No debemos tener miedo: Dios sigue con pasión y maestría la obra fruto de sus manos en cada etapa de la vida. Jamás nos abandona. Le interesa que se cumpla su proyecto en nosotros, pero quiere conseguirlo con nuestro asentimiento y nuestra colaboración.

3. También hoy Jesús vive y camina en nuestras realidades de la vida ordinaria para acercarse a todos, comenzando por los últimos, y curarnos de nuestros males y enfermedades. Me dirijo ahora a aquellos que están bien dispuestos a ponerse a la escucha de la voz de Cristo que resuena en la Iglesia, para comprender cuál es la propia vocación. Os invito a escuchar y seguir a Jesús, a dejaros transformar interiormente por sus palabras que «son espíritu y vida» (*Jn* 6,63). María, Madre de Jesús y nuestra, nos repite también a nosotros: «Haced lo que él os diga» (*Jn* 2,5). Os hará bien participar con confianza en un camino comunitario que sepa despertar en vosotros y en torno a vosotros las mejores energías. La vocación es un fruto que madura en el campo bien cultivado del amor recíproco que se hace servicio mutuo, en el contexto de una auténtica vida eclesial. Ninguna vocación nace por sí misma o vive por sí misma. La vocación surge del corazón de Dios y brota en la tierra buena del pueblo fiel, en la experiencia del amor fraterno. ¿Acaso no dijo Jesús: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (*Jn* 13,35)?

4. Queridos hermanos y hermanas, vivir este «"*alto grado" de la vida cristiana ordinaria*» (cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 31), significa algunas veces ir a contracorriente, y comporta también encontrarse con obstáculos, fuera y dentro de nosotros. Jesús mismo nos

advierte: La buena semilla de la Palabra de Dios a menudo es robada por el Maligno, bloqueada por las tribulaciones, ahogada por preocupaciones y seducciones mundanas (cf. *Mt* 13,19-22). Todas estas dificultades podrían desalentarnos, replegándonos por sendas aparentemente más cómodas. Pero la verdadera alegría de los llamados consiste en creer y experimentar que él, el Señor, es fiel, y con él podemos caminar, ser discípulos y testigos del amor de Dios, abrir el corazón a grandes ideales, a cosas grandes. «Los cristianos no hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Id siempre más allá, hacia las cosas grandes. Poned en juego vuestra vida por los grandes ideales» (*Homilía en la misa para los confirmandos*, 28 de abril de 2013). A vosotros obispos, sacerdotes, religiosos, comunidades y familias cristianas os pido que orientéis la pastoral vocacional en esta dirección, acompañando a los jóvenes por itinerarios de santidad que, al ser personales, «exigen una auténtica *pedagogía de la santidad*, capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe integrar las riquezas de la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia» (Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 31).

Dispongamos por tanto nuestro corazón a ser «terreno bueno» para escuchar, acoger y vivir la Palabra y dar así fruto. Cuanto más nos unamos a Jesús con la oración, la Sagrada Escritura, la Eucaristía, los Sacramentos celebrados y vividos en la Iglesia, con la fraternidad vivida, tanto más crecerá en nosotros la alegría de colaborar con Dios al servicio del Reino de misericordia y de verdad, de justicia y de paz. Y la cosecha será abundante y en la medida de la gracia que sabremos acoger con docilidad en nosotros. Con este deseo, y pidiéndoos que recéis por mí, imparto de corazón a todos la Bendición Apostólica.

Vaticano, 15 de Enero de 2014

Franciscus

BENEDICTO XVI - Homilía 2008

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

Nuestro primer deber para sanar a este mundo es ser santos

Queridos hermanos y hermanas:

En el centro de mi visita a Brindisi celebramos, en el día del Señor, el misterio que es fuente y cumbre de toda la vida de la Iglesia. Celebramos a Cristo en la Eucaristía, el mayor don que ha brotado de su Corazón

divino y humano, el Pan de vida partido y compartido, para que lleguemos a ser uno con él y entre nosotros.

Los textos bíblicos que hemos escuchado en este undécimo domingo del tiempo ordinario nos ayudan a comprender la realidad de la Iglesia: la primera lectura (cf. *Ex* 19, 2-6) evoca la alianza establecida en el monte Sinaí durante el éxodo de Egipto; el pasaje evangélico (cf. *Mt* 9, 36-10, 8) recoge la llamada y la misión de los doce Apóstoles. Aquí se nos presenta la "constitución" de la Iglesia. ¿Cómo no percibir la invitación implícita que se dirige a cada comunidad a renovarse en su vocación y en su impulso misionero?

En la primera lectura, el autor sagrado narra el pacto de Dios con Moisés y con Israel en el Sinaí. Es una de las grandes etapas de la historia de la salvación, uno de los momentos que trascienden la historia misma, en los que el confín entre Antiguo y Nuevo Testamento desaparece y se manifiesta el plan perenne del Dios de la alianza: el plan de salvar a todos los hombres mediante la santificación de un pueblo, al que Dios propone convertirse en "su propiedad personal entre todos los pueblos" (*Ex* 19, 5).

En esta perspectiva el pueblo está llamado a ser una "nación santa", no sólo en sentido moral, sino antes aún y sobre todo en su misma realidad ontológica, en su ser de pueblo. Ya en el Antiguo Testamento, a través de los acontecimientos salvíficos, se fue manifestando poco a poco cómo se debía entender la identidad de este pueblo; y luego se reveló plenamente con la venida de Jesucristo.

El pasaje evangélico de hoy nos presenta un momento decisivo de esa revelación. Cuando Jesús llamó a los Doce, quería referirse simbólicamente a las tribus de Israel, que se remontan a los doce hijos de Jacob. Por eso, al poner en el centro de su nueva comunidad a los Doce, dio a entender que vino a cumplir el plan del Padre celestial, aunque solamente en Pentecostés aparecerá el rostro nuevo de la Iglesia: cuando los Doce, "llenos del Espíritu Santo" (*Hch* 2, 3-4), proclamarán el Evangelio hablando en todas las lenguas. Entonces se manifestará la Iglesia universal, reunida en un solo Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo resucitado, y al mismo tiempo enviada por él a todas las naciones, hasta los últimos confines de la tierra (cf. *Mt* 28, 20).

El estilo de Jesús es inconfundible: es el estilo característico de Dios, que suele realizar las cosas más grandes de modo pobre y humilde. Frente a la solemnidad de los relatos de alianza del libro del Éxodo, en los Evangelios se encuentran gestos humildes y discretos, pero que contienen una gran fuerza de renovación. Es la lógica del reino de Dios, representada —no casualmente— por la pequeña semilla que se transforma en un gran árbol (cf. *Mt* 13, 31-32). El pacto del Sinaí estuvo acompañado de señales cósmicas que aterraban a los israelitas; en cambio, los inicios de la Iglesia en Galilea carecen de esas manifestaciones, reflejan la mansedumbre y la

compasión del corazón de Cristo, pero anuncian otra lucha, otra convulsión, la que suscitan las potencias del mal.

Como hemos escuchado, a los Doce "les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia" (*Mt* 10, 1). Los Doce deberán cooperar con Jesús en la instauración del reino de Dios, es decir, en su señorío benéfico, portador de vida, y de vida en abundancia, para la humanidad entera. En definitiva, la Iglesia, como Cristo y juntamente con él, está llamada y ha sido enviada a instaurar el Reino de vida y a destruir el dominio de la muerte, para que triunfe en el mundo la vida de Dios, para que triunfe Dios, que es Amor.

Esta obra de Cristo siempre es silenciosa; no es espectacular. Precisamente en la humildad de ser Iglesia, de vivir cada día el Evangelio, crece el gran árbol de la vida verdadera. Con estos inicios humildes, el Señor nos anima para que, también en la humildad de la Iglesia de hoy, en la pobreza de nuestra vida cristiana, podamos ver su presencia y tener así la valentía de salir a su encuentro y de hacer presente en esta tierra su amor, que es una fuerza de paz y de vida verdadera.

Así pues, el plan de Dios consiste en difundir en la humanidad y en todo el cosmos su amor, fuente de vida. No es un proceso espectacular; es un proceso humilde, pero que entraña la verdadera fuerza del futuro y de la historia. Por consiguiente, es un proyecto que el Señor quiere realizar respetando nuestra libertad, porque el amor, por su propia naturaleza, no se puede imponer. Por tanto, la Iglesia es, en Cristo, el espacio de acogida y de mediación del amor de Dios. Desde esta perspectiva se ve claramente cómo la *santidad* y el *carácter misionero* de la Iglesia constituyen dos caras de la misma medalla: sólo en cuanto santa, es decir, en cuanto llena del amor divino, la Iglesia puede cumplir su misión; y precisamente en función de esa tarea Dios la eligió y santificó como su propiedad personal.

Por tanto, nuestro primer deber, precisamente para sanar a este mundo, es ser santos, conformes a Dios. De este modo obra en nosotros una fuerza santificadora y transformadora que actúa también sobre los demás, sobre la historia. En el binomio "santidad-misión" —la santidad siempre es fuerza que transforma a los demás— se está centrando vuestra comunidad eclesial, queridos hermanos y hermanas, durante este tiempo del Sínodo diocesano.

Al respecto, es útil tener presente que los doce Apóstoles no eran hombres perfectos, elegidos por su vida moral y religiosa irreprensible. Ciertamente, eran creyentes, llenos de entusiasmo y de celo, pero al mismo tiempo estaban marcados por sus límites humanos, a veces incluso graves. Así pues, Jesús no los llamó por ser ya santos, completos, perfectos, sino para que lo fueran, para que se transformaran a fin de transformar así la historia. Lo mismo sucede con nosotros y con todos los cristianos.

En la segunda lectura hemos escuchado la síntesis del apóstol san Pablo: "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (*Rm* 5, 8). La Iglesia es la comunidad de los pecadores que creen en el amor de Dios y se dejan transformar por él; así llegan a ser santos y santifican el mundo.

El pasaje evangélico de hoy nos sugiere el estilo de la misión, es decir, la actitud interior que se traduce en vida real. No puede menos de ser el estilo de Jesús: el estilo de la "compasión". El evangelista lo pone de relieve atrayendo la atención hacia el modo como Cristo mira a la muchedumbre: "Al verla, sintió compasión de ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor" (*Mt* 9, 36). Y, después de la llamada de los Doce, vuelve esta actitud en el mandato que les da de dirigirse "a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (*Mt* 10, 6).

En esas expresiones se refleja el amor de Cristo por los hombres, especialmente por los pequeños y los pobres. La compasión cristiana no tiene nada que ver con el pietismo, con el asistencialismo. Más bien, es sinónimo de solidaridad, de compartir, y está animada por la esperanza. ¿No nacen de la esperanza las palabras que Jesús dice a los Apóstoles: "Id proclamando que el reino de los cielos está cerca"? (*Mt* 10, 7). Esta esperanza se funda en la venida de Cristo y, en definitiva, coincide con su Persona y con su misterio de salvación —donde está él está el reino de Dios, está la novedad del mundo—, como lo recordaba bien en su título la cuarta Asamblea eclesial italiana, celebrada en Verona: Cristo resucitado es la "esperanza del mundo".

El Espíritu que actuaba en Cristo y en los Doce es el mismo que actúa en vosotros y que os permite realizar entre vuestra gente, en este territorio, los signos del reino de amor, de justicia y de paz que viene, más aún, que ya está en el mundo.

Pero, por la gracia del Bautismo y de la Confirmación, todos los miembros del pueblo de Dios participan, de maneras diversas, en la misión de Jesús. Pienso en las personas consagradas, que han hecho los votos de pobreza, virginidad y obediencia; pienso en los cónyuges cristianos y en vosotros, fieles laicos, comprometidos en la comunidad eclesial y en la sociedad tanto de forma individual como en asociaciones. Queridos hermanos y hermanas, todos sois destinatarios del deseo de Jesús de multiplicar los obreros de la mies del Señor (cf. *Mt* 9, 38).

Este deseo, que debe convertirse en oración, nos lleva a pensar, en primer lugar, en los seminaristas; nos hace considerar que la Iglesia es, en sentido amplio, un gran "seminario", comenzando por la familia, hasta las comunidades parroquiales, las asociaciones y los movimientos de compromiso apostólico. Todos, en la variedad de los carismas y de los ministerios, estamos llamados a trabajar en la viña del Señor.

Os encomiendo a todos a la protección de la Virgen María, Madre de la esperanza y Estrella de la evangelización. Que os ayude la Virgen santísima a permanecer en el amor de Cristo, para que podáis dar frutos abundantes para gloria de Dios Padre y para la salvación del mundo. Amén.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Iglesia preparada por el pueblo en el Antiguo Testamento

551. Desde el comienzo de su vida pública Jesús eligió unos hombres en número de doce para estar con Él y participar en su misión (cf. *Mc* 3, 13-19); les hizo partícipes de su autoridad "y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar" (*Lc* 9, 2). Ellos permanecen para siempre asociados al Reino de Cristo porque por medio de ellos dirige su Iglesia:

«Yo, por mi parte, dispongo el Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22, 29-30).

761. La reunión del pueblo de Dios comienza en el instante en que el pecado destruye la comunión de los hombres con Dios y la de los hombres entre sí. La reunión de la Iglesia es por así decirlo la reacción de Dios al caos provocado por el pecado. Esta reunificación se realiza secretamente en el seno de todos los pueblos: "En cualquier nación el que le teme [a Dios] y practica la justicia le es grato" (*Hch* 10, 35; cf LG 9; 13; 16).

762. La *preparación* lejana de la reunión del pueblo de Dios comienza con la vocación de Abraham, a quien Dios promete que llegará a ser padre de un gran pueblo (cf *Gn* 12, 2; 15, 5-6). La preparación inmediata comienza con la elección de Israel como pueblo de Dios (cf *Ex* 19, 5-6; *Dt* 7, 6). Por su elección, Israel debe ser el signo de la reunión futura de todas las naciones (cf *Is* 2, 2-5; *Mi* 4, 1-4). Pero ya los profetas acusan a Israel de haber roto la alianza y haberse comportado como una prostituta (cf *Os* 1; *Is* 1, 2-4; *Jr* 2; etc.). Anuncian, pues, una Alianza nueva y eterna (cf. *Jr* 31, 31-34; *Is* 55, 3). "Jesús instituyó esta nueva alianza" (LG 9).

La Iglesia, instituida por Cristo Jesús

763. Corresponde al Hijo realizar el plan de Salvación de su Padre, en la plenitud de los tiempos; ese es el motivo de su "misión" (cf. LG 3; AG 3). "El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es

decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras" (LG 5). Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo inauguró el Reino de los cielos en la tierra. La Iglesia es el Reino de Cristo "presente ya en misterio" (LG 3).

764. "Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo" (LG 5). Acoger la palabra de Jesús es acoger "el Reino" (*ibíd.*). El germen y el comienzo del Reino son el "pequeño rebaño" (*Lc* 12, 32) de los que Jesús ha venido a convocar en torno suyo y de los que él mismo es el pastor (cf. *Mt* 10, 16; 26, 31; *Jn* 10, 1-21). Constituyen la verdadera familia de Jesús (cf. *Mt* 12, 49). A los que reunió así en torno suyo, les enseñó no sólo una nueva "manera de obrar", sino también una oración propia (cf. *Mt* 5-6).

765. El Señor Jesús dotó a su comunidad de una estructura que permanecerá hasta la plena consumación del Reino. Ante todo está la elección de los Doce con Pedro como su Cabeza (cf. *Mc* 3, 14-15); puesto que representan a las doce tribus de Israel (cf. *Mt* 19, 28; *Lc* 22, 30), ellos son los cimientos de la nueva Jerusalén (cf. *Ap* 21, 12-14). Los Doce (cf. *Mc* 6, 7) y los otros discípulos (cf. *Lc* 10,1-2) participan en la misión de Cristo, en su poder, y también en su suerte (cf. *Mt* 10, 25; *Jn* 15, 20). Con todos estos actos, Cristo prepara y edifica su Iglesia.

766. Pero la Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la institución de la Eucaristía y realizado en la cruz. "El agua y la sangre que brotan del costado abierto de Jesús crucificado son signo de este comienzo y crecimiento" (LG 3). "Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia" (SC 5). Del mismo modo que Eva fue formada del costado de Adán adormecido, así la Iglesia nació del corazón traspasado de Cristo muerto en la cruz (cf. San Ambrosio, *Expositio evangelii secundum Lucam*, 2, 85-89).

La Iglesia: un pueblo sacerdotal, profético y real

783. Jesucristo es Aquél a quien el Padre ha ungido con el Espíritu Santo y lo ha constituido "Sacerdote, Profeta y Rey". Todo el Pueblo de Dios participa de estas tres funciones de Cristo y tiene las responsabilidades de misión y de servicio que se derivan de ellas (cf. RH 18-21).

784. Al entrar en el Pueblo de Dios por la fe y el Bautismo se participa en la vocación única de este Pueblo: en su vocación *sacerdotal*: «Cristo el Señor, Pontífice tomado de entre los hombres, ha hecho del nuevo pueblo "un reino de sacerdotes para Dios, su Padre". Los bautizados, en efecto, por el nuevo nacimiento y por la unción del Espíritu Santo, *quedan consagrados* como casa espiritual y sacerdocio santo» (LG 10).

785. "El pueblo santo de Dios participa también del carácter *profético* de Cristo". Lo es sobre todo por el sentido sobrenatural de la fe que es el de

todo el pueblo, laicos y jerarquía, cuando "se adhiere indefectiblemente a la fe transmitida a los santos de una vez para siempre" (LG 12) y profundiza en su comprensión y se hace testigo de Cristo en medio de este mundo.

786. El Pueblo de Dios participa, por último, en la función regia de Cristo. Cristo ejerce su realeza atrayendo a sí a todos los hombres por su muerte y su resurrección (cf. *Jn* 12, 32). Cristo, Rey y Señor del universo, se hizo el servidor de todos, no habiendo "venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos" (*Mt* 20, 28). Para el cristiano, "servir a Cristo es reinar" (LG 36), particularmente "en los pobres y en los que sufren" donde descubre "la imagen de su Fundador pobre y sufriente" (LG 8). El pueblo de Dios realiza su "dignidad regia" viviendo conforme a esta vocación de servir con Cristo.

«La señal de la cruz hace reyes a todos los regenerados en Cristo, y la unción del Espíritu Santo los consagra sacerdotes; y así, además de este especial servicio de nuestro ministerio, todos los cristianos espirituales y perfectos debe saber que son partícipes del linaje regio y del oficio sacerdotal. ¿Qué hay más regio que un espíritu que, sometido a Dios, rige su propio cuerpo? ¿Y qué hay más sacerdotal que ofrecer a Dios una conciencia pura y las inmaculadas víctimas de nuestra piedad en el altar del corazón?» (San León Magno, Sermo 4, 1).

La misión apostólica de la Iglesia

849. *El mandato misionero*. «La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser "sacramento universal de salvación", por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres» (AG 1): "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (*Mt* 28, 19-20)

850. *El origen la finalidad de la misión*. El mandato misionero del Señor tiene su fuente última en el amor eterno de la Santísima Trinidad: "La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre" (AG 2). El fin último de la misión no es otro que hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor (cf RM 23).

851. *El motivo de la misión*. Del amor de Dios por todos los hombres la Iglesia ha sacado en todo tiempo la obligación y la fuerza de su impulso misionero: "porque el amor de Cristo nos apremia…" (*2 Co* 5, 14; cf AA 6; RM 11). En efecto, "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (*1 Tm* 2, 4). Dios quiere la salvación

de todos por el conocimiento de *la verdad*. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la Iglesia a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan para ofrecérsela. Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera.

852. *Los caminos de la misión*. "El Espíritu Santo es en verdad el protagonista de toda la misión eclesial" (RM 21). Él es quien conduce la Iglesia por los caminos de la misión. Ella continúa y desarrolla en el curso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres; "impulsada por el Espíritu Santo, debe avanzar por el mismo camino por el que avanzó Cristo: esto es, el camino de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección" (AG 5). Es así como la "sangre de los mártires es semilla de cristianos" (Tertuliano, *Apologeticum*, 50, 13).

853. Pero en su peregrinación, la Iglesia experimenta también "hasta qué punto distan entre sí el mensaje que ella proclama y la debilidad humana de aquellos a quienes se confía el Evangelio" (GS 43, 6). Sólo avanzando por el camino "de la conversión y la renovación" (LG 8; cf . ibíd.,15) y "por el estrecho sendero de la cruz" (AG 1) es como el Pueblo de Dios puede extender el reino de Cristo (cf RM 12-20). En efecto, "como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y en la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación" (LG 8).

854. Por su propia misión, "la Iglesia [...] avanza junto con toda la humanidad y experimenta la misma suerte terrena del mundo, y existe como fermento y alma de la sociedad humana, que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios" (GS 40, 2). El esfuerzo misionero exige entonces la paciencia. Comienza con el anuncio del Evangelio a los pueblos y a los grupos que aún no creen en Cristo (cf. RM 42-47), continúa con el establecimiento de comunidades cristianas, "signo de la presencia de Dios en el mundo" (AG 15), y en la fundación de Iglesias locales (cf RM 48-49); se implica en un proceso de inculturación para así encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos (cf RM 52-54); en este proceso no faltarán también los fracasos. "En cuanto se refiere a los hombres, grupos y pueblos, solamente de forma gradual los toca y los penetra y de este modo los incorpora a la plenitud católica" (AG 6).

855. La misión de la Iglesia reclama el *esfuerzo hacia la unidad de los cristianos* (cf RM 50). En efecto, "las divisiones entre los cristianos son un obstáculo para que la Iglesia lleve a cabo la plenitud de la catolicidad que le es propia en aquellos hijos que, incorporados a ella ciertamente por el bautismo, están, sin embargo, separados de su plena comunión. Incluso

se hace más difícil para la propia Iglesia expresar la plenitud de la catolicidad bajo todos los aspectos en la realidad misma de la vida" (UR 4).

856. La tarea misionera implica un *diálogo respetuoso* con los que todavía no aceptan el Evangelio (cf RM 55). Los creyentes pueden sacar provecho para sí mismos de este diálogo aprendiendo a conocer mejor "cuanto [...] de verdad y de gracia se encontraba ya entre las naciones, como por una casi secreta presencia de Dios" (AG 9). Si ellos anuncian la Buena Nueva a los que la desconocen, es para consolidar, completar y elevar la verdad y el bien que Dios ha repartido entre los hombres y los pueblos, y para purificarlos del error y del mal "para gloria de Dios, confusión del diablo y felicidad del hombre" (AG 9).

IV La Iglesia es apostólica

857. La Iglesia es apostólica porque está fundada sobre los apóstoles, y esto en un triple sentido:

— fue y permanece edificada sobre "el fundamento de los Apóstoles" (Ef 2, 20; Hch 21, 14), testigos escogidos y enviados en misión por el mismo Cristo (cf. Mt 28, 16-20; Hch 1, 8; 1 Co 9, 1; 15, 7-8; Ga 1, l; etc.).

— guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en ella, la enseñanza (cf. Hch 2, 42), el buen depósito, las sanas palabras oídas a los Apóstoles (cf 2 Tm 1, 13-14).

— sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los Apóstoles hasta la vuelta de Cristo gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: el colegio de los obispos, "al que asisten los presbíteros juntamente con el sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia" (AG 5):

«Porque no abandonas nunca a tu rebaño, sino que, por medio de los santos pastores, lo proteges y conservas, y quieres que tenga siempre por guía la palabra de aquellos mismos pastores a quienes tu Hijo dio la misión de anunciar el Evangelio (Prefacio de los Apóstoles I: Misal Romano).

La misión de los Apóstoles

858. Jesús es el enviado del Padre. Desde el comienzo de su ministerio, "llamó a los que él quiso [...] y vinieron donde él. Instituyó Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (*Mc* 3, 13-14). Desde entonces, serán sus "enviados" [es lo que significa la palabra griega *apóstoloi*]. En ellos continúa su propia misión: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (*Jn* 20, 21; cf. *Jn* 13, 20; 17, 18). Por tanto, su ministerio es la continuación de la misión de Cristo: "Quien a vosotros recibe, a mí me recibe", dice a los Doce (*Mt* 10, 40; cf, *Lc* 10, 16).

859. Jesús los asocia a su misión recibida del Padre: como "el Hijo no puede hacer nada por su cuenta" (*Jn* 5, 19.30), sino que todo lo recibe del

Padre que le ha enviado, así, aquellos a quienes Jesús envía no pueden hacer nada sin Él (cf. *Jn* 15, 5) de quien reciben el encargo de la misión y el poder para cumplirla. Los Apóstoles de Cristo saben por tanto que están calificados por Dios como "ministros de una nueva alianza" (*2 Co* 3, 6), "ministros de Dios" (*2 Co* 6, 4), "embajadores de Cristo" (*2 Co* 5, 20), "servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (*1 Co* 4, 1).

860. En el encargo dado a los Apóstoles hay un aspecto intransmisible: ser los testigos elegidos de la Resurrección del Señor y los fundamentos de la Iglesia. Pero hay también un aspecto permanente de su misión. Cristo les ha prometido permanecer con ellos hasta el fin de los tiempos (cf. *Mt* 28, 20). "Esta misión divina confiada por Cristo a los Apóstoles tiene que durar hasta el fin del mundo, pues el Evangelio que tienen que transmitir es el principio de toda la vida de la Iglesia. Por eso los Apóstoles se preocuparon de instituir [...] sucesores" (LG 20).

Los obispos sucesores de los Apóstoles

861. "Para que continuase después de su muerte la misión a ellos confiada, [los Apóstoles] encargaron mediante una especie de testamento a sus colaboradores más inmediatos que terminaran y consolidaran la obra que ellos empezaron. Les encomendaron que cuidaran de todo el rebaño en el que el Espíritu Santo les había puesto para ser los pastores de la Iglesia de Dios. Nombraron, por tanto, de esta manera a algunos varones y luego dispusieron que, después de su muerte, otros hombres probados les sucedieran en el ministerio" (LG 20; cf. San Clemente Romano, *Epistula ad Corinthios,* 42, 4).

862. "Así como permanece el ministerio confiado personalmente por el Señor a Pedro, ministerio que debía ser transmitido a sus sucesores, de la misma manera permanece el ministerio de los Apóstoles de apacentar la Iglesia, que debe ser ejercido perennemente por el orden sagrado de los obispos". Por eso, la Iglesia enseña que "por institución divina los obispos han sucedido a los apóstoles como pastores de la Iglesia. El que los escucha, escucha a Cristo; el que, en cambio, los desprecia, desprecia a Cristo y al que lo envió" (LG 20).

El apostolado

863. Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de San Pedro y de los Apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es "enviada" al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. "La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado". Se llama "apostolado" a "toda la actividad del Cuerpo Místico" que tiende a "propagar el Reino de Cristo por toda la tierra" (AA 2).

864. "Siendo Cristo, enviado por el Padre, fuente y origen del apostolado de la Iglesia", es evidente que la fecundidad del apostolado, tanto el de los ministros ordenados como el de los laicos, depende de su unión vital con Cristo (AA 4; cf. *Jn* 15, 5). Según sean las vocaciones, las interpretaciones de los tiempos, los dones variados del Espíritu Santo, el apostolado toma las formas más diversas. Pero la caridad, conseguida sobre todo en la Eucaristía, "siempre es como el alma de todo apostolado" (AA 3).

865. La Iglesia es *una, santa, católica y apostólica* en su identidad profunda y última, porque en ella existe ya y será consumado al fin de los tiempos "el Reino de los cielos", "el Reino de Dios" (cf. *Ap* 19, 6), que ha venido en la persona de Cristo y que crece misteriosamente en el corazón de los que le son incorporados hasta su plena manifestación escatológica. Entonces *todos* los hombres rescatados por él, hechos en él "santos e inmaculados en presencia de Dios en el Amor" (*Ef* 1, 4), serán reunidos como el *único* Pueblo de Dios, "la Esposa del Cordero" (*Ap* 21, 9), "la Ciudad Santa que baja del Cielo de junto a Dios y tiene la gloria de Dios" (*Ap* 21, 10-11); y "la muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los *doce Apóstoles del Cordero"* (*Ap* 21, 14).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

Viendo a la muchedumbre sintió compasión

Si quisiésemos resumir con una frase el extracto o jugo del Evangelio de hoy debiéramos decir (parafraseando una frase célebre de Cristo): «La Iglesia es para el hombre y no el hombre para la Iglesia». Las palabras, que Jesús pronuncia, y los gestos, que realiza en esta página del Evangelio, nos ayudan desde el primero al último a entender por qué existe la Iglesia, por qué existen los apóstoles y sus sucesores, en suma, cuál debe ser «el alma de todo apostolado».

El fragmento se inicia así:

«Al ver Jesús a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: "La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies"».

La compasión de Cristo es la sustancia, el corazón o el núcleo profundo del Evangelio, la fuente escondida de la que surge la obra de la redención, el sentimiento que mejor revela «la bondad misericordiosa de nuestro Dios» (Lucas 1, 78) Y «su amor para todos los hombres» (Tito 3,4).

El verbo usado en el original texto original griego es bastante real: significa sentirse trastornar las vísceras, probar como un zambullido en el corazón. La palabra (aparte del uso en algunas parábolas) hace referencia sólo a propósito de Cristo. Él prueba este tipo de compasión ante los enfermos (Mateo 14, 14), los ciegos (Mateo 20, 34), los leprosos (Marcos 1,14), el gentío hambriento (Mateo 15,32), los oprimidos por los demonios (Marcos 9, 22), el sufrimiento de la viuda de Naín (Lucas 7,32), la muerte de Lázaro (Juan 11,33); esto es, ante todo tipo de miseria y de sufrimiento. Todos los cuatro evangelistas, como se ve, ponen de relieve este aspecto en la persona de Cristo.

Jesús no busca esconder su compasión; no tiene miedo de dejarse ver llorar en público (él, el maestro, el profeta, el taumaturgo). En sí misma, esta compasión es el mejor regalo que se le puede hacer a quien está delante con su dolor y su pena; mucho más elocuente que no todas las palabras y discursos. Significa que su dolor nos ha unido en lo íntimo, no nos ha dejado indiferentes. Esconder por principio la propia compasión puede ser hasta un error o una injuria, que se le hace al hermano, al privarle de algo que le pertenece desde el momento en que su dolor es lo que la ha suscitado.

Lo siguiente del fragmento evangélico nos muestra cómo es la compasión de Cristo: lo opuesto a una compasión estéril, que se detiene en el plano de los sentimientos y de las palabras sin descender a los hechos. Si uno lee directamente en la Biblia las palabras citadas podría ser llevado al engaño sobre este punto. Con ellas termina el capítulo noveno del Evangelio de Mateo; se podría, por lo tanto, pensar que la compasión de Jesús en aquel día terminó allí con la invitación a rogar al dueño de la mies, que mande operarios a su mies. Por el contrario, no es así y la liturgia ha hecho bien en unir aquellas palabras en un único fragmento, no con aquello que le precede en el mismo capítulo, sino con lo que le sigue en el capítulo siguiente. (La perícopa está formada por el final del capítulo noveno de Mateo y el comienzo del capítulo décimo). Esto, en efecto, nos permite ver cómo se traduce en la práctica la compasión de Cristo, qué nació de ella, frente a las muchedumbres. ¡Nació la Iglesia!

«Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia».

Sigue la lista de los doce apóstoles y su envío en misión:

«Éstos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, el publicano; Santiago el Alteo, y Tadeo; Simón el Celote, y Judas Iscariote, el que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: "No vayáis a tierra de gentiles, ni entréis en las ciudades de Samaria, sino id a las ovejas descarriadas de Israel"».

El número doce claramente es debido al hecho de que doce eran las tribus de Israel. Con lo cual Jesús revela su intención de dar comienzo a la Iglesia modelando el nuevo Israel sobre el antiguo, la nueva alianza sobre la antigua, de la que es cumplimiento. La prohibición de ir a los paganos y a los samaritanos es una prohibición temporal. Él mismo durante su vida ha extendido el propio ministerio a los paganos y a los samaritanos (la mujer samaritana, la Cananea, el centurión romano) y, antes de subir al cielo, dirá a sus discípulos que vayan «por todo el mundo a predicar el Evangelio a toda criatura» (cfr. Mateo 28,19; Marcos 16, 15-16; Lucas 24, 47). La razón de la prohibición estaba en que el ofrecimiento de entrar en el Reino estaba dirigido ante todo a Israel y de él había de extenderse a los paganos. Los apóstoles, más que todo, no estaban preparados para ir a los paganos; debían antes pasar por Pentecostés y superar no pocas resistencias.

En el Evangelio de hoy Jesús revela que no ha venido a la tierra sólo para hacer el bien a los que habría encontrado durante su breve existencia en la vida terrena sino para fundar una comunidad, que habría perpetuado su obra en el tiempo y se prorrogaría en el espacio. La elección de los colaboradores estables, oficialmente designados (éste es el significado del término «apóstoles»), está hecha para indicar precisamente esto. Aquel día Jesús se decidió e inauguró la futura estructura de su Iglesia. Ésta tendría una jerarquía, un gobierno, esto es, hombres por él «llamados» y «enviados» para continuar su obra. Es por esto, por la que la Iglesia es definida como «una, santa, católica y apostólica»: porque está fundada sobre los apóstoles. Cada «privilegio» del clero y cada discriminación real en el seno de la comunidad están, sin embargo, excluidos de partida con aquel «gratis lo recibisteis; dadlo gratis» (Mateo 10,8), que escucharemos tal como concluye el relato de la elección de los apóstoles. Quien tiene más en el plano espiritual y en el plano humano no es para gozárselo y someter a los demás sino para compartido y servir.

Es importante conocer por qué envía a los apóstoles, con qué consigna y para qué fin; de ello se descubrirá cuál es la naturaleza de la Iglesia y su deber o papel en el mundo:

«Id y proclamad que el reino de los cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis».

Aquí se ve cómo la Iglesia es para el hombre y no el hombre para la Iglesia. Al final, dejará de existir la Iglesia (al menos, en la forma actual de estructura de salvación), pero, permanecerá el hombre. Ella existe para la salvación de todo el hombre, alma y cuerpo. Si la predicación del Reino es para la salvación del alma y para la vida eterna, la curación de los enfermos y la liberación de los oprimidos revela asimismo la atención a

las necesidades de esta vida. Cuando Juan Pablo II, en la encíclica sobre Cristo Redentor del hombre (*Redemptor hominis*), afirma que «el hombre es la vida de la Iglesia» viene a decir precisamente esto.

De todo lo cual se deducen algunas consecuencias prácticas. Debemos sentir a la Iglesia como «nuestra», como un don o regalo de Cristo, como la encarnación de su compasión para con el hombre, no como algo extraño, una «super-estructura», de la que se puede pasar voluntariamente. Lo que les tiene lejos de la Iglesia como institución a muchas personas son, en general, los defectos, las incoherencias y los errores pasados o presentes de sus dirigentes: la inquisición, los procesos, el mal uso del poder y del dinero, los escándalos en el plano moral. Pero, con esto no se hace más que recordar una verdad, que se da por descontada: que «todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados» (Hebreos 5, 1) Y está sujeto a las tentaciones y a las debilidades de todos. Jesús no ha pretendido fundar una sociedad de todos y sólo los perfectos. Volvamos a repasar la lista de los doce, que Jesús escogió aquel día. Entre ellos encontramos a uno, que lo traicionará; a uno, que renegará de él; a uno, que había sido un publicano y del mismo modo humanamente ¡cuántos límites en la mayoría de ellos!

Jesús no escoge por lo que uno es sino por lo que puede llegar a ser en su seguimiento con su gracia. Hay hasta una ventaja en el hecho de que los ministros de la Iglesia estén igualmente ellos «revestidos de debilidad»: así estarán más preparados para compartir con los demás, para no asombrarse de ningún pecado y miseria. De tal modo, dice la carta a los Hebreos, el sacerdote

«es capaz de comprender a ignorantes y extraviados, porque está también él envuelto en flaqueza. Y a causa de la misma debe ofrecer por sus propios pecados lo mismo que por los del pueblo».

A Jesús no le interesa tanto que sus colaboradores sean perfectos cuanto que tengan un corazón capaz de vibrar de compasión como era el suyo. Quien ha puesto mejor de relieve esta idea en la literatura ha sido Bernanos con la novela Diario de un cura de campaña. Es la historia de un joven sacerdote en un ambiente hostil, que sucumbe progresivamente en el vicio (heredado) de la bebida; pero que tiene un corazón muy tierno para cualquier sufrimiento de su gente y, al final, muere pronunciando la frase, que ha llegado a ser célebre: «¡Todo es gracia!»

Todo esto no vale, sin embargo, sólo para los sucesores de los apóstoles y sus colaboradores, los sacerdotes; de un modo distinto, vale también para cada bautizado. Cada día, ¿por qué se le debiera reconocer a un auténtico discípulo de Cristo sino por el hecho de que va a la iglesia y recibe los sacramentos? Por el hecho de que además él «siente compasión

por las gentes cansadas y extenuadas», que hay en el mundo; muchedumbres que no tienen qué comer, con qué curar sus enfermedades (hoy, en particular, en muchos países, del SIDA), obligadas por las guerras y carestías a vagar de un lugar a otro, literalmente, «como ovejas sin pastor».

Cuando esta compasión, como la de Cristo, se traduce en gestos concretos de solidaridad (cada uno en lo que le es posible y que depende de él) allí está hoy el verdadero discípulo de Jesús. Allí se realiza, al menos en una pequeña parte, la finalidad por la que Cristo ha querido la Iglesia.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

Ovejas que ayudan al pastor

«El Señor es compasivo y misericordioso. Él se compadece de su pueblo, que está extenuado y desamparado, y camina como ovejas sin pastor. Él conoce a cada una de las ovejas de su rebaño, y la llama por su nombre. Y envía también en este tiempo apóstoles, que son sus sacerdotes, y les da el poder para perdonar, para sanar, para enseñar, para guiar, para expulsar demonios, para reunir a sus ovejas en un solo rebaño y con un solo Pastor.

Pero también envía apóstoles que son ovejas en medio de sus rebaños, para ayudarle a los pastores a conducir y mantener unido el rebaño, y a llevar el Evangelio también a otros rebaños que no son de su redil.

El Señor nos hace una petición: 'rueguen al dueño de la mies que envíe más obreros a sus campos', y nos da la responsabilidad de atenderlos y cuidarlos, porque gratuitamente ejercen el poder que Él les da a través de sus ministerios, pero confía en la buena voluntad de su rebaño, para ser instrumentos de su misericordia, para que la Divina Providencia haga llegar a los pastores el sustento, y tengan lo necesario para vivir.

Compadécete tú de los pastores que reúnen al pueblo de Dios, y acompaña a María, Divina Pastora, que los protege y los guía.

Ruega por ellos, ten caridad, muéstrales tu agradecimiento, porque su vida, unida a la Cruz de Jesús, por ti ellos dan, para sanarte, para guiarte, para alimentarte, para enseñarte, para salvarte.

Y practica con ellos las catorce obras de misericordia, para que tengan los medios necesarios para cumplir bien con sus ministerios.

Reconoce a Cristo en cada sacerdote. Lo que tú hagas con uno de ellos, lo haces con Cristo, porque está escrito: 'el que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos, mis más pequeños, conmigo lo hace'».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

La salvación de Jesucristo

Estos pocos versículos de san Mateo que nos ofrece la Liturgia de este domingo expresan bien los deseos del Corazón de Cristo y cómo pone todos los medios para que podamos lograr la salvación.

Jesucristo se siente impaciente por ver a los hombres progresar en el camino que les lleve a la Vida Eterna, su único verdadero fin. No estaban la mayoría de los contemporáneos de Jesús bien orientados, de acuerdo con las enseñanzas que, a través de Moisés y los demás profetas, Dios había manifestado al pueblo elegido. El Señor siente compasión por la gente. Le dan pena los hombres porque ama a la humanidad y, en ese estado de desorientación y abandono de Dios –sentido único del hombre– la perdición para ellos sería segura.

Poco nos hubiera ayudado, sin embargo, con sólo lamentar nuestro estado. Siendo muy conveniente manifestar dolor y compasión ante la vida descarriada de gran parte de la sociedad, no es bastante con eso, si todo se queda en el sentimiento. Porque, además, el hombre no podía por sí mismo recuperar la dignidad perdida ni perseverar sin la ayuda de Dios en el camino hacia Él. Jesús se lamenta, se llenó de compasión por ellas –por las multitudes–, asegura Mateo, y sin duda debía manifestarse de modo notorio ese sentimiento suyo. Los discípulos entendieron así el profundo y lamentable descamino que supone no buscar a Dios en cada instante; estar en la vida en otro plan, con otros proyectos, por interesantes que pudieran parecer. Eso es –lo expresa Jesús con imagen gráfica– ir por la vida como ovejas que no tienen pastor. Y pone manos a la obra: recuerda por él mismo el Decálogo sin cansancio por toda Palestina, confirmando el camino que había trazado Dios por los profetas para que el hombre lo encuentre a Él, Dios, Señor y fin último; y capacita a otros hombres para llevar a cabo esa misma tarea, haciéndoles partícipes de su misma misión.

Al considerar esta decisión de Jesucristo, no podemos sino sentirnos agradecidos doblemente: porque sólo así es posible que el Evangelio llegue con su poder salvador a muchos hombres, y porque los cristianos, discípulos de Cristo destinados a la misma tarea del Señor, gozamos del honor de poder ser cauce de las misericordias divinas. En efecto, ha

previsto Dios que llegue su salvación a otros hombres a través de nosotros y a pesar de nuestra poquedad, incluso de las personales miserias y de nuestros pecados. Agradezcamos sentidamente a nuestro Creador que nos trate así en su providencia. Es un rasgo más de su paternidad. Y es justo que nos gocemos, recreándonos al considerar este otro aspecto de amor con sus hijos. No queramos ser desconsiderados ante su cariño inefable, que además de colmarnos de bien nos hace partícipes de su misma grandeza: nos invita a ser generosos, a ser amor, como Él es generoso y es Amor.

Posiblemente casi de inmediato, al reflexionar sobre la hondura y relevancia de estas verdades, caemos en la cuenta de que no ha habido mérito alguno por nuestra parte. Somos sencillas personas humanas, cargadas de grandeza por la generosa bondad de Dios, que nada hemos hecho para llegar a este estado. Nuestra condición, gratuitamente conseguida, es muy superior a la de los otros seres que nos rodean y que, de hecho, están justamente a disposición del hombre: nos sirven para que alcancemos nuestro fin. En cambio, nosotros no somos medio o mero instrumento para nadie. Tenemos dignidad propia, pues lo nuestro es lograr a Dios, amándole y siendo amados por Él.

Sin embargo, algunas personas viven ajenas a Dios que nos dignifica, y han orientado su vida pensando sólo en objetivos temporales e intranscendentes que, a la postre, no sacian, como sabemos bien por la experiencia. Son las modernas multitudes que, como entonces –maltratadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor–, hoy también inspiran compasión. Y por eso, para no caer en una cómoda pasividad, queremos ayudarles cumpliendo el mandato de quien nos ha constituido sobre todo lo demás en este mundo. Gratuitamente lo recibisteis, dadlo gratuitamente, nos dice también el Señor a cada cristiano. Y nos lo recuerda con una especial vehemencia, a cuantos más conscientes tal vez de nuestra dignidad –aunque también de nuestra pequeñez–, nos esmeramos cada día con decisión por el Reino de los Cielos. Queramos sentir urgentemente la responsabilidad de ir con otros –¡con muchos!– hacia Dios.

Es muy patente el interés de Jesucristo por mejorar a cada uno de los que encuentra a su paso. El Señor quiere a los hombres, auténticamente hombres, pero sin defectos. Tanto se preocupa del espíritu como del cuerpo. Hace fácil la orientación hacía la vida que confiere nobleza a la existencia humana; impulsa a salir de situaciones lamentables de abatimiento –como ovejas sin pastor–; y, la vez, interesado por la dimensión material, sana enfermedades, alimenta muchedumbres o colma de eficacia la pesca infructuosa. Así debe ser también nuestro apostolado: fruto de un interés efectivo por cada persona en su totalidad. Conduciremos a nuestros amigos hacia Dios porque nos interesan como

personas. Por eso, también procuramos divertirnos con ellos; si es preciso y tenemos posibilidad, les ayudamos en lo material; nos alegramos si triunfan social o económicamente; nos duelen sus penas; y, cuando es necesario, les corregimos. Puestos siempre nuestros ojos ilusionados en la Eternidad que, con ellos, nos aguarda.

Recordemos a la Madre del Salvador. Plenamente identificada con la misión del Hijo, la aclamamos: Reina de los Apóstoles, pues nadie como Ella ha comprendido que nuestro bien es el amor a Dios. Pero recordamos también a María en Caná de Galilea, ocupada en conseguir el vino que dos jóvenes esposos habían olvidado. Nos enseña así a nosotros a ayudar a los demás en todo lo que podamos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

"Den gratuitamente": Elección y misión

Un mensaje profundo recorre la liturgia de la palabra de este domingo. Allí figura la presentación de la comunidad cristiana con todo lo que ella tiene de más característico a los ojos de Dios.

La primera lectura nos habla de elección: Dios que se elige un pueblo entre todos los pueblos y establece una relación especial con él, haciéndolo su aliado.

La segunda lectura nos revela cuál es el fundamento o el motivo último de esta elección: el amor gratuito de Dios que nos ha reconciliado consigo mismo" cuando todavía éramos pecadores", mediante la muerte de Cristo.

Por fin, la tercera lectura, el Evangelio, nos señala cuál es la meta de todo esto, es decir, a qué tiende la elección de Dios: la misión. A través de la misión, la comunidad, o el pueblo elegido, se hace instrumento y vehículo de elección para todos los pueblos: habiendo recibido gratuitamente, da gratuitamente o, mejor dicho, se da.

Decíamos de la primera lectura que es un mensaje de elección. Israel acaba de salir de Egipto; Dios establece con él, en el Sinaí, una alianza, es decir, un pacto de amistad. En esta ocasión, toda la gran experiencia del éxodo de Egipto está presentada por Dios como una elección. Él ha descendido como un águila para llevar al pueblo sobre sus alas, hacia la libertad. Él está dispuesto a hacer de él un pueblo "suyo", un pueblo privilegiado, un pueblo de reyes y sacerdotes.

Todo esto fue dicho en el Antiguo Testamento para el pueblo hebreo, pero el Nuevo Testamento nos enseñó que fue dicho "para nosotros" (1

Cor. la, 6); vale decir que eran figuras para nosotros, pueblo da la nueva alianza (cfr. 1 Pedo 2, 5.9; Apoc. 1, 6; 5, 10). Nosotros, comunidad de bautizados, somos en la tierra y ante los ojos de Dios un pueblo aparte, gente santificada, un sacerdocio real, es decir, un pueblo que actúa como intermediario entre Dios y la humanidad por su participación de Cristo, mediador universal entre Dios y el mundo. *Nosotros somos tu pueblo, Señor,* hemos cantado en el salmo responsorial de hoy. Tal alianza, sancionada en el sacrificio de Cristo, es lo que renovamos y celebramos cada vez que nos reunimos alrededor del altar.

La segunda lectura nos dice que esta elección no se produjo por mérito nuestro. Ya Moisés, en el Antiguo Testamento, al reflexionar sobre la elección de su pueblo, decía: *El Señor se prendó de ustedes y los eligió, no porque sean el menos numeroso de todos los pueblos* (es decir, en el lenguaje de la época, el menos poderoso y el más insignificante), *pero por el amor que les tiene...)! los liberó de la esclavitud* (Deut. 7, 6-9).

San Pablo dice lo mismo a los cristianos: No es por nuestros méritos particulares, como si nosotros fuéramos mejores, más justos y más honestos que los otros hombres, que nos hemos convertido en la Iglesia, sino sólo por su amor a nosotros, que él nos demostró cuando todavía no teníamos fuerza: "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, cuando todavía éramos pecadores, murió por nosotros". No es, por lo tanto, motivo de jactancia estar en la Iglesia, sino de responsabilidad y gratitud: *¿Y qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido?* (1 Cor. 4, 7).

Dios, entonces, por puro amor se eligió una parte de la humanidad - primero el pueblo hebreo. luego la Iglesia-, la ha privilegiado entre todos y realizó con ella una alianza. Si todo acabase aquí, sería un discurso difícil de aceptar por parte de los hombres. Nosotros somos justamente hostiles a la idea del privilegio que discrimina entre hombre y hombre, entre puebla y pueblo. y crea las castas (¡la más terrible de las cuales es la casta de los elegidos!). La idea de la alianza, por otra parte, nos hace pensar en seguida en un pacto defensivo u ofensivo contra alguien. ¿Acaso nosotros, comunidad cristiana, formamos una casta cerrada de privilegiados de la salvación, una casta que se ha aliado *con* Dios contra los otros pueblos o para defender sus privilegios frente al resto de la humanidad? La respuesta clara, resolutiva, nos llega del pasaje evangélico: *Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente.*

¡Den gratuitamente' ¿Qué cosa? Todo lo que han recibido: todo lo que son. Nada es para nosotros un privilegio; todo debe circular y difundirse: de Dios a nosotros, de nosotros a los hermanos. Antes que nada, eso es lo válido del amor: aquel amor de Dios del cual la comunidad cristiana tuvo la experiencia, debe difundirse y precipitarse hacia los hermanos como amor al prójimo. Los hijos de la Iglesia no pueden contentarse, por eso,

con amarse entre ellos, como los miembros de una patria terrenal o de un partido. También a un nivel tan amplio vale lo que decía Cristo: *Si aman a quien los ama*... Los cristianos deben sentirse llevados a amar no sólo a los enemigos personales, sino también a los adversarios: los que se oponen a la Iglesia, los que la discuten. Es necesario que lo recordemos, sobre todo en estos tiempos. Amar a los enemigos es difícil, pero amar a los adversarios a veces lo es más, especialmente a los adversarios ideológicos. Esto supone que se ha llegado a esa cosa sublime y extraña que es odiar el error y amar a quien está equivocado, es decir, al pecador.

¡Den gratuitamente' ¿De qué manera? Y he aquí la palabra quizás más importante de esta liturgia: la misión. Jesús eligió a los doce y los mandó en misión, indicando, de una vez para siempre, que, si él elige a algunos hombres, lo hace para mandados hacia los otros, hacia aquella multitud extenuada, parecida a las ovejas sin pastor de que habla el comienzo del pasaje evangélico y de la cual Jesús se compadeció.

Nosotros los cristianos, todos indistintamente, no sólo los sacerdotes o los misioneros, somos, entonces, aliados de Dios no contra los otros hombres, sino a favor de ellos para hacer llegar a todos la salvación: *Los hombres deben considerarnos simplemente como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios* (1 Cor. 4, 1).

Estas reflexiones surgen de esta luminosa revelación evangélica: reflexiones de las cuales la Iglesia, con el Concilio Vaticano II, tomó viva conciencia, al descubrir ser Iglesia-para-el-mundo antes todavía que Iglesia-en-el -mundo.

Pero también para nosotros en el plano individual la palabra de Jesús crea un nuevo modo de ubicamos frente a los hermanos. El compromiso misionario está resumido en forma estupenda en las palabras de Jesús: recibieron gratuitamente, den gratuitamente. Den, difundan la experiencia de su fe, de su esperanza, la experiencia sobre todo del amor de Dios.

Ahora nosotros nos encaminamos a consagrar "el cáliz de la nueva y eterna alianza". Sabemos a qué nos empuja esta alianza con Dios: a ser sus colaboradores en la salvación de todo el mundo. Le pedimos a quien sancionó esta alianza en su propia sangre que hoy nos otorgue fuerza de fe e impulso de caridad para dar de veras gratuitamente lo que gratuitamente hemos recibido.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

El medio más eficaz

– Urgencia en el apostolado: la mies es mucha, y los obreros pocos.

I. Nos refiere el Evangelio de la Misa algo que debió de ocurrir muchas veces mientras el Señor recorría ciudades y aldeas predicando la llegada del Reino de Dios: al ver a las multitudes se llenó de compasión por ellas, se conmovió en lo más hondo de su ser, *porque andaban maltratadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor*, profundamente desorientadas. Sus pastores, en lugar de guiarlas y cuidarlas, las descarriaban y se portaban más como lobos que como pastores. *Jesús, dirigiéndose a los discípulos, dijo: La mies es mucha, pero los obreros pocos*. Como hoy, los obreros son pocos en proporción a la tarea. Hay mies que se estropea porque no hay quien la recoja; de ahí la urgente necesidad de cristianos alegres, eficaces, sencillos, fieles a la Iglesia, conscientes de lo que tienen entre manos. Y esto nos concierne a todos, pues el Señor necesita de trabajadores y estudiantes que sepan llevar a Cristo a la fábrica y a la Universidad, con su prestigio de buenos profesionales y con su apostolado; de profesores ejemplares y que enseñen con sentido cristiano, que den su tiempo a los alumnos con generosidad y sean verdaderos maestros; de hombres y mujeres consecuentes con su fe, en cada actividad humana; de padres y madres de familia que se preocupen por la fe de sus hijos, que intervengan en las asociaciones de padres en los colegios, en el vecindario.

Ante tanta gente desorientada, vacía de Dios y llena sólo de bienes materiales o de deseos de tenerlos, no podemos quedarnos al margen. Aun bajo una capa de indiferencia, en el fondo de sus almas las gentes están sedientas, hoy también, de que se les hable de Dios y de las verdades que conciernen a su salvación. Si los cristianos no trabajamos con sacrificio en ese campo, sucederá lo que anunciaron los Profetas: *quedará destruida la cosecha, la tierra en luto; porque el trigo está seco, desolado el vino, perdido el aceite. Confundíos, labradores; gritad, viñadores, por el trigo y la cebada. No hay cosecha*. Dios esperaba esos frutos y se perdieron por desidia de quienes tenían que cuidarlos y recogerlos.

Las palabras que nos dirige el Señor en el Evangelio –*la mies es mucha, pero los obreros pocos*– nos han de llevar a examinarnos cada día, preguntándonos: ¿qué he hecho hoy por dar a conocer a Dios?, ¿a quién he hablado hoy de Cristo?, ¿qué he hecho por el apostolado?, ¿me preocupa la salvación de quienes me rodean?, ¿soy consciente de que muchos se acercarían al Señor si yo fuera más audaz y más ejemplar en el cumplimiento de mis deberes?

– No valen las excusas. A todos nos llama el Señor para la tarea apostólica. La oración, el medio más eficaz y necesario para conseguir vocaciones.

II. Las excusas que nos pueden surgir para no llevar a otros a Cristo son abundantes: falta de medios, de la suficiente preparación, de tiempo, lo reducido del lugar donde se desenvuelve nuestra existencia o la enormidad de las distancias de la gran ciudad en la que vivimos..., pero el Señor nos sigue diciendo a todos, y muy especialmente en este tiempo de tantos abandonos, que *la mies es mucha, y los obreros pocos*. Y las mieses que no se recogen a tiempo, se pierden. San Juan Crisóstomo nos dejó estas palabras, que pueden ayudarnos a examinar en nuestra oración si nos excusamos fácilmente ante ese noble deber al que el Señor nos llama: "Nada hay más frío –dice el santo– que un cristiano despreocupado de la salvación ajena. No puedes aducir tu pobreza económica como pretexto. La viejecita que dio sus monedas te acusará. El mismo Pedro dijo: No tengo oro ni plata (Hech 3, 6). Y Pablo era tan pobre que muchas veces padecía hambre y carecía de lo necesario para vivir. Tú no puedes pretextar tu humilde origen: ellos eran también personas humildes, de modesta condición. Ni la ignorancia te servirá de excusa: todos ellos eran hombres sin letras. Seas esclavo o fugitivo, puedes cumplir lo que de ti depende. Tal fue Onésimo, y mira cuál fue su vocación... No aduzcas la enfermedad como pretexto, Timoteo estaba sometido a frecuentes achaques (...). Cada uno puede ser útil a su prójimo, si quiere hacer lo que puede". Y nosotros queremos ser fieles al Señor: llevar a cabo lo que está en nuestras manos.

"*La mies es mucha, pero los obreros son pocos*... Al escuchar esto –comenta San Gregorio Magno– no podemos dejar de sentir una gran tristeza, porque hay que reconocer que hay personas que desean escuchar cosas buenas; faltan, en cambio, quienes se dediquen a anunciarlas".

Para que haya muchos buenos obreros que trabajen codo a codo en este campo del mundo, cada uno en su lugar, el mismo Señor nos enseña el camino a seguir: *rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*. Jesús nos invita a orar para que Dios despierte en el alma de muchos el deseo de una mayor correspondencia en este quehacer de salvación. *"La oración es el medio más eficaz de proselitismo"*, de lograr que muchos descubran la vocación a la que Dios les llama. El afán de vocaciones ha de traducirse, en primer lugar, en una petición continuada, confiada y humilde. Todos los cristianos debemos rezar para que el Señor envíe *obreros a sus mies*. Y si nos dirigimos al Señor en petición de vocaciones, nosotros mismos nos sentiremos llamados a participar con mucha más audacia en esta labor apostólica, además de conseguir del Señor operarios para su campo.

– Pedir vocaciones al Señor.

III. Jesús prepara su llegada a otras ciudades a través de sus discípulos. Es una labor previa que no tiene el fin en sí misma, como todo apostolado. Son pregoneros que van *delante de Él a todas las ciudades y*

***a donde había de ir*. Toda labor apostólica se culminará con la llegada de Dios a las almas, que han sido preparadas por los enviados, por los que ya le siguen.**

***La mies es mucha…* Hemos de pedir con frecuencia al Señor que tenga lugar en el pueblo cristiano un resurgir de hombres y mujeres que descubran el sentido vocacional de su vida; que no sólo quieran ser buenos, sino que se sepan llamados a ser obreros en el campo del Señor y correspondan generosamente a esa llamada: hombres y mujeres, mayores y jóvenes, que vivan entregados a Dios en medio del mundo. Muchos, en un celibato apostólico; cristianos corrientes, ocupados en las mismas tareas seculares de los demás, que llevan a Cristo a las entrañas de la sociedad de la que forman parte.**

***Rogad al Señor de la mies…*; también hemos de pedir para que surjan abundantes vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Vocaciones fieles, santas y alegres, de las que la Iglesia tiene tanta necesidad.**

El Señor, que podría llevar a cabo directamente su obra redentora en el mundo, quiere necesitar de discípulos que vayan delante de Él a las ciudades, a los pueblos, a las fábricas, a las Universidades…, para que anuncien las maravillas y las exigencias del Reino de los Cielos. Es evidente que nuestra Madre la Iglesia necesita almas que se comprometan en esos caminos de entrega y santidad. Los Romanos Pontífices no cesan de recordar la necesidad de esas vocaciones de apóstoles, en cuyas manos está en buena parte la evangelización del mundo.

"Ayúdame a clamar: ¡Jesús, almas!... ¡Almas de apóstol!: son para ti, para tu gloria.

"Verás cómo acaba por escucharnos".

¿Qué hago yo para que puedan crecer esas vocaciones a mi alrededor? Vocaciones que deben surgir entre los hijos, hermanos, amigos, conocidos…, en esas personas con quienes nos relacionamos. No debemos olvidar que *Dios llama a muchos*. Pidamos al Señor la gracia de saber promover y alentar esas llamadas del Señor, que pueden estar dirigidas a personas que vemos todos los días.

Pidamos también a la Santísima Virgen que nos conceda hacer nuestra esa confidencia que el Señor hace a los suyos –*la mies es mucha*–, y formulemos un propósito concreto de urgencia y constancia en llevar a cabo lo necesario para que abunden los obreros en el campo de Dios. Pidámosle la alegría inmensa de ser instrumentos para que otros correspondan a la llamada que Jesús les hace: *""Una buena noticia: un nuevo loco…, para el manicomio". –Y todo es alborozo en la carta del "pescador".*

"¡Que Dios llene de eficacia tus redes!".

Nunca olvida el Señor al "pescador".

Rev. D. Enric PRAT i Jordana, (Sort, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

«Al ver Jesús a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor»

Hoy, el Evangelio nos dice que el Señor —viendo al pueblo— se sentía turbado, porque aquel pueblo iba desorientado y cansado, como ovejas sin pastor (cf. Mt 9,36). El pueblo de Israel sabía muy bien, mejor que nosotros —hombres de ciudad— qué era un pastor, y el alboroto que se formaba cuando las ovejas se encontraban solas sin pastor.

Si Jesús viniera hoy, yo creo que repetiría las mismas palabras: pues hay muchas personas desorientadas, buscando cuál es el sentido de la vida. —Señor, ¿qué solución das a este gran problema? Pues Jesús pide oración, escoge a doce apóstoles y los envía a predicar el reino de Dios.

¡Escogió a doce Apóstoles! Envía a estos doce hombres a predicar: «'El Reino de los Cielos está cerca'. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis» (Mt 10,7-8). Lo que los Apóstoles hicieron, y nosotros hemos de hacer, es predicar a la persona adorable de Jesucristo y su mensaje de paz y de amor, y eso de una manera desinteresada.

Todos estamos convocados a ello: los sucesores de los Apóstoles —los obispos y los otros pastores— pero también, en unión con ellos, todos los fieles. Todos tenemos esta misión en el mundo: sanar a la humanidad de sus heridas, orientarla en sus búsquedas... No solamente los obispos y los sacerdotes, sino también los laicos: por ejemplo, en la familia —en su carácter de hogar y escuela de fe; en la universidad y en los colegios; en los medios de comunicación; en el mundo sanitario..., y cada cristiano en su ambiente de amistad y de trabajo.

Escuchemos a san Francisco de Sales, que escribe: «En la misma creación de las cosas, Dios, el Creador, mandó a las plantas que cada una diera el fruto según la especie. Igualmente, los cristianos —que son plantas vivas de la Iglesia— les mandó a cada uno de ellos que diera fruto de devoción según la calidad, el estado y la vocación que tuviera».

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

La mejor vocación: ser Cristo

«La cosecha es mucha y los trabajadores, pocos. Rueguen, por lo tanto, al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos».

Eso dice Jesús.

Se lo dice a sus siervos, a sus obreros, a sus amigos. Te lo dice a ti, sacerdote. Y tú eres testigo de esto, porque lo vives, porque lo sufres, porque lo sabes.

Y tú, sacerdote, ¿haces lo que tu Señor te dice, y ruegas al dueño de la mies para que mande más obreros a sus campos, o sólo te quejas por la cantidad de trabajo que debes hacer, y de tus fatigas, y del poco tiempo con que cuentas para descansar?

¿Fomentas las vocaciones, siendo ejemplo con tu vida de la alegría que te causa servir a tu Señor?

¿Te comportas de manera irreprochable en tus actos, y obras con rectitud de intención, dando buen testimonio?

¿Ejerces un ministerio íntegro, virtuoso y santo?

¿Practicas en tu vida ordinaria, en todo momento, lo que predicas, o eres un sacerdote de "medio tiempo"?

Tu Señor te ha llamado, sacerdote, no eres tú quien lo eligió a Él, sino que es Él quien te eligió a ti, con un llamado tan fuerte que no pudiste resistir, no pudiste negar, no pudiste ignorar, no pudiste callar, y dijiste sí, y lo dejaste todo, tomaste tu cruz, y lo seguiste, con la emoción y la ilusión de un corazón enamorado.

Tu Señor ha traspasado tus miserias con su mirada, y ha encendido tu corazón, en donde ha hecho su morada, para que, a través de ti, y con tu voluntad entregada a la voluntad del Padre, adquieras sus mismos sentimientos, muriendo al mundo para vivir en Él, para hacer sus obras, actuando por Él, con Él y en Él, *in persona Christi*.

Por tanto, sacerdote, tú has sido configurado con tu Señor, con su humanidad y con su divinidad, cada minuto de tu vida, en todo momento, en todo lugar, y no solamente en la sede, en el ambón y en el altar.

Agradece, sacerdote, y corresponde al favor de tu Señor, que al darte su misma vocación te da su poder, y también te da la gracia para seguirlo, para aprender de Él, para vivir como Él, haciendo el bien, resistiendo a toda tentación, fortaleciendo en la oración tu voluntad y tu corazón,

recibiendo y transmitiendo el amor de tu Señor, a través de su misericordia.

Tu Señor te ha enviado a curar enfermos, a resucitar muertos, a expulsar demonios.

Y tú, sacerdote, ¿haces todo esto?

¿Proclamas que el Reino de los cielos está cerca?

¿Cumples los compromisos adquiridos, de acuerdo a tu vocación y al ministerio que te ha sido encomendado?

¿Agradeces con tus obras constantemente todo lo que tu Señor te ha dado gratuitamente?

Haz un alto en el camino, sacerdote, y revisa a fondo tu conciencia: ¿has cumplido con todo lo que tu Señor te ha pedido?

¿Has amado como Él, hasta el extremo, entregando tu vida de acuerdo a tu vocación y a través de tu ministerio, o te has quedado sentado y resignado, esperando a que otros terminen tu trabajo?

¿El rebaño que te ha sido confiado camina seguro en la alegría de seguir a su Señor, o camina como ovejas perdidas sin pastor?

Tu Señor te ha elegido y te ha enviado como cordero en medio de lobos. Pero no te ha enviado solo, sacerdote, Él está contigo todos los días de tu vida, y te ha enviado al Espíritu Santo con sus dones, frutos, y carismas, para que nada te falte.

Tú tienes, sacerdote, la mejor vocación: vocación al servicio, vocación al amor, vocación a ser Cristo, para ser partícipe de la redención, porque tú tienes el poder de convertir al mundo para alcanzarle la salvación, porque estás configurado con tu Señor, y el Espíritu Santo te ha sido dado, y su gracia te basta.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 88)

Domingo XII del Tiempo Ordinario (A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2017 y 2020**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Pere OLIVA i March (Sant Feliu de Torelló, Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **UNA CITA CON DIOS – Pablo Cardona**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

NO TENGAN MIEDO

Jer 20, 10-13; Rom 5, 12-15; Mt 10, 26-33

Si alguna expresión es recurrente en este fragmento evangélico es la invitación a despojarse del miedo. El Señor Jesús advierte a sus discípulos acerca de las dificultades y tareas de la misión que habrán de realizar por los poblados y caseríos de Galilea. Cumplirán la misión como enviados de Jesús y, por tanto, tendrán que confiar en su auxilio y asistencia. Será el Espíritu del Padre quien los acompañará al momento de predicar y sanar a los enfermos. Sin duda enfrentarán el rechazo de numerosas personas que los descalificarán por su escasa cultura religiosa. Si al maestro lo habían descalificado de manera absurda, no podría ocurrir algo diferente

con los discípulos. No obstante, conviene mantener una certeza: la vida del enviado de Jesús está en las manos del Padre celestial que cuida amorosamente de sus hijos. Quienes matan el cuerpo, no les podrán arrancar la vida plena que Dios regala a los suyos.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 27,8-9

El Señor es la fuerza de su pueblo, defensa y salvación para su Ungido. Sálvanos, Señor, vela sobre nosotros y guíanos siempre.

ORACIÓN COLECTA

Señor, concédenos vivir siempre en el amor y respeto a tu santo nombre, ya que jamás dejas de proteger a quienes estableces en el sólido fundamento de; tu amor. Por nuestro Señor Jesucristo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

El Señor ha salvado la vida de su pobre de la mano de los malvados.

Del libro del profeta Jeremías: 20, 10-13

En aquel tiempo, dijo Jeremías: "Yo oía el cuchicheo de la gente que decía: 'Denunciemos a Jeremías, denunciemos al profeta del terror'. Todos los que eran mis amigos espiaban mis pasos, esperaban que tropezara y me cayera, diciendo: 'Si se tropieza y se cae, lo venceremos y podremos vengarnos de él'.

Pero el Señor, guerrero poderoso, está a mi lado; por eso mis perseguidores caerán por tierra y no podrán conmigo; quedarán avergonzados de su fracaso y su ignominia será eterna e inolvidable.

Señor de los ejércitos, que pones a prueba al justo y conoces lo más profundo de los corazones, haz que yo vea tu venganza contra ellos, porque a ti he encomendado mi causa. Canten y alaben al Señor, porque él ha salvado la vida de su pobre de la mano de los malvados".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 68,8-10.14 y 17.33-35.

R/. Escúchame, Señor, porque eres bueno.

Por ti he sufrido oprobios y la vergüenza cubre mi semblante. Extraño soy y advenedizo, aun para aquellos de mi propia sangre; pues me devora el celo de tu casa, el odio del que te odia, en mí recae. *R/.*

A ti, Señor, elevo mi plegaria, ven en mi ayuda pronto; escúchame conforme a tu clemencia, Dios fiel en el socorro. Escúchame, Señor, pues eres bueno y en tu ternura vuelve a mí tus ojos. *R/.*

Se alegrarán, al verlo, los que sufren; quienes buscan a Dios tendrán más ánimo, porque el Señor jamás desoye al pobre ni olvida al que se encuentra encadenado. Que lo alaben por esto cielo y tierra. el mar y cuanto en él habita. *R/.*

SEGUNDA LECTURA

El don de Dios supera con mucho al delito.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 5, 12-15

Hermanos: Así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado entró la muerte, así la muerte llegó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Antes de la ley de Moisés ya había pecado en el mundo y, si bien es cierto que el pecado no se imputa cuando no hay ley, sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir.

Ahora bien, con el don no sucede como con el delito, porque si por el delito de uno solo murieron todos, ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se ha desbordado sobre todos!

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Jn 15, 26. 27

R/. Aleluya, aleluya.

El Espíritu de la verdad dará testimonio de mí, dice el Señor, y ustedes también darán testimonio. *R/.*

EVANGELIO

No tengan miedo a los que matan el cuerpo.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 10, 26-33

"En aquel tiempo, Jesús dijo a sus apóstoles: "No teman a los hombres. No hay nada oculto que no llegue a descubrirse; no hay nada secreto que no llegue a saberse. Lo que les digo de noche, repítanlo en pleno día, y lo que les digo al oído, pregónenlo desde las azoteas.

No tengan miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman, más bien, a quien puede arrojar al lugar de castigo el alma y el cuerpo.

¿No es verdad que se venden dos pajarillos por una moneda? Sin embargo, ni uno solo de ellos cae por tierra si no lo permite el Padre. En cuanto a ustedes, hasta los cabellos de su cabeza están contados. Por lo tanto, no tengan miedo, porque ustedes valen mucho más que todos los pájaros del mundo.

A quien me reconozca delante de los hombres, yo también lo reconoceré ante mi Padre, que está en los cielos; pero al que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre, que está en los cielos".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, este sacrificio de reconciliación y alabanza y concédenos que, purificados por su eficacia, podamos ofrecerte el entrañable afecto de nuestro corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 10, 11. 15

Yo soy el buen pastor, y doy la vida por mis ovejas, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados, Señor, por el alimento del sagrado Cuerpo y la preciosa Sangre de tu Hijo, concédenos que lo que realizamos con asidua devoción, lo recibamos convertido en certeza de redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

Las "confesiones" de Jeremías (Jr 20,10-13)

1ª. Lectura

Estas palabras forman parte de quinta «confesión» de Jeremías. Están cargadas de dramatismo, y constituyen uno de los pasajes más impresionantes de la literatura profética. Pudo ser pronunciada hacia el 605-604 a.C. cuando Jeremías sufrió la persecución del rey Yoyaquim. En esa confesión, y no sólo en estos versículos, aflora el duro combate interior entre la crisis que conmueve los fundamentos de la fe y la certeza de la vocación divina, cuando después de un arduo trabajo parece que no se ha conseguido más que el propio fracaso. Después del lamento por los grandes sufrimientos que está encontrando en el desempeño de la misión que el Señor le ha encomendado, que está en los versículos anteriores (vv. 7-9), viene ahora un acto de confianza en Dios en medio del acoso a que se le somete (vv. 10-13).

El profeta ha abierto con confianza su alma a Dios y se ha quejado (vv. 7-9). La misión que le ha confiado sólo le trae desgracias. Cuando Jeremías proclama la palabra de Dios no escucha más respuesta que las acusaciones y calumnias de la gente (v. 10). Le gustaría olvidarse de todo, pero no puede, pues Dios es «como fuego abrasador» que le enciende en su interior (v. 9). En medio de tamaño dolor brilla y vence el celo por el

Señor. En efecto, al igual que le sucede a Jeremías, quienes han experimentado el amor de Dios no pueden contener el afán de hablar de Él a quienes no lo conocen, o se han olvidado del Señor. Así lo insinúa Teodoreto de Ciro al comentar este pasaje recordando otro ejemplo de la Escritura: «Lo mismo le ocurrió a San Pablo en Atenas mientras aguardaba en silencio. Se consumía San Pablo en su interior viendo adónde había llegado la idolatría de la ciudad (cfr Hch 17,16). Pues igual le ocurrió al profeta» (Teodoreto de Ciro,*Interpretatio in Jeremiam* 5,505).

Con todo, Jeremías tiene la seguridad de que el Señor nunca lo abandona (v. 11). Las palabras del profeta reflejan la confianza en que Dios no le dejará (vv. 12-13). Jeremías no abandonó su misión, sino que perseveró en ella hasta el final de sus días. El reconocimiento de su debilidad y la posterior fidelidad son como un anticipo de lo que el Señor manifestó a San Pablo cuando éste también se encontraba en graves dificultades: «La fuerza se perfecciona en la flaqueza» (2 Co 12,9).

San Juan de la Cruz, meditando en toda esta «confesión» de Jeremías, observaba que no siempre es posible entender del todo los designios de Dios. Su lógica no es la lógica de los hombres: «No hay que acabar de comprehender sentido en los dichos y cosas de Dios, ni que determinarse a lo que parece, sin errar mucho y venir a hallarse muy confuso. Esto sabían muy bien los profetas, en cuyas manos andaba la palabra de Dios, a los cuales era grande trabajo la profecía acerca del pueblo; porque, como habemos dicho, mucho de ello no lo veían acaecer como a la letra se les decía. Y era causa de que hiciesen mucha risa y mofa de los profetas; tanto, que vino a decir Jeremías (20,7): *Búrlanse de mi todo el día, todos me mofan y desprecian*.... En lo cual, aunque el santo profeta decía con resignación y en figura del hombre flaco que no puede sufrir las vías y vueltas de Dios, da bien a entender en esto la diferencia del cumplimiento de los dichos divinos, del común sentido que suenan, pues a los divinos profetas tenían por burladores» (*Subida al monte Carmelo* 2,20,6).

El don de Dios supera al delito (Rom 5, 12-15)

2ª. Lectura

San Pablo enseña lo que ha sido cumplido por medio de Cristo con los descendientes de Adán. Gracia y vida se contrastan con pecado y muerte. A diferencia de la transgresión de Adán, que llevó a todos a la condenación, la obediencia y justicia de Cristo conduce a todos a la justificación y a la vida.

Dos enseñanzas sobresalen en el pasaje: a) el pecado de Adán y sus consecuencias, entre ellas, la muerte, que afecta a todos los hombres (vv. 12-14); b) el contraste entre los efectos del pecado original y los frutos de la Redención de Cristo (v. 15)

Este pasaje es básico para la teología cristiana del pecado original. San Pablo nos revela que, a la luz de la muerte y resurrección de Cristo, podemos conocer que todos estamos implicados en el pecado de Adán, «que se trasmite, juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación y que se halla como propio en cada uno» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 419). Así como el pecado entró en el mundo por obra de quien representaba a toda la humanidad, así también la justicia nos llega a todos por un solo hombre, por el «nuevo Adán», Jesucristo, «el primogénito de toda criatura», «cabeza del cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,15.18). Cristo, por su obediencia a la voluntad del Padre, se contrapone a la desobediencia de Adán, devolviéndonos con creces la felicidad y la vida eterna que habíamos perdido. Porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rm 5,20).

La existencia del pecado original es verdad de fe. El Papa Pablo VI lo volvió a proclamar: «Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa (...). Así pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado» (*Credo del Pueblo de Dios*, n. 16).

No tengan miedo a los que matan el cuerpo (Mt 10, 26-33)

Evangelio

Se recopilan aquí un conjunto de instrucciones y advertencias sobre el modo de llevar a cabo la propagación del Evangelio: son como un protocolo de la misión. Se refieren no sólo a los Apóstoles, sino a todos los discípulos de Cristo que en el desempeño de su tarea habrán de sufrir contradicciones y persecuciones como Él mismo las padeció, pues «no está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por encima de su señor» (Mt 10,24).

Estas exhortaciones pueden condensarse en pocas palabras: «No les tengáis miedo» (v. 26). Jesús invita a la confianza en la paternal providencia de Dios, de la que habló extensamente en el Discurso de la Montaña (cfr 6,19-34). Ahora lo hace en el contexto de las persecuciones que espe-ran a sus discípulos, pero a las que no debemos temer. «Si los pajarillos, que son de tan bajo precio, no dejan de estar bajo providencia y cuidado de Dios, ¿cómo vosotros, que por la naturaleza de vuestra alma sois eternos, podréis temer que no os mire con parti-cular cuidado Aquél a quien respetáis como a vuestro Padre?» (S. Jerónimo, en *Catena aurea*, *ad loc.*). Pero esta providencia está en el marco de una misión: hay que confesar a Cristo (v. 32) y hacerlo en voz alta (v. 27), para que su verdad llegue hasta el último rincón del mundo: «La Iglesia ha nacido con el fin

de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, todos los hombres sean partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras» (Conc. Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, n. 2).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

Temer a los que matan el alma (Mt 10, 28)

1. Las palabras divinas que nos han leído nos animan a no temer temiendo y a temer no temiendo. Cuando se leyó el Evangelio, advertisteis que Dios nuestro Señor, antes de morir por nosotros, quiso que nos mantuviéramos firmes; pero animándonos a no temer y exhortándonos a temer. Dijo, pues: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma*. Ahí nos animó a no temer. Ved ahora dónde nos exhortó a temer: Pero temed a aquel, dijo, que puede matar el alma y el cuerpo en la gehena. Por ende, temamos para no temer. Parece que el temor corresponde a la cobardía; el temor parece ser propio de débiles, no de fuertes. Pero ved lo que dice la Escritura: El temor del Señor es la esperanza de la fortaleza. Temamos para no temer, esto es, temamos prudentemente, para no temer infructuosamente. Los santos mártires, en cuya solemnidad se ha recitado este Evangelio, temiendo no temieron: temiendo a Dios, desdeñaron a los hombres.

2. ¿Qué ha de temer el hombre de los hombres? ¿Y con qué puede aterrar un hombre a otro hombre? Le aterra diciendo: te mato. Y no teme que quizá muera él primero, mientras amenaza. Él dice "te mato"; pero ¿quién lo dice y a quién lo dice? Escucho a dos, a uno que amenaza y a otro que teme; uno de ellos es poderoso y el otro débil, pero ambos son mortales. ¿Por qué se excede en el honor la hinchada potestad, que en la carne es igual debilidad? Intime con seguridad la muerte quien no teme la muerte. Pero, si teme esa muerte con que amenaza, reflexione y compárese con aquel a quien amenaza. Descubra en él una común condición; y juntamente con él pida al Señor misericordia. Porque es un hombre y amenaza a un hombre, una criatura a una criatura; la una que se hincha ante su Creador y la otra que huye hacia el Creador.

3. Diga, pues, el fortísimo mártir, como hombre que está ante otro hombre: "No temo, porque temo". Tú no ejecutarás lo que intimas, si él no quiere. En cambio, nadie impedirá que él ejecute lo que intima. Y al cabo, si él lo permite, con eso que amenazas, ¿qué harás? Puedes ensañarte en

la carne pero el alma está segura. No matarás lo que ni ves, pues como visible aterras a otro visible. Ambos tenemos un Creador invisible, a quien juntos debemos temer. El creó al hombre de un elemento visible y otro invisible: hizo el visible de tierra, y animó el invisible con su aliento. Por ende, la invisible sustancia, es decir, el alma que levantó de la tierra la tierra postrada, no teme cuando hieres la tierra. Puedes herir la morada, pero ¿herirás al morador? Este está atado, y si rompes su atadura, huye y en lo oculto será coronado. ¿Por qué amenazas, si nada puedes hacer al alma? Por el mérito del alma, a la que nada puedes hacer, resucitará ese cuerpo al que puedes dañar. Por mérito del alma, resucitará también la carne. Esta será devuelta a su morador, no para caerse, sino para mantenerse. Estoy repitiendo las palabras del mártir: "Mira, ni siquiera por la carne temo tus amenazas". La carne pende de una autorización, pero hasta los cabellos de la cabeza están contados para el Creador. ¿Por qué he de temer perder la carne, pues no pierdo ni un cabello? ¿Cómo no atenderá a mi carne quien así conoce lo más vil que tengo? El cuerpo mismo, que puede ser herido y muerto, será ceniza algún tiempo, y en la eternidad será inmortal. ¿Y para quién será? ¿A quién se devolverá para la vida eterna ese cuerpo muerto, magullado, destrozado? ¿A quién se devolverá? A aquel que no temió entregar su vida, y no teme cuando matan su carne.

4. Hermanos, el alma es presentada como inmortal, y es inmortal a su propio modo 143: porque es una cierta vida, que con su presencia puede vivificar la carne, ya que por el alma vive la carne. Esa vida no puede morir y por eso es inmortal el alma. ¿Y por qué dije "según su propio modo"? Oíd el porqué. Hay una cierta inmortalidad auténtica, inmortalidad que es inmutabilidad total: de ella dice el Apóstol, hablando de Dios: Sólo él tiene la inmortalidad, y habita en una luz inaccesible; a quien ningún hombre vio, ni puede verlo; a él el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén. Si sólo Dios posee la inmortalidad, el alma es ciertamente mortal. He ahí por qué dije que el alma es inmortal a su propio modo. En efecto, no puede morir. Entienda vuestra caridad y no quedará ningún interrogante. Yo me atrevo a decir que el alma puede morir y puede ser muerta. Sin duda es inmortal, pero me atrevo a decir que es inmortal y que puede ser muerta; y por eso dije que tiene una cierta inmortalidad, esto es, no la total inmutabilidad que es propia de solo Dios, de quien se dijo: Sólo él tiene la inmortalidad. Pues si el alma no puede ser muerta, ¿cómo el Señor mismo, amenazándonos, dijo: Temed a aquel que tiene poder de matar el alma y el cuerpo en la gehena.

5. He confirmado el problema, pero en lugar de resolverlo no lo he resuelto. He mostrado que el alma puede ser muerta. Y sólo un alma impía puede contradecir al Evangelio. Pero aquí aparece y me viene a las mientes lo que diré. Sólo un alma muerta puede contradecir a la vida. El Evangelio

es vida, y la impiedad o infidelidad es la muerte del alma. He ahí cómo puede morir, aun siendo inmortal. Pues ¿cómo es inmortal? Porque siempre hay una vida que en ella nunca se extingue. ¿Y cómo muere? No dejando de ser vida, sino perdiendo la vida. Porque el alma es vida para otro elemento y ella misma tiene su vida. Considera el orden de las criaturas. Vida del cuerpo es el alma; vida del alma es Dios. Así como el cuerpo tiene una vida, esto es, un alma, para no morir, así el alma ha de tener una vida, es decir, Dios, para no morir. ¿Cómo muere el cuerpo? Al ausentarse el alma. Ausentándose el alma, repito, muere el cuerpo, y queda un cadáver, antes apetecible, ahora despreciable. Tiene miembros, ojos, oídos; pero son ventanas de la casa, el morador se ha ausentado. Quien lamenta al muerto, en vano clama a las ventanas de la morada: dentro no hay nadie que oiga. ¿Cuántas cosas dice la pasión del que lamenta, cuántas cosas enumera, cuántas conmemora, y con cuánto transporte de dolor, por decirlo así, habla como si el muerto sintiera, cuando habla a un ausente? Enumera las costumbres y los indicios de benevolencia que le mostraba: tú eres quien me diste aquello, quien me ofreciste esto y lo otro, quien me amabas así y así. Pero si atiendes, si entiendes, si dominas tu transporte de dolor, el que te amaba se fue; en vano insistes llamando a la casa, en la que no hallarás al morador.

6. Volvamos al asunto que poco ha planteé. Ha muerto el cuerpo. ¿Por qué? Porque se fue su vida, esto es, su alma. Vive el cuerpo, pero es impío, infiel, duro para creer, férreo para corregir sus costumbres; viviendo el cuerpo ha muerto el alma, por la que el cuerpo vive. Tan gran cosa es el alma, que, aun muerta, es capaz de dar vida al cuerpo. Repito, tan gran cosa es el alma, tan excelente criatura, que, aun muerta, es capaz de vivificar la carne. Porque el alma misma de un impío, el alma de un infiel, perverso y duro, está muerta; y, no obstante, por esa muerta vive el cuerpo. Por eso está ahí: mueve las manos para obrar, los pies para andar, dirige la mirada para ver, orienta los oídos para oír; juzga los sabores, rechaza los dolores, apetece los placeres. Todos éstos son indicios de un cuerpo vivo, mas por la presencia del alma. Pregunto al cuerpo si vive, y me responde: Me ves andar, trabajar, hablar, apetecer y rechazar, y ¿no entiendes que el cuerpo vive? Por esas obras de un alma que está dentro, entiendo que el cuerpo vive. Y pregunto al alma misma si vive. También ella tiene obras propias, en las que revela su vida. Si andan los pies, entiendo que el cuerpo vive, mas por la presencia del alma. Y yo pregunto si el alma vive. Estos pies caminan. Pero en una dirección. Pregunto al cuerpo y al alma acerca de la vida. Caminan los pies, y entiendo que el cuerpo vive. ¿Pero adónde caminan? Dice que al adulterio. Entonces está muerta el alma. Así lo dijo la veracísima Escritura: Muerta está la viuda que vive en delicias. Y ya que hay tanta diferencia entre delicias y adulterio, ¿cómo puede un alma, que en las delicias ya está muerta, vivir en el adulterio? Está muerta. Aunque siga obrando, está muerta. Oigo que

habla, su cuerpo vive. No se movería la lengua en la boca, ni dirigiría esos sonidos articulados a distintos puntos, si no estuviese dentro el morador; es para ese órgano como un músico que utilizase su lengua. Lo entiendo perfectamente. De ese modo habla el cuerpo, el cuerpo vive. Pero yo pregunto si el alma vive. Habla el cuerpo, es que vive. ¿Y qué dice? Antes me referí a los pies: caminan, es que vive el cuerpo; y preguntaba yo: ¿Adónde caminan?, para saber si el alma estaba viva. Así ahora, al oír que habla, veo que el cuerpo vive y pregunto qué dice para saber si el alma vive. Dice una mentira. Si dice una mentira, el alma está muerta. ¿Cómo lo pruebo? Preguntemos a la misma Verdad; ésta dice: La boca que miente, mata al alma. Pregunto ahora: ¿Por qué está muerta el alma? Poco ha me preguntaba por qué estaba muerto el cuerpo. Porque se ha ido el alma, su vida. ¿Por qué está muerta el alma? Porque la ha abandonado su vida, Dios.

7. Al reconocer esto brevemente, sabed y tened por cierto que el cuerpo está muerto sin el alma, y que el alma está muerta sin Dios. Todo hombre sin Dios tiene muerta el alma. ¿Lloras a un muerto? Llora mejor al pecador, llora al impío, llora al infiel. Escrito está: El luto de un muerto, siete días; el del fatuo e impío, todos los días de su vida. ¿No tienes acaso vísceras de cristiana misericordia, y lloras a un cuerpo del que se ausentó el alma, y no lloras a un alma de la que se retiró Dios? Firme en esto, el mártir replica al verdugo: ¿Por qué me obligas a negar a Cristo? ¿Quieres obligarme a negar la Verdad? Y si me niego, ¿qué me harás? Hieres mi cuerpo, para que se retire de él el alma; pero esa alma mía tiene consigo el cuerpo. No es imprudente, no es tonta. Tú quieres herir mi cuerpo: ¿Quieres, que al temer que hieras mi cuerpo, y se retire de él mi alma, hiera yo mi alma y se retire de ella mi Dios? Por lo tanto, ¡oh mártir!, no temas la espada del sayón. Teme a tu lengua, no sea que te hieras a ti mismo, y mates no la carne, sino el alma. Teme al alma, no sea que muera en la gehena de fuego.

8. Por eso dijo el Señor: Quien tiene potestad de matar el cuerpo y el alma en la gehena de fuego. ¿Cómo? Cuando el impío sea arrojado a la gehena, ¿arderán allí el cuerpo y el alma? La muerte del cuerpo es la pena eterna; la muerte del alma es la ausencia de Dios. ¿Deseas saber cuál es la muerte del alma? Escucha al profeta que dice: Sea arrebatado el impío, para que no vea la claridad del Señor. Tema, pues, el alma su muerte y no tema la muerte de su cuerpo. Pues si teme su muerte y vive en su Dios, no ofendiéndole ni alejándole de ella, merecerá al final recobrar su cuerpo; y no para una pena eterna, como el impío, sino para una vida eterna, como el justo. Los mártires, temiendo esa muerte, amando esa vida, esperando las promesas de Dios, despreciando las amenazas de los perseguidores, merecieron ser ellos coronados ante Dios, y a nosotros nos dejaron estas solemnidades que celebramos.

FRANCISCO – Ángelus 2017 y 2020

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

2017

¡No existe la misión cristiana caracterizada por la tranquilidad!

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy (cf. *Mateo* 10, 26-33) el Señor Jesús, después de haber llamado y enviado de misión a sus discípulos, les instruye y les prepara para afrontar las pruebas y las persecuciones que deberán encontrar. Ir de misión no es hacer turismo, y Jesús advierte a los suyos: «No les tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de saberse [...]. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz. [...] Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (vv. 26-28). Pueden matar solamente el cuerpo, no tienen el poder de matar el alma: de estos no tengáis miedo. El envío en misión de parte de Jesús no garantiza a los discípulos el éxito, así como no les pone a salvo de fracasos y sufrimientos. Ellos deben tener en cuenta tanto la posibilidad del rechazo, como la de la persecución. Esto asusta un poco, pero es la verdad.

El discípulo está llamado a adaptar su propia vida a Cristo, que fue perseguido por los hombres, conoció el rechazo, el abandono y la muerte en la cruz. ¡No existe la misión cristiana caracterizada por la tranquilidad! Las dificultades y las tribulaciones forman parte de la obra de evangelización, y nosotros estamos llamados a encontrar en ellas la ocasión para verificar la autenticidad de nuestra fe y de nuestra relación con Jesús. Debemos considerar estas dificultades como la posibilidad para ser todavía más misioneros y para crecer en esa confianza hacia Dios, nuestro Padre, que no abandona a sus hijos en la hora de la tempestad. Ante las dificultades del testimonio cristiano en el mundo, no somos olvidados nunca, sino siempre acompañados por el cuidado atento del Padre. Por ello, en el Evangelio de hoy, Jesús tranquiliza tres veces a sus discípulos diciendo: «¡No tengáis miedo!».

También en nuestros días, hermanos y hermanas, la persecución contra los cristianos está presente. Nosotros rezamos por nuestros hermanos y hermanas que son perseguidos, y alabamos a Dios porque, no obstante ello, siguen dando testimonio con valor y fidelidad de su fe. Su ejemplo nos ayuda a no dudar en tomar posición a favor de Cristo dando testimonio de Él valientemente en las situaciones de cada día, incluso en contextos aparentemente tranquilos. En efecto, una forma de prueba puede ser incluso la ausencia de hostilidades y de tribulaciones. Además

de como «ovejas en medio de los lobos», el Señor, también en nuestro tiempo, nos manda como centinelas en medio de la gente que no quiere ser despertada del torpor mundano, que ignora las palabras de Verdad del Evangelio, construyéndose unas propias verdades efímeras. Y si nosotros vamos o vivimos en estos contextos y decimos las Palabras del Evangelio, esto molesta y no nos mirarán bien.

Pero en todo esto el Señor sigue diciéndonos, como decía a los discípulos de su tiempo: "¡No tengáis miedo!". No olvidemos esta palabra: siempre, cuando nosotros tenemos alguna tribulación, alguna persecución, alguna cosa que nos hace sufrir, escuchamos la voz del Señor en el corazón: "¡No tengáis miedo! ¡No tener miedo, ve adelante! ¡Yo estoy contigo!". No tengáis miedo de quien se ríe de vosotros y os maltrata, y no tengáis miedo de quien os ignora o "delante" os honra pero "detrás" combate el Evangelio. Hay muchos que delante nos sonríen, pero luego, por detrás, combaten el Evangelio. Todos les conocemos. Jesús no nos deja solos porque somos preciosos para Él. Por esto no nos deja solos: cada uno de nosotros es precioso para Jesús, y Él nos acompaña. La Virgen María, modelo de humilde y valiente adhesión a la Palabra de Dios, nos ayude a entender que en el testimonio de la fe no cuentan los éxitos, sino la fidelidad a Cristo, reconociendo en cualquier circunstancia, incluso en las más problemáticas, el don inestimable de ser sus discípulos misioneros.

+++

2020

El testimonio de la fe

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo recoge la invitación que Jesús dirige a sus discípulos a no tener miedo, a ser fuertes y confiados ante los desafíos de la vida, advirtiéndoles de las adversidades que les esperan. El pasaje de hoy forma parte del discurso misionero con el que el Maestro prepara a los Apóstoles para la primera experiencia de proclamar el Reino de Dios. Jesús les exhorta con insistencia a "no tener miedo". El miedo es uno de los enemigos peores de nuestra vida cristiana, y Jesús exhorta: "No tengáis miedo", "no tengáis miedo". Y Jesús describe tres situaciones concretas a las que se enfrentarán.

Ante todo, la primera, la hostilidad de los que quieren silenciar la Palabra de Dios, edulcorándola, aguándola o acallando a los que la anuncian. En este caso, Jesús anima a los Apóstoles a difundir el mensaje de salvación que les ha confiado. Por el momento, Él lo ha transmitido con cautela, casi en secreto, en el pequeño grupo de los discípulos. Pero tendrán que decir "a la luz del día", esto es, abiertamente, y anunciar

"desde las azoteas" —así dice Jesús—, es decir, públicamente, su Evangelio.

La segunda dificultad con la que se encontrarán los misioneros de Cristo es la amenaza física en su contra, o sea, la persecución directa contra ellos, incluso hasta el punto de que los maten. Esta profecía de Jesús se ha cumplido en todas las épocas: es una realidad dolorosa, pero atestigua la fidelidad de los testigos. ¡Cuántos cristianos son perseguidos aún hoy en día en todo el mundo! Sufren por el Evangelio con amor, son los mártires de nuestros días. Y podemos decir con seguridad que son más que los mártires de los primeros tiempos: muchos mártires, solo por ser cristianos. A estos discípulos de ayer y de hoy que sufren persecución, Jesús les recomienda: «no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (v. 28). No hay que temer a los que intentan extinguir la fuerza evangelizadora mediante la arrogancia y la violencia. De hecho, no pueden hacer nada contra el alma, es decir, contra la comunión con Dios: nadie puede quitársela a los discípulos, porque es un regalo de Dios. El único temor que debe tener el discípulo es el de perder este don divino, la cercanía, la amistad con Dios, renunciando a vivir según el Evangelio y procurándose así la muerte moral, que es el efecto del pecado.

El tercer tipo de desafío al que los Apóstoles deberán enfrentarse lo identifica Jesús en el sentimiento, que algunos experimentarán, de que el mismo Dios los ha abandonado, permaneciendo distante y en silencio. También en este caso nos exhorta a no tener miedo, porque, aunque pasemos por estos y otros escollos, la vida de los discípulos está firmemente en manos de Dios, que nos ama y nos cuida. Son como las tres tentaciones: edulcorar el Evangelio, aguarlo; la segunda, la persecución; y la tercera, la sensación de que Dios nos ha dejado solos. También Jesús sufrió esta prueba en el huerto de los olivos y en la cruz: "Padre, ¿por qué me has *abandonado*?", dice Jesús. A veces sentimos esta aridez espiritual; no tenemos que tenerle miedo. El Padre nos cuida porque nuestro valor es grande a sus ojos. Lo importante es la franqueza, es la valentía del testimonio de fe: "reconocer a Jesús ante los hombres" y seguir adelante obrando el bien.

Que María Santísima, modelo de confianza y abandono en Dios en momentos de adversidad y peligro, nos ayude a no ceder nunca al desánimo, sino a encomendarnos siempre a Él y a su gracia, porque la gracia de Dios es siempre más poderosa que el mal.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

No hay temor en el amor

Queridos hermanos y hermanas:

En el evangelio de este domingo encontramos dos invitaciones de Jesús: por una parte, "no temáis a los hombres", y por otra "temed" a Dios (cf. *Mt* 10, 26. 28). Así, nos sentimos estimulados a reflexionar sobre la diferencia que existe entre los miedos humanos y el temor de Dios. El miedo es una dimensión natural de la vida. Desde la infancia se experimentan formas de miedo que luego se revelan imaginarias y desaparecen; sucesivamente emergen otras, que tienen fundamentos precisos en la realidad: estas se deben afrontar y superar con esfuerzo humano y con confianza en Dios. Pero también hay, sobre todo hoy, una forma de miedo más profunda, de tipo existencial, que a veces se transforma en angustia: nace de un sentido de vacío, asociado a cierta cultura impregnada de un nihilismo teórico y práctico generalizado.

Ante el amplio y diversificado panorama de los miedos humanos, la palabra de Dios es clara: quien "teme" a Dios "no tiene miedo". El temor de Dios, que las Escrituras definen como "el principio de la verdadera sabiduría", coincide con la fe en él, con el respeto sagrado a su autoridad sobre la vida y sobre el mundo. No tener "temor de Dios" equivale a ponerse en su lugar, a sentirse señores del bien y del mal, de la vida y de la muerte. En cambio, quien teme a Dios siente en sí la seguridad que tiene el niño en los brazos de su madre (cf. *Sal* 131, 2): quien teme a Dios permanece tranquilo incluso en medio de las tempestades, porque Dios, como nos lo reveló Jesús, es Padre lleno de misericordia y bondad.

Quien lo ama no tiene miedo: "No hay temor en el amor —escribe el apóstol san Juan—; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor" (*1 Jn* 4, 18). Por consiguiente, el creyente no se asusta ante nada, porque sabe que está en las manos de Dios, sabe que el mal y lo irracional no tienen la última palabra, sino que el único Señor del mundo y de la vida es Cristo, el Verbo de Dios encarnado, que nos amó hasta sacrificarse a sí mismo, muriendo en la cruz por nuestra salvación.

Cuanto más crecemos en esta intimidad con Dios, impregnada de amor, tanto más fácilmente vencemos cualquier forma de miedo. En el pasaje evangélico de hoy, Jesús repite muchas veces la exhortación a no tener miedo. Nos tranquiliza, como hizo con los Apóstoles, como hizo con san Pablo cuando se le apareció en una visión durante la noche, en un momento particularmente difícil de su predicación: "No tengas miedo —le dijo—, porque yo estoy contigo" (*Hch* 18, 9-10). El Apóstol de los gentiles, de quien nos disponemos a celebrar el bimilenario de su

nacimiento con un especial Año jubilar, fortalecido por la presencia de Cristo y consolado por su amor, no tuvo miedo ni siquiera al martirio.

Que este gran acontecimiento espiritual y pastoral suscite también en nosotros una renovada confianza en Jesucristo, que nos llama a anunciar y testimoniar su Evangelio, sin tener miedo a nada.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Espíritu de Cristo sostiene la misión cristiana

852. *Los caminos de la misión*. "El Espíritu Santo es en verdad el protagonista de toda la misión eclesial" (RM 21). Él es quien conduce la Iglesia por los caminos de la misión. Ella continúa y desarrolla en el curso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres; "impulsada por el Espíritu Santo, debe avanzar por el mismo camino por el que avanzó Cristo: esto es, el camino de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección" (AG 5). Es así como la "sangre de los mártires es semilla de cristianos" (Tertuliano, *Apologeticum*, 50, 13).

Evangelizar con el testimonio de la vida

905. Los laicos cumplen también su misión profética evangelizando, con "el anuncio de Cristo comunicado con el testimonio de la vida y de la palabra". En los laicos, "esta evangelización [...] adquiere una nota específica y una eficacia particular por el hecho de que se realiza en las condiciones generales de nuestro mundo" (LG 35):

«Este apostolado no consiste sólo en el testimonio de vida; el verdadero apostolado busca ocasiones para anunciar a Cristo con su palabra, tanto a los no creyentes [...] como a los fieles» (AA 6; cf. AG 15).

El valiente testimonio de la fe supera el miedo y la muerte

1808. La *fortaleza* es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa.

"Mi fuerza y mi cántico es el Señor" (*Sal* 118, 14). "En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo" (*Jn* 16, 33).

1816. El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: "Todos [...] vivan preparados para confesar a Cristo ante los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia" (LG 42; cf DH 14). El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: "Todo [...] aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos" (*Mt* 10, 32-33).

Dar testimonio de la Verdad

2471. Ante Pilato, Cristo proclama que había "venido al mundo para dar testimonio de la verdad" (*Jn* 18, 37). El cristiano no debe "avergonzarse de dar testimonio del Señor" (*2 Tm* 1, 8). En las situaciones que exigen dar testimonio de la fe, el cristiano debe profesarla sin ambigüedad, a ejemplo de san Pablo ante sus jueces. Debe guardar una "conciencia limpia ante Dios y ante los hombres" (*Hch* 24, 16).

2472. El deber de los cristianos de tomar parte en la vida de la Iglesia, los impulsa a actuar como *testigos del Evangelio* y de las obligaciones que de él se derivan. Este testimonio es transmisión de la fe en palabras y obras. El testimonio es un acto de justicia que establece o da a conocer la verdad (cf *Mt* 18, 16):

«Todos [...] los fieles cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo y la fuerza del Espíritu Santo que les ha fortalecido con la confirmación» (AG 11).

2473. El *martirio* es el supremo testimonio de la verdad de la fe; designa un testimonio que llega hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo, muerto y resucitado, al cual está unido por la caridad. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de fortaleza. "Dejadme ser pasto de las fieras. Por ellas me será dado llegar a Dios" (San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Romanos*, 4, 1).

2474. Con el más exquisito cuidado, la Iglesia ha recogido los recuerdos de quienes llegaron hasta el extremo para dar testimonio de su fe. Son las actas de los Mártires, que constituyen los archivos de la Verdad escritos con letras de sangre:

«No me servirá nada de los atractivos del mundo ni de los reinos de este siglo. Es mejor para mí morir en Cristo Jesús que reinar hasta los confines de la tierra. Es a Él a quien busco, a quien murió por nosotros. A Él quiero, al que resucitó por nosotros. Mi nacimiento se acerca...» (San Ignacio de Antioquía, Epistula ad Romanos, 6, 1-2).

«Te bendigo por haberme juzgado digno de este día y esta hora, digno de ser contado en el número de tus mártires [...]. Has cumplido tu promesa, Dios, en quien no cabe la mentira y eres veraz. Por esta gracia y por todo te alabo, te bendigo, te glorifico por el eterno y celestial Sumo Sacerdote, Jesucristo, tu Hijo amado. Por Él, que está contigo y con el Espíritu, te sea dada gloria ahora y en los siglos venideros. Amén» (Martyrium Polycarpi, 14, 2-3).

Adán, el Pecado Original, Cristo el nuevo Adán

359. "Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS 22,1):

«San Pablo nos dice que dos hombres dieron origen al género humano, a saber, Adán y Cristo [...] El primer hombre, Adán, fue un ser animado; el último Adán, un espíritu que da vida. Aquel primer Adán fue creado por el segundo, de quien recibió el alma con la cual empezó a vivir [...] El segundo Adán es aquel que, cuando creó al primero, colocó en él su divina imagen. De aquí que recibiera su naturaleza y adoptara su mismo nombre, para que aquel a quien había formado a su misma imagen no pereciera. El primer Adán es, en realidad, el nuevo Adán; aquel primer Adán tuvo principio, pero este último Adán no tiene fin. Por lo cual, este último es, realmente, el primero, como él mismo afirma: "Yo soy el primero y yo soy el último"». (San Pedro Crisólogo, Sermones, 117: PL 52, 520B).

402. Todos los hombres están implicados en el pecado de Adán. San Pablo lo afirma: "Por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores" (*Rm* 5,19): "Como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron..." (*Rm* 5,12). A la universalidad del pecado y de la muerte, el apóstol opone la universalidad de la salvación en Cristo: "Como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo (la de Cristo) procura a todos una justificación que da la vida" (*Rm* 5,18).

403. Siguiendo a san Pablo, la Iglesia ha enseñado siempre que la inmensa miseria que oprime a los hombres y su inclinación al mal y a la muerte no son comprensibles sin su conexión con el pecado de Adán y con el hecho de que nos ha transmitido un pecado con que todos nacemos afectados y que es "muerte del alma" (Concilio de Trento: DS 1512). Por esta certeza de fe, la Iglesia concede el Bautismo para la remisión de los pecados incluso a los niños que no han cometido pecado personal (cf. *ibíd.*, DS 1514).

404. ¿Cómo el pecado de Adán vino a ser el pecado de todos sus descendientes? Todo el género humano es en Adán *sicut unum corpus unius hominis* ("Como el cuerpo único de un único hombre") (Santo

Tomás de Aquino, *Quaestiones disputatae de malo*, 4,1). Por esta "unidad del género humano", todos los hombres están implicados en el pecado de Adán, como todos están implicados en la justicia de Cristo. Sin embargo, la transmisión del pecado original es un misterio que no podemos comprender plenamente. Pero sabemos por la Revelación que Adán había recibido la santidad y la justicia originales no para él solo sino para toda la naturaleza humana: cediendo al tentador, Adán y Eva cometen un *pecado personal*, pero este pecado afecta a la *naturaleza humana*, que transmitirán *en un estado caído* (cf. Concilio de Trento: DS 1511-1512). Es un pecado que será transmitido por propagación a toda la humanidad, es decir, por la transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales. Por eso, el pecado original es llamado "pecado" de manera análoga: es un pecado "contraído", "no cometido", un estado y no un acto.

405. Aunque propio de cada uno (cf. *ibíd.*, DS 1513), el pecado original no tiene, en ningún descendiente de Adán, un carácter de falta personal. Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente corrompida: está herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado (esta inclinación al mal es llamada "concupiscencia"). El Bautismo, dando la vida de la gracia de Cristo, borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual.

406. La doctrina de la Iglesia sobre la transmisión del pecado original fue precisada sobre todo en el siglo V, en particular bajo el impulso de la reflexión de san Agustín contra el pelagianismo, y en el siglo XVI, en oposición a la Reforma protestante. Pelagio sostenía que el hombre podía, por la fuerza natural de su voluntad libre, sin la ayuda necesaria de la gracia de Dios, llevar una vida moralmente buena: así reducía la influencia de la falta de Adán a la de un mal ejemplo. Los primeros reformadores protestantes, por el contrario, enseñaban que el hombre estaba radicalmente pervertido y su libertad anulada por el pecado de los orígenes; identificaban el pecado heredado por cada hombre con la tendencia al mal (*concupiscentia*), que sería insuperable. La Iglesia se pronunció especialmente sobre el sentido del dato revelado respecto al pecado original en el II Concilio de Orange en el año 529 (cf. Concilio de Orange II: DS 371-372) y en el Concilio de Trento, en el año 1546 (cf. Concilio de Trento: DS 1510-1516).

Un duro combate…

407. La doctrina sobre el pecado original —vinculada a la de la Redención de Cristo— proporciona una mirada de discernimiento lúcido sobre la situación del hombre y de su obrar en el mundo. Por el pecado de los

primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre. El pecado original entraña "la servidumbre bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo" (Concilio de Trento: DS 1511, cf. *Hb* 2,14). Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social (cf. CA 25) y de las costumbres.

408. Las consecuencias del pecado original y de todos los pecados personales de los hombres confieren al mundo en su conjunto una condición pecadora, que puede ser designada con la expresión de san Juan: "el pecado del mundo" (*Jn* 1,29). Mediante esta expresión se significa también la influencia negativa que ejercen sobre las personas las situaciones comunitarias y las estructuras sociales que son fruto de los pecados de los hombres (cf. RP 16).

409. Esta situación dramática del mundo que "todo entero yace en poder del maligno" (*1 Jn* 5,19; cf. *1 P* 5,8), hace de la vida del hombre un combate:

«A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día, según dice el Señor. Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo (GS 37,2).

IV "No lo abandonaste al poder de la muerte"

410. Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama (cf. *Gn* 3,9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf. *Gn* 3,15). Este pasaje del Génesis ha sido llamado "Protoevangelio", por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de ésta.

411. La tradición cristiana ve en este pasaje un anuncio del "nuevo Adán" (cf. *1 Co* 15,21-22.45) que, por su "obediencia hasta la muerte en la Cruz" (*Flp* 2,8) repara con sobreabundancia la desobediencia de Adán (cf. *Rm* 5,19-20). Por otra parte, numerosos Padres y doctores de la Iglesia ven en la mujer anunciada en el "protoevangelio" la madre de Cristo, María, como "nueva Eva". Ella ha sido la que, la primera y de una manera única, se benefició de la victoria sobre el pecado alcanzada por Cristo: fue preservada de toda mancha de pecado original (cf. Pío IX: Bula *Ineffabilis Deus*: DS 2803) y, durante toda su vida terrena, por una gracia especial de Dios, no cometió ninguna clase de pecado (cf. Concilio de Trento: DS 1573).

615. "Como [...] por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos

serán constituidos justos" (*Rm* 5, 19). Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que "se dio a sí mismo en *expiación*", "cuando llevó el pecado de muchos", a quienes "justificará y cuyas culpas soportará" (*Is* 53, 10-12). Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (cf. Concilio de Trento: DS, 1529).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

¡No tengáis miedo!

Leamos juntos algunas palabras del Evangelio de este Domingo: «No tengáis miedo a los hombres... No tengáis miedo a los que matan el cuerpo... Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo».

Tenemos claro ante la vista el tema dominante de este Domingo: ¡Cristo nos quiere liberar del miedo!

El miedo es nuestra condición existencial: nos acompaña desde la infancia hasta la tumba. El niño tiene miedo de muchas cosas: de ser abandonado, de la oscuridad, de quien le levanta la voz, de los monstruos, que los mayores excitan en su mente para que sean buenos (el lobo malo, el ogro, el hombre negro). El adolescente tiene miedo del otro sexo y se encierra en complejos de timidez y de inferioridad. El adulto experimenta la angustia del mundo, del futuro, advierte su vulnerabilidad en un mundo violento y enloquecido. A estos miedos tradicionales se añaden los creados por el mismo progreso tecnológico: la guerra nuclear, la contaminación atmosférica...

Pero, ¿qué es el miedo? Es una manifestación de nuestro instinto fundamental de conservación. Es la reacción ante una amenaza transportada a nuestra vida, la respuesta a un peligro verdadero o presunto. Desde el peligro mayor de todos, que es el de la muerte, a los peligros concretos, que amenazan o la tranquilidad o la seguridad física o nuestro mundo afectivo.

Según que se trate de peligros reales o imaginarios, se habla de miedos justificados o de miedos injustificados y patológicos. Estos últimos pueden asumir tonos de paroxismo y configurarse como fobias. Tales son, por ejemplo, la claustrofobia, la agorafobia o fobia del espacio, el miedo a enfermedades imaginarias, la necesidad neurótica de tenerlo todo controlado de modo que nada incontrolable, inesperado, no familiar y peligroso pueda sobrevenir.

Yo distinguiría además los miedos de otro modo. Al igual como las enfermedades, también los miedos pueden ser o agudos o crónicos. Los miedos agudos han sido establecidos por una situación de peligro extraordinario. Si yo estoy apunto de ser atropellado por un automóvil o comienzo a sentir temblar la tierra bajo los pies debido a un terremoto, éstos son miedos agudos. Estas manifestaciones, tal como surgen espontáneamente y sin preaviso, así también desaparecen con el cesar del peligro dejando en todo caso un mal recuerdo. No dependen de nosotros y son naturales. Más peligrosos son los miedos crónicos, los que viven con nosotros, que los llevamos encima desde el nacimiento o desde la infancia, que crecen con nosotros, que llegan a ser parte de nuestro ser, ya los que, a veces, llegamos hasta aficionarnos o sentir afecto por ellos.

El miedo, incluso el crónico, no es un mal en sí mismo. Frecuentemente, es la ocasión para dejar ver una valentía y una fuerza insospechadas. Sólo quien conoce el miedo, sabe qué es la intrepidez o valentía. Llega a ser verdaderamente un mal, que consume y no deja vivir, cuando más que un estímulo para reaccionar y un resorte para la acción llega a ser excusa para el desfallecimiento, algo que paraliza, cuando se transforma en ansia. Jesús ha dado un nombre a las ansias más comunes del hombre: «¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿De qué nos vestiremos?»

El ansia ha llegado a ser la enfermedad del siglo y es una de las causas principales del multiplicarse los infartos. Vivimos con el ansia ¡y así es como no vivimos! La ansiedad es el miedo irracional ante un objeto desconocido. Un temer siempre de todo, un esperarse sistemáticamente lo peor y vivir siempre con la palpitación del corazón. Si el peligro no existe, el ansia lo inventa y si existe lo agiganta. La persona ansiosa sufre siempre dos veces los males: antes, con la previsión y, después, con la realidad. Lo que Jesús condena en el Evangelio no es tanto el simple miedo o la justa preocupación por el mañana, cuanto precisamente esta ansia y este afán. «Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal» (Mateo 6, 34).

Pero, dejémonos estar de describir nuestros miedos de distinto género y busquemos, por el contrario, ver cuál es el remedio, que nos ofrece el Evangelio, para vencer nuestros miedos. El remedio se resume en una palabra: la confianza en Dios, creer en la providencia y en el amor del Padre celestial.

La verdadera raíz de todos los miedos es volvernos a encontrar solos. Esto continúa siendo el miedo del niño, el de estar abandonado. Y Jesús nos asegura precisamente esto: que no seremos abandonados. «Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor no me abandonará», dice un salmo (Salmo 27,10). Igualmente, si todos nos abandonaren, él no. Su amor es más fuerte que todo.

San Pablo nos enseña un método práctico para vencer los miedos. En la carta a los Romanos, él pasa revista en un cierto punto a todas las situaciones de peligro y las cosas, que han amenazado hundirle en la vida: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?» (Romanos 8, 35ss.). Con cada una de estas palabras él alude a un hecho real, que le ha sucedido. Mira, por lo tanto, todas estas cosas a la luz de la gran certeza que tiene de que Dios le ama; y concluye triunfalmente: «Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a aquel que nos amó» (Romanos 8, 37).

Nosotros estamos invitados a hacer lo mismo. A mirar nuestra vida, presente y pasada; a tener a gala los miedos, que se nos arraigan; las tristezas, las amenazas, los complejos; quizás, hasta tal defecto físico o moral, que engrandecemos a fuerza de pensar en él y que nos impide aceptarnos y tener confianza en nosotros mismos; por lo tanto, a exponerlo todo a la luz del pensamiento de que Dios nos ama, tal como somos. Los miedos son como los fantasmas: tienen necesidad de la oscuridad para actuar. Nos superponen si los mantenemos a un nivel inconsciente. Frecuentemente, basta darlos a conocer, darles un nombre, hablar de ellos, para que desaparezcan o se redimensionen.

Después, san Pablo hace otra cosa. Desde su vida personal prolonga su mirada sobre el mundo, que le circunda, con la serie de incógnitas que en aquel tiempo aterrorizaban a los hombres: los poderes astrales, la muerte, lo que él llama «la altura y la profundidad» (Romanos 8, 39) y que nosotros hoy llamaríamos lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, el universo y el átomo. Entonces, como ahora, todo está a punto de romperse. El hombre se siente como un pequeño grano de polvo en un universo mucho más grande que él, hecho hoy más amenazador que los mismos descubrimientos que él ha hecho. Pero, también por esta comparación, el Apóstol nos ayuda a salir victoriosos, con este pensamiento: «Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?» (Romanos 8, 31).

Sin embargo, no podemos abandonar en este punto el discurso sobre el miedo. Resultaría poco sometido a la realidad. Jesús quiere liberarnos de los miedos y nos libra siempre. Él, sin embargo, no tiene un solo modo para hacerlo; tiene dos: o nos quita el miedo del corazón o nos ayuda a vivido de un modo nuevo, más libremente, haciendo de ello ocasión de gracia para nosotros y para los demás.

Él mismo ha querido hacer la experiencia. En el huerto de los olivos, está escrito, «comenzó a sentir pavor y angustia» (Marcos 14,33). El texto original sugiere hasta la idea de un pánico solitario, como el de quien se siente separado y fuera de la comunidad humana, en una soledad inmensa. Y lo ha querido experimentar precisamente para redimir

también este aspecto de la condición humana. Desde aquel día, el miedo, especialmente el de la muerte, vivido en unión con él tiene el poder de levantarnos, más que deprimirnos, hacernos más atentos a los demás y más comprensivos; en una palabra, más humanos.

Existe una obra de Bernanos, titulada Diálogo de carmelitas. Narra la historia de dieciséis carmelitas caídas o asesinadas en tiempo de la revolución francesa, el 4 de agosto 1790, y declaradas beatas por san Pío X. Entre ellas, en el drama, había una hermana jovencísima, de familia noble. La madre le dio a luz inmediatamente después de un terrible susto y ella había crecido literalmente mezclada con el miedo. Haciéndose monja ha querido, a propósito, tomar el nombre de sor Blanca de la Agonía de Jesús.

Cuando las amenazas y las persecuciones de los revolucionarios se hacen siempre cada vez más graves, antes de que vengan a arrestar a las hermanas, ella, aterrorizada, huye y se esconde. Sus cohermanas o hermanas en religión vienen a ser procesadas, condenadas y conducidas a la guillotina. Cantan a coro el *Veni creator* o himno del Espíritu Santo. A medida que cada una sube sobre el palco o escenario y sucumbe bajo la guillotina, la masa del coro se va haciendo más débil. Ya sólo quedan dos voces; después, una sola; a continuación, llegados a la penúltima estrofa, silencio.

Cuando he aquí que, en el silencio general, se levanta una voz nítida, resoluta, casi infantil en medio de la muchedumbre. Es sor Blanca, que en sí ha descubierto un nuevo valor; se hace hacia delante; sube sobre el palco cantando la última estrofa inacabada y asimismo presenta ella su cabeza a la guillotina. El miedo ha hecho su martirio todavía más puro.

Es como un animarnos a los que, no obstante todos los esfuerzos, no consiguen vencer el miedo. Si san Francisco llamaba hermana a la muerte, podemos igualmente llamar hermano a este miedo redimido, y decir: «Alabado seas, mi Señor, por el hermano miedo». Tanto más cuanto que para muchos es en verdad un «hermano siamés» con el que hemos de convivir durante toda la vida.

Todo esto nos ayudará a vencer el miedo más escabroso y peligroso de todos, que es, recordémoslo bien, tenerle miedo al propio miedo.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

Confiar en Dios

El hombre que confía en Dios no tiene miedo, sino que confía en Él, como un hijo confía en su padre porque sabe que es bueno.

El hombre que ama a Dios tiene santo temor de Dios, porque teme ofenderle y separarse de su amor. Y se reconoce cristiano, reconociendo a Cristo ante los hombres como el Hijo de Dios, su Maestro, Amo y Señor; aprende de Él, confía en Él, pone todas sus seguridades en Él. No pretende ser más que su Maestro ni ser tratado mejor que Él, sino que lucha por imitarlo, soportando todo por amor, para llegar a ser como Él, perfecto, y así corresponder a la dignidad de hijo de Dios que le ha ganado Él.

Confía tú en tu Padre Dios, y en que te ama, te protege, te ayuda y te provee, como un padre a un hijo. Y en que no te dejará perderte si sigues el camino que te ha dado y que lleva a Él, que es Jesucristo, quien te ha hecho valer inmerecidamente el precio de su preciosa sangre, y te ha conferido el derecho a heredar el paraíso.

Pide la gracia del Espíritu Santo para que no tengas miedo a los hombres, sino que tengas el valor de seguir a Cristo, quien es el único Justo Juez que tiene el poder de arrojar tu alma al castigo eterno, o de coronarte de su gloria en el paraíso, si permaneces en su amor, porque eso es lo que te ha prometido.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Criterios cristianos

El pasaje de san Mateo que nos ofrece hoy la Iglesia recoge una serie de criterios que el cristiano, como hombre que es de fe, debe tener en cuenta. De la fidelidad a estos criterios va a depender que su vida sea coherente; es decir, que llegue a ser responsable con los dones que ha recibido en los que radica su dignidad, y que pueda mantener con razón, como consecuencia, el tono interior optimista que le corresponde como hijo de Dios. Son afirmaciones escuetas del Señor, que nos resultan muy razonables habiendo reconocido previamente que, como cristianos, confiamos plenamente en Él. El punto de partida presupuesto en cada afirmación es la divinidad de Jesucristo. A partir de la fe en la divinidad del Señor, que incluye implícitamente el reconocimiento de su infinita bondad y de su omnipotencia, estos criterios propiamente son conclusiones que todo cristiano sostiene con firmeza si es segura su fe.

Nada hay oculto que no vaya a ser descubierto. Es un convencimiento elemental que arranca de la fe en la eternidad, inmensidad y omnipotencia divinas; pues, aunque no sepamos cómo, Dios actúa en cada movimiento de sus criaturas, aunque no sea por ello temporal como nosotros, que sólo conocemos la verdad según acontece y actuamos a lo largo del tiempo de modo sucesivo. No podemos entender cómo es Dios, pero creemos, como dice san Pablo, que en El vivimos, nos movemos y

existimos. Es inmenso y sostiene a todo en su ser. Toda la realidad le está presente y nada puede escapar al alcance de su poder.

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. ¡Qué consecuencia más lógica para quien ha captado la realidad de nuestra vida en Dios! Bien sabemos que, para todos, la muerte es una cuestión de tiempo: algo acabará matándonos. Ciertamente podríamos sentirnos por peculiares circunstancias gravemente amenazados de muerte, como cuando alguien padece una enfermedad mortal o, lo que es menos frecuente, si uno ha recibido amenazas de muerte. Parece importante, en todo caso, no tener miedo a la muerte, que llegará relativamente pronto. Basta que consideremos los miles y miles de generaciones que se han sucedido desde que existen hombres sobre la tierra. Por más adheridos que nos sintamos al momento presente, vale la pena reconocer lo habitual que viene siendo morirse: abandonar todo radicalmente con la sepultura, para quedar en este mundo únicamente en el recuerdo de unos cuantos seres queridos, y apenas por un tiempo.

Queramos entonces estar, más bien, prevenidos contra el peligro de sucumbir en cuanto a ese destino para el que Dios nos creó. Morirse no es un fracaso. Diríamos, por el contrario, que es un trámite necesario para acceder a la vida eterna, en que consiste la plena realización humana. Puestos los ojos en ese espléndido destino de intimidad permanente y para siempre con la Trinidad, tomemos medidas con prudencia, pues, así como la muerte del cuerpo es inapelable y nos afectará a toda esta generación relativamente pronto, queramos o no; no debe suceder así con la claudicación integral de la persona, o "muerte del alma", de aquellos que pierden el sentido de su existencia al margen de Dios.

A todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos. Pero al que me niegue delante de los hombres, también yo le negaré delante de mi Padre que está en los Cielos. Esta última afirmación de Jesucristo que consideramos hoy, es una advertencia bien clara y precisa que no podemos olvidar, si queremos vivir de cara a la eternidad, contemplando esperanzados en toda circunstancia nuestra vida más allá de la muerte.

Confesar al Señor delante de los hombres es algo bien preciso, aunque pueda tener múltiples manifestaciones. Consiste en mantener una conducta de acuerdo con el Evangelio, que deje patente ante todos la propia condición cristiana. Dejar claro que somos cristianos y animar a otros a seguir a Cristo, no es un requisito más aparte del Evangelio. Es otra de las manifestaciones, tal vez la más noble –el apostolado– de la caridad. Y la caridad, como sabemos, condensa de hecho todo el Evangelio.

Suenan duras e intransigentes las últimas palabras de Jesucristo. Nuestro Señor –que es todo amor– no aboga por los condenados. Podría parecer que para ellos no tiene piedad ni misericordia. Sin embargo, ¡qué

más querría el Señor que poder perdonarlos! Pero tendría que violentar la libertad del hombre, lo que supondría una contradicción esencial. El hombre, sin libertad, dejaría de ser humano. Los condenados pierden el sentido de su vida. Pierden su alma, por su decisión de oponerse a Dios, que el propio Creador respeta. Con ello se manifiesta hasta qué punto es grande el don otorgado al hombre, que siendo imagen de Dios, además de ser espiritual, posee, de acuerdo con su naturaleza, capacidad de autodeterminación a semejanza del mismo Dios totalmente libre de coacción.

¡Concédenos, Santa María, conocer cada día un poco mejor nuestra condición y ser coherentes con ella!

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

No temas pequeño rebaño

Esta liturgia de la palabra se abrió poniéndonos ante los ojos situaciones de angustia y de terror. La primera es aquella del profeta Jeremías. Él está obligado a anunciar la violencia y la opresión; sus enemigos lo acusan de esparcir, en forma deliberada, *terror por todas partes* (de alimentar la estrategia de la tensión, se diría hoy). Así, el profeta vive una situación de temor dentro y fuera de sí: dentro, la palabra imperiosa de Dios, cargada de oscuros presagios; fuera, los enemigos y rivales políticos que acechan.

La segunda situación de angustia es la del salmista: *Por ti he soportado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro; me convertí en un extraño para mis hermanos... y caen sobre mí los ultrajes de los que te agravian.*

Sobre estas situaciones de angustia que sentimos tan cercanas a nuestra experiencia, el Evangelio de hoy hace caer, como un bálsamo, la palabra de Jesús: *Nolite temere,* ¡no tengan miedo! Es una especie de motivo recurrente que suena en las palabras de Jesús. Antes de cualquier reflexión, hoy deberíamos asimilar Y, por decirlo así, hacer bajar dentro de nosotros, saboreando toda su dulzura, estas palabras de Jesús: no tengan miedo.

Nosotros estamos llenos de miedo; el miedo es nuestra condición. El niño tiene miedo de la oscuridad, de quien grita; tiene miedo de los monstruos que estúpidamente los mayores agitan en su mente para que se porten bien. El adolescente tiene miedo de sí mismo, de la vida, del otro

sexo: miedos inconscientes pero atormentadores; miedos que se llaman timidez, complejos de inferioridad, agresividad.

¿Y nosotros los adultos? ¿Al menos nosotros tal vez no tengamos miedo? Al contrario, estamos corroídos por el miedo, por la peor forma del miedo: la angustia. Vivimos temblando: es por el miedo al futuro, a la muerte, o incluso simplemente al mañana. Jesús, cierta vez, llamó la atención sobre estas preguntas: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos?

En nuestro mundo actual, sofisticado y complicado, el hombre experimenta una forma de angustia todavía más radical: la de la misma existencia. Este mundo se le aparece a veces como una realidad hostil y amenazadora, capaz de aplastarlo con sus cataclismos, o también con su mismo progreso, como una máquina demasiado poderosa que se escapa de manos de quien la conduce y lo lleva por delante. Es el reflejo del pecado y de la maldad humana que, como una nube tóxica, echa su sombra sobre lo creado y le da un rostro hostil. Es el pecado del cual habló Pablo en la segunda lectura que, a partir de Adán, se fue agrandando como una avalancha, determinando nuestra situación en el mundo La tierra no sonríe más, sino que responde con dolores y espinas a las solicitudes del hombre.

Sobre esta experiencia de miedo, con raíces en la experiencia del pecado, se derrama, entonces, como un consuelo, el anuncio de Cristo: no tengan miedo.

Todo el Evangelio, y antes todavía el Antiguo Testamento, está lleno de él, A Abraham Dios le dice que no tenga miedo en el momento mismo en que lo llama fuera de su tierra para ir hacia un país desconocido. A los profetas les dice: no temas, yo estoy contigo. A María también: no temas; has encontrado la gracia. A los apóstoles, al mandarlos al mundo, les dice: no teman frente a los tribunales y frente a los que presiden; no teman. A todos sus discípulos: *no temas, pequeño Rebañio* (Lc. 12, 32).

También los hombres se dicen los unos a los otros: ¡no teman, no tengan miedo, hay que tener coraje! Pero sabemos que en sus labios eso constituye un pobre consuelo. Es como si alguien que está temblando le dijera a quien tiene al lado: ¿por qué tiemblas? Después de tales palabras, nos quedamos con el miedo de antes. ¿Acaso también es así la invitación de Jesús que exhorta a no temer?

En el Evangelio de hoy, Jesús nos ofrece incluso las motivaciones; vale decir que nos ofrece el verdadero remedio para nuestros miedos. No teman –dice– a aquellos que matan el cuerpo; nada en el mundo –si no ustedes mismos– puede matar su alma. No teman; ustedes valen más que un par de gorriones; y sin embargo, uno de ellos no cae sin que lo sepa el Padre de ustedes. ¡El Padre de ustedes! Es como decir: ¿qué hará por

ustedes que son sus hijos! La revelación de la paternidad de Dios y la revelación de una vida más allá de la muerte sostienen entonces la invitación de Jesús. Todo miedo es redimensionado en el momento en que Jesús delinea y revela un plan de la vida humana –el plan más verdadero y más personal del hombre– en el cual nada puede alcanzarlo, ni siquiera quien lo mata. "Ustedes pueden matarnos, pero no pueden dañarnos", exclama en dirección de los perseguidores el mártir san Justino en los primeros días de la Iglesia (1 Apol. 1. 2).

He aquí, entonces, el primer gran motivo de la invitación de Jesús a no temer: nuestra victoria final que nadie puede quitarnos: *No temas, pequeño Rebaño, porque el Padre de ustedes ha querido darles el Reino*. Pero Jesús, en el Evangelio, nos ha revelado, con una frase, un motivo todavía más fuerte para vencer nuestros miedos: *No teman, tengan confianza, porque yo vencí al mundo*. Él ya venció al mundo y es en esta victoria donde tiene sus raíces la esperanza de nuestra victoria final. A este mundo hostil y entristecido por el pecado del hombre, Jesús lo ha vencido. Escuchemos a san Pablo, que habla de esta victoria: *La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón? Porque lo que provoca la muerte es el pecado... ¡Demos gracias a Dios, que nos ha dado la victoria por Nuestro Señor Jesucristo!*

La mala raíz de todo miedo humano tiene un nombre preciso: es la muerte, fruto del pecado. Jesús la ha vencido al expiar el pecado, todo el pecado del mundo. Ha vencido a la muerte experimentándola en él y absorbiendo todo su veneno. La muerte y resurrección de Cristo es prenda de nuestra victoria; es fuente de nuestra esperanza y de nuestra valentía: *Si Dios está con nosotros* (¡y él está con nosotros en el espíritu del Cristo resucitado!), *quién estará contra nosotros... ¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?... Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó* (Rom. 8, 31-37). Tribulaciones, angustias, persecución y hambre: las Escrituras tienen en cuenta nuestros miedos más profundos, pero nos ofrecen una salida, una esperanza de victoria, gracias a Jesucristo que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros (Gál. 2, 20).

Revivimos, en esta nuestra celebración eucarística, ese amor de Jesús "que ofrece su cuerpo a la muerte en sacrificio por nosotros". Revivimos el misterio y el momento en que venció al mundo. Saquemos con fe y humildad de esta Eucaristía el coraje para retomar nuestra vida cotidiana mañana, menos expuestos al miedo. ¡Somos los discípulos de alguien que venció al mundo!

Vivir sin miedos

– Valentía en la vida corriente.

I. Nos pide el Señor en el Evangelio de la Misa que vivamos sin miedo, como hijos de Dios. En ocasiones nos encontramos con gentes angustiadas y atemorizadas por las dificultades de la vida, por acontecimientos adversos y por obstáculos que se agrandan cuando sólo se cuenta con las fuerzas humanas para salir adelante. Con frecuencia vemos también a cristianos que parecen atenazados por un miedo vergonzoso para hablar claro de Dios, para decir que no a la mentira, para mostrar, cuando sea necesario, su condición de fieles discípulos de Cristo; se teme al qué dirán, al comentario desfavorable, a ir contracorriente, a llamar la atención... Y, ¿cómo no va a llamar la atención un discípulo de Cristo en ambientes de costumbres paganizadas, en los que los valores económicos son a menudo los supremos valores?

Jesús nos dice que no nos preocupemos demasiado por la calumnia y la murmuración, si éstas llegan. *No tengáis miedo a los hombres, porque nada hay oculto que no vaya a ser descubierto, ni secreto que no llegue a saberse.* ¡Qué pena si más tarde se descubriera que tuvimos miedo de proclamar a los cuatro vientos la verdad que el Señor nos había confiado!: *Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a plena luz; y lo que escuchasteis al oído, pregonadlo desde los terrados*. Si alguna vez callamos debe ser porque en ese momento lo oportuno es callar, por prudencia sobrenatural, por caridad; nunca por temor o por cobardía. No somos los cristianos amigos de la oscuridad y de los rincones, sino de la luz, de la claridad en la vida y en la palabra. Vivimos unos tiempos en los que se hace más necesario proclamar la verdad sin ambigüedades, porque la mentira y la confusión están perdiendo a muchas almas. La sana doctrina, las normas morales, la rectitud de conciencia en el ejercicio de la profesión o a la hora de vivir las exigencias del matrimonio, el sentido común... gozan algunas veces de menos prestigio, por absurdo que parezca, que una doctrina chocante y errada, a la que se califica de "valiente" o se la tiñe de un color de progreso...

No tengamos miedo a perder el brillo de un prestigio sólo aparente, o a sufrir la murmuración, y alguna vez la calumnia, por no ir con la corriente o la moda del momento. *Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del Cielo*, nos dice el Señor. Y compensa con creces las incomprensiones que podamos sufrir al vivir con valentía y audacia santa en medio de un mundo que en

muchas ocasiones se encuentra incapacitado para entender otros valores que no sean los puramente materiales.

Considero **–dice San Pablo–** ***que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros*****. "Por tanto –comenta San Cipriano–, ¿quién no va a esforzarse por lograr tan gran gloria, por hacerse amigo de Dios, por gozar enseguida con Cristo, por recibir los premios divinos tras los tormentos y suplicios de la tierra? Si es una gloria para los soldados de este mundo volver triunfantes a su patria después de abatir al enemigo, ¿cuánta mayor y plausible gloria será, una vez vencido el diablo, volver triunfantes al cielo (...); llevar allá los trofeos victoriosos (...); sentarse al lado de Dios cuando venga a juzgar, ser coheredero con Cristo, equipararse a los ángeles y disfrutar con los Patriarcas, con los Apóstoles y con los Profetas de la posesión del Reino de los Cielos?".**

– Nuestra fortaleza se fundamenta en la conciencia de nuestra filiación divina.

II. Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte, con alegría en medio de dificultades, incluso graves, con obstáculos que exigirán esfuerzo y sacrificio, con enfermedades, serenos ante un futuro quizá incierto... Así nos pide el Señor que vivamos. Y esto será posible si consideramos muchas veces al día que somos hijos de Dios, y de modo particular cuando nos asalte la inquietud, la zozobra, la oscuridad. ***¿Acaso no se vende un par de pajarillos por un as? Pues bien, ni uno solo de ellos caerá en tierra sin que lo permita vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. Por tanto, no tengáis miedo: vosotros valéis más que muchos pajarillos.***

El Señor declara el inmenso cariño que nos tiene y el gran valor que poseen para Él los hombres. San Jerónimo, comentando este pasaje del Evangelio de la Misa, escribe: "Si los pajarillos, que son de tan escaso precio, no dejan de estar bajo providencia y cuidado de Dios, ¿cómo vosotros, que por la naturaleza de vuestra alma sois eternos, podréis temer que no os mire con particular cuidado Aquel a quien respetáis como a vuestro Padre?".

La filiación divina nos hace fuertes en medio de las flaquezas personales, de los obstáculos con los que tropezamos, de las dificultades de un ambiente frecuentemente alejado de Dios y que se opone, a veces con agresividad, a los ideales cristianos. ***Pero el Señor está conmigo, como soldado fuerte*****, nos hace llegar el profeta Jeremías en la** ***Primera lectura*** **de la Misa. Es el grito de esperanza y de seguridad del Profeta, cuando se encuentra solo, en medio de sus enemigos. Mi Padre Dios está conmigo como soldado fuerte, podemos repetir nosotros cuando veamos cerca el peligro y cerrado el horizonte.** ***Dominus, illuminatio mea et salus mea, quem timebo?*** **El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?**

***Ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe*, proclamaba el Apóstol San Juan en medio de grandes dificultades que provenían del mundo pagano en el que los cristianos, como ciudadanos corrientes, ejercían los oficios y profesiones más variadas y realizaban un apostolado eficaz. Y del cimiento seguro de una fe inconmovible surge una moral de victoria que no es engreimiento ni ingenuidad, sino la firmeza alegre del cristiano que, a pesar de sus miserias y limitaciones personales, sabe que esa victoria la ha ganado Cristo con su Muerte en la Cruz y con su gloriosa Resurrección. Dios es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? A nadie y a nada, Señor. ¡Tú eres la seguridad de mis días!**

– Valentía y confianza en Dios en las grandes pruebas y en lo pequeño de la vida corriente.

III. Nos exhorta Jesús a no temer nada, excepto al pecado, que quita la amistad con Dios y conduce a la eterna condenación. Ante las dificultades debemos ser fuertes y valerosos, como corresponde a hijos de Dios: *No tengáis miedo a los que matan el cuerpo* –nos dice el Señor–, *pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno*. El santo temor de Dios es un don del Espíritu Santo que facilita la lucha decidida contra el pecado, contra aquello que separe de Él, y nos mueve a huir de las ocasiones de pecar, a no fiarnos de nosotros mismos, a tener presente en todo momento que tenemos los "pies de barro", frágiles y quebradizos. Los males corporales, incluida la muerte, no son nada en comparación con los males del alma, el pecado.

Fuera del temor de perder a Dios –que es cuidado filial, precaución de no ofenderle–, nada debe inquietarnos. En determinados momentos de nuestro caminar podrán ser grandes las tribulaciones que padezcamos, y el Señor nos dará entonces las gracias necesarias para sobrellevarlas y crecer en la vida interior: *Te basta mi gracia*, nos dirá Jesús.

El que asistió a Pablo nos sacará adelante a nosotros. En esos momentos invocaremos al Señor con fe y con humildad. *¡Señor!, no te fíes de mí. Yo sí que me fío de Ti. Y al barruntar en nuestra alma el amor, la compasión, la ternura con que Cristo Jesús nos mira, porque Él no nos abandona, comprenderemos en toda su hondura las palabras del Apóstol:* virtus in infirmitate perficitur *(2* Cor *12, 9): con fe en el Señor, a pesar de nuestras miserias –mejor, con nuestras miserias–, seremos fieles a nuestro Padre Dios; brillará el poder divino, sosteniéndonos en medio de nuestra flaqueza.*

De ordinario, sin embargo, será en lo pequeño donde manifestaremos la fortaleza y la valentía: al rechazar una invitación, con educación, pero con firmeza, para concurrir a un lugar o asistir a un espectáculo en el que un buen cristiano debe sentirse incómodo; a la hora de manifestar el acuerdo o desacuerdo ante la orientación que los profesores quieren dar a la educación de los hijos; a la hora de cortar esa conversación menos

limpia, o en el momento de invitar a un amigo a unas clases de formación, o de provocar esa conversación que puede desembocar en el consejo delicado y oportuno que le acerque a la Confesión sacramental... Son con frecuencia las pequeñas cobardías las que frenan o impiden un apostolado de horizontes grandes. Son también las "pequeñas valentías" las que hacen eficaz una vida.

A la hora del desprecio de la Cruz, la Virgen está allá, cerca de su Hijo, decidida a correr su misma suerte. –Perdamos el miedo a conducirnos como cristianos responsables, cuando no resulta cómodo en el ambiente donde nos desenvolvemos: Ella nos ayudará.

Rev. D. Pere OLIVA i March (Sant Feliu de Torelló, Barcelona, España) IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO(www.evangeli.net)

No temáis a los que matan el cuerpo

Hoy, después de elegir a los doce, Jesús los envía a predicar y los instruye. Les advierte acerca de la persecución que posiblemente sufrirán y les aconseja cuál debe ser su actitud: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna» (Mt 10,28). El relato de este domingo desarrolla el tema de la persecución por Cristo con un estilo que recuerda la última Bienaventuranza del Sermón de la Montaña (cf. Mt 5,11).

El discurso de Jesús es paradójico: por un lado, dice dos veces "no temáis", y nos presenta un Padre providente que tiene solicitud incluso por los pajarillos del campo; pero por otra parte, no nos dice que este Padre nos ahorre las contrariedades, más bien lo contrario: si somos seguidores suyos, muy posiblemente tendremos la misma suerte que Él y los demás profetas. ¿Cómo entender esto, pues? La protección de Dios es su capacidad de dar vida a nuestra persona (nuestra alma), y proporcionarle felicidad incluso en las tribulaciones y persecuciones. Él es quien puede darnos la alegría de su Reino que proviene de una vida profunda, experimentable ya ahora y que es prenda de vida eterna: «Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10,32).

Confiar en que Dios estará junto a nosotros en los momentos difíciles nos da valentía para anunciar las palabras de Jesús a plena luz, y nos da la energía capaz de obrar el bien, para que por medio de nuestras obras la gente pueda dar gloria al Padre celestial. Nos enseña san Anselmo:

«Hacedlo todo por Dios y por aquella feliz y eterna vida que nuestro Salvador se digna concederos en el cielo».

UNA CITA CON DIOS – Pablo Cardona

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1º. Jesús, el Evangelio de hoy tiene una enseñanza clara: «no tengáis miedo.»

No he de tener miedo a ser cristiano, ni a que los demás lo vean.

Si vivo cristianamente, es seguro que los que viven a mi alrededor se darán cuenta.

Porque ser cristiano es mucho más que ir a misa el domingo: es buscar la voluntad de Dios en cada momento.

Y eso se nota.

Tampoco he de tener miedo a dejar que Tú te vayas metiendo en mi corazón, y me pidas cosas. «Temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno.»

Al que he de temer es al demonio –que me tienta casi sin que me dé cuenta–, y al pecado, que me quita la gracia.

«No debes desconfiar de Dios ni desesperar de su misericordia; no quiero que dudes ni que desesperes de poder ser mejor: porque, aunque el demonio te haya podido precipitar desde las alturas de la virtud a los abismos del mal, ¿cuánto mejor podrá Dios volverte a la cumbre del bien, y no solamente reintegrarte al estado que tenías antes de la caída, sino también hacerte más feliz de lo que parecías antes?» **(Rabano Mauro).**

«No tengáis miedo. Abrid de par en par las puertas a Cristo», fueron las primeras palabras de Juan Pablo II al ser elegido Papa.

Jesús, ¿hasta dónde te dejo entrar en mi vida?

¿Te abro mis puertas de par en par; o te cierro la entrada reservándome «mis cosas»?

No puedo tratar de vivir coherentemente mi fe y, a la vez, ponerte condiciones: mi tiempo, mis *hobbies,* mi diversión, mis gustos, mis... debilidades.

Ayúdame a no tener miedo a entregarme cada día un poco más.

2º. *A la hora del desprecio de la Cruz, la Virgen está allá, cerca de su Hijo, decidida a correr su misma suerte. Perdamos el miedo a conducirnos como cristianos responsables, cuando no resulta cómodo en*

el ambiente donde nos desenvolvemos: Ella nos ayudará **(San Josemaría Escrivá, *Surco*, 977).**

Madre, tú no tuviste miedo de estar al pie de la Cruz, aunque a tu alrededor; todo el mundo se burlaba y se sentía con el derecho de maltratar a tu Hijo y a sus seguidores. Sólo Juan, porque era el discípulo «amado» de Jesús, y porque era valiente, es capaz de acompañarte entre la multitud hostil.

Madre, tú eres la criatura que, por tu íntima unión con Dios, has confesado a Jesús con mayor fidelidad. Por ello, en ti se cumple de manera especial la promesa de tu Hijo: «A todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos.»

Tan es verdad esto, que se te llama con razón la «omnipotencia suplicante»: eres omnipotente, no por tu propio poder, sino porque Dios te concede todo lo que le pides, por la intercesión de tu Hijo Jesucristo.

Pero, además de ser la omnipotencia suplicante, eres... mi Madre.

Y una buena Madre como tú, siempre busca lo mejor para sus hijos.

Por eso estoy tan seguro cuando pido cosas a Dios por tu intercesión.

Tú siempre me acogerás como hijo tuyo si me comporto como Jesús, si no tengo miedo a conducirme como cristiano responsable en toda circunstancia, incluso cuando no resulte cómodo confesar el nombre de tu Hijo.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

Maestro, guía, modelo, regidor

«El discípulo no es más que el maestro, ni el criado más que su señor».

Eso dice Jesús.

Te lo dice a ti, sacerdote, porque tú eres su discípulo, y Él es tu Maestro.

Tú eres su criado, y Él es tu Señor.

Tú eres un siervo, y Él es el Amo. Pero no te ha llamado siervo, te ha llamado amigo, para que tú, hombre pecador, miserable e indigno, aprendas de Él y crezcas en estatura, en sabiduría, y en gracia ante Dios y ante los hombres, para que seas como tu Señor.

Pero ¡qué meta tan alta le ha puesto a su discípulo el Maestro! Ser como Él implica ser perfecto.

Y tú, sacerdote, ¿te esfuerzas por alcanzar la perfección?

¿Luchas contra tus miserias, abandonándote a su misericordia?

¿Aprendes de Él a soportar los golpes, las burlas, las calumnias, la indiferencia, la injusticia, la iniquidad, la persecución, el desprecio, y los errores de los demás, cargando tu cruz de cada día con alegría?

¿Conviertes tus sufrimientos, tus trabajos, tus cansancios, tus dolores, tus preocupaciones, tus aflicciones, tus angustias, tus miedos, y tus esfuerzos, en una ofrenda agradable a Dios, uniéndola en el único y eterno sacrificio de tu Señor?

¿Ofreces también tus alegrías, tus gozos, los frutos de tu trabajo, la satisfacción de tu servicio, y las pequeñas cosas de cada día hechas con amor?

¿Construyes el Reino de los Cielos como tu Maestro te enseñó?

¿Te reconoces discípulo, esclavo, servidor, y agradeces el honor que te ha hecho tu Señor, permaneciendo en la fidelidad a su amistad, o pretendes ser honrado, alabado, reconocido, admirado, y recompensado, presumiendo ser más que tu Maestro, más que tu Amo?

¿Tienes el valor de reconocer ante el mundo a tu Señor, o tienes miedo?

¿En dónde has puesto tus seguridades, sacerdote?

Tú eres para el mundo un maestro, un guía, un modelo, un regidor, porque estás configurado con Cristo, Buen Pastor, tu Amo y tu Señor, para que el mundo sepa que todo hombre puede aspirar a la santidad en cualquier ambiente, con la ofrenda diaria de su trabajo, en cualquier vocación, uniendo sus sacrificios, sus obras, sus penas, sus alegrías, sus cansancios y sus descansos, en la Cruz de su Señor, haciendo todo con fe, con esperanza y con amor.

Pero, si tú, sacerdote, dejas oculta tu enseñanza, si no profesas la palabra con tu ejemplo, si no llevas la misericordia de tu Señor a tu pueblo a través de los sacramentos, si no te esfuerzas en alcanzar la santidad, y no luchas por la paz y la justicia, ellos ¿cómo lo harán?, ¿quién les enseñará?, ¿a quién seguirán?, ¿cómo se salvarán?

Y si tú tienes miedo, sacerdote, si tú no confías en tu Señor, ellos ¿en quién confiarán?

Si quieres alcanzar la perfección, sacerdote, no puedes dejar de hablar de lo que has visto y de lo que has oído. No puedes negar a tu Señor delante de los hombres. No puedes pretender ser más que tu maestro. Antes bien, debes abandonarte en Él, porque Él es el único santo, y tú solo

nada puedes, pero todo lo puedes en Cristo, que te fortalece, que te da la gracia, que te santifica, que es tu Maestro, tu Amo, tu Dueño, tu Señor, que te une en filiación divina al Padre, y a través de ti, lo glorifica.

(*Espada de Dos Filos* III, n. 97)

NUESTRAS REDES SOCIALES:

+52 1 81 1600 7552

lacompaniademaria01@gmail.com

espada.de.dos.filos12@gmail.com

www.lacompañiademaria.com

La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

Espada de Dos Filos

Lacompaniademaria

La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes